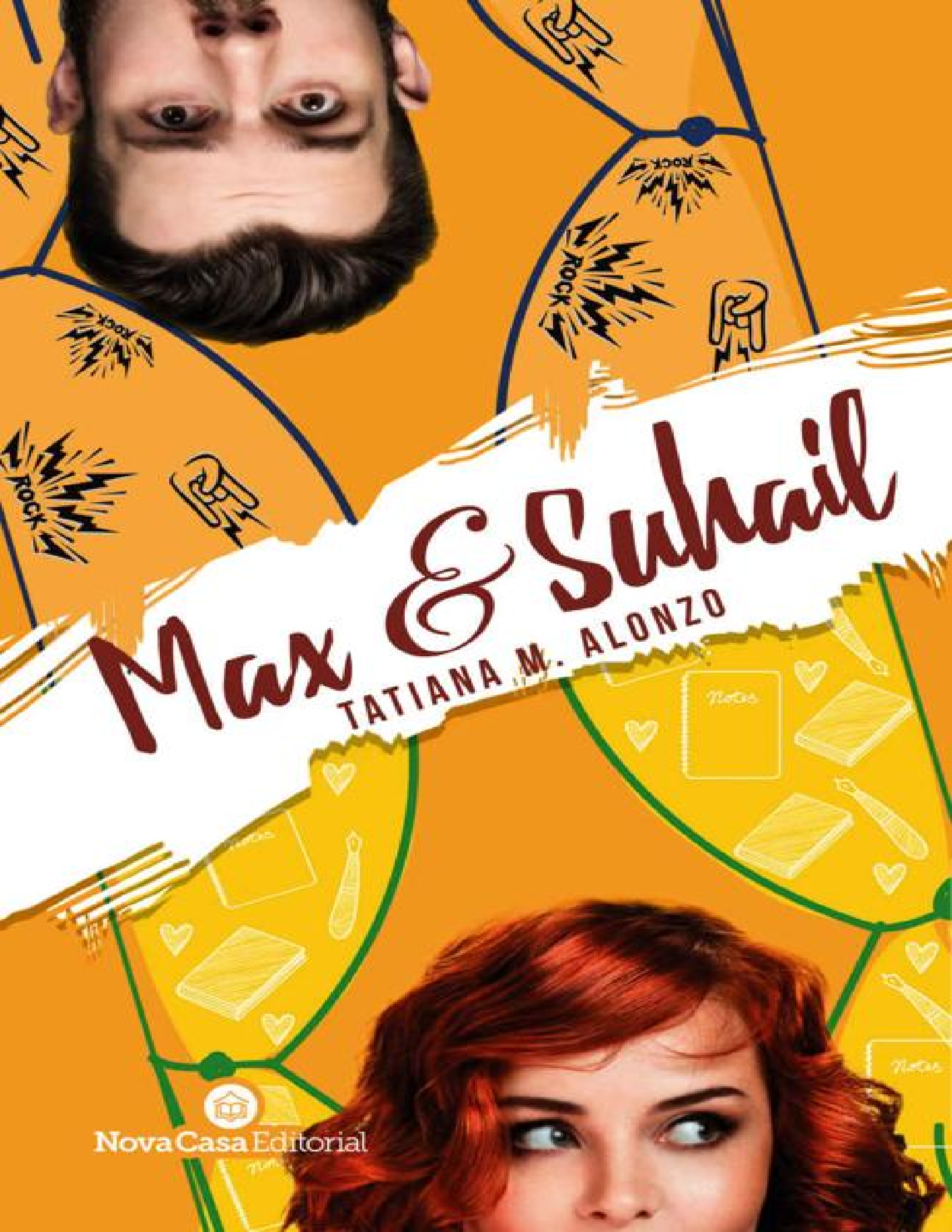

Max & Suhail
TATIANA M. ALONZO
Nova Casa Editorial

Publicado por:

Nova Casa Editorial

www.novacasaeditorial.com

info@novacasaeditorial.com

© 2019, **Tatiana M. Alonzo**

© 2019, de esta edición: Nova Casa Editorial

Editor

Joan Adell i Lavé

Coordinación

Abel Carretero

Corrección

Abel Carretero

Diseño de cubierta

Karolina García Rojo

Maquetación

Vasco Lopes

Primera edición: septiembre de 2019

ISBN: 978-84-18013-05-8

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917021970/932720447).

OceanofPDF.com

TATIANA M. ALONZO

Max & Suhail

Nova Casa Editorial

OceanofPDF.com

Para Suhail.
Vuelvo a esa tarde en la que te pedí prestado tu nombre
y sigo sin poder creer que llegáramos tan lejos.

OceanofPDF.com

Índice

Prefacio
1. Max
2. Suhail
3. Max
4. Suhail
5. Max
6. Suhail
7. Max
8. Suhail
9. Max
10. Suhail
11. Max
12. Suhail
13. Max
14. Suhail
15. Max
16. Suhail
17. Max
18. Suhail
19. Max
20. Suhail
21. Max
22. Suhail
23. Max

24. Suhail
25. Max
26. Suhail
27. Max
28. Suhail
29. Max
30. Suhail
31. Max
32. Suhail
33. Max
34. Suhail
35. Max
36. Suhail
37. Max
38. Suhail
39. Max
40. Suhail
41. Max
SEIS AÑOS DESPUÉS
42. Suhail
43. Max
44. Suhail
45. Max
46. Suhail
47. Max
48. Suhail
49. Max
50. Suhail

51. Max
52. Suhail
53. Max
54. Suhail
55. Max
56. Suhail
57. Max
58. Suhail
59. Max
60. Suhail
61. Max
62. Suhail
63. Max
64. Suhail
65. Max
66. Suhail
67. Max
68. Suhail
69. Max
70. Suhail
71. Max
72. Suhail
73. Max
74. Suhail
75. Max
76. Suhail
77. Max
78. Suhail

79. Max
80. Suhail
81. Max
82. Suhail
83. Max
84. Suhail
85. Max
86. Suhail
87. Max
88. Suhail
89. Max
90. Suhail
91. Max
92. Suhail
93. Max
94. Suhail
95. Max
96. Suhail
CUATRO AÑOS DESPUÉS
97. Max
98. Suhail
99. Max
100. Suhail
101. Max
102. Suhail
103. Max
104. Suhail
105. Max

106. Suhail
107. Max
108. Suhail
109. Max
110. Suhail
111. Max
112. Suhail
113. Max
114. Suhail
115. Max
116. Suhail
117. Max
118. Suhail
119. Max
120. Suhail
121. Max
122. Suhail
123. Max
124. Suhail
125. Max
126. Suhail
127. Max
128. Suhail
129. Max
130. Suhail
131. Max
132. Suhail
133. Max

134. Suhail
135. Max
136. Suhail
137. Max
138. Suhail
139. Max
140. Suhail
141. Max
SEIS AÑOS DESPUÉS
142. Suhail
143. Max
144. Suhail
145. Max
146. Suhail
147. Max
148. Suhail
149. Max
150. Suhail
151. Max
152. Suhail
153. Max
154. Suhail
155. Max
156. Suhail
157. Max
158. Suhail
159. Max
160. Suhail

161. Max
162. Suhail
163. Max
164. Suhail
165. Max
166. Suhail
167. Max
ACTUALIDAD
168. Suhail
169. Max
170. Suhail
171. Max
172. Suhail
173. Max
Epílogo
AGRADECIMIENTOS

OceanofPDF.com

Prefacio

—Levanta un poco el vestido cada dos pasos —me aconseja papá.

Estamos por subir los últimos peldaños frente a la puerta de la iglesia. Hoy me voy a casar.

¿Me voy a casar? Max está en el aeropuerto. Si decido entrar y darle el sí a Finley, todo habrá terminado.

—¡No olvides tu ramo, Suhail! —me recuerda mamá, corriendo hacia mí para entregármelo.

Pero yo solo puedo pensar en si debo quedarme y casarme o si debo ir a buscar a Max.

OceanofPDF.com

1. Max

Lo primero que sentí cuando vi por primera vez a Suhail fue decepción. Durante meses imaginé que quien se mudaría a la casa de al lado sería un niño. Por eso, cuando vi a una niña, me negué a ser su amigo. Entiéndanme, en ese entonces yo no quería saber de niñas. Apenas tenía siete años.

—¡Max, ven a conocer a Suhail! —me llamó mi mamá. Ella fue la primera en salir a saludar a los nuevos vecinos—. ¡Max! —insistió dos veces más, por lo que me vi obligado a acercarme.

La familia de Suhail era una familia de tres personas, al igual que la nuestra; eso emocionó a mamá, que, en cuanto pudo, empezó a destacar todas las similitudes entre ellos y nosotros.

—Mi hijo tiene siete años. ¿Qué edad tiene esta belleza? —preguntó, mirando a la horrible niña.

—Suhail también tiene siete —dijo con orgullo su mamá. Mientras, la niña sonreía tontamente.

—Suhail, ¡qué lindo nombre! —cuchicheó mi madre mirándola como si esta fuese adorable.Pero no, era horrible. Aunque todo empeoró cuando me obligó a acercarme a ella, a Suhail.

—Suhail, él es Max —intentó presentarnos. Yo mantuve los brazos cruzados—. También tiene siete y estoy segura de que quiere ser tu amigo.

Suhail, a quien a partir de ese momento empecé a llamar «el enemigo», tenía cabello pelirrojo y una cara redonda llena de pecas, me miró como si le cayera bien; pero yo sabía que era niña, y las niñas solo dan problemas.

—Anda, Max, dale la mano a Suhail —me animó mi mamá, pero yo me negué.

Eso pareció sorprender al enemigo.

2. Suhail

Los niños son escandalosos y sucios. Eso es lo que decía mamá cuando le rogaba permitirme jugar con los niños de nuestro antiguo vecindario. Y admito que no la creí del todo hasta que conocí a Max. Nunca antes había visto unos pantalones llenos de barro y unos modales tan bárbaros.

—Dale la mano a Suhail, Max —insistió la mamá del salvaje.

—¡No! —dijo él rabioso y mirándome como un perro con muchas pulgas.

Yo lo miré de pies a cabeza y le sonreí para dejarle en claro que su actitud no iba a afectarme.

—Lo siento —nos dijo la mamá de Max, todavía sujetando del brazo al tonto ese—. Desde que supo que tendrá una hermanita tiene cierto resentimiento hacia las niñas.

¿Hermanita? Eso me emocionó. Mamá me había autorizado a celebrar una fiesta de té en nuestro patio trasero y quería invitar a todas las niñas del vecindario. Algunas ya se acercaban a saludar.

—No te preocupes, Miranda —dijo papá a la mamá del salvaje—. Es solo un niño.

«Solo un niño» que hasta la fecha pronuncia mi nombre como «Susheil» con la intención de molestarme y no «Suail», como debe ser.

—Las niñas son mejores que los niños —dije, para reforzar el comentario de papá, y porque era algo que mamá decía todo el tiempo.

Escuchar eso enojó más al pequeño trastornado:

—¡Las niñas son feas, en especial tú! —me ladró.

—¡Yo no soy fea! —me defendí, mirándolo por encima del hombro—. Mamá dice que soy una princesa.

Él ahogó una risa.

—Las princesas no tienen la cara llena de pecas —bufó.

No lo podía creer. Pensé que mis pecas eran bonitas. Papá siempre me decía que eran besitos de mariposas.

Las demás personas que se habían acercado a saludar, entre ellas niñas del vecindario que también escucharon a Max decirme eso. Entonces empecé a llorar.

3. Max

El enemigo salió corriendo hacia su casa y no lo vi el resto de la tarde. Mamá se disculpó mil veces con los padres y me entró de la oreja a nuestra casa.

—¡No puedo creer que me avergonzaras de esa manera! —me regañó.

Sabía que estaba en muchos problemas.

—¡Ella dijo que las niñas son mejores que los niños! —zapateé.

—¿Y qué acabas de demostrar insultándola?

Refunfuñé más:

—La odio. ¡Quiero que se marche!

En ese momento papá bajó las escaleras.

—¿Qué pasó? —preguntó a mamá, dándose cuenta de que algo iba mal.

—Max hizo llorar a la hija de los nuevos vecinos.

—¿Por qué lo hiciste, enano? —Él suspiró y me miró como si le rogara a Dios que no fuese caso perdido—. Ven, vamos a tu habitación. Tenemos que hablar.

«Tenemos que hablar».

En mi habitación le platiqué a papá lo que pasó y él, poniendo toda su paciencia en ello, me aconsejó:

—Los dos sabemos que tu molestia no es hacia Suhail, sino hacia tu nueva hermanita.

—Odio a las niñas —remarqué, cruzado de brazos.

—¿Por qué?

—Porque... —Me animé a pensar en una buena respuesta—. ¿Viste a Suhail? ¡Las niñas lloran por todo!

—A mi me enseñaron que las niñas son más sensibles que los niños, Max. —Papá colocó una mano sobre mi hombro, pero yo seguía molesto por todo y todos—. Te daré un ejemplo: ¿Recuerdas qué pasó la última vez que acompañamos a tía Giselle a comprar un vestido?

—Sí —recordé, sonriendo—. Se puso a llorar y dijo que se veía como un oso polar.

Papá también sonrió:

—Porque había subido de peso. ¿Entonces qué dije yo?

—Que sí se veía como un oso polar —me reí.

—Me refiero a qué le dije yo… a ella.

—Oh. Que no, que se veía bien —recordé y empecé a jugar con mis deditos.

—Exacto. Porque, y tu abuelo me lo decía siempre, para una mujer es importante sentirse bonita. Y si tú haces sentir bonita a una mujer, ella te lo agradecerá y también te hará sentir bonito —me explicó papá al mejor estilo de un padre de los años 90.

—¡A mí no me importa que Suhail no me haga sentir bonito! —Me crucé de brazos otra vez.

—Ahora no te importa, Max, pero créeme, un día te importará.

«Un día te importará». En ese momento no lo creí a papá.

—Prométeme que le pedirás una disculpa a Suhail —me pidió como un favor.

Dudé antes de responder, pero yo siempre hacía caso a papá. Aunque antes de contestar hice rodar los ojos:

—Está bien, le pediré una disculpa a Suhail.

Cuando estuve a solas me puse a jugar con mi colección de soldados.

—¡Bam! ¡BAM! Ataca un tanque al otro. —Los hice chocar —. Rrrrrrrrr. ¡Suena el motor de una avioneta antes de dejar caer una bomba! ¡BUUUUUUUUUUUUUUUUUUUMMMMMMMM!

Entonces la miré. Ahí, frente a mi ventana... porque resultó que a Suhail le habían asignado la habitación con ventana de cara a la mía. Cuando ella se dio cuenta se puso a llorar por segunda vez y salió corriendo a llamar a su mamá. «¡Niñas!». No obstante, cuando regresó, en apariencia resignada, esperó a que yo la estuviera viendo para cerrar de golpe su ventana en mi cara.

«¡¿Qué?!» ¡Que se disculpe con ella la más vieja de su casa!

4. Suhail

Luego de convencer a mamá de plantar un árbol frente a mi ventana, me lavé, anudé en dos coletas mi cabello y saqué del armario mi vestido morado; el que tenía perlas, encajes y flores. Iba a visitar a las niñas del vecindario y quería verme bonita. Las invitaría a mi fiesta de té. Yo misma había hecho las invitaciones y decoré los pastelillos para el bufé.

Ya había visitado la tercera casa e iba hacia las que faltaban, cuando vi a Max... Como era su costumbre, se hallaba sucio y llevaba puesta su

camiseta del Hombre Araña. Él siempre vestía camisetas de superhéroes. Intentó ignorarme, pero yo decidí afrontarlo.

—¡No te voy a invitar a mi fiesta de té! —lo empujé.

Esperé a que se quejara y echara a llorar, pero se echó a reír en mi cara.

—Muchas gracias —dijo, cínico.

¿Cómo?

—¡No irás! —repetí—. ¡Y no me importará que tu mamá se lo pida a mi mamá!

Él me miró sobre el hombro:

—No se lo pedirá. Créeme.

Apreté los dientes.

—Habrá bufé de pastelillos rellenos de fresa, mantequilla y crema. También helado y galletas.

Max puso los ojos en blanco:

—Y niñas —dijo—. Muchas niñas cursis y lloronas.

—Nos vamos a disfrazar de princesas —agregué para que se pusiera verde de la envidia—. Cintia de Blancanieves, Clara de Bella, Ana de Cenicienta... y yo de Ariel.

—Mmm. Bien. Adiós —me ignoró.

Pero sabía que lo vería rogarle a mamá que le permitiera entrar a la fiesta.

5. Max

Eric y Sam me ayudaron a subir todo mi armamento de guerra a la azotea. El enemigo iba a tener una fiesta de té en el jardín de su casa e íbamos a apuntar el cañón con bolas de lodo hacia su cara. Excelente idea, ¿no?

Una por una, las demás niñas del vecindario llegaron a la casa de la llorona de Suhail.

—¿También le vamos a disparar a mi hermana? —preguntó Sam, preocupado.

—Sobre todo a tu hermana —dije, señalándola—. Mírala, es la que se ve más animada.

Estaba molesto.

Sam se encogió de hombros:

—Okey.

Eric y Sam son mis amigos desde preescolar, de modo que, para entonces, nuestra unión ya era sólida.

—Suhail es bonita —dijo Eric con cara de bobo.

«¡¿Qué?!» Sí, Eric era el más precoz de los tres.

—¡Es una niña! —me quejé.

—Nos tienen que gustar las niñas —se defendió él.

Bla, bla, bla...

—¡A mí no! —aseguré—. Cuando sea grande seré estrella de rock, no noviecito de niñas.

—¡Pues yo seré Tortuga Ninja! —anunció Eric, dando patadas al aire. Fingí recibir una y caí al suelo de forma dramática.

Aún recuerdo esa época, realmente confiábamos en ser lo que dijimos. Inocencia de niños.

—¡Cállense, nos van a mirar! —advirtió Sam a los dos.

El ruido había hecho que Suhail se volviera hacia mi azotea, pero estaba casi seguro de que no había visto que me encontraba cerca.

6. Suhail

Sonreí.

Lo había logrado. El salvaje estaba mirando mi fiesta desde su azotea, seguro lamentando no haber sido invitado.

Suhail: 1 - Max: 0.

Me giré hacia las demás princesas y les serví más té y galletas. En general todo iba bien hasta que un proyectil de lodo aterrizó en mi cara, y después uno en la cara de Ana, y después uno en la cara de Clara, y así... De un momento a otro, mis invitadas comenzaron a llorar y huyeron de mi casa. ¡Huyeron de mí! Qué desastre. Después, frustrada, también me puse a llorar. Iba a ser la niña más odiada del vecindario.

Al echar otro vistazo a la azotea de la casa vecina pude comprobar que desde allí vinieron las bolas de lodo.

Todo era culpa de Max. Todo siempre es culpa de Max.

7. Max

—¡MAAAAAAX! —escuché aullar a mamá cuando todavía me encontraba en la azotea.

El principio del fin.

8. Suhail

«¡Pero lo pagarás caro, Max Solatano!»

9. Max

El enemigo se quejó con sus padres por el desastre de la fiesta de té. Por consiguiente, una vez más me hallaba en mi habitación siendo instruido sobre cómo tratar a las niñas y estaría castigado el resto del día. Aun así, debido a que papá pasaba poco tiempo conmigo por su trabajo, no era partidario de regañarme. Llamémosle «culpa». Y por lo mismo terminaba cada sermón tipo:

—¿Quién es la estrella de rock?

—¡Yo! —grité, y feliz salté sobre mi cama.

—¿QUIÉN ES LA ESTRELLA DE ROCK? —su sonrisa se extendía de oreja a oreja.

—¡YO, MAX SOLATANO! —reí.

Nos abrazamos.

A Papá le gustaba decirme que Max Solatano es nombre de estrella de rock. Mucho mejor que Suhail Didier, que sonaba como el nombre de una enfermedad terminal:

Paciente: Hola, doctor, ¿cómo estoy?

Médico: Lamento decirle que usted tiene Suhail Didier.

Me reía al imaginar esa conversación. Pero claro, todavía tengo en mi cara una pequeña cicatriz producto de la primera vez que dije eso frente a Suhail.

—Me preocupa tanta ira reprimida, enano —dijo papá, pidiéndome ocupar el lugar a su lado.

Otra vez jugué con mis deditos:

—Es que Suhail... —quise justificarme.

—¿Por qué no intentan ser amigos?

Miré a papá con cara de «¿Perdón?». No, Suhail y yo no podíamos ser amigos. Definitivamente no, y enumeré mis razones:

Razones para odiar a Suhail:

1. Mi habitación está tapizada del Hombre Araña, la de Suhail de Cenicienta, Blanca nieves, Bella... ¡Puaj!

2. Yo salto sobre charcos de lodo. Suhail guarda gel para manos en su bolso de Hello Kitty. ¡Gel para manos!

3. Tengo dos únicos amigos: Sam y Eric. Suhail no puede invitar a su casa el mismo día a Ana y a Cintia porque ellas dos son enemigas. ¡Niñas!

4. Todavía utiliza bicicleta con rueditas.

5. Aseguró que la programación de Nickelodeon es aburrida. ¿Cómo confiar en alguien que no mira ¡*Oye, Arnold*!?

6. No sabe nada de videojuegos.

7. Tiene miedo a los perros de mayor tamaño que un chihuahua.

8. Cree saberlo todo.

9. ¡Dijo que me criaron en un zoológico!

La había investigado bien.

De cualquier manera recuerdo cuando me atrapó escribiendo mi lista:

—¿Qué tanto anotas en ese pedazo de papel? —preguntó con voz altiva.

En nuestra ventana teníamos un descansillo que permitía pasar el rato ahí sin, aparentemente, molestar a nadie... excepto por el vecino de al lado.

—Una lista de mis razones para odiarte —dije, anotando una décima razón.

10. Mete sus narices donde no la llaman.

—¡Pues yo también haré una lista! —me amenazó volviendo a cerrar de golpe su ventana.

10. Suhail

Cuando me bañé utilicé el gel especial de mamá, luego busqué dentro de mi armario el vestido más bonito y, por último, con sumo cuidado, sujeté mi cabello con un listón. Estaba decidida a demostrar al salvaje con que yo sí era una princesa.

Miranda, mamá de la pequeña bestia, nos había invitado a una cena en su casa para congraciarse con nosotros y disculparse por lo inoportuno que resultaba su retoño. A mamá no le agrada esa mujer, pero, a diferencia de Max, Miranda sí procura ser una persona civilizada, y por eso aceptamos asistir a la cena.

En casa de los vecinos nos situamos en la sala de estar para platicar antes de cenar. El salvaje se sentó en el sofá de cara al que yo elegí, llevando puesta, como siempre, una horrible camiseta de superhéroe. Aunque esta vez, para colmo, y como si no fuera ya molesto verle tan desaliñado, tenía desamarrados los cordones de los zapatos.

—¿En qué trabajas, Jacqueline? —preguntó Miranda a mamá.

—Soy abogada.

—Enhorabuena —la felicitó.

—Es la mejor abogada de la región —dije, repitiendo lo que siempre escuchaba decir a mamá.

El salvaje hizo rodar sus ojos al escucharme. Arqueé una ceja en su dirección y de nuevo lo miré de pies a cabeza, tal como hace mamá cuando intenta intimidar a una persona que no es de su agrado. Pero Max no se inmutó.

—Es bueno saberlo —dijo Miranda, sonriendo—. Uno nunca sabe si mañana necesitaremos de una abogada.

Un comentario fuera de lugar. Lo sabía por la risa forzada de mamá.

—¿Tú a qué te dedicas, Daniel? —preguntó papá al padre del salvaje.

—Soy piloto aviador —dijo él en voz baja, restándose importancia.

—Papá es el mejor piloto aviador de la región —canturreó el salvaje, mirándome.

Burlándose. Aunque solo mamá y yo nos dimos cuenta de eso.

—No es así, Max —dijo el señor Solatano abochornado—. Hay docenas de pilotos mucho mejores que yo. Pero disfruto siendo tu superhéroe.

—Yo soy maestro de escuela —dijo papá, cosa que avergonzaba a mamá, de manera que pronto trataría de cambiar de tema.

Ella siempre decía: «¿Qué hace una abogada casada con un maestro de escuela?».

—Yo también soy maestra de escuela —aplaudió Miranda, cosa que puso de mejor humor a papá y, por consiguiente, arruinó el de mamá—. ¿A qué tipo de escolares das clases, Billy?

—Adolescentes. ¿Tú?

—Yo estoy en el preescolar. —A Miranda le puso contenta el cambio de conversación—. ¿No es maravilloso compartir lo que uno sabe?

—¿Desde cuándo viven aquí? —desvió el tema mamá, sin dar a papá la oportunidad de contestar.

Que mamá hiciera eso molestó a Miranda:

—Cuatro años —dijo, volviendo los ojos hacia papá—. Entonces, Billy, ¿no es maravilloso enseñar? —insistió en que él contestara.

Mamá se removió en su asiento, molesta. A ella no le gusta que la reten.

—Lo es —sonrió papá.

Cuando me aburrió esa conversación me giré hacia el salvaje con la intención de educarlo un poco:

—¿No vas a amarrar los cordones de los zapatos? —pregunté con una pizca de molestia.

—Sí, en algún momento lo haré —respondió él con una sonrisita de mal gusto.

—Deberías amarrarlos. Es peligroso no amarrarlos —insistí, pero él me ignoró.

Miranda se puso de pie:

—¿Pasamos a la mesa? —dijo, y nos indicó que la siguiéramos.

Los señores Solatano y el salvaje empezaron a caminar. Sin embargo, mamá, papá y yo, ocupados en nuestros propios asuntos, nos quedamos atrás.

Mamá dejó entrever su molestia:

—¿Por qué te tutea? —preguntó a papá cuando los señores Solatano se alejaron.

—No lo sé —Papá no comprendía su enojo—. Ayer por la mañana nos vimos al llegar a casa y platicamos sobre los niños. Supongo que le inspiro confianza. A mí no me molesta que me tutee.

—Es una maleducada —se quejó mamá, y yo asentí con la cabeza para mostrar a papá que estaba de acuerdo con mamá.

—No exageres, Jacqueline —dijo papá.

—¿Vienen? —escuchamos preguntar a Miranda. Se encontraba de pie en el espacio que separa el comedor de la sala de estar. ¿Qué tanto escucharía de la conversación entre mamá y papá?

Papá la siguió al instante:

—Claro. ¿Qué hay de cenar?

—Barbacoa —respondió ella, alegre.

Mamá también siguió a Miranda, aunque a una distancia prudente. Yo caminé junto a ella. Sin embargo, justo antes de llegar a la mesa, el salvaje se interpuso en nuestro camino. Mamá lo ignoró y continuó como si él no mereciera su atención, pero yo esperé para poder hacerle notar que todavía no había amarrado los cordones de sus zapatos.

—Los cordones de tus zapatos —dije y señalé sus pies.

—¿Qué? —Él se cruzó de brazos.

—Siguen sueltos.

—¿Y?

—Es molesto.

—¿Y?

—Te vas a tropezar.

Ese día mi paciencia alcanzó un nuevo nivel.

—¿Y?

—¡Te vas a lastimar!

—¿Y? —Max arqueó una ceja.

—¡AMÁRRALOS!

—¡Suhail! —me regañó mamá desde la mesa—. No. Levantes. La. Voz.

Me volví hacia ella:

—¡Él todavía no ha amarrado los cordones de sus zapatos, mamá! —lo acusé mirando a todos ya sentados.

—Ese no es tu problema —dijo ella.

—Max, amarra los cordones de tus zapatos —pidió al salvaje su padre para evitar más problemas.

—Enseguida, papá —contestó Max con esa sonrisita en su rostro que ya empezaba a odiar, y que sigo odiando después de tantos años.

11. Max

Mirándome directo a los ojos, el enemigo ensartó bruscamente un tenedor en su barbacoa, dándome a entender que yo tendría el mismo final que el cerdo en su plato. Me reí y disfruté lo más que pude mi cena, pues esa noche me percaté de que le molestaba verme feliz. Eso me encontraba haciendo cuando mi tenedor cayó al piso y me dispuse a recuperarlo. De inmediato salté de la silla y me coloqué en cuclillas bajo de la mesa.

—Mamá me enseñó a tener buenos modales en la mesa —escuché piar al enemigo—. Masticar en silencio la comida, usar la servilleta, no dejar caer nada...

Por supuesto, ella no iba a dejar perder la oportunidad de hacer notar que se cree mejor que yo. «Se cree». Molesto, suspiré con pesadez, seguro de que necesitaba vengarme, y por fortuna la oportunidad se me presentó cuando buscaba mi tenedor en el piso, pues vi algo que llamó mi atención. El enemigo usando zapatillas... zapatillas con cordones. «¡Bingo!»

Me arrastré hasta sus pies y las desaté. Después las amarré de vuelta, aunque entrelazándolas entre sí lo suficientemente fuerte como para resistir un tropezón, pero también desatarse al instante. Ya lo había hecho en el colegio, de modo que sabía dónde sujetar. De regreso en la mesa, le mostré al enemigo el tenedor ya recuperado.

—Ya no lo puedes usar, está sucio —dijo con ese tonito insoportable que heredó de su mamá.

Pero la ignoré. Cogí otro pedazo de barbacoa y metí el tenedor en mi boca.

—Yiuuu —chilló Suhail—. Mamá, míralo —me acusó—, se metió el tenedor a la boca sin haberlo limpiado antes.

Pero su madre también la ignoró. Los adultos estaban entretenidos platicando entre ellos. Suhail arrugó la nariz y yo reí. Moría de ganas de que Eric y Sam conocieran de cerca al enemigo y me ayudaran a sacarlo del vecindario.

«¡FUERA, NIÑAS!»

—Miranda, te escuché decir que tendrán una niña —preguntó la señora Didier a mamá.

—Posiblemente. Lo estamos intentando —sonrío ella, tímida.

«Oh, no...»

—Oh. —A la señora Didier le incomodó ese tema tanto como a mí—. Es decir que todavía no estás embarazada.

—No, no lo estoy. En realidad, Daniel y yo queremos adoptar.

—¿Qué?

Sí. «¿Qué?» Lo mismo había dicho yo.

—Por complicaciones durante el parto de Max no puedo tener más hijos —dijo mamá—. Pero quiero una princesita.

—¿Puedo jugar con ella? —preguntó Suhail. Acá entre nos, la entrometida de Suhail.

Puse los ojos en blanco.

—Por supuesto, cariño —contestó mamá. A ella le ilusionaba mucho la idea de tener una hija.

A continuación, la mamá del enemigo empezó a enumerar las desventajas de adoptar. Eso incomodó a mamá.

—El domingo es el cumpleaños de Max —dijo papá, en un intento de desviar el tema de conversación y ayudar a mamá—. Nos gustaría que vinieran a la fiesta.

«Oh, no». Esbocé una mueca de fastidio.

—Visitaré a un cliente el domingo —se disculpó la mamá del enemigo.

Perfecto, ella y su hija insoportable no vendrían. Iba a festejarlo cuando...

—Pero Suhail y yo sí estaremos aquí —dijo Bill—. Con gusto vendremos.

A la mamá del enemigo no le hizo gracia que su esposo la contradijera, aunque no se lo discutió frente a nosotros. Aun así:

—Hora de irnos —dijo, presumida, levantándose de la mesa con el cuello estirado. La señora Didier me recordaba a una jirafa.

—Pero todavía falta el postre —dijo mamá, confusa, empezando a servir el pastel de manzana. Le hice una seña para que me pasara un plato. Me encanta el pastel de manzana de mamá.

—Suhail no puede comer postre, está castigada —dijo la jirafa.

—¿Por qué? —preguntaron el enemigo y su padre al unísono.

Yo sonreí.

—Por levantar la voz en casa de los vecinos —objetó la otra.

Bill se mostró en desacuerdo, pero no se lo discutió a su esposa. Al menos no en ese momento.

Cual princesa en deshonor, el enemigo trató de levantarse dignamente de la mesa, sin embargo, al instante tropezó con sus pies y se llevó el mantel de la mesa al piso con ella. Me apresuré a coger mi plato, porque ahora casi todo estaba sobre el alfombrado.

—¡SUHAIL! —chilló la madre-jirafa, avergonzada.

—Lo siento, mamá, no sé qué pasó —dijo el enemigo, sollozando.

—¡Tropezaste con tus pies! ¡Anda, mira los cordones de tus zapatos!

Suhail bajó la mirada y observó con duda sus pies.

Saboreé un pedazo de pastel, y así, con la boca llena, dije al enemigo con el mismo tonito que utilizó conmigo:

—Deberías amarrar los cordones de tus zapatillas, Suhail. Es peligroso no amarrarlos.

12. Suhail

Fue él. ¡Estaba segura de que fue él! Tenía esa estúpida sonrisita en su rostro, la que siempre lo delata. «¡Fue él!» Pero decidí no decir nada a papá y a mamá, porque la discusión que empezaron en casa de los vecinos continuó al llegar a casa. Y acusar al salvaje solo lo hubiera empeorado todo. En todo caso, decidí encargarme yo misma de él... y la oportunidad se me presentó el día de su cumpleaños.

13. Max

Pese a ser el día de mi cumpleaños mamá me despertó temprano para que apartara en una caja los juguetes que dejé de utilizar. Es tradición hacerlo porque las Hermanas de la caridad visitan el vecindario en agosto y, para apoyar su causa, el comité de vecinos pide a cada familia dejar nuestro aporte frente a la puerta principal. Llené una caja completa con cosas que ya no utilizaba, deseando poder empacar en otra al enemigo.

Hablando del enemigo, no me acusó de hacerla tropezar... y sabía que fui yo, lo vi en sus ojos llenos de odio. Por ende, me sorprendió que no dijera

nada. Esa mañana también la vi llenar cajas para las Hermanas de la caridad. Se veía pequeña e ingenua apartando cada cosa. Entonces no sospeché que estuviera planeando una de mis peores tragedias.

14. Suhail

Una vez más, escogí un vestido bonito y peiné con cuidado mi cabello para visitar la casa de los vecinos. No iba a dejar ganar a Max.

15. Max

—¿Quién es la estrella de *rock*?

—¡Yo!

—¿QUIÉN ES LA ESTRELLA DE *ROCK*?

—¡YO!

Salté hacia los brazos de papá y él me hizo dar vueltas hasta marear. Qué recuerdos. Con nadie me divertía más que con papá.

—¡Ya ocho años, enano! —celebró.

—¿Ya soy un adulto? —pregunté, inocente.

—Tampoco exageremos. —Me abrazó.

Llevaba puesta otra de mis camisetas del Hombre Araña, aunque mi cabello estaba peinado estilo *punk*. Mamá rio al vernos:

—Si sigues con eso de la «estrella de *rock*» le meterás en la cabeza serlo. Además, ese estilo de cabello es *punk*, no *rock*.

La mirada de papá se iluminó.

—¿Y por qué no puede ser una estrella de r*ock*? —preguntó—. ¿Por qué no puede ser famoso? —insistió y me miró con una sonrisa pícara.

¿Yo, famoso?

—¡SÍ! —salté—. ¡Sí! ¡Famoso!

Mamá negó con la cabeza, aunque al igual que papá, estaba sonriendo. Acto seguido, sonrió y me mostró el obsequio que escondía tras ella. El primero que recibiría ese día.

—Te va a gustar —aseguró papá con solemnidad, y mamá me entregó la enorme caja envuelta en papel azul brillante. La abrí en tiempo récord:

—Una guitarra —dije con emoción al descubrir lo que había dentro: una guitarra acústica de color negro que todavía conservo—. ¡UNA GUITARRA, PAPÁ! —Lo abracé.

No tenía la menor idea de lo que hacía, pero me apresuré a colocarla sobre mi regazo y la «toqué».

—¡Eso es! —me animó papá, feliz—. ¡Hora de un concierto!

—Primero debería ensayar —aseguró mamá cubriendo sus oídos.

Pero yo no quería parar de tocar pese a hacerlo mal. Algo despertó en mí ese día.

—Eso sí, una estrella de rock debe saber sobre rock, ¿no? —celebró papá y fue a su habitación por discos.

Sabía lo que vendría a continuación.

—¡SÍ! —salté, alzando los brazos en lo que papá buscaba una canción para que la cantáramos. Su favorita era *I Was Made For Lovin' You* de Kiss.

—Tienes que conocer bien a estos ídolos, enano —dijo.

Los dos bailamos y cantamos hasta que los invitados a mi fiesta comenzaron a llegar con obsequios.

16. Suhail

Papá y yo llegamos temprano a la casa vecina y ayudamos a Miranda a terminar de acomodar todo para la fiesta de cumpleaños de la pequeña bestia. Eso me dio una idea y se lo sugerí a papá.

—Miranda, ¿dónde vas a colocar la mesa para los obsequios? —preguntó papá en mi lugar, puesto que si preguntaba yo levantaría sospechas.

—Tiene que ser en un lugar visible, cariño.

Me pregunté qué pensaría mamá de escuchar a Miranda llamar «cariño» a papá, pero lo dejé pasar.

—Sí. Debe ser en un lugar en el que todos la puedan ver —sugerí, con cara inocente.

—Excelente idea, princesa —me felicitó Miranda y me ayudó a acomodar la mesa junto a la puerta principal.

Lo que te esperaba, Max...

La fiesta transcurrió de lo más aburrida, o al menos para mí lo fue. Casi todos los invitados eran niños, niños escandalosos y sucios al igual que Max, y no tuve con quien jugar. Las únicas niñas eran dos primas de Max que todavía utilizaban babero. Lo bueno es que tuve tiempo suficiente para llevar a cabo mi plan.

Cuando el mago que animaba la tarde terminó su show, todos comenzaron a gritar «¡Obsequios!, ¡obsequios!» y me abrí paso entre los invitados para estar cerca de Max.

17. Max

—No es por nada, pero mi obsequio para ti es un muñeco live action del Hombre Araña —dijo mi tío guiñándome un ojo.

—Y el mío una colección de cochecitos —dijo otro, y eso solo me animaba más y más. No podía con la emoción.

Corrí hacia donde sabía que se hallaba la mesa para los obsequios, aunque no encontré nada además de la mesa. Busqué debajo del sobre mantel, pero tampoco vi algo. Lo único era una hoja de papel pintarrajeada con la palabra Donativos. Miré a mamá sin comprender. Ella se veía preocupada.

—Oh, no, cariño —dijo mirando de la mesa a la puerta, todavía entreabierta.

—¿Qué pasa? —inquirí.

—Creo que las Hermanas de la caridad se lo llevaron todo.

«¡¿Qué?!»

—Pero... Pero... —Quería llorar—. ¡No, mamá! Aquí estaban los obsequios —señalé la puerta.

«Oh, mi muñeco *live action* del Hombre Araña».

—¿Hace cuánto tiempo los viste? —pregunto mamá.

—¿Dos horas? ¿Tres? Qué sé yo, ¡MAMÁ!

Los invitados nos miraban sin comprender. Todos excepto uno. Suhail. Viéndola batir sus pestañas hacia mí supe todo lo que necesitaba.

—¿Qué sucede, Miranda? —preguntó papá, abriéndose paso entre los invitados, que aún esperaban ver los obsequios.

—Las Hermanas de la caridad se llevaron los obsequios de Max —informó mamá a todo el que estuviera escuchando—. Los confundieron con donativos —señaló la hoja que pintarrajeó Suhail.

Un «Oh» sorpresivo vino de toda la sala. Apreté los labios conteniendo las ganas de llorar. «No voy a llorar. No voy a llorar. ¡Ah, mis obsequios! Pero no voy a llorar». ¡No iba a darle al enemigo el placer de verme humillado! Y tampoco podía acusarla. No cuando ella no me había acusado por lo de los cordones. Se vería mal y cobarde. Porque llorar y acusar es algo que hacen las niñas, no los niños que visten camisetas del Hombre Araña.

—Deberíamos aplaudir a Max —escuché decir a Suhail, y fue ella quien aplaudió primero;el resto de los invitados la siguió—, quien comprende mejor que nadie la importancia de dar sin esperar nada a cambio.

¿Ahora estaba dando un discurso? «¡Ah, la odio!».

—Eres un gran ejemplo, Max —me felicitó una tía.

—Estoy orgulloso de ti, enano —me felicitó papá.

¿En qué momento todos asumieron que tal acto de «caridad» fue iniciativa mía? No lo sé, pero incluso mamá se acercó a abrazarme. Un invitado tras otro lo hizo, incluida Suhail...

—Me voy a vengar. Lo sabes, ¿no? —le susurré al oído, amenazándola.

—Estaré lista —respondió ella, divertida.

Ese día empezó de manera oficial nuestra guerra.

18. Suhail

Secuestró a mi pez.

19. Max

Tiñó de rosa a mi perro. Mi blanco y leal perro.

20. Suhail

¡Decapitó a mis muñecas!

21. Max

¡Le puso uñas acrílicas a mi G.I. Joe!

22. Suhail

¡Les dijo a los niños del vecindario que me llamaran «Demonio pelirrojo»!

23. Max

¡Empezó el rumor de que tengo piojos!

24. Suhail

¡Arrojó un sapo a mi ventana! ¡A MI VENTANA!

25. Max

¡Su mamá le aconsejó a la mía llevarme al dentista!

26. Suhail

¡Aflojó las rueditas de soporte de mi bicicleta!

27. Max

¡Puso pegatinas de las princesas Disney a mi patinete!

28. Suhail

¡ALTO EL FUEGO!
«No puedo más».

29. Max

Por alguna razón, ahora Suhail lloraba todo el tiempo y la veía menos. ¿Me había pasado con lo de las rueditas de su bicicleta?

30. Suhail

«Mis papás me dijeron que se van a divorciar».

31. Max

Para mí era normal escuchar discutir a los padres de Suhail.
—¡Me voy a largar! —gritaba su mamá.
—¡Pero ya! —gritaba de vuelta su papá.

—¡Y mi hija se viene conmigo!

—¡Eso sí que no! —un portazo y más gritos y reclamos.

Yo me escondía debajo de mi cama. ¿Qué era todo eso?

Mis papás no se gritaban. Aun así, por la cercanía de nuestras ventanas, me tocaba escuchar a los padres de Suhail pelearse todo el tiempo por nada y todo.

Y al mismo tiempo escuchaba a Suhail llorar.

32. Suhail

Peleaban donde fuera y frente a quien fuera. ¿Por qué? ¿Por qué no podían ser como los padres de Max?

33. Max

Y todo empeoró cuando Suhail empezó a asistir al colegio. Mi colegio. No solo era incómodo que la llamaran «alumna nueva» y que además estuviese en el mismo salón que yo, sino que los problemas que tenían sus padres, debido a los escándalos que ellos mismos propiciaban, eran de demonio público y Suhail tenía que soportar, quisiera o no, los comentarios.

—Mi papá escuchó a la mamá de Suhail llamar «idiota fracasado» a su marido —rio Eric cuando vio a Suhail caminar por el pasillo.

Iba caminando sola y nuestros compañeros reían a su paso. Tenía una semana de asistir a clases y aún no había hecho amigas, al contrario. Yo me sentía... preocupado. Vamos, yo no quería patear a un árbol caído. Necesitaba que Suhail fuese la misma niña odiosa y altiva de siempre para no sentirme mal por molestarla. Sin embargo, la vi percatarse de lo que dijo Eric y de inmediato bajó la mirada, parecía avergonzada. ¡Obviamente se sentía avergonzada! Y a eso me refiero. ¿Dónde estaba la Suhail que hubiera venido a gritar que me callara?

Codeé a Eric.

—¿QUÉ? —se quejó él—. Eres el primero en hacerle la vida imposible a Suhail.

Para qué negarlo.

—Pero... Pero... —No tenía ningún tipo de argumento para rebatir eso.

Sam se encogió de hombros:

—Pero con eso no se juega —dijo a Eric—. Digo, debe ser terrible que tus padres se odien y se peleen frente a quien sea.

—Exacto —dije viendo a Suhail recibir un sándwich a la cara. «¿Qué diablos?»—. ¿Qué fue eso? —pregunté a Eric viendo al enemigo salir corriendo para evitar recibir más burlas y más cosas arrojadas a su pecosa cara.

El chico que le arrojó el sándwich se volvió hacia a mí como si esperase mi felicitación. «¿Qué rayos?»

—Como tú molestas a Suhail, muchos en el colegio creen que también pueden declararle la guerra —me recordó Eric.

¿QUÉ?

—¡No! —exclamé, buscando la mirada de todos en el pasillo. En ese momento estaba odiando a todo el colegio—. ¡ESO ES ALGO ENTRE SUHAIL Y YO! —les grité—. Nadie más puede meterse. ¡Nadie!

La mitad lo comprendió, la otra mitad... no. Porque Edgar, el niño que le arrojó el sándwich a Suhail, ahora se acercaba a mí con actitud de gorila:

—¿Nos estás diciendo que solo tú puedes molestar a Suhail? —me empujó. Ese niño quería pelea—. Eso sí que no —me advirtió luego—. Yo también le declaré la guerra.

Eric y Sam me hicieron una señal para que sacara la bandera blanca. Tenía que permitir a Edgar molestar a Suhail si quería conservar mi linda cara. Estábamos a finales de los noventa y muchos ya habían mandado al carajo la ideología de la «no violencia». Por mi parte, me hallaba seguro de dos cosas: si no le devolvía el empujón a Edgar, el resto del ciclo escolar sería su perra. Y, peor aún, él asumiría tener luz verde para molestar a Suhail lo que quisiera. Y eso sí que no...

Eso sí que no. Por eso, le devolví el empujón a Edgar.

¡Solo yo podía molestar a Suhail!

—¡PELEA! ¡PELEA! ¡PELEA! —empezó a anunciar Eric a todos nuestros compañeros en el pasillo.

Me encontraba asustado, pero no bajé la cara. Quién diría que mi primera pelea sería por Suhail Didier.

34. Suhail

Cuando subí al autobús escolar que me llevaría de regreso a casa, me sentí mal por la cantidad de comida y basura que llevaba encima.Más niños me habían arrojado cosas a la hora de la salida. Me veía fatal y apestaba.

Caminé en medio de las dos filas de asientos soportando burlas y críticas.

«¡Apestas, Suhail!»

«¿Por qué huele a perro muerto?»

«¡PERDEDORA!»

«¡Alguien, échenla fuera!»

Sabía que el odio hacia mí tenía dos posibles motivos:

1. El espectáculo que montaban mis padres cada vez que asistían a una reunión de profesores:

—¡Suhail se va conmigo!

—¡No, conmigo!

—¡El juez ordenó que a mí me toca hoy!

—¡Vete al infierno!

2. Max Solatano.

Todos me consideraban una perdedora por ser hija de los «escandalosos» y por ser odiada por un niño bastante popular. Mi situación no podía ser peor. Y sentí un profundo resentimiento hacia Max hasta que lo vi subir al autobús en peor estado que yo. Se hallaba despeinado, tenía un ojo morado... y, ¿ese olor era excremento?

—¡Les advierto que el niño que me retó está peor! —nos gritó a todos.

Y no es que un niño de segundo de primaria inspire miedo, sino que el resto eran niños de segundo, primero y preprimaria. Aun así, el conductor del autobús se puso de pie y, molesto, se dirigió a nosotros:

—Ei, ustedes dos —nos señaló a Max y a mí—. Sí, ustedes, los malolientes. Se me van hasta el último sillón.

Max refunfuñó, pero yo me sentí agradecida. De otra manera ninguno allí me hubiera permitido sentarme a su lado.

Los ocupantes del último sillón nos lo entregaron de mala gana y Max y yo, a regañadientes, nos sentamos uno al lado del otro... apestosos... enojados... callados...

Cuando el autobús giró en la esquina de nuestra calle, finalmente nos miramos.

—Tienes papel higiénico sobre tu cabello —le dije.

—Y tú pareces un *hotdog* con exceso de condimentos —respondió.

Nos reímos y bajamos del autobús cuando el encargado del grupo avisó que habíamos llegado.

Era la primera vez que Max y yo reíamos juntos.

35. Max

Esa noche, en mi habitación, como ya era costumbre, escuché llorar a Suhail. ¿Por qué tenían que estar tan cerca nuestras ventanas? ¿Por qué?

—No apagues la luz, mamá —sollozó—. Creo que hay un fantasma.

—Suhail, ya estás grande para eso. Aquí no hay fantasmas —la regañó la jirafa malhumorada.

—Pero, mami...

—Basta.

—¿Puede venir papá?

—Él ya no vive en esta casa.

Escuchar eso hizo llorar más a Suhail.

—¿Me va a llamar?

—Lo verás los fines de semana.

—¿Por qué no puedo verlo mañana?

Sí, ¿por qué?

—Porque el juez dijo que solo los fines de semana.

—Mami...

Qué juez tan cruel.

—Ya, duérmete. Termino de acomodar tu armario y me voy a mi habitación.

Me acerqué más a la ventana.

—No me dejes sola. Ahí está el fantasma.

—No hay ningún fantasma.

—Quiero a papá.

—¡BASTA!

Hasta yo salté de lo fuerte que se escuchó eso. Después vi a la señora Didier apagar la luz y salir de la habitación de Suhail.

—Mami... —se quedó llorando Suhail—. Mami... El fantasma.

Regresé a mi cama. Si no me dormía temprano no despertaría de buen humor al día siguiente.

—Mami...

Pero Suhail no paraba de llorar.

—Por favor, mami...

Di vueltas en mi cama.

—El fantasma...

La señora Didier tenía razón. No existen los fantasmas. Aun así, para que Suhail se callara, cogí mi linterna del Hombre Araña, regresé a la ventana y apunté a su ventana.

—¡Voy a vigilar que no venga el fantasma! —informé.

Escuché un silencioso «Gracias» y esperé ahí hasta que el enemigo concilió el sueño. Porque eso seguía siendo Suhail, el enemigo. E hice lo mismo, esa noche y muchas más, por mí y por mi sueño, no por Suhail.

Aunque algunas veces las ganas de dormir temprano me vencieron.

—¡Max, el fantasma! —me despertaba ella llorando y de inmediato volvía a apuntar mi linterna hacia su ventana—. Gracias—me agradecía ella.

Pero lo hacía por mí. No por Suhail.

No por Suhail.

36. Suhail

u***Classic*** **- Adrian Gurvitz**

Venía de pasar la tarde con papá cuando el sonido de una canción llamó mi atención.

—Nos vemos el próximo fin de semana, princesa —se despidió mi padre con un beso.

Cuando terminó de aparcar el coche bajé y busqué el lugar del que provenía el sonido.

Dos voces cantaban acompañadas por una guitarra. Una voz grave y experta, y otra de niño que, digamos, no lo era tanto.

Mis pies y mi curiosidad me llevaron hasta la cochera de los Solatano. De ahí provenía el sonido. Max y su padre estaban ensayando.

—Empecemos de nuevo, enano —dijo el señor Solatano. Vi a Max acomodar torpemente la guitarra sobre su regazo—. *Gotta write a classic, Gotta write it in an attic...* —continuó el señor Solatano—. Vamos, Max, tú puedes. Es una canción fácil para tocar y cantar.

Me consta que Max trató de hacerlo tan bien como su padre:

—*Baby, I'm an addict now, An addict for your love...* —cantó y tocó tratando de ponerle sentimiento.No era el mejor, pero escuché al señor Solatano decir que iba mejorando.

En ese momento no sospeché cuán importante sería para nosotros esa canción.

—¡Suhail! —el señor Solatano me saludó al verme.

Los saludé a ambos. No obstante, Max bajó la mirada y no me devolvió el saludo. Se avergonzó al darse cuenta de que lo estuve escuchando. Por mi parte, ya no odiaba a Max. Desde que me ayudó con el fantasma nuestro trato era más cordial.

37. Max

Suhail estaba equivocada respecto a nosotros. Así lo sentí en ese momento.

Lo vi en su cara. Por ayudarla con el fantasma asumió que yo... Bueno... ¡NO! No éramos amigos ni nada. A lo mucho éramos socios. Pero amigos no.

Para mí era incómodo. Suhail me miraba como si yo fuera algo especial en su vida y, bueno, como si me hiciera falta más, eso animó a papá a...

—Los dejo solos —dijo con una sonrisa boba en la cara y salió de la cochera.

«Traidor».

—Hola, Max —me saludó Suhail Didier batiendo lentamente las pestañas.

—Hola —respondí, tímido.

¡Vamos, hombre! Yo pensaba en superhéroes y guitarras. No en chicas. Al menos no todavía.

Suhail se acercó a míhasta el punto de que adulteró mi espacio personal y... sé que quiso darme aquel beso en la mejilla, pero como traté de evadirla, este terminó en... los labios. ¡SÍ, LOS LABIOS! Los dos abrimos mucho nuestros ojos e hicimos lo más valiente que harían un par de niños a esa edad: ir a buscar a nuestras mamás.

Esa noche ninguno se asomó a su respectiva ventana. Suhail no lloró por el fantasma y yo... pues yo, para distraerme, continué ensayando *Classic* con una guitarra imaginaria. Movía los dedos como si en realidad la estuviera tocando.

Y... no hay nada más que decir sobre ese día. El día que Suhail me dio mi primer beso.

38. Suhail

El ambiente en el colegio mejoró con el tiempo. Creo que tuvo que ver con que Max golpeara a quien me molestaba, pese a que no sé por qué lo hacía. Es decir... Por alguna razón no terminaba de caerle bien, pero me defendía. Max me defendía. Asumí que esa actitud era parte del extraño comportamiento de los niños.

La prueba de fuego para él llegó una mañana que entré tarde a la clase de inglés. Veinte de los veinticinco bancos dobles del salón se hallaban ocupados, pero cinco de mis compañeros no tenían pareja.

—Bien, chicos, ¿quién le permitirá a Suhail sentarse a su lado? —preguntó la maestra.

Silencio incómodo.

—Junto a mí se sienta Cintia —dijo Paula—, pero fue al baño, maestra.

Eso me dejaba como opción cuatro asientos. Uno era el de Max, que siempre lo compartía con Sam, aunque ese día Sam faltó al colegio. Vi la expresión de horror en los ojos de Max al darse cuenta de que podía escoger sentarme junto a él, lo cual sería incómodo después de que nos besa... A

decir verdad, ya que él fingía demencia sobre ese asunto, yo también intentaba olvidarlo.

—Entonces, ¿quién compartirá banco con Suhail? —volvió a preguntar la maestra—. No miro manos levantadas.

Para mí fue incómodo estar de pie frente a mis compañerosy sentirme rechazada.

—Nadie, maestra —dijo la voz de un niño al fondo del salón. Tuve miedo de que se tratara de Max, pero no. Era Edgar—. Es que Suhail apesta.

La mayoría rioal escuchar a Edgar decir eso y sentí muchas ganas de llorar, sin embargo, la maestra salió en mi defensa:

—Hoy no sales a recreo, Edgar.

—Pero, maestra...

—Dije que no.

Después vi con tristeza cómo dos niñas colocaban su mochila junto a ellas para tampoco compartir su lugar conmigo. No obstante, mi tristeza cambió a sorpresa cuando Max hizo un gesto con la mano señalando su propio banco. Sabía que lo hacía por lástima, por compromiso, pero algo es algo.

—Gracias, Max —dijo la maestra.

Cogí mis cosas y empecé a caminar.

—Max quiere que su novia se siente junto a él —se burló Edgar.

Vi el rostro de Max enrojecer, pero en ningún momento se echó para atrás. Me iba a permitir sentarme junto a él.

—Mañana tampoco sales a recreo, Edgar —dijo la maestra.

—Pero, maes...

—Ya, silencio. Cuando Suhail tome asiento seguiremos con la clase.

Cogí aire y seguí caminando en medio de las filas de bancos, en dirección al lugar que ocupaba Max. Él no me veía, se mostraba «distraído» dibujando algo en su cuaderno. De pronto una mano se atravesó en mi camino, interrumpiéndolo. Era la mano de una niña que también era nueva en la clase.

—Suhail también se puede sentar a mi lado, maestra —dijo en voz alta.

—Tú eliges, Suhail —dijo la maestra, impaciente por continuar la clase —. Te sientas con Max o con Ling.

El nombre de la niña, de apariencia asiática, era Mei Ling. Le di las gracias y me senté a su lado sabiendo que de esa forma también le devolvía el favor a Max, pues sería difícil para ambos soportar las risas.

39. Max

En el autobús escolar, ya de regreso a casa, Suhail trató de darme las gracias por ofrecerle mi banco durante la clase de inglés... pero la ignoré.

¿Por qué tenía que ser tan... tan... expresiva? Que lo deje pasar y ya. Lo mismo con el beso. Yo necesitaba creer que eso jamás sucedió.

Cuando bajamos del autobús cada uno caminó hacia la puerta de su casa, aunque, para mi sorpresa, Suhail no entró a la suya. Ella simplemente se sentó sobre los escalones frente a su puerta. No era la primera vez que hacía eso. Siempre me pregunté por qué, pero supongo que no lo suficiente.

Entré a mi casa, saludé a mamá y ella me preparó algo de comer. Esa tarde seguiríamos ensayando *Classic* con papá, pero él todavía no llegaba. Esperé. Cuando el reloj marcó las cuatro por fin escuché el coche de papá estacionarse. Salí corriendo a recibirlo:

—¡Hola, enano! —me saludó con un fuerte abrazo—. ¿Qué tal te fue en clase? ¿Me extrañaste?

Y le estaba platicando mi día cuando noté que su mirada cambió de dirección y se tornó preocupada. Miraba la casa de Suhail. En concreto estaba mirando a Suhail, que continuaba sentada sobre los escalones frente a la puerta de su casa, todavía acompañada de su mochila. Habíamos llegado del colegio hace tres horas. ¿No había entrado a su casa? Y eso no era lo peor... se encontraba llorando.

—Ve por tu mamá —me pidió papá y caminó hacia donde estaba sentada Suhail.

Corrí a llamar a mamá y después ambos alcanzamos a papá, que ya estaba de pie frente a Suhail.

—No me quiere platicar qué pasa —dijo papá a mamá cuando llegamos.

Suhail tenía la cabeza baja.

—¿Ya comiste, cariño? —le preguntó mamá.

Suhail negó con la cabeza.

—¿No hay nadie dentro? —continuó mamá.

Suhail no dijo nada. Mamá se puso en cuclillas para poderla mirar de frente:

—¿Qué pasa, linda? ¿Por qué no has entrado a tu casa?

Suhail no quería hablar, pero mis padres insistieron en saber.

—Es que... —Suhail balbuceó y continuó llorando—. Es que... adentro está el fantasma.

«Oh, no».

—¿Qué fantasma? —preguntó mamá.

El llanto de Suhail aumentó.

«Tal vez debería ir por la linterna del Hombre Araña».

Mi papá se sentó al lado de Suhail:

—Yo soy experto en exterminar fantasmas —dijo, sonriendo—. Puedo acompañarte dentro. También irá Max, si quieres.

Un momento. Una cosa era espantar fantasmas con una linterna, pero, ¿enfrentarlos?

—No, por favor. Mamá se enojará —dijo Suhail.

—¿Dónde está tu mamá? —preguntó mi mamá a Suhail.

Suhail dudó en responder:

—Trabajando.

—¿Quieres que llamemos a tu papá? —dijo mamá, poniéndose de pie—. Creo que guardé su teléfono en...

Los ojos de Suhail se abrieron mucho, negó con la cabeza y también se puso de pie. Parecía tener miedo. Es más, parecía tener pánico.

—¡No, a papá no, por favor! —exclamó—. ¡Él no puede saber del fantasma!

Mamá se veía preocupada:

—¿Por qué no puede saber del fantasma? —preguntó.

—Tal vez estamos preguntando demasiado, Miranda —dijo papá.

—Ella está afuera sin comer —justificó mamá, molesta—. Tenemos que saber por qué.

Suhail siguió llorando:

—Es que... Es que... Pero Max ya lo ahuyentó —aseguró—. Solo debo esperar a que mamá venga.

—¿A quién ahuyentó Max? —preguntó mamá mirándome con extrañeza.

—Al fantasma —contestó Suhail—. Por las noches, él... —«No, no les cuentes. Qué vergüenza.»— espera en su ventana hasta que yo me duerma.

—Iré a espantar a ese fantasma —avisó papá a mamá, guiñándole un ojo. Se incorporó y caminó hacia la puerta de la casa de Suhail—. ¡Señor fantasma, salga! —dijo, tocando fuerte la puerta—. ¡Ya no asuste a Suhail!

—¡Ya no entre por las noches a la habitación de Suhail, señor fantasma! —grité yo para ayudar a papá.

Me reí, pero el rostro de Suhail aún expresaba miedo. ¿Por qué? Y este aumentó cuando escuchamos que alguien, dentro de su casa, se aproximaba hacia la puerta.

Papá miró a mamá sin comprender. ¿Era el fantasma?

—Pensé que no había nadie en casa —dijo mamá a Suhail, pero ella solo se escondió detrás de mamá.

Un hombre abrió la puerta.

—¿Le puedo ayudar en algo? —preguntó a papá y luego advirtió mi presencia, la de mamá y la de Suhail—. Oye, ¿por qué no has entrado? —le preguntó a ella.

Papá trató de explicar la situación al hombre mientras yo escuché a mamá preguntar a Suhail:

—¿Quién es él?

—El fantasma —respondió Suhail todavía llorando, y se acercó al oído de mamá para susurrar—: Pero no digamos nada, por favor. Nada. Nadie puede saberlo.

40. Suhail

No sabía cómo explicar a Miranda lo sucedido. Mamá me había prohibido decir que su nuevo novio estaba viviendo con nosotras. Y él, el novio, me había prohibido decir que... que...

Se encontraba molesto. Lo vi en sus ojos cuando el señor Solatano trató de explicarle por qué no entraba a la casa. Pero no había nada que explicar. El novio de mamá sabía mejor que nadie por qué no quería estar a solas con él.

Recuerdo esa etapa de mi vida con tristeza. Mamá se entusiasmó tanto por los logros que recién tenía en su carrera que fue imprudente al dejarme a solas con un extraño. Supongo que ella confiaba en él, pero yo... Por las noches contaba con Max para alejarlo. Pero evitaba entrar a nuestra casa hasta que mamá llegara. Él no intentaba nada cuando mamá estaba cerca.

41. Max

Mamá lloró con Suhail y la consoló. No comprendí por qué hasta muchos años después.

—Ningún fantasma te volverá a hacer daño —le prometió y le pidió acompañarla a nuestra casa.

Suhail no quería.

—No tengas miedo, todo va a estar bien —insistió mamá.

—Mamá no puede saber nada —repetía Suhail bañada en lágrimas.

—¿Qué pasa? —preguntó papá a mamá al ver llorar con más intensidad a Suhail para después mirar al hombre todavía de pie en la puerta.

Mamá le pidió a papá acercarse y le explicó la situación en voz baja. Jamás había visto tan furioso a papá. Trató de coger al hombre del cuello, pero este le cerró la puerta en la cara.

—Tenemos que llamar a Bill Didier y a la policía —dijo mamá. Papá asintió con la cabeza.

Suhail lloró y gritó más fuerte:

—¡No, a papá no! ¡A papá no! ¡Mamá se enojará! ¡Por favor!

—Tranquila, cariño —Mamá abrazó a Suhail—: Nadie se va a enojar.

En ese momento me pregunté: ¿Todo esto por un fantasma?

Regresamos a casa. Suhail nos acompañaba. Mamá le preparó algo de comer y me pidió hacerle compañía en lo que ella y papá hacían unas llamadas.

Suhail tenía tanta hambre que prácticamente la vi tragarse ese sándwich después de sacarle el queso amarillo. «No le gusta el queso amarillo», anoté mentalmente. No nos dijimos nada. Ella aún lloraba y yo seguía sin comprender.

*****

Esa noche, la señora y el señor Didier discutieron tan alto que la policía fue a su casa. Ambos gritaban, mientras Suhail, asustada, lloraba y gritaba con voz más ahogada que la de ellos. La señora había ido a recogerla a nuestra casa horas antes. ¿Para qué? ¿Para gritarle? Desde mi ventana vi a

Suhail ir y venir de un rincón a otro en su habitación, abrazando con fuerza una muñeca.

—¡No, mamá! ¡No, papá! —intentaba calmarlos a ambos.

Ellos discutían qué era lo mejor para Suhail haciéndole daño. Irónico, ¿no?

La señora Didier lloraba arrepentida, pero al señor Didier no le importó. Se hallaba furioso por lo sucedido con el fantasma.

—¡Papá, por favor! —insistía Suhail.

Escuché objetos cayendo, golpes y puertas cerrarse con fuerza. Me asusté.

En medio de tanto, mamá abrió la puerta de mi habitación:

—¿Qué pasa, Max? —preguntó, preocupada, al ver que limpiaba lágrimas de mi cara.

No me juzguen. Era un niño pequeño y en la casa de al lado estaban gritando.

Corrí a mi cama y escondí la cabeza bajo la almohada.

—¿Max? —me llamó de nuevo mamá.

Sentí vergüenza y al mismo tiempo un alivio extraño. Ella había prometido ayudar a Suhail.

—No puede ser—la escuché decir segundos después.

Con la cabeza todavía escondida bajo la almohada, intenté mirar de reojo qué pasaba: mamá negaba con la cabeza mientras escuchaba la discusión de cara a mi ventana. Fue a buscar a papá.

Salíahurtadillas de mi habitación y escuché qué se dijeron:

—Hay que hacer algo.

—La policía…

—Hay que sacar de ahí a la niña.

Acordaron ir a casa de los vecinos.

Desde mi ventana solo podía ver la ventana de Suhail, por lo que corrí hacia la de mamá y papá para ver mejor. Mostraba la puerta principal de la casa Didier y ahí, de pie, a mamá, papá y el señor Didier. Suhail se escondía detrás de mamá, abrazándola por la cintura. La señora Didier discutía con dos policías. Estos no parecían contentos.

No vi al fantasma por ningún lado.

El señor Didier se marchó en su coche una hora después. La señora Didier también, pero en la patrulla de los policías. Mamá y papá trajeron a Suhail de vuelta a nuestra casa.

El enemigo otra vez en mi territorio.

Esperé unos minutos y me acerqué sigilosamente al inicio de nuestra escalera. Desde ahí podía ver la sala de estar. Ahí se hallaba mamá, sentada en un sofá, acariciando el cabello rojo de Suhail, que sollozaba recostada sobre su regazo.

—Todo va a estar bien, cariño —le prometió.

Admito que me sentí aliviado de que el enemigo estuviera a salvo.

OceanofPDF.com

SEIS AÑOS DESPUÉS

42. Suhail

—¡MAAAAAAAAX! —escuché llamar a Sam.

Mi amiga Ling y yo esperábamos a mamá sentadas sobre los escalones frente a la puerta de mi casa. Ella no tardaría en llegar.

Mis padres se habían divorciado años atrás, pero yo empecé a vivir con papá después de que mamá perdió mi custodia. Y no es que le haya afectado demasiado. La demanda de papá por el asunto del fantasma la hizo más fuerte, según ella, y demostrar su «inocencia» impulsó su carrera. Ahora mamá tenía fama internacional, viajaba con frecuencia e inclusive tenía fans. Era la presentadora del programa de televisión «En el banco de los acusados con la juez Jacquie», que por algún motivo yo tenía prohibido ver.

Mi situación era confusa en esa época: mamá era famosa y papá estaba saliendo con Miranda... ¡Pero no se confundan! Los señores Solatano no se habían divorciado. El padre de Max murió tres años atrás en un accidente de tráfico. Aun así, Miranda solo había salido dos veces con papá porque Max no los aceptaba. Y bueno... esa situación empeoró mi relación con Max... otra vez.

Sí, sé que es mucha información para digerir pronto.

—Es tan lindo —gorjeó Ling al ver a Max, que acababa de salir de su casa guitarra en mano—. Y además sabe tocar la guitarra.

—No sabe —dije de mala gana—. Créeme. No sabe. Tú no lo tienes que escuchar cada segundo de cada minuto, de cada hora, de cada maldito día.

Ling suspiró en mi dirección y me sonrió:

—No me molestaría escucharlo.

Max ensayaba a diario recostado sobre el descansillo de su ventana. Sí, la que está frente a mi ventana.Le tenía que arrojar agua fría para que se

callara. Pero admito que iba progresando. Al menos ya entendía qué canción trataba de ensayar. Miranda lo llevaba a él, a Eric y a Sam a tomar clases de música porque Max y sus mosqueteros tenían la loca idea de formar una banda.

—Ya se ven como estrellas de *rock* —señaló Ling—. Bueno, Sam no, pero Eric y Max sí. Ellos son lindos.

Sam era el típico gordito al que nadie le hace caso, y de los tres el único que era amable conmigo y con Ling. Pero a Ling no le agradaba.

—Sam también es lindo —lo defendí.

Me molestaba que Ling lo menospreciara por ser gordito.

—Como amigo.

Hice rodar los ojos:

—Ling...

—Y no pasará de allí nunca.

Y eso no era lo peor. Sam estaba enamorado de Ling, pero lo tenía difícil. Para ese entonces lo tenía muy difícil. Ling era superficial. Y sí, Max se veía lindo. Muchas pubertas lo decían. A pocos días de cumplir catorce años, tenía buena estatura, usaba el cabello un poco largo y alborotado, y también vestía de forma desaliñada. Se creía Kurt Cobain en su mejor momento, pero yo lo bajaba de su nube al compararlo con The Jonas Brothers.

«Maldita seas, Max Solatano, por ponerte guapo con los años».

Nos encontrábamos en plena pubertad, esa etapa en la que los chicos dejan de odiar a las chicas y las chicas quieren verse bonitas para los chicos. Pero no era lo mismo conmigo y con Max. A mí él ya me había visto despeinada y en pijama. Lo mismo yo con él. Nos conocíamos bien y nuestra tendencia a odiarnos había continuado. Ventajas y desventajas de tener ventanas cara a cara.

Miré mi reloj. Mamá no llegaba todavía y ya era tarde.

Max y Sam, por su parte, esperaban a que Miranda saliera. Max ya había notado mi presencia, pero me ignoraba. Era lo mismo en el colegio. Siempre me ignoraba. En parte lo odiaba por eso, aunque también agradecía que ya no me molestara. Dejó de hacerlo después del incidente con el fantasma.

—¡Hola, cariño! —me saludó de lejos Miranda al salir de su casa.

Agité mi mano en su dirección.

Miranda y yo nos unimos mucho desde que papá y mamá se divorciaron. Tanto, que acudí a ella la primera vez que me pasó lo que les pasa a las chicas cada mes. Y yo, contrario a Max, sí los apoyaba a ella y a papá. Miranda Solatano me veía como aquella hija que ya no pudo adoptar.

43. Max

La ignoré. De esa manera la trataba en aquella época pese a que ella intentaba ser amable conmigo. A veces, no siempre. Porque no soy el único que jugó al antagónico en esta historia.

Mi molestia hacia Suhail en aquel entonces, en parte, era culpa de su papá. Odiaba con mi alma verlo cerca de mi mamá.

Papá murió en un accidente de tráfico, lo cual es irónico, porqué siendo piloto aviador siempre temí perderlo en un accidente aéreo. Fueron días difíciles. No quería ver a nadie. Papá era mi amigo, mi maestro... Era mi vida. Perderlo fue... siento ganas de llorar al recordar lo que fue. Pero le hice una promesa: ser una estrella de rock. Y juro que lo seré.

Cuando escuché a mamá saludar a Suhail, no lo pude evitar y la observé de reojo. Todavía tenía el cabello largo y pelirrojo y una cara pecosa. La diferencia a cuando la conocí años atrás es que ya no tenía actitud de princesa. Ahora, para empeorarlo todo, era una *hippie*... y una *hippie* perra.

44. Suhail

Para bien, empezaba a ponerse de moda lo de ayudar al medio ambiente y yo y mi conciencia social, junto con Ling, formamos un grupo escolar ambientalista.

Nuestros logros a la fecha eran:

1. Obligar a todos en el colegio a no usar más bolsas de plástico.
2. Implementar el uso de papel reciclado.
3. Instalar focos ahorradores y disminuir el consumo de cartón en la cafetería.

Esa actitud me hizo muy popular entre los profesores. Sin embargo...

45. Max

En el colegio la odiaban. Cada vez que Suhail hablaba todos los que estaban diez metros a la redonda ponían los ojos en blanco.

Ella iba por la vida con el discursito:

«¿Sabías que si no utilizas el reverso de esa hoja de papel estás matando a un árbol?»

«¿Ese abrigo está hecho con la piel de un animal en peligro de extinción?»

«¿Sabías que el maquillaje lo prueban en animales?»

Y es que... éramos preadolescentes, queríamos socializar y vernos genial. Y ahí estaba Suhail Didier proponiendo cosas de aguafiestas.

No era popular. Al contrario. Después de seis años, Ling seguía siendo su única amiga.

46. Suhail

La vida había moldeado a Max Solatano para encajar y ser amado por todos, y a mí para tocar conciencias. Claramente, éramos diferentes.

Aún somos diferentes.

47. Max

Para entonces, el árbol que la señora Didier plantó en el jardín, en medio de mi ventana y la de Suhail, ya era alto. Aunque no lo suficiente alto. Aun así, servía de puente. Porque cuando papá murió, Suhail, utilizando como apoyo el árbol, se acercó con sigilo a mi ventana durante muchas noches y dejó *cupcakes*. Sí, *cupcakes*.

Vi eso como una forma de agradecerme haberla ayudado cuando sus padres se divorciaron. Y eso no fue todo. No quería salir de mi habitación. Extrañaba a papá y no quería ver a nadie... Sin embargo, Suhail encontró la manera de sacarme de allí poniendo a todo volumen música pop para chicas. Todavía lo hace cuando quiere que me calle. Para contraatacar, le pedí a mamá inscribirme a clases de guitarra y así fastidiar con mi ruido a la casa vecina. Pero con el tiempo eso fue positivo, Eric y Sam también se inscribieron y pudimos formar una banda. Nos hacíamos llamar «Los raptores», aunque nuestra música sonara igual o peor que nuestro nombre.

Mamá nos sonrió a mí y a Sam. En buena onda nos llevaba y traía de los ensayos:

—¿Listos para irnos? —preguntó.

Sam esperaba conmigo, pero a Eric lo teníamos que pasar a buscar a su casa.

—Hace rato —respondí, malhumorado. Quería irme lo antes posible.

—¿No vas a saludar a Suhail? —me preguntó mamá, señalando la casa vecina.

Tenía esa cara de «No seas maleducado, Max».

—No —sentencié.

—Max...

Ese cuento me estaba cansando.

—Mamá, Suhail y yo no somos amigos —le aclaré—. No porque tú estés saliendo con su papá...

—Bien. Bien. —Levantó ambas manos—. Solo te pido que seas amable con ella.

También ignoré a mamá. No iba a ser amable con Suhail. Yo, a diferencia de ella, sí quería tener amigos en el colegio.

48. Suhail

—¿Necesitas algo del centro? —me preguntó Miranda con voz maternal.

—Estoy bien —me despedí con un gesto despreocupado—. Nos vemos después.

Parecía estar regañando a Max, pero él no quería escucharla. Max era demasiado severo con su mamá.

Después lo sorprendí mirándome de reojo y, eligiendo demostrar mucha más madurez que él, le sonreí. En todo caso, él fingió no haberme visto.

—¿Por qué hace eso? —me preguntó Ling.

—¿Hacer qué? —miré a Max subir al coche de Miranda.

—Te ignora a propósito.

«Sí».

—Así es él —dije, cabizbaja—. Siempre ha sido así.

Cuando Miranda y los chicos se marcharon, Ling y yo continuamos esperando a mamá, quien, para sorpresa de nadie, llegó tarde. De esa manera, en lo que la célebre abogada Jackie hacía su entrada triunfal, de nuevo dirigí mi mirada hacia la casa de los Solatano y me pregunté si alguna vez Max intentaría ser amable conmigo.

49. Max

En la clase de música el profesor me pidió tocar lo que ensayamos durante la semana. A todos nos había asignado una canción. En mi caso *Hotel California*, aunque no había mejorado mucho.

No tocaba bien ninguna canción excepto *Classic*, y porque con papá la ensayamos hasta el cansancio. De cualquier modo, mi profesor quería algo nuevo.

—Puedes hacerlo mejor, Max —dijo—. *Classic* es sencilla. Supérate. Sorpréndeme.

Me halagaba saber que esperaba más de mí que de cualquier otro alumno. Y es que mi profesor de música estaba bien, sin embargo, solo eso. Bien. Nos enseñaba técnica, mas no vivía la música de la misma manera que alguna vez me mostró papá. No tenía pasión.

Sam estaba aprendiendo a tocar la batería, Eric el bajo y yo la guitarra, y queríamos abarcar más. Yo, además de la guitarra, buscaba empezar con la batería y otros instrumentos. Pero para comenzar con la banda necesitábamos, por lo menos, lo más básico.

Al finalizar la clase mis amigos y yo salimos a esperar a mamá. Siempre instalábamos nuestros instrumentos sobre la acera para que, al nomás llegar ella, montar todo rápido e irnos.

—¿Ya pensaron en un nombre mejor que Los Raptores? —preguntó Eric, hablando de la banda.

Los últimos meses solo hablábamos de chicas y de la banda.

Negué con la cabeza.

—A mí me gusta Los Raptores —dijo Sam.

No había una gran historia detrás del nombre *Los Raptores*. A los tres nos gustaba *Jurassic Park* y... solo eso. Los raptores son geniales. ¿Vieron alguna de las películas? Acaban con muchos personajes importantes.

Pateé un recipiente de plástico como si fuera una pelota y seguí caminando de lado a lado sobre la acera. «¿Por qué mamá tarda tanto?». Me sentía motivado.Quería llegar pronto a casa para continuar con mi ensayo.

—Max —escuché a Eric llamarme con tono burlón y me volví para mirarlo. Estaba sentado sobre una de las cajas de la batería de Sam—. Esa chica te está mirando —señaló sin disimular.

Miré hacia donde dirigía su atención Eric y sí...

La chica, de pie al otro lado de la calle, se encogió de hombros y continuó caminando. No la culpo, yo también me sentí extraño. Sí, extraño. ¿Recuerdan ese momento, sin duda incómodo, en el que comenzaron a sentirse atraídos por el sexo opuesto? O quizá la atracción fue hacia su mismo sexo. No lo sé. No me importa. En mi caso fue hacia el sexo opuesto. Y a donde quiero llegar es que con eso vienen muchas experiencias nuevas.

—Qué buenas nalgas —dijo Eric, viendo con descaro a la chica.

Ya había mencionado que Eric era el más precoz de los tres. Pues he ahí el resultado.

—Eres un idiota —me reí, del mismo modo mirando a la chica, porqué debo admitir que no estaba mal.

Nada mal.

—Está en tercero —dijo Sam—. La he visto con el grupo de Diana. A todas ellas les gusta Max.

Me incliné hacia atrás asombrado. «¿En serio? ¿Y estudiamos en el mismo colegio? *Wow*».

—Qué hijo de puta —dijo Eric, mirándome—. Le gustas a una chica de tercero. A muchas chicas de ter-ce-ro, de hecho. ¡Bien, Max!

Mi amigo se puso de pie y me felicitó. Acepté con gusto, aunque no sé por qué; y, para no quedar mal, hasta esbocé una mueca de galán. A esa edad sumábamos puntos si le gustábamos a una chica. Era una especie de juego entre nosotros.

—Su nombre es Jessica —continuó Sam, que a la fecha no sumaba ningún punto—. Sí, ya recordé —asintió—. Su nombre es Jessica Russo.

—Jessica Russo —repitió Eric—. Sensual.

Estaba de acuerdo con eso.

Miré a Jessica Russo dar la vuelta en la esquina y me pregunté cuántos puntos me sumaban ella y sus amigas.

50. Suhail

u***Hotel California*** **- Eagles**

Cuando entré a mi habitación me percaté de que Max ensayaba con su guitarra; vagamente sentado, como siempre, sobre el descansillo de su ventana. Conté hasta diez sabiendo lo que me esperaba y me apresuré a acomodar las cosas que mamá me compró. Traía conmigo tres bolsas repletas de ropa y accesorios. Me había rogado que dejara mi ropa informal de miembro del movimiento libertario y pacifista y me vistiera «linda».

Lo que me dolió de escuchar eso fue comprender que mamá no me miraba linda de la forma que yo quería que me viera linda.

Observé mis cosméticos nuevos. Conocía esa marca. Ese maquillaje lo probaban en animales, de modo que los cogí todos y los arrojé al cesto de basura. Después examiné los zapatos y la ropa.

Había discutido con mamá camino a casa. Comprar eso no ayudaba en nada, todo lo contrario. Ella debió consultarme qué marcas comprar y dónde, porque si Ling y yo, por ejemplo, buscábamos apoyar al comercio local debíamos empezar buscando empresarios pequeños que...

Sí, yo sé que me escuchaba rara al hablar de eso a tan corta edad, pero era culpa de papá. Era el encargado del seminario en el colegio y, por consiguiente, asesoraba a estudiantes más grandes. Los hacía escoger temas

de interés para luego, durante meses, investigarlos a fondo y finalmente promover alguna actividad en la que me animaba a participar.

Me saqué el suéter, caminé hacia mi ventana y la abrí porque hacía calor. Max puso cara de enfado.

—¿Qué? —espeté, cruzando los brazos—. Se trata de mi ventana.

Y está frente a su ventana. ¿Por qué, Dios? No lo supero.

—Si la abres me escucharás más —me amenazó—. Ciérrala.

—Hay calor —informé—. A veces hay que hacer sacrificios.

A continuación, acomodé las cortinas para permitir entrar el aire.

Max esbozó una mueca.

—Pero no me arrojes agua. Porque te lo advierto, Suhail. Si me...

—Ya veremos —arqueé una ceja—. ¿Qué canción es? ¿*Year 3000*?

Year 3000 es una canción de The Jonas Brothers. Max gruñó.

Dejemos en claro algo: a mí me gusta The Jonas Brothers, que estaban muy de moda entonces, pero Max los detestaba por, según él, hacer música para chicas.

—Es *Hotel California* —me corrigió, molesto.

Lo ignoré y me volví hacia el armario para continuar acomodando mi ropa nueva.

—*Welcome to the Hotel California. Such a lovely place...* —escuché a Max tocar y cantar, y tuve que admitir que mejoraba.

Aun así, cuando se equivocaba manejaba mal la frustración. Y lo hacía de forma obvia y ruidosa. Le pegaba un puñetazo a la pared o a la misma guitarra.

Recordé lo que su papá siempre le aconsejó: «Empieza con canciones sencillas, Max». *Hotel California* no era una canción sencilla.

Salté al escucharlo golpear de nuevo su guitarra para después dejarla caer con enfado.

«¿Debería tratar de ayudar?»

Cogí aire, me armé de valor y regresé a mi ventana. Ahí se encontraba Max, sosteniendo con la mano derecha el puente de su nariz y con la otra la guitarra. Mantenía los ojos cerrados.

—Anda, tírame agua. Soy un asco —dijo.

¿Él mismo estaba pidiendo el agua? *Wow*.

Titubeé:

—Bueno... *Classic* la tocas bien.

Echó la cabeza hacía atrás y soltó una carcajada. Luego volvió a coger como se debe la guitarra y tocó las primeras notas de *Classic*. Mi corazón casi brincó del pecho.

—Es la única que toco bien —dijo, y ya no tocó más.

Eso me entristeció. Para mí fue difícil superar el episodio del fantasma. No obstante, como Max y su papá ensayaban *Classic* hasta el cansancio, yo la familiaricé con algo bueno, pues al escucharla me entretenía con eso y ya no pensaba en el fantasma.

—Practica —le aconsejé—. *Classic*... la ensayaste mucho.

—Día y noche —recordó Max con nostalgia.

«Muchas gracias por eso».

Los dos guardamos silencio hasta que...

—Tócala —le pedí, tímida. Tan tímida que ni siquiera lo miré al hablar.

—¿No te ha aburrido? —preguntó Max, admirado.

—Bueno... No.

Levanté la mirada para ver su reacción y para mi sorpresa no era molestia. Lo suyo era confusión. No lo culpo. Cualquiera pensaría que me había hastiado de escuchar *Classic*.

Mordí mi labio inferior y avergonzada regresé al armario para seguir con mi ropa.

Pasaron un par de minutos. Max se mantenía en silencio. Y cuando pensé que seguramente se reía de mí y no tocaría *Classic* nunca más, la empezó a tocar y a cantar de nuevo.

Respiré con alivio por no ser ignorada y permití que mi pecho se llenara de alegría. Amaba cada nota de esa canción.

Got to write a classic
Got to write it in an attic
Baby, I’m an addict now
An addict for your love.
I was a stray boy
And you were my best toy
Found it easy to annoy you
But you were different from the rest...

Cuando Max terminó lo escuché intentar tocar una vez más *Hotel California*, aunque se detuvo rápido.

—Debes practicar —repetí, esperando hiciera caso.

—Me echarás agua —me acusó.

Resoplé y saqué de debajo de mi cama la pistola de agua que años atrás le robé; sintiéndome preparada, caminé de vuelta a mi ventana y le apunté. Me miró sin poder creerlo y antes de que dijera algo salió el primer disparo de agua.

—Hagamos algo —propuse, sin dejar de reír—. Te echaré menos agua cada vez que mejores. Esa será la señal de que avanzas.

Max me sacó la lengua y con la camiseta se limpió el agua de la cara. Para mi fortuna, no parecía molesto. Al contrario. Parecía dispuesto a aceptar el reto.

—Bien —dijo, decidido—. Pero tendré que practicar día y noche esa y muchas otras canciones.

¿Una amenaza?

Arrugué mi nariz fingiendo preocupación.

—Bien. Supongo que deberé llenar otra vez la pistola.

Max ensanchó aún más su sonrisa y de nuevo comenzó a ensayar *Hotel California*. Me volví y caminé hacia mi puerta. Porque no era broma. En verdad iba a llenar de agua esa jodida pistola. Aunque no tenía prisa. Antes de salir miré sobre mi hombro, buscando ver otra vez a Max. Aún sonreía. ¿Suhail Didier por fin había hecho algo bien? Y decidí esperar. Apoyé la espalda contra la puerta y esperé a que Max terminara de tocar para ir a por el agua.

51. Max

La secundaria no era tan diferente a la primaria. Tenía muchos amigos y Suhail... Bueno, en la primaria nadie quería acercarse a ella sin motivo alguno. No obstante, en secundaria parecía ser lo opuesto. Allí se lo ganaba. Por lo que, en aquel entonces, llegué a la conclusión de que Suhail ama que la odien. ¡Adora que la odien! Luego, con los años, me di cuenta de que estaba equivocado. Por el contrario, Suhail no tenía miedo de ser ella misma. Y admito que siempre la he admirado por eso. Yo cuidaba mis

palabras para no parecer estúpido frente a mis amigos. Callaba lo que realmente pensaba sobre muchas cosas para no perderlos. Suhail no.

Y lo demostró una mañana en clase de español:

—¿Alguien quiere leer su ensayo sobre discriminación? —preguntó el profesor. Miré de soslayo a quienes tenía más cerca.

Silencio absoluto. Estoy seguro de que había buenas propuestas sobre cómo evitar la discriminación, pero ninguno quería arriesgarse a que lo vieran como tonto por querer pasar al frente de la clase. Eso es algo interesante sobre los adolescentes: en el fondo son muy inseguros. Quieren sobresalir, pero la mayoría busca imitar a un líder que establezca cómo debe comportarse el resto. Y el que lleve la contraria no encaja. Así de simple. Esa era la dinámica social en la secundaria... con excepción de Suhail.

Ella se puso de pie y pasó al frente con su ensayo en mano.

—No esperaba menos, Suhail —la felicitó el profesor.

Muchos rieron, pues tomaron como burla el halago del profesor. ¿Por qué? No lo sé. Hay que reírse de lo que diga el profesor. Eres tonto si lo tomas en serio.

Suhail se aclaró la garganta y comenzó a leer:

—La discriminación es un problema de desconocimiento. Más que odiar, le tenemos miedo a lo que desconocemos. La sociedad instaló en nuestras mentes estándares ridículos sobre cómo debe ser todo, sobre cómo debemos vernos o comportarnos todos, cuando lo que nos hace especiales son nuestras diferencias. Nuestra raza, sexo, ideas políticas o religión no debe ser motivo de segregación...

—¿Segre qué? —rio Cintia y con ella los demás a su alrededor.

A eso me refiero. Si algo le parece tonto a alguien que goza de popularidad, los demás aparentan pensar lo mismo para no ser rechazados.

—Segregación —dijo Suhail, interrumpiendo su lectura. «Ahí va otra vez»—. Significa apartar a alguien de algo.

Cintia le dirigió una mirada de odio. ¿Por qué Suhail hacía eso? Tenía claro que Cintia era vengativa. Provocarla era peor que patear un panal de abejas.

Después de callar a Cintia, Suhail continuó su lectura.

—Eres vecino de Suhail, Max —me cuchicheó Cintia al instante, elevando el tono de voz. Suhail volvió a callar al verse interrumpida por

segunda vez—. Cuéntanos cómo es el lugar en el que vive. ¿La casa está hecha de botellas recicladas y dentro se reúnen *hippies*?

Deben admitir que sonó un poco gracioso.

Algunos intentaron no reír por temor al profesor. Aun así, le creyeron a Cintia. Desde luego ahora todos especularían sobre cómo vivía Suhail.

Yo guardé silencio. Si defendía a Suhail mis compañeros me tacharían de raro y pensarían que ella me gusta. Por otra parte, si me unía a las burlas de Cintia contra Suhail, sería Suhail quien me odiaría. Y tampoco quería el odio de Suhail. En el fondo no lo quería.

Pero fue peor callar. A Cintia le enfadó y Suhail, por cómo me miraba, sospeché que esperaba algo mejor de mi parte. ¿Tenía que recordarle que no somos amigos?

—Es hija de Bill Didier —continuó Cintia, mirando a sus amigos—. ¿Lo conocen? Ayuda a los de tercero con trabajos de seminario. Es el profesor que manda a hacer actividades del tipo abrazar arbolitos. El señor es una mezcla de Capitán Planeta y Mary Poppins.

El semblante de Suhail se tensó. Asumí que tolerar burlas hacia ella era aceptable, pero que hablaran de su papá...

—Ha sido electo profesor del año cinco años seguidos —dijo.

«¡No, no le des más cuerda a Cintia!»

Como sospeché, escuchar eso hizo reír a Cintia. Y no porque fuera gracioso que el señor Didier sea un maestro reconocido, sino porque ella quería hacer sonar las palabras de Suhail como ridículas.

—Suficiente —dijo el profesor de español dirigiéndose a toda la clase y mirando con autoridad a Cintia—. Bill Didier es un gran ejemplo para todos en este colegio. Incluyéndome... Continúa tu lectura, Suhail.

Y ese era otro problema con Suhail: tenía de su lado a los profesores, lo cual era motivo de rencor entre el resto de mortales comunes y corrientes.

—Discriminar a alguien por cómo se ve o por cómo piensa nos aleja de la oportunidad de conocerle —continuó Suhail—. Porque si solo buscamos estar con personas que se ven y piensan como nosotros no aprenderemos sobre diversidad y, por ende, no ampliaremos nuestra mente. Nuestro mundo es muy pequeño...

—Adiós medio ambiente —dijo Bet en voz alta—, ahora defenderá a negros, chinos, gais...

No podía creer que Bet dijera *negros* de forma peyorativa.

—¿Algún problema, Betsabé? —preguntó el profesor, que también escuchó la palabra negros.

—Qué buena idea, Betsabé —dijo Suhail, interrumpiendo una vez más la lectura y retando a Bet. «Ahí va otra vez». De inmediato se volvió hacia el profesor—. Profesor, ¿me permite hacer una actividad sobre discriminación? Puedo tenerla lista en dos semanas.

Pude imaginar a todos poniendo los ojos en blanco otra vez.

—Claro, será interesante. —El profesor se mostró complacido. Después miró a Bet con severidad—. Y usted, señorita Páez, va a ayudar a Suhail a organizarlo todo.

Bet era la mejor amiga de Cintia. Eso nos da una idea del tamaño del problema en el que se había metido Suhail.

—¿Algún otro voluntario para apoyar a Suhail a organizarlo todo? —preguntó el profesor. Nadie levantó la mano—. ¿Nadie?

«¡No!»

—Ling levantando la mano en diez, nueve, ocho... —dijo Edgar en voz baja, y otra vez el salón rio. Y sí, hablo del mismo Edgar al que me enfrenté por Suhail hace años— ...siete, seis, cinco...

Y ahí estaba Ling agitando la mano.

—Gracias, Ling —la felicitó el profesor.

—Lo que dije —dijo Edgar. Cintia y los demás continuaron riendo.

Cuando terminó la clase Suhail regresó a su banco y el resto se ocupó en socializar en lo que llegaba la profesora de álgebra.

Suhail se sentaba dos bancos detrás de mí, en el lado izquierdo de la fila, de manera que, por encima de mi cabeza, vi pasar las bolas de papel dirigidas a ella.

52. Suhail

Las bolas de papel cayeron una detrás de otra sobre mi cara. No me importó.

Está bien, sí me importó al principio. Es decir, tenía trece años y en el fondo quería agradar a mis compañeros. Pero debía ser valiente.

En lo que esperábamos a la profesora de álgebra, una alumna de tercero entró a nuestro salón con una nota en la mano. Una nota que entregó tímidamente a Max. La acción no pasó desapercibida. Vi las orejas de Max teñirse de color rojo al escuchar risas y murmullos por llamar la atención.

—Es una alumna de tercero —escuché murmurar a Bet.

¿Por qué una alumna de tercero le entregaría una nota a Max?

Él desdobló con cuidado la nota y la leyó con reserva. Enrojeció aún más. «¿Qué dice la nota?». Todo el salón quería saberlo. Después se la pasó a Eric y Eric se la hizo llegar a Sam.

—¡Te lo dije! —le cuchicheó Eric a Max, entre risas suyas y de Sam.

Max se apresuró a ver sobre su hombro y les pidió ser discretos. Luego intentó guardar la nota dentro de su cuaderno de álgebra y, en consecuencia, para sorpresa de nadie, Edgar saltó de su banco y se la arrebató.

Por un lado, me sentía contenta de ya no ser el centro de atención, aunque ver a Max siendo humillado fue... abrumador.

—¡DÁMELA! —le gritó a Edgar—. ¡DÁMELA YA!

Entre los dos montaron un espectáculo.

—Ni hablar, Solatano —amenazó Edgar—. La leeré en voz alta.

Edgar desdobló la nota, aclaró la garganta y comenzó a leer. El salón guardó silencio.

—¡NO! —gritó Max, pero Edgar ya estaba fuera de su alcance.

Max.

Pienso que eres el chico más talentoso y apuesto del colegio. Lo de talentoso lo digo porque te vi salir de tu clase de música y me pareció increíble, y lo de apuesto lo digo porque... Bueno... asumo que tienes espejos.

¿Nos vemos a la salida? Di que sí.

Jessica.

Cuando Edgar terminó de leer, la clase continuó en silencio. Todos hacían notar su sorpresa. Max intentó cubrir su rostro debido a la vergüenza, pero pronto me di cuenta de que no era necesario.

—¿Jessica Russo? —resopló con admiración un compañero—. Mis respetos, Solatano.

Y así otro y otro...

«¡¿Qué?!»

Más chicos felicitaron a Max mientras las chicas comentaban lo perra que es Jessica Russo. Palabras de ellas, eh, no mías.

Y me estaba preguntando en qué momento vio Jessica a Max cuando de improvisto sentí un aliento cálido en mi oreja:

—Deja de ver a Max con esa cara —me susurró Ling.

Me volví para verla.

—¿Qué?

—Que tu cara fue de mal en peor mientras Edgar leía la nota —dijo, procurando que nadie más la oyera—, y no has dejado de ver con horror lo feliz que se siente Solatano por ser felicitado. Disimula, ¿quieres?

Sentí un agujero en el estómago.

—¿Disimular qué? —titubeé, sintiendo subir calor a mis mejillas. ¿Por qué me sonrojaba?

Ling arqueó una ceja:

—Que te gusta Max Solatano.

53. Max

Tanta atención me abrumó.

Y les diré algo sobre gustarle a una chica: una vez te nota una, no hay retorno. De pronto era el tipo más genial del salón. Y es que Jessica Russo no era cualquier chica. Era LA chica.

—Invítala a salir, Max —me animó Edgar.

Nosotros no éramos amigos. Al contrario. Pero como ya dije, repentinamente yo era aún más genial y todos querían ser mis amigos.

—No lo sé —dije, tímido. Era mi primera experiencia con mujeres.

Cuando la profesora de álgebra llegó, el ambiente se calmó lo necesario.

«Menos mal».

Leí de nuevo la nota que me envió Jessica y me pregunté qué pensaría de mí si supiera que no soy tan bueno con la guitarra. Porque de pronto todos querían saber más sobre nuestra banda, lo que emocionó a Eric y Sam, y, por consiguiente, nos dio un nuevo estatus de popularidad.

54. Suhail

Cuando sonó la campana que indicaba la hora de salida, un grupo de chicos rodeó a Max y lo persuadieron para salir pronto y buscar a Jessica. Cogí mis cosas y salí del salón a toda prisa, procurando evitar todo eso.

Ling me siguió.

—¡Suhail, espera!

Sentí la necesidad de irme de allí lo antes posible.

—¡ESPÉRAME! —continuó gritando Ling tras mis pasos.

Me detuve a esperarla.

—No lo negaste —dijo.

También me puse a la defensiva.

—¿No negué el qué? —Me hice la tonta, pero sabía de qué hablaba.

—Que te gusta Max.

La idea me aterraba.

—No sé de qué hablas —insistí, mirando hacia otro lado.

También sentí ganas de llorar.

—Te afecta —dijo Ling—. No niegues que te afecta.

¡Y no comprendo por qué! Pateé un recipiente de basura cerca y encaré a mi amiga:

—Es que ni siquiera sé qué siento. Es como... —Alejé de mis ojos las lágrimas con coraje—. Como...

—¿Como qué?

Toqué mi estómago.

—Como tener aquí un agujero —dije—. No te rías.

Ling negó con la cabeza:

—¿Cómo, crees? —me regañó. Por eso y más Ling era mi mejor amiga.

—Es como... —No sabía cómo describirlo—. Como tener ganas de hacer pis —susurré en su oído—. Suena ridículo, pero es así.

—¿Qué sentiste cuando Edgar leyó la nota de Jessica? —me preguntó.

Miré un punto lejano pensando con qué palabras describir aquello:

—Fue como... como si algo dentro de ese agujero quemara.

—¿Celos?

—No puedo comparar —dije, molesta por no tener claro qué estaba sintiendo—. No sé cómo se sienten los celos. Nunca antes sentí celos.

No había terminado de decir eso cuando escuchamos un alboroto al final del pasillo. Los alumnos de tercero estaban saliendo, entre ellos Jessica y su grupo de amigas. Ling me hizo un gesto para que luego mirara hacia el otro lado. Ahí se encontraba Max, siendo empujado por Edgar y Eric para acercarse a Jessica.

Me crucé de brazos y miré hacia otro punto, todo menos hacia Jessica y Max, que estaban a punto de encontrarse.

—¿Qué estás sintiendo en este momento? —me preguntó Ling, que sí los estaba mirando.

—No lo sé —dije, molesta—. ¿Coraje? ¿Decepción?

—¿Desesperación?

—¡Mucho!

Necesitaba marcharme ya. Lágrimas querían brotar de mis ojos, pero yo las alejaba. ¿Por qué rayos iba a llorar? ¡No tenía por qué llorar!

Todo se tornó confuso. Tampoco tenía idea de qué sentía, pero, en definitiva, no quería que fuera así. Aunque era inevitable ignorar el fuego dentro. Era como morir… querer morir.

—¿Quieres ver qué pasará entre ellos pero a la vez no quieres saberlo? —preguntó Ling, y la miré agradecida por saber describir con exactitud mis sentimientos.

—Exacto.

—Pues tengo una mala noticia.—Mi amiga tomó aire antes de decir lo siguiente—: Así se sienten los celos.

55. Max

Maldije por lo bajo a Eric y seguí caminando hacia mi juicio final. No quería acercarme a Jessica. En mi opinión, todo iba demasiado rápido. Acababa de leer su nota, ¿por qué debía encararla ya? Pero al precoz de Eric poco le importaron mis quejas y no me dejó de empujar hasta que estuve frente a LA chica.

—Hola, Max —me saludó Jessica.

—Hola —titubeé. Eso hizo reír a las amigas de Jessica y a unos cuantos de mis nuevos amigos.

A nuestro alrededor había muchos chicos y chicas. Era la hora de la salida. Sobre el pasillo iban y venían alumnos y profesores. Si pretendía llamar la atención, este era el momento perfecto.

—Te vi saliendo de tu clase de música —dijo Jessica.

Ella también se veía tímida. No dejaba de mirar el piso.

—Sí, es que... debo practicar para ser bueno.

—Genial.

Finalmente cogí valor y la miré directamente a los ojos. Su ojos eran color ámbar, su cabello castaño y a pesar de su edad ya se maquillaba. Era un honor gustarle, supongo.

Escuché a Eric susurrar cerca de mi oído un «sonríele», y eso hice. Eso le pareció bien a Jessica, que se acercó un poco más y besó mi mejilla. Mi primera reacción fue abrir mucho los ojos y colocar la espalda recta. El público a nuestro alrededor enloqueció y aplaudió.

¿Por qué aplaudieron?

Yo, para no verme tan estúpido, busqué mirar la pared y...

Fue entonces cuando vi a Suhail, que, en ese momento, también me miraba. Tenía los ojos llorosos. ¿Por qué? Sin importar más nada, en cuanto la vi salió corriendo.

56. Suhail

¿En qué momento pasó?

¿En qué momento me enamoré de ÉL?

¡Es que no puede ser!

En un parpadeo crecimos y dejó de verse como un niño tonto con los pantalones embarrados de lodo para simplemente verse como un chico tonto.

¿Fue la guitarra? ¿Fue escucharlo reír? ¿Fue escucharlo bromear? ¿Fue por escucharlo cantar? Tenía que cerrar la ventana que nos unía y no volver a abrirla jamás.

Yo no podía estar enamorada de Max Solatano. De cualquiera podía enamorarme, excepto de Max.

Apenas tenía trece años y ya veía venir el desastre de aceptar mis sentimientos por Max. Y es que sobre aviso no hay engaño, Max y yo somos muy diferentes como para que sea buena idea liarnos.

Caminé de regreso a casa. Jessica no tomaba el autobús escolar, pero sí lo hacían Eric, Sam y otros chicos que sin duda estarían alabando a Max durante el camino a casa. Y yo quería huir de eso mientras encontraba la manera de ya no sentir nada.

Llegué a casa antes de que el autobús girara sobre la esquina, me apresuré a entrar y, una vez llegué a mi habitación, cerré las cortinas de la ventana para ya no ver a Max.

No quería ver a Max.

57. Max

Entré a la habitación justo a tiempo para ver a Suhail cerrar de forma dramática sus cortinas. En parte entendí que por fin se comportara como una chica normal. Drama, drama y más drama. Ya solo le faltaba ser fan obsesiva de boy bands y vestirse como si tuviera más edad. Después, como si siguiera una lista de cosas para hacer, puso a todo volumen música pop triste. «¿Es en serio?», me pregunté y me situé sobre el descansillo de mi ventana para continuar ensayando. Si Jessica creía que era bueno, debía ser bueno para no decepcionarla.

Con el pasar de las horas me pareció extraño que Suhail no saliera a atacarme con la pistola de agua. Ella disfrutaba echándome agua.

58. Suhail

—¡Suhail, ven a comer! —me llamó papá, pero mi lamento interior apenas comenzaba.

«No te enamores de Max».

«No te enamores de Max».

«No te enamores de Max».

Ese era mi nuevo mantra, pues me negaba a creer que ya lo estaba, ¡era muy joven para estar enamorada! Debía de ser un error. Un fallo en el sistema.

—SUHAIL —llamó otra vez papá.

Era tarde ya y al apagar la música me percaté de que Max no continuaba ensayando. Menos mal. No quería verlo. Me sentía como si él tuviera algo de mí que yo no quise darle... Poder. Eso es. Me sentía como si le hubiera dado el poder para hacerme sentir mal o bien, según como a él le conviniera o quisiera.

—¿Por qué tienes los ojos llorosos? —me preguntó papá al verme bajar las escaleras—. ¿Todo bien en el colegio?

Había preparado pan con mantequilla de maní para cenar. Vi la mesa. Ahí también había hojas, carpetas y marcadores. Papá siempre llevaba trabajo a casa y yo le ayudaba a revisarlo todo. De ese modo pasábamos tiempo juntos. No me quejo. Me gusta aprender de papá.

—Más o menos —dije.

—¿Por qué más o menos? ¿Qué pasó, princesa?

No importaba que pasaran los años, yo siempre sería su princesita.

—¿Tiene algo que ver con tu mamá? —continuó preguntando.

Negué con la cabeza:

—Debo organizar una actividad que tenga como tema principal la discriminación —dije y cogí mantequilla de maní y pan—. Y solo cuento con Ling para ayudarme.

A decir verdad esa era la menor de mis penas.

—Yo también puedo ayudarte —ofreció papá, echando un ojo a su trabajo pendiente en lo que cenábamos—. Aunque, siendo sincero, no creo que por eso estés llorando. Dime la verdad, Suhail.

Puedo confiar en papá.

—Es que... Hay un chico...

Mientras decía eso mis manos sudaron y mi corazón latió rápido.

—Oh, Dios —exclamó él, interrumpiéndome—. ¿Un chico? Debí suponerlo. —Se llevó ambas manos a la cabeza—.Creo que volveré a fumar.

Sonreí.

—No te preocupes. Él ni siquiera sabe que... Ya sabes... que yo siento cosas por él.

De pronto recordé mi mantra. ¡Es cierto, no debo dar por hecho que ya estoy enamorada!

«No te enamores de Max».

«No te enamores de Max».

«No te enamores de Max».

—Pues sería un tonto si no se da cuenta —dijo papá, que debía decir ese tipo de cosas por ser mi papá.

—Ese es el problema. Ya es un tonto.

—No te enamores de tontos, princesa.

Suspiré.

—Eso intento.

—Hablando de enamorados —agregó, riendo—. Vi a Max afuera con una chica.

—¿Max Solatano? —pregunté en voz baja. El pan me empezó a saber a arena.

—¿Tenemos otro vecino llamado Max?

Por supuesto que no.

Mastiqué el pan despacio en lo que recordaba las palabras de Ling: «Quieres ver qué pasará entre ellos pero a la vez no quieres saberlo». Y así era. Quería espiar y ver qué estaba haciendo Max, pero al mismo tiempo no quería hacerlo. «Va a doler», me dije.

Pero debía hacerlo. Tenía que verlo. Porque si quería convencerme de no quererlo, debía aprender a hacer a un lado mis sentimientos.

—Iré a ver quién es para poder molestarlo más tarde —le mentí a papá.

Dejé el resto del pan en mi plato, me puse de pie y busqué alguna ventana de la sala para poder espiar.

—Eres mala con él —dijo papá, que continuaba concentrado en su trabajo.

Encontré una ventana con las cortinas cerradas y me escondí detrás. Y sí, ahí estaba Max, en su patio delantero... besando a Jessica Russo.

Me alejé de la ventana de inmediato.

«¿Por qué miré?»

«¿POR QUÉ MIRÉ?»

Fue peor que verlos tontear en los corredores del colegio.

—¿Quién es la chica? —me preguntó papá—. Seré solidario y le comentaré a Miranda. ¿O es mala idea? Sí... es mala idea. —Papá estaba

sacando él solo sus conclusiones—. Max podría sospechar que yo le dije a su mamá y me odiaría más. Como si fuera posible que me odie más. ¿O tú qué opinas?

No dije nada. No podía decir nada. Toqué mi estómago sintiendo cada vez más grande el agujero dentro y corrí hacia las escaleras.

Al llegar a mi habitación cerré con doble llave la puerta.

—¿Suhail? —escuché que me llamó papá, tocando despacio—. Puedes hablar conmigo, princesa.

En silencio me obligué a no llorar y concentrarme en hacer algo más. «¡La actividad de la siguiente semana! ¡Eso me distraerá!». Cogí hojas y marcadores y empecé a trazar mi idea. «Esto me distraerá». Necesitaba sacar de mi mente a Max besando a Jessica.

—¿Suhail, el chico es Max? —preguntó papá, todavía custodiando mi puerta.

Cerré los ojos.

—¡No! —me apresuré a negar—. Bueno, más o menos. A Ling le gusta Max. Por eso me siento mal por ella. Es... por ella, papá —mentí.

—Bueno... Dile a Ling que si quiere hablar conmigo sobre Max podemos hacerlo —dijo él siendo condescendiente y se marchó.

No me creyó, sin embargo sabía que no tocaría el tema si yo misma no insistía. Porque tenía que olvidarme de Max. Sin importar lo que costara, debía sacarlo de mi cabeza.

59. Max

Tengo que admitir que me sentía Superman. Nunca imaginé que algún día las chicas me buscarían en mi propia casa. Y mi celebración no decayó al regresar a mi habitación. Suhail por fin había quitado su música pop triste.

Paz y tranquilidad.

Me recosté sobre la cama e intenté continuar con mi ensayo. Si Jessica presumía salir con un guitarrista, debía estar a la altura. También hablaría con Eric y Sam para que la banda empezara a ensayar en mi cochera. Ya era hora de dejar de ser novatos.

Me reí. Los chicos de mi salón no me creerían que Jessica vino... y por eso mismo la abordaría frente a ellos. De esa manera me verían como lo que siempre he sido: una estrella de rock.

De esa forma pensaba a pocos días de cumplir catorce años.

60. Suhail

Al día siguiente traté de no ponerle atención a Max. No fue difícil cuando reconocí cuánto me enfadaba. Porque siempre fue un tonto, aunque entonces se comportaba peor. Se paseaba por los pasillos del colegio como si fuera un pavo real con algo atorado en el trasero.

—Lo escuché decirle a Edgar que si quiere puede salir con Jessica y otra chica al mismo tiempo —me contó Ling.

—Es un idiota —dije, caminando con prisa hacia nuestro salón.

No quería ver a Max, pero tampoco podía faltar a clases con tal de no verlo.

En eso pensaba cuando al entrar a inglés lo vi presumir un broche para el cabello que Jessica le dio porqué, según ella, era una muestra de su amor. Procuré no vomitar.

—Apenas han salido unas horas —se rio Ling en la cara de Max.

Él la ignoró, por supuesto.

Por mi parte, bebí un poco del agua que traía en una botella para así apagar el fuego que sentía cada vez que escuchaba el nombre de Max, y caminé con dignidad hacia mi banco.

«No estás enamorada de Max Solatano», me repetía. «Solo estás confundida porque es tu vecino y no te has dado la oportunidad de tratar a más chicos».

—Jessica ni siquiera es tan bonita —me susurró Ling, ya sentada detrás de mí una vez las dos ocupamos nuestros asientos—. Me topé con ella en la entrada. Se ve un poco narizona si la miras de perfil.

—No es narizona, Ling.

—Sí que lo es.

Le quería pedir a Ling que dejara de hablar de Jessica y Max, pero tampoco quería que se percatara de cuánto me afecta. Me había convencido

de que esa situación era temporal y de que días después me iba a reír por creer que estaba enamorada de Max.

Temporal. Tenía que ser temporal.

61. Max

¿Qué estaba mal con Suhail? Pese a que gracias al cielo ya no escuchaba música triste, sí continuaba manteniendo cerrada su ventana. ¿Por qué?

Ella amaba molestarme. Sentado sobre el descansillo de mi ventana, me equivocaba una y otra vez al tocar *Hotel California* y otras canciones y parecía mentira que Suhail se perdiera tantas oportunidades para echarme agua.¿Qué andaba mal?

Pero no estaba preocupado, eh. Bueno, no por ella... Pareciera que sí, pero no. Nada que ver. Yo solo digo que me parecía extraño.

Nada más.

62. Suhail

Trataba de no estar en mi habitación mientras Max ensayara cerca de su ventana. Me dolía escucharlo cantar canciones que posiblemente le dedicaría a Jessica. Pero aclaro que no estaba «enamorada». Repito que era algo tem-po-ral.

O eso quería creer.

63. Max

Acepté la apuesta de Edgar y el día que Jessica faltó a clases busqué a una de sus amigas para platicar con ella. Su nombre era Sylvana, pero le decían Sylvi de cariño. Me reí mucho con Sylvi. Era mucho más entretenida que Jessica. Lo que me hizo pensar en la posibilidad de hacer un cambio, dejar a Jessica y mejor salir con Sylvi.

Aclaro que no me estaba convirtiendo en un imbécil, aunque lo parezca... De acuerdo, sí me estaba convirtiendo en un imbécil; pero la culpa era de todos los que me animaban a hacer eso y más.

«A que puedes salir con dos, Max. A que sí puedes».

Pero debía tomarme las cosas con calma.

«Cálmate, Max», me decía. «Es cierto que desde muy joven estás arrasando, pero tienes una reputación que cuidar».

Y con *reputación* me refiero a que Bill Didier le podía pasar queja a mi mamá.

Al día siguiente habría una reunión en mi casa por mi cumpleaños, yo solo quería invitar a Eric, Sam, Edgar, Jessica y a algunas amigas de Jessica, pero mamá me amenazó con tener que invitar a Suhail. De lo contrario en mi fiesta no habría pizza, pastel y todo lo que debiera pagar ella.

¿No fue injusto?

Hice una pataleta digna de un niño de tres cinco años y de mala gana me acerqué a Suhail para invitarla. La había visto de lejos. Ella y Ling colocaban publicidad de la actividad sobre discriminación que tendrían el viernes siguiente.

Sí, la que el profesor de español le pidió organizar.

«Habla sin temor, Max. Es solo Suhail Didier», me animé.

Aun así, mis amigos y demás gente importante se encontraban cerca y me molestaba que me vieran hablar con Suhail. No obstante, como aún mantenía cerrada su ventana, solo en el colegio podía dirigirme a ella.

—Ey... —saludé a su espalda.

Vi sus hombros tensarse. Supongo que le molestó escuchar que era yo.

—¿Qué quieres? —preguntó fríamente sin volverse para mirarme.

«¿Perdón?»

Su comportamiento de los últimos días, insisto, era extraño. Regularmente Suhail intentaba ser amable conmigo para que no mezclara nuestra relación de «buenos vecinos» con lo acontecido con nuestros padres. Pero ahora me ignoraba. Me ignoraba cuando antes era yo el que la ignoraba. Eso lastimó un poco mi ego.

¡Un poco!

—¿Al menos puedes mirarme? —le pregunté, molesto.

Así fue como mi tono de voz, del tipo novio resentido, llamó la atención de todos.

Suhail se volvió, aunque continuó cruzada de brazos.

—Mi mamá quiere que vayas a la reunión por mi cumpleaños —murmuré entre dientes al sentir muchos ojos mirándonos—. Es mañana.

—No puedo —respondió ella, seria. Era obvio que tampoco quería que esta plática durara—, pero más tarde le agradeceré a Miranda que me haya invitado.

—Bien —dije.

—Bien —repitió ella.

Vi de ella a Ling, que también estaba cruzada de brazos y me ametrallaba con su mirada. «¿Pero qué diablos les hice yo?»

Di media vuelta y me alejé de ellas. Al mismo tiempo escuché cómo empezaban los rumores de que yo tenía algo extraño con Suhail Didier. «Mierda».Pero me lo gané por levantar mi voz.

64. Suhail

—«Mi mamá quiere que vayas a la reunión por mi cumpleaños» —repetí imitando de forma burlona la voz de Max y después miré a Ling. Tampoco lo podía creer—: ¿Lo escuchaste? —Estaba molesta—. Me invitó porque Miranda se lo pidió. ¡Porque Miranda se lo pidió!

Ling se acercó a mí con reserva:

—Tranquilízate —dijo, temiendo que nos escucharan y llamara aún más la atención—. Ustedes no son amigos. No era su obligación invitarte —me recordó.

Después se volvió hacia la pared para continuar pegando más publicidad de la actividad.

—¡No, no lo somos! —repetí, fuera de mí. Porque debo reconocer que heredé los rasgos histéricos de mi madre—. Pero hemos sido vecinos durante años. ¡Años! ¡Hasta ya lo vi en calzoncillos! —estallé.

Quería sacar el enojo dentro de mí y lo hacía levantando cada vez más y más la voz.

—Baja la voz —me regañó Ling, otra vez mirando hacia todos lados—. Max ya llamó suficiente la atención por ambos.

Miré sobre mi hombro para ver a qué se refería Ling, y sí, en el resto del pasillo por lo menos quince pares de ojos se hallaban mirándome y, de igual forma, treinta pares de orejas escuchándome, porque algunos no pretendían ser tan obvios.

«Maldita sea».

—¿Oíste? Dijo que lo vio en calzoncillos —le cuchicheó una chica a otra. Las dos reconocidas como cotillas.

«MALDITA SEA».

—¡Lo vi porque nuestras ventanas están una frente a la otra! —intenté aclarar, girando sobre mis pies para mirar en redondo a todos.

Pero no sirvió de nada. No pude rescatar la situación y todo solo empeoró cuando Jessica se enteró de lo que dijo Max y de lo que dije yo, y el resto de la semana se encargó de hablar mal de mí por todo el colegio; ya que, según ella, ambas estábamos compitiendo por Max. ¡Por Max!

—¡No eres competencia para Jessica! —decían a mi paso sus amigas.

—¡Eres fea!

—¿A mí también me quieres ver en calzoncillos?

—¡Idiota! —le reclamé al chico que me gritó eso.

Pero eso y cosas peores afirmaban.

Fue difícil el primer día, pero tanto Ling como yo nos acostumbramos. Y Max... él no me daba la cara. Volvió a su vieja rutina de ignorarme y me dejó sola con el problema que él mismo ocasionó.

65. Max

Pasé el resto del día reflexionando sobre cómo me trató Suhail. Ella no es así. Yo, por el contrario, era un cabezota. Lo he pensado y habían pasado algunos años desde la última vez que Suhail fue hostil conmigo. Le gustaba enfadarme, sí, pero, ¿odiarme? No desde que llenó de pegatinas mi patineta.

De hecho, ya nos estábamos llevando bien. ¿Lo recuerdan? No como amigos, pero admito que me sorprendió que le gustara verme ensayar y... Me refiero a que según yo todo marchaba bien. Hasta reímos juntos. Incluso

había pensado en no permitir que la relación entre nuestros padres influyera en cómo nos llevamos.

Y después está eso de ser rara en el colegio. Era su problema, supongo. Pero ella no podía esperar que yo le hablara mientras hacía cosas que enfadaran al resto... De mí se esperaba más. Algo menos abrumador. No puedo imaginar la cara de mis amigos al ver que le hablo a Suhail mientras ella abraza árboles. Es decir, podíamos ser buenos vecinos. Sin embargo, en el colegio, no hablaríamos... Ahí no.

«¿Por eso está enfadada conmigo?»

Sí, eso debía ser. Le molestaba que, en casa, durante mis ensayos, le pidiera corregirme; mientras que en público la ignoraba. Eso era. ¿O no?

Me estaba embrollando en mi lucha por entender a Suhail.

Y no es que me preocupara haber hecho algo para lastimarla. Claro que no. Solo quería entenderla.

Y luego está el asunto de mi cumpleaños. Ya habían llegado todos cuando mamá dijo: «Suhail sí vendrá. Cuando eran niños siempre decía que no porque la tratabas mal, pero venía. Pese a todo venía. ¿Recuerdas?».

Sí. Claro que recordaba que pese a echar a perder mi cumpleaños número ocho, vino al nueve, al diez, al once... Tampoco había faltado al del año pasado.

¡Y mamá arruinó mi fiesta al recordarme eso! Porque en lugar de poner atención a mis invitados: Eric, Sam, Edgar, Jessica... Lo único que hice fue estar pendiente de la puerta.

Pero quiero aclarar que no se debió a que yo quisiera ver a Suhail o alguna tontería así. Nada que ver. Es cuestión de costumbre. Pasa, saben. Ella venía cada año y yo, por lo mismo, estaba pendiente de que no hiciera algo igual o peor que lo de las Hermanas de la caridad. La vigilaba. Pero solo eso. Aunque no hizo falta. Ella no volvió a fastidiar otra de mis fiestas. Aun así, estoy seguro de que disfrutaba viendo que yo esperara que de nuevo hiciera algo.

Pero ahora me ignoraba a propósito. Y para no verme como un imbécil yo también la ignoraba. Así es como funciona, ¿no?

¿Ya no abría su ventana? Bien. Qué me importa. No es que me doliera. No. No. No. No piensen que me afectaba o alguna estupidez de esas. Claro que no. Es solo que...

¿Saben qué? Ustedes tampoco comprenden. Mejor no trato de seguir explicando algo que, además, es mi asunto. MI ASUNTO. Ustedes no comprenden, y yo...

Yo solo quiero entender qué rayos le pasa a Suhail.

66. Suhail

—¡Jessica fue el primer beso de Max! —me gritó su amiga Bet a la salida, con la que de por sí no tenía buena relación—. Su primer beso, ¿oíste? ¡Su primer beso!

La ignoré y continué mi camino. Aunque fue en vano, más amigas de Jessica me buscaron para gritarme que ella fue el primer beso de Max.

—¡Ridículas! —gritó Ling para que a cien metros a la redonda la escucharan.

No sé qué haría sin Ling. Hacer el ridículo yo sola, supongo.

—Y de todas formas ella no fue el primer beso de Max —dije, sin querer pensando en voz alta. Me sentía a la defensiva.

—¿De qué hablas? —me preguntó Ling.

«Maldición». Ahora debía contarle.

—Bueno... Es que... —Miré hacia todos lados.

—¡Habla! —No me iba a salvar de esta.

—Fue una tontería de niños —aclaré, antes que nada—. Ambos estábamos en su cochera y... bueno... lo besé por accidente.

—¿QUÉ? —Mi amiga casi escupe el almuerzo.

Sí, ¿QUÉ? Yo había pensado lo mismo e imitando a Max preferí fingir que no pasó nada.

Max es bueno en eso, saben: fingir que no pasa nada.

—¿Y por qué no me lo habías contado?

Ling se sentía dolida porque no había compartido con ella uno de los recuerdos más bochornosos de mi infancia.

—Porque fue una tontería —insistí—. Fue cosa de niños. Yo iba a darle un beso en la mejilla y... ¡PAM! Tardé en poder verlo a la cara otra vez.

—¡Es que un beso es un beso! —defendió Ling, sintiéndose vencedora. Me pregunté qué pasaba por su mente—. Ya quiero ver la cara de Russo

cuando se lo digamos.

«¡¿QUÉÉÉ?!»

—No. No. No. No le diremos nada a ella ni a nadie —sentencié—. ¿Me oyes? A nadie. No quiero hacer crecer el rumor de que...

—¿Qué?

—Ya sabes. Que yo quiero algo con Max. —Miré por encima de mi hombro para confirmar que nadie me escuchara.

—¿Y no quieres algo con Max?

Ling me miró con cara de «A mí no puedes esconderme nada».

—No vayas por ahí, Ling —le pedí.

Es más, se lo rogué. Porque de verdad no quería pensar en mis sentimientos.

67. Max

Necesitaba un confidente que me ayudara a deshacerme de Jessica y, de paso, averiguar qué sucede con Suhail. En el primer caso, la situación ya me tenía cansado. Jessica me trataba como si me quisiera domesticar: me decía con quién hablar y con quién no hablar; reacomodaba mi cabello y, como si eso no le bastara, empezó a sugerir cómo debía vestirme. Además debía soportar que me hablara mal de Suhail.

—Le falta estilo —dijo al verla caminar cerca de nosotros.

No quería más problemas con Suhail, por lo que la ignoré y seguí mi camino. Entramos a la cafetería con nuestro grupo de amigos y buscamos las dos mesas que siempre ocupábamos.

Nos acompañaban Eric, Sam, Edgar y Liz, la novia de Edgar; y en la mesa continua se sentaban todas las amigas de Jessica. Esa es otra cosa: seguía sin comprender por qué estar con Jessica incluye un paquete que trae a todas sus molestas amigas.

En cualquier caso, Eric dijo que no debía quejarme, que así funciona esto de las chicas: debes hacerles creer que haces lo que ellas quieren, para así conseguir lo que tú quieres. Por eso le hacía caso a Jessica y me peinaba y vestía como ella prefería. Sin embargo...

Cuando Suhail entró a la cafetería, Jessica la miró de pies a cabeza, en ningún momento le quitó los ojos de encima y otra vez no se contuvo a la hora de criticarla:

—Mírenla, camina encorvada —dijo, burlándose. ¿Por qué era su problema cómo caminara Suhail?—. En mis clases de modelaje la harían trizas —aseguró—. Además, tiene un poco abultado el estómago. ¿Ya la vieron? Tiene panza.

Reaccioné ante el primer comentario con una risa:

—Suhail jamás iría a unas clases de modelaje —aseguré.

—¿Verdad que no? Es tan ordinaria.

Jessica se veía feliz de escucharme ser partícipe de eso. Hasta que añadí:

—Las consideraría estúpidas.

Seguí riendo.

—¿Estúpidas? —preguntó, molesta.

—Sí —continué. Primera vez que Jessica me hacía reír—. Lo dijo una vez que mi mamá le ofreció ver *American Next Top Model* juntas. Suhail contestó que una mujer no debería sentirse obligada a cumplir ciertos estándares.

Entonces me seguía preguntando qué estándares eran esos.

—Pues *American Next Top Model* es mi programa favorito —dijo Jessica, molesta.

Ay, no, ¿se iba a enojar otra vez?

—Suhail lo detesta —seguí, destornillándome de la risa y sin advertir en qué lío estaba por meterme—. Hasta les envió un correo pidiendo que promovieran productos no probados en animales.

Jessica se rio de eso. Lo mismo el resto de la mesa.

—Ridícula, ¿no?

Lo pensé.

—Bueno... Mi mamá le ayudó a redactar ese correo y dejó de ver el programa hasta que los productores respondieran.

Jessica se cruzó de brazos.

—¿Y tú qué opinas al respecto? —preguntó.

Dejé de reír y me callé. «¿Que qué opino? ¿Tenía que tener una opinión sobre eso?»

A la espera de mi respuesta, Jessica posó una vez sus ojos de halcón sobre su presa. Suhail, en caso contrario, parecía querer ignorarla. Parecía querer

ignorarnos a todos, en realidad.

—¿Entonces?

—¿Entonces qué? —pregunté, también mirando a Suhail.

Jessica esperaba mi respuesta.

—¿Qué opinas de que a ella no le guste mi programa favorito? —insistió.

«No sé. ¿Que no me importa?» Yo seguía sin comprender.

—Pues no le gusta —dije.

¿Qué más quería que dijera?

—A ti sí te gusta, ¿no? —preguntó y reí con más fuerza—. ¡No te rías, Max! —se enfadó.

A eso me refiero. Jessica era guapa, pero podía ser tan...

—Si lo llego a ver será solo para echar un vistazo a esas chicas. Un vistazo y cambio de canal —dije.

Eric, Sam y Edgar chocaron palmas conmigo a modo de hacer ver que estaban de acuerdo.

Pero al instante que terminé de decir eso, Suhail nos miró de soslayo. Parecía molesta de que todos en esa mesa, en especial yo, riéramos al mismo tiempo que la mirábamos a ella.

Paré de reír.

68. Suhail

¿QUÉ? ¿Ahora se reía de mí para complacer a su noviecita?

Ling me dijo «No mires hacia donde está Max», pero eso fue como decirme «Anda, míralo». Tanto él como Jessica me miraban... Ella sonreía y él reía. ¿Por qué? Los demás en la mesa también empezaron a reír cuando Jessica me señaló con el dedo.

Procuré esconder la incomodidad y, de pie en medio de la cafetería, dejé mi bandeja con comida sobre una mesa. Estaba decidida a huir de allí.

—No —gruñó Ling, mirando de mí a ellos con disimulo—. Ni siquiera te atrevas a salir de aquí.

—Se están riendo —expliqué, sintiendo ganas de querer llorar.

—Si te vas se reirán más —aseguró ella—. Y lo volverán a hacer mañana y también después de mañana. Anda, disimula que no te importa.

«¿Cómo?»

Cada vez los escuchaba reír con más fuerza. A todos menos a Max, que ahora me miraba con los ojos muy abiertos. Quizá sorprendido por mi reacción y temiendo que pasara queja a Miranda.

Acomodé la comida sobre mi bandeja pretendiendo no darme cuenta de nada lejos de mi nariz.

—Eso es —dijo Ling, haciendo lo mismo—. Ahora levanta la barbilla. Y no los mires. No los mires.

Parpadeé muchas veces para alejar las lágrimas y traté de pensar en cosas que me hicieran feliz. Max Solatano muriendo, por ejemplo.

69. Max

Suhail era mi vecina desde hace años. Sabía perfectamente cuando intentaba no llorar. En su cara tenía la misma expresión que cuando decapité a sus muñecas.

Me puse de pie lentamente...

—Siéntate, Max —ordenó Jessica, mirando con nerviosismo a sus amigas al no poder explicar por qué me callé y me puse a la defensiva al ver la mirada triste de Suhail.

Me vi a mí mismo. «Sí, ¿qué estoy haciendo?», me pregunté. No debería estar de pie.

Volví a ocupar mi asiento y traté de entretenerme con el envoltorio de una galleta. Los demás, con excepción de Sam, continuaron burlándose de Suhail. Mis manos temblaban, pero traté de no apartar mis ojos de la galleta.

—Es tan patética —dijo Jessica, riendo.

Lo que era extraño, porque, antes de esto, ella no reía. Lo hizo hasta que... Hasta que Suhail se percató de todo. ¡Lo hacía a propósito!

«¿Cuál es su problema con Suhail?», me cuestioné. El de ella y el de sus amigas. Suhail no se metía con ellas. Bueno... les afectaba tener que asistir a las actividades que Suhail y su padre organizan, sin embargo... Lo que hicieron ese día en la cafetería iba más allá. Ero era cruel.

—En la primaria le arrojábamos comida —se burló Edgar—. Una vez me peleé con Max por eso.

Escuchar a Edgar decir eso hizo que Jessica cerrara la boca y me mirara seria.

—¿En serio, Max? —preguntó disimulando muy mal su enfado.

¿De verdad tenía que dar explicaciones sobre algo que hice a los ocho años?

—Bueno, yo.... —busqué una excusa—: Mi mamá me pidió que la defendiera —mentí.

¿Por qué no decía la verdad? Lo hice por... Por... ¿Por qué fue que lo hice?

Y no tenían por qué reírse de Suhail. Insisto en recalcar que ella no les hacía nada.El asunto entre nosotros dos funcionaba tipo «Me haces, te hago». Jamás nos atacamos sin motivos.

«¡Basta!»

Puse mala cara y miré a Jessica con desdén. Me sentía quemar por dentro, mis manos temblaban y también sentía la boca seca. ¿Por qué me senté antes? Debí caminar hacia Suhail y disculparme. Ella me ayudaba con mis ensayos. Yo no debí...

«¡Pero aquí están todos!», solía debatirme.«Me mirarían raro si iba con ella... También se reirán de mí».

Dejé caer la galleta sobre la mesa y me obligué a contener las ganas de lidiar con eso.

—¿Qué te pasa? —me preguntó Eric.

Lo miré a él y a Sam. Los dos eran mis mejores amigos. ¿Por qué no podían comprender qué me pasaba?

—Creo que me hizo mal la comida —mentí.

—Debe ser el queso amarillo —dijo Sam—. Mira, hasta Suhail se lo está quitando al sándwich que compró.

¿Por qué ponía de ejemplo a Suhail? Sin poderme contener, observé la mesa en la que Suhail y Ling se sentaron. Y sí, Suhail intentaba sacarle el queso a su sándwich.

—Es porque no le gusta el queso —dije, sin pensar—. Siempre se lo quita. Tampoco se come la orilla de la *pizza*.

—La tienes bien controlada, ¿no? —me cuestionó Jessica.

«¿Controlada?»

La miré sin comprender y ahí fue cuando me percaté de que pensé en voz alta. Sentí cada célula de mi cuerpo estallar.

«¡Es mi jodida vecina!» Uno sabe eso sobre sus vecinos, ¿no?

Eric aclaró su garganta:

—Es porque cuando éramos niños —dijo—, si mal no recuerdo, le hicimos una broma con queso amarillo.

No, nunca le hicimos a Suhail una broma con queso amarillo. Pero comprendí lo que intentaba hacer Eric. Mi amigo. Mi hermano.

Escuchar eso complació a Jessica. Yo, por otra parte, miré la galleta sobre mi mesa. Minutos antes, fingía estar concentrado en abrirla... pero no la abrí. ¿Por qué no la abrí? Me distraje. Me distraje con Suhail. «¿Qué pasa contigo, Max Solatano?»

—¿Recuerdas, Max? —continuó Eric. Sam, del mismo modo, añadió anécdotas—. Una vez hasta le arrojamos lodo a la cara. Ese día sus amigas se disfrazaron como princesas y...

En mi mente puse el *mute* a la voz de Eric y, con disimulo, miré una vez más hacia la mesa donde se encontraba Suhail.

Me sentía pesado... Sí, eso es. Pesado. Como si mis músculos de preadolescente idiota dolieran. Sentía la boca seca, las manos sudorosas; y, como si en mi interior, para ser más precisos en mi estómago, tuviera una pequeña alimaña arañándome.Y el mundo, de por sí confuso, comenzó a ir en cámara lenta cuando vi a Suhail reír al mostrarle a Ling la manzana que sujetaba en su mano, la que después acomodó en medio de dos galletas. Y debajo de esas tres, colocó una banana. Yo sabía por qué lo hacía. Desde niña le gustaba formar figuras con la comida.

La primera vez que la vi hacerlo teníamos nueve años. Regresaba del supermercado con su papá y al bajar del coche una bolsa de papel se rompió y, sin remedio, cayeron a sus pies las verduras que la bolsa tenía dentro. Yo estaba entretenido con mi bicicleta, pero eso captó mi atención y reí. Suhail me sacó la lengua y de inmediato intentó recoger cada verdura, para después dejarlas caer otra vez y aprovechar eso para mostrarle a su papá que podía hacer con estas una familia de verduras.

Utilizó patatas para las cabezas, pepinos para el torso y espárragos como piernas y brazos acomodándolo todo en orden. Recuerdo pensar que sería mejor utilizar las coles como cabezas, porque de esa manera las personitas serían todas verdes. Y lo comprobé esa noche en mi cocina, cuando yo

mismo lo intenté. Además, sorprendiéndome yo mismo de mi lado creativo, utilicé espinaca para formar a cada personita su propia cabellera.

Sé que suena estúpido. ¿Quién gasta tiempo de su vida pensando en eso cuando ya tiene catorce años? Es solo que me pareció curioso que Suhail aún tuviera aquel pasatiempo.

«Mira, papá, los espárragos son sus manos», recordé que le dijo a Bill.

—¿Max?

La voz de Sam me trajo de vuelta a la actualidad.

—¿Estás bien, Max? —Ahora era la voz de Jessica.

No. No estaba bien. Dejé de ver a Suhail y miré a la gente en mi mesa. Me miraban y, sin entender yo por qué, esperaban respuestas. Sentí ganas de vomitar.

Me puse de pie y dije:

—Tengo que salir de aquí.

Y llamé más la atención cuando al avanzar tropecé con alguien. Ahora tenía más ojos encima. «Mierda». ¿Por qué la gente te pone más atención cuando te sientes transparente? Porque así me sentía yo, como si todos supieran qué estaba pensando.

Entre los ojos que me miraban, vi los de Suhail e inevitablemente mi atención se posó en ellos. A Suhail pareció sorprenderle eso. Entre todos, la buscaba a ella. A ella.

Las ganas de vomitar volvieron.

Salí de la cafetería dando largas zancadas y luego corrí por los pasillos. Pero ahí no acabó todo. En mi camino me topé con Bill Didier. «¡¿Por qué?!»

—¿Estás bien, Max? —me preguntó al ver mi cara.

No. No estaba bien. Esquivé olímpicamente a Bill y corrí hacia la planta más cercana y la vomité.

—¿Max?

—Necesito ir a casa —dije.

70. Suhail

Tarde o temprano llega ese momento en el que te das cuenta de que no vale la pena sufrir por alguien.

Cuando los ojos de Max Solatano se cruzaron con los míos me obligué a no bajarle la mirada. Me obligué a no dejarle ver cuánto daño puede hacerme. Me decidí a, según yo, no darle más poder sobre mí.

Por cómo lo estoy relatando parece fácil. Pero no. No lo fue, créanme... Para una niña de trece años no lo fue.

Cuando Max salió de la cafetería, Jessica me dirigió una mirada rencorosa. No comprendí por qué. Ella era más alta que yo, más «bonita» que yo... más curvilínea que yo. Es decir, yo era una niña de trece años. Jessica, por el contrario, era una de esas chicas que crecen rápido. De esas a las que no les han terminado de salir las tetas y ya se maquillan, que todavía no tienen pubis y ya se depilan. Mi papá todavía me compraba pasta dental «de la que no pica» y me preguntaba si para mi cumpleaños prefería un bolso o una muñeca. Jessica, en cambio, ya tenía una bolsa especial para guardar ahí su maquillaje.

¿Para qué queremos crecer rápido? ¿Para que cuando obtengamos la ansiada «libertad» que dan los años queramos volver atrás para ya no tener que ver el enorme listado de cuentas por pagar?

De niñas soñamos con algún día tener tetas hermosas, cintura, cabello perfecto, nada de espinillas, ¡cintura...!, repito. Queremos gustarles a ellos. Entonces creces y te das cuenta de lo mentirosas que son las revistas. No eres Jennifer Aniston, ni nunca lo serás. Es más, te das cuenta de que ser Jennifer Aniston no te garantiza retener a un tipo guapo.

Jessica tenía catorce años y ya hablaba de evitar los carbohidratos y las grasas saturadas.

Al final me reí.

—Ahora ya sabemos por qué siempre está enojada —le dije a Ling.

—¿Por qué?

—¡Tiene hambre!

«¡Tienes catorce, Russo! Ca-tor-ce. Y ya te preocupas de no tener una panza lo suficiente plana. Necesitas ayuda».

Con Ling entramos al baño de chicas y nos pusimos lado a lado frente al tocador. En mi caso, el espejo me mostró a una niña. Aún me faltaba mucho por crecer. Pero en ese momento no lo vi de esa manera. Lo que hice fue rendirme. Sí, rendirme. Había llevado al colegio la ropa que me compró

mamá y había peinado distinto mi cabello. ¿Para qué? Max Solatano seguía prefiriendo a Jessica.

Y no es que, pidiendo al cielo suerte, esperara que de pronto reaccionara y se diera cuenta de cuán hermosa es su vecina...

De acuerdo, sí esperaba eso, pero era la edad...

Está bien, no era la edad. ¡Y no lo nieguen! Porque no hay edad para dejar de soñar que algún día alguien se dará cuenta de cuán maravillosos somos.

O por lo menos procuramos hacer que pase.

Y funciona de la siguiente manera: te atrae alguien. Alguien que en ese momento ves como lo mejor que le pudo pasar al mundo. Esto pese a que años después te preguntes: «¿En qué rayos estaba pensando?» Pero eso no lo piensas en el momento. Te esfuerzas. Te sientes expuesto y cuidas tus movimientos, tus palabras... y luego, de ser necesario, maldices al espejo. Y no digan que no. Primero evalúas tus defectos. Porque antes de que te gustara esa persona, el peso extra, el cabello reseco y la sonrisa chueca no importaban. O al menos no importaban tanto.

Y, por si fuera poco, tratas de ocultar lo que eres, tratas de disimular quien eres para intentar que te quieran tal y como eres. Suena estúpido, pero es la verdad. No nos mostramos como realmente somos porque asumimos creer saber lo que el otro quiere; o que nadie va a querer lo que nosotros no queremos de nosotros. Tenemos miedo.

¿Qué tenía en la cabeza? ¿Iba a dejar de ser Suhail por Max?

Pero ese día, de pie frente al espejo del baño de niñas, me rendí. La secundaria ya era lo suficiente difícil como para añadir ser competencia de Jessica.

Lavé mi cara para retirar el escaso maquillaje que me había aplicado y recogí mi cabello en una coleta, tal como a mí me gustaba llevarlo.

Me rendí.

Los años me harían enorgullecerme de esa acción. Sin embargo, en ese momento solo aceptaba mi destino: era fea. Tenía la cara pecosa y el cabello demasiado ondulado. No iba a gustarle a Max Solatano. No era Jessica.

Ling, que eligió no lavarse de la cara el maquillaje, me regañó por rendirme, pero no me importó. Me comparé a un condenado a muerte que por fin acepta su destino.

Y me sentí mejor. Me sentí mejor. Si quería hurgar en mi nariz, ya no importaba que Max Solatano estuviera mirando.

Pasaron los días y volví a ser feliz. Aunque esta vez el raro era Max. Luego del incidente en la cafetería no solo me ignoraba. Peor aún. Huía de mí. Pero no me importó. Es más, abrí de vuelta mi ventana y volví a llenar la pistola de agua, esperando que saliera a ensayar.

Pero había un problema. Ahora quien mantenía cerrada su ventana era Max.

71. Max

Pese a todas mis quejas, Bill Didier me llevó directo a la enfermería. Aun así, no supe explicarle a la enfermera qué pasó conmigo. Haciendo a un lado la parte que incluye a Suhail, le platiqué sobre mis manos sudorosas, mi boca seca y mi estómago en eterna voltereta.

—Parece un ataque de pánico —dijo—. Aunque no puedo asegurar nada. Sería mejor ir con un especialista.

Miré a Bill Didier y negué con la cabeza. «De ninguna manera».

—Y no le digas a mamá, por favor —le rogué.

Solo necesitaba descansar.

La enfermera me dio algo para el estómago y me permitió abandonar el lugar. Y caminé hacia la salida porque no tenía humor para enfrentar a mis amigos. Necesitaba tiempo para inventar algo.

Cansado, salí al estacionamiento y busqué con mi mirada la parada de autobuses.

—¿Te llevo a casa? —escuché que preguntó a mi espalda Bill. Me había seguido.

Me alcanzó, señaló su coche e insistió en llevarme. Y pese a que no quería tener que ver con él, acepté; prefería llegar rápido a casa, y aún faltaban dos horas para poder tomar el autobús escolar.

El camino se me hizo largo porque la compañía de Bill me resultaba incómoda.

1. Es el padre de Suhail.

2. Salía con mamá.

—Sé que no tenemos una buena relación —empezó.

—No tenemos que hablar —dije, haciendo girar mis ojos. Nada peor que el novio de tu mamá intentando ser tu amigo.

Primero que nada, acepto que Bill y mamá no empezaron a salir un minuto después de que murió papá; pero, ¡rayos! No fue fácil aceptarlo. Me aferraba a los recuerdos y me dolía ver a mamá con alguien que no fuera papá.

—¿Notas un poco extraña a Suhail? —preguntó Bill de pronto.

Qué cambio de tema tan brusco. Sin embargo, dadas las circunstancias, escuchar eso me obligó a incorporarme en el asiento. «Así que no soy el único que nota extraña a Suhail».

—S-sí —dudé, fingiendo falta de interés—. ¿Tú sabes por qué?

—Créeme, Max, cuando te digo que pese a trabajar tantos años con adolescentes sigo sin entenderlos.

«Pero si ni siquiera nosotros nos entendemos».

—Pero ella está bien, ¿no? —pregunté, mirando con disimulo mi ventana. No quería que Bill sospechara que Suhail me importa—. Aunque Suhail siempre ha sido rara.

Escuchar eso hizo reír a Bill.

—¿Recuerdas cuando le puso uñas acrílicas a tu G.I. Joe? Incluso a mí me dolió eso.

Sonreí al recordar.

—Pero me vengué.

—Siempre te vengas, Max.

Miré a Bill preguntándome si eso era un reproche o un simple comentario. De cualquier modo, sentí una punzada de culpa. «Siempre te vengas, Max».

—¿Te puedo pedir un favor? —preguntó entonces.

Asentí sin anticipar lo que vendría después.

—Vigila a Suhail, ¿quieres?

—¿Yo?

¿Acaso Bill estaba loco? Era como poner a Silvestre a cargo de Piolín o a Tom a cargo de Jerry.

Aunque habían pasado años desde que no lastimaba a Suhail.

Lo que no sabía entonces es que se puede lastimar de muchas maneras.

—¿Estás seguro? —insistí.

—Por supuesto. —La confianza que Bill depositó en mí me dio miedo—. Si ves algo raro, dímelo. No es que no confíe en Suhail. Solo quiero que

esté bien, ¿comprendes?

—Eso creo.

—Pero que no note que la vigilas. Sé discreto.

«Discreto»

Al llegar a casa bajé del coche de Bill y le di las gracias. Entré como un campeón por la puerta, subí corriendo las escaleras y ya en mi habitación dejé caer mi mochila y, hecho un lío, me acosté en mi cama. Necesitaba pensar.

¿Qué me sucedió en la cafetería? Ataque de pánico o no le debía una explicación a mis amigos. Pero no quería ir allí. Tampoco quería pensar en Suhail, pese a que parecía inevitable.

Recordé la conversación con Bill y de nuevo me sentí culpable por asegurar que soy vengativo. ¿Me dio remordimiento haber sido parte del daño a Suhail?

«Sí, eso es». Pero Bill también notó a Suhail rara.

Debía averiguar por qué. Y no porque yo quisiera saber. Para nada. Sino porque le debía ese favor a Bill en agradecimiento por haberme traído a casa en su coche. Además, él me lo pidió.

Él me lo pidió.

Más tarde escuché a Suhail abrir su ventana. ¿Ya no estaba molesta? Me incorporé y con precaución caminé hacia mi propia ventana. ¿Qué esperaba ver? No sé.

Entonces la escuché cantar. Se oía... feliz.

Aunque no hace mucho estaba llorando. Sí que era extraña.

Cogí mi guitarra y me senté sobre el descansillo de la ventana. De cualquier modo, Suhail no dejaba de tararear. Y, por algún motivo, no saber qué cambió su actitud me enfadó, de manera que cerré la ventana y regresé a mi cama.

Confundido, ahí continúe mi ensayo, preguntándome cómo investigar a mi vecina sin que se diera cuenta.

72. Suhail

Lo último que necesitaba era que Max asumiera que me sentía triste por lo sucedido en la cafetería. No le iba a dar el gusto. Por eso cada día al llegar del colegio abría la ventana y ponía música pop alegre. Max, en caso contrario, continuaba manteniendo la suya cerrada. Aunque no intenté preguntarle por qué.

Sentía que cualquier cosa que hiciera, por pequeña que fuera, me delataría, me pondría en evidencia. Y lo último que necesitaba es que Max sospechara de mis sentimientos por él.

73. Max

Tras pensarlo detenidamente, llegué a la conclusión de que mi mejor oportunidad para averiguar qué pasaba con Suhail era poner a Sam a investigar.

Lo pensé un par de días y admití que podía confiar en Sam.

—Su papá me pidió investigarla —expliqué—. Suhail anda rara. ¿No te has dado cuenta?

—No. Yo no estoy pendiente de Suhail —dijo Sam, lastimando mi orgullo.

—Yo tampoco —dije a regañadientes—. Su papá me pidió...

—Sí. Sí. Ya me lo dijiste muchas veces.

Luego que no se queje de que le llamo «Ballena bebé».

—Y tú me vas a ayudar —añadí, dando un golpecito a su hombro.

—¡¿Qué?!

Empujé a Sam por los pasillos del colegio buscando a Ling y a Suhail. Era hora de receso, pero quería evitar la cafetería. Allí siempre había mucha gente.

De cualquier manera, terminé en la cafetería.

—Suhail no puede saber que yo estoy detrás de esto, ¿de acuerdo? —continué—. De modo que, si te capturan y torturan con tal de hacerte hablar, debes negar que yo soy parte de esto.

—¡Ni siquiera sé qué debo hacer! —se quejó Sam.

Una vez estuvimos de pie en la puerta, busqué a mi objetivo: Ling y Suhail se hallaban sentadas una junto a la otra en una mesa. La buena

noticia era que la cafetería no estaba llena.

—Primero debemos separar a Suhail de Ling —dije, evaluando el terreno —. Porque es a Ling a quien vas a preguntarle.

—¿Qui-quieres que hable con Ling? —preguntó Sam, atemorizado.

Me crucé de brazos.

—Te gusta, ¿no?

—Pu-pues por eso lo digo.

—Deja de tartamudear o sospecharán —lo codeé—. Es tu oportunidad de oro, gordo.

—Po-pues no la quiero.

Sam dio media vuelta, resuelto a alejarse de la cafetería.

«¡Maldición!»

—¡Sam! ¡Sam, por favor! —le rogué—. Ayúdame.

El gordo se detuvo y giró hacia mí para mirarme. Parecía molesto:

—Con una condición —dijo.

—¿Cuál?

Sam «el gordo» no era de ponerte condiciones.

—Admite que eres tú el que quiere saber de Suhail.

«¡¿QUÉ?!»

Me puse pálido.

—¿Que-que quieres qué?

—No tartamudees, Max, o sospecharán —se burló.

Me enojé.

—¡No admitiré nada! —De nuevo me crucé de brazos.

Nada en el infierno me haría decir que...

Sam arqueó una ceja, me dio la espalda y siguió caminando.

—¡SAM!

«¡MALDICIÓN!»

—Admítelo —dijo él, todavía de espaldas.

Lo rodeé y, viéndole a los ojos, me acerqué a él lo más posible para que nadie nos escuchara.

—¿Por qué quieres que admita algo así? —le cuestioné—. Yo no...

Pero Sam me interrumpió:

—Porque solo entonces —dijo, cogiendo aire—, comprenderás lo difícil que es para mí hablar con Ling.

De acuerdo, ahí tenía un punto.Bajé la mirada.

—Pero no es lo mismo —negué—. Tú-tú quieres a Ling. Yo...

—Admítelo, Max.

—¡Mierda! —zapateé y cogí del cuello a Sam—. Pero te juro que si le dices algo a Eric o a alguien más yo...

Sam me empujó para que lo soltara.

—Jamás haría algo así —me aseguró—. Ahora admítelo. —No daría marcha atrás—. Anda, admítelo.

Apreté los dientes y dije:

—Yo soy el que quiere saber qué pasa con Suhail —admití—. ¿Contento?

—Sí.

Después de decir eso, Sam caminó de vuelta hacia la puerta de la cafetería. Y aunque mi cara estuvo todo el tiempo de color rojo escarlata, el gordo no se burló. No se burló. Por eso insisto en declarar que sin importar lo que pase puedo confiar en Sam.

—Lo haremos antes de que vengan nuestros amigos —dije, dando un masaje a los hombros de Sam en plan entrenador preparando a su mejor luchador—. Porque si se dan cuenta...

—Intentaré ser rápido.

—Rápido, pero prudente —advertí—. ¿De acuerdo? —Sam asintió—. Primero alejaremos a Suhail de Ling.

Solté los hombros de Sam y busqué el teléfono público más cercano. Allí marqué el número del colegio.Por fortuna contestaron rápido.

—Buen día. Está llamando a la Secundaria San Sebastián. ¿En qué podemos ayudarle? —preguntó la voz de la secretaria.

Me apreté la nariz con los dedos:

—¿Sí? Buenos días —dije—. Necesito comunicarme con la señorita Suhail Didier. Es urgente.

—¿Quién le llama?

Eso no lo había planeado.

—Eh... Su dentista.

—Un momento, por favor.

—¿Ahora qué? —me preguntó Sam en voz baja.

—Esperemos.

Mirándonos, escuchamos la cancioncita que indicaba un mensaje en altavoz.

—Señorita Suhail Didier, tiene una llamada en dirección —anunciaron.

Sam y yo chocamos palmas. «¡Bien hecho!»

—Ahora roguemos que Ling no la acompañe —dije.

No hubo de qué preocuparse, Suhail salió sola de la cafetería.

Sam y yo chocamos palmas de nuevo y, sin perder más tiempo, dejé a un lado el teléfono sin colgar la llamada y nos alejamos en silencio. Luego, cuando estuvimos otra vez de pie frente a la puerta de la cafetería, masajeé otra vez los enormes hombros de Sam.

—Tú puedes, campeón —dije a su oído—. Eres valiente. Eres el mejor.

—Soy el mejor —repitió Sam asintiendo, y movió los pies como si se preparara para correr un maratón.

—Repíteme tu misión —le pedí.

—Averiguar por qué está rara Suhail.

—¿Quién te envió?

—Nadie.

«¡Muy bien!»

—¿Y por qué quieres saberlo?

—Simple curiosidad.

Besé con fuerza la enorme mejilla de Sam y acto seguido este empezó a caminar en medio de las mesas de la cafetería.

Yo iba detrás.

—Una cosa más —añadí, preocupado—: No empieces la conversación siendo obvio. Primero habla sobre la comida o el clima.

Sam asintió.

—Está bien.

—Me sentaré en un banco de la mesa detrás de ustedes para escuchar —le susurré, colocándome un par de gafas oscuras. Quería pasar desaparecido.

Y no, las gafas no sirvieron para eso, pero me veía genial con ellas.

Sam asintió y continuó avanzando lentamente hacia donde estaba sentada Ling. Pude escuchar el aumento de su respiración a medida que acortaba distancias. Me percaté de que entre más rápido hiciéramos esto mejor.

—Ho-hola —saludó, ya de pie junto a la mesa de Ling.

Yo ocupé mi lugar detrás de ambos.

—¿Qué quieres? —preguntó Ling molesta.

—Me voy a sentar —escuché decir a Sam a modo de disculpa.

«¡Tú puedes, ballena bebé!»

Ling resopló con enfado, pero al menos no lo echó. No de inmediato. Ese día Sam se ganó mi profunda admiración.

—¿E-e-está rico lo que comes? —preguntó.

—Supongo.

—Genial.

«¿Genial? Ay, Sam».

—Está bonito el clima, ¿no?

Bajé la mirada y puse la mano derecha sobre mis gafas, sintiendo mucha pena ajena. Sin duda le debía un gran favor al gordo.

—Supongo —repitió Ling sin disimular su creciente molestia por tener que soportar a Sam.

—Oye y... ¿tú sabes qué le pasa a Suhail? Es que últimamente se comporta rara.

—Ese no es tu asunto.

—Es que... es que... —Sam se escuchaba cada vez más nervioso—. Bueno... Ella...

—No. Es. Tu. Asunto. Ahora largo.

Cogí aire y recé por el soldado caído.

—Largo, dije —insistió Ling al ver que él ni siquiera lo intentaba.

«Rayos».

Escuché a Sam ponerse de pie. «Gracias, amigo». No obstante, una pregunta de la profesora de inglés, sentada en la mesa de junto, rescató nuestra misión.

—¿Cómo que Suhail anda rara? —le preguntó a Ling.

Me volví para mirar.

«Gracias, Dios. Gracias. Te prometo ya no ver tanto porno. Al menos no hoy».

—Sí —dijo Ling, dudosa—. Pero descuide, profesora. Suhail solo está enamorada de un estúpido. Pero ya lo está superando.

Al tiempo Sam se sentó a mi lado:

—¿Escuchaste? —preguntó. Se veía sudoroso y cansado tras volver de su misión—. Dijo que Suhail está enamorada de un estúpido.

Asentí y abrí la boca sin poder creerlo. ¿Un estúpido?

La profesora de inglés se echó a reír después de escuchar a Ling.

—Gracias, profesora.

—Ya vienen nuestros amigos —me codeó Sam, poniendo atención a la puerta de la cafetería.

Pero yo seguía boquiabierto. ¿Suhail estaba enamorada de un estúpido? ¿Qué estúpido?

—¿Por qué no nos esperaron? —escuché que preguntó Eric, buscando su lugar al lado de Sam.

Edgar, Liz, Silvy y Jessica venían con él.

—Max y yo teníamos que hacer cosas —respondió Sam por ambos.

«¿Un estúpido?», seguí cuestionándome.

—¿No me vas a saludar? —me preguntó Jessica, preparando sus labios. Le di su beso y seguí pensando...

¿A qué estúpido se refería Ling? En nuestro salón había muchos.

—Eres muy ocurrente, Ling —escuché decir a la profesora de inglés—. Pero me alegra que Suhail lo quiera superar.

Sam me codeó. Asentí para mostrarle que estaba poniendo atención.

—Oigan, ¿por qué están aquí? —preguntó Jessica—. Esta no es nuestra me...

—Shhhhh —la callé al darme cuenta de que Ling iba a contestar.

Mi hermosa novia me miró molesta.

—Es lo mínimo —dijo Ling a la profesora—. Una no puede enamorarse de alguien que le hace la vida imposible.

Sam y yo nos miramos.

—Max —escuché decir a la voz de Jessica en un tono cada vez más amenazante.

La volví a callar con la mano.

—Primero dijo estúpido —dijo Sam.

Asentí.

—Después que él le hace la vida imposible —añadí.

Ambos habíamos llegado a la misma conclusión.

—*Wow* —dijo Sam.

—¡A mí no me calles, Max Solatano! —gritó Jessica, pero la ignoré. Me hallaba en medio de algo.

—¿Estás pensando lo mismo que yo? —le pregunté a Sam en voz baja.

Él asintió. Entonces los dos nos volvimos para mirar a Edgar.

Increíble. Suhail estaba enamorada de Edgar.

74. Suhail

Una vez más me encontraba sentada sobre los escalones frente a mi puerta esperando a mamá.

Era su día de la semana para pasar tiempo conmigo. Sin embargo, una vez más llegaba tarde.

Max salió de su casa llevando con él la guitarra. Le tocaba ir a clase de música. Me miró de reojo y fingí no prestarle atención. Me sentía triste por tener que esperar a mamá y lo último que necesitaba era a Max juzgándome.

Ling, a diferencia de mamá, sí llegó a tiempo:

—Para serte sincera, no me apresuré —dijo, sentándose a mi lado. Nos vestimos lindas para ir al cine—. Algo me dijo que tu madre venía tarde.

—Siempre viene tarde —dije.

—Dile a tu papá.

—No. No quiero que un juez obligue a mamá a quererme.

Ling se sentó a mi lado para acompañarme a esperar.

—¿Qué le pasa a Solatano? —preguntó, mirando discreta.

—No sé, ¿por qué? —pregunté, poniendo más atención a mis pies que a Max. Ese día no estaba de humor para lidiar con Max.

—No deja de mirar hacia acá.

Hice rodar los ojos.

—Será para ver de qué puede reírse más tarde con su noviecita. Les gusta burlarse de mí.

—Hablando de la noviecita —dijo Ling, acomodando su cabello a modo de cubrirse la boca para que Max no leyera sus labios—. Ayer le montó un show en la cafetería.

—¿Ayer?

—Cuando tuviste que ir a dirección.

Seguía sin saber para qué me llamó mi dentista. En cualquier caso, cuando llegué a dirección ya había cortado la llamada.

—Oh...

—Él no le ponía atención —rio Ling al recordar.

—Un gran problema para Jessica —dije—. Ya sabes. No recibir suficiente atención.

Miré hacia la calle esperando ver a mamá llegar. Nada.

—Ay, no —escuché quejarse a Ling mirando hacia el otro lado.

Seguí su mirada y sonreí al ver a Sam.

—No sé por qué te agrada —dijo Ling, molesta.

—No sé por qué a ti no te agrada —devolví—. Es infinidad de veces más agradable que Eric y Max.

—E infinidad de veces más feo.

—Ling...

—Y gordo. Míralo, es el doble del tamaño de Max.

Vimos a Sam acercarse a Max para hablar. Ahora ambos esperaban a Miranda para ir juntos a la clase de música.

Sam también me miró de reojo, pero a diferencia de Max, sí levantó un brazo para saludar. Le devolví el saludo y después codeé a Ling por ignorarlo.

—Ya veo por qué preguntó por ti ayer —dijo—. Dijo estar preocupado por tu «comportamiento extraño».

Me reí.

—O solo quiso un pretexto para iniciar una conversación contigo.

—Me da igual.

—Ling.

—Y me cae peor por ser amigo de Solatano.

Di mi atención a Sam.

—Admito que ese es un punto en su contra —dije, mirando a Max golpear el hombro de Sam por animarse a saludarnos.

«¿Qué te hice para que seas tan cruel conmigo, Max?»

—¡Hola, cariño! —me saludó Miranda al salir de su casa.

—¡Hola!

—¿Necesitas algo del centro?

—Estoy bien.

Vimos a Miranda saludar a Sam y regañar a Max. Después los tres se subieron al coche de ella.

—Te pone más atención que tu mamá —dijo Ling. Asentí—. Sería buena suegra, sabes.

La empujé y después las dos reímos.

Cuando Miranda y los chicos se marcharon me sentí más cómoda. Después, con Ling seguimos esperando a mamá que, como es su costumbre,

llegó tarde.

—¡Amooor! —me saludó, besando mis mejillas.

Iba acompañada de otra mujer, pero esta se quedó dentro del coche.

—Mamá, Ling nos acompañará al cine —dije, procurando sonreír.

¿Por qué llegaba tarde uno de los pocos días que agendaba para visitarme? Y porque no me gustaba estar a solas con ella, le pedía a Ling acompañarme.

—No hoy, princesa —dijo—. Necesito hablar contigo.

—¡Pero, mamá!

Ese era el problema con mamá, ella no medía su actitud o sus palabras. Acababa de darle una patada en el trasero a Ling sabiendo que ella era mi única amiga.

—Otro día nos acompañas, Ling —dijo a mi amiga—. Hoy necesito hablar a solas con Suhail. ¿Ya te marchas? ¿Necesitas dinero para un taxi?

—Estoy bien, señora Didier —se despidió una amable Ling.

—Oh. Hace mucho que no soy la señora Didier, linda —le corrigió mamá con un tono de voz ridículo—. Ahora solo soy Jacquie.

Como dije antes, yo estaba en plena preadolescencia. Etapa en la que no me importó retar a mi madre.

—Si Ling no va al cine, yo no voy —la desafié.

Mamá me miró con el entrecejo fruncido.

—¿Perdón?

—Que no voy.

Vi a Ling marcharse. Se veía apenada por tener que soportar los desplantes de mamá.

—¿Tengo que hablar con tu padre sobre tus modales?

¿Qué acababa de decir? Miré a mamá sin poder creerlo:

—Ni siquiera le hablas para preguntarle si me va bien o mal en clases, o si estoy comiendo bien —dije, enfadada—. ¿Y lo quieres llamar para quejarte de que solté algo que te ganaste?

—Suhail...

—No sabes nada de mí. ¡Nada!

—Amor...

—¿O sabías que empecé a menstruar hace un año?

Escuchar eso preocupó a mamá:

—Si quieres puedo explicarte todo sobre la menstru...

—¡Ya me lo explicó todo Miranda! —grité, dolida—. Esa mañana me puse a llorar al ver manchada con sangre mis sábanas. ¡Pensé que iba a morir, mamá! Papá te llamó, pero tú no contestaste.

—Suhail, basta —musitó ella, intentando abrazarme.

—¡Estabas ocupada! ¡Entonces papá llamó a Miranda!—continué—. ¡Ella también me explicó qué es el sexo!

—Suhail, ya.

Todavía recuerdo ese día. Miranda atrapó a Eric y a Max echando un vistazo a revistas para adultos y, alarmada, le preguntó a papá si quería aprovechar la oportunidad para que yo también recibiera una inducción profesional sobre qué es el sexo. Papá se lo agradeció. No quería pasar por la vergüenza de explicármelo él mismo. Por lo que Miranda nos llevó a mí y a Max a su cocina cargando dos muñecos de peluche con ella.

—Hola, Peggy, qué linda te ves hoy.

—Gracias, Rana René. Tú también te ves caballeroso y apuesto.

Los peluches se dieron un beso.

—Nuestra relación, basada en la confianza y el respeto, ha avanzado mucho tras varios años de conocernos —dijo René abrazando a Peggy—. Por lo que considero que estamos preparados para dar el siguiente paso.

Es importante mencionar que siendo Miranda maestra de preescolar la inducción iba acorde a eso.

Max y yo nos miramos sintiendo pena ajena uno por el otro.

—¡No pongas tu mano ahí, Rana René! ¡Todavía no nos hemos casado!

—Pero hoy en día no hace falta estar casados para hacer muchas cosas, Peggy. ¿Recuerdas que estamos enamorados? —La Rana René se volvió para vernos a nosotros dos—. Y por eso, amiguitos, hoy aprenderemos qué es el sexo.

Primero Max y yo vimos a los peluches jurarse amor sincero.

—¿Me amas?

—Por supuesto, Peggy. Ya te presenté a mis padres, intercambiamos ideas religiosas y políticas, y por último te mostré el certificado médico que garantiza que no tengo enfermedades venéreas. Ven, ahora vamos a mi cama.

—¡Pero no podemos hacer las cosas solo así, René!

—Por supuesto que no, Peggy, porque no queremos embarazos no deseados. No olvidemos que el sexo se realiza de manera responsable. Por

eso, primero hablaremos sobre qué es un condón.

No le quito a Max el crédito de intentar detener a su mamá.

—Mamá, créeme. Las revistas de Eric están muy bien explicadas.

Asentí recordando que Ling y yo igualmente recibimos una inducción por parte de la hermana mayor de Ling. Pero Miranda nos ignoró.

—Entonces, ¿qué es ese agujerito que tienes ahí, Peggy?

—Eso se llama vagina, René.

—Qué interesante, Peggy. Yo tengo un pene. Repite conmigo: pe-ne. Ahora veamos para qué sirven.

Cabe mencionar que Max y yo no volvimos a ver de la misma forma The Muppets.

Pero eso no importa ahora. Aquel día yo estaba furiosa con mamá.

—¡Lo único que te interesa ahora es tu estúpido programa! —le reclamé.

—Amor, no...

—¿Y por qué no puede venir Ling con nosotras? Tú trajiste a una amiga a tu visita —señalé a la mujer dentro del coche.

—¿Ves? Por esto necesito hablar a solas contigo.

Me di la vuelta, ignorándola.

OceanofPDF.com

—Suhail...

—¡Vete!

Entré a mi casa.

—Necesito que hablemos. Dame diez minutos y me marcho.

Y no insistiría en quedarse. Ese era otro problema con mamá: cuando ella y papá se acababan de divorciar él hizo todo lo posible por recuperar mi cariño. Pero mamá simplemente esperó a que yo comprendiera su decisión y aceptara verla. Mientras tanto, no hacía por visitarme o llamarme, porque además empezaba a estar ocupada con su programa. Me eché a llorar. ¿Por qué yo no era una prioridad para mamá?

—Si quieres hablar conmigo, sígueme —dije, molesta.

Se largaría en diez minutos y después de eso no me visitaría hasta dentro de un mes.

—Pero íbamos a ir al cine —dijo, dolida.

—No sin Ling.

Una vez sentadas en un sofá de la sala, me pidió toda mi atención y mi absoluta comprensión. «¿Absoluta compresión?»Me preocupé.

—Necesito presentarte a alguien.

Arrugué mi frente.

—¿Tienes pareja?

—Sí.

¿Eso significaría pasar menos tiempo con ella? Igual no me podía oponer si ya apoyaba a papá respecto a Miranda.

—¿Y quién es él?

—De eso quería hablar contigo, Suhail.

Jamás hubiera adivinado lo que vendría a continuación:

—Mi pareja es la mujer que me está esperando dentro del coche.

75. Max

Cuando regresé de mi clase de música y entré a mi habitación encontré a Suhail recostada sobre el descansillo de su ventana.

«¡No!»

Mamá había abierto mi ventana para dejar entrar luz y hoy, al salir, olvidé cerrarla. De todas formas, Suhail se veía triste y distraída... como si pensara en muchas cosas al mismo tiempo. «¿Tan mal la pone Edgar?», pensé. Eso me enfadó, porque el tipo es un idiota. ¿Qué pudo ver Suhail en él?

No era tan guapo como yo.

No era tan gracioso como yo.

Mucho menos tan divertido como yo.

Lo que me hizo pensar: «¿por qué Edgar y no...?»

Olvídenlo.

Entonces miré a Suhail como si en realidad la viera por primera vez. Cabello rojo, cara pecosa y... un momento. ¿Ya le estaban saliendo tetas?

Quise parecer distraído cuando ella notó mi presencia. Sin embargo, al verme acorralado, por amabilidad me aproximé a la ventana.

—Hola —saludé.

Parecía sorprendida. Primero porque nunca la saludo, sospeché. Segundo porque llevo días ignorándola más que de costumbre.

—Hola —respondió esquiva, y se limpió una lágrima.

Hice girar los ojos. ¿En serio estaba llorando por Edgar? ¿POR EDGAR? Me acomodé sobre el descansillo de la ventana con la guitarra en la mano.

—No vale la pena —dije, molesto. Suhail me miró sin comprender—. Es un imbécil. ¿Has visto a Liz? Ese es el nombre de su novia. Ella es justo lo que él se merece, Suhail. Tú... tú no eres la chica adecuada para él.

Dije cada palabra dándole mi completa atención a la guitarra. Miré hacia cualquier lado, excepto a Suhail. No tenía el valor para decir eso mirándola a ella.

76. Suhail

u***What's Up*** **- 4 Non Blondes**

¿Qué en el infierno le hizo creer que estaba enamorada de Edgar? No lo sé. Pero que creyera eso me hizo sentir a salvo de levantar sospechas respecto a él. Max Solatano no podía descubrir que yo...

Mejor no hablemos de eso.

—En el corazón no se puede mandar —contesté sin afirmar o desmentir nada.

Max claramente estaba molesto.

—Bla, bla, bla. Pero no llores por él —me regañó—. Es un idiota.

¿Llorar por Edgar? Por supuesto que no. Me reí.

—No estoy llorando por él.

El semblante de Max se relajó.

—¿Entonces... por quién? —preguntó, expectante.

Pensé en responder que eso no era de su incumbencia, pero necesitaba hablar.

—Mamá —dije.

Y es que francamente no me importaba hablar de mamá con Max. Él fue testigo de lo difícil que resultó tener una mamá como la mía.

—¿Qué hizo ahora?

Porque ella siempre hacía algo.

—Está saliendo con mujeres —le conté. La quijada de Max cayó varios centímetros—. Sí, esa misma cara puse yo.

—Está bien —dijo, entre sorprendido y divertido—. Eso es mitad noticia.

—¿Mitad? ¿Por qué?

—¿Nunca has visto su programa?

Negué con la cabeza.

—Tengo prohibido verlo.

—Y claro. Tú eres de las que si les prohíben algo hacen caso.

—¿Qué viste? —insistí.

—Eh —dudó, pero al final soltó la información—: Solo digo que... ha besado a mujeres en su programa. ¿De verdad no lo has visto?

—No. —Y ahora me arrepiento—. Solo sé que es un *reality show* que presenta casos.

Max resopló.

—Con títulos tipo: Mi mamá y yo estamos embarazadas de mi padrastro; Mi abuela es prostituta; Me quiero hacer una cirugía para tener ambos sexos al mismo tiempo...

—¿En serio?

—Admito que es divertido.

Tenía mis dudas sobre lo que Max consideraba divertido, sin embargo estábamos a inicios de los años 2000. No eran temas que se trataran

abiertamente en todos lados.

—Es normal, ¿no? —pregunté, queriendo encontrar respuestas—. Digo, que le gusten las mujeres.

—Supongo. ¿Ella qué te dijo?

Suspiré.

—Que estaba harta de vivir dentro de una mentira.

—Ouch.

—Lo sé.

—¿Y por eso estabas llorando?

Asentí. La vida era difícil siendo aún tan joven.

—Dijo que casarse con papá fue uno de los peores errores que cometió en su vida. Lo que no sabe es que...

—¿Qué?

Dudé en decirle a Max lo siguiente, pero...

—Muchas veces los escuché cuando peleaban. Por eso sé que... sé que se casaron por mí. Cuando ella... resultó embarazada de mí.

A Max le enfadó saber eso y agradecí su empatía. Es difícil sentirte una piedra en el zapato.

—¿Y eso es tu culpa?

De nuevo dudé.

—No, pero... ¿y si soy su razón para no haber sido feliz? Porque también dijo que no ha hecho pública su orientación sexual por mí.

—¿En serio?

Volví a asentir.

Max se preparó para empezar a ensayar y para mi sorpresa solo dijo:

—Pues eso es problema de ella, Suhail.

¿Problema de ella? Me lo cuestioné en aquel momento, pero ahora tiene sentido.

Por lo mismo, ese día me prometí no permitir que mamá me hiciera sentir culpable de sus decisiones.

—Oye, gracias —le agradecí a Max.

Él parecía incómodo por estar teniendo una conversación agradable conmigo. Y aunque no entendí por qué, no lo presioné para que hablara. Aun así, ya claros en un punto, él insistió en volver a tocar el tema Edgar.

—Su novia es celosa —dijo.

—Supongo que eso también es problema de ella.

Esa semana a Max le habían asignado como tarea practicar *What's Up* de 4 Non Blondes, de modo que era divertido escucharlo tocar la intro y parar antes de empezar a cantar solo para preguntar por Edgar.

—Te arrojaba comida a la cara en la primaria —me recordó.

—Ya te dije que en el corazón no se puede mandar — respondí arrojando agua a su cara por haberse confundido con la intro.

Porque sí, otra vez había sacado la pistola de agua.

Al mismo tiempo me pregunté a qué jugaba. ¿Qué estaba haciendo? Se supone que debía procurar alejarme de Max Solatano, no convertirlo en mi confidente. ¿Qué tan mal iba a terminar esto?

77. Max

—Hay algo peor —dijo Suhail. Una vez más hablábamos sobre su madre.

Me preocupé.

—¿Qué?

Sacó tras de ella una revista y me la entregó. Hice a un lado mi guitarra para poder leerla.

«No puede ser».

—¿Es broma? —le pregunté al ver la portada.

Suhail negó con la cabeza y me pidió seguir leyendo.

Era una revista de espectáculos de circulación internacional. En la portada estaba la foto de la madre de Suhail, y junto a ella el texto: «Amo a una mujer».

—¿Ella te la dio? —pregunté, horrorizado.

—Dijo que se arrepintió de dar la entrevista sin antes preguntarme si estoy de acuerdo. Por eso vino —Suhail rio al contarme eso. Era una risa de dolor —. La revista sale el lunes.

«Oh, no».

—Pero... Pero... En el colegio muchos saben que ella es tu mamá —le recordé, alarmado.

No era difícil imaginar la cantidad de bromas pesadas que muchos harían al saber de la revista.

Suhail se encogió de hombros.

—Lo sé.

—Dile eso a tu madre.

—No... Yo... Le dije que estaba bien... que... podía lidiar con eso.

—¡Suhail!

Llevé ambas manos a mi cabello. Esto estaba destinado a terminar mal.

Me negaba a imaginar a Suhail recibiendo burlas por ser la hija de la «abogada lesbiana».

—Puedo con eso y más —insistió.

Negué con la cabeza. «No, no podrá con eso», pensé. «¡La acabarán!»Tenía que ayudarla.

—No vayas el lunes —propuse.

Era una salida fácil, pero entonces no se me ocurrió algo mejor.

—No me voy a esconder, Max.

—¡Suhail!

Quería obligarla a no volver al colegio. Quería... necesitaba... protegerla.

—Estaré bien —dijo, pero se veía preocupada.

«¡¿ESTAR BIEN?!»

No, la iban a acabar.

Me enojé al escucharla decir eso, guardé la guitarra y cerré la ventana. No quería verla. Me sentía enfadado porque, en mi opinión, Suhail no sentía suficiente miedo por lo que se le venía encima. Me sentía enfadado por... por no tener el valor de hacer más por ella.

78. Suhail

Sabía que Max tenía razón. Aun así, ¿qué otra opción tenía? Mamá ya había dado la entrevista, la revista iba a salir al mercado la semana siguiente. Yo debía soportarlo. Según mamá, si alguien me molestaba debía sugerirle leer la revista para así aprender a amar libremente. Y en el peor de los casos, también tenía la opción de llamar a mi maestra y acusar con ella o la directora a quienes me molestaran.

Claramente mamá no tenía idea sobre cómo funciona la secundaria.

Por lo que, repito: ¿qué otra opción tenía además de estar dispuesta a soportarlo todo? Porque no me iba a esconder. No-me-iba-a-esconder.

Por otro lado, me sorprendió ver a Max enfadado. ¿Estaba preocupado por mí? ¿POR MÍ?

79. Max

Dos días después, un viernes, fue la actividad sobre discriminación que Suhail, Ling y Bet organizaron. Esta última, obligada, por supuesto.

El profesor de español nos instó a todos a salir a los pasillos para mirar los carteles que Suhail y Ling colocaron, porque teníamos la sospecha de que Bet no ayudó en nada. Ella tampoco lo negó.

Cada cartel fue hecho a mano. Suhail y Ling habían recortado papeles de colores, pintado, dibujado y escrito en cada uno sobre discriminación por color, por sexualidad, por capacidades diferentes, religión y más. Todo se veía increíble.

—Es una exposición —explicó Suhail, viéndose orgullosa de su trabajo. De la misma forma fue felicitada por el profesor y la directora.

Caminé por los pasillos del colegio viendo cada cartel y puse atención a todo, porque de verdad insisto en decir en que todo se veía increíble. Y me sentí un idiota. Yo jamás haría algo así. Muchos en el colegio jamás harían algo así. Suhail era especial. Ella, a diferencia de nosotros, estaba destinada a hacer algo importante. Algo grande. Los demás éramos simples mortales.

Aplaudí a ella y a Ling cuando la actividad terminó y luego las felicité con discreción.

No me juzguen. No tenía el valor para acercarme a ellas sin importarme que mis amigos me vieran. Suhail, con todo lo admirable que era, seguía siendo rara y molesta para la mayoría... Y yo, «el gran Max Solatano», no iba a arriesgarme a que me vieran.

Lo sé, lo sé... Era un imbécil.

No obstante, mi escasa atención hacia Suhail, por muuuy escasa que fuera, otra vez enfadó a Jessica:

—¿Tienen algo? —me preguntó antes de regresar a su clase.

La exposición había terminado y debíamos regresar a las actividades normales.

Me hice el sordo.

—¿Cómo?

—Suhail y tú —insistió sin dar un paso atrás—. ¿Tienen algo?

Me reí y Jessica tomó eso como mi forma de negar que entre Suhail y yo efectivamente pasaba algo... cuando en realidad yo me reía debido a los nervios, al no saber qué tontería contestarle. Porque sí, entre Suhail y yo pasaba algo; pero no lo admitiría... No todavía.

—Es una ridícula —continuó Jessica, mirando a Suhail de los pies a la cabeza.

Ella amaba usar la palabra *ridícula* al referirse a Suhail.

Y yo no iba a callarla. No se vería «genial» callarla. Sospecharía que Suhail me gustaba. ¡Los demás sospecharían que Suhail me gustaba! Y yo... no iba a permitir eso. No tenía el valor para enfrentar eso. Yo quería ser aceptado. Yo...

Ojalá pudiera regresar el tiempo.

80. Suhail

u***November Rain*** **- Guns N' Roses**

Pasé el fin de semana sentada sobre el descansillo de mi ventana escuchando a Max. Él hablaba poco. Percibí que seguía preocupado por lo que debía enfrentar el lunes, aunque no hablamos sobre eso. Era incómodo para ambos.

Y por si se lo preguntaban: sí, yo seguía dudando de la remota posibilidad de que Max se sintiera preocupado porque sentía algo por mí.

—Me gusta esa canción —dije cuando terminó de tocar—. ¿Cuál es?

Él me miró como si fuera un sacrilegio que no lo supiera.

—*November Rain*, de Guns N' Roses —dijo, digno, tipo :«Mírenme, estoy tocando una canción de Guns N' Roses».

—Pues... suenan bien.

Max esbozó una mueca:

—Están entre los mejores —me amonestó, como si solo decir «suenan bien» también fuese sacrilegio—. Hay otras bandas que también son geniales —continuó, como si dudara en decirme—. Entre más avanzan las

clases de música, más me doy cuenta de que mi mundo es pequeño. Hay muchas bandas geniales.

Finalmente, Max se decidió y se puso de pie, y después caminó hacia su cama para tomar de ahí su iPod. Cuando regresó a la ventana me lo entregó.

—Anda —gruñó, como si temiera que yo lo rechazara—, escucha cómo suena *November Rain*, pero interpretada por Guns N' Roses.

Claro que no lo rechacé. Le sonreí y coloqué los auriculares del iPod en mis oídos.

Max esperó impaciente mis comentarios.

—Oye, suenan bien —dije un minuto después e intenté tocar una guitarra imaginaria en lo que continuaba escuchando.

Max no se conformó:

—Deja de decir bien al hablar de Guns —me regañó—. Di genial o espectacular. No solo bien.

Alcé las manos a modo de mostrarle que me rendí. Él rio.

—Está bien, está bien... no vuelvo a insultarlos.

Max me animó a seguir escuchando. Y lo hice porque en verdad amé la canción.

—Ahora admite que suenan mil veces mejor que la música *pop* que normalmente escuchas

Era mi turno para mostrar desacuerdo.

—El pop también suena bien.

—Solo es mezclas. La mayoría de las canciones solo hablan sobre cuánto te gusta un chico y si él te hace caso o no. Eso es música —sentenció, señalando su iPod.

—Da igual —levanté los hombros con indiferencia—. *Rock* o *pop*, mi canción favorita sigue siendo *Classic*, de Adrian Gurvitz.

Me arrepentí de decir eso un segundo después de que saliera de mi boca. Temí que Max... sospechara algo.

Y sí le sorprendió, pero al contrario de lo que imaginé, no se burló.

—También está en el iPod —dijo, nervioso de tener que admitirlo—. Escúchala también... si quieres.

Y sí, cuando terminé de escuchar *November Rain* busqué *Classic*.

—Es genial —dije, tarareándola.

—Si tú lo dices —dijo Max mirando con curiosidad a mí siendo feliz al escuchar una canción tan sencilla como *Classic*—. Aunque ahora toco algo

más que *Classic*.

—Y sin equivocarte —lo felicité.

Se veía orgulloso.

—Los Raptores siguen avanzando.

Asentí pese a que me daba risa el nombre de la banda.

Después miré a Max continuar con su ensayo en lo que yo escuchaba *Got to write a classic*. *Got to write it in an attic* en el iPod. ¿Sentía algo por mí? Algo, aunque fuese pequeño. Muy pequeño. Quería saber, pero evité ilusionarme. Ya me había rendido, ¿recuerdan? Ya me había rendido y aceptado que a Max Solatano solo le gustan las chicas como Jessica Russo... y yo...

Yo tan solo era Suhail Didier.

Al terminar la canción quise regresarle el iPod, pero no lo aceptó.

—Escucha las demás canciones. Me lo regresas una vez las hayas escuchado todas.

—¿En serio?

—Sí. Con suerte dejas a Britney Spears, o lo que sea que escuches.

Le mostré la lengua y saqué de mi escondite la pistola para rociarlo con agua.

—¡No me equivoqué! —se quejó, limpiando el agua de su cara.

—No puedo dar fe de eso porque tenía puesto el iPod —le recordé, riendo.

Intercambiamos un par de comentarios más sobre su progreso con la guitarra, pero como ya era hora de cenar a Max lo llamó Miranda y a mí me llamó papá.

—Te veo mañana —empezó a despedirse, tratando de disimular no estar preocupado.

También me sentía preocupada. Al día siguiente sería lunes y todos sabrían lo de mamá.

—Al señor Méndez le gustó tanto la actividad sobre discriminación que quiere hacer algo nuevo —le conté para que no pensara solo en mamá—. Algo más grande.

—Suena aburrido.

—Desde tu punto de vista sí —le sonreí.

Y él me sonrió de vuelta mostrando estar de acuerdo.

—Ni siquiera nos dejó retirar los carteles—dijo.

Asentí con orgullo.

—Considera que pueden estar ahí por lo menos una semana más —le conté reflexionando mis palabras—.Y creo que me ayudará. Ya sabes, para lo que se viene con mamá. —Ahí estaba de nuevo el tema: mamá—. Hay carteles sobre no discriminar a la gente por su preferencia sexual.

—Admiro tu optimismo —dijo Max, pareciendo querer seguir con el tema.Aun así, no pasó ni un segundo cuando Miranda lo volvió a llamar para que bajara a cenar.

Nos despedimos otra vez y ambos cerramos nuestras ventanas. Sentí miedo por lo que me esperaba al día siguiente. En pocas horas todos sabrían lo de la pareja de mamá.

81. Max

Después de cenar me cepillé los dientes, me saqué la ropa y me dejé caer sobre la cama. Había sido un día largo; por lo que, cansado, busqué debajo de la almohada mi iPod para escuchar música antes de dormir.

«Un momento, ¿y mi iPod?»

«Se lo presté a Suhail», recordé, y me giré para así poder dormir boca abajo. No hay mucho que decir al respecto. Amanezco rodeado de baba cuando duermo boca abajo, pero qué hacer. Me gusta dormir boca abajo.Y sin ropa. Solo me dejo un par de pantalones cortos haya frío o calor, y que sea lo que Dios quiera.

«Aunque recordar que le presté mi iPod a Suhail me hizo pensar en Suhail».

«¡Mierda!».

«No debería ir mañana al colegio. La van a molestar. Pero ella es necia».

«Y alguien debería llamar a su mamá para decirle que ya le bajé a su intensidad. Esa señora está loca».

Di vueltas sobre mi cama pensando.

«¿Qué hacer?¿QUÉ HACER? Piensa, Max, piensa...»

Molesto, cerré los ojos e hice algo que solo haría de estar muuuy desesperado:

«Dios, tú y yo no hablamos desde que te llevaste a papá sin consultarme, pero mañana, por lo que más quieras, sé buena onda y haz algo para que no le hagan daño a Suhail.

Te has pasado de la raya con ella, ¿sabes? Piénsalo. Le joden la vida desde muy chica. Ya párale. Se lo merece menos que nadie. ¿Por qué no castigas a gente que de verdad se lo merece? Porque Suhail no. Ella no.

Por otro lado, la prueba de física fundamental estuvo complicada. La cagué. O sea, copié y todo, pero ya sabemos que lo mío es la música. Así que, sé buena onda también con eso. ¿Me pasas? Como mínimo necesito un 7.Y no es por pasarte queja, pero el profesor es ateo. Que se joda, señor.

Pero ponle prioridad a lo de Suhail. Ya si tienes tiempo lo de física. Pero antes lo de Suhail.

Bueno... Es todo. Te cuidas... No te olvides de mí. Amén.

Yo, Max».

82. Suhail

—A ella le correspondía decírtelo —dijo papá.

—¿Entonces... tú ya lo sabías?

Me sentí tan mal.

—Hace mucho.

Papá se veía cansado. Es como si hubiera tenido mucho tiempo para analizar el tema. ¿Desde cuándo sabía lo de mamá? Mejor no preguntar.

—¿Tú... cómo estás? —quiso saber.

«Mal».

Terminábamos de lavar los platos de la cena y yo no quería hablar de mamá, sin embargo, papá insistió en saber cómo me siento respecto a lo que pasaría al día siguiente.

—Estoy bien —mentí.

—Te molestarán.

Al igual que Max, la solución que proponía papá era quedarme en casa. Pero para mí eso no era una opción. Tenía experiencia con el acoso. Sabía que entre más rápido enfrentara eso, mejor.

—Estaré bien, lo prometo.

—Y yo estaré pendiente.

Que papá dijera eso me inquietó. ¿No les ha pasado que quieren evitar que sus padres sufran a causa de ustedes? Ese era mi caso con papá y mamá. Para mí, papá ya había sufrido suficiente por culpa de mamá. Y mamá... Solo quería que ella me quisiera. Evitaba darle problemas para que me quisiera.

—Mañana cenaremos *pizza* —prometió.

Me mostré animada para no quitarle el impulso de querer hacerme sentir mejor con una *pizza*.

—Gracias.

Fue difícil pasar por la preadolescencia contando solo con papá.Cuando mamá y él se separaron y yo quedé a cargo de él, le tocó buscarme ropa y peinarme por las mañanas. Y siendo él hombre con gustos medianamente cuadrados, pues... yo nunca me vi muy «femenina». Mi cabello siempre lució feo.

Las demás niñas se reían de mí y decían que también olía como un niño.

Algo similar pasó con la ropa y la comida. Cuando papá no pedía hamburguesas o *pizza*, hacía su mejor esfuerzo por cocinar. En general, pan con mantequilla de maní o jalea. Y mi ropa... Bueno, le costó aprender a no mezclar unas prendas con otras.

Con los años, y con la ayuda de Miranda, papá aprendió a cuidar solo a una niña; y a una casa…, nuestras vidas en general

Pero fue difícil sin mamá.

Por eso, aquella noche, cuando estuve a solas en mi habitación, me sinceré con Dios:

«Señor, una vez más, gracias por todo lo que tengo, pues tengo más de lo que otros necesitan o desean.

Te pido perdón si peco con mi mente o con mis acciones. Sabes que intento hacer bien las cosas.

En esta oración en particular te quiero pedir tres cosas. Primero, que me des la fuerza necesaria para enfrentar lo que viene mañana. Quiero ser fuerte para no preocupar a papá.

Segundo, ayúdame a que mamá me quiera.Por favor. Sé que es difícil, porque ella es dura como una roca, pero haz que ya no esté tan ocupada... Que me llame por teléfono de vez en cuando. Pero no por obligación, sino porque ella quiera.

Por último, por favor... Sé que hay guerras, niños con hambre y demás cosas que son prioridad; pero si tienes un poquitín de tiempo, hoy o mañana, ayúdame a olvidar a Max.

Duele que me hable aquí y que después me ignore en el colegio.Duele verlo avergonzado de mí.

No te pido que hagas que me quiera, porque a él le gusta Jessica. Pero ayúdame a no querer estar cerca de él.

Haz que me deje de gustar su voz, sus ojos, su cabello...

Ayúdame a... a no sentir nada.

Es que duele.

Y perdóname por estar llorando por esto más que por lo de mamá. Pero es que al menos sé que mamá no me quiere. Max... me confunde.»

83. Max

Fue peor de lo que imaginé.

Cuando bajamos del autobús escolar vi a Suhail buscando con apuro a Ling para entrar juntas al colegio. Ling ya sabía lo de la señora Didier y hacía lo posible por distraer a Suhail de los comentarios y malas miradas que apenas empezaban.

Pero había más.

Saludé a Sam y a Eric para entrar juntos. Pero ni bien caminamos unos cuantos metros nos dimos cuenta de que los carteles que Ling y Suhail utilizaron para su actividad ahora estaban pintarrajeados con frases como:

«HIJA DE LA LESBIANA».

«¿TÚ TAMBIÉN ERES LESBIANA? JAJAJAJA».

«RARA».

«FENÓMENO».

«YO QUE TÚ ME MATABA».

«¿Y CÓMO LO HICIERON PARA PROCREARTE, SUHAIL?»

«ADMITE QUE TAMBIÉN ERES GAY».

«MARIMACHA».

«DAS AZCO».

«DILE A TU MAMÁ QUE MUESTRE TU CASO EN SU PROGRAMA».

«RIDÍCULA».

No lo podía creer. Me volví sobre mis pasos para buscar a Suhail. Se encontraba de pie en medio del pasillo mirando uno por uno los carteles. Y lo vi en su cara. Mientras las risas iban en aumento, ella solo intentaba contener las ganas de llorar.

84. Suhail

No tenía palabras. Me sentía como si mis pies fueran dos enormes bloques de cemento y como si un nudo obstruyera mi garganta. Ling tomó mi mano como muestra de apoyo, no obstante, eso provocó más risas. Compañeros de nuestro propio salón comenzaron a llamarnos marimachas.

Me sentí morir.

En el piso también vi tiradas fotocopias de la revista cuya portada mostraba a mamá. Y seguían cayendo más y más. Busqué con la mirada de dónde venían, y la fila que trazaban las fotocopias me guio hasta Jessica Russo y sus amigas.Ling apretó con más fuerza mi mano.

Y por más que me obligué a no hacerlo, no me contuve y busqué la mirada de Max.

«Tu novia y sus amigas me están haciendo esto».

Él miró de Jessica a mí... y bajó la mirada.

No lloré al escuchar las murmuraciones.

No lloré al sentir las miradas curiosas.

No lloré al leer las burlas y las críticas.

Pero no me contuve y sí comencé a llorar al darme cuenta de que Max no iba a hacer nada.

85. Max

No sé cómo justificarme. Es más, sería un insulto que intentara justificarme. La vi derramar lágrimas y no hice nada.

Aunque sí les diré que las palabras que no dije me quemaron por dentro.

Ese día morí por dentro. Ese día dejé de ser un niño. Ignoré mis sentimientos y mi corazón, como castigo, se encogió un poco.

—Mírenla, está llorando —se burló Jessica entre risas. Ella y sus amigas.

Apreté el puño. Era demasiado para mí. Me estaba comportando tan vilmente, tan cobarde... que lentamente fui dejando morir mi inocencia.

Ling consoló a Suhail mientras yo daba pasos hacia atrás para alejarme. Tenía muchos ojos sobre mí y, contrariamente a Suhail, cedía fácilmente ante la presión de grupo.

Yo quería conservar a mis amigos. Yo quería ser «genial». Yo... tenía mucho que aprender sobre el amor, los amigos... y la vida.

En lo que me alejaba, Suhail, mostrándose valiente, se limpió las lágrimas y se aproximó a uno de los carteles:

—*Azco* se escribe con S, no con Z —dijo, mirando a Jessica.

«¿Por qué tenía que empeorarlo todo y meterse con ella?»

—A nadie le importa, fenómeno —le contestó Jessica, feliz de que yo no hiciera nada pese a que Suhail esperaba lo contrario.

Decepcioné a Suhail.

Me sentía como los mil demonios. Mis manos temblaban. Estaba jodidamente molesto con Jessica, pero, todavía peor, no era consciente de que me convertía en mi peor enemigo. Hice las cosas mal y las seguiría haciendo mal.

Sam me encontró minutos después.

—Pensé que ayudarías a Suhail —dijo, molesto.

¿Por qué pensó eso? Suhail y yo no éramos amigos. Suhail y yo... Es complicado. Me gustaba estar con ella. Me preocupaba por ella. Y me gustaba, sí. Pero... me avergonzaba de mis sentimientos. Esa es la verdad. No quería ser ridiculizado por mis sentimientos.

Le pedí a Sam que, sin preguntar por qué, me siguiera hasta la parte trasera del colegio. Nos detuvimos en medio del espacio en el que el conserje acomoda los recipientes para la basura.

—¿Por qué est...?

No permití que Sam terminara su pregunta. Furioso, comencé a patearlo todo.

—¡MAX!

El gordo me llamó un par de veces más por mi nombre, pero lo ignoré. Se veía asustado. No me importó. Necesitaba dejar salir mi ira... No me calmé hasta sentir dolor en las manos. Pateé y golpeé todo hasta el cansancio. Estaba furioso conmigo mismo y con Jessica.

—¡Pero me las va a pagar! —prometí.

Me odiaba. No quería pensar. No quería recordar a Suhail llorando.

—¿Qué-quién? —preguntó Sam.

El gordo no podía creer verme tan furioso.

—Jessica —dije, masajeando mis puños para calmar un poco el ardor—. Jessica y esas sanguijuelas a las que llama amigas.

—¿Qué-qué vas a hacer?

—Ya verás, Sam. Ya verás.

Cuando regresamos a los pasillos del colegio me percaté de que los carteles con insultos hacia Suhail ya no estabany tampoco había fotocopias en el piso. Todos habían retomado su camino hacia los salones de clases. Algún profesor intervino.

Procuré conservar la calma y busqué a Jessica y a su grupo de amigas. Las encontré chismoseando cerca de la puerta de tercero.

—¡Oh, Max! —me saludó efusiva—. ¿Leíste la entrevista que le hicieron a la mamá de Suhail? Hasta la llamó *adorable error.*

*«¡¿Qu*e hizo qué?!»

—Dijo que ama a su hija, pero que lo habría hecho todo diferente de regresar el tiempo atrás —continuó Jessica. Sus amigas rieron. Yo las ignoré y le dirigí una sonrisa a Sylvi—. Es tu vecina, ¿nunca la viste comportarse raro?

—No —dije, en apariencia distraído—. Ahora, ¿qué te parece si todas entran a su salón y me dejan hablar a solas con Sylvi?

Sonreí con galantería a las demás chicas.

Jessica se veía confusa.

—¿Hablar a solas con Sylvi?

Puse cara de inocente.

—Es tu mejor amiga, ¿no? Hablaremos sobre tu cumpleaños.

—¡Oh, Max!

Creer que le iba a organizar algún tipo de reunión hizo a Jessica saltar y se apresuró a llevarse con ella al resto de chicas, dejándome a solas con Sylvi,

que todavía tenía una sonrisa en su cara, porque acababa de guiñarle un ojo. Esto iba a ser fácil.

—Con que quieres hablar del cumpleaños de Jessica — susurró en mi oído, coqueta.

Demasiado fácil.

—En realidad quiero hablar de todo menos de Jessica —respondí rodeándola con mi brazo.

Sylvi se escandalizó escasamente, o al menos fingió hacerlo, pero no se alejó. Punto a mi favor.

—Max...

La vi jugar con su pie.

Me acerqué a su oído y dije:

—¿O no quieres que salgamos?

No se sorprendan. Ya dije que era un idiota.

Sylvi sonrió con timidez. Aunque era todo menos tímida.

—¿Y Jessica? —preguntó en voz baja. Pero ese tono no era de culpabilidad. Ella quería hacer esto.

Miré hacia mi derecha e izquierda y dije:

—Pues yo no la veo por ningún lado.

Eso hizo reír a Sylvi y bastó para que se colgara de mi cuello. La besé. Y al mirar sobre su hombro busqué la mirada de Sam. Su cara era de decepción. Fingí no comprender.

Me despedí de Sylvi intercambiando números de teléfono y regresé al lado de Sam, que de inmediato me exigió una explicación.

—¿Qué se supone que estás haciendo?

Puse cara de indiferencia.

—Ya les había dicho a ti, a Eric y al idiota de Edgar que me gusta más Sylvi.

—Pero a mí me dijiste que...

Lo detuve antes de que mencionara a Suhail.

—Yo no puedo estar con ella, Sam.

—¿Por qué?

Pensé en mis razones:

—Está loca. Llama la atención de forma equivocada... Ella es... complicada. ¡Es Suhail!

—Es linda.

—De belleza rara —admití, riendo—. Su cara, su cabello...

—Es diferente.

—Es extraña —dije, molesto. No sabía de qué manera llamarla.

—Dilo —dijo Sam.

—¿Que diga qué?

—Que te parece fea.

Sentí como si algo me quemara por dentro.

—Sam...

—Di que te avergonzaría decir que la quieres por miedo a lo que digan —insistió—. Admite que no soportarías que se rieran de ti.

«No, no lo soportaría».

—¿Tú sí, Sam? ¿Tú lo soportarías?

Sam hizo que nos detuviéramos y se volvió para mirarme de frente:

—¿Crees que no me doy cuenta de que Ling me huye porque estoy gordo?

«*Ouch*».

Miré al gordo intentando no verlo tan gordo. Porque sí, yo también hacía bromas sobre su peso. Pero me arrepentí al instante.

—Sam...

—Compuse una canción para Ling —me contó, añadiendo que tenía que guardar el secreto.

Me sorprendí.

—¿Una canción? ¿En serio?

Sam asintió. Se veía triste.

—Pero ella no la va a escuchar porque prefiere verme como lo que cree que soy que escucharme con su corazón.

Me cago en todos mis muertos, el gordo me había salido poeta.

Pasé las manos sobre mi cara pensando qué decirle. Yo no sabía consolar. Sam dijo que no era necesario decir algo.

—Ya has defendido a Suhail, Max —me recordó.

Solté una risa seca. Lo que me faltaba.

—¿Por qué de pronto todos me quieren recordar las estupideces que hice de niño?

Él negó con la cabeza y pasó de mí.

—¿A dónde vas?

—Tengo que ir por unos horarios —se despidió.

Sin embargo, cuando ya se hallaba un poco lejos, miró sobre su hombro como si recordara tener que decirme algo.

—¡Ah, y tú le haces a Suhail lo mismo que Ling a mí! —me recriminó.

Esbocé una mueca.

—¡Suhail no me quiere a mí, quiere a Edgar! —le recordé—. ¡Y ya vete o llegarás tarde!

Al terminar de gritar eso escuché murmullos. Me volví para ver. Se trataba de unas alumnas de tercero que de inmediato fingieron no haberme escuchado. «Maldición».Les lancé una mirada de impaciencia y se alejaron. Pero no callarían. Yo sabía que no callarían.

86. Suhail

La directora había salido de su oficina después de escuchar las risas y ordenó retirar los carteles y recoger las fotocopias. Me preguntó si tenía idea de quién era el responsable, pero no acusé a Jessica. No iba a darle el gusto de ver cuánto me afectó.

—Me pareció curioso que te pusieras a corregir las faltas ortográficas de tus compañeros —dijo la directora con diversión.

Me encogí de hombros. Me sentí pequeñita frente a una mujer tan importante como la directora.

—Me gustan las palabras —dije—. Papá tiene libros de poesía.

A ella le gustó escuchar eso.

—Busco participantes para un concurso de deletreo —dijo, cambiando de tema—. Tal vez te interese.

Lo pensé. Ya me molestaban por ser *hippie* y tener una mamá lesbiana. Participar en un concurso de deletreo no era nada.

—Me encantaría —dije.

La directora sonrió feliz y se retiró para ir a buscar a papá. No pude evitar que le quisiera contar todo y eso me puso triste. No quería preocupar a papá.

Me levanté de la silla y caminé hacia una vitrina repleta de trofeos que años atrás alumnos del colegio ganaron compitiendo en deportes y pruebas de conocimiento, incluido deletreo. Pero no quería ver los trofeos. Quería

ver mi reflejo. Mis ojos lucían llorosos e hinchados. Suspiré. Me había prometido no llorar frente a nadie y fallé. Ya antes había soportado presión. Sin embargo, ver a Max querer hacer algo y no tener el valor fue... doloroso.

Le avergonzaba ser mi amigo. O mi vecino. O lo que sea que fuéramos nosotros.

También me había prometido no mostrarle a Max lo vulnerable que me siento cerca de él, pero es que... Ay, Max. ¿Por qué tuviste que ser tú entre todos?

—¿Todo bien? —me preguntó la directora al regresar.

—Eh... Sí. Eso creo.

—Luces más tranquila.

Me esforzaba por lucir más tranquila.

Papá venía detrás de la directora. Corrió a abrazarme cuando me vio.

—Lo siento tanto —dijo.

—Está bien. —Traté de abanicar mi cara. «Lamento no haber sido más fuerte».

—No, Suhail. —Papá me miró a los ojos—. No permitiré que esto siga. Faltarás unos días al colegio.

Me negué.

—Suhail. —La directora me pidió tomar asiento y se sentó junto a mí. Intentaría hacerme ver mi error—. Admiro tu valentía, pero esto nos supera. Tu mamá... es muy conocida.

—La actividad sobre discriminación salió bien —dije cogiendo valor —. Permítame organizar una sobre sexualidad.

—Suhail...

—Si me escondo me atacarán más, señora directora. Tengo que demostrarles que estoy bien.

—Es demasiada presión para una niña —me interrumpió, preocupada, y se dirigió a papá—. ¿O tú cómo lo ves, Bill?

—Ella es fuerte —dijo papá, mirándome con orgullo—. ¿Estás segura de que puedes, princesa?

Asentí, mostrándome segura.

—Se van a cansar de molestarme.

La directora suspiró. Sabía que diría que sí al tener el vistobueno de papá.

—También me quería disculpar contigo, Bill. —Ella miró con pena a papá —. Los jóvenes pueden llegar a ser crueles.

«No solo los jóvenes». Sin embargo, me alarmé.

—¿También te molestaron? —pregunté a papá y lo abracé.

—Estoy bien, princesa.

No había pensado en la posibilidad de que papá también fuera blanco de burlas. Qué tonta fui.

—Yo estaré bien —insistí—. Lo prometo.

Papá me abrazó más fuerte. Aunque faltaba más para enfrentar. Mucho más.

87. Max

Ese día me tomé mi tiempo para llegar a casa. Tenía miedo de enfrentar a Suhail y que me reclamara por no haberla defendido. Porque si lo hacía, no sabría qué decir.

De entrada, pensé que encontraría cerrada su ventana. Pero no... Estaba recostada sobre el descansillo y estudiaba un par de hojas que sostenía en su mano.

Entré despacio a mi habitación para no alertarla.

—Almohada —la escuché decir—. A. L. M. O. H. A. D. A. Almohada.

Y siguió con las palabras *abanicar* y ágil.

«¿Qué rayos?»Titubeó cuando por fin notó mi presencia.

—Hola, Max —me saludó con buen humor.

¿No estaba molesta?

—Hola —dije, dudoso.

Me sentí confundido al no verla molesta. Cerré la puerta, hice mi camino hasta la cama, ahí me saqué los zapatos y busqué ponerme ropa más cómoda.

—¿Hoy no vas a ensayar? —me preguntó.

Miré mi ventana. Desde mi cama no podía ver a Suhail. Para poder vernos ambos debíamos estar frente a nuestras ventanas.

—Eh... sí —dudé.

En realidad, quería avanzar con tareas, pero supongo que podía pasar un rato con Suhail. Para ensayar, aclaro. No porque yo quisiera estar cerca de ella.

88. Suhail

Desde que llegué a casa busqué un espejo y, decidida, me dije:

—No le demuestres que te afecta. Ya no. Vamos, tú puedes. Tú puedes.

Necesité de toda mi paciencia y fuerza interior para no alterarme. Y aunque me costó sonreír, fingí que todo estaba bien y que no me importó lo que hizo... o no hizo.

Dolía, pero estaría a salvo de no sentirme vulnerable frente a Max.

89. Max

—¿Qué haces? —le pregunté, tratando de acabar con el incómodo silencio.

Me mostró sus hojas:

—Participaré en un concurso de deletreo.

Tosí procurando no reír.

—¿Deletreo?

—La directora me invitó.

Mejor que no dijera eso en el colegio.

Pero Suhail se veía entusiasmada. Tal vez lo del deletreo le ayudó a olvidar lo sucedido más temprano.

—¿Genial? —dudé.

—Para ti quizá no —anticipó, aunque sin perder su buen ánimo—. Pero a mí me entretiene.

—¿El deletreo? —Ahora sí me reí y fui por mi guitarra.

Solo Suhail vería entretenido algo tan soso.

—Sip.

Moví la cabeza con negativa y ya con la guitarra en la mano me senté sobre el descansillo de la ventana y de nuevo empecé a practicar *November Rain* mientras Suhail deletreaba posibilidad, calamidad y excusa. Estábamos bien. No me distrajo hasta que empezó a deletrear palabras tipo...

—Idiota. I. D. I. O. T. A. Idiota.

Traté de ignorarla, pero después deletreó *engreído, zoquete* y *tarado*.

—Bueno, ya —me quejé.

Suhail abrió muchos los ojos, mostrándose confusa.

—¿Pasa algo? —preguntó con un tonitoque me enfadó.

La miré con cara de «No te hagas la sorprendida».

—Tengo que practicar —se justificó, señalando las hojas.

Gruñí y continué mi ensayo.

—Fatuo —siguió ella—. F. A. T...

De nuevo paré de tocar.

—Sé que *fatuo* también es un insulto —protesté.

Suhail suprimió una risa.

—¿En serio?

—No soy tan idiota, Suhail.

—¿Tan?

Torcí mi boca en una línea.

—Debo practicar, Max —insistió ella con una mirada angelical. Infernalmente angelical.

—Sí, claro.

Otra vez echó un vistazo a sus hojas.

—Decisión —leyó, distrayéndose de reojo con mi guitarra—. D. E. S... —tartamudeó, al darse cuenta de que se equivocó.

Sonreí de oreja a oreja e hice a un lado mi guitarra. Mi gran momento había llegado. Y mientras escuchaba a Suhail continuar practicando, busqué en mi vieja caja de juguetes una pistola de agua y luego de encontrarla me dirigí a mi baño para llenarla.

Para no mojar sus hojas, ataqué a Suhail directamente a la cara.

—¡MAX! —gritó.

Me eché a reír.

—Esperé tanto tiempo esto —dije.

—¡Tonto!

—A ver, deletrea *tonto*.

Y aunque al principio se enfadó, igualmente terminó riendo.

—Iré por mi diccionario para ver cómo se deletrean más insultos —amenazó.

—En algún momento te confundirás —dije yo volviendo a coger la guitarra.

—También estaré pendiente de tu ensayo —afirmó.

No dejé de reír en lo que la vi buscar un diccionario. Nuestras tardes iban a ser más entretenidas.

90. Suhail

Frente a todos se mostraba indiferente, pero cuando estábamos solos platicábamos, bromeábamos, reíamos... Cuando estábamos solos, Max, era... diferente. Y dolía. No niego que dolía. Pero me acostumbré.

—Hay rumores de que engañas a Jessica con Sylvi —le dije un día. De nuevo los dos sentados sobre el descansillo de nuestras respectivas ventanas.

—Hasta tardaron en darse cuenta —rio él, como si no significara nada.

—¿Entonces es cierto? —Me sorprendí.

—Me agrada más Sylvi.

Mi estómago se estrujó al escucharle decir eso. Es decir, era obvio que se sentía más a gusto con Sylvi que con Jessica. Pero dolía pensar que Max salió con Jessica por ser bonita. ¿A Sylvi sí la quería? Dolía pensaren ello.

Y fingí que no me importaban sus palabras. Porque con Max Solatano aprendí a sonreír mientras moría por dentro.

—¿Es cierto que andas diciendo que me viste en calzoncillos? —preguntó tomándome por sorpresa, distrayéndome de mi lamento interior.

Tosí.

—¿Yo?

Él me miró como si intentara adivinar algo:

—Fue una de las cosas que me recriminó Jessica cuando terminé con ella. «Suhail hasta dijo que te vio en calzoncillos» —se burló, queriendo imitar la voz de Jessica.

Me sonrojé.

—Bueno... en realidad no fue gran cosa.

—A ver, a ver —dijo Max esta vez, fingiendo estar indignado—. ¿Andas diciendo que me viste en calzoncillos, y que además no fue gran cosa?

—¡Claro que no! Digo... —Miré hacia cualquier otro lado menos hacia él. Porque Max agarró cierto placer en hacerme sonrojar. Cada vez lo hacía más seguido—. Fue hace años, cuando tu papá te compró aquella piscina, ¿recuerdas?

Él asintió.

—La colocaron en el patio trasero. Tenías aquellos calzoncillos de *Aquaman* —continué, queriendo morir ahí mismo—. Y estabas en tu piscina. Ahí fue cuando te vi.

Eso era mitad cierto. Porque también lo había visto pasearse por su habitación vistiendo solo calzoncillos. Pero eso fue casual. Resultado de tener cerca nuestras ventanas.

—Me encantaban esos calzones de *Aquaman* —sonrió, nostálgico.

Algo pasaba con Max. Cada vez era menos tímido a la hora de hablar sobre sexo o chicas. Y no solo eso. Cada vez pasaba más tiempo con chicas. A Jessica la engañó con Sylvi, a Sylvi con Olivia, a Olivia con Angie... ¿En qué te estabas convirtiendo, Max Solatano?

—Sabes, creo que Angie es diferente —me dijo otro día, especialmente emocionado con el tema de chicas—. Es más interesante que Olivia.

—Lo mismo dijiste con Olivia —le recordé, haciendo una pausa en mi práctica de deletreo.

Había quedado en séptimo lugar en la competencia que sugirió la directora, pero iría por más.

Max echó hacia atrás su cabeza por tanto reír.

—Y Sylvi está acosando a Olivia.

—Le pusiste cuernos con ella —le recordé, molesta. Solía llevar la cuenta de sus estupideces—. Por cierto, ayer la vi con Jessica. Creo que se reconciliaron.

—Seee. —A Max claramente le aburría el tema—. Me mandaron a decir que los novios vienen y van, pero que las amigas son para siempre.

Abrí la boca con admiración.

—Cursis, ¿no? —se burló Max.

—Prefiero no opinar.

Escuchaba a Max, sin embargo, prefería no opinar. Me dolía opinar.

—Oye —bajó el tono de voz y me miró serio antes de preguntar lo siguiente—: Escuché rumores sobre ti y Edgar.

«Wow».

—Él los difundió —aclaré, indiferente—. Se siente tocado por los ángeles desde que le llegó el rumor, Dios sabrá de dónde, de que él me gusta. Hasta me ofreció regalarme una foto.

No podía creer lo idiota que podía llegar a ser Edgar.

—Y... ¿qué le dijiste? —Max se tomaba en serio el tema.

—Que sí —me reí—, y que además la quería autografiada.

—¿Y...?

Miré curiosa a Max. Tenía la sospecha de que me preguntaba sobre mi escasa vida amorosa en agradecimiento por escucharlo hablar de la suya.

—Me la dio —dije, recordando con humor ese momento—. Claramente no captó mi sarcasmo.

A Max también le dio gracia.

—No es que sea un tipo listo.

Me cuestioné por qué él y todos en el colegio dieron por hecho que yo sentía algo por Edgar. Aunque no era para menos. El rumor se esparció y no pude detenerlo. Ahora tenía a Edgar haciendo bromas y enviándome notitas tipo «Mi color favorito es el rojo, por si te lo preguntabas».

Y no lo desmentí. Preferí que todos asumieran que me gustaba Edgar a ser expuesta frente a Max. Porque todo era mejor que sentirme vulnerable por Max.

91. Max

Me parecía curioso que el idiota de Edgar estuviera pendiente de Suhail. Y esto porque desde que el idiota supo que a ella «le gusta» se sintió más importante de lo que realmente es.

Según él, lo que hacía era burlarse de ella. Pero su conducta iba más allá. Lo miré y supe que iba más allá. Miraba a Suhail durante un largo rato y estaba pendiente de lo que ella hacía o decía. Y yo me daba cuenta porque también estaba pendiente de... Olvídenlo.

Es como si al hablarle sobre los supuestos sentimientos de ella hacia él un foquito se prendiera dentro de su horrible y grande cabeza y ahora, aunque no lo admitiera, estaba interesado en Suhail.

Me preocupé y esperé a Sam para salir juntos a receso.

—Tienes que ayudarme —le dije.

—No le diré a Sylvi que ya no te llame. No soy tu mensajero.

—¡No, esta vez no es eso! —juré.

Seguí al gordo por el pasillo. Su culo enorme nos abría paso con facilidad.

—¿Entonces qué es?

Había algo más aparte de lo de Sylvi.

—Suhail —admití.

El gordo hizo rodar los ojos.

—No volveré a hacer el ridículo con Ling por ti. Me debes muchas, Max. Te has alejado. Por andar de idiota incluso le prestas menos atención a la banda.

—¡Pero ensayo todas las tardes! —justifiqué.

—Para poder estar con Suhail —señaló.

Sí... No...

Intentaba seguirle el paso, que a pesar de ser gordo era bastante rápido. Era eso o solo que no quería hablar conmigo.

—Claro que no —dije, pateando de mala gana una bola de papel que encontré a mi paso.

Gente iba y venía del patio principal, de otros salones y de la cafetería.

—Claro que sí.

—Claro que no.

—¡Que sí! —repitió, mirándome—. Suhail es tu puerto seguro.

¿Mi…?

—Deja de hablar tan filosófico —le critiqué—. Eric hasta me preguntó si crees que por estar en una banda puedes fumar hierba.

Sam me dio una mirada de hastío y continuó caminando. Llegamos al final del pasillo y vimos en redondo el patio y la cafetería. Busqué con la mirada a Suhail. Caminaba junto a Ling hacia la cafetería.

—Por favor, Sam —le volví a rogar al gordo, codeándole—. Eres mi amigo para solaparme, no mi mamá. No me sermonees.

Sam sacó de su bolsillo un chocolate y con un gesto de «Pero habla rápido» accedió a escuchar mi petición.

—Necesito que alejemos a Edgar de Suhail —dije.

—¿Ellos están juntos?

—Todavía no, pero a ella le gusta él y estoy casi seguro de que ese chimpancé se está interesando en ella.

—¿Y cómo piensas alejarlos? —Sam me miró de forma burlona en lo que comía su chocolate.

—Habla en plural —dije—. Cómo pensamos alejarlos... Y no sé. No tengo muchas ideas.

El gordo lamió cada uno de sus dedos, ahora repletos de dulce.

—Ya sé —dijo—. Ve a orinar alrededor de ella para marcar tu territorio.

Entrecerré los ojos y torcí la boca para hacer notar mi enojo.

—Esto es serio, Sam.

—Pero Suhail tiene derecho a salir con chicos.

Me crucé de brazos.

—Pero no con Edgar —sentencié y me volví para ver de nuevo el patio del colegio. Evalué a varios candidatos—. Yo mismo le buscaré a alguien. ¿Qué te parece aquel idiota de anteojos? —lo señalé—. Parece buen tipo.

Sam lo miró ceñudo.

—Está en primero y es demasiado *nerd*.

—Ahí está. Perfecto para Suhail.

El gordo continuó relamiendo lo poco que quedaba de su chocolate.

—A decir verdad, tampoco me gusta Edgar para Suhail —admitió.

Miré otra vez de frente al gordo:

—¡Ajá! ¿Verdad que no? —celebré.

—Y tú tampoco me gustas para ella. Es demasiado para ambos.

Abrí ligeramente la boca y vi a Sam con nuevos ojos.

—¿Cómo?

—He estado leyendo poesía —dijo, pensativo—. Y concluí que Suhail es poesía, mientras que tú eres una canción de *rock*.

—Hay poesía en el *rock* —me defendí.

—Déjame terminar —Sam cambió su peso de un pie al otro—. Eres una canción de *rock*, sí. Pero de esas estridentes que casi no se entienden a menos que la escuches poniendo toda tu atención en ello.

—¡Eso es *heavy metal*! —protesté—. Y deja de leer tanta basura, Sam —agregué, porque no sabía qué más decir. El gordo me hacía sentir que no tenía derecho de alejar a Edgar de Suhail.

Y es que no tenía derecho de alejar a Edgar de Suhail. Pero es que...

—Le va a hacer daño —le dije a Sam, como última oportunidad de convencerlo de que me ayudara.

El gordo me miró pensativo.

—Pero a ella le gusta. Algo bueno tuvo que ver en él.

—Y Bill Didier me lo pidió —continué—. Ya sabes, que vigile a Suhail. Eso incluye que Edgar no se acerque.

—Max. —Mi amigo se mostró serio—. En lugar de preocuparte por cómo ve Edgar a Suhail, resuelve tú tu mierda con ella.

Y después de decir eso se marchó.

Abrí mucho la boca. El gordo acababa de usar la palabra *mierda*. Lo que, en mi experiencia, quería decir que era una petición seria. Y me dejó solo. Se marchó dejándome solo con mi «mierda».

—¡Sam! —lo llamé—. Maldita sea... ¡SAM!

No regresó. No regresó y comprendí que también se sentía molesto porque Eric y yo, por salir con chicas, cada vez le poníamos menos atención a Los Raptores.

Me abrí paso hasta la cafetería y cuando llegué busqué una mesa continua a la de Ling y Suhail. «No puedo», me dije. No puedo acercarme a Suhail y decirle que siento «cosas» por ella.

«La cosa». Me reí y decidí que era buen nombre para describir mis sentimientos por Suhail.

Tenía catorce años y lo que sentía abarcaba mucho más espacio de lo que, en comparación, me hicieron sentir alguna vez Jessica, Sylvi, Olivia y Angie juntas. Y me daba miedo. Tanto miedo que no me sentía capaz y lo suficiente valiente como para lidiar con eso. Y por consiguiente me frustraba.

Era como sentir vergüenza de reconocer públicamente que te gusta la espinaca. Todos dirían: «Ay no, ¿te gusta la espinaca? La espinaca es fea». Porque es fea. A casi nadie le gusta la espinaca.

Así era como me sentía: malditamente confundido. Era demasiado en que pensar siendo aún tan joven. Sin embargo, eso no evitó que llamara mi atención ver a Edgar sacar con valentía el pecho y sentarse en la misma mesa que Suhail. Al lado de Suhail. Busqué entre los presentes a Sam, pero no lo vi por ningún lado. Le quería hacer saber que lo de orinar alrededor de Suhail ya no me parecía tan mala idea.

El caso es que no sabía cómo, pero tenía que alejar a Edgar de Suhail.

92. Suhail

—¿Me puedo sentar? —preguntó Edgar ya sentado en nuestra mesa.

«Maleducado».

Lo vi a él y después vi a la mesa cuyo trasero antes ocupó, allí se encontraban Eric y otros amigos de Max. Pero no Max. ¿Quién enviaría a Edgar a molestarme?

—Eso parece —dije, haciéndole ver que no estaba interesada y miré a Ling buscando ayuda. Pero ella nada más ahogó una risa.

«¡Eso no es ayudar!»

—Quería invitarte a una reunión que tendré mañana en mi casa por mi cumpleaños —dijo, como si estuviera haciéndome un favor.

—Oh. —Busqué en mi listado mental de excusas una para no ir a su fiesta —. No puedo. Es que...

Pero Ling me interrumpió y habló por ambas:

—Ahí estaremos.

—¡Ling! —la regañé.

No le importó. Al mismo tiempo escuchamos un alboroto cerca. Me volví para ver. Se trataba de Max tropezando con una mesa repleta de alumnos de primero. Se hallaba lo suficiente cerca para escuchar que Edgar me invitó a su reunión. Me pregunté si le importaría verme ahí.

—Idiota —murmuró Ling, y de nuevo me volví hacia ella y Edgar, pero él ya no estaba.

—Regresó a su mesa —aclaró Ling.

—Menos mal —suspiré cansada y empecé a jugar con mi mandarina para hacer con los restos una familia con los gajos. Me gusta hacer figuras con la comida—. ¿Por qué me invitó a su fiesta? —le pregunté a Ling olvidando de qué hablábamos antes de que nos interrumpiera Edgar—. No le caigo bien. Me hace la vida imposible desde la primaria.

Edgar tenía la costumbre de arrojarme comida.

—Creo que le gustas —dijo Ling.

No pude evitar reír.

—Tiene novia.

Ling,al igual que yo, empezó a jugar con su comida.

—Como si eso le importara a él o al idiota de Max.

—¿Por qué metes a Max en todas nuestras conversaciones? —me quejé, luego miré sobre mi hombro para asegurarme de que Max no escuchara.

Por fortuna ya no estaba cerca. Había regresado a su mesa con Eric y Edgar.

—Como si no quisieras hablar de él —se burló Ling.

Me obligué a sonreír.

*****

Esa tarde Max y yo bajamos al mismo tiempo del autobús escolar. Él ignorándome como de costumbre. O al menos lo intentaba. Pero quería hablar. Vi en sus ojos que quería hablar.

Caminé hacia mi casa.

—Ay, no —lo escuché quejarse.

Seguí su mirada. Papá estacionaba su coche y Miranda estaba con él.

Cada uno de pie en su respectivo jardín delantero, esperamos a que bajaran.

—Almorzamos juntos —nos intentó explicar papá. Max estaba molesto.

—Con permiso —se despidió, malhumorado, y empezó a caminar hacia la puerta de su casa.

—Max —lo llamó Miranda—. Por favor, Maxi...

Él la ignoró y entonces papá siguió a Max.

—Ojalá se arreglen —suspiró Miranda.

—Ojalá —dije, sabiendo que papá necesitaba la aprobación de Max.

Los dos platicaron frente a la puerta de la casa Solatano en lo que Miranda y yo comentábamos qué tal les había ido en su cita.

Le rogué al cielo que papá pudiera conseguir la aprobación de Max.

93. Max

—Sé que no te caigo bien —empezó Bill.

—Peor que eso —dije—. Odio que intentes caerme bien.

Él se mostró incómodo.

—Sé que estás en una edad difícil...

—No intentes entenderme.

Dirigí una mirada de molestia a Bill. ¿Por qué los adultos «intentan» entenderte cuando tú solo quieres que te dejen solo?

—Tengo un trato —dijo él. Me enfermaba verlo desesperado por obtener mi aprobación.

—No me interesa.

—Por favor, Max.

Moví la mano con indiferencia.

—Está bien. Dime qué tipo de trato.

Mamá hablaba con Suhail, pero yo no tenía nada, absolutamente nada, que hablar con Bill. Excepto quizá que me preguntara otra vez sobre Suhail. Aunque no sabría qué decirle. De manera que esperé a que él me explicara su trato.

—Suhail está organizando una actividad en pro del amor libre —dijo, usando su tono de «seamos amigos»—, y quiero que participes.

—¿Crees que soy gay? —gruñí.

—No, Max —aclaró—. Quiero que participes tocando con tu banda.

Cambié mi semblante de molestia a interés:

—¿Qué tanta gente habrá?

—Todo el colegio —dijo Bill, emocionado—. La directora y yo invitamos a algunas bandas locales, pero queremos que Los Raptores... Así se hacen llamar, ¿cierto?—preguntó y asentí, serio— inauguren el concierto.

«*Wow*. Tocar frente a todo el colegio».

—Será la próxima semana —continuó Bill.

Y ese último comentario fue una insinuación para saber si aceptaba o no. ¡Claro que aceptaba!

—Está bien —dije, fingiendo no estar muy convencido. Con esto Sam me perdonaría no poner últimamente tanta atención a Los Raptores—. Pero dijiste que es un trato —recordé, molesto—. ¿Tú que quieres?

—Una oportunidad —dijo, mirando de mí a mamá.

Respiré sonoramente.

—Bill...

—Por favor, Max.

—Estás saliendo con ella, no conmigo —dije, molesto—. Y ella no me pidió mi aprobación. ¿Por qué a ti si te interesa?

—Quiero hacer las cosas bien, Max —dijo Bill.

Desvié mi atención a mamá. No me cabía en la cabeza que cualquier tonto quisiera algo con ella. Pero si no era Bill, sería alguien más. Mejor un tonto conocido.

Fingí pensarlo:

—Está bien —accedí. Bill quiso abrazarme, pero lo detuve—. Ah, no, nada de muestras de afecto y, por lo que más quieras, no intentes caerme bien. Jamás intentes caerme bien.

—De acuerdo —sonrió.

Yo me mantuve serio.

Bill regresó con Suhail y mamá mostrándoles una enorme sonrisa. «Qué cursi». Eso emocionó a Suhail, que, en respuesta, me miró agradecida. La ignoré. Todavía no estábamos en nuestras ventanas como para que creyera que podía hablarme.

Me sentía enfadado con ella. Debía convencerla de que no asistiera a la fiesta de Edgar.

94. Suhail

Max me esperó en su ventana. Lo sabía porque me habló desde que entré a mi habitación.

—No asistas a la fiesta de Edgar —exigió.

—¿Perdón?

No podía creerlo.

—¡No finjas que no me escuchaste!

—¡Y tú no me grites! —devolví.

Dejé caerla mochila y caminé hacia mi ventana para dejarle ver mi molestia. ¡Quién se creía para decirme qué hacer o no hacer!

—¿Por qué no puedo ir? —exigí.

—Es una trampa —dijo—. A Edgar siempre lo retan a hacer algo con las chicas que invita.

—¿Y piensas que no me puedo defender?

—No es eso, Suhail. —Levantó las manos con enfado. Max se veía cabreado. Muy cabreado.

—Iré.

—¡Suhail!

—¡Iré, dije! —zanjé.

Una vez dejé en claro cuál era mi decisión,que era irrevocable, vi a Max coger con enojosu guitarra y sentarse para comenzar a practicar.

Le di la espalda y me alejé de la ventana.

—¿Tú no practicarás tu deletreo? —preguntó. Se escuchaba amenazante.

—¡Practiqué en el autobús! —mentí.

La verdad estaba evitando escuchar más sobre la fiesta de Edgar. No quería ir, sin embargo, me molestaba que Max creyera que no era lo suficiente fuerte como para enfrentar cualquier broma de Edgar.

Y es que no lo era. Debí quedarme en casa.

*****

La noche siguiente Ling pasó por mí y caminamos juntas hasta la casa de Edgar. Él nos recibió. La casa era grande.Me sorprendí de ver ahí a Jessica, Sylvi y Olivia, pues Max estaba invitado y ellas querían matarlo. A mí me miraron mal. No obstante, a pesar de sus burlas y críticas, con Ling las ignoramos y buscamos un sofá para sentarnos.

Max llegó acompañado de Eric y de Sam. No me saludó. Pero sí lo vi emocionado al platicar a todos que tocaría en el Festival del Amor Libre. A mí me dio gusto saber que aceptó participar. Él haría su debut con Los Raptores mientras yo intentaba hacer comprender a todos que mamá puede amar libremente.

A pesar de su desdén, Max continuamente me miraba de reojo. A mí, a Jessica, a Sylvi y también a Edgar. Nos miraba como si... esperara algo. Se veía impaciente.

Traté de ignorarlo y continué bebiendo tranquilamente el refresco que nos llevó a Ling y a mí un amigo de Edgar.Después de un rato, como era de esperar, uno de los chicos en la fiesta invitó a Ling a bailar.

Busqué con la mirada a Sam. Se hallaba de pie junto a la mesa de la comida. Y, como predije, miró triste a Ling marcharse con aquel chico. Le hice un gesto para que se acercara.

—Hola —me saludó limpiando las manos en el bordillo de su camisa. Sam es tímido.

—Siéntate —le pedí, señalando el lugar a mi lado.

Él echó un vistazo a Max como si le pidiera autorización y,una vez este le mostró su dedo medio, se sentó. Supongo que eso fue un sí. Igual no comprendí tal gesto.

—Lamento que las cosas no marchen bien con Ling —dije.

—Está bien —suspiró Sam—. Ya caerá.

¿Ya caerá? Me reí. En definitiva, Sam pasaba mucho tiempo con Max.

—Eso es, sé positivo.

Él se encogió de hombros.

—¿Qué me queda?

—Buscar más opciones —sugerí.

—¿Tan improbable ves que yo le guste algún día? —preguntó él, triste.

—Bueno...

—Mejor no lo digas.

Sonreí apenada. Era difícil explicarle a Sam que no había nada malo en él. Que, en todo caso,era Ling quien debía decidir si quería darle una oportunidad pese a todo.

—¿Sabes si le gustan los poemas? —me preguntó. Parecía esperanzado.

Observé a Ling y no. A ella no le gustaban las letras; pero no era lo mismo leerlas que escucharlas, supuse.

—Puede ser. ¿Le escribiste un poema?

El rostro de Sam se tornó color escarlata.

—Y una canción —dijo, tratando de ocultar de mí la vergüenza que sentía —. Es que... le pregunté a papá cómo enamoró a mamá y dijo que con poemas. Entonces... yo leí algunos hasta que escribí uno propio.

—Eso es muy bello, Sam—lo felicité.

Al mismo tiempo me sentí mareada. Ligera y mareada.

—Gracias. ¿Estás bien? —me preguntó Sam.

Asentí y bebí un poco más de refresco.

—Y... tienes razón —le dije a Sam—. Ya caerá.

Reímos más y él me platicó de qué iban la canción y el poema. Luego yo le facilité información sobre los gustos de Ling.

—Le gustan las rosas rojas y las golondrinas —dije—. La golondrina es su paj... pap-pájaro favorito —quiseañadir, pero sentí liviana mi lengua.

Era una sensación extraña. Vi a Sam preocupado.

—¿Seguro que estás bien? —insistió.

Exhalé y abrí mucho los ojos. De pronto también me sentíasomnolienta. En general no me sentía bien. Nada bien. Y como no quería hablar, negué con la cabeza para mostrar mi incomodidad a Sam. Él me pidió esperar y lo vi marcharse preguntando a cada invitado dónde estaba Max.

Pero no hizo falta Max. Al tiempo, Edgar se acercó a mí preocupado por notarme extraña.

—Creo que essss mi... mi cabe-cabeza —dije, con esfuerzos. Porque no sabía qué pasaba. Nunca me había sentido así.

—Anda, bebe más —me aconsejó Edgar, ofreciéndome más de la bebida en mi vaso.

Yo bebí.

Sí, era demasiado ingenua.

—No te veo mejor —dijo Edgar luego de esperar unos segundos.

Y es que no. No me sentía mejor. Incluso veía doble al mismo Edgar.

—Ven, vamos —me pidió ofreciéndomela mano, lo que me pareció un gesto caballeroso—. Mi mamá es enfermera. Iremos a buscarla.

¿Un adulto? Confiada, acepté tomar su mano y caminé torpemente del sofá hasta una puerta. Me sentía como si caminase sobre gelatina. Yo misma me sentía hecha de gelatina.

Mis oídos también fallaban. Escuché a Edgar decirme «Entra», pero al mismo tiempo no lo escuché. Fue como si ambos estuviéramos en realidades diferentes.

Entré a tientas a donde él me indicó. Era una habitación oscura, salvo por la escasa luz de luna que entraba por una ventana semiabierta. Tropecé con una mesa y Edgar me sujetó del brazo para evitar que cayera.

—Gra... grazzias —intenté decir.

—No te preocupes, pequeña —dijo él—. ¿No te molesta que te llame pequeña? Me parece tierno.

Apenas comprendía. Mi mundo, ahora oscuro, daba vueltas.

—Hoy tendrás la oportunidad que esperabas, Suhail —dijo pronto, acercando su boca a mi boca para besarme.

«No, por favor».

Quise caminar hacia atrás, pero tropecé.

—No —le supliqué—. No.

—Anda, tú quieres —insistió.

Intenté decir que no con las manos, con la voz y con la cabeza, pero Edgar no se alejó.

—Nooo —me negué—. ¡No!

Pero él me abrazó. O lo que sea que intentara hacer.

—¡No!

Comencé a llorar sintiéndome confundida, mareada y lenta. Muy lenta. Era como estar dentro de una pesadilla y no poder despertar.

—El fantazzzma —empecé a balbucear en medio de mi desbarajuste —.Max, la linterna... Ezzz el faaantasma —lloré, pronunciando cada vez más fuerte el nombre de Max.

—¿Por qué llamas a Max? —rio Edgar.

Mis oídos zumbaron. Sin embargo, al mismo tiempo escuché golpes.

—¿Qué diablos quieren? —maldijo Edgar.

Me soltó y, mareada y confundida como me sentía, lo vi caminar hacia la puerta. Y viendo ahí mi oportunidad, lo seguí a pesar de que en mi camino tropecé con más objetos.

—¡¿Quién es?! —preguntó Edgar sin querer abrir.

—¡Max!

Sentí alivio al escuchar la voz de Max.

Edgar estalló en sonoras carcajadas.

—Qué oportuno, amigo —dijo, abriendo. Yo estaba llorando—. No vas a creer quién te llamó.

Me apresuré a terminar de llegar a la puerta. Aun así, debido a mi confuso mareo, tropecé de nuevo y caí de rodillas.

Primero vi dos pares de zapatos. Confusa, levanté con miedo la mirada hasta, por fortuna, encontrar los ojos de Sam y de Max.

«Llegaste».

Max me miró boquiabierto.

—Suhail —dijo.

Sentí muchas miradas sobre mí además de las de Sam y Max. Y risas. Escuché muchas risas.

—Max —le lloré, temiendo que una vez más no hiciera nada. Él me miró horrorizado—. Max... el fantazzzma.

A pesar del quebranto en mi voz y mis lágrimas, hablé lo más claro que pude.

Al instante la mirada de Max fue de mí a Edgar, que estaba riendo.

—Amigo —dijo—, no vas a creerlo, pero...

Pero Edgar no pudo terminar de hablar. El puño de Max ya estaba sobre su cara, estrellando su cabeza contra la puerta.

95. Max

Miré mis puños pensando: «¿Qué pasó?». Mi reacción fue automática.

Era casi media noche y era la única persona sentada en la sala de espera de la clínica.

Después degolpear a Edgar llamé a Bill y él y mamá fueron por mí y Suhail. Edgar era menor de edad, pero no su hermano, y la sustancia rara que echó Edgar a la bebida de Suhail le pertenecía, y tampoco eran menores de edad sus papás, que debían estar supervisando la fiesta. Fue mala suerte para ellos que la madre de Suhail fuese una abogada con influencias.

Y hablando de la madre abogada, la famosa juez Jacquie llegó a la clínica horas después de que Bill la avisara de lo sucedido.

La vi entrar y enseguida escuché preguntó a las enfermeras en qué habitación encontrar a Suhail. No obstante, me enfadó no verla lo suficiente urgida por ver a su hija.

—¿Va a entrar con ese teléfono? —le pregunté cuando pasó a mi lado.

Mi tono de voz hizo notar mi molestia.

—¡Ah, tú aquí! —exclamó ella al verme—. ¿Dónde tienen a Suhail? —me preguntó, poniendo más atención al aparato en su mano.

—Le pregunté si entrará a ver a Suhail llevando en su mano ese teléfono —insistí.

Jacqueline me miró por encima del hombro por atreverme a levantarle la voz y no respondió de buena manera:

—Bueno, sé que no lo permiten. No voy a contestar. Es solo que espero un mensaje.

—Además viene tarde —le hice ver.

Ella señaló la puerta de entrada.

—Es que el tráfico...

—Pretextos —dije—. Ya, deje en paz a Suhail.

Esta vez me vio de pies a cabeza.

—¿Cómo? —Le divirtió que la retara—. Es mi niña.

—La hace sufrir —dije—. Esto, en particular, es su culpa.

—¿Mi culpa?

Había llegado la hora de bajarla de su nube.

—¡La molestan! —me quejé, levantando más la voz.Jacqueline continuó sin decidir cómo reaccionar. Nadie la había confrontado de esa manera—. La llaman «la hija de la lesbiana». La ridiculizan.

—Mira, cielo, los niños son crueles. Un día se darán cuenta de que...

—¿Y mientras tanto qué? —la interrumpí, molesto—.¡¿QUÉ?!

—Max es tu nombre, ¿no? —Ella chasqueó la lengua—. Mira...

—Las explicaciones se las debe a Suhail —volví a interrumpirla—. No a mí. A Suhail.

Jacqueline giró sobre sus pies dispuesta a continuar su camino, sin embargo, se volvió para decir algo más:

—Yo no puedo ocultar quién soy —intentó justificarse.

No me extrañó. Prácticamente le grité «mala madre» en la cara.

—Es que ese es el problema —dije, señalándome—. Usted solo es Yo. Yo. ¡YO! Es egoísta. Piense un poco más en Suhail, ¿quiere? La lastima.

Jacqueline contuvo las ganas de llorar:

—Pasé muchos años sin pensar en mí... —Iba a dar un discurso.

—Un día Suhail se va a cansar de esperarla —le advertí.

Ella asintió.

—Cierto —dijo, triste, todavía procurando no llorar. Sin saber cómo reaccionar—. Ya canceló una vez nuestra salida —suspiró—. Gra... Gracias, Max. Mejor... Mejor entro ya a ver a mi nena.

Señaló el pasillo junto a ella y se marchó.

«Ojalá entienda».

Bill no tardó en aproximarse:

—Te escuché —dijo, preguntándome con un gesto si podía sentarse a mi lado. Le hice ver que no había problema—. Alguien tenía que decírselo —continuó.

—¿Y por qué no lo hizo usted?

Parecía que también discutiría con Bill. Me sentía cabreado.

Él suspiró.

—Ay, Max. Ella toma como reproche todo lo que yo le digo —justificó—. Es lo malo de algunos padres divorciados. Están a la defensiva y dejan en segundo plano a sus hijos... Pero en serio te lo agradezco. Gracias por cuidar de Suhail. Ella es mi princesita.

Que dijera eso me hizo sentir peor. De enojado pasé a sentirme patético. No había cuidado a Suhail. Salvo el puñetazo que le di a Edgar, no había hecho nada más por ella.Me sentí tan ruin como le dije ser a Jacqueline.

—La mayor parte del tiempo ella se cuida sola —dije, pensando en que debía hacer las cosas diferente.

—Lo sé.

Y es que odiaba ver llorar a Suhail. Recuerdos de mi infancia, de ella llorando hasta quedarse dormida, me removían por dentro.

El médico la dejó en observación el resto de la noche, esperando que la sustancia saliera de su sistema y no causara efectos secundarios.

Pero el peor daño fue emocional. Suhail no quería comer, hablar o si quiera salir de su cama. Bill le explicó a mamá que lo de Edgar le trajo recuerdos dolorosos acerca del «fantasma» y la puso en jaque. La opción era llevarla con un terapeuta de nuevo, pero Suhail no quería nada.

Días después, mientras practicaba en mi ventana las canciones que tocaría durante el festival, me cansé de aquella situación y, haciendo caso a la neurona de estupidez de mi cabeza, apoyándome sobre el árbol que nos separaba, salté de mi ventana a la de Suhail. Y aunque la suya estaba cerrada, la empujé hasta conseguir abrirla y caí de cabeza dentro de su habitación. Ella se incorporó al escuchar el alboroto.

—¿Max? —preguntó sentada en la cama.

Y *Max* era la primera palabra que le escuchaba decir en días.

—No, tu ángel de la guarda —me burlé y me puse de pie.

Eso la hizo reír un poco. Aunque la fuerza de esa risa no llegó a sus ojos.

—¿No me vas a echar? —pregunté.

—No tengo fuerzas —dijo, en voz baja, triste. Se veía apagada—. Podría pasar un tornado sobre mi cabeza y yo no tendría la fuerza para salir de mi cama y escapar.

No tenía el valor para hablar, solía meter la pata, pero me obligué a hacerlo:

—Mira, Suhail —tragué saliva—. Tú eres fuerte. De los dos, tú eres la más fuerte —destaqué—. Yo soy el guapo, el divertido, la sensación... pero

tú eres más... ya sabes, como...

Ella me sonrió.

—Si no regresas al colegio, el mensaje que darás a todos es que Edgar y los demás ganaron —continué—. Huir es algo que yo haría. Pero tú... Tú... Tú eres mejor que eso. Haz como que no pasó nada. Ve y continúa abrazando arbolitos y rompiendo las pelotas a todos con actividades raras... Pero, demonios, sigue.

Miré mis pies mientras decía todo eso. Pero al menos lo dije. Punto a mi favor.

—No te entiendo la mayor parte del tiempo, Max Solatano—dijo ella—. Pero viniendo de ti, aprecio mucho esto.

Dimos un golpecito de puños a lo mejores amigos, mejores vecinos, mejores aliados… y me dispuse a salir de ahí.

—Gracias, Max —se despidió ella.

El objetivo se cumplió. Suhail regresó al colegio y, temiendo vérselas con la juez Jacquie, al igual que los padres de Edgar, casi nadie la molestó. Aunque no faltó el idiota que...

—¡Corre, Suhail, ahí viene el fantasma!

Pero solo lo decían una vez. No lo repetían cuando yo les buscaba para dejarlos caer cabeza abajo dentro del váter.

Sí, ese era yo ahora: el protector de Suhail. Pero no sonrían asumiendo que cambié del todo y que este es ya el final de la historia. No. Max Solatano todavía la podía cagar más y más. Lo mismo Suhail.

—Defiendes mucho a Suhail —me dijo Laura, mi nueva novia en una de nuestras citas—. Y yo sé por qué —agregó.

Ah, ¿creían que le iba a declarar mi «amor» a Suhail? Vamos, no sean ingenuos.

—¿Por qué? —le pregunté, arrugando el entrecejo.

No me gusta hablar de Suhail con mis parejas.

—Sé que tu mamá y su papá salen —dijo—. La ves como tu hermana.

Me eché a reír y abracé por la cintura a Laura.

—Sí, mi hermanita.

96. Suhail

A pesar de que todavía me sentía desanimada, ayudé a Ling y a papá a terminar de organizarlo todo para el festival El Amor Libre. Ling y yo venderíamos camisetas a quienes entraran al auditorio del colegio a ver el concierto donde tocarían bandas locales y debutarían Los Raptores.

—Si quieres entra a ver a Max—me dijo Ling, buscando animarme—.Yo me puedo quedaraquí para venderlo todo.

Las dos estábamos en el suelo, al lado de una mesa repleta de cajas, cuyo contenido eran las camisetas.

Me negué.

—Estamos juntas en esto, Ling.

El propósito de vender camisetas era recaudar dinero para nuestra siguiente actividad: construcción de rampas para personas en silla de ruedas. La idea vino a mí al ver las que tenía la entrada de la clínica. Esta vez haría algo más que «abrazar arbolitos».

Max, Eric y Sam se aproximaron a nuestra mesa con instrumentos en mano.

—Ho-hola, Ling —saludó con timidez Sam a mi amiga—.Hola, Suhail.

—Hola, Sam —lo saludé yo de vuelta poniéndome de pie para darle un beso en la mejilla. Ling guardó silencio—. Gracias por ayudarme el otro día —dije.

—Casi no hice nada —se restó importancia Sam.

—Buscaste a Max —le recordé.

Escuchar eso llamó la atención de Ling y, para sorpresa nuestra, miró de forma menos despectiva a Sam.

—¿Ayudaste a Suhail? —le preguntó.

Sam bajó la mirada.

—Bueno, sí... un poco.

—Mucho, Sam —dije yo.

Y Max entró al ataque:

—¿Ves toda esta grasa? —le preguntó a Ling, colocándose detrás de Sam y señalando con orgullo los rollos de este —. Es puro amor, Ling. El gordo es como un enorme oso de felpa.

Eric se echó a reír mientras yo, molesta, intenté acuchillar con la mirada a Max. Sam parecía querer morir.

Ling dejó escapar aire:

—Suman puntos cada vez que le gustan a una chica, ¿no? —les preguntó.

—Sí —contestó Eric, fanfarrón. Yo sabía poco de ese juego entre ellos—. Yo llevo 16 y Max 28.El punto se suma cuando las chicas demuestran que efectivamente les gustas.

«Hombres».

—¿Tú cuántos llevas, Sam? —quiso saber Ling.

Sam miró sus zapatos.

—Cero —dijo.

—Pero tiene buena salud —dijo Max—. Mejor que Eric y yo juntos.

Cogí una de las camisetas y se la arrojé a la cara.

Ling se removió incómoda sobre sus pies y, mirando seria a Sam, dijo:

—Pues ahora tienes un punto.

Los presentes abrimos mucho la boca y los ojos. Ling nos dejó estupefactos. Sobre todo, a Sam.

—Creo que se orinó encima —dijo Max a Eric.

Le arrojé otra camiseta.

—Gra-gracias —dijo Sam, mirando con ilusión a Ling.

—Eso sí. Debes sumar más puntos conmigo si quieres que intentemos algo —le advirtió ella—. Soy exigente.

—Está bien —prometió Sam—. Los sumaré.

«*Wow*».

—¿Y yo cuántos tengo contigo? —me preguntó Max, tonteando. Era bueno fingiendo que yo le gusto.

—Menos diez.

—*Ouch*.

—¿Y cuántas camisetas han vendido? —nos preguntó Eric, mirándolas con una mueca del tipo «¿Quién se pondría eso?».

Ling le mostró el único billete dentro de la caja registradora, puestoque nuestra única venta la conseguimos de un profesor que ni siquiera se puso la camiseta «Ama libremente».Reconocer eso me puso triste de nuevo.

—No te pongas así —me consoló Sam—. Al salir, yo compraré una camiseta.

Tomé su mano y le sonreí.

—Gracias, Sam.

Max me miró sin saber qué decir. No, él no compraría una camiseta.

Lo positivo de los últimos días era que mamá estaba más pendiente de mí. Me llamaba a diario y ya teníamos programadas dos idas al cine y otra al

centro comercial.Aun así, me sentía triste. No busqué nada de lo que me pasó. Ya saben, lo del fantasma, el acoso y mi mala relación con mamá.Y aunque todo lo que venía se percibía mejor, tenía rotas y cansadas mis alas.

Los Raptores se despidieron luego de lamentar que no entraríamos a ver su debut. Max, en particular, caminó hacia el auditorio volviéndose cada cinco pasos solo para verme. Sé que yo le preocupaba y me lo demostró portándose diferente desde lo de Edgar.

Max Solatano había cambiado. No que se diga «*Wow*, es un chico por completo distinto», pero sí se esforzaba en no ser tan idiota y me defendía de otros. Max Solatano pasó de decapitar a mis muñecas a ignorarme, para ahora ser mi ángel de la guarda.

Según papá, Max me veía como una hermana. Y aunque pensar en eso me dolía, me gustaba tener migajas del amor de Max. Yo quería a Max.

Los asistentes al concierto ya se encontraban dentro del auditorio. Ling y yo escuchamos sorprendidas la infinidad de gritos y silbidos cuando la directora presentó a Los Raptores.

—De haber sabido que hay tantas fans habríamos hecho esto antes —escuché decir a Max en el micrófono.

—Fanfarrones —se quejó Ling—. No los quieren por su música, los quieren por ser guapos. Bueno, a Eric y Max.

Ignoré a Ling y sonreí al escuchar que el debut de la banda era un éxito. La música es importante para Max y para mí Max es importante.

Primero tocaron *Knockin'on heaven's door* y después *Hotel California*. Max cantó y tocó la guitarra en lo que Eric y Sam le hacían coros y se encargaban de su propio instrumento. Max se equivocó poco. No obstante, anoté en mi mente que me debía dos pistoletazos de agua.

Antes de tocar la última canción, Max saludó al público:

—¿Quieren autógrafos? —preguntó con voz seductora.

Su papá tenía razón. Lo de ser estrella de rock le salía natural.

—¡SÍ! —gritaron cientos de chicas.

En cualquier caso, no me esperaba lo que vendría a continuación:

—Se los daremos si, y solo si —advirtió—, lo piden en una de las camisetas que dos de nuestras compañeras están vendiendo allá afuera.

Ling y yo nos miramos sin poder creerlo.

—¿Qué esperan para ir por una? —les instó Max.

Y en lo que Los Raptores se preparaban para tocar su última canción, muchas chicas salieron del auditorio solo para comprarnos camisetas. Las vendimos todas. Ling, papá y yo haríamos muchas cosas gracias a eso.

—¿Listos para la última canción? —preguntó Max al público.

Esperé atenta. Me gusta escuchar cantar a Max.

—¡OTRA! ¡OTRA! ¡OTRA!

Y me sentía orgullosa de que tuviera éxito.

En ese momento pensé en cada una de las razones que me hacían querer a Max Solatano, buenas o malas, y dudé. Pero todo se ordenó otra vez en mi mente cuando empezó a cantar...

Got to write a classic
Got to write it in an attic
Baby, I'm an addict now
An addict for your love.
I was a stray boy
And you were my best toy
Found it easy to annoy you
But you were different from the rest...

Y lloré porque era justo lo que necesitaba para empezar a sanar mis alas.

OceanofPDF.com

CUATRO AÑOS DESPUÉS

97. Max

Al tatuador ya solo le faltaba el último signo de interrogación para terminar. Me sentí feliz.

«¿Quién es» se leía en mi antebrazo derecho. Y**«la estrella de *rock*?»** en el izquierdo. De esa forma, al levantar mis brazos, todos leerían:

¿Quién es la estrella de rock?

—Quedó genial, Jason —felicité a mi amigo.

—Aún eres mi mejor cliente —dijo él, satisfecho.

Soy buen lienzo. Tengo una reputación que conservar.

Al terminar Jason me levanté de la silla y me acerqué a un espejo de cuerpo entero.

—Estupendo —dije y revolví mi cabello.

Lo utilizaba desordenado en el centro y corto a los lados. Aún buscaba mi estilo. Algo tipo «Mírenme, soy un chico malo, pero también soy genial».

—¿Cuánto te debo? —le pregunté a Jason, guiñando un ojo al chico guapo en el espejo frente a mí. «Eres un ganador, Solatano».

—Tienes dos opciones —dijo él, ocupado en limpiar su área de trabajo.

«Ya va a empezar».

—Te escucho. —Sabía lo que diría a continuación.

—A. Me das el número de Suhail. —Rodé los ojos—. B. Me recomiendas con tus admiradoras y tus amigos.

Tuve que reír. Me sale natural reír por cualquier estupidez.

—¿Sí se lo pediste? —escuché preguntar a alguien en la habitación de al lado.

—¡Dije que lo haría! —le contestó Jason.

«Hijos de p…».Un segundo después, Joel asomó la cabeza:

—No pensé que se atrevería —me dijo en tono conciliador, y le lanzó diez dólares a Jason.

Vi de uno a otro.

—Tiene pelotas, supongo —reconocí, forzando una sonrisa al ver a Jason recibir el dinero. Porque yo no cedería—. Pero estás idiota si crees que saldrás con mi hermana —amenacé.

Jason me miró indignado.

—Pero si soy un buen tipo.

Fingí estar molesto para amedrentarlo, acorté la distancia entre nosotros y lo miré directo a los ojos:

—¿A mí me estás diciendo eso, Jason? —coloqué una mano sobre mi pecho—. ¿A MÍ?

Jason, acobardado, retrocedió dos pasos. Me eché a reír.

—Me asustaste —se quejó él al verme otra vez relajado.

«¡Ja!» Le arrebaté los diez dólares y salí de J&J Tatuajes tarareando Try de Janis Joplin.

Jason y Joel son mis amigos; pero una hermana es una hermana, ¿no creen?

De pie sobre la acera, saqué de mi bolsillo el móvil para ver el reloj. Faltaba un minuto para las seis. «10, 9, 8, 7, 6...». Justo a tiempo, el Ford Ikon Hatch de Sam apareció a toda velocidad en la esquina.

—¡Llegué! ¡Ya llegué! —anunció al aparcar como si no lo estuviera viendo yo mismo, y bajó del coche.

Además había aparcado mal. De no apurarnos a salir de ahí nos multarían.

—Da igual, conduces como un orangután —me burlé y estiré el brazo para que me diera las llaves.

Aunque lo hizo de mala gana. El gordo amaba a ese coche como si fuera su novia. Sí, gordo. Ninguna crema mágica o ejercicios harían desaparecer a mi ballena bebé.

Todavía odia que le diga así, por cierto.

—Miranda y Suhail prefieren que yo conduzca —se quejó, entrando al coche por la puerta del copiloto.

—Haz lo que yo hago —dije.

—¿Y eso es?

—Ignorarlas —reí y acomodé el sillón a mi modo. Sam debido a su peso lo alejaba lo más posible del volante—. Sigo sin comprender por qué te

compraron un coche tan pequeño —me quejé.

—¿Para cuándo el tuyo? —devolvió.

Ni me inmuté.

—Miranda sabe que Max Solatano no conducirá cualquier chatarra.

—Pero utilizas el coche de ella.

—Y por lo mismo, de salir con una chica puedo decir «Disculpa que venga en esta baratija, es de mi mamá». En lugar de presentarlo como mío.

—Hasta Suhail tiene coche —agregó Sam.

—Otra baratija —señalé—. Miranda está ahorrando, Sam. Ahora pon el cronómetro de tu teléfono.

Sam preparó el cronómetro en lo que yo estuve para acelerar. Su Ford era pequeño, pero veloz.

—¿Listo? —preguntó y asentí—. ¡Ya!

Miré el retrovisor y eché a andar al coche. Sam y yo debíamos llegar en menos de media hora al bar del padre de Gi. Gi era mi novia en aquel entonces. Él había invitado a un amigo suyo, conocido del dueño de una disquera, para escucharnos tocar. ¿Genial, no?

Repito que me sentía feliz.

—¡Me hice el tatuaje, Sam! —le hice saber al gordo para festejar juntos.

Y como no había tantos coches delante, aceleré más.

—¡Lo sabía! —dijo el gordo, mirando nervioso el reloj. De no llegar rápido posiblemente perderíamos la oportunidad de nuestras vidas—. Aunque tu mamá te matará.

Negué con la cabeza.

—Ya casi cumplo dieciocho —le recordé y mostré parte de mi tatuaje. «¿Quién es la estrella de rock?».

Estaba a minutos de cumplir la promesa que le hice a papá: ser una estrella.

—No iré a la universidad, Sam —anuncié.

El gordo me miró boquiabierto.

—¿En serio?

—Dedicaré todo mi tiempo a la banda. Lo mismo Eric.

—¿También Eric?

Ahora Sam se veía preocupado.

—Yo no puedo hacer eso.

—¡Ya suelta la teta de tu mamá! —me burlé.

Habíamos cambiado el nombre Los Raptores. Tras pensarlo bien, sonaba mejor Raptor. Jason y Joel habían diseñado el logo: un velociraptor de perfil; nos hicimos de mejores instrumentos y por último me hice novio de Gi para que esta convenciera a su papá de dejarnos tocar en su bar. Tuvimos éxito. Después de seis meses, como recompensa a tanto esfuerzo, ya teníamos muchos admiradores.

Max, Eric y Sam ya no eran aficionados.

—Ojalá después de esto Ling por fin me diga que sí —sonrió esperanzado el gordo.

De nuevo reí.

—¿Cuántos puntos llevas?

Sam se encogió de hombros:

—211.

Tan solo con ella, para aclarar. Reí con más ganas. Insisto en que no podía creer que estuviera a nada de cumplir mi sueño.

—Pon música —pedí al gordo señalando con un gesto la radio—. Quiero que esta baratija celebre con nosotros.

—Deja de llamar baratija a mi coche —se quejó él y buscó una canción en el radio.

Golpeé con el puño su hombro al escuchar que *I Was Made for Lovin' You* de Kiss.

—¡Deja esa! —pedí y juntos tarareamos «Do, do, do, do, do, do, do, do...»

Atravesé sin cuidado la ciudad, me pasé varios Stop y no respeté semáforos; pero lo importante es que llegamos a tiempo.

—¿Y dónde vamos a estacionar? —preguntó Sam, inocente.

El estacionamiento se encontraba lleno.

Le señalé el espacio que custodiaba Polo, hermano menor de Eric.

—Justo ahí.

—Pero Polo está custodiando ese.

Viré el Ford hacia Polo, que saltó hacia un lado para evitar que lo atropelláramos.

—¡Max!

Aparenté inocencia.

—Gracias por guardarnos el lugar, campeón.

—¿Que qué? —preguntó Polo, cubriendo sus oídos. La música del radio se escuchaba tan fuerte que no le permitía oírnos. Sam la apagó.

—Que te la debo —repetí y bajé del coche. Después abrí el maletero para sacar de ahí mi chaqueta de cuero.

—Pensé que mostrarías a todos tu tatuaje —dijo Sam al verme poner mi chaqueta.

—No hasta que logremos algún acuerdo.

Cerré el maletero y empezamos a caminar hacia la entrada del bar.

—¿Y el número de Suhail? —me preguntó Polo, molesto—. Prometiste que si cuidaba...

—Los olvidé, Polito —lo interrumpí, nada apenado—. Pero puedes entrar a escucharnos.

Polo me mostró su dedo medio y Sam, listo para otro sermón, también me miró molesto.

—¿Qué? —me quejé—. No había otra forma de guardar un lugar. Bob solo me aparta los viernes y sábados.

La mirada de Sam no cambió.

—Cuando Suhail sepa que...

Torcí la boca en una sonrisa media, rodeé a Sam y, ya listo para atacar, apreté una de sus lonjas solo para enfadarlo:

—¿Tú se lo vas a decir? —le pregunté entre risas sin soltar la lonja—. ¿Le vas a decir?

—¡Ya!

—¡Hay mucha inversión mía aquí! —le recordé con tal de que ya no mencionara a Suhail—. ¡Te he invitado a muchas hamburguesas!

—¡Max!

Lo solté y dejé avanzar para esta vez colocarme detrás de él. En esa posición pateé su culo.

—¡Ya, Max!

Me estaba divirtiendo, pero debíamos llegar rápido. Apresuré a Sam. Eric ya nos esperaba en la puerta.

—¡Rápido, el tipo ya está aquí! —dijo.

«El tipo». Me apresuré a acomodar mi cabello.

—¿Cómo es? —pregunté, entrando rápido al bar.

Eric señaló su derecha.

—Aquel de allá, el pelón de barba con forma de candado de pie junto al padre de Gi.

—Perfecto —dije armándome de valor y los tres caminamos hacia el escenario.

Eric ya había instalado los instrumentos. Le agradecí por no esperarnos y aunque no me sentía listo tomé con determinación mi guitarra.

Algunas admiradoras nos esperaban. Por ser miércoles el bar no se encontraba lleno, pero Eric había invitado a muchas personas. Eso nos animó más.

—¿Empezamos con *Bandera de salida* o *Al mirar tu boca*? —preguntó Sam.

Mientras, los tres buscamos nuestro lugar sobre el escenario.

—Siempre comenzamos con *Bandera de salida* —le recordé, sintiendo sudar las manos.

Sam, al igual que yo, sabe que siempre comenzamos con *Bandera de salida*, pero también estaba nervioso.

—Y después de esa: *Mejor amiga* —dije.

Tanto Eric como Sam asintieron.

Todas nuestras canciones hablaban de Ling e imagino suponen el por qué. Sí, porque Sam las escribía. Yo, por el contrario, era un asco en eso de escribir. Por alguna razón, mis letras, al final, sí o sí, terminaban hablando sobre las tetas de Suhail.

Algo tipo:

Soy como un bebé hambriento que siempre busca tus tetas. Me gusta imaginar que te las aprietas y que saltas y saltas frente a mi cara mientras me como una paleta.

Sí, mejor que Sam escriba.

Para darme ánimos, busqué la mirada del padre de Gi y él me sonrió. «Eres un ganador, chico». El hombre me apreciaba, debo admitirlo. Tanto que prácticamente él mismo me ofrecía el tesoro en medio de las piernas de su nena. Muchos eran parte de mi sueño de volver popular a Raptor.

Indiqué a los chicos que era hora de empezar. «Estoy listo, papá. Seré una estrella».

Al tocar la primera cuerda de mi guitarra las luces del bar se atenuaron. Gi ya debía estar cerca de los controles.

El camino es largo pero decidido voy.
El camino es largo pero decidido voy.
La bandera de salida se agita.
Se agita.
Se agita.
Uno, dos, tres... cinco puntos más sumé desde ayer.
¡No es competencia!
No es competencia.
Lo que necesito es paciencia.

Escuché aplausos de ánimo y gritos enloquecidos.

—*La velocidad no garantiza llegar* —continué cantando—. *Oh, nena. Tu corazón no es un trofeo, pero tu amor sí es mi meta.*

Maldita sea, si no lograba que el gordo hiciera algo más con Ling cantaría canciones sobre la *friendzone* hasta el final de mis días.

¡La bandera de salida se agita!
Se agita.
Se agita.
Uno, dos, tres... cinco puntos más sumé desde ayer.
¡Pero no es competencia!
No es competencia.
Oh, nena.
Tu corazón no es un trofeo, pero tu amor sí es mi meta.

Al terminar escuchamos más aplausos.

—¡Max! —Mi nombre era el que más vitoreaban.

No era un toque oficial, pero podía contar con mi club de admiradoras. Gi siempre las mantuvo entusiasmadas, era buena en eso de ser la novia del cantante principal de una banda; sin embargo, me urgía terminar con ella. Se estaba acostumbrando a ser «la oficial» y Max Solatano, para entonces, no tiene dueña. Una vez su papá nos conectara y firmáramos un contrato, buscaría alguna excusa para romper con Gi.

Ya saben, al final del día era solo negocios. Gi ya encontraría a alguien más que también la usara... digo, amara. Que también la amara.

—¡Increíble! —gritó el pelón con barba de candado, aplaudiéndonos, y se apresuró a abrirse paso entre las mesas para llegar rápido al escenario.

Los chicos y yo hicimos eso de juntar nuestras manos. ¡Uno, dos y tres por Raptor!

—Ya con eso basta —agradeció el pelón.

—Pero nos falta una canción —informé. Lo quería terminar de convencer.

—Lo sé. Bob me envió una demo —aclaró él subiendo al escenario y ahí extendió hacia mí su mano a modo de presentarnos oficialmente—. Yo solo quería escucharlos en vivo. Raptor, ¿no? —preguntó.

Asentí.

—Los Raptores tienen tres garras —dijo Sam señalándonos a cada uno.

Me giré y Eric levantó mi camisa para mostrar al pelón el tatuaje que tengo en la espalda: la silueta de un velociraptor de perfil. Ese fue el segundo tatuaje que me hice. El primero dice «Copia pirata de Daniel Solatano», está justo en la nuca, y fue hecho en honor a papá.

—Me encanta —dijo el pelón—. A mí me dicen «La Bombilla», por cierto —terminó de presentarse—. Y no por lo pelón —fingí que me hizo gracia y él continuó—, sino por mis buenas ideas.Estarán en buenas manos, chicos.

Lo miré boquiabierto.

—¿Eso quiere decir que...? —Mi corazón se aceleró.

—Sí —dijo—. En primer lugar, no hubiera venido de no gustarme la demo.

Con los chicos celebramos chocando nuestros puños y miré a Bob sintiéndome agradecido con él. «Está bien, le daré un mes más de prueba a tu hija».

—Felicidades, Max —celebró con nosotros—. Me siento orgulloso de los tres.

Más tarde recibí besos y abrazos por parte de Gi y una tarjeta de felicitación de Lucía, la presidenta de mi club de admiradoras.

—Eres el mejor, Max —dijo ella como si reconociera que la llegada de Max Solatano fue lo mejor que pudo pasarle al planeta Tierra.

La estreché entre mis brazos y besé con fuerza la comisura de su boca. En consecuencia, pronto recibí un codazo de Gi. Celos. Y es que Lucía me miró de tal forma que, de pedirle bajarse las bragas ahí mismo, me hubiera dicho «Si quieres, mejor que las quito».

—Es la presidenta de mi club de admiradoras —le recordé a Gi, que me miraba histérica.

Y sí, en definitiva, debía pararle antes de que se atreviera a hablar de futuro.

Invité a la Bombilla a beber unos tragos y charlamos sobre los planes inmediatos para Raptor. El tipo nos quería de teloneros de Primates, una banda popular. Haríamos una gira con ellos para ganar experiencia y para tener claro, según él, en qué nos metíamos. Después de eso hablaríamos sobre grabar nuestro primer disco.

«¡Lo voy a lograr, papá!»

Cuando se marchó la Bombilla me despedí de todos.

—¿No te vas a quedar? —me preguntó Gi haciendo un puchero.

Llega un punto donde ya no es tierno ver eso.

—Miranda me espera para cenar —me disculpé y la hice soltar mi cuello.

Una vez estuve libre, obligué al gordo a dejar a la mitad una hamburguesa y salimos del bar. Eric no nos acompañó. Andaba colado por una de las meseras. Otro día ya lo celebraríamos nosotros solos.

Y como yo todavía guardaba en mi bolsillo las llaves del Ford, me senté en el lado del piloto.

—¡Max! —se quejó Sam.

—Debo llegar a tiempo —justifiqué y lo hice entrar del otro lado—. Anda, pon el cronómetro —pedí urgente, encendí el coche y empecé a acelerar.

Debía superar mi récord anterior y llegar a casa en 18 minutos. Por otro lado, no me podía sentir más feliz. ¡Uno, dos y tres por Raptor!

—¡Lo logramos, Sam! —celebré haciendo sonar la bocina muchas veces. Me sentí enloquecido.

Al finalizar el bachillerato empezaría a vivir mi sueño. No cualquiera se da el lujo de decir eso.

—Lo logramos —repitió Sam satisfecho y una vez aceleré nos perdimos en la oscuridad de la noche.

*****

—Un par de segundos antes de los quince minutos —me informó Sam viendo el cronómetro.

—¡Tres minutos menos! —levanté los brazos, festejando, y bajé del Ford.

Para mí era un reto. Miranda me tomaba el tiempo. De no ser viernes o sábado, sí o sí debía llegar a cenar.

Cuando Sam se marchó hice mi camino hasta situarme debajo de la ventana de Suhail.

—¡Rapunzel, deja caer tu cabello! —grité. Después me hice a un lado para evitar el primer zapatazo. Aún peor, como siempre se trataba de mi zapato—. ¡Ni siquiera me diste! —me burlé.

No acababa de decir eso cuando me cayó otro encima.

—Mierda —maldije, pero sonreía.

98. Suhail

Me dolía la cabeza, sin embargo, dispuesta a avanzar lo más posible, acomodé mis gafas para continuar buscando palabras de cuatro o más sílabas.

No era una obsesiva de buscar palabras complicadas, aclaro.

Bueno, tal vez un poco.

Escuché a Max escalar el árbol e intenté esconder algunos libros bajo la cama para que no me pillara con tantos.

—Ei —saludó con una pierna afuera y otra dentro.

Lo ignoré.

—Qué raro que estés de mal humor —dijo, sarcástico, y entró a mi habitación echando un vistazo burlón a las torres de libros acomodadas a mi alrededor—. ¿Es en serio?

Lo miré por encima de las gafas:

—Algunos tenemos cosas que hacer.

—Perdón—dijo, haciendo una mueca de fastidio, y cogió entre sus manos uno de los libros para intentar sacar de este uno de mis separadores.

—No. No. No —lo regañé—. Esa página tiene dos palabras, cada una con seis sílabas.

Que me llevó mucho tiempo encontrar.

Max contuvo una risa, regresó el libro a su lugar, se sacó los zapatos y la chaqueta; tiró al piso una torre de libros y se recostó junto a mí.

De nuevo lo miré por encima de mis gafas:

—Te juro que si al caer eso —señalé los libros en el piso— se salió, aunque sea una de mis notitas o separadores, te engraparé la polla al ombligo.

Él se echó a reír y colocó una mano entre su polla y su ombligo.

—Oye, creo que sí llega —dijo—. ¿Quieres ver?

Sacudí mi cabello y devolví la atención al libro en mis manos. «¡Idiota!» E intentaba concentrarme cuando lo escuché añadir

—Tiene que ser una maldita broma.

Él miraba mi techo.

Me senté derecha sintiendo incomodidad por haber sido descubierta, lo admito; pero lo disimulé y también vi mi techo.

«Esperanza».

«Libertad».

«Amor».

—¿Qué? —pregunté, fingiendo no darme cuenta de nada extraño.

—¿También pusiste palabras ahí?

—Solo mis favoritas —aclaré e intenté concentrarme otra vez en la lectura.

—Ajá. ¿Y dónde está *Max*? —preguntó él todavía atento a mi techo.

Lo miré sobre el hombro:

—En el piso, con las que menos me gustan.

Eso lo hizo reír.

—¡Y déjame concentrarme! —agregué.

Volví a mi lectura y justo encontré otra palabra complicada: *apercibimiento*. Sonreí y busqué debajo de mi libro el cuaderno para palabras complicadas y la anoté dentro. Luego coloqué un *post-it* amarillo en la esquina de la página.

Me gustan las palabras. Cada una, por muy corta que sea, puede inspirarnos, atemorizarnos o transformarnos. Una letra por sí sola no hace mucho, pero juntas, tanto vocales como consonantes, pueden trasladarte a lugares increíbles y provocar tu imaginación y tus sentidos. Por ejemplo, al leer «Oh, esta sopa tiene demasiada sal», soy de ese tipo de personas que siente la sal en el paladar. Y es increíble. Porque las palabras, si las unes, hacen magia.

Al cabo de unos minutos recordé que tenía visita y mi atención regresó a Max. Él me estaba mirando. Le gustaba hacer eso: venir de donde sea que

hiciera sus estupideces, trepar el árbol, entrar por la ventana y quedarse un rato en mi habitación para que Miranda no se diera cuentade que estuvo mucho tiempo fuera. Y mirarme. Insisto en que sobre todo le gustaba mirarme un largo rato como si se preguntara de qué estoy hecha. A lo mejor de palabras.

No me incomoda. Me acostumbré a inspirarle curiosidad.

Miré otra vez el libro y dejé a Max pensar lo que sea que pensara de mí o de mi obsesión por las palabras.

No me fue bien en mis primeros concursos de deletreo. Pero no renuncié. A medida que reconocí la importancia y el valor de la estructura de cada palabra se me hizo más fácil recordarlas, deletrearlas y amarlas.

«Hecatombe».

Había encontrado otra palabra complicada, aunque a diferencia de *apercibimiento*, no tenía claro su significado. Por lo que hice a un lado el cuaderno de palabras complicadas y estiré la mano para sacar de mi cajón el de palabras complicadas cuyo significado desconozco, este era color azul. Anoté dentro *hecatombe* y después cogí un *post-it* azul para colocarlo en la esquina de la página.

En eso estaba cuando volví a tomar en cuenta la inoportuna compañía de Max. Lo miré de nuevo y fruncí el ceño, pues esta vez tenía su atención puesta en mis tetas.

Apreté los dientes con enojo:

—¿Se te perdió algo? —pregunté.

—¿No es increíble cómo pudo surgir algo tan magnífico de donde antes no había nada? —opinó, todavía observándolas—. Fue como encontrar petróleo en el desierto.

Mis mejillas se tiñeron de rojo y Max aprovechó para igualmente burlarse de eso.

—Mira —dijo, señalándolas—. Ahora combinan con tu cabello.

Me apoyé sobre las manos y, molesta, me encogí y utilicé las piernas para empujarlo y así sacarlo de la cama.

Se levantó del piso riendo.

—No lo vas a creer —dijo, señalando con descaro su entrepierna, y lo miré sorprendida, pues ahí se marcaba perfectamente su... ¡Oh, Dios! Eso se encontraba por completo alerta—. ¡Si lo dejamos salir, te demuestro que sí llega hasta mi ombligo! —se burló.

Sentí mi cabeza arder debido a la vergüenza, porque eso le falta a Max Solatano: ¡VERGÜENZA! Salté de la cama y corrí hacia mi librero para buscar un ejemplar de *Juego de tronos*. Esos son grandes y de tapa dura.

Luego lo utilicé para golpear a Max.

—¡Ay! ¡No lo puedo controlar! —se quejó.

—No-Puedo-Creer-Que —empecé a regañarlo por sílabas: sílaba y golpe, sílaba y golpe— Hasta-Haya-Gente-Que-Haga-Clubes-De-Fans-De-Un-Idiota…

—¡Duele!

—Como-Tú —terminé.

Lo golpeé hasta que terminó de caer al piso.

—¡Sucio! ¡Descarado! ¡Inmaduro! —seguí protestando.

En eso estábamos cuando de imprevisto alguien tocó mi puerta y entró:

—¿Estás bi...? —Miranda dejó la pregunta al aire al verme acuclillada encima de Max, golpeándolo.

—Ya veo —dijo al comprobar que me encontraba bien, y quiso volver a cerrar la puerta, pero antes nos recordó—: Estoy por servir la cena.

Cuando se marchó continué golpeando al idiota de su hijo:

—¡Tonto!

—Si sabes que es mala idea colocarte encima de mí con esa cosa taaan alerta, ¿no? —dijo él.

¿No iban a parar las majaderías?

Lo golpeé de nuevo y me puse de pie. Después, en silencio, pedí una disculpa a mi libro por utilizarlo para educar a Max.

—Es increíble que desprecies lo que otras piden —protestó, para nada apenado—. Nadie se queja, Suhail —agregó, petulante—. Por el contrario, gritan: «¡Oh, Max, sigue así y enloqueceré! ¡*Wow*! ¡Cómo eres capaz de esto! ¡Oh, Dios, me muero!».

Digna, coloqué un mechón de mi cabello detrás de mi oreja y dije:

—¿Sabes?, es gracioso, porque cuando Miranda revisa tu habitación grita exactamente lo mismo.

Él me mostró su dedo medio.

*****

Cada uno ocupó un lugar al llegar a la mesa.

—¿Qué tal su día? —preguntó papá a ambos—. ¿Max?

—Bien —dijo él, restándole importancia.

Al instante recordé que tuvo una audición y me prometí preguntarle más tarde cómo le había ido.

—¿Y tú día, Suhail? —me preguntó Miranda.

—Productivo, creo.

Max carraspeó a manera de disimular una risa. Asumí que recordó las torres de libros sobre mi cama.

Durante la comida, Miranda igualmente nos platicó su día en el preescolar y papá lo que hizo con los jóvenes del bachillerato. Hicimos una pausa hasta que el timbre sonó.

—Voy yo —saltó Max, agradecido de que alguien interrumpiera la charla sobre «Todos debemos ayudar con la limpieza de la casa».

—Creo que es Fabián —dijo papá echando un vistazo a su reloj—, un alumno de nuevo ingreso. Quedó de regresarme un libro.

Escuchamos a Max abrir la puerta y regresar acompañado.

—Insistió en pasar —dijo, señalando al chico a su derecha.

—Hola, Fabián —lo saludó papá.

El chico se veía nervioso:

—Buenas noches, señor Didier... señora Didier... Max... Suhail...

Más extraño aún, no me quitaba los ojos de encima.

—Gracias por el libro —dijo papá, mencionando el escrito de filosofía que Fabián aún no le entregaba.

—Sí —dijo él sin dejar de mirarme; «Esto es incómodo»—, lo traje rápido porque usted dijo que pertenece a Suhail.

—Eh, sí —dudó papá, viendo de mí a Fabián—. Aunque ella ya no lo utiliza. ¿Quieres quedarte a cenar? —ofreció por educación.

—Me encantaría —sonrió él y tomó asiento.

Miranda le sirvió de comer.

Me sentí como un animal en exhibición el resto de la cena. Fabián no dejaba de verme como si fuera un ídolo pop. Su ídolo pop. En tanto, sentí un codazo de Max y lo pateé de vuelta. Él fingió toser y, acercándose con discreción a mi oído, dijo:

—Qué *nerd*.

Miré a Fabián, y sí, tenía un toque intelectual, pero... no.

Cuando terminó de cenar papá empezó despedirse, pero el chico, todavía con sus ojos clavados en mí, insistió en querer comentar el libro conmigo. Sin otra opción, papá se encogió de hombros y dio el visto bueno para que se quedara; Miranda, con una actitud cómplice, me guiñó un ojo, y Max, como era de esperarse, observó a Fabián como si intentara medirlo.

Cuando nos dejaron solos sentí sudar mis manos.

—¿Entonces... te gustó el libro? —pregunté, intentando no mirar al chico de forma directa. Soy tímida.

—Me encantó. Excelente recomendación.

Él sonreía abiertamente.

—De mi papá —le recordé—. Igual te puedo prestar la continuación —dije, poniéndome de pie... intentaba huir.

—Me encantaría —respondió él, mirándome caminar hacia las escaleras.

Max ya me esperaba.

—No tardaste ni un minuto —se burló.

Empecé a jugar con mi cabello. No me sentía cómoda:

—Max, por favor —le pedí.

—Parece buen chico... Ideal para ti.

Sentí un nudo en la garganta.

—Por favor.

Sonrió complacido, «feliz» de verme en ese tipo de apuros, y regresó a donde se encontraba Fabián.

Seguí en silencio a Max y escuché a hurtadillas lo que dijo.

—Perdón, creo que olvidé aquí unas llaves —se disculpó, disimulando buscarlas.

—No hay problema —contestó Fabián.

Se oía como un buen chico.

—¿Y Suhail? —preguntó Max.

—Fue por la continuación del libro.

—Oh.—Pausa dramática—. ¿Y no te da miedo que te lo preste?

—¿Miedo?

Cerré los ojos.

—Porque, ya sabes, tiene a ese exnovio acusado de ser asesino en serie.

—¿Cómo?

Ese era su número favorito.

—Sí, salió en los noticieros —continuó Max—. Los chicos que ha matado los vio hablando con Suhail. En la actualidad lo están buscando. Pero tú tranquilo, dudo que a ti te mate, al último solo le sacó un ojo.

—¿Un... qué?

La voz de Fabián se oía cada vez más aterrorizada.

—Un ojo, ya sabes, de esos que sirven para ver.

Respiré con alivio y subí a mi habitación por el libro. Por fortuna, al bajar solo encontré a Max.

—Huyó —contó, mirando con altivez sus uñas.

Alejar tipos de mí era el pasatiempo preferido de Max. No quitaba el dedo del renglón hasta verlos decididos a no regresar.

Me sentí aliviada.

*****

De vuelta en mi habitación desocupé la cama y acomodé en mi armario la ropa y zapatos que Max dejaba al entrar a hurtadillas por mi ventana. El llamado «Rapunzel, deja caer tu cabello» empezó después de que me encontró con las tetas al aire. Entró en shock y cayó de regreso al jardín. Menos mal que las ramas del árbol amortiguaron el golpe obligándole a caer por pausas. Aunque fue peor mi amenaza de asesinarlo cruelmente si volvía a entrar sin avisar. De esa manera, al yo ocultar sus salidas clandestinas y él mi temor a estar con alguien, nos ayudamos mutuamente.

Me recosté sobre mi cama de un modo que me permitiera ver el piso. Este era de madera, y tal como le dije a Max, ahí tenía talladas las palabras que menos me gustaban: dolor, oscuridad, invasión... y muchas más. Pero esa noche mis ojos se concentraron en una: miedo.

Me aterraba la idea de iniciar una relación de pareja. Aunque había ido a terapia —dos veces—, todavía me pesaban los recuerdos. Temía dejar entrar a alguien y que me lastimara... me tocara...

Max se prestó a la tarea de alejar chicos, pero, ¿qué pasaría después? Mejor no pensar en eso.

Por eso prefería concentrarme en ayudar a papá con sus actividades o buscaba palabras. Porque al menos entre las palabras podía escoger las que no me lastimaran.

99. Max

Estuve atento a que Suhail saliera de su habitación al baño para cepillarse los dientes. Sabía que se sentiría mal por lo sucedido esa noche, siempre era lo mismo; de modo que, cuando la escuché abrir la llave del lavamanos, salí de mi habitación, recorrí el pasillo y me apoyé en el marco de la puerta del baño y la vi enjuagarse sus dientes de conejo. Como siempre, no llevaba maquillaje, su cabello estaba suelto y como pijama traía puesto unos pantalones cortos y una camiseta de tirantes, de esas que suelen resaltar sus…

«Esta vez no vienes a eso, Max».

—¿Esperas tu turno? —preguntó cogiendo una toalla para limpiarse la boca.

—Solo estoy viendo.

Ella levantó los hombros con indiferencia y recordé lo mucho que cambiamos con los años. Ya no la ignoraba o trataba mal, por el contrario, a partir de lo sucedido con Edgar, la protegía. No era el mismo Max de antes, y ella, mucho menos, era la misma Suhail; sobre todo en lo físico. En la secundaria la consideraban rara por ser la única de cabello rojo y rostro repleto de pecas, y qué decir de su actitud «presuntuosa»; pero ahora, camino a convertirse en una mujer, Suhail había pasado de rara a interesante. Ya no veían con malos ojos que no intentara encajar, al contrario; y yo mismo aporté a la causa al no permitir a ninguno acercarse. Desperté todavía más el interés en ella.

—¿Estás bien? —quise confirmar.

—Lo estaré.

Aún veía de manera positiva la vida. Siempre lo ha hecho.

Regresé a mi habitación, cogí la guitarra y me eché sobre la cama a tocar. Aunque no lo admitiera, pensaba mucho en ella. Cada vez me costaba más estar lejos.

100. Suhail

¿Por qué no habló de cómo se sentía realmente? Él, desde el día que nos conocimos, es consciente de lo importante que era para mí.

101. Max

El gordo y yo compartíamos una *pizza* y *Doritos* en el restaurante de su mamá cuando Eric llegó a darnos la noticia de que pasamos de simples mortales a dioses.

—Adivinen qué —anunció sentándose a mi lado.

—¿Qué? —preguntamos el gordo y yo al unísono. Los dos con la boca llena.

—Hoy al salir de la lavandería dos chicas me reconocieron como el bajista de Raptor.

—Nah —me reí limpiándome las manos en su camisa.

—Es en serio. —Eric empujó mi hombro con el suyo—. Una hasta me preguntó por ti.

Eso me interesó más.

—Te juro que si es mentira...

—Mi mamá también ha dicho que algunos clientes quieren saber por qué los de Raptor frecuentan su pizzería —dijo Sam.

«¿En serio?»

—A ver —dije—. ¿Me están diciendo que hay personas que nos reconocen por algo más que mi trasero?

Porque yo tenía más clubes de admiradoras por mi trasero que por Raptor.

—No solo tú tienes admiradoras —se defendió Eric—. Tengo trescientos *me gusta* en mi página oficial de Facebook.

Hacer páginas de Facebook y un canal de YouTube para la banda fue osado, aún más hacer páginas personales, pero funcionó. La de Raptor tenía casi mil *me gusta*. Algo bueno para solo llevar un mes en la red.

—Yo tengo siete *me gusta* en mi página —sonrió Sam.

—Tu abuela, tu mamá, tus tías, tu hermana y Suhail —conté con los dedos. El gordo sonrió con tristeza—. Yo tengo mil quinientos —fanfarroneé después—. Por eso digo que siguen a mi culo, no a Raptor.

—De hecho... —dijo Eric, mostrando mi página de Facebook en la pantalla de su teléfono— ya tienes dos mil cien.

«Seiscientos más desde el viernes».

Le arrebaté el teléfono para verlo de cerca.

—No me jodas. —Alguien debía pellizcarme.

—No digas *jodas* en la pizzería de mi mamá —me regañó Sam mirando de lado a lado.

¿Ya mencioné que lo acusábamos de «Mamitis aguda»?

Dos estrellas se dibujaron en mis ojos al ver aumentar la cantidad de me gusta en las redes sociales. «*Harás historia, Max Solatano*», aplaudí en mi mente.

—Que no te extrañe —dijo Eric, dando de nuevo un golpe amistoso a mi hombro—. La Bombilla compartió una de tus publicaciones. Creo que te toma como el líder de la banda.

Solté una risa al mejor estilo «¡Por Dios!»

—Es que soy el líder de la banda —les recordé.

Eric y Sam se miraron.

—¿Qué? —pregunté, sin entender el porqué de su sorpresa—. Soy el que canta, soy el que atrae más admiradoras, sin mí no seríamos nada.

—Nos siguen gracias a las canciones del gordo —dijo Eric.

Me reí.

Le costaba admitir quién era la estrella.

—Se... se... Aplausos para el gordo. —Y le aplaudí—. Pero, ¿quién canta? Admítanlo —señalé a Sam—. ¿Las chicas seguirían a la banda si el gordo cantara? —Sam me miró estupefacto—. Tú mismo lo dijiste, Eric. La Bombilla reconoce que yo soy el líder. Soy la estrella.

Eric se dejó caer en su lugar. Sam solo hizo a un lado su *pizza*.

En ese momento lo tomé como un gesto de derrota por parte de ambos. Pero no, había más... Mucho más.

—Lo que sea —dijo Eric, procurando ocultar su enojo—. El caso es que si estamos en el proceso de ser cada vez más populares debemos mejorar la imagen de Raptor.

—No vamos a echar al gordo —contesté.

Sam otra vez se mostró alarmado. Mi ballena bebé era mi amuleto de la suerte.

—Claro que no —dijo Eric—. Pero debemos comportarnos como miembros de una banda, ¿o no? Y venir a comer *pizza* y *Doritos* al restaurante de la mamá de Sam no da la imagen que queremos. No nos ayuda. No nos hace ver geniales.

El gordo llevó una mano a su pecho con dolor:

—¿Qué tiene de malo la pizzería de mi mamá?

Pero yo comprendí el punto de Eric.

—Mira esto —dijo, ignorando al gordo, y sacó un porro de su bolsillo—. Me lo consiguió un amigo de Polo.

Yo mismo cogí el porro para olerlo:

—¡Mi culo sentado! —exclamé.

—¿Qué es eso? —preguntó Sam.

—Una amiga llamada María Juana.

—¿Qué?

Eric y yo reímos.

—Aquí no podemos fumar —dije.

—En la noche hay una reunión a puerta cerrada en Cuarto para las nueve —dijo Eric—. ¿Conocen ese bar?

Asentí seguro. Cuarto para las nueve era un bar de mala muerte comparado al de Bob, pero popular.

—Ahí podemos fumar —dijo Eric.

Miré con curiosidad el porro. Había bebido, fumado, follado... Pero el cánnabis iba más allá.

—¿O te da miedo? —me retó Eric.

Lo miré molesto.

—Tengo las pelotas más grandes que tú, animal. ¿A qué hora llego?

Así de fácil acepté.

—A las ocho —dispuso Eric y se volvió para mirar a Sam—. ¿Qué dices tú?

Sam miró a ambos con miedo, tragó saliva y dijo:

—Yo tengo que ayudar a mi hermana con las tareas de la universidad.

—Cobarde —dijo Eric.

—Recobarde —lo secundé.

—Es que yo...

—Sam, vamos a ser estrellas —dije—. Debemos relacionarnos con gente que hace esto, hay que quedar bien con ellos, con los admiradores, con otras

bandas.

—Dijiste que tú eres la estrella —me recordó él.

—Soy como Jesús y tú como uno de mis apóstoles —le expliqué—. Ve por ahí a hablarle a las multitudes sobre lo genial que es Max Solatano.

—¿Eso cuenta como blasfemia? —preguntó Sam dando su atención a Eric y fingí darle mi bendición—. ¡Max! —insistió.

Me reí.

—Estás peor que mi mamá al colocar el pesebre antes de Navidad. No jodas, gordo.

—¿Qué hacen? —preguntó de pronto una voz.

Los tres saltamos, tomados por sorpresa.«¡El porro!». Junto a nuestra mesa se encontraba Ling de pie.

—Hablando de Jesús, los apóstoles y el pesebre —contesté con cara inocente.

Y es que era verdad.

—Sí, claro —resopló Ling en lo que Eric se apresuraba a esconder el cannabis—. Solatano, te vine a buscar a ti —añadió. La miré confuso—. A Suhail se le descompuso el coche tres calles abajo, cerca de la universidad.

—¿Y?

—Quiere que vayas. —Ling me miró con enfado.

—Te dije que ese coche era una baratija —le recordé a Sam, pero él estaba ocupado mirando a Ling como si esta fuera su estrella favorita—. Da igual —dije, dando un último mordisco a mi *pizza*— dame tus llaves —pedí.

Sam me las entregó sin resistirse nada. Con él todo es más fácil con Ling cerca.

—No te apures —me aconsejó Ling cuando me puse de pie. La miré con extrañeza—. Un tipo que es un encanto, además de guapo, se detuvo a ayudarla. Solo lo digo.

Sonreí de manera forzada y caminé con decisión hacia el coche de Sam.

Tenía que apartar a todos de mi hermanita.

102. Suhail

Mi coche era un Toyota modelo 98; viejo, pero sacaba la tarea, sin embargo, ese día nos dejó a Ling y a mí a un lado de la calle. Preocupada, pedí a Ling ir a la pizzería de la mamá de Sam por Max. Pero no conté con que, mientras tanto, un chico se detendría y bajaría a ayudarme.

—Y... ¿cómo debo llamarte? —preguntó en lo que revisaba el motor de mi Toyota.

—Suhail —contesté, tímida.

Él buscó mi mirada y estiró los labios en una sonrisa.

—Lindo nombre —dijo.

—Gracias.

Su coche, un Nissan que comparado con mi Toyota se veía bastante nuevo, se encontraba estacionado atrás.

—¿Y… tú cómo te llamas? —me animé a preguntar.

Aunque me sentía cohibida, no estaba acostumbrada a tratar con chicos.

—Mejor no decirlo —suspiró él dejando a un lado el coche. Temí que en cualquier momento dijera que mi viejo Toyota no tendría reparación—. Saber mi nombre siempre rompe el encanto.

Como si el mío no fuese lo suficiente raro.

Me moví incómoda, intentaba flirtear conmigo, lo dejó claro desde que se detuvo. Solo traté de no seguirle el juego.

—¿No me vas a preguntar por qué saber mi nombre rompe el encanto? —me alentó.

—¿Por qué rompe el encanto? —pregunté sin ganas.

«No tardes, Ling».

—Tengo un nombre feo.

—No te creo—dije.

Y es que el chico era apuesto. Por ende, no me cabía en la cabeza que tuviese un nombre feo. Más bien me pareció uno de esos tipos que finge no atraer demasiado la atención cuando es todo lo contrario. Falsa modestia, le llaman.

Él, divertido al ver mi reacción, continuó hablando. Me ponía más atención a mí que al coche. No obstante, buscando desviar de mí su interés, eché un vistazo a la calle. Había una fila enorme de vehículos, era justo la hora de salida en la universidad. Menos mal que había conseguido estacionar a un lado mi Toyota.

—¿En qué facultad estás? —preguntó el chico, insistiendo en ser yo el tema.

—Oh, no. No soy universitaria —aclaré—. Bueno. Aún no.

Apenas me creyó.

—Pero te he visto en el campus. Digo, eres inconfundible; ya sabes, por tu cabello —señaló mis rizos.

No sabía dónde esconder mi cara. ¡Me había notado hace mucho!

—Vengo a cursos libres: filosofía, psicología, teatro.

A partir de ese momento me miró con admiración.

—Toda una caja de sorpresas —felicitó—. Porque también te vi en un seminario de medio ambiente, y creo que también en uno de emprendimiento. Dios, no recuerdo bien.

—¿Sí?

—No es que te siga —aclaró, ruborizándose—. Bueno, tal vez un poco... —admitió.

Miré hacia otro lado, confundida. No sabía cómo comportarme frente a alguien al que le intereso.

—Y por eso me detuve al verte aquí —continuó explicando, tímido—. Me dije: tal vez se acuerde de mí; ya sabes, por los seminarios...

—Lo lamento, no.

Y de verdad lo lamenté. Debí verme cruel, muy cruel, a esos seminarios solo asistimos, a lo mucho, veinte personas.

—Está bien. No participé mucho —se excusó y devolvió su atención al motor de mi coche.

Yo aproveché para ponerle más atención. Tal vez de esa manera lo recordaría.

—¿Tú sí eres universitario? —pregunté.

—Sí. —Sus ojos volvieron a mí otra vez, se veía feliz de que le preguntara algo—. Estoy por terminar el segundo año. Estudio veterinaria.

Un veterinario. Mi romanticismo nato lo imaginó rescatando cachorritos.

—Eso es adorable —admití, aún cohibida.

—Todo un reto, en realidad —dijo él—. Ya sabes, mis pacientes no pueden decirme qué pasó, cómo se sienten, qué les duele.

Por primera vez me mostré atenta a la conversación. Veterinaria era una de las carreras que me interesaban.

—Yo, bueno —«¿Acaso intento seguir la conversación?»—, participo en un grupo que busca hogar a animales de la calle —dije.

—Lo sé —dijo él.

—¿Cómo?

Me sorprendió. A él, por el contrario, lo vi sonrojarse otra vez.

—Insisto en que no es que te esté siguiendo —justificó, rascando con impaciencia su cabeza. Un gesto que me pareció tierno—. Es que al parecer tenemos cosas en común. Muchas cosas en común. Yo participo en el grupo dando apoyo al veterinario de cabecera —explicó—. Él es mi papá.

Me quedé sin palabras. ¡*Yo,* Suhail Didier, sin palabras!

—No es gran cosa —agregó.

—Sí lo es —dije, conmovida.

—Aunque dudo que me hayas visto ahí —sonrió, esperanzado.

Esperaba un sí. Era mi turno para abochornarme:

—No, lo lamento. O tal vez sí... Soy distraída.

—Nah, está bien. —Él miró de mí a la calle—. Soy invisible para chicas lindas.

¿Chicas lindas? Me apresuré a bajar la mirada. También era una idiota en eso de saber cómo reaccionar ante un cumplido. Todavía me cuesta.

—Yo aquí distrayéndote —lo escuché decir y lo miré de nuevo— y tú quieres saber de tu coche.

Miré a mi Toyota. «Oh, cierto, se arruinó». Rasqué mi barbilla. Lo había olvidado por completo.

El chico, cuyo nombre todavía no sabía, volvió a dirigir su atención en el Toyota. Yo lo miré a él: era alto, con cabello castaño encrespado, piel morena y ojos color miel.

—Voy... —intenté decir, y él me devolvió su atención al instante. Eso me hizo sentir especial—. Voy a participar en un concurso de deletreo —continué, y me sorprendí de querer contarle eso.

¿Por qué le contaba? Tal vez quise saber si también teníamos en común el deletreo.

—Bueno, me gusta —dije, tímida.

—*Wow* —exclamó, admirado—. Oye, ahora que lo pienso, quizá seas la primera a la que le parezca interesante mi nombre —dijo y respiré tranquila cuando tomó mejor que bien lo del deletreo. No me iba a sentir rara al hablar de eso con él.

—Pero no me vas a decir cuál es —dudé, queriendo saberlo. De verdad quería saberlo.

—Es que... no —suspiró—. Romperá el encanto. Créeme.

Me reí.

—Creo que exageras.

—De verdad que no.

—Que sí.

—Que no.

—Que sí. —Empujé su hombro queriendo bromear.

—Que no —zapateó él como un niño pequeño y los dos reímos.

—¿Es Panfilo Anacleto? —pregunté, arqueando una ceja.

Él se encogió de hombros y asintió:

—Me dicen Panfi.

Me reí con más fuerza y él saltó fingiendo encestar una pelota.

—¿Y eso? —pregunté, confundida.

—Ya sabes. —De nuevo se sonrojó—. Como te hice reír, encesté.

—Oh.

Y ahí estaba riendo de nuevo. Nos debimos ver como un par de tontos. Yo, en lo personal, me sentía extraña.

—Ya casi —dijo él, volviendo al coche.

A tiempo vi llegar el Ford azul de Sam, este incluso rechinó las llantas al girar, lo que me indicó que quien conducía era Max.

Miré del Ford al chico desconocido, él continuaba sobre mi Toyota, revisándolo sin poner atención al Ford ni a nada más.

—Olvidé decirte que... —titubeé, mirando de reojo al Ford.

—Te escucho —dijo él.

Vi bajar del Ford a Max como solo él podía hacerlo: con estilo. Se ajustó la chaqueta de cuero, cerró la puerta con un puntapié y caminó hacia nosotros agitando en su mano las llaves. Entre más se acercaba más interés mostraba en el desconocido, por lo que se detuvo de pie detrás de este, que le daba la espalda y seguía sin advertir su presencia.

—Olvidé mencionar a mi hermanastro —titubeé—. Su nombre es Max.

El chico dejó salir un resoplido.

—¿Max? —inquirió—. ¿Como el idiota que toca en el bar de Bob?

Al escucharlo, Max inclinó su cabeza hacia la izquierda, como si intentara decidir de qué forma iba a matar al chico. Llevé una mano a mi cara.

Debí advertir que conocería el bar. Lo frecuentan muchos universitarios.

—Perdón —se disculpó el chico, incorporándose—. Es que ese Max sedujo a mi exnovia cuando lo fuimos a ver tocar, y... de verdad, perdón. No tiene nada que ver con tu hermanastro.

Miré de él a Max. «¡Qué pena!» El chico, advertido por mi silencio, finalmente giró sobre sus pies y siguió mi mirada.

—Me tendrás que recordar el nombre de tu exnovia, porque no la recuerdo —se presentó Max extendiendo hacia él la mano.

El chico rio por lo bajo y aceptó con reserva la mano Max. Quise morir de la vergüenza.

—Él es Max —dije entre dientes.

Entonces, el chico, cuyo nombre quizá nunca iba a saber, asintió sin siquiera verme. Max, por el contrario, se veía victorioso de poder incomodarnos.

—Gracias por ayudar a mi hermanita —dijo.

—No hay de qué —contestó el chico, pero se escuchaba decepcionado y molesto.

Miré sus manos. Se hallaban sucias por haber revisado mi Toyota. Apenada, corrí hacia el maletero para buscar un trapo para que se limpiara.

Mientras tanto, escuché decir a Max:

—Qué bueno que te animes a estar a solas con Suhail...

«Ay, no».

—No comprendo.

—Es mitómana —le dijo, sin preámbulos—. Ya sabes, una de esas personas que mienten demasiado. Entre otros trastornos mentales que también le diagnosticaron.

Por primera vez en mi vida, sentí vergüenza al verlo alejar a alguien de mí. «¡No, a él no!» Resignada, cogí el trapo y regresé con ellos.

—Para que limpies tus manos —le dije, apenada. No tenía el valor para mirarlo a los ojos.

—Gracias —contestó él sin dejar entrever emoción alguna.

—¿Entonces cuánto te debemos? —le preguntó Max.

—No es nada.

—Bueno, adiós entonces —lo despidió.

Y encima lo echaba...

Giré la mirada hacia el chico para verlo una última vez.

—Suhail —se despidió con un gesto amable y lo vi subir a su coche.

—¿Nos vamos? —me preguntó Max moviendo con fuerza las llaves en su mano. Tenía prisa.

Lo miré.

—¿Te sigo o me sigues?

—Te sigo. No sea que se vuelva a quedar esta baratija.

—¡Respeta a mi Toyota! —le grité.

—Baratija.

Triste, subí al coche y lo encendí sin problema. Me sentía apenada por haber hecho sentir mal a ese chico.

—Oye —le escuché decir y me volví. Se hallaba estacionado a mi lado—. Mi nombre es Aitor —dijo por fin, sonriente.

Por alguna razón, sentí brotar esperanza dentro de mí, e iba a responderle «mucho gusto» cuando la bocina del Ford azul de Sam nos interrumpió. Max se había estacionado detrás de ambos.

—¡Oye, idiota! —le gritó—. ¡Estorbas!

Aitor cogió aire, o quizá paciencia, y tranquilo se despidió de mí asintiendo con la cabeza.

Esperé a que Max se estacionara a mi lado antes de avanzar.

—¿Tenías que hacer eso? —reclamé.

—Me llamó *idiota* —se quejó.

—¡Sedujiste a su novia!

Max hizo rodar sus ojos.

—¡Ni sé quién es!

—¡Eso no es excusa! —dejé en claro y aceleré.

103. Max

Por lo que más quieran, no pidan saber qué pasó antes de esto.

—Raoundem... Rapundel... —dije, riendo—. ¿Rapunzel, deja caer tu cabello? Eso es... déjalo caer.

Aunque lo dije bien esa última vez, no recibí ninguna respuesta por parte de Suhail. Cansado, comencé a trepar el árbol. No parecía difícil desde abajo.

También miré el reloj, ya marcaba las once de la noche a pesar de que apresuré a Polo y a Eric a salir del bar y después reí tontamente al recordar lo rápido que llegamos a mi casa, o a casa de Bill y Suhail, da igual de quién es. Aunque ellos afirman que también es mi casa.

No paraba de reír. Maldito porro, me hizo sentir invencible. Hice amigos con facilidad y entre Eric, Polo y yo conseguimos nuevos y mejores contactos para Raptor.

Claramente en apuros, me tambaleé y casi caigo:

—Esto no está funcionando —le dije al árbol apoyándome sobre otra rama. Ya había escalado la mitad.

Después sentí la necesidad de sentarme ahí mismo y dormir un rato, pero debía entrar antes de que Miranda se percatara de mi ausencia.

—Rafuuunzel... —insistí dando un bostezo. Tenía sueño.

Pensé que de haber sabido cuánto me iba a relajar y poner alegre el cannabis, lo hubiera fumado antes.

—Veterinario... Sí... No, no dijo qué días...

Reconocí esa voz. ¿Suhail estaba al teléfono? «Eso explica por qué no contestó». Me incorporé y continué escalando el árbol.

—No creo que tengan sus datos... ¿En serio? Sí, sí, busca Aitor... No sé su apellido.

«¿Aitor?», me pregunté. Suena a diagnóstico dental.

Dentista:

—¿Qué muela es la que le duele?

Paciente:

—Esta...

Dentista:

—¡Ay no, por Dios, usted tiene Aitor! Lo tendremos que hospitalizar.

Aún me río de eso. Por otro lado, «¿desde cuándo creció tanto este árbol?», me pregunté y acomodé sobre otra rama para sacarme un par de astillas de la mano. Luego la observé curioso. «Wow, ¿todos tenemos dibujada una M en la palma de nuestra mano?», descubrí. Miré con fascinación la mía. «M de Max». Genial. Y de igual manera me pregunté si Suhail tendría una «S de Suhail».

—Hasta el quince del próximo mes... No, ¿cómo crees? Me da pena... Tal vez sí... Sí. Mañana asisto a un seminario. A lo mejor...

Procuré escuchar con atención a Suhail. Sin embargo, pronto el sonido de los grillos me distrajo.

Cri cri. Cri cri. Cri cri.

Me pregunté qué pedían los grillos que «grillaban» tan emocionados. ¿El rescate de la biosfera maya? ¿La abolición del capitalismo? O puede que solo quisieran compartir con nosotros el sentido de la vida y dar respuestas a nuestra existencia.

Cri cri. Cri cri. Cri cri.

—*Wow* —dije, sacando del bolsillo la última colita de porro—. Vamos por la vida mirando sin ver nada de lo que realmente deberíamos ver, y no comprendemos por qué nadie ve lo que es importante ver —reflexioné.

Cri cri. Cri cri. Cri cri

Asentí. Los grillos «grillaban » de acuerdo.

—Es que lo que no vemos siempre resulta ser lo que desde el principio debimos ver, pero no lo vimos por ver lo que da igual ver —concluí.

Los grillos aplaudieron. «Maldita sea, si no tengo éxito en la música optaré por la filosofía», decidí.

—¿Qué haces ahí, idiota, y hablando solo? —escuché de pronto.

Y cuando pensé que había logrado conectar con mi animal espiritual y que tendríamos un diálogo que nos ayudase a encontrar el sentido de todo, reconocí la voz de Suhail y miré hacia arriba.

—¿Cómo?

—Que qué haces ahí hablando solo —volvió a preguntar ella desde su ventana.

Parecía molesta.

—¿Realmente estamos solos? —cuestioné—. ¿O la soledad es un invento del capitalismo para que al sentirnos tristes compremos cosas que no necesitamos y que no nos dan felicidad?

Vi los ojos de Suhail entrecerrarse lentamente.

—Ven acá —ordenó, chasqueando los dedos.

¿Iba o venía? Venía, porque yo vivía allí. O iba, porque venía de donde vine.

Me puse de pie y continué escalando el árbol.

Sonreí cuando estuve delante de Suhail. Ella no dijo nada de inmediato, se limitó a mirarme manteniendo los ojos entrecerrados y me olió.

—¿Sabías que tengo dibujada una M en la palma de la mano? —dije, mostrándosela—. La M de Max. ¿Todos tenemos una M o tú tienes una S?

Suhail todavía no decía nada, por lo que decidí continuar:

—Sabes, hoy conocí a un tipo bastante interesante —le conté, todavía sobre una rama del árbol—. Lo apodan «el mono». Te caería bien. Es *hippie*.

—¿Ah, sí? —dijo ella, frunciendo los labios.

—Me habló sobre la vida —dije, echando la cabeza hacia atrás para ver la luna—, y que no debemos ser superficiales...

—¿Ah, no? —preguntó Suhail torciendo la cara de tal forma que me recordó a villano de historieta.

—No, no debemos —continué, cogiendo una bocanada de aire. Me sentía… volando—. Hay gente necesitada, Suhail. ¿Sabías que la oligarquía tiene acaparados a los medios de producción?

—¿La oligarquía? —me preguntó ella, arqueando una ceja.

—Sí. Debemos levantarnos en armas y tomar lo que nos pertenece —repetí, sintiéndome confuso—. ¿O es lo que les pertenece? —dudé—. Lo estaríamos recuperando, ¿no? Algo así dijo el mono.

—¿El mono? —preguntó Suhail, levantando el puño.

—Sí, así le apo...

Y me golpeó la nariz con fuerza.

«Mierda».

Caí de espaldas sobre el césped, lastimándome la espalda. Menos mal que hablamos de un par de metros de distancia.

—¡¿Por qué la brusquedad?! —exclamé, intentando incorporarme. Aunque me rendí al ver desde ahí la infinidad del cielo, un cielo que no nos da respuestas.

El mono también me había hablado sobre la importancia de conectar con la naturaleza y todo lo que no sea desechable en nuestro banal entorno. Nos adoctrinó bien a Eric y a mí mientras le compartíamos porros. Por ello, ahí, recostado sobre el césped, busqué constelaciones... aunque para ser franco no encontré nada, porque era la primera vez en mi puta vida que ponía atención a las estrellas.

En eso estaba cuando el rostro de Suhail se interpuso entre el infinito y yo.

—Eres un imbécil —dijo.

—El mono también dijo que lo que dicen nuestras palabras refleja lo que hay en... —sentí un terrible dolor en las pelotas—. ¡*OUCH*! —grité. Ella había colocado el pie sobre mi más preciado tesoro—. ¡MALDITA SEA, SUHAIL!

—Vamos —ordenó, dándome la mano para que me incorporara—. Y vas a entrar en si-len-cio.

¿Por qué siempre me regañaba en sílabas? Asentí sin más remedio y me hizo seguirla adentro.

—Miranda y papá ya duermen —explicó, molesta. E iba a abrir la boca, pero me calló de nuevo—. Te juro que si vuelves a citar al tal mono te aviento desde la azotea —prometió.

De esa manera entramos a su habitación y me senté en su cama.

—Eres un desastre —me regañó en lo que me sacaba los zapatos y la chaqueta.

—Yo...

—¿Quién te convenció de hacer esto?

—Eric —confesé.

Ella caminó de un lado al otro furiosa.

—Y claro, si alguien dice «Max, ¿qué tal si nos tiramos desde un acantilado?», vas y lo haces. Y cuando te decimos a modo de regaño «Max, ¿acaso puedes ser más idiota?», vienes y lo tomas como un reto.

—No... —quería aclararle.

—¿Por qué no intentas canalizar tu energía de forma positiva?

Bostecé.

—Oye, eso mismo dijo el mo...

—¡Que no menciones al maldito mono! —gritó interrumpiéndome y, sintiendo una terrible jaqueca, me dejé caer sobre la cama, su cama.

Ahí estiré los brazos. A diferencia de la mía, la cama de Suhail estaba ordenada y olía bien.

—¡Será mejor que confieses qué te metiste, Max Solatano, o se lo diré a Miranda! —amenazó—. ¡Te juro que se lo diré a Miranda! ¡No puede ser que vengas...!

Cri cri. Cri cri. Cri cri.

El reclamo de los grillos exigiendo un mundo mejor era más fuerte que el bla bla de Suhail. ¿Por qué estamos sin estar donde creemos estar?

—¡Y no te duermas! ¡No te duermas!

*****

Abrí los ojos al sentir sobre mi cara el primer rayo de sol, limpié baba de mi boca y traté de recordarlo todo: Eric, Polo y yo llegando al bar, Polo presentándonos a sus amigos idiotas, entre ellos uno al que le apodan «el mono».

Un momento. «Desperté en un lugar demasiado limpio para ser mi habitación», reflexioné. Todavía adormitado, miré el techo y leí: HONESTIDAD. RESPETO. CIELO...

«Es la habitación de Suhail». Sonreí como un ganador y me acomodé sobre mi lado izquierdo buscándola. Ya no se encontraba ahí, pero dejó una nota.

1. No, no nos acostamos, así que borra esa sonrisa idiota de tu cara.

2. Me debes una explicación. Y me vas a escuchar, Max. ME VAS A ESCUCHAR.

3. Te espero a las once en la cafetería de la universidad. Sin falta. Y no, no pongas esa otra cara. Si no vienes le contaré a Miranda en qué estado llegaste anoche.

Vamos a evaluar programas de estudio hasta encontrar uno que llame tu atención.

Suhail.

Pasé una mano sobre mi cara. Suhail quería obligarme a entrar a la universidad y yo solo quería concentrarme en Raptor.

Y la amenaza funcionó. Salí de la cama y luego de la habitación maldiciendo al mono y a los malditos porros.

104. Suhail

Saqué un cuaderno del bolso y me acerqué a la cartelera informativa de la universidad para anotar los códigos de los cursos que me interesaba llevar. Si no me inscribía a tiempo quedaría fuera. Seguiría tomando cursos libres hasta graduarme del bachillerato y poder matricularme.

Así fue como al buscar el listado de horarios me tope con publicidad del concurso de deletreo. Éramos muchos los participantes. «Ojalá tenga una oportunidad», pensé.

—Creo que iré —le dijo una chica a otra, mirando el afiche que invitaba a asistir al concurso.

—Suena aburrido —contestó la otra.

—Nah, es divertido ver sus caras cuando se confunden.

Torcí mi propia cara en una mueca. Ese día descubrí la fascinación que sienten algunos al ver cometer errores a otros.Terminé de anotar mi horario y giré sobre mis pies buscando el camino más corto hacia la cafetería. Ahí me encontraría con Max. Entretanto, en apariencia distraída, vi a un chico tratar de esconderse detrás de un grupo de personas, pero era tarde, ya lo había visto; sonreí y caminé con timidez hacia él, dudando si acercarme o no. Por fortuna, ya no era invisible para mí.

—No te estoy acosando —aclaró, a modo de disculpa. Se veía avergonzado de ser descubierto—. También vine a ver el listado de horarios.

—Aitor —saludé para que se relajara—. A. I. T. O. R —deletreé—. Aitor.

—Lo deletreas perfectamente —dijo, feliz.

Vestía una camisa azul, pantalones café y mocasines. Me gustó su estilo. Soy del tipo que prefiere a los chicos formales, tipo «Le caerías bien a papá». Al contrario de Max, que... Mejor no hablemos de Max. No debería estar pensando en Max.

—No es difícil —negué, guardando mi distancia, siempre dejé al otro la decisión de aproximarse.

Y lo hizo. Caminó hacia mí hasta quedar frente a frente, y sentí miedo, lo admito; pero no me alejé. Me convencí de permitirle llegar hasta donde me sintiera cómoda.

—¿Cuándo es el concurso de deletreo? —preguntó, metiendo las manos dentro de los bolsillos. Nada que temer, se sentía tan cohibido como yo.

—El próximo viernes —dije, contando con los dedos los días que faltaban —. Un día antes del cumpleaños de Max. —«¿Qué estás haciendo?», me reproché mentalmente. «¿Por qué mencionas a Max?». Me apresuré a negar con la cabeza—. Perdón por mencionar a mi hermanastro —me disculpé—. Es que, en casa, cuando se hace mención del concurso, papá y Miranda

agregan que tienen dos fechas importantes la misma semana —aclaré —.Bueno, no importa. —Mejor cambiar de tema—. ¿Cómo... cómo estás?

—Bien —dijo, amable.

Miré sobre mi hombro, otra vez buscando el camino más corto hacia la cafetería.

—Bueno... gusto en saludarte —intenté despedirme—. ¿Te veo luego?

Porque si únicamente iba a responder «bien», no vi el caso de quedarme, ya se me dificultaba lo suficiente conversar como para que encima me responda con...

—¿Cómo está tu coche? —preguntó, deteniendo mi huida.

—Bien —dije, dudosa, igualmente sintiéndome cómoda al solo contestar eso, y empecé a caminar. Mientras, él, contrario a lo que imaginé, se quedó a mi lado—. Papá lo llevará con nuestro mecánico para que lo revise, aunque en mi opinión anda bien.

Aitor asintió de acuerdo.

—Recomiendo un chequeo general.

—Le diré a papá.

Bajamos gradas y nos abrimos paso entre grupos de estudiantes.La noche anterior llamé a Ling para contarle que Aitor llamó mi atención, mas no esperé que las cosas avanzaran. Rápido para mí, claro. Porque para cualquier otra chica es normal que algún chico que ha mostrado interés en ella camine a su lado.

—Acabo de decidir que iré al concurso —comentó, sonriendo.

Otra vez me sentí especial.

—¿Para ver si me equivoco? —bromeé, recordando la conversación de las dos chicas.

—No. Iré para verte ganar —aseguró, y las esquinas de mi boca se levantaron en una sonrisa. Aitor, insisto, me hacía sentir segura y cómoda.

Caminamos uno junto al otro hasta la cafetería y al llegar buscamos una mesa.

—¿Qué te pido? —me preguntó en lo que yo tomaba una silla.

—Un sándwich.

Lo vi dejar un par de libros sobre la mesa para después caminar hacia la caja. Aitor se veía como un chico normal, llamar la atención no era lo suyo. No como Max, que...

«¡Que no pienses en Max!», suelo regañarme cada vez que cuento esta historia. Porque Max, como ya vieron, cuenta su propia historia. Yo tengo mi versión.

Eché un vistazo a los libros que Aitor dejó en la mesa: *Juan Salvador Gaviota* y *El Arte de la Guerra*. De esos dos solo había leído *Juan Salvador Gaviota*.

Cuando Aitor volvió, además del sándwich, me trajo un jugo de naranja. Para él pidió pastel de manzana y un café.

—¿Está bien el jugo o voy por un café? —Siempre se mostró atento.

—Jugo está bien.

Lo observé dar un sorbo a su café como si esperara a que en cualquier momento dijera algo que me hiciera sentir mal. Pero no. «Confía en él, Suhail. Vas bien».

—¿Tienes una hora libre? —le pregunté—. Yo no me he matriculado, pero... tú ya estudias aquí.

Temí hacerle perder el tiempo.Tosió nervioso.

—Eh, sí... Pero no quería perder la oportunidad de... ya sabes.

—¿Ir a anotar los nombres de los cursos libres? —bromeé.

—No —negó, sonrojándose—. La oportunidad de conocerte más —aceptó—. Otra vez te vi a lo lejos y pensé: «Quizá pueda acercarme».

«En serio le intereso».

De esa manera, buscando una distracción que menguara mi incomodidad, formé una flor con el sándwich.Aitor me observó curioso. Admito que sentía miedo de que algo saliera mal, nunca había llegado tan lejos con un chico, pero me sentí dispuesta a no dejarlo pasar.

—¿No te importó que Max dijera que soy mitómana? —pregunté, mirando la flor. ¿Había creído a Max o no?

—No me has dicho ninguna mentira, Suhail —dijo—. Yo mismo te he visto interesada en actividades extracurriculares —se encogió de hombros —. Además, perdón, pero no confío en tu hermanastro.

Y es que…

—¿Tú otra vez? —escuché decir a Max. Salté en mi asiento debido a la sorpresa. ¿Lo invocamos?

Max se hallaba de pie a un costado de nuestra mesa, de brazos cruzados, mirando con molestia a Aitor.

—¿Hola? —lo saludó Aitor confuso y miró de mí a él.

Olvidé advertirle que me reuniría con Max. No obstante, en todo caso, nuestra «cita» se dio casualmente. Yo no eché a perder nada.

—Max viene a escoger una carrera —expliqué.

Max, a la vez, soltó una risa seca:

—Suhail quiere que haga algo con mi vida —dijo, observando con interés al chico que me ayudó con mi coche y se sentó en un banco de nuestra mesa.

Aitor torció la boca formando con esta una mueca que reflejaba incomodidad, pero yo no podía echar a Max, lo había citado.

—¿Y para qué eres bueno, Max? —decidió preguntar tratando de ser amable—. ¿Qué aptitudes tienes?

—Déjame ver —musitó Max tomando asiento, fingiendo pensarlo. Yo continué jugando con el sándwich—. Se me da el *ballet* y el origami. ¿Tú?

Hice rodarlos ojos. Aitor, por otro lado, en todo momento solo intentó disimular lo mal que le caía Max.

—Oh.

—Max es músico —aclaré, lanzando una mirada de advertencia a Max. No iba a permitir que fuera el mismo simio de siempre.

—Eso ya lo sabe, Suhail —sonrió Max mirando con humor la flor que formaba con el sándwich. Le gusta verme jugar con la comida—. Lo recuerda cada vez que me reclama que me acosté con su novia. ¿Cindy se llama, Aitor?

—No —respondió Aitor, tenso.

Sin preguntar si se lo permitía o no, Max cogió la mitad del sándwich y le dio un mordisco.

—¡Oye! —me quejé. Había desarmado mi flor.

—¿Te lo compró Aitor? —me preguntó hablando con la boca llena. Asentí. Acto seguido, Max miró burlón a Aitor—: A Suhail no le gusta el queso amarillo —lo regañó—, y prefiere pan integral en lugar de blanco. ¿No te ha dado su discurso sobre comida procesada?

—No lo sabía —se disculpó Aitor, mirándome.

—Está bien —dije, y me puse de pie buscando una mesera para pedirle servilletas.

Era increíble que mi «hermanito» no comiera educadamente frente a extraños.

—¿Señorita? —llamé a una mesera. No me escuchó. Decidí caminar hacia ella—. Señorita, necesito servilletas —le pedí.

—Suhail nació siendo niño y niña —escuché decir a Max mientras tanto, y sentí mucha vergüenza. La excusa de que tengo pene es de sus favoritas —. Vivió como niño hasta los quince. Recién encontramos un buen médico para que le haga la cirugía de cambio de sexo.

—¿Ah, sí? —escuché gruñir a Aitor. Se oía enojado. Muy enojado.

Tendría que aclarar las cosas con él y explicarle a Max que no quería alejarlo.

Cuando la mesera me entregó las servilletas regresé a nuestra mesa y lo primero que hice fue darle una última mirada de advertencia a Max: «¡Compórtate!».

—¿Ahora qué excusa utilizarás? —le preguntó Aitor. Lo miré sin comprender—. ¿La del exnovio que es asesino en serie, que su papá es miembro de la mafia italiana o que su madrastra vendió su virginidad a un musulmán líder de Al-Qaeda?

—¿Que Miranda hizo qué? —inquirí viendo con enojo a Max. Primera vez que escuchaba lo de Al-Qaeda.

Max me guiñó un ojo.

—Tú tranquila.

Por otro lado, me sorprendió que Aitor estuviera al tanto de nuestro juego.

—¿Cómo...?

Él mismo me explicó:

—Cuando hice notar mis intenciones de salir contigo un chico me advirtió tener cuidado, y después otro y otro... —Miró a Max. Sé qué pretendes, Solatano —le dijo—. Eres un hermanastro *muy celoso*.

Max lucía serio. ¡Qué va! Se veía amenazante.

—No me importa que alejes tipos de ella —continuó Aitor, cogiendo mi mano. Mi palma cosquilleó—. Pero no hagas lo mismo conmigo.

Tragué saliva y sentí mi corazón dar un vuelco. «¿Él acaba de decir que le intereso?»

Los ojos de Max se entrecerraron desafiando a Aitor y, dando un último mordisco al sándwich que me robó, miró nuestras manos. Luego buscó de nuevo la mirada de Aitor y le sonrió:

—¡Priscila! —exclamó de forma repentina, en plan de sentirse feliz de recordar algo—. Ese es el nombre de tu exnovia.

—No —dijo Aitor con voz tensa.

Miré boquiabierta a Max. «¿Qué demonios...?»

—¿Irene? ¿Kim? ¿Nadia?

—No —gruñó Aitor.

—Tienes que ayudarme, amigo —lo animó Max, burlón.

—Laila —dijo por fin Aitor, molesto.

—¡AH, LAILA! —se carcajeó Max y lo hizo tan alto que la mitad de la cafetería nos miró. Aitor levantó con dignidad su barbilla—. Haberlo dicho antes. Grita bastante, eh.

—¡MAX! —lo regañé.

¿Qué intentaba?

—¿Cómo era? Ah, sí: «¡Oh, Max, tú sí la tienes grande!» —gimió, imitando la voz de una mujer excitada—. Algo así fue, amigo tractor o… Aitor. ¿Cómo es que te llamas?

—¡Max Solatano! —insistí, verde del coraje.

La mano de Aitor tembló a causa de su molestia, pero no soltó la mía. Al contrario. Y quiso decir algo sensato, pero no supo cómo.

—No me malentiendas, amigo —continuó Max—. Ya estaba bastante kilometrada. Su boquita era tan sucia que hacía...

De inmediato «mi hermanito» empezó a mover de forma circular su lengua.

—¡Suficiente! —lo amenacé. Había cruzado la raya.

—¡¿Qué?! —rio, mirando con altanería a Aitor—. ¿Le molesta que hable de su ex? —lo retó—. Pero si acaba de decir que está interesado en ti, Suhail.

Aitor tomó aire para luego dirigirse a Max con ímpetu y solemnidad:

—Tienes razón. Por lo que, si tu hermana está de acuerdo —me miró—, cambiaremos de mesa para estar solos.

—Él vino porque yo se lo pedí —le dije a Aitor.Me sentía entre la espada y la pared.

—Está bien, Suhail —dijo Max, alcanzando la otra mitad de mi sándwich —. Les doy mi bendición para que se marchen a otra mesa y para que salgan.

Y mordió el sándwich ojeando curioso los libros que Aitor dejó sobre la mesa, y después cogió uno.

—Se llama *El Arte de la Guerra* —le hizo ver Aitor, con una pizca de humor—. Si quieres te lo presto.

—Max odia leer —dije.

—No, no —dijo Max acomodando el libro para ver su contraportada—. Este luce interesante.

—Te va a encantar, Max —sonrió Aitor—. De verdad, tienes que leerlo.

Algo en esa conversación no me cuadraba.

—¿Tú ya lo leíste? —le preguntó Max con una sonrisa inocente.

—Te puedo dar un seminario sobre él.

Max echó la cabeza hacia atrás para reír.

—Está bien, señor experto.

A regañadientes, él y Aitor estrecharon manos despidiéndose y Aitor me avisó de que me esperaría en otra mesa.

Miré de mala manera a Max cuando Aitor se alejó.

—¿Tenías que recordarle lo de su novia? —le reclamé.

—La verdad, sigo sin recordar quién es —admitió—, pero fue divertido joderlo con lo de la polla pequeña.

—¡Compórtate!

Y así, sin decir más, sin esperarlo, Max tomó mi mano. ¡Mi mano! Palidecí, pues además del cosquilleo que sentí cuando la tomó Aitor, con Max más partes de mi cuerpo saltaron como diciendo «Aquí estoy».

—¿Qué haces? —le pregunté con un carraspeo, incómoda, mirando con miedo nuestras manos una encima de la otra.

—Nada —dijo él otra vez con voz inocente, pero retadora, estudiando detenidamente mi reacción—. Diviértete —añadió soltándome.

«¿Por qué?»

Tardé unos segundos en volver a reaccionar y me giré para caminar hacia la mesa donde ya me esperaba Aitor.

«¿Por qué?», me volví a preguntar. ¿Qué intentaba Max?

105. Max

—¿Qué diablos te pasa? —le pregunté al gordo al verlo tomarme una foto con el móvil, guardar el aparato en su bolsillo y aproximarse a mi mesa.

—Es solo que es raro verte leer —dijo.

—Creo que encontré el tipo de libros que me gustan —sonreí orgulloso y le pedí sentarse.

Todavía me encontraba en la mesa donde me dejaron Aitor y Suhail, quienes aún estaban en su cita. Arqueé una ceja en dirección a la mesa que ocuparon para que Sam la viera.

—No empieces, Max —me pidió. Es más, ¡me lo rogó! No quería problemas. Pinche gordo cobarde.

—Suhail es intocable —dije.

Sam esbozó una mueca.

—¿Cómo va aquel dicho? —me señaló con el dedo—. Ni pichas, ni cachas ni dejas batear.

—Tengo mis razones para no intentar algo con Suhail —le recordé—. Para todavía no intentar algo.

El gordo soltó una risotada.

—¿Que ella no te quiere?

—¡Me quiere! —defendí, dando un golpe al libro que tenía en las manos; el que, «sin querer», dejó Aitor sobre la mesa. Se titulaba *El arte de la guerra*—. Escucha esto —pedí—: La guerra es de vital importancia para el Estado. Yo soy el Estado, gordo —me señalé y continué leyendo—: Es el dominio de la vida o de la muerte, el camino hacia la supervivencia o la pérdida del imperio...

—¿Suhail es el imperio? —preguntó Sam, burlón.

—¡Exacto! —dije, y seguí leyendo—: Es forzoso manejarla bien. No reflexionar seriamente sobre todo lo que le concierne es dar prueba de una culpable indiferencia en lo que respecta a la conservación o pérdida de lo que nos es más querido —sonreí—; y ello no debe ocurrir entre nosotros. El arte de la guerra se basa en el engaño. ¡En el engaño, gordo! —concluí, pero Sam esbozó un gesto de aburrimiento. Algo me dijo que ya había leído el libro—. Por lo tanto, cuando es capaz de atacar ha de aparentar incapacidad; y cuando las tropas se mueven, aparentar inactividad. ¡Ajá!

Sam se cruzó de brazos.

—¿Qué?

—Que aún sin haber leído antes el libro del chino este, yo ya actué bien, Sam.

—¿Sí?

—Sí —dije, orgulloso—. Le hice creer al zoquete que me parece bien que salga con Suhail porqué —señalé el libro—, escucha esto: Si está cerca del enemigo, ha de hacerle creer que está lejos; si está lejos, aparentar que se está cerca.

—Nunca imaginé que leer te haría daño —se quejó el gordo.

—No seas idiota —empujé su hombro y volví a la lectura—: Se debe golpear al enemigo cuando está desordenado, prepararse contra él cuando está seguro en todas partes, evitarle durante un tiempo cuando es más fuerte.

—Ay, Max.

Levanté la mano para que no me interrumpiera:

—Si tu oponente tiene un temperamento colérico, intenta irritarle. Si es arrogante, trata de fomentar su egoísmo. ¡AJÁ!

—¿Ahora qué?

—Que casi lo saqué de sus casillas hace un rato —dije, triunfador—. Soy un maestro del arte de la guerra, Sam.

—Has leído poco. Yo que tú leería todo el libro antes de hacer cualquier estupidez —me advirtió.

—Es mi camino al éxito.

—Cuando un chico quiere «conquistar» a una chica, lee poesía, Max. No guerra.

—Suhail ya me quiere —aseguré, mirando de reojo la mesa en la que se hallaba ella—. Ahora toca tomar mi territorio.

Me sentía el general de un ejército.

—¿Por qué ahora? —me regañó Sam—. ¿Por qué ahora que ella por fin se animó a salir con alguien?

Dejé caer mis hombros.

—Porque había dicho que no quiere estar con nadie. Debiste ver sus ojos cuando me pidió que alejara tipos de ella. Yo... —negué con la cabeza, recordando—. Yo le iba a pedir que... En un momento yo quise... ya sabes, romper un poco el hielo. Pero ella... —De nuevo miré a Suhail—. Es complicado.

—Pues yo la veo bastante a gusto con ese chico —dijo el gordo igualmente mirando la mesa de ellos.

—Lo sé —Me sentí como si un camión me arrollara—. Eso no me lo esperaba. Creí que... —Me sentí traicionado—. Creí que también lo alejaría.

«Mi quitisti i mi nivii, Mix»—me burlé, imitando a Aitor.

—¡¿Le quitaste a su chica?! —El gordo no podía creerlo.

—¡Que no me acuerdo de quién es! —repetí, enfadado—. La cosa es que no permitiré que él me quite a la mía.

Estaba decidido; sin embargo, cerré el libro y le indiqué al gordo seguirme.

—¿A dónde vamos? —preguntó, y salimos juntos de la cafetería.

—Lejos. No quiero verlos.

Le lancé una última mirada de odio a Aitor, me enfadaba que Suhail se sintiera a gusto con él. «Ni ilijis i sihiil di mí, Mix».

—¡Oye, yo no me puedo marchar todavía! —dijo Sam, preocupado, y me mostró un libro que llevaba con él—. Ling me pidió que le trajera esto. Lo olvidó y...

—¿Eres su asistente? —interrumpí.

Sam bajó la mirada.

—Es que...

—Quieres intervenir en el arte de la guerra cuando no te ha funcionado la poesía —me burlé de él ajustando de mejor manera mi chaqueta y me marché a preparar mi batalla.

106. Suhail

¿De escuchar antes la versión de Max algo hubiera cambiado?

¿Tuve en mis manos el poder de hacer mejor todo? Nunca lo sabré.

En ese momento no sospeché que estaba por vivir lo que hasta hoy continúa siendo la peor experiencia de mi vida.

107. Max

Llegué al bar de Bob en punto a las siete, era el día de mi gran oportunidad.

—Tenemos media hora para prepararnos —me dijo Sam, guardando el cronómetro.

«Primero lo primero».

—¿Cuánto tiempo hice esta vez? —pregunté al terminar de aparcar el coche.

—Once minutos.

Levantélos brazos sintiéndome victorioso.

—Mi tiempo vale oro.

—Eric hace siete —dijo Sam.

Mi ánimo se desinfló como un globo.

—¿Estás de su lado o del mío?

—Prefiero no tener lado.

Eric y yo competimos desde niños, por lo que mi plan a corto plazo era tener un coche mejor que el suyo. No sé cuál era mi problema con Eric, lo admito; supongo que me gustaba verlo«envidiándome».

—Bob se va a enojar —dijo Sam al ver la hora—. Vamos.

—Vamos —dije con gesto aburrido.

Me gustaba tocar en el bar, sin embargo, como todo artista en ascenso, empecé a sentir que ya me quedaba chico. Max Solatano necesitaba llenar estadios, no bares. Y nunca lo vi mal, tenía una mentalidad ganadora.

Al bajar del coche eché un vistazo al estacionamiento para ver si estaba el coche de Gin. ¿Recuerdan que tenía una novia llamada Gin? En cualquier caso, yo también hubiera hecho bien en recordarlo. El nuevo plan era conseguir que se cansara de mí para no tener yo que romper con ella. Cobarde, lo sé, pero así Bob no me odiaría por dejar a su hija. Quería seguir contando con él para no arruinar mi relación con mi futuro representante.

Una vez dentro del bar, Eric me recibió con un tono sarcástico por llegar tarde:

—Por fin llega la estrella.

—Trata de disimular el coraje que me tienes —devolví.

—¿Perdón?

—Que me tienes coraje —repetí, ignorándolo—. Te enoja que sea el más popular de la banda.

OceanofPDF.com

No solo ya estaba molesto porque él hacía menos tiempo que yo conduciendo.

—Vete al diablo, Max —contestó él, molesto, y dio media vuelta decidiendo si alejarse o no.

Me eché a reír, así de fácil era fastidiar a Eric, a la par Sam me regañó con la mirada. «¿Qué? Era broma».

—¡No aguantas nada! —dije a Eric.

Ahora, años después, reconozco que mis bromas solían humillar a otros. Humillar mucho a otros. Pero uno no puede regresar el tiempo y madurar antes de lo que tiene destinado.

Eric me miró con desagrado.

—Broma o no, la Bombilla te espera.

—Claro, quiere hablar con el líder de la banda —insistí.

—¡Max! —me volvió a regañar Sam.

Eric rodó los ojos y me señaló hacia dónde ir.

—No aguantan nada —protesté y me encaminé hacia una mesa de la esquina.

Mis amigos, en cambio, se quedaron atrás para comentar lo mucho que me odiaban en secreto... supongo.

—¡Max Solatano! —me saludó la Bombilla. Junto a él estaba Bob—. Te gusta hacernos esperar.

Estreché la mano de ambos.

—Mucho tráfico. Perdón.

—Ya se comporta como una estrella —dijo Bob.

Bromeé con eso al mismo tiempo que miré de soslayo a Eric y a Sam. Lo correcto hubiera sido aclarar que ellos también son parte de la banda y que debían acompañarnos.Pero no lo hice.

No lo hice.

—¿Para qué soy bueno? —pregunté, tomando asiento.

—La última vez platicamos sobre la posibilidad de iniciar una gira —dijo la Bombilla—. Vine a darlo por hecho.

—Entonces vamos en serio.

—Por supuesto —chocamos puños a modo de sellar un pacto—. Tienes que darte a conocer, Max.

—Bueno. En esta ciudad ya saben mi nombre.

—¿Aspiras a tan poco?

¡Él sí me entendía!

—Por supuesto que no.

Bob me miró con orgullo, se sentía el «descubridor» de la estrella en ciernes Max Solatano. De cualquier manera, yo solo esperaba que su hija se cansara y me dejara antes que yo a ella. No iba a llevar a Gi de gira.

—Lo que debías hacer en esta ciudad ya fue, pasó —dijo la Bombilla—. Ahora viene lo mejor. ¿Cuándo puedes empezar la gira?

Lo pensé.

—En un par de semanas salgo del bachillerato —expliqué—. Les preguntaré a Sam y a Eric si ellos...

—No. No. No —dijo la Bombilla—. Ellos te van a seguir. Y si no lo hacen, no te preocupes. Son reemplazables.

Abrí la boca y después la cerré con lentitud. ¿Reemplazables? Admito que sentí un agujero en el estómago al escuchar eso.

—Grábate esto en la cabeza, Max —dijo la Bombilla—: tú eres la voz, el líder, la estrella de Raptor. ¿Qué sería *Queen* sin Freddie Mercury o *The Doors* sin Jim Morrison?

—Nada.

—Exacto. Nada. Necesitamos que los admiradores tengan claro a quién seguir, Max. Tú eres la estrella de Raptor.

«Soy la estrella de Raptor».

Seguido de eso miré otra vez a mis amigos de toda la vida. Ese era el momento para decirle a la Bombilla «Pero *The Beatles* necesitaban a Lennon tanto como a McCartney». Pero no lo hice. En mi mente justifiqué que todo lo que me beneficiara a mí también sería para bien de ellos, pese a que no recibieran el mismo reconocimiento.

—¿Admiradores? —pregunté en su lugar.

—Millones de admiradores, Max —continuó la Bombilla—. Millones gritando tu nombre. Imagínalo.

—Suena estupendo.

—¿Quieres que hagamos una prueba? —me preguntó.

—Me parece bien.

La idea me entusiasmaba.

—Los hijos del fracaso se presentarán el viernes en esta ciudad.

Tenían que pellizcarme.

—¿Los hijos del fracaso?

Yo tenía su disco.

—Sí —La Bombilla sonrió orgulloso—. ¿Te gustaría abrir el concierto?

Me quedé sin palabras.

—Cla... ca... ¡Claro! —En serio no cabía de la emoción.

—El viernes a las siete —indicó anotándolo en su agenda—. Yo soy el representante de ellos y ahora seré el tuyo, Max.

Estaba pasando. Sería famoso, viajaría por el mundo, lo tendría todo. Sin embargo, pronto recordé algo importante:

—Viernes. —Sentí mi garganta obstruirse—. ¿Este viernes?

—Sí, ¿tienes algo más importante que hacer? —rio la Bombilla.

—No desperdicies esta oportunidad, Max —me advirtió Bob.

—No, no hay nada más importante que esto —dudé—. Aunque ese día es el concurso de deletreo de Suhail y lleva semanas practicando. Competirá por una beca.

—¿Quién es Suhail? —preguntó la Bombilla con un aire divertido—. ¿Tu chica?

—Mi hija es su chica —aclaró Bob, molesto.

—Suhail es... mi hermana —dije entonces.

—Ella lo entenderá, Max —dio por zanjado la Bombilla e insistió en que bebiera con ellos—. Debes acostumbrarte a hacer sacrificios.

—Supongo que tiene razón —acepté, inseguro.

¿Le importaría a Suhail que yo faltara a su concurso de deletreo? Un día después sería mi cumpleaños. Podría sacrificar eso y compensarlo.

—Ahora a tocar —dijo Bob más tarde. Ahí ya me esperaban Eric y Sam.

Ese escenario era pequeño. No obstante, cuando convencí a Bob de permitirnos tocar ahí lo sentí enorme. Fue con el tiempo que eso cambió. Ahora rio al recordar que durante nuestra primera presentación olvidé la letra de dos canciones y Eric desafinó con el bajo. Nos abuchearon, pero valió la pena.

Ha valido la pena cada equivocación.

—¿Qué te dijo la Bombilla? —me preguntó Eric al incorporarme. Ocultaba mal su molestia de que solo yo recibiera atención.

—Quiere que seamos teloneros de Los hijos del fracaso —informé—. La presentación es este viernes.

Sam celebró desde su lugar.

—¡Eso es genial!

—Supongo —dudé.

—No te ves contento —dijo Eric.

—El viernes es el concurso de deletreo de Suhail.

—¿Y no puede deletrear si no vas? —dijo Eric, sarcástico.

Eso me enfadó. Él sabía lo importante que era Suhail para mí. Aún lo es.

—De hecho, creo que deletrea mejor cuando Max no va —opinó Sam.

—Cállate —amenacé.

—Ve al concurso —me dijo Eric en lo que terminábamos de acomodar los instrumentos—. Pierde la oportunidad. Sam y yo podemos ir al concierto.

Ladeé mi cabeza hacia un lado sonriendo. «Hora de vengarme».

—La Bombilla me quiere a mí, no a ustedes. —Ahí está. Lo dije y no puedo volver el tiempo atrás.

Sam me miró con tristeza. Eric, por otro lado... mmm digamos que empecé a temer por mi vida.

—Chicos, tenemos que empezar a tocar —dijo Sam, rápido. Pese a que se sentía dolido era su costumbre mediar.

Eric y yo en tanto nos miramos decidiendo qué hacer. «Dejemos esto para más tarde».

En el bar no cabía un alfiler, se encontraba lleno. «¡Vamos, Solatano!», gritaban cientos de voces...

De acuerdo, solo dos y chicas con las que alguna vez flirteé, pero era algo. Al menos sabían mi nombre.

Primero canté *Bandera de salida*, después, *Aunque no me llames* y seguí con *Un soñador*, y así una larga lista de canciones sobre *friendzone*. ¡Maldito gordo incogible! Tendría que hacer mi propio esfuerzo e intentar escribir alguna canción que hable sobre algo diferente. En cualquier caso, mi ballena bebé se veía feliz de que pronto debutaríamos como teloneros. Él era más optimista que Eric. Desde el inicio asumió la idea de ser opacado por mí y no intentaba destacar. Sin embargo, para dejar en claro que las cosas del corazón sí le afectaban, esa noche su mirada cambió al ver llegar a Ling con un acompañante.

Nos fue a ver tocar acompañada.

Ya me imaginaba cantando «Te vi entrar con otro tipo y me dolió no ser tu tipo». Sam lo escribiría mejor, pero la idea era esa.

—Ánimo —intenté ir en su auxilio al terminar—. Cuando sepa de la gira y lo de Los hijos del fracaso, ella misma se bajará las bragas para ti, gordo.

—No estoy seguro.

Yo tampoco lo estaba. Ling podía ser... ya saben cómo.

Y así, sin un atisbo de culpa, hizo un gesto con su mano para que nos acercáramos a su mesa. Susurré al gordo que fingiera tener dignidad.

—Ellos son Raptor —dijo Ling a su acompañante, un tipo cien kilos más delgado que Sam—. Los conozco desde sus inicios.

Fingí dejar mi autógrafo en una servilleta de papel para luego dejarla caer frente al tipo, yo era más competitivo que Sam y pelearía la batalla de mi amigo.

—Ja. Ja —rio con molestia Ling y continuó presentándonos—: Él es Eric y él es Max, líder de la banda. —Que Ling reconociera eso enfadó a Eric—. A Sam ya lo conocías.

De cualquier manera, al termina de decir lo último, Eric y yo miramos de forma significativa al gordo. ¿Ya conocía al tipo?

—Hola, Steve —saludó Sam al chico.

—Hola —dijo Steve ofreciéndonos lugar en la mesa. Su trato con Sam era amable—. ¿Ya elegiste carrera? —le preguntó—. ¿Te atrajo alguna de las recomendaciones que te envié?

Miré del gordo a Steve y viceversa. Parecían conocerse bien. ¿Ling los había orillado a hacerse amigos?

—Perra —tosí, con disimulo.

Ella, en respuesta, arqueó una ceja en mi dirección.

—¿Sabes por qué Suhail no vino? —devolvió haciendo chasquear su lengua. Sus ojos también ansiaban ponerme en mi lugar.

Dudé en seguirle el juego, pero quería saber, lo necesitaba.

—¿Por qué?

Ling sonrió triunfante.

—Aún está con Aitor.

Touché.

—Claro que no —dije, aunque no muy seguro.

Esta vez tenía la atención de todos.

¿Qué estaba haciendo?

—Claro que sí —dijo Ling, mostrándome la pantalla de su teléfono—. Hasta se dieron un beso.

Sentí la boca seca al leer el mensaje que Suhail envió a Ling:

¡Me besó, Ling! ¡ME BESÓ! :O

«Lo voy a matar».

—Aitor—dijo Eric, confuso—. Cómo olvidar ese nombre. ¿No tenía una novia llamada Laila?

—Sí, ¿por qué? —gruñí, todavía mirando la pantalla del teléfono de Ling. Ella no la apartaba. Amaba torturarme.

—Oye, yo salí con su chica —recordó Eric.

—¡Imbécil, él cree que fui yo! —me quejé y en seguida lo golpeé en el hombro.

—Es que fue cosa de una noche —continuó Eric para nada apenado—. Cuando empezó a averiguar mi nombre, le hice llegar el tuyo.

—¡¿Qué?!

Quería matarlo.

—¡Tú hiciste lo mismo una vez! —me recordó, y era cierto.

Di a todos una última mirada de «Ni me toquen o intenten detener» y le pedí al gordo las llaves de su coche. Tenía algo que hacer.

108. Suhail

Dejé mi coche en la cochera a las diez de la noche. No recordaba haber llegado tan tarde antes, ni tan feliz, y mucho menos por una cita. Me sentía optimista, por fin me daba una oportunidad. Por primera vez tenía planes más allá de mi carrera. Comenzaba a vivir. Nada lo podía arruinar. Nada...

...excepto Max.

Camino a mi habitación me crucé con Miranda y se lo quise contar todo. Brinqué y la abracé:

—¡Adivina!

Ella me miró con sorpresa.

—¿Qué?

—¡Hoy me dieron mi primer beso!

Ella gritó conmigo y las dos saltamos emocionadas. Alzamos la voz tanto que, me temo, debió escucharse en toda la casa.

—¡Tu primer beso! —Miranda me abrazó—. ¡Ni siquiera sabía que había un chico!

—Lo acabo de conocer —confesé—. Estoy tan emocionada, Miranda. —Sentí ganas de bailar. Aitor era mi esperanza—. Me trajo a casa. Se portó muy lindo conmigo.

Miranda se llevó ambas manos a la boca con emoción. Era consciente de lo difícil que era para mí dar ese paso.

—Me da tanto gusto por ti, cariño. Pero pórtense bien —aconsejó—. No me obligues a ir por la Rana René y por Peggy —reímos y ella me volvió a abrazar con fuerza—. Haz bien las cosas.

—No te preocupes, voy despacio.

—Dios santo, hoy es día de sorpresas —dijo luego, rompiendo nuestro abrazo. Tenía una noticia.

—¿Por qué?

—¿Puedes creer que Max vino temprano? —Eso de verdad me asombró —. Porque no crean que a mí me engañan diciendo que él pasa el rato contigo.

«Oh no».

—¿Genial? —balbuceé, sin saber qué otra cosa decir. Me tomó por sorpresa y no pensé en Max desde la mañana que lo vi en la cafetería.

—Te dejo descansar —se despidió Miranda—. Debo alcanzar a tu padre en la fiesta de cumpleaños de la vecina.

—No le platiques sobre Aitor —le pedí—. No todavía.

Ella asintió.

—Aitor. Lindo nombre —agregó, sonriente—. Y sigue repasando para tu concurso. Que el amor no te distraiga. Las palabras siempre estarán ahí, los novios no.

—Sí. No te preocupes por eso.

A mí menos que a nadie le debían pedir que fuera despacio. Con mucho esfuerzo daba un primer paso.

Entré a mi habitación a oscuras y palpé la pared en búsqueda del interruptor de luz. «Aquí está». Había sido un largo día y necesitaba descansar. Sin embargo, salté al ver a Max sentado en mi cama.

—¡Me asustaste! —lo regañé. Sostenía en sus manos uno de mis retratos. Eso también me pareció extraño—. ¿Cómo puedes ver con la luz apagada?

Aclaro que no me molestaba encontrar a Max en mi habitación. Con los años aprendí a tenerle confianza.

—Mis ojos se acostumbraron a la oscuridad, supongo —contestó.

—Qué poético te escuchaste. «Mis ojos se acostumbraron a la oscuridad». Me gusta. —Lo saludé con un beso en la mejilla y me senté junto a él—. ¿Y... qué haces? —También eché un vistazo a mi retrato. La fotografía fue tomada en la primera fiesta de cumpleaños de Max. Nuestros padres nos habían obligado a posar uno junto al otro. Mi cara era de «Aguanta, Suhail, aguanta. Es solo una foto». Y la de él de «Alguien apártela de mí o va a morir».

—Pensando —dijo por fin.

—Ese día hice feliz a las Hermanas de la caridad con tanto obsequio —recordé—. Tu cara al ver que no había nada no tenía precio.

Max rio por lo bajo.

—Nunca te agradecí eso —dijo sin apartar los ojos de la foto.

Lo miré con sorpresa.

—¿Estás loco? Fue horrible. Debería pedirte una disculpa.

Él negó con la cabeza.

—El único regalo que me quedó esa vez fue la guitarra que me obsequió papá más temprano ese día. De no haber perdido lo demás no le hubiera pedido ensayar y no hubiéramos pasado tanto tiempo juntos antes de... ya sabes.

Nunca antes lo vi de esa manera.

—Así que te hice un favor.

—En realidad sí espero una disculpa —admitió y reí—, pero sí... al final fue un favor —Max me miró—. ¿Entonces... te fue bien con Aitor?

¿En serio quería saber?

—Sí. Se relaja cuando no estás cerca.

Max hizo rodar los ojos.

—Por cierto, ni siquiera fui yo quien «le quitó» a la chica; fue Eric.

—Se lo haré saber.

Aunque eso no iba a cambiar el hecho de que Max le cayera de la patada a Aitor y viceversa.

—¿Y... qué quieres? —pregunté, para alejar el silencio incómodo. Max no dejaba de ver nuestra foto—. ¿Puedo ayudarte en algo?

—Te iba a contar...

—Adelante.

—Un... un cazador de talentos me fue a escuchar al bar. Aceptó ser mi representante. Haré una gira.

—¡Oye, eso es genial!

A él le dio gusto verme animada. Al contrario, a mí me intrigó que él no se viera feliz. Por lo menos no lo suficiente feliz.

—Me consiguió una presentación para este viernes — continuó—. Seré telonero de Los hijos del fracaso.

—¿Los hijos del fracaso? —No lo podía creer—. Max, ellos son muy famosos.

De verdad me daba gusto que él lograra sus metas.

—Lo sé.

Aun así, la duda me mataba.

—¿Y por qué no te ves feliz?

—Es el viernes —repitió, por si acaso aún no lo había procesado—. El día de tu concurso de deletreo.

—Ah. —Le resté importancia de inmediato—: Está bien. No hay problema.

—¿En serio?

—Sí. Aitor irá. Le daré tu entrada.

La mandíbula de Max al instante se tensó.

—¿A Aitor?

Olvidé que no le agradaba, a eso asocié su molestia. No a los celos.

¿Cómo iban a ser celos?

—Sí. Hoy me ayudó a repasar —le conté—. Por eso vine tarde.

—Oh.

—Ustedes son tan diferentes —dije, recordando lo feliz que se veía Aitor escuchándome deletrear—. A ti no te gusta ayudarme, pero Aitor se divirtió.

—¿De dónde sacas que no me gusta ayudarte?

—La vez que te lo pedí dijiste «Solo de pensarlo me duermo»

Me eché a reír al recordarlo y pensé que Max haría lo mismo. Pero no, se veía deprimido.

—¿Ah, sí? —Su mandíbula continuó tensa—. ¿Entonces... no te importa que no vaya a tu concurso?

Sí me importaba, claro que me importaba; pero tampoco quería que perdiera su oportunidad.

—No. Ya vendrán más. Ve a ser una estrella. Tú y los chicos lo harán genial.

Se puso de pie y caminó con decisión hacia la puerta.

—¿Ya te vas? —pregunté.

Nunca era tan determinante al marcharse. La mayor parte del tiempo yo lo tenía que echar.

—Ya.

—Está bien —dije, confusa.

—Te veo luego.

—Sí. —No sabía qué más decir.

Y, sin tener más para hacer, me dispuse a acomodar mi habitación. De cualquier manera, aunque Max había hecho la pantomima de querer marcharse, aún continuaba ahí.

—¿Pasa algo? —pregunté, queriendo saber por qué todavía me miraba. Se portaba extraño.

Y de esa manera, sin advertirlo, se aproximó una vez más a mí y me tomó por la cintura.

—¿Max? —pregunté, confundida.

Su actitud era más indescriptible que de costumbre y se limitaba a ver cómo reaccionaba yo.

—Max, ¿qué pasa?

Y me besó...

¡Eso sí que no me lo esperaba!

Intenté detenerlo.

—¿Qué... qué haces?

—Recordándote quién te dio tu primer beso —dijo, dejándome saber que escuchó mi conversación con Miranda, y volvió a alcanzar mi boca.

—No seas idiota —lo empujé, pero mis brazos delgados no tenían oportunidad contra la pared que era su pecho.

Y de esa manera me besó otra vez.

—¡MAX! —conseguí soltarme—. Esto —nos señalé a ambos— no es un juego.

Yo estaba jadeando. Los besos de Max eran todo o nada.

Él intentó acortar la distancia de nuevo.

—Lo sé.

—Pues no lo parece —dije, tajante, a la vez que intentaba de recuperar el aliento.

—¡¿Por qué no me tomas en serio?! —se quejó—. ¡Todo lo que hago te parece estúpido!

—¿Cómo quieres que te tome en serio si de la nada empiezas a besarme? —espeté, molesta—. Para ti... —Iba a ser vergonzoso decir esto— ...un beso es solo un beso. Para mí es una muestra de amor. Suena cursi, pero así es. Así que, por favor, no juegues con ello.

Me miró con enfado.

—¿Piensas que estoy jugando?

De nuevo traté de alejarme.

—Bueno, sí...

Él volvió a acortar la distancia entre nosotros.

—¡Aléjate!

—¡No! —negó y pegó su boca contra la mía. Me deshice ahí mismo. Nunca lo había sentido tan cerca.

—Max... —No sabía qué más hacer o decir al ser tomada por sorpresa.

—¿Por qué pareces tener ganas de llorar? —quiso saber. ¿Tan obvia era? —. No te estoy haciendo daño.

—Eres un bruto —espeté.

—Y tú una necia.

—No espero que comprendas lo difícil que es para mí hacer esto —dije, cerrando los ojos. Max sin dudarlo suavizó su agarre. Tal vez sí comprendía —. Nunca había llegado tan lejos con nadie..

—Yo no te haré daño —aseguró.

Y yo confiaba en él.

—Dame una buena razón para no alejarte.

—Porque... —Abrí los ojos. Él miraba mi boca—. ¡Porque no, Suhail!

—¿Porqué no? —Necesitaba una mejor explicación—. ¡Ma...!

Esta vez no pude alejarlo. Y por primera vez fui consciente de cuánto habíamos crecido. Hasta hace algunos años Max y yo teníamos la misma altura. Sin embargo, ahora me veía pequeña y frágil junto a él, que era alto, atlético y tan atractivo que parecía obsceno. O. B. S. C. E...

«No es momento para deletrear, Suhail».

—Max —dije, besándolo.

—No me alejes. No te alejes—me rogó, mordiendo mi labio inferior. Ya dije que con él era todo o nada en cuanto a besos y... Después aclaramos lo demás—. Aitor no te sabe besar —supuso.

—¿Perdón?

Quise volver a alejarme al escuchar eso, pero él continuó llenándome de besos.

—Mira. No. Sabes. Cómo. Responderme —dijo, dándome un beso por cada palabra.

Y era cierto, yo no sabía besar.

—Es que el beso que Aitor y yo nos dimos fue tímido, fue...

Y ahí estaba Max Solatano otra vez, interrumpiéndome para meter su lengua dentro de mi boca y morder mis labios hasta dejarlos temblorosos y marcarlos como si él fuera el dueño.

Se sentía el dueño.

Poco a poco, al dejar de rechazarlo, sus movimientos se relajaron. Ahora me besaba con ternura. Y eso tenía un efecto en mí más fuerte que ser tomada a lo bruto.

—No te comprendo —musité al sentir su mano sobre mi espalda. Después recorrió con besos mis hombros y mi cuello—. Créeme que no te comprendo.

—Sabes bien —dijo.

—Y eres tan poco romántico. —Eso fue una queja.

—Honesto —aseguró, interponiendo su pierna entre mis piernas para hacerme caer... caer sobre mi cama. «Así que volvimos al modo cavernícola»—. ¿Para qué te voy a hablar de flores si está claro qué quiero? —dijo, rompiendo de forma abrupta el encanto.

Y aunque me sentía como gelatina y su roce había hecho efecto, sus palabras me devolvieron a la realidad. ¿Está claro qué quiero?

—¿Y qué quieres? —le pregunté, mirando con enfado mi pecho. ¿En qué momento había desabotonado mi camisa? Era un experto. Me sentí atropellada.

Max se arrodilló frente a la cama y empezó a subir con lentitud a esta, abriéndose paso entre mis piernas, rodeando con besos mi vientre y después… mis tetas.

Eso contestaba mi pregunta.

Fruncí el ceño.

Quizá todo hubiera marchado mejor si él hubiera dicho algo como: «Suhail, he estado enamorado de ti desde hace mucho, mas no encontraba

el momento oportuno para decirlo. Pero eso ya no importa, quiero que estemos juntos».

Pero en lugar de eso, dijo:

—Soñé tanto con estas tetas.

Y eso fue todo. Lo empujé con la pierna derecha poniendo todas mis fuerzas en ello y lo hice caer al piso.

—Eres cruel —gruñó, poniéndose de pie otra vez.

—¡Y tú un bruto!

Sacudió polvo imaginario de su ropa.

—Fue como estar de pie frente a la fábrica de Willy Wonka, y que en el último momento, te quiten el boleto dorado.

Se veía decepcionado.

También me puse de pie.

—¡Y eres tan poco romántico!

—¿Qué quieres que te diga? —preguntó, dejando salir una risa seca—. ¿Que te amo?

Me enojé más al escuchar sonar eso como una queja. ¿Tan ridículo era pensar que me ama? Lo abofeteé.

—¿Por qué hiciste eso? —preguntó, molesto.

Apenas podía mantenerme de pie. Cada parte de mi cuerpo aún temblaba. Esa noche descubrí lo sensible que soy en sus manos. Lo mucho que aún me hacía sentir. Maldito seas, Max Solatano, por... por... ¡Por existir!

Cerré los ojos para coger valor.

—Vete —le pedí.

—¿Por qué?

—¡Porque no soy cualquier tipa que conociste en el bar de Bob!

—¡Nunca he dicho que lo seas!

—¡Pero me hiciste sentir así! —Contuve mis lágrimas. «No llores, idiota»—. ¡Cómo se te ocurre hablar de mis tetas!

Si lo miran desde un punto de vista objetivo, él fue un impulsivo y yo una sensible.

Se cruzó de brazos.

—¿Y sobre qué querías que hablara?

Lo volví a abofetear.

—¡¿Y eso por qué fue?!

Ya me dolía la mano.

—¡Por idiota! —Lo empujé hacia la puerta—. ¡Vete!

—Está bien. Si volvemos a la cama esta vez te diré cuánto te quiero. —Quiso sonar comprensivo. Quiso. Lo intenté golpear otra vez, sin embargo, él detuvo mis manos—. ¡Oye, ya cálmate!

—¡Eres un bruto!

—¡Suhail, me emocioné! No estaba pensando—reconoció—, pero tienes razón... debí ser un poco más cursi.

—¡*Amoroso*, idiota! —Lo golpeé de nuevo—. ¡La palabra correcta es *romántico, sensible* o *amoroso*!

—¡Por Dios! ¿Tú crees que Aitor solo quiere tu corazón? —rio—. ¡No seas ingenua!

Abrí la puerta.

—¡VETE, MAX! —zanjé con una mano en la cintura.

—¡Él también quiere tus tetas! —Lo empujé fuera—. ¡Pero yo soy honesto! ¡No sé por qué las mujeres creen que...!

Y cerré la puerta en su nariz.

—¡Quiera mis tetas o no —grité, furiosa—, al menos sabe pedirlas!

Lo escuché maldecir un par de veces hasta que se alejó.

«¡Bestia!»

109. Max

No quiso tener sexo conmigo.

Era la primera vez que una chica no quería tener sexo conmigo.

¡Era la primera vez que yo deseaba tanto a una chica!

De cualquier manera, sin importar nada, esa noche me masturbé pensando en ella.

De acuerdo, creo que no debí decir eso tan a lo «bestia», como afirmó Suhail. ¿Borrón y cuenta nueva?

Igual esa noche me dormí pensando en ella.

¿Mejor?

¡Bueno, ya! A muchos nos gusta tocarnos, ¿de acuerdo? En mi caso estirar el cuello. Sin embargo, perdón por ser tan directo... tosco... Yo era así.

Y que quede claro que dije *era*. A esa edad muchos fuimos así, porque reflexionemos: mientras nosotros veíamos el pecho de Bulma en *Dragon Ball*, muchas de ustedes, señoritas, se enamoraban de los príncipes de Disney. Así que la queja acerca de las falsas expectativas que tienen sobre nosotros los hombres se las hacen llegar a Disney, no a mí.

Pero volviendo al tema, yo me acostaba con muchas chicas en aquel entonces porque vamos, ¡era Max el de Raptor! Las chicas se me insinuaban. Decían ser la chica de Max.

Pero Suhail no me quería ni regalado.

¿Qué salió mal? Le hablé a Suhail de la misma manera que hablaba a otras chicas: sucio. Eso ayudaba a que se sintieran en confianza.

Pero Suhail no era como las chicas que frecuentan el bar de Bob. Suhail era... es... más delicada. ¿Esa es la palabra que la describe? Ni idea. Yo no soy el experto con las palabras.

Suhail es diferente. Es especial.

De modo que, sintiéndome con nuevos ánimos y decidido a no volver a echarlo a perder, volví con ella.

La encontré sobre el sofá de la sala ya vestida con ropa de dormir: camiseta blanca sin mangas y pantalones cortos. «*Wow*». Se entretenía pintando las uñas de sus pies, estirando a lo largo del sofá sus piernas. «Y pensar que estuvimos a punto de…». Me quería dar de topes contra la pared. «¡No lo arruines esta vez, Solatano!»

—Hola —saludé y me acerqué prudente.

Suhail se tensó al escuchar mi voz. Aun así, no apartó la vista de sus pies y, sin mover un pelo, continuó repasando cada uña con un esmalte transparente. Debo dejar en claro mi admiración sobre la capacidad que tienen las mujeres para fingir que todo está bien.

—Hmm —espetó.

Su larga cabellera le ocultaba el rostro, por lo que no podía ver con exactitud su expresión. ¿Estaba molesta? ¿Indiferente? ¿Seria?

—Linda noche, ¿no? —pregunté para romper el hielo y porque ella además del «Hmm» no me saludó de vuelta.

—Algo —dijo, por fin—. ¿Ya se te pasó la calentura?

«Qué carácter». Aparté la vista de sus piernas para no empeorarlo todo.

—Tengo casi dieciocho años, Calentura es mi segundo nombre.

—Vaya justificación.

Su tono de voz me indicó que seguía molesta.

—No sé por qué te enfada que sea honesto —dije—. Yo digo lo que todos piensan. Te hablé a ti como le hablo a cualquier otra chica.

También me sentía enfadado. ¿Cómo podía verse tan tranquila después de que casi...?¡Rayos!

Suhail continuó concentrada en sus uñas.

—Así que para ti soy cualquier otra chica.

«Te recuerdo que viniste a decirle que es especial».

Por si acaso, en mi defensa diré que ese tipo de cuestionamientos me dejaban sin palabras. ¿Qué tanto esperaba Suhail que yo dijera? ¿No era estúpido pedirle tanto a un chico de esa edad?

—Pues...

—No es una pregunta, Max.

«*Ouch*».

—¿Sabías que eres el único chico en el que confío? —dijo, sorprendiéndome—. Cuando alguien más intenta tocarme me altero. —suprimió un suspiro—. Hoy que Aitor lo intentó puse todo de mí para no huir de él... De todos modos, rompimos el beso.

Me debatí si por el hecho de sentirme feliz al escuchar que no pudo besarlo me hacía un cabrón.

—No sé qué decir.

Y es que no se me ocurrió nada. Dudo que a ella le hubiera alegrado escuchar que en mi mente festejé que mantuvo su distancia de Aitor.

—Lo que trato de decirte es que no quiero que lo arruines, Max. Tenemos una bonita relación de amistad. Dejémoslo de esa manera, ¿quieres?

¿*Friendzone*?¿*Hermanastrozone*?¿*Imbecilzone*?¿Qué diablos era eso?

—¿Arruinar? —Me crucé de brazos—. Eres tú la que se está anticipando. Es solo sexo, Suhail.

De nuevo la vi tensarse. Algo dentro de mí me advirtió que lo mejor era empezar a mantener la boca cerrada.

Ella, entonces, le colocó el tapón al esmalte y lo cerró con fuerza.Después se puso de pie.

—El problema es que para mí tú no eres cualquiera, Max —dijo, yéndose.

«¿QUÉ?»

—Tú para mí tampoco —aclaré, siguiéndola—. Eres especial. —¡Ahí está, lo dije!—. Quiero decir...

Pero ella ya se iba. No obstante, se giró para poder decirme algo más:

—Mejor déjalo ahí.

—Es que yo... —Negué con la cabeza.

—No digas nada hasta que comprendas el valor de las palabras —decidió.

«¿Cómo?»

—Suhail...

Levantó la mano para impedirme hablar.

—Me haces daño —añadió con una mirada triste y después finalmente me dejó solo.

«¿Daño?»

Tomé asiento en el sofá para pensar. ¿Daño? ¿Por qué Suhail tenía que complicar algo sencillo?

Está bien, no. Tal vez debí...Tal vez no dije...Quizá lo mejor era...

Igual ya no importa.

Lo único cierto es que aún me faltaban muchas cosas por comprender.

110. Suhail

Aunque había repasado mi deletreo por la tarde, saqué de mi estantería dos libros para continuar.

Fortísimo.

Impermeabilización.

Institucionalización.

Me ayudó a no pensar en Max. O al menos a no pensar tanto en Max.

¿Por qué tenía que complicar tanto algo como decir que me quiere? «Suhail, te quiero. ¿Vamos al cine? Ten, te traje estas rosas. Hablemos. Compartamos nuestro tiempo».

¿O es que acaso todos los hombres piensan igual que Max?

«No pienses en Max. Practica tu deletreo».

Entre las palabras las hay largas, como murciélago, que limitan su significado a un mamífero nocturno en el discurso de un biólogo, o a un héroe de ficción de ser este un seguidor de las historietas.Cada palabra cambia de valor dependiendo de quién la utiliza. No es lo mismo escuchar

decir guerra a un niño de seis años que juega con soldados de plástico a que lo diga el presidente de Rusia o de Estados Unidos.

A lo que voy es que, de acuerdo con esa premisa, no era lo mismo escuchar hablar de Suhail Didier a Aitor y a Max.

Yo solo quería saber si significaba algo más para Max. Aitor hablaba de admirarme, de querer conocerme. Por lo mismo, ese día lo dejé acompañarme a un seminario. Comentamos el tema por horas. No era lo mismo que asistir sola. Aitor tenía más experiencia universitaria, por lo que resultaba estimulante escucharlo. Aprendí mucho con él. Después me ayudó a repasar mi deletreo. Sin embargo, tras mi encuentro poco fortuito con Max, la tarde con Aitor pasó a un recuerdo secundario.

—Desoxirribonucleico —dije, retomando mi práctica.

En cuanto a Max, desde su habitación hizo lo suyo con la guitarra. Parecía intentar componer una canción.

Repasé mi deletreo mientras él tocaba.

—Desoxirribonucleico —dije en voz alta para distraerlo—. D. E. S. O. X…

Lo escuché reír:

—¡A ver, deletrea eyaculación! —se burló.

—¡MAX! —escuché gritar a Miranda. Su voz venía de la habitación de Max. Seguro estaba recogiendo el desorden.

—Eyaculación —dije, decidida—. E. Y. A. C. U...

—¡SUHAIL! —me regañó también Miranda.

Tanto Max como yo reímos.

«Qué fácil lo perdonas», me recriminé. Desde pequeña me acostumbré a relacionarnos de esa manera.

*****

La mañana del concurso vi a Max bajar a toda prisa las escaleras.

—¿Dónde es el incendio? —le preguntó papá en tono de broma.

—La presidenta de mi club de admiradoras me organizó una fiesta de pre-cumpleaños.

Alcé las cejas. No solo ya me sorprendía que Max tuviera admiradoras, añadamos a eso una tan vehemente.

—¿No vas a desayunar? —le preguntó Miranda, nosotros estábamos sentados en la mesa comiendo avena.

Max miró sin apetito el menú.

—Nah —dijo, arrugando la nariz—. Veré qué le robo a la mamá del gordo.

Después corrió hacia la puerta.

—¡Te vemos en el concurso de Suhail! —le recordó Miranda.

Carraspeé. Era la única enterada de que ese día Max tenía un concierto importante con su banda.

—Claro —respondió él, prácticamente huyendo, y sin decir más se fue.

Solo abrió la puerta y se fue. Ese era Max. Sexo, música, chicas... Él iba rápido.

—No irá al concurso —dije a papá y a Miranda con la intención de que más tarde no se lo recriminaran.

—¿Por qué?

Y tal como anticipé, ya estaban molestos.

—No sé por qué no les ha dicho nada —dije sintiéndome un poco culpable por decirlo—. Pero ya tiene un representante para Raptor. Hoy tienen su primer concierto con él. Serán los teloneros de Los hijos del fracaso.

—¿Los hijos de qué? —preguntó papá.

Sonreí con diversión.

—Fracaso. Ese es el nombre de la banda. Y creo que la presidenta de su club de admiradoras preparó el festejo por eso. No por su pre-cumpleaños, como Max dijo.

—¿Y eso de tener un representante es bueno? —preguntó Miranda. Vi la misma duda en los ojos de papá.

—Eso creo.

No quise agregar que Max incluso tenía planeada una gira. Eso iba más allá de lo que yo misma podía asimilar... hasta ese momento.

111. Max

Era nuestra primera presentación en un escenario grande. Era el día que definiría nuestra vida, pues tan cierto como que el agua y el aceite no se llevan era que la Bombilla nos quería probar.

¿Me sentía listo para ser famoso? ¿Ustedes qué opinan?

Aunque la verdadera pregunta es, ¿indiferentemente de si me sentía listo o no para ser famoso, estaba listo? ¿Podría manejar eso?

Lo primero que hice al llegar al escenario fue saludar a Los hijos del fracaso. Para mi sorpresa, los vi relajados y accesibles. En general bastante «normales». No se comportaban como rockeros de una banda alocada. Pues cabe aclarar que, en ese entonces, para mí, ese debía ser el comportamiento de una banda. ¡Ternurita!

Eric hizo un gesto de tener ganas de dormir con solo mirarlos y decidimos hacernos a un lado para solo poner atención a nuestra propia banda.

Me sentía nervioso. Iba a debutar y tocar frente a un público acostumbrado a bandas importantes. Se trataba de mi prueba de fuego. Ese día sabría si Raptor estaba preparado o no para salir de Ontiva y triunfar.

¿Seríamos los próximos The Rolling Stones? ¿The Beatles? ¿AC/DC?

¡No, señores, seríamos Raptor!

Eric, Sam y yo preparamos juntos los instrumentos e hicimos pruebas de audio. Es importante mencionar que debido a los nervios dejábamos caer una y otra vez todo.

—¿Ya lo asumieron? —preguntó Sam, emocionado—. ¡Chicos, hoy debutamos de manera profesional!

Miré más allá del escenario. Se encontraba situado sobre un campo de fútbol. En pocas horas estaría lleno con miles de personas mirándonos. E iba a decirle al gordo cómo me sentía cuando Eric me interrumpió:

—Sí, Max, cuenta cómo se siente la estrella de esta banda.

¿Por qué quería arruinar el momento? Me eché a reír.

—Yo les pregunté a ambos —dijo Sam, apenado. Ya dije que era el mediador entre nosotros.

Opté por sonreírle a Eric. Eso lo enojaba más. «Sí, cabrón, te guste o no, yo soy la estrella»

*****

El estadio se llenó una persona tras otra, y aunque el público vitoreaba el nombre de Los hijos del fracaso cerré los ojos y los imaginé gritando Max Solatano.

—¿Te sientes nervioso? —me preguntó Sam cuando Eric fue al baño. Los dos espiábamos al público.

—Mucho —dije, sintiendo la boca seca. ¡Sentía pánico! Y aunque no lo admitiría en ese momento, agradecí al cielo no hacer eso solo. Necesitaba a Eric y a Sam pese a que no se notara.

—Todo estará bien. Eres bueno —dijo Sam y lo miré con duda—. ¿Qué? —preguntó.

—¿No te molesta que yo reciba más atención? —pregunté sin rodeos, y esperaba de la misma forma una respuesta.

Sam negó con la cabeza.

—Hemos sido amigos desde niños —dijo—. Sé que te alegra compartir esto conmigo y con Eric.

Esa era la diferencia entre Sam, Eric y yo; nosotros éramos basura a su lado. Empujé con un gesto amistoso al gordo y continuamos esperando.

La Bombilla se mantuvo a nuestro lado. No dejaba de repetir que eso solo era el principio, que había mucho más esperándonos y que grandes cosas venían para Raptor.

«Los haré famosos». «Los haré ricos». «En todo el mundo se conocerá el nombre de Raptor y su líder Max Solatano».

Y con esas expectativas salí al escenario.

Para qué mentir, los admiradores de Los hijos del fracaso nos recibieron con abucheos. «¡Fuera, principiantes!». Sam y Eric se asustaron, pero yo vi eso como un reto.Cogí valor y les indiqué que empezaran a tocar. «¿Ven por qué yo soy el líder de la banda? ¿Qué harían sin mí, carajo?», hice ver al mismo tiempo.

Lo primero que tocamos fue Bandera de salida y el público la recibió bien, pero yo quería más. Yo siempre quería más. Animé a Eric y a Sam a sacar lo mejor de nuestro repertorio, y cuando el público estuvo en la cúspide de la euforia grité:

—¡QUIERO QUE SE APRENDAN MUY BIEN MI NOMBRE! ¡SOY MAX SOLATANO! —E hice sonar con intensidad mi guitarra—.¡Y A PARTIR DE HOY SIEMPRE ESCUCHARÁN SOBRE MÍ Y SOBRE RAPTOR!

Me ensordecieron con gritos. Me rodearon de aplausos. Me sentí feliz. Irremediablemente feliz por cumplir mi sueño.

112. Suhail

—Eres toda una promesa, Suhail —me dijo el organizador tras escuchar mi último repaso improvisado. Y es que yo siempre he buscado la excelencia.

—Hago mi mejor esfuerzo —respondí, tímida. Para acostumbrarme al sonido del público siempre practicaba tras el telón del escenario.

—¿Tienes presente que el primer premio es una beca para estudiar en Inglaterra?

Asentí con entusiasmo. ¿Qué si lo sabía? Soñaba con eso.

—Estudiar en Inglaterra es un sueño para mí, señor.

Él me dio un abrazo que ayudó a mi seguridad.

—Te deseo mucha suerte. No, no —se corrigió—. Tú no necesitas suerte. Te deseo éxito.

No era un trato preferencial o algo que se le parezca, para ese momento yo ya había participado en muchos concursos de deletreo. Era una competidora reconocida y competente para ganar esa beca.

Ese día sin duda era especial. Por un lado, Max cumplía su sueño de empezar una carrera profesional en búsqueda de la fama que tanto anhelaba. Y yo... yo era de aspiraciones más pequeñas. Quería demostrar ser la mejor deletreando, estudiando; en general haciendo una vida sencilla, comparado con lo que quería Max.

—Hola —escuché decir a alguien tras de mí luego de marcharse el organizador del concurso. Era la voz de Aitor.

Me volví y lo abracé. Ya habíamos salido un par de veces y compartir un abrazo estaba bien para mí y mejor que bien para él. Me hacía sentir cómoda su caballerosidad y su paciencia. Era un nerd, según Max, pero me estaba dando la estabilidad que yo necesitaba.

—Te traje flores —dijo, sacando de detrás de su espalda un ramo de margaritas.

A propósito de los chicos que regalan flores, siempre he opinado: «¿Acaso van a un entierro?», pero le reprochaba muy poco a Aitor. Con ese tipo de detalles en particular no me podía negar a seguirlo tratando.

—Eres un lindo —agradecí.

—Y tú eres quien va a ganar esa beca.

Ladeé mi cabeza hacia un lado sintiendo duda.

—¿Por qué te alegra? —le pregunté, curiosa—. Si me marcho a Inglaterra no podremos vernos.

—No quiero continuar asustándote con mi instinto acosador, pero vine a advertirte que te puedo seguir —dijo.

Dejé salir un suspiro. Nada mal. ¿Por qué Max no decía ese tipo de cosas?

«No pienses en Max, Suhail. Hoy no»,me prometí y de nuevo le agradecí el detalle.

Al marcharse Aitor eché un vistazo al otro lado del telón para ver al público que hacía presencia. Ahí se encontraban papá, mamá, Miranda, Ling...

Aitor se sentó junto a Ling.

No estaba Max. Y es que pese a saber por qué, para mí era importante. Siempre ha sido importante.

Me pregunté qué tal le iría en su concierto y en su festejo. Esperaba lo mejor para él. Siempre he deseado lo mejor para él.

113. Max

—¡¿Quién es la puta estrella de *rock*?! —grité a todo pulmón al mismo tiempo que descorchaba una botella de champán en el bar de Bob.

Ahí se hallaban reunidos Bob, Gi, amigos nuestros y mi club de admiradoras, liderado por la presidenta, una chica de nombre Lucía.

—¡Tú, Max! ¡Tú eres la estrella! —gritó la mayoría, en especial Gi y Lucía.

Eric nos mostró un desfile de muecas.

Dejé que Bob sirviera el champán y cogí a Gi entre mis brazos para besarla. Gracias a su papá todo eso había sido posible. A lo mejor, por gratitud, la dejaría un par de meses más conmigo o mínimo esa noche nos despediríamos como es debido.

—¡Anda! ¡Muéstrales a todos el tatuaje que te hicimos! —me alentaron Jaron y Joel, de la tienda de tatuajes J & J. Ellos se encontraban entre los invitados.

Ofrecí a todos una sonrisa, solté a Gi y subí a una mesa. Y de esa manera, entre aplausos, me saqué la chaqueta y mostré a todos el tatuaje perfilado en mis antebrazos:

¿Quién es la estrella de *rock*?

Quien no conozca la historia de Max Solatano lo vería odioso y petulante, aunque había una sola razón por la que yo me tatué eso. Papá.

Si cerraba los ojos podía escucharlo gritar «¿Quién la estrella de rock, Max?». Y un segundo después yo contestar: «¡YO!».

Por supuesto que yo.

Sentí un nudo en la garganta, pero me obligué a no llorar. Esa era mi noche.

No es como si Sodoma y Gomorra se hubieran quedado cortas junto a nosotros, pero se desató la locura dentro de ese bar. Las miembros de mi club de admiradoras enloquecieron con las bebidas gratis que les sirvió Bob y hasta Sam recibió besos. Es una lástima no haberlo grabado en vídeo.

Por otro lado, la tensión entre Eric y yo continuó. Sin embargo, por los viejos tiempos y los venideros, compartimos un porro que llevó el mono e hicimos las paces al menos un rato:

—La vida es la vida —dijo el mono, un tipo vestido como un indigente, con rastas en la cabeza y que, sin importar si era de día o de noche, llevaba puestos lentes de sol. No me pregunten cómo lo conocí o de dónde salió. No tengo ni idea.

El caso es que de estar yo en mis cabales este me parecía soporífero. Por el contrario, ya entrada la noche, bajo los efectos de la hierba:

—Estoy de acuerdo —dije sin dudarlo.

—Porque si la vida no es la vida, ¿qué es la vida? —añadió Eric; y él, el mono y yo asentimos.

—Es solo debut y despedida —contestó el mono—. No valoramos lo que tenemos hasta que lo perdemos.

«No valoramos lo que tenemos hasta que lo perdemos». *Wow*. Aunque no contaba con que Gi, alcoholizada, me alejaría de mi paz y tranquilidad.

—Ven, cielo —dijo, tirando de mi mano. «Maldición»—. Lucía anda diciendo que una presidenta de club de admiradoras es más importante que una novia.

Hice rodar los ojos.

—Solo no le hagas caso.

En ese momento quería escuchar las enseñanzas del mono, no su berrinche.Por otro lado, estaba de acuerdo con que una presidenta de club de admiradoras es más importante que una novia. Es decir, novias, o al menos entonces era mi caso, podía conseguir en cualquier momento. No obstante, ¿admiradoras fieles?

—¡Dile que yo soy más importante para ti! —continuó chillando Gi.

«Cambié de opinión, siempre sí te voy a terminar».

Obligado, la seguí hasta la barra. Ahí se encontraban bebiendo mis admiradoras, entre ellas Lucía, y para mi sorpresa también estaba Sam.

—¿Sam? —pregunté, sorprendido. Y aclaro que no era sermón. Me dio gusto verlo uniéndose a la fiesta.

—Me quieren embriagar para sacarme información de ti —dijo él, siendo asfixiado por los brazos de una chica—. ¡Auxilio!

Y me reí a carcajadas hasta que escuché a una de ellas preguntar:

—¿Quién es Suhail, cariño?

—¿Suhail? —cuestionó del mismo modo Gi, mirándome—. Ah, es su hermana —recordó a tiempo.

«Ajá».

Otra de mis admiradoras, creo que de nombre Aidé, igual ya no importa, dijo:

—Es que mencionó su nombre el otro día en mi cama.

Su intención, sin duda, era enfadar a Gi.

—¿Recuerdas, Max? —agregó en voz alta—. Me llamaste Suhail esa noche.

Gi tomó mi barbilla para que la mirara de frente:

—¿Piensas en tu hermana mientras follas?

Era gracioso que le preocupara más eso a que la engañara con una admiradora.

—En realidad es su hermanastra —aclaró Sam con la intención de defenderme. ¡Já! Pero eso sololo empeoró todo.

Yo me encontraba ebrio, también un poco drogado, pero créanme cuando les digo que recuerdo bien esa noche.

—¡Yo ya me estaba preocupando! —exclamó Lucía, también ebria. Hasta Bob había bebido demasiado. Llevábamos cinco horas en el bar celebrando —. Si se trata de tu hermanastra puedes pensar en ella, supongo.

Sentí la mirada asesina de Gi sobre mi cuello.

—¿Sam, estás bien? —empecé a preguntar para distraer.

—Sí, ¿por qué? —preguntó él sin pillar nada. Le hice una mueca de «Sígueme la corriente». ¡Intentaba huir!—. Ah, no, no me siento bien —agregó, rápido.

—¡Te estás desmayando, gordo! ¡Te estás desmayando!

E ignorando la insistencia de Gi y de mi club de admiradoras de querer saber más acerca de Suhail, cogí del brazo al gordo y nos alejamos. Todo estaría bien si Gi olvidaba lo que escuchó sobre mí y Suhail.

—Estoy harto, Sam —dije al gordo. Al salir nos habíamos sentado en una banca cerca de la entrada del bar—. De no ser porque quiero seguir escuchando a ese tal mono, ya me hubiera largado.

Sam solo dejó salir una risa.

—Y poco te importa que Suhail se esté haciendo novia de otro —dijo, arrepintiéndose al instante.

En cuanto a mí, escuchar eso me sacó del enajenamiento.

—¿Hablas de Aitor?—pregunté serio y lo obligué a mirarme.

Sam suspiró. Ahora tenía que hablar.

—Ling me platicó que él preparó un espectáculo para pedirle a Suhail ser novios. —Lo alenté a decirme más—. Le entregó carteles a todas las personas de la fila en la que se sentó en el teatro. Cuando termine el concurso hará que uno por uno los levanten.

—¿Qué más? —Lo apresuré a continuar escupiendo.

—En estos se leerá letra por letra: «¿Suhail, quieres ser mi novia?».

«Hijo de puta».

—¡Vamos, Sam! —dije, decidido y empecé a buscar las llaves del coche de Sam dentro de sus bolsillos—. ¡Vamos!

—No —dijo él, preocupado—. Te lo platiqué porque me dijiste que Suhail insinuó que no tienes ninguna oportunidad con ella, que no quiere perder tu amistad.

Di media vuelta.

—¡Si no vienes conmigo voy solo! —advertí.

Y, sin esperar menos, mi ballena bebé me siguió fielmente.

Terminamos de salir del bar y llegamos a tumbos —o al menos yo lo hice — al pequeño Ford azul de Sam.

—¡No me va a quitar a Suhail! —grité al mismo tiempo que exigía al gordo abrirme la puerta del piloto.

Eso pese a que yo llevaba las llaves. De cualquier modo, al darme cuenta de mi error subí al coche.

—Max, yo voy a manejar —empezó a decir Sam.

—No, tú eres lento —me quejé—. Anda, súbete y alista el cronómetro.

Sam dudó, pero hasta hoy sé que ese gordo iría al mismo infierno conmigo.

—Pero iremos despacio.

Eché la cabeza hacia atrás para reír.

—¡Gordo, la idea es llegar rápido para impedir que Aitor le muestre esos carteles a Suhail!

—En realidad me parece un gesto lindo de su parte —dijo Sam colocando sobre su enorme estómago el cinturón de seguridad. Después me obligó a hacer lo mismo.

«¡Estamos perdiendo tiempo!».

—¿Cuánto tiempo del bar de Bob hasta la universidad? —quise saber.

—Veinte minutos según mis cálculos.

Y el concurso llevaba rato de haber empezado de acuerdo con mis propios cálculos. Debía apresurarme. Encendí el coche y salí del estacionamiento del bar de Bob.

—¿Quién es la estrella de *rock*? —preguntó Sam para que me relajara y prendió la radio.

—¡YO! —exclamé sin apartar la vista del camino. Quería llegar vivo a ese teatro y veía el camino borroso.

—¿QUIÉN ES LA ESTRELLA DE *ROCK*? —repitió el gordo haciendo sonar a todo volumen *Help* de The Beatles. Hubo buena música esa noche.

—¡YO, MAX SOLATANO! —repetí y los dos reímos.

Se sentía bien que Sam no tuviera problema en cederme el puesto de estrella.

Salí sin contratiempos de la zona en la que se encontraba el bar. Sin embargo, para mi maldita suerte, sí encontré tráfico cerca de la universidad. Al llegar, el gordo y yo tendríamos que salir a toda prisa del Ford y recorrer la mitad del campus para llegar al teatro

De todos modos, estaba ya a dos calles, llegaría en minutos de lograr pasar un par de semáforos.

—Verde —dijo el gordo, animándome a acelerar y lo hice. Por el contrario, el siguiente semáforo estaba a punto de cambiar a amarillo—.

Bueno, perdimos la oportunidad —sonrió Sam, resignado.

Se veía nervioso de permitirme conducir en ese estado, pero a la vez seguro y tranquilo porque él, el amigo gordo más sensato de todos, iba conmigo. ¿Qué me podía pasar con él ahí presente? Nada, supongo, siempre y cuando le hiciera caso.

—¿Qué marca el cronómetro? —pedí saber.

—Eso no importa, Max.

—¡¿Qué marca el maldito cronómetro?! —insistí, molesto.

«Si tan solo me esforzaba»

Sam, asustado, abrió mucho los ojos. Después miró el cronómetro y dijo:

—Veintidós minutos.

—¿ME PASÉ?

—Sí, pero no importa —intentó tranquilizarme—. Estamos cerca.

Golpeé con la mano el volante. Mi meta era veinte minutos. Aitor quizá ya le estaba mostrando los carteles a Suhail.

Enfadado, trazando yo mismo un plan, aceleré decidido a avanzar antes de que el semáforo se pintara de rojo. En la radio, de forma oportuna, y lo menciono porque también lo recuerdo, sonaba *Don't stop me now* de Queen.

—No, Max —empezó a decir Sam—. ¡Max, por favor...!

Lo vi mover la cabeza con desesperación y reí. Tanto los coches a mi derecha como a mi izquierda se preparaban para echarse a andar al tener luz verde. No obstante, porque ya lo había decidido, debían esperar a que la estrella de *rock*, Max Solatano, avanzara. Iba rápido. Debía llegar a tiempo para evitar que...

Intenté girar el volante al escuchar bocinar lo que parecía un camión.

—¡MAX, NO! ¡MAX! —escuché gritar a Sam al mismo tiempo que, en efecto, un enorme camión color azul venía hacia nosotros.

«No».

«¡NO!»

—¡FRENA, MAX!

«Lo intento, pero...».

114. Suhail

Todos los participantes nos hallábamos sentados a un lado del escenario en sillas colocadas en filas. Uno por uno los avanzados eliminamos a los novatos y, para ese momento, ya solo participábamos cuatro.

Yo frotaba mis manos para calmarme, sentía revolotear mi estómago y para tomar ánimo buscaba las miradas de orgullo de papá, mamá, Miranda, Ling y Aitor.

—¡Tú puedes! —gritaba con mímicas mamá, pues estaba prohibido distraernos con cualquier tipo de sonido.

Me alegró verla ahí.

—¿Puede utilizar esa palabra en una oración? —preguntaban los concursantes como apoyo. De inmediato algunos fallaban, pero otros avanzaban.

A eso estaba poniendo atención cuando en el momento que uno de los finalistas empezó a deletrear avezado vi a Miranda contestar su teléfono móvil. Al principio pareció querer ignorar la llamada aduciendo que no podía hacer ruido. Sin embargo, al final lo hizo y vi su sonrisa debilitarse hasta transformarse en una mueca de terror. A continuación, llevó una mano hasta su boca y empezó a llorar. Papá la cogió del brazo y leí en sus labios preguntarle «¿Qué pasa?». Miranda le habló al oído. El semblante de papá de la misma manera se transformó. Enseguida los dos se pusieron de pie y salieron del teatro sin decir nada a mamá, Ling o Aitor, que también se mostraban preocupados.

Con la duda instalada en mi cabeza, me puse de pie sin importarme llamar la atención. Mamá negó con la cabeza. Me iban a descalificar, pero no me iba a quedar así, necesitaba saber qué había sucedido, pues un solo nombre venía a mi mente.

Max.

Por ello, bajo la mirada incrédula de todos; público, concursantes y jurado, también busqué la salida.

Afuera escuché con claridad el sonido de sirenas de ambulancia e hice lo posible por alcanzar a papá y a Miranda.

No podía estar relacionado a Max.

No podía.

—¡PAPÁ! —corrí detrás de ellos. Miranda giraba sobre sus pies buscando con desesperación la salida de la universidad—. ¡¿Qué pasa, papá?!

Él se detuvo pese a que dudó en decirme:

—Suhail...

—¡Habla!

—Lo siento, princesa, debemos irnos —se disculpó.

—¡Pero dime qué pasa! —exigí, desesperada.

Él parecía incapaz de coordinar sus movimientos. Era claro que algo no estaba bien.

—Mejor regresa al concurso.

—¡Papá!

Él cerró con fuerza los ojos y por fin lo dijo:

—Max y Sam tuvieron un accidente de coche a un par de calles de la universidad.

No me di cuenta de en qué momento se marchó papá, yo reaccioné cuando Aitor y Ling se instalaron delante de mí preguntando «¿Qué pasa?»

«No, Dios, ellos no».

Escuchaba cada vez más fuerte el sonido de sirenas de ambulancia.

«¡Max!».

Ignorando las súplicas de Aitor y Ling insistiéndome en volver al concurso, o que por lo menos les pusiera al tanto de qué pasaba, corrí hacia donde vi marchar a Miranda en búsqueda del lugar del que provenía el sonido de las ambulancias. Aitor y Ling me siguieron.

Atravesé corriendo el campus hasta salir de la universidad y una vez fuera vi a personas correr hacia la derecha. Las sirenas eran cada vez más audibles. Estaba cerca.

«No, Max».

¿Han recibido alguna vez una noticia que pone su mundo de cabeza? Pierdes la noción del espacio-tiempo. Es como si dejaras de ser consciente de lo que te rodea.

Como pude, me abrí paso a la vez que tropezaba con personas, y aunque casi me atropelló un coche, seguí corriendo.

—¡SUHAIL, ESPERA! —escuchaba gritar a Ling detrás de mí.

«No».

Necesitaba saber. Mi corazón pedía con urgencia respuestas.

De esa manera, al virar la esquina, vi una pared de gente siendo apartada con insistencia por policías. A un lado se hallaban estacionadas dos ambulancias y un camión de bomberos. Transpiré como nunca, abrí mucho

la boca, y a pesar de que mis pasos eran lentos me sentía como si al correr flotara sobre el suelo.

De lejos, además de las ambulancias y el camión de bomberos, podía ver la parte alta de un camión color azul.

—Suhail, tal vez no sea buena idea acercarse.

Sentí a Aitor querer tomar mi mano, pero lo aparté.No estaba pensando en absolutamente nada. Solo quería saber, necesitaba saber.

«Dios, que esto sea una pesadilla».

Al nomás llegar a la pared de personas me abrí paso. Un policía solo me permitió avanzar cuando escuchó gritar a papá «Es mi hija».

Papá se encontraba al lado de Miranda, que también era apartada con insistencia del camión de bomberos. «Dios mío». Entonces comprendí que debía avanzar más y mirar lo que había entre el camión de bomberos y el camión azul, e hice mi camino en medio de los dos. El sonido de más ambulancias acercándose taladraba mis tímpanos.

Fue como vivirlo todo en cámara lenta. Pero yo, Suhail Didier, acepto que no reaccioné hasta que dos bomberos se hicieron a un lado y vi que con la ayuda de otros procuraron avanzar entre los restos de un Ford color azul por completo destrozado.

El coche de Sam.

115. Max

[redacted]

116. Suhail

Max estuvo muerto durante medio minuto, o al menos eso dijeron los paramédicos, quienes con esfuerzo consiguieron traerlo de vuelta y trataron de sacarlo lo antes posible del coche.

Fue difícil ver a Max y a Sam ser subidos en camilla a una ambulancia, los dos inconscientes. Los seguimos en el coche de papá y estuvimos por

horas afuera de la clínica esperando noticias. Aitor me ofreció una vez tras otra su chaqueta, repitiendo con insistencia que aquella era una noche fría, pero en aquel momento no me importaba el clima. Por el contrario, le di la bienvenida al frío. Prefería concentrarme en sentir helar mis huesos que en el dolor que me produjo la posibilidad de perder a los chicos. Necesitaba saber de Max y de Sam.

No le resto méritos a Aitor, iba y venía de la clínica informando de cómo iba todo:

—Continúan en cirugía.

Ling, a la par, tomaba mi mano y procuraba no soltarla. No me consolaba a mí. Bueno, es posible que, en parte, pero más se consolaba a ella misma. Ese día, al ver su mirada triste, comprendí cuánto realmente le importaba Sam. Creo que hasta entonces ni ella misma era consciente de ello.

—¿Lo viste? —me preguntó—. Tenía tanta sangre sobre su rostro, Suhail.

Se echaba a llorar y cuando se calmaba miraba la puerta de la clínica como si esperase que algo pasara.

¿Cuánto más habría que esperar? Me sentía al borde de la desesperación. Fue difícil no tener noticias. Por fortuna, para nuestro «alivio», la décima o decimo primera vez que Aitor regresó al fin trajo respuestas:

—Traumatismo craneal —dijo de cara a Ling cuando ella le preguntó qué sabía de Sam.

—¿Traumatismo craneal? —repitió Ling.

—Dijeron que... —A Aitor se le dificultó explicarlo—: Está en coma, Ling. Necesita de un respirador. No se sabe si...

—No digas más —pidió mi amiga caminando de un lado al otro con ambos brazos cruzados sobre su pecho—. ¡Suhail! —gritó cuando corrí a abrazarla—. ¡Esto no puede estar pasando, Suhail!

—Todo va a estar bien —dije queriéndolo creer yo misma.

¿Todo iba a estar bien?

—¿Y cómo está Max? —le pregunté a Aitor temiendo igualmente respuesta.

Me miró triste.

—Tu papá quiere que entres para decírtelo él mismo.

Eso sonó poco alentador.

Le encargué a Aitor cuidar de Ling y entré a la clínica. En la sala de espera vi reunidos a Eric, Gi, Bob y otros amigos de Max. Me preguntaron

si sabía algo de él o de Sam y solo pude informar sobre Sam. Después busqué a papá, él estaba de pie junto a Miranda, que parecía desmayada sobre una silla. Me preocupé al verla.

—La sedaron —me explicó papá.

No dejaba de sentir miedo. Mucho miedo.

—¿Qué... —obligué a las palabras a salir de mi boca— ...qué le pasó a Max? ¿Cómo está?

—Ay, Suhail —suspiró papá, cansado.

Eso parecía una invitación para que llorara con él… con todos.

—Papá, habla —le rogué—. ¿Max —no quería decirlo— también está en coma?

Mi corazón suplicaba respuestas.

—No, pero él...

—¿Él qué? —Mi padre no hablaba rápido.

—Le amputaron la mitad de una pierna, Suhail.

Lo primero que vino a mi mente luego de escuchar eso fue una imagen de Max saltando de un lado al otro cuando todavía era niño y yo viéndolo jugar desde mi ventana. Llevé mis manos a mi boca sin poder creerlo. Cuánto estaba por cambiar su vida.

—¿Por qué? —pregunté, permitiendo que mis lágrimas cayeran libremente al pensar en el dolor físico y emocional de Max.

—No podían sacarlo del coche —explicó papá por intervalos. Creo que ni él mismo podía creerlo. Él ama a Max como a un hijo—. Debían sacarlo. Era perderlo a él o a su pierna. Debían traerlo de emergencia, Suhail. Tú viste que casi muere. Ellos lo reanimaron.

Max sin la mitad de una pierna. Tomé asiento junto a Miranda, quien a pesar de estar sedada tenía una expresión de dolor en su rostro. La imaginé preguntándose cómo enfrentar a Max y explicarle.

—Su otra pierna también está lastimada, pero responde —continuó papá —. Eso dijo el doctor. Volverá a caminar con la ayuda de una pierna ortopédica y terapia.

Terapia.

—Ya solicitamos una silla de ruedas.

Cerré los ojos. ¿Silla de ruedas? Si me costó asimilarlo a mí, no puedo imaginar a Max.

—Yo... —Solo no quería pensar en eso—. Y Sam no responde —dije.

—Su situación es más grave —me confirmó papá—. Las próximas horas son importantes.

«¿Por qué, Dios?»

—¿Cómo se lo vamos a decir a Max? —pregunté a papá.

—No lo sé, princesa. No lo sé.

Los amigos de Max tampoco lo podían creer.

—Max un discapacitado —dijo Eric, asimilándolo. Para mi sorpresa, sus palabras expresaban ira.

Lo miré con desconcierto. No tenía idea de que Max y Eric tuvieran problemas. Después di mi atención a Gi, su mirada de horror al escuchar la palabra discapacitado de boca de Eric me hizo ver lo diferente que se sentía respecto a Max.

No podían dejarlo solo. ¿Iban a dejarlo solo?

Escuché a Eric pedir a Bob el número de la Bombilla y después de eso todos se marcharon de la clínica, pues al fin y al cabo nadie, excepto la familia, podía ver a Max.

«Max».

Caminé hacia la habitación que le asignaron al salir de cirugía, abrí la puerta y entré temerosa. ¿Habría despertado ya?

«No».

Su rostro reflejaba lo caótico que fue el accidente. Su cuerpo completo tenía fracturas, cortes y contusiones. «Ay, Max». Cogí una silla cerca, la coloqué junto a su cama y sin saber qué más hacer me senté. Sentí ganas de llorar, pero al mismo tiempo era consciente de que debía ser fuerte. Me necesitaba. Nos necesitaba.

—Daría lo que fuera para que no tuvieras que pasar por esto.

Teníamos un historial largo, pero nada como eso. De cualquiera manera, le hice llegar un mensaje de esperanza al acercarme y susurrar en su oído:

—No olvides que somos Max y Suhail, y para bien o para mal siempre estamos juntos, bailando al ritmo de una canción a la que yo le pongo la letra y tú la música.

Tres letras. M. A. X. Max.

Por favor, despierta.

117. Max

[redacted]

118. Suhail

Un día después del accidente Max cumplió dieciocho años. Lo pasó inconsciente. Estuve la mitad del día con él y después, porque lo necesitaba, me alejé para pensar.

«Debo encontrar la manera de ayudarte, Max».

La pregunta era cómo. No sabía del tema y, como todos, tenía miedo de la reacción de Max. No obstante, busqué información y me documenté bien sobre terapias físicas y psicológicas, muletas y sillas de ruedas. Acosé a especialistas con preguntas y también le hice ver a papá y a Miranda que debíamos acondicionar la casa a modo de facilitarle todo a Max.

Al salir de la clínica compré flores para colocar en la habitación del hospital. También fui a por fruta para Miranda, ella no había comido ni dormido, lo mismo papá. Mi propósito era hacerlo todo más llevadero.

«Debemos salir adelante».

Visité la biblioteca y para pasar el rato me entretuve buscando más información. Por ello, tomando en cuenta que ya habían pasado casi veinticuatro horas, al regresar a la clínica me emocionó encontrar a Max despierto, sin embargo, mi corazón se encogió al verlo llorar. Max no era de llorar.

—Hola —saludé queriendo sonar casual, aunque golpeando mi zapato derecho con el izquierdo. Me sentía temerosa de lo que él diría al verme. Nuestros últimos encuentros habían resultado caóticos y él, en definitiva, no se hallaba en su mejor momento.

En cuanto escuchó mi voz, Max negó con la cabeza y, molesto, trató de ocultar el rostro. No quería que lo viera llorar. Estaba sentado sobre la cama del hospital, apoyado en almohadas. Pude notar lo mucho que se le dificultaba moverse. Por lo mismo, no pudo, pese a que lo intentó, ocultar de mí sus lágrimas.

«¿Por qué eres tan orgulloso, Max?»

Intenté acercarme.

—Lárgate —me pidió, primero en voz baja. No hice caso—. ¡LÁRGATE! —gritó esta vez. Su cuerpo temblaba.

Lo rodeaban dos médicos, Miranda y papá. A ninguno, para mi propio asombro, le sorprendió cómo me recibió.

—Max, por favor —le pidió Miranda, llorando. Asumí que acababan de decirle lo de su pierna.

—¡Tú también vete! —la echó Max. Entonces comprendí que sus lágrimas no eran de tristeza, por el contrario, eran de rabia, de dolor, de impotencia—. ¡LÁRGUENSE TODOS!

Incluso le dolía gritar. Lo vi enfadado por no saber de qué manera colocar sus brazos para que ya no dolieran.

«Ay, Max».

Y ahí estaba yo, exigiendo a mi cabeza pensar en una forma de aliviar su pena.

—Te vamos a inyectar algo que ayudará a que duelan menos las heridas —dijo uno de los médicos.

Max lo miró con odio.

—¡No quiero nada! —exclamó, apretando los dientes—. ¡Solo lárguense! —cogió una de las almohadas y la lanzó contra todos—. ¡FUERA, DIJE! —nos echó.

—Tiene que hacerlo entrar en razón, señora —dijo otro de los médicos a Miranda.

Ella y papá procuraron acercarse lo más posible a Max. No sabían cómo tocarlo, cómo tratarlo.

—Max, cariño...

—Dilo, mamá —interrumpió Max a Miranda mirándola con rencor. «¿Qué le pasa?»—. Dilo. Di que me merezco esto, di que es mi culpa. —Era claro lo mucho que estaba enojado consigo mismo.

Miranda negó con la cabeza.

—¡Max, Dios, no!

—Di que me dijiste que condujera ese coche con cuidado.

Cada palabra de Max salía como una bala dispuesta a matar.

—Max...

—¡DILO, MALDITA SEA! ¡DILO!

Sentí un nudo en la garganta. No empezábamos de buena manera si esa era la actitud de Max.

Miranda se cubrió el rostro con las manos y papá la sacó de la habitación. Los médicos, sin mucho por hacer, optaron por seguirle. Ahora yo estaba a solas con Max.

—¡¿Eres sorda?! —me gritó, intentado coger otra de las almohadas para tirármela—. ¡Te pedí que te largaras!

—No me iré —contesté armándome de paciencia y atrapé sin problema la almohada.

Pude ver las venas de su cara y su cuello saltar debido al enfado que sentía dentro.

—Entonces dilo tú, Suhail —dijo, amenazante—. Di que esto es mi culpa.

—Fue un accidente, Max.

—¡Un accidente que yo ocasioné!

Negándome a ayudarle a sentirse peor consigo mismo, y pese a que más de una vez quiso lastimarme para que me alejara, acomodé cerca de él las flores y la fruta que compré en el supermercado y lo abracé.

—Suéltame —sollozó—. ¡Suéltame!

Acomodé mi barbilla sobre su cabeza y lo abracé más fuerte.

—Lo lamento —dije.

—¡No me tengas lástima! No... ¡No hagas eso! —exigió. Había miedo en sus palabras.

Max temblaba en mis manos. Pude sentir su dolor, su enojo, su miedo. De todos modos, por momentos se calmó, o al menos lo intentó, y le ayudé a acomodarse de mejor forma en la cama.

—Eres necia.

—Me ganas.

Luchó contra la necesidad de hablar.

—Mi pierna... Mamá —balbuceó.

Pasa que a veces se siente tanto dolor que no puedes encontrar palabras para explicarlo.

—Todo estará bien, Max —le prometí—. Todo estará bien.

Iba a encontrar la manera de ayudarle. Me prometí que lo haría.

Además de la fruta y las flores, había llevado conmigo información sobre cómo apoyar a alguien que no camina, contacté a un terapeuta y a una empresa a la que podíamos solicitar una silla especial.

Primero lo obligué a comer, después lo convencí de que aceptara inyectarse para calmar el dolor, y aunque no fue fácil, porque suele ser más necio que yo, aceptó.

Al salir en búsqueda de alguna enfermera para que lo inyectara, me topé con Miranda y papá:

—¿Está mejor? —preguntó Miranda sin mostrarse resentida por la crueldad con la que Max la echó.

—Solo debe asimilarlo —dije, esperando que así fuera—. ¿Sabe lo de Sam?

—No —negó Miranda buscando con la mirada a la familia de Sam. Ellos también se encontraban en la sala—. Sam no da señales de querer despertar y el doctor no quiere que Max reciba impresiones fuertes. Le dije que la situación de Sam es estable y que saldrá pronto del hospital.

—Ojalá.

Me preocupaba que Sam no despertara.

—Por él preguntó primero Max.

No sabía eso. Y sí, será mejor que no sepa que Sam no responde, porque eso lo destrozaría.

La inyección no durmió de inmediato a Max, pero tampoco quería hablar. De modo que me senté a su lado en silencio, preguntándome en qué más podía ayudarle. Quise saber si le podía leer la información que encontré y dijo que no, que quería silencio y, de ser posible, dormir y no despertar jamás. Me deprimía escucharlo hablar así, pero traté de comprender que, tal como dije a Miranda, él apenas intentaba asimilarlo todo.

Pero empeoró cuando empezó a tener visitas.

Al principio me sorprendió que no se negara a recibirlas. Sin embargo, pronto comprendí por qué decidió mostrarse accesible.

—Hola, Max —lo saludó con timidez Gi, su novia, sentándose en una silla a poca distancia de la cama. Yo me quedé junto a la ventana de la habitación.

Max no saludó de vuelta a Gi.

—Me enteré de lo que pasó —dijo ella—. Lo lamento. Mi papá también se siente mal por ti.

Percibí temor en las palabras de Gi, lo que era comprensible, puesto que ninguno de nosotros tenía claro en qué tono dirigirse a Max.

Max aceptó las flores que ella llevó y, sin dar indicios de qué vendría a continuación, en tono neutro dijo:

—Me enredé contigo para que tu papá nos dejara tocar en su bar. —Alarmada, lo miré sin comprender qué diablos intentaba hacer, pues Gi ahora lo miraba con estupefacción—. Pensaba terminar una vez consiguiera un buen trato.

Gi no tenía palabras.

Max la miró sin una pizca de culpa y de esa manera continuó dirigiéndose a ella:

—Eres fea, aburrida y fácil. ¿Qué esperabas?

Entonces ella lo abofeteó.

—¡Y tú eres imbécil! —le gritó. Max sonrió satisfecho—. ¡Me alegra lo que te pasó, maldito cojo!

La chica se sentía tan molesta que tuve que tomarla por los hombros para que no le cayera encima a Max. Al final, luego de gritar un par de ofensas más, se marchó furiosa.

—¿Qué fue todo eso? —pregunté a Max, asustada.

Él no me miró.

—Afuera está Eric, ¿no? —quiso saber y asentí—. También hazlo pasar, por favor.

Dejo claro que acepté porque consideré que le haría bien hablar con Eric, su compañero de banda, su amigo de la infancia. Estaba equivocada.

—Max Solatano —lo saludó Eric al entrar. Traía con él un periódico.

Max miró a Eric de la misma forma que a Gi, como si estuviera preparándose para atacar. Al instante empecé a temer lo peor.

—Qué suerte que no ibas en el coche con nosotros —dijo.

—Algo así.

«¿Algo así?» Pero insisto en recalcar que yo tampoco sabría qué decir.

Era el turno de Eric para ocupar la silla junto a la cama y observar las heridas de Max. Puso especial atención en la pierna extirpada.

—Increíble —resopló con una pizca de humor—. Aunque sin duda, como bien dicen, mala hierba nunca muere.

Max asintió mirando de reojo el periódico que su amigo traía con él. No parecía esperar algo bueno.

—¿Y qué traes ahí? —preguntó.

—Ah. Un periódico local publicó una nota de la presentación. —Eric extendió el periódico frente a Max—. Mira qué bien te ves en primera plana.

La mirada de Max se ensombreció al verse de pie frente a mucha gente con su guitarra en mano.

—Sin duda.

Imagino la cantidad de cosas que pasaron por su mente.

—Es una lástima que ya no puedas ir de gira —soltó Eric, acomodándose de mejor manera en la silla. Me empecé a acercar a ambos.

—Tú tampoco podrás, ¿o sí? Se acabó Raptor.

Eric rio.

—Oh, yo sí iré, amigo. La Bombilla me hará una audición para entrar en otra banda.

En menos de 24 horas lo había solucionado.

Max arqueó una ceja.

—¿Y ahí también serás secundario?

Su tono era de burla. Lo miré sin dar crédito. «¿Qué diablos pasa contigo, Max?» Aunque estaba claro que Eric había disparado primero.

Las manos de Eric temblaron debido al enojo, dejó caer el periódico y se puso de pie lentamente.

—Al menos yo sí volveré a tocar —devolvió, respirando con dificultad, cual toro embravecido—, porque lo lamento, pero, quién va a querer a un maldito inválido. Porque entérate de que la Bombilla ya no quiere hacer ningún trato contigo. Ya no le sirves. Ahora yo soy su prioridad.

Intenté gritar algo a Eric para hacerlo callar, pero Max me pidió no meterme.

—Sin embargo, Eric, amigo —contestó—, tuve que quedarme inválido yo para que tú sobresalieras y, aun así, mírate —Max miró con altivez a Eric —, vas de relleno a otra banda.

—¡Eres un idiota! —Eric empujó la silla y esta cayó al suelo—. ¡Te mereces lo que te pasó, imbécil! Lo lamento por el gordo, pero tú...¡TÚ, MAX SOLATANO, me das asco!

Eso último lo dijo mirando con repugnancia la pierna amputada.

Max se echó a reír e impidió que sacara a Eric de la habitación. Aseguró que quería escuchar todo lo que él tenía para decirle.

—Descarga toda tu furia, Eric —le pidió, sin bajar la cara—. Maldíceme. Golpéame. Pero te advierto que eso no te hará una estrella. Eres patético.

—¡MAX! —le grité, queriendo impedir que lastimara a más gente.

Eric era su amigo.

—Eres un maldito fracaso esté o no esté yo de por medio —terminó.

Al igual que Gi, Eric salió de la habitación insultando a Max, y una vez juró que ahora sería él quien apareciera en primera plana no volvimos a saber de él.

—¡Max Solatano! —exclamé exigiendo una respuesta.

Primero me ignoró y miró conseriedad la puerta por la que se marcharon Gi y Eric. ¿Qué intentaba hacer?

—¿Qué tengo que decir para que tú también te marches?—preguntó, finalmente.

—Yo me voy a quedar —dije, cruzando los brazos sobre mi pecho, y, haciéndome la valiente, esperé a que descargara más de su coraje en mí.

—Por supuesto que lo harás, también eres patética —empezó—. No tienes nada mejor que hacer, ¿cierto? Te encierras en tu habitación a leer un sinfín de palabras aburridas porque nadie te quiere cerca. —No podía creer su nivel de crueldad—. Tú eres aburrida. Tu única amiga es Ling y hasta ella prefiere salir con chicos que estar contigo. Por lo mismo, recordemos, tampoco tienes novio. Y todo porque eres incapaz de iniciar una relación luego de que abusaron de ti.

Eso me golpeó tan fuerte que tuve que dar dos pasos hacia atrás. ¿Cómo podía Max ser tan malvado?

—¿Estoy tocando fibras sensibles, Suhail? —me preguntó con disgusto. Me quería lejos—. ¿Esto es peor que los años de acoso por los que...?

Me acerqué a él y lo abofeteé. Sin embargo, me arrepentí al instante, pero eso fue peor, porque el hecho de que me disculpara lo enojó más.

—¡No te disculpes! —me gritó y temí que del enojo cayera de la cama.

No sabía qué hacer.

—Max, yo...

—Lárgate —exigió otra vez cerrando los ojos.

Y lo iba a hacer. Juro que lo iba a hacer. Me volví hacia la puerta e intenté avanzar, pero en el último momento me detuve y vi a Max haciendo lo posible por no echarse a llorar.

—¡VETE! —me gritó, perdiendo el dominio de sí mismo—. ¡NO TE QUIERO CERCA! ¡TE ODIO! ¡TE ODIO A TI Y A TODOS! ¡LARGO!

Entonces recordé el dolor, enojo y miedo que percibí cuando lo abracé y, aunque se enojase más, me senté en la silla cerca de su cama.

—¿Estás sorda, Suhail? —me preguntó todavía con los ojos cerrados y apretando con fuerza los puños.

—Me voy a quedar —decidí.

Abrió los ojos con sorpresa y vi en su expresión que no lo podía creer.

De nuevo me miró con odio.

—¡No!

—Nada que digas me hará marchar, Max.

Se soltó a llorar con coraje.

—¡Dije que te largues!

—No —repetí con decisión.

Sintiendo impotencia de no poder ayudarle tanto como hubiera querido, al menos no mientras continuara con esa actitud, lo vi golpear el lugar de la cama donde debía estar el resto de su pierna. Le habían amputado de la rodilla para abajo.

—¡LÁRGATE! —gritó hasta cansarse, pero lo que hice fue cruzarme de brazos y acomodarme de mejor manera en la silla.

Él insistió hasta que el calmante finalmente hizo efecto y, soltando más insultos, se quedó dormido.

—No me voy a ir a ningún lugar, Max Solatano —dije, firme—. Aquí me voy a quedar.

119. Max

—Ve, yo estaré bien.

—Estoy bien aquí… contigo.

—No es necesario —suspiré, cansado—. Mamá está pendiente del discapacitado.

Soné cruel, pero era necesario decirlo.

Suhail me miró con tristeza.

—No te llames así.

—Entre más lo digo, más me hago a la idea —reí—. Anda, ve... Ve.

Aitor, como el noble y atento caballero que era, consideró que el semblante de Suhail pedía a gritos un poco de aire fresco tras pasar tanto tiempo encerrada en el hospital conmigo, por lo que sugirió que ella debía acompañarlo a una de esas actividades bobas en las que él siempre participaba.

Suhail se negó para no dejarme solo, lo que me hizo sentir peor.

—¿Estás seguro? —preguntó por cuarta vez.

La temporada que perdí mi pierna tanto Suhail como mamá vivieron con el miedo de que algo malo me pasaría de no estar ellas para evitarlo. Sé que su intención era protegerme. Comprendí que se preocupaban, pero para ser franco, no era necesario.

Los primeros días utilicé mucho esa frase: «No es necesario».

1.

—¿Te ayudo a vestirte?

—No es necesario.

2.

—¿Te ayudo a comer?

—No es necesario.

¿Pretendían masticar la comida por mí? Estoy cojo, no idiota.

3.

—Puedo quedarme más tiempo si quieres.

—No es necesario.

«No me voy a suicidar, gente».

4.

—¿Necesitas ayuda para ir al baño?

OceanofPDF.com

—Como si mi culo también estuviera tullido —gruñí.

—¿Cómo dices? —me preguntó mi tío Efrén, que para mi suerte está un poco sordo.

—Que no es necesario —insistí—. Bueno, necesito ayuda para movilizarme hasta el váter —cambié de opinión—. Yo me encargo del resto.

5.

O qué tal ese día que la abuela me visitó.

—Perdón por llorar tanto, es que te veo así y... —Ella limpiaba su nariz y ojos con un pañuelo.

Cerré los ojos.

—No es necesario que te quedes más tiempo, abuela.

Odio que me miren con compasión.

6.

O cuando me visitó Bob:

—¡Solo vine a decirte que eres malnacido —me gritó— y que pagarás caro haber jugado de esa manera con Gi!

Hice girarlos ojos.

—Me quedé sin la mitad de una pierna, Bob. —Y se la señalé con insistencia—. Sin la mitad de una pierna. ¿Qué más castigo necesito?

—Bueno, sí —aceptó él, pero aún se veía molesto—. Igual vine a recordarte que eres un imbécil.

Me eché a reír.

—No es necesario que me lo recuerden, lo tengo claro. Créeme. Muy claro.

7.

—¿Necesitas que acomode mejor tu almohada? —me preguntaba a cada rato Bill.

—No es necesario.

Yo podía hacerlo solo. Hay muchas cosas que todavía puedo hacer solo. ¡Solo!

8.

—¿Te traigo algo especial para comer? —Mamá no podía faltar—. ¿Qué se te antoja? ¿Te pongo una película?

—No es necesario, mamá. —Pasé una mano sobre mi cara.

Es parte de la vida que cuando atraviesas una calamidad muchos intenten hacerte sentir mejor. Lo comprendo. Pero no era necesario. En mi caso no era necesario.

¡NO ERA NECESARIO!

Muchas veces quise gritarlo. Me sentía harto de que me hicieran parecer un inútil. Todavía más inútil, es importante aclarar. Además de que también pedí que llamaran a las cosas por su nombre: inválido, discapacitado, cojo. Ya no era el Max de siempre. ¿O sí lo era? ¡Apenas trataba de entender eso!

«¡También basta de hablarme con miedo a herirme!»

Mi situación era vomitiva. Me sentía aturdido por tanta atención, la mayor parte del tiempo innecesaria. Estaba harto de escuchar lo mucho que lo lamentaban o, peor aún, que insistieran en que pude evitar pasar por eso si hubiera hecho esto o lo otro. No podía regresar el tiempo. No-puedo-regresar-el-tiempo.

—Sí, estoy seguro, Suhail. Vete —insistí cansado, hasta que ella por fin aceptó marcharse.

En todo caso, era el turno de mamá para sentarse en la silla a un lado de mi cama.

—Hoy nos dirán si ya puedes ir a casa —sonrió, tomando mi mano para acariciarla. Un gesto que, se supone, debía hacerme sentir mejor. Pero no.

«Odio tanto esto».

—Sí —dije, harto de su buen humor. Del buen humor de todos.

Porque a veces me hartaba de hacer más llevadera la situación para ella. Para todos. Necesitaba gritar y ellos no me permitían enloquecer tranquilamente. Lo requería al menos un poco. Me hacían sentir culpable cuando no podía manejarlo. Se decían el uno al otro que debían tenerme paciencia y no había cosa que dijera o hiciera que les obligase a alejarse. Me volví alguien a quien debían «comprender».

«Lo perdiste todo, Max. Todo. Nunca volverás a correr, a saltar... Eres un inválido. Eres un bulto en la vida de estas personas».

¿Fue fácil asimilar eso? No. Porqué quien diga que no complicaba la vida de mi familia miente. Muchas cosas tuvieron que cambiar. Porque al cambiar mis posibilidades, la vida no fue lo mismo para nadie... conmigo cerca.

Podía ver en sus ojos el querer saber qué decirme para hacerme sentir mejor, o qué hacer para facilitármelo todo. Pero no era necesario. Por momentos parecía olvidar. Por momentos quería volverme loco.

*****

Me trasladaron de la habitación al estacionamiento del hospital en una silla de ruedas, pero en el camino vi tantas miradas en mi dirección que me pregunté si la maldita silla arrojaba serpentinas.«¿Por qué tanta atención?» Entonces recordé esa vez que un tipo que perdió un ojo entró a un lugar en el que yo estaba, lo miré preguntándome qué le sucedió. No pensé que quizá lo hacía sentir incómodo. Lo mismo con la gente obesa. Lo mismo con la gente con enanismo.Lo mismo con todo tipo de gente que se mire diferente a como me veo yo.

Ahora sé qué se siente.

Pero había algo peor. Las miradas de lástima. Llevaba menos de un mes como discapacitado y ya tenía claro que el mundo no está hecho para nosotros. Somos nosotros los que debemos adaptarnos al mundo.

Dos enfermeros ayudaron a mamá a colocarme en el asiento del copiloto pese a que ella insistió en recostarme sobre el sillón de atrás para que me sintiera más cómodo. A eso me refiero. ¿Por qué es tan difícil hacerme sentir normal?

Normal.

Empecemos por el hecho de que yo no me sentía normal. Ni siquiera tenía claro qué es la normalidad.

¿Qué es la normalidad?

Despedí a los enfermeros con indiferencia. Porque, además, vamos a dejar clara otra cosa: tener una discapacidad no significa dejar de ser un hijo de puta. A mí, por ejemplo, me seguía cayendo como patada en la entrepierna Aitor. Y es que todos esperan una transformación del tipo espiritual por parte de quienes la vida nos jode. Y no. En todo momento intenté ser yo lo más posible.

—¿No es Suhail la que está allá? —Mamá señaló un parque situado al doblar una esquina. Conducía despacio, como si temiera que al acelerar se me fuera a salir un hueso. «No soy de cristal, mamá».

Y sí, en ese lugar estaba Suhail en medio de una actividad, y también Aitor. Ambos acompañaban a un grupo de personas bajo un cartel en cuyo texto se leía «No compres, adopta».Les rodeaban cajas y jaulas con perros y gatos dentro. Mamá estacionó su coche para saludar. Y aunque entorné los ojos, pues no quería detenerme, no dije nada para que no se sintiera mal por el inválido.

—¿Qué hacen? —preguntó mamá a Aitor como si no fuera lo suficiente obvio.

—Intentamos que personas de buen corazón adopten perros o gatos —dijo él, sonriente.

Juro que podía imaginar una aureola apareciendo sobre sucabeza. «Eres un santo, ¿no, Aitor?»

—¿Y cómo sabes si todos los que adoptan son de buen corazón? —pregunté para joderlo—. Los pueden engañar, ¿no?

—Si te hace sentir mejor —dijo él—, tienen que llenar un formulario y también damos seguimiento.

Después de eso tuve que escuchar a mamá elogiarlo hasta el cansancio.

«Sí, hay que lamerle las bolas a Aitor. Hagamos una fila india frente a él y hagámoslo mientras lo elogiamos».

—Me da gusto que aprobaran tu salida —me dijo Suhail al acercarse.

Le sonreí.

—Salté en un pie de la emoción cuando me lo dijeron —bromeé, aunque solo yo reí.

—No es gracioso, Max —dijo mamá.

Me crucé de brazos. «Sí es gracioso».

Y claro que me crucé de brazos, ya no me podía cruzar de piernas, digo.

Oh, vamos, rían conmigo.

Mamá bajó del coche y saludó a los demás activistas que acompañaban a Suhail y a San Aitor. Uno tras otro atendían a las personas que se acercaban a preguntar qué hacer para adoptar, excepto dos que se hallaban de rodillas frente a una caja de cartón.

Suhail esbozó una mueca al ver mi interés en la caja vigilada por dos de sus compañeros.

—Dentro hay un gato —contó—. Un grupo de niños quemó su cara con pirotecnia.

—Dime que hicieron lo mismo con los niños —dije y Aitor me miró horrorizado. No me retracté.

Demando la libertad de todavía poder ser cretino pese a estar cojo.

Suhail se encogió de hombros.

—Es complicado, Max. Se debe crear consciencia, no quemar niños.

Los dos activistas intentaban sacar al gato de la caja, pero este se negaba y, para defenderse, sacaba su pata y arañaba a todo el que quisiera tocarlo. Esto obligaba a los activistas a guardar su distancia.

Me eché a reír.

—No es gracioso —me regañó Aitor.

Resoplé.

—Se nota que nunca has estado en el lugar del gato.

—El problema es que si no acepta salir de la caja nadie querrá adoptarlo —dijo Suhail, triste—. Ya lo curaron, pero de continuar con esa actitud lo más seguro es que lo sacrifiquen.

Ese es el problema con las personas, para aceptarte necesitan que te comportes como a ellos les haga sentir cómodos y no como tú realmente te sientes. Nadie quiere lidiar con tu dolor. Por eso te dicen «No te enojes», «Deja de llorar» o «Tienes que ser fuerte».

—¡Miranda! —llamé a mamá, que todavía saludaba a algunos activistas, y se giró para verme—, coge esa caja —le pedí, señalando la caja de cartón —. Nos vamos a llevar a ese gato.

Mamá me miró boquiabierta, lo mismo Suhail y Aitor.

—Ti-tienes que llenar un formulario —dijo Aitor, nervioso.

Lo miré molesto.

—Yo vivo con él —le recordó Suhail, que todavía me miraba como si me hubiera crecido otra pierna—. Estaré pendiente del gato.

Pasé por alto la insinuación sobre mi incapacidad para cuidar a un gato y miré a los activistas entregarle la caja a mamá mientras el gato aún intentaba arañarlos. Me eché a reír otra vez.

—No es gracioso, Max —insistieron en regañarme.

Sin duda ese gato y yo nos necesitamos.

No asomaba su cabeza. Prefería mantenerse enroscado en el fondo de la caja y solo reaccionaba al intentar sacarlo. Pedí a Miranda colocarlo con todo y la caja sobre el sillón trasero del coche.

—¿Tiene nombre? —le pregunté a Suhail.

Ella negó con la cabeza.

—Parece que era callejero, o al menos nadie lo reclamó mientras lo asistían en el centro de rehabilitación.

—Gilmour —dije.

—¿Gilmour? —repitió ella.

—Sí, así lo llamaré.

—¿En honor al vocalista de Pink Floyd? —quiso saber Aitor con una sonrisita estúpida en su rostro.

Le sonreí a manera de ocultar mi odio. ¿In hinir il vicilisti di Pink Fliyd?

«Qué genio, Aitor».

—Otro día podemos hablar de música —propuso.

—A lo mejor —dije ásperamente y pedí a Miranda irnos ya.

*****

Cuando llegamos a casa Bill salió a recibirnos, sacó la silla de ruedas del coche y me ayudó a acomodarme sobre esta. Entramos y subimos las escaleras.

—Podemos acondicionarte una habitación en la planta baja —sugirió mamá.

—No es necesario.

Mientras ella acomodó a un lado la caja con Gilmour todavía dentro, Bill me sirvió a mí de soporte para yo mismo acomodarme en mi cama.

—¿Necesitas algo? —preguntó mamá—. ¿Comida? ¿Otra cobija? ¿Que me quede yo un rato?

«¿Por qué, Dios?»

—No es necesario —respondí disimulando mi enojo y mirando por primera vez mi habitación.

Sí, por primera vez. El panorama luce diferente cuando te falta algo.

—¿Y qué hago con el gato? —preguntó mamá viendo con temor la caja.

«Pero qué insistencia con atosigar a Gilmour».

—Déjalo solo —pedí—. El gato nada más necesita soledad y tiempo.

Los ojos de mamá humedecieron. «Trata de comprenderme». Aunque no lloró frente a mí por fortuna. Bill y ella salieron de la habitación dejándonos a Gilmour y a mí solos.

La caja de cartón fue colocada de tal forma que pude atisbar una parte de su contenido.

—Así que eres de pelaje amarillo —dije y al escuchar mi voz el gato procuró enroscarse más para alejarse de otro humano sin corazón—. Tienes miedo. Tranquilo —lo calmé al mismo tiempo que apretujé los labios para obligarme a no llorar—. No te obligaré a salir de ahí si no quieres —prometí—. Sal cuando te sientas listo. Los dos lo haremos.

120. Suhail

Antes de volver a casa visité a Sam para saber si hubo algún avance. Pero todo seguía igual. Nuestro amigo no despertaba.

No le platicábamos de Sam a Max para no afectar su propio proceso de sanación. Sanación emocional, principalmente; pues ya cargaba con mucho al no poder caminar. Además, tuvo la suerte de que el conductor del camión no presentara cargos, tampoco lo hizo la familia de Sam. Para todos, tanto Max como Sam ya habían resultado lo suficiente afectados.

La mamá y la hermana de Sam estaban por marcharse luego de escuchar más peticiones de paciencia y palabras de aliento por parte del médico y las enfermeras. «Ahora todo depende del paciente», dijeron. Las saludé y entré a la habitación de Sam. Dentro vi a Ling esperando, esperando quizá un milagro.

Sam había estado enamorado de Ling por años, esperó con paciencia a que ella le diera una oportunidad y era triste pensar en eso al verlo en ese estado. «Despierta, Sam». En cualquier caso, Ling tampoco era mala persona por haberse negado a iniciar una relación con Sam, no estaba obligada a querer a alguien, pero su mirada pérdida y llena de dolor me indicaba que ella misma parecía estar arrepentida de sus decisiones.

—Se ve más delgado —dije para que notara mi presencia.

No quise verme como una entrometida si es que mi amiga tuviese un momento personal ahí a solas con Samy, como solía llamarlo ella. No obstante, para mi sorpresa, escuchar que Sam lucía más delgado solo la hizo llorar.

Comencé a disculparme.

—Oh, Dios, no quise...

—Está bien —dijo ella y secó sus lágrimas. Se hallaba sentada junto a la cama de Sam, que estaba inmóvil, entubado y rodeado de aparatos—. Me lo merezco.

«Culpa». Ling sentía culpa.

—No hables así. —Me senté a su lado para consolarla—. Nunca le deseaste ningún mal a Sam.

—No lo quise lo suficiente.

—No tenías que estar con él por lástima. Él no lo hubiera querido.

Ling se echó a llorar con más fuerza.

—No hables como si hubiera muerto —me pidió, dolida.

Miré a Sam con pena. Ling tenía razón. Escogí mal mis palabras.

—Perdón. Yo...

—Sé que tu intención no es mala. —Ella tomó la mano de Sam—. Solo me desespera no poder hacer nada. Me desespera esperar. Él es un gran amigo. Nos tenemos mucha confianza, sabes. Yo le cuento mis cosas y él hace lo mismo conmigo. Pero ahora lo veo y siento que no lo valoré lo suficiente. Hay tantas cosas que quisiera decirle ahora mismo —reconoció —. Tantas cosas que jamás debí callar.

—Díselo.

Ling asintió.

—Lo hago. Me confieso cada vez que estamos a solas.

—Es un gran amigo —destaqué lo mejor de Sam en un intento de hacerla sentir mejor—. Mira que soportar a Max.

Ling bajó la mirada.

—Pocas personas aman como ama Sam —aseguró, como si lo defendiera de ella y de todos—. Él me escribía poemas, canciones... La contraseña de su computadora es Ling —recordó, dejando salir una risa triste—. A mí me apabullaba. No estaba lista para amar a alguien de esa manera. Amar así como merece Sam que lo amen.

—¿No estabas lista? —pregunté—. ¿Ahora lo estás?

—Tal vez. Ahora solo quiero que esté bien. Me asusta que no despierte. Lo extraño. ¡Lo extraño tanto! —Toda ella reflejaba dolor—. Es como si... como si me quitaran el aire. —Ling soltó la mano de Sam y llevó las suyas al pecho—. Saber que siempre estuvo ahí pendiente de mí. —Lágrimas de impotencia caían de sus ojos—. Ahora me falta. Es como si eso me faltara

para funcionar. —Después de decir eso me miró—. Me identifico con Solatano luego de haber perdido su pierna. La necesita para funcionar.

»Yo también perdí algo importante. ¡Necesito gritar, Suhail! Necesito gritar y llorar por no poder hacer nada. —Ella miró a Sam—. ¡Lo estoy perdiendo!

—Ling... —La abracé.

—Max por lo menos está despierto. Sam corre el riesgo de no regresar jamás.

—No digas eso —la consolé. También me dolía no poder hacer más por ella o por Sam—. No pierdas la esperanza. Jamás la debemos de perder.

—Sam es un cretino —agregó, esta vez viendo a Sam con molestia. «¿Cómo?» No podía poder creer lo que estaba oyendo—. Ahora comprendo su plan siniestro. —Limpió sus lágrimas.

Abrí mucho los ojos.

—¿Su plan siniestro?

—Sí —dijo, señalando a nuestro amigo con dedo acusador—. Todos esos años que esperó una oportunidad los usó para meterse tan dentro de mí que ahora que me hace falta siento que no puedo ni respirar.

Limpié lágrimas de su cara.

—Lo amas —comprendí.

—Mucha gente dice que amar es no poder vivir el uno sin el otro, y no estoy de acuerdo —dijo—. Para mí amar es poder elegir estar sin alguien pero no hacerlo porque estar a su lado hace que cada día valga más. Todo es mejor con una persona especial cerca, y mi persona especial es Sam. Puedo vivir sin él. Sé que puedo —aseguró—, pero no quiero, Suhail. Para mí la vida es más hermosa con Sam escribiendo canciones sobre todo lo que nos une.

—Puedo ver eso.

—Lo que me recuerda que por eso no comprendo lo que sientes por Max. Él hace peor tus días. Él en definitiva hace peor tus días.

Suspiré con pesar. Pero antes de que dijera algo, sacando del bolsillo su teléfono móvil, Ling añadió:

—Y no sé si ese cerebro de cacahuate te ama como tú mereces, pero sé que algo siente por ti.

Me pidió mirar una conversación con la fecha del día del accidente:

Sam: *Me vas a matar :(*

Ling: *Por?*

Sam: *Le dije a Max que Aitor le pedirá a Suhail ser su novia. Vamos para allá :(*

Ling: *Aj*

Sam: *Déjalo luchar por Suhail :(*

Ling: *¡SUHAIL SE MERECE ALGO MEJOR QUE MAX!*

—Ya no respondió ese mensaje —dijo Ling.

—Por eso iba rápido —deduje.

—No —negó Ling—. Iba rápido por estúpido. Pero estamos evaluando el objetivo final, supongo.

En eso llevaba la razón.

—Por cierto, es gracioso cómo te interesó más el hecho de que Solatano quisiera impedir que Aitor se te declarara que la misma intención de Aitor —agregó.

Balbuceé.

—Antes de esto tenía claro querer darle una oportunidad a Aitor.

—Lo sé. Tampoco descartes eso, por favor. Elige bien.

«Elige bien».

¿Iba a elegir bien?

121. Max

Lo primero que le sorprendió a Suhail al llegar a mi habitación fue el hecho de que mi puerta estuviera abierta, y no advirtió que tal cosa me hacía sentir inservible. Es decir, ¡maldita sea, no podía levantarme a cerrar una puerta!

—Es raro encontrar así tu puerta —dijo, empujándola.

—Me dio pereza levantarme a cerrar —contesté.

Suhail levantó los brazos con enojo.

—Para ya con los chistes de... —calló al darse cuenta de que no sabía cómo arreglar su comentario—. Con los chistes de...

—De discapacitados —terminé por ella y la vi avergonzarse. «¡Para ya con la pena ajena!»—. Dilo claro: chistes de discapacitados. No busques una palabra para decirlo sin que duela. No hay.

Suhail reaccionó con molestia al notar que utilicé su afán de buscar palabras en contra de ella. No obstante, sin vacilar, se aproximó a mi cama y se sentó cerca de donde descansaba mi único pie.

—No tienes que tratar mal a todo el que intenta ayudarte —me sermoneó.

—Lo tomaré en cuenta —dije, desinteresado y sin importarme si una vez más le ofendía mi falta de tacto.

—Al llegar Miranda me platicó que trató de convencerte de empezar mañana la terapia.

Esperaba una respuesta a eso.

«Aquí vamos de nuevo».

—Y se sintió dolida cuando dije que no. Por eso se fue rápido... olvidando cerrar la puerta.

Suhail lucía perdida, como toda persona que procurara decir algo de forma que no duela, y no había nada más molesto que eso. En su mirada había una lucha.

—Date una oportunidad. Es cuestión de...

—No —la interrumpí—. Por lo que más quieras, no intentes ponerte en mi posición, porque no puedes.

—Max...

—No puedes, Suhail —repetí, molesto—. Así que no trates de «imaginar» lo difícil que es ser Max en este momento y lo abrumadorque me resulta que todo sea nuevo.

—¿Pero sí quieres empezar de nuevo? —preguntó con miedo.

Porque en su voz había miedo. Lo que me obligó a admitir que a pesar de todo me agradaba ver que se preocupara por mí.

—No lo sé —dudé, pesimista—. De momento solo quiero no pensar.

—El médico dijo que entre más pronto empieces la terapia, mejor. —Ella miró lo que quedaba de mi pierna—. Esa pierna solo recibió golpes. Está débil. Pero si te esfuerzas lo suficiente caminarás de nuevo. Tu médico lo dijo. Personas que perdieron ambas piernas volvieron a caminar, Max, y tú solo perdiste la mitad de una.

Su optimismo solo me enfadaba más y más...

—Me encanta que todos miren el lado positivo —dije—. «Al menos solo perdiste la mitad de una pierna, Max» —imité el tono de voz de mamá—. «Podrías haber perdido ambas, o peor, podrías estar muerto».

—Es la verdad —insistió Suhail, dolida de escucharme hablar así.

—Quítate una pierna y hablamos. O ambas. Así yo, que al menos tengo una, te haré ver el lado positivo.

También debería consolar a mi gato: «Al menos los niños solo quemaron tu cabeza, Gilmour. Imagina si también hubieran lanzado petardos al resto de tu cuerpo».

No me sentía listo para ver el lado positivo, señoras y señores. Entiéndanlo.

Observé a Suhail coger aire. ¿Por qué me tenía tanta paciencia?

—¿Qué tengo que hacer para convencerte de salir de esa cama? —preguntó con decisión.

Algo más que me molestaba era que se tomaran mi problema de forma personal. «¡Vamos todos a ayudar a Max!» La que los parió, hijos de puta. Sobre todo, Suhail, que aceptó lidiar conmigo para aliviar el peso que sentían sobre sus hombros Bill y Miranda. Debido a nuestro historial parecía ser quien me tenía más paciencia.

—Déjame solo y ya —le pedí elevando el tono de voz para que se sintiera echada, y de no hacer caso tendría que volver a tratarla mal y no quería.

Suhail me miró durante un minuto sin decir nada. Estaba pensando. De todos modos, en contra de lo dicho, no parecía molesta. Algo había pasado ese día que a pesar de intentarlo no extralimité su paciencia.

—¿Qué? —pregunté, enfadado. ¿Qué esperaba para marcharse?

—Estoy tomando una decisión —respondió, seria.

Me hubiera encantado adivinar qué tipo de decisión, pero no soy bueno con eso. Por mi mente pasó que quizá quería matarme para no lidiar con un enfermo. Pero no. Jamás imaginé lo que Suhail se traía entre manos. Y de adivinarlo, igual no hubiera estado preparado.

—Aitor ha insinuado tener intenciones serias conmigo —dijo, de pronto.

Esta vez traté de disimular mi enojo. Pero dolió, joder. Dolió. Lo acepto.

Los ojos de Suhail se entrecerraron evaluando mi reacción.

—Felicidades —resoplé, no queriendo mirarla. Odiaba la idea de que pensara que estaba celoso.

—Pero tú sabes que no estoy preparada para eso —agregó.

«Eso».

La observé con culpa. Hablaba de…

—Oye —empecé. «Eres un idiota, Max»—, no quise hacerte sentir mal al decir que temes que te toquen y eso. Yo, de verdad...

Me había portado como un verdadero imbécil la primera vez que quise echarla del hospital.

—Espera a que termine de hablar —me pidió y callé para no empeorar más mi situación al respecto—. Quiero que me ayudes a dejar de tener miedo de que me toquen.

Capturó toda mi atención.

—¿Que yo haga qué?

—Ayudarme —repitió. En seguida se puso de pie y se instaló junto a la caja de Gilmour—. Quiero practicar contigo el dejar de tener miedo a que, ya sabes, alguien me toque.

«Practicar».

Cerré la boca al advertir que ya había pasado mucho tiempo abierta. «¿Acaso me está pidiendo que yo...?» Mi suerte estaba regresando.

—Suhail...

—Pero hay una condición —añadió.

Puse los ojos en blanco. Sabía que había truco.

—¿Qué condición?

Ella jugó con su cabello para evitar ponerse nerviosa.

—Tienes que ir a terapia —explicó—. Por cada día que vayas a terapia haremos algo nuevo.

«Nuevo».

—Define *nuevo* —pedí, precavido. Debía estar seguro sobre si me convenía aquel trato o no.

Suhail trastabillaba de pie frente a mí.

—Ya sabes. Primero nos besamos, al siguiente día te dejo llegar a segunda base, sea lo que sea eso —rio, nerviosa—. Tercer día te muestro mis tetas... y así. —La miré sonrojarse como nunca antes—. Y claro... el sexo.

«Sexo».

No podía salir del asombro. Sexo con Suhail. La idea me emocionó. Ella advirtió esto al mirar estupefacta mi entrepierna en toda su gloria, pues el pequeño Max, como era de esperarse, reaccionó.

—Tranquilo, estamos negociando —le advertí, dándole un par de palmaditas encima. Suhail miró de él a mí con horror—. Te juro que no me salió otra pierna —intenté calmarla.

Ella apretó los dientes.

—No seas cretino —gruñó. Pero yo me sentía feliz de darme cuenta de que por ese lado seguía funcionando.

«¡En muchas cosas sigues siendo un campeón, Solatano!»

Suhail pestañeó un par de veces antes de continuar hablando. Semejante espectáculo la había distraído.

—¿Entonces aceptas o no? —Fue directa.

Arqueé una ceja.

—¿Cómo sé que no es algún tipo de treta?

—¿Me estás llamando mentirosa? —preguntó ella, enfadada.

—Solo sé que no es algo que harías fácil y me niego a que nada más me emociones —dije, sincero. No se vale jugar con los deseos de un chico.

—Entonces sí estás de acuerdo —dedujo.

Miré de forma significativa al pequeño Max. Él respondió por ambos.Suhail cambió el peso de su cuerpo de un pie al otro, incómoda.

—Por supuesto —declaré, desviando la atención a su pecho. Porque en caso de que no soportara la presión de mi mirada eso me advertiría que no iba en serio. Pero la soportó.

—Bien, hagamos algo para demostrarte qué tan en serio hablo —continuó, decidida—. Llama a Miranda y dile que lo pensaste y sí irás a terapia. Si lo haces —cogió aire—, al marcharse ella te mostraré mis tetas. Eso sí —añadió, con advertencia—. No me sacaré el sujetador. Eso lo haré mañana al cumplir tu parte.

Tragué saliva sin apartar mi vista del pecho de Suhail. Tetas. Ellas. Yo. Ellas. Yo. Parecía bebé deseando ser alimentado.

—Jura que lo vas a hacer —insistí, viendo a Suhail con seriedad.

¡Con la ilusión de un chico no se juega! ¡No se juega!

—Lo juro —declaró, levantando la barbilla y manteniendo la espalda recta.

Pasé una mano sobre mi rostro. «Esto realmente está pasando, Dios».

Aclaré mi garganta y llamé a toda voz a mamá. Y de ese modo, en lo que llegaba, Suhail y yo nos miramos... retándonos. «La mataré si no cumple su palabra, el pequeño Max está a reventar». Suhail se dio cuenta y nos miró con reserva a ambos. Por lo que, antes de que mamá entrara a la habitación, tomé una de mis almohadas y la coloqué sobre Maxito. El pequeño y juguetón Max.

«Tranquilo, bebé, papá siempre ve por ambos».

—¿Qué pasa, cariño? —preguntó Miranda viendo de mí a Suhail, que, como era de esperarse, trataba de no lucir incómoda.

Hice pestañar los ojos y me dirigí a mamá con voz de hijo modelo:

—Mami, lo pensé y sí iré a terapia mañana.

Mamá, feliz, corrió a abrazarme.

—¡Oh, cariño, sabía que recapacitarías! ¡Me siento tan feliz por ti! ¡Tan feliz!

Pese a que mamá me abrazaba y llenaba de besos, yo, con actitud ganadora, concentré mi atención en Suhail. Los dos aún nos retábamos con la mirada. «¿Cumplirá su palabra?»

—Llamaré para confirmar tu cita.

—Sí, sí —repetí, sin tener claro a qué me estaba metiendo.

Después le pedí a mamá dejarme a solas con Suhail para continuar hablando sobre cómo ayudar a Gilmour.

De esa forma, al estar solos otra vez, carraspeé y le insinué con un gesto de mi mano a Suhail que era hora de cumplir su palabra.Así fue como, anonadado, la observé coger aire y pararse con la espalda aún más recta. «¡Alabado sea el cielo, lo va a hacer! ¡Lo va a hacer!». Estaba mil por dentro. «¡Lo va a hacer!»No podía ni cerrar la boca.

Me acomodé mejor sobre mi cama y, expectante, observé a Suhail sujetar con decisión los extremos de su camiseta. A continuación, tal como prometió, la levantó y me permitió ver en todo su esplendor lo que cubría un hermoso sujetador de encaje color piel. «Color piel, sí, joder. Gracias, Dios. Gracias. ¡Color piel!»

No podía ni hablar, también me erguí lo más que pude, y así, en lo que en mi mente un coro de ángeles cantaba, hice que mis ojos disfrutaran cada segundo. Cada mísero segundo.

«We are the champions, my friends...».

Suhail dejó caer su camiseta pronto. «No, no se vayan, hermosas», y triste, coloqué mi mano en dirección a ella como si de esa forma pudiera levantar otra vez la camiseta.

—Mañana más si cumples tu palabra y vas a terapia —sentenció.

Ansioso, llevé mi mano hasta mi boca y mordí mis nudillos.

—¿Lo prometes? —pregunté y Suhail asintió con la misma decisión que mostró al levantar su camiseta—. ¿Mañana sin sostén entonces? —quise

confirmar echando a andar el plan de no lavar mis ojos por mucho tiempo. ¡Y las había visto con sujetador!

—Sin sujetador —confirmó Suhail, firme.

Mi vida una vez más se tornaba interesante.

122. Suhail

—¿Enloqueciste? —me preguntó Ling cuando la llamé para contarle. No descarté la posibilidad—. ¿Quién eres y dónde está la verdadera Suhail? ¿Qué hiciste con ella?

Cambié de un lado a otro mi cabello con incomodidad. Fue difícil explicarle a Ling mis motivos.

—Necesito estar segura de algo.

—¿De que Max es un imbécil? Porque yo llevo años confirmándolo. No necesitas arriesgar nada para estar segura de eso.

«Esto va más allá, Ling».

—Te prometo que estaré bien.

—No. No hay forma de que esto termine bien.

«Dame un poco de crédito», le supliqué en silencio.

—Eso es exactamente lo que quiero saber.

—No entiendo.

Claro que no. Ni yo misma me entendía del todo.

—Ling...

—No te entiendo nada.

—No voy a llegar lejos. No si no me siento cómoda.

—Terminarás mal.

—Es un riesgo, sí. Tengo que irme. Llámame si hay avances con Sam o si solo quieres hablar.

No quise continuar esa llamada.

No cené esa noche y por pensar en el mar de posibilidades que representaba arriesgarme con Max tampoco pude conciliar el sueño fácil. Era consciente del riesgo, pero necesitaba saber si podía tener o no un futuro con Max. Si podíamos funcionar juntos. Saber por qué iba rápido el día del accidente despertó mi curiosidad. «¿Me quiere más de lo que él

mismo supone?»También quería ayudarlo a empezar su terapia, pero tenía mis dudas sobre si su interés en mí podría más que su negatividad o dudas. Pronto lo averiguaría.

Al día siguiente escuché a Max y a Miranda salir temprano de casa para ir al hospital, bajé a desayunar e hice lo más duro que podía hacer en esos días. Esperar. ¿Max estaba listo para ir a terapia? ¿Se sentía lo suficiente interesado en mí como para resistir? Era demasiada la incertidumbre.

Horas más tarde escuché el coche de Miranda aparcar y paciente esperé a que papá instalara a Max en su habitación para salir yo de mi propia habitación.

Tenía miedo de enfrentar a Max. ¿Todo había salido bien? ¿Se sentía mejor? Mis dudas se disiparon al escuchar a Miranda tocar la puerta.

—Suhail —me llamó. Se oía desanimada.

Suspiré y le abrí. Al instante, al ver su semblante percibí que esto no iba a ser tan fácil.

—Hola, cariño, yo... —La mirada de Miranda se veía perdida.

—Le fue mal —dije, intentando adivinar qué había pasado.

Miranda asintió.

—Y no quiere ver a nadie.

«No».

Miranda y yo lo habíamos platicado un día antes: el médico dijo que el éxito de la terapia dependía de la actitud de Max, y Miranda y yo teníamos claro qué actitud era esa. Pese a todo, quisimos darle la oportunidad, al tratarse de Max siempre asumíamos el riesgo.

¿En qué lugar me dejaba eso? ¿Seguiría en pie mi plan?

Pensando qué hacer, caminé de un lado a otro en mi habitación hasta que mis ojos se posaron en algo interesante. Algo que había pasado por alto hasta ahora.

«Esto servirá».

Esperé a que Miranda y papá se alejaran de la habitación de Max para entrar. La puerta una vez más se encontraba abierta y, de entrada, no podía imaginar lo difícil que era para él ni siquiera poder levantarse a cerrarla. Algo tan sencillo me dio una idea más clara de la dimensión de lo que Max estaba viviendo. Su vida había cambiado en todos los sentidos.

—Vete —le escuché decir al percatarse de que entré en su territorio.

Ni siquiera intentó mirarme. En parte estaba segura de que me echaba la culpa de lo sucedido. Puede que sin querer lo presionara demasiado. A lo mejor tenía razón y debimos darle tiempo. De cualquiera manera, sin nada que perder, hice mi camino hasta su cama y coloqué sobre su pecho el objeto que llevaba en mis manos: una vasija enmendada.

Max osciló al mirarla.

—¿Qué es eso?

—*Kintsugi* —dije, esperando darme a entender.

Max aún no comprendía, miraba de mí a la vasija con fastidio.

—Suhail, ¿qué mierda...?

—Así se llama: *Kintsugi* —repetí, colocando mi mano sobre la vasija—. El arte de hacer bello y fuerte lo frágil.

Él agarró con fuerza el puente de su nariz.

—Al buscar palabras que valiera la pena aprender encontré esa —expliqué—. *Kintsug*i. Cuando los japoneses reparan objetos rotos lo enaltecen rellenando las grietas con oro —le mostré a Max las hendiduras alrededor de la vasija—, pues consideran que cuando algo ha sufrido un daño y tiene una historia, se vuelve más hermoso.

A eso se le conoce como *Kintsugi* y llamó tanto mi atención que rompí mi propia vasija y participé en un taller artesanal en el que me enseñaron cómo repararla.

Max me miró como si se preguntara si perdí la cabeza. Suspiré y continué explicando:

—Los objetos no solo quedan reparados, sino que se vuelven más fuertes. Esto porque en lugar de ocultar sus grietas, estas se acentúan y se celebran; se convierten en la parte más importante de la pieza restaurada. Por ello, los objetos como esta vasija son más valorados que los que nunca se han roto, aceptando que son más bellos por haber estado rotos, pues en lugar de considerar que pierden valor, al repararlos se obtiene una percepción de nueva vitalidad.

Max negó con la cabeza.

—Suhail...

Pude ver en su rostro que se esforzaba por evitar ser cruel conmigo.

—Se trata de resiliencia, Max. Resiliencia.

—¿Esa es otra palabra que aprendiste? —espetó, cansado. Me pregunté si nunca vería con interés las cosas que a mí me causaban fascinación.

—Sí... y también es una de mis favoritas.

«No me odies por querer ayudarte». Más tarde, también como parte de mi compromiso, le pediría a Miranda platicarme qué tan difícil resultó para Max comenzar la terapia.

—¿Por qué haces esto? —me preguntó, retirando la vasija de su pecho para volver a entregármela. Me preparé mentalmente para recibir más disparos de crueldad—. Te he tratado mal toda la vida, Suhail —declaró—. De niños te hice cuanta maldad se me ocurrió y en secundaria dudaba si defenderte o no. Era un imbécil. Sigo siendo un imbécil. ¿Por qué haces esto? —Me miró esperando una explicación—.Y también dime qué tengo que hacer para que te alejes.

Coloqué la vasija a un lado.

—Para empezar, de niños nos hicimos maldades mutuamente —le recordé —. Segundo, no era tu responsabilidad ayudarme en secundaria. Aun así, al final lo hiciste. Lo mismo de niños. Ya sabes... con el fantasma. —Mi tono de voz bajó.

Su semblante también se había relajado.

—Ojalá hubiera tenido el valor de ayudarte más. Merecías que te ayudara más.

—Tenías ocho años.

Me acerqué a él para acariciar su cabello a modo de consuelo. Por un lado, me sentía extraña de que, debido a su condición, no se moviera de un lado al otro como lo hacía antes. Max es de naturaleza inquieta. Por ende supuse que la inactividad era más difícil para él que para algún otro.

—Y ya ves —continué—, dices que te hubiera gustado hacer más. No dejes que yo me arrepienta de lo mismo en algunos años. Permíteme ayudarte.

«Y es que si Ling te escuchara hablar en este momento comprendería muchas cosas».

—También me animaste a practicar —recordó—. Si soy músico es gracias a ti y... a papá.

—¿Ya ves? —le sonreí—. Nos ayudamos mutuamente, Max. Sabemos reconocer cuando nos necesitamos. Déjame unir tus pedazos —le insistí—. *Kintsugi*.

Esperé su respuesta. «Di que sí. Di que sí...».

—No te merezco —suspiró. En su voz aún había dolor.

—Deja que yo decida eso.

Mi idea era acompañarlo a terapia y animarlo a salir de la cama. Me sentía convencida de que podía hacer mucho por él si tan solo me lo permitiera. De cualquier modo, nuestra conversación se vio interrumpida por un jaleo que tenía lugar bajo la cama. Una caja moviéndose.

—¿Qué ra...? —Max me hizo una seña para que no dijera nada.

—Lo vas a asustar —musitó.

Y así fue como, estirándose, un gato de pelaje amarillo salió de debajo de la cama y nos miró con cautela.

—Es el gato más feo del mundo, ¿no? —rio Max. Porque a pesar de que las heridas de Gilmour habían cicatrizado, parte del rostro y una oreja todavía se veían terribles.

—¡*Kintsugi*!—le recordé a Max golpeando su hombro.

—¡Ay!

También aplicaba a Gilmour.

—Él también está en medio de un proceso de sanación —le hice ver—. También es resiliente.

Como era su costumbre, Max hizo girar sus ojos.

—Te puedo asegurar que lo único que le interesa a ese gato es que puedas deletrear *croquetas* o *atún*.

Ladeé hacia un lado y observé a Gilmour. Claro, resiliente o no, necesitaba comida.

—Ahora vengo —dije a ambos y empecé a hacer mi camino hacia la cocina. No obstante, antes de marcharme me volví para mirar a Max, y según yo, con coquetería—. Recuerda que te debo algo por haber ido a terapia.

—Más tarde —decidió sin mucho ánimo y desvió su atención a Gilmour.

Y aunque ese gesto no me mostró con precisión si tenía o no razón y Max, quizá, sí me veía como algo más que un pecho desnudo; sí decía mucho sobre sí mismo: Max dejando un par de tetas para más tarde. ¿Tan mal le había ido en terapia?

Al volver de la cocina con las croquetas para Gilmour, retomé nuestra conversación; no obstante, Max, insistiendo en que estaba cansado, me interrumpió y me pidió dejarlo solo.

—Ten piedad de mí y también cierra la puerta.

Antes de marcharme lo observé durante unos segundos. Él veía su ventana. Deduje que desde su cama no alcanzaría a ver más allá de la copa de algún árbol. En cualquier caso, puede que solo estuviera pensando.

¿Pensando en qué?

123. Max

—¡Despierta, Maxi, despierta! —me habló papá esa mañana. Entró a mi habitación y golpeó de forma graciosa mi cabeza con mi guitarra nueva.

Amaba ser despertado por papá.

—Es sábado —bostecé, rodando sobre mi cama y colocando una almohada por encima de mi cabeza.

—¿No quieres ser una estrella de *rock*? —preguntó él sin perder el buen humor. Lo que todos más recuerdan de papá es su carácter ameno.

—¿Las estrellas de *rock* madrugan?

Papá dudó en responder.

—Seee.

Acomodé de mejor manera mi almohada.

—Entonces no.

Papá soltó una risa y me sacó de la cama sujetándome de los pies.

—Vamos, ya encontré la canción perfecta para que empieces.

—¿Pero por qué tiene que ser tan temprano? —continué gruñendo.

—Entre más pronto empecemos, mejor.

Estiré los brazos, me vestí y me lavé los dientes antes de bajar con él a la cochera, sitio que sería nuestro lugar de ensayo durante los próximos meses.

Mientras, al salir de casa y caminar de nuestra puerta a la cochera, papá saludó efusivo la casa vecina.

—¡Hola, linda!

Al seguir la dirección de su mirada vi a Suhail jugando en su jardín delantero y gruñí. Apenas había pasado una semana desde mi fiesta de cumpleaños número ocho, cuyo numerito hizo que las Hermanas de la caridad se llevaran mis obsequios. Por ello, cuando me vio le saqué la lengua y moví los labios a modo de que leyera las palabras: «Mi venganza

no ha terminado».Ya había secuestrado a su pez y decapitado a sus muñecas, pero faltaba más. Ella debía pagar por mucho.

—Saluda a Suhail, Max —me pidió papá.

Le sonreí a la niña fea de forma hipócrita y cuando papá dejó de mirar le volví a sacar la lengua.

—Eso es —me felicitó papá en lo que abría la cochera—, haz puntos por si la quieres invitar a salir mañana.

Lo miré con indignación.

—Jamás invitaría a Suhail a ningún lado.

—Nunca digas «De esa agua no beberé», enano —suspiró él—.
No sea que te guste y repitas tanto que ya ninguna otra te quite la sed.

—¿Cómo?

Sí, ¿cómo esperaba que un niño de ocho años comprendiera eso?

—Nada —rio—. Con suerte un día tú mismo harás mejores analogías al respecto.

Con suerte.

Papá sacó el coche para tener más espacio y colocamos dos sillas para sentarnos uno frente al otro, tipo alumno y maestro. Además de la guitarra también había llevado una grabadora.

—Quiero que escuches esta canción —dijo, entusiasmado. Mucho más entusiasmado que yo, que todavía tenía sueño.

Prendió la grabadora y empezó a sonar la canción que, sin saberlo, transformaría mi vida:

Got to write a classic
Got to write it in an attic
Baby, I'm an addict now
An addict for your love.

Escuché cada nota con la atención que mi corta edad me permitió y le hice ver a papá que me gustaba. La canción me gustaba. Aún me gusta.

—Perfecto —dijo él sonriente y colocó la guitarra sobre su regazo —. Tienes que practicar mucho, Maxi. La práctica te hará dominar tu miedo y tus dedos.

Asentí obediente y miré a papá tocar y cantar *Classic* con admirable excelencia. Ese día me prometí que un día sería tan bueno como él.

—Eres el mejor —dije.

—No, yo soy un aficionado. Tú serás el mejor.

«El mejor». No lo dudé. Pocas veces dudé que un día sería el mejor hasta...

...hasta el día del accidente.

Papá me entregó la guitarra y, sin desanimarme al ver mis fallos, esperó paciente a que, por lo menos, tocara bien dos notas. Cuando por fin lo logré los dos saltamos.

—¡Lo logré! ¡Lo logré, papá! ¡Lo logré!

Había aprendido a tocar dos notas.

Él me levantó por la cintura y me hizo dar vueltas.

—¡Eres la estrella! ¡Anda, dilo! ¿Quién es la estrella de *rock*?

—¡Yo!

—¡Más fuerte!

—¡YOOO!

Lágrimas cayeron de mis ojos al recordar eso, por lo que agradecí que Suhail cerrara la puerta. Ya no tenía nada, ni a papá ni la oportunidad de un día ser una estrella.

Había fallado en mi primer día de terapia y dolía recordarlo. Mi fisioterapeuta, un joven no mucho más grande que yo, me recibió en un salón en el que también atendían a tres niños, dos adultos y cuatro ancianos. Me preguntó si consideraba estar listo para apoyarme en un pasamanos y asentí. Por supuesto que era capaz de hacer algo así.

Antes de empezar miré por el rabillo del ojo al resto de pacientes. Cada uno, sin excepción, llevaban a cabo una tarea y cada vez que lograban algo nuevo recibían aplausos y premios de los fisioterapeutas y familiares que los acompañaban.

Por mi parte, fallé. En vano quise demostrar ser lo suficiente capaz de sostenerme sobre mis dos brazos, porque fallé. Me derrumbé fácil.

El accidente me hizo perder una pierna, pero no eran las únicas partes que habían recibido golpes. Me fracturé huesos, estropeé ligamentos, perdí fuerza. Tristemente me di cuenta de que, como todos los demás pacientes, debía empezar de cero. Ni siquiera podía sostenerme por mí mismo.

Y palabras como «Si te caes, levántate» no me servían, porque tampoco tenía fuerzas para eso. Era un inútil. Un completo inútil.

—Empezaremos más despacio, campeón —me dijo Paulo. Ese era el nombre de mi fisioterapeuta—. Paso a paso.

Sé que su intención era animarme, pero me sentí humillado. Los niños y ancianos cerca de mí hacían sus ejercicios sin problema y yo fallé con algo tan fácil como apoyarme sobre mis brazos. Brazos en los que tenía tatuada la frase ¿Quién es la estrella de rock? Humillante.

«¿Qué dirías si pudieras verme, papá?»

Paulo me ayudó a recostarme sobre una colchoneta y me indicó abrir y cerrar las manos cada cinco segundos. «Haz estrellitas, Max». Trabajamos en eso durante una hora. Me sentía estúpido. Aun así, tampoco reconocería que al hacer eso mis dedos dolieron. ¡Dolieron! Tampoco me había resultado fácil hacer «estrellitas».

A lo lejos escuché a uno de los niños aplaudir.

—¡Vas bien! —me felicitó. No tenía ninguna de sus dos piernas y estaba aprendiendo a caminar sobre una prótesis—. A mí también me costó empezar —intentó animarme.

¿Un niño con mayor grado de dificultad podía responder a la terapia física mejor que yo? Me sentí aún más inútil.

Vi de él a Miranda, que era mi acompañante ese día, y ella me sonrió. Luego busqué la mirada de los demás pacientes. Todos me miraban con afecto pese a no conocerme y procuraron darme ánimo con palabras y con gestos. Les di las gracias y le pedí a Paulo otro ejercicio. Uno menos estúpido. Me pidió extender mis brazos y moverlos a modo de llevarlos de mi estómago a mi hombro. Del mismo modo dolió. Dolió mucho.

«¿Quién es la estrella de *rock*?», recordé y mi humor empeoró. Sentí enojo, vergüenza... temor.

Sin poderme contener más tiempo, lloré. No me importó estar rodeado de gente. Lloré. Pero no de tristeza, lloré de rabia. Me sentía traicionado. Yo podía hacer cualquier cosa sin problema. ¡Cualquier cosa! Antes del accidente, algo sencillo como mover mis dedos no dolía ni era motivo para tener que hacer ejercicio.

Las miradas de los demás pacientes se apartaron.

—Nadie te está juzgando —dijo Paulo, dando palmaditas sobre mi hombro—. A todos les ha costado empezar, Max. A todos.

Y como si me faltaran más motivos para sentirme peor, recordé las palabras de Eric diciendo que merecía pasar por eso. «Muérete, Eric». También recordé que Sam, pese a que hacía mucho había salido del hospital, no me buscó ni en el hospital ni en mi casa. ¿Pensaba lo mismo

que Eric? ¿Tampoco quería verme? Odié con mi alma a ese gordo traidor y continué los ejercicios que me indicó Paulo, sintiéndome humillado. Completamente humillado.

124. Suhail

Era cuestión de tiempo. Tenía claro eso. Max necesitaba tiempo. Y yo, por otra parte, necesitaba ver bien a Max.

Amaba a Max de todas las formas que se puede amar a alguien: como amigo, como hermano y faltaba poco para conocer al Max afectuoso, el novio, el hombre. Al Max Solatano que acabaría conmigo y al que, quizá, yo también acabé un poco.

Los años que viví a su lado me conectaron de tal forma con él que no había Suhail sin Max. Por eso, hoy puedo decir que soy una Suhail diferente. Una Suhail que, la que intentó ayudar a Max, estoy segura, apenas reconocería.

Pidiendo estar solo, Max vio pasar muchos días recostado sobre su cama. O quizá la palabra que debiera utilizar sea *confinado*. Max estuvo confinado en su cama, al sentirse, según él, prisionero de su propio cuerpo. Mi vida, por otro lado, dio un giro interesante. Hacer amistad con Aitor me animó a participar en más grupos de apoyo. Mandamos a diseñar camisetas y gorras, averiguamos de patrocinios y nos asociamos a distintos movimientos, en su mayoría sobre medioambiente y animalistas. Incluso me interesé en el budismo. Eso y más me ayudó a distraerme y olvidar lo triste que me pone ver mal a Max.

—Si me hubieran dicho que la niña pecosa que se mudó hace once años a la casa vecina se volvería *hippie*, no lo hubiera creído—resopló Max una noche que me ofrecí a subir su cena—.Te juro que no lo hubiera creído.

—No soy *hippie.* —Le entregué su comida y crucé los brazos sobre mi pecho para hacer notar mi inconformidad—. Busco paz espiritual y apoyo...

—Causas perdidas —me interrumpió, enojándome más, y cuando quise contraatacar me mostró la palma de su mano en plan de «No empieces»—. Porque si otra vez quieres hablar del gordo ese...

—Se llama Buda —contesté, molesta—. Bu-da.

Max resopló por segunda vez.

—Eso no le quita lo gordo.

—Además no siempre...

—No quiero oír, dije —remarcó.

Gruñí antes de decir más.

—Sabes, el budismo a ti en particular te sería de mucha ayuda.

Ignorándome,colocó una servilleta de papel sobre su pecho y se dispuso a comer.

—Solo si el olor a incienso consigue que me crezca otra pierna.

—No tienes que ser tan majadero —reclamé, tentada a irme ya.

Y es que además de todo, apenas me prestaba atención, estaba sorprendido de poder comer doble ración de pollo esa noche.

—¿A este punto llega la lástima que me tiene Miranda? —se quejó mirando de mí al plato—. Ahora me da más pollo.

Para sacarlo de su error, y porque de todos modos tarde o temprano se enteraría, solté la verdad.

—No es así.—Tragué saliva antes de confesar, ya que por experiencia sabía que esto daría a Max mucho más material para molestarme—. Lo que pasa es que... Hoy... Hoy dejé de comer carne.

Al instante me dirigió una mirada escéptica.

—Es joda, ¿no?

—No quiero ser causante de más dolor —aclaré cual poeta de la tierra. Si hacen silencio incluso escucharán un cántico africano al mismo tiempo que decía esto—: Si voy a activar por los animales, será por todos los animales, sin excepción, y...

—Aitor te está dando a fumar marihuana, ¿a que sí?—interrumpió Max de nuevo—. Suhail, las vacas no se van a extinguir, créeme.

—¡Es cuestión de ética!

Una vez más me mostró la palma de su mano para callarme. Y aunque sentí ganas de estrangularlo, recordé que, de acuerdo a mi nueva ideología, el odio no debía formar parte de mí; de modo que en lugar de enojarme conté del uno al diez.

También tomaba en cuenta lo difícil que debía ser el cambio de persona independiente a alguien que necesita ayuda hasta para las tareas más básicas. De todas formas, Max tampoco ponía de su parte, se había rendido. Y aunque le insistí en cumplir mi promesa de mostrarme

en *topless*, se negó a llevar a cabo nuestro acuerdo y por un tiempo no regresó a terapia. Lo más que pudimos hacer por él fue obligarlo a distribuir su tiempo entre la silla y la cama, y de esa manera evitar que le salieran llagas por pasar demasiado tiempo en reposo.

Sentía miedo, fue una época de incertidumbre, ver a Max caer en depresión resultó frustrante.

Con el tiempo terminó el bachillerato recibiendo clases en casa, y aunque Miranda insistió, y pese a que la música en apariencia ya no era opción, él no quiso hablar de la universidad. ¿En qué invertiría su tiempo? ¿Qué haría de su vida? Eso nos preocupaba a todos. Max, por otra parte, solo se concentró en mostrar su enojo con el mundo.

Para no atosigarle, opté por darle espacio y enfocarme en mi vida. Por lo mismo, además de intentar «cambiar el mundo», y porque con urgencia necesitaba distracción, comencé a asistir a la universidad para estudiar Filología. No más concursos de deletreos, pero sí palabras. Muchas palabras. Tras perder la beca a Londres, el deletreo ya no fue prioridad, pero cambié de planes.

Perspectiva.

Motivación.

Bienquerencia.

Tregua.

Valor.

Hasta mis libros de texto me recordaban cuánto ansiaba ayudar a Max. Fue así como, un viernes por la noche, cansada de evitarlo para no «atosigarle», toqué su puerta. ¿Cómo era posible que consiguiera organizar una marcha de apoyo a los animales o aprendiera sobre la etimología de las palabras pero no consiguiera que Max se alejara de la cama?

—No me puedo levantar a abrir —contestó, dentro. Me encogí de hombros «¡Pero qué...! Inhala y exhala, Suhail, no pierdas tu nirvana»—. Entra o vete —amenazó. Su ánimo por los suelos, como en los últimos meses.

Esperé unos segundos más, durante los cuales me cuestioné si era buena idea o no irritarle; aunque irritado ya estaba, de manera que decidí entrar.

Mi objetivo era ayudar, ¿no?

—Ey —saludé. La silla de ruedas de Max permanecía cerca de la ventana —. Hay buen clima, ¿no? —Procuré hacer conversación—. La noche es

perfecta.

Max ni siquiera me miró, su vista continuó atenta a la vidriera, justo estaba anocheciendo.

—Sí —suspiró—. Sal a divertirte.

—De hecho, vengo de fuera.

De ese modo le eché en cara que yo sí asistía a la universidad.

—¿Ya no ves a Aitor? —quiso saber de pronto.

Una pregunta incómoda, puesto que, desde que participaba más en Ama a los Animales junto a Aitor, Max lucía más irritado. No le agradaba Aitor.

—Sabes que sí —le recordé, y no dijo nada. Solo continuó mostrando su incomodidad. No obstante, ya que por fin habíamos encontrado un tema para conversar, le confronté, rodeando su silla para mirarle a la cara a pesar de que él quiso evitarme—. ¿Por qué te enfada Aitor?

¿Eran celos? Como le dije a Ling, procuraba empujarle para averiguar qué sentía por mí. Una parte de mí quería tener claro qué sentía por mí.

—Es un *esnob* —justificó su molestia—. Aunque no me extraña que tú no te des cuenta.

—Eso no sonó a halago —me enfadé.

«Tu nirvana, Suhail».

—Qué suspica.

Fruncí los labios. «*¡Tu nirvana, Suhail*, maldición; no pierdas la compostura!»

—No has vuelto a terapia —le recordé, ya que se sentía animado a atacarme—. Fuiste una sola vez y te rendiste. Te rendiste, Max.

En mis palabras también había tristeza.

Quería gritarle que la vida sigue, pero entre los dos había un muro. Por eso, en apariencia molesto, continuó mirando la calle como si esperara a alguien. ¿A quién?

«¡Sam!», recordé sintiendo estrujar mi estómago.Llevaba días preguntando a Miranda si sabía algo de Sam. De modo que, decidida a ir por ese lado, busqué las palabras correctas para abordar el tema.

—Me preocupa tu silencio.

¿Y si le decía la verdad? Miranda había olvidado consultar con el médico si ya era oportuno comentar con Max el estado de salud de Sam. En mi opinión, saberlo lo haría reaccionar, pero dudé, dudé porque igualmente podía hacerlo sentir culpable, y eso, con el tiempo, resultaría peor.

—A mí no —dijo, con el mismo tono mordaz—, cuando pierdes una parte importante de tu cuerpo, el resto de ti también se ve afectado. No quieres convivir, hablar... Vamos, ni siquiera quieres pensar.

—Estás deprimido —opiné, todavía procurando guiar el tema hacia Sam.

Max arqueó una ceja.

—¿Tus clases con Krishna incluyen clases de salud mental?

«¡Al diablo el nirvana!»

Tomé aire. Después de semanas había llegado al borde de mi paciencia.

—Primero, es Buda, no Krishna —señalé—. Segundo...

—Te ahorro la terapia —me interrumpió Max una vez más con el mismo tonito desagradable—. Mi diagnóstico es: caso perdido.

«¡Suficiente!» Y, molesta, harta de no verlo reaccionar, lo primero que se me ocurrió decir fue:

—Sam está en coma.

125. Max

«¿Mi bolita de carne qué?». Eso fue lo primero que pensé, entretanto sentía mi mundo derrumbarse. Derrumbarse todavía más.

Perdí a papá, perdí mi oportunidad de ser una estrella, ¿también estaba perdiendo a Sam? Mi Sam. Mi ballena bebé.

Observé a Suhail manteniendo mi boca abierta. «¡¿El gordo qué?!», repetí en mi mente, procurando asimilar. ¿El gordo, mi gordo, al que creí un traidor, en realidad nunca me dio la espalda?

Mis pensamientos se tornaron confusos. ¿Sam en coma? Me negaba a aceptarlo. Mi gordo era un todo terreno.

—Mentira.

—No.

«No».

Fue como sentir que me lanzaron un ladrillo.

—Llévame al hospital —pedí con voz temblorosa a Suhail alcanzando por primera vez la silla de ruedas yo mismo. Necesitaba ver a Sam yo mismo. Aun así, mi angustia no cabía dentro de mi silla.

Suhail, por otro lado, no dejaba de disculparse por darme la noticia de forma abrupta, y aunque quería matar a todos por no decirme nada, me urgía más ver a Sam.

*****

«Sam».

Camino al hospital había oscuridad en la calle, en el cielo... dentro de mí. Era poco más de las siete de la noche y mi cuerpo se sentía cansado, y no por el sueño. También me sentía asqueado. Mi estómago quemaba. «Sam». Hubiera preferido saber que estaba molesto conmigo.

Suhail me miraba a ratos.

—¿Estás bien? —preguntó, conduciendo despacio pese a que yo le pedía ir más rápido.

No había dicho nada desde que salimos. Durante todo el trayecto sentí la culpa venir a mí. Sam estaba en esa condición por mi culpa. Por mi culpa.

¿Qué estaba mal conmigo que lastimaba a todos?

Desanimado y sintiéndome responsable de todo lo que sucede en el universo, de repente empecé a escuchar un zumbido extraño.

—Max —escuché a Suhail llamándome, y, preocupada, viró hacia un lado de la calle y estacionó su coche. Pero mi mente se encontraba lejos de ella y de todo, pensando en Sam.

Me veía a mí mismo de niño picando con un lápiz a cualquier niña o niño que la señorita Lucy sentara junto a mí. A Luca, a Tomás, a Edgar. A quien sea. Por lo mismo, la señorita Lucy, como encargada del preescolar, se sentía cansada de buscar un compañero permanente para mí. A todos, tarde o temprano, los hacía llorar.

Hasta que se arriesgó con el gordo.

—Si lloras —amenacé al niño obeso un segundo después de sentarse a mi lado— a los próximos que picaré con mi lápiz serán tu mamá —lo escuché tragar saliva— y tu papá —más saliva— y tu hermana... y cualquiera que ames.

Yo era toda amenaza con mi lápiz y mi sacapuntas preparado para sacar más filo.

El niño, con al menos seis kilos de más, asintió y soportó que lo torturara. El gordo siempre ha tenido mucho aguante.

—¿Y cómo te llamas, empollón? —le pregunté al terminar el día.

—Sam —musitó él, conteniendo lágrimas, pues le dije que de echarse a llorar le diría que era una delicada flor.

—Así que Sam —dije, sonriendo y buscando mi sacapuntas para mejorar, una vez más, el filo de mi arma de tortura—. ¿O debería decir —lo miré de forma significativa— Ballena bebé?

Sam se encogió de hombros sintiéndose intimidado.

—Sí... Ba-ballena bebé está bien —tartamudeó, valiente.

Solo por eso, por creerse valiente, no lo piqué durante cinco minutos. Además, era tarde y tenía que repasar el cuento del conejo y la zanahoria.

Al sonar el aviso que indicaba la hora de receso busqué bajó mi banco mi comida. «La olvidé». Indignado, me giré hacia Sam y le arrebaté los pastelitos que sacaba de su mochila de Mickey Mouse. Me miró temeroso.

—A ti no te va a servir esto, gordo —le hice ver con tono autoritario y agité delante de su nariz la bolsa con pastelitos—. Ya tienes suficiente comida almacenada, ¿no?

Y lo empujé.

—Sí. Sí—estuvo de acuerdo—.También traigo pan con tocino y queso, si quieres —ofreció, para añadir a su ofrenda.

—A ver, suelta —exigí.

En lo que le veía buscar dentro de su mochila, abrí delante de él la bolsa con pastelitos, también los quería saborear delante de él.

Semanas después, a nuestro salón llegó un niño de nombre Eric, que demostró ser tan malo como yo al responder a mi abuso mostrándome su lengua. Esa actitud necesitaba de quien eligiera para sentarse a mi lado, por lo que dejé en paz a Eric, le ofrecí hacer las paces y nos hicimos buenos amigos. Sin embargo, todo cambió el día que la señorita Lucy nos pidió colocarnos en parejas para rellenar con bolitas de papel el dibujo de un hipopótamo. Le pedí al gordo retirar su trasero del lugar a mi lado y le hice una seña a Eric para que se acercara. Fue así como, de pie frente a mí, Sam miró hacia todos lados buscando con quién le podría poner a trabajar la señorita Lucy, pues en ese momento ya todos tenían ayuda.

—Aceptaré un equipo de tres —anunció—. Alguien que acepte a Sam.

En lugar de invitarle, el resto de los niños del salón le mostraron el dibujo del hipopótamo a Sam para hacerle saber que era su foto.

—¡Él es Ballena bebé, no hipopótamo! —les detuve; y como tenían miedo de ser picados por mi lápiz, todos y todas, sin excepción, dejaron de molestar a Sam.

El gordo me miró con gratitud. Había asumido que lo defendí.

—Entonces, ¿qué equipo aceptará a Sam? —preguntó una vez más la señorita Lucy.

El gordo no dejaba de mirarme.

Hice girar los ojos y le hice una seña para que se aproximara.

—¿Es broma? —resopló Eric—. ¿Para qué quieres al gordo con nosotros?

—Todos los días le ponen pastelitos —expliqué.

—Ah, bueno —dijo Eric, igualmente aceptando a Sam, y a partir de ese día él se sentó con nosotros.

Abrí como pude la puerta del coche de Suhail y saqué la cabeza para vomitar luego de recordar todo eso. Le había hecho mucho daño a Sam.

Suhail palmeó mi espalda. Mi cabeza daba vueltas.

—Está bien, está bien —dijo cuando al terminar de sacar todo comencé a llorar.Debióde ser una escena patética de ver tomando en cuenta el tipo de persona que era antes. Alguien fuerte, no débil, ¡yo no lloraba! Yo era Max Solatano, la estrella de rock, no un tipo endeble.

Intenté limpiar las lágrimas a medida que salían y le pedí a Suhail que se alejara.

—Solo déjalo ir —dijo. Tenía mucho dentro y no sabía cómo sacarlo—. Tienes mucho que soltar, Max.

Y aunque la había jodido hasta el cansancio con lo de ser hippie, budista o lo que sea que fuese entonces, en ese momento la escuché.

—Nada más déjalo ir —dijo, pidiéndome no reprimir nada—. Mucha gente cree que llorar es señal de debilidad cuando en realidad es parte de la resiliencia. Cuando el vaso está demasiado lleno...

—Te juro que si me vuelves a decir que mis grietas me hacen bello te voy a... —gimoteé.

Ella me abrazó.

Suhail me abrazó tan fuerte que recordé quién era: un tipo cansado de no tener lo que deseaba, incluyéndola a ella.Cansado de no saber tantos porqués. Mi vida era una mentira. Engañé, lastimé y utilicé a muchos para llegar adonde quería sin prever que antes viviría un quiebre. Necesitaba

gritar. Necesitaba, aunque fuese un momento, no ser fuerte. Y ahí estaba Suhail, pidiéndome soltar lo que me ataba. Me pedía llorar, gritar y soltar, para finalmente asimilar lo que ya no será.

Había perdido la mitad de una pierna, había perdido la oportunidad de ser una estrella; sin embargo, lo que realmente me golpeó e hizo reaccionar fue el miedo de perder a Sam.

El gordo era mi amigo, mi incondicional. ¿De qué me serviría recuperar mi pierna, en caso de que pudiera, si perdía a una de las pocas personas que me querían y creían en mí? Y es que para ese momento eran pocas, realmente pocas, las personas que me querían: mamá, Bill, Suhail, Sam... Solo ellos. Y a todos les había hecho daño.

126. Suhail

Escuché a Max tragar saliva antes de entrar a la habitación de Sam. Habíamos recorrido los pasillos del hospital hasta llegar a la Unidad de Cuidados Intensivos, y no fue fácil conseguir un permiso para ingresar. Sin embargo, por fortuna, el médico que atendió a Max accedió a que lo visitáramos durante diez minutos, solo diez minutos.

Ling se sentó derecha al vernos, estaba adormitada en la silla; por lo que sabíamos iba y venía de su casa a la universidad y de la universidad al hospital.

—Ustedes —bostezó al vernos. Ling necesitaba dormir.

Saludé y, al callar todos, en la habitación solo se escuchóel sonido de los aparatos que mantenían respirando a Sam.

Por estar Max sentado en la silla de ruedas y yo empujando esta, no pude ver su primera impresión al mirar a Sam, pero la supuse.

—¿Por qué tantos aparatos? —preguntó primero.

—No es capaz de respirar solo y sin ese tubo en su boca corre el riesgo de asfixiarse —expliqué.

Max tomó aire.

La cabeza de Sam se encontraba sobre una almohada, inclinada de tal forma que podíamos ver su rostro. Pero ese no era Sam. Nuestro amigo

tenía una mirada expresiva, siempre alegre, esa persona en la cama parecía muerta en vida con la boca y los ojos ligeramente abiertos pero inerte.

—Gordo —musitó Max con voz entrecortada y se apresuró a instalar él mismo su silla junto a la cama de Sam. Ahí esperó en vano a que su amigo reaccionara—. Sam...Perdóname, Sam.

Un dolor punzante saltó de mi corazón hasta mis ojos.

Max, como pudo, se inclinó sobre Sam y Ling le miró con molestia.

—No —dije, temiendo que le fuera a decir algo cruel a Max. Pero Ling negó con la cabeza, esta vez no iba a callar.

—Te juro que si vuelvo a saber que te quejas de tu condición —reclamó a Max—. Te juro, Solatano, que... que yo misma te corto la otra pierna.

Ling lloró con más fuerza. Max no le contestó.Lo único que hacía era hablar al oído a Sam.

—Perdóname, gordo. Perdóname.

Era la cuarta vez que veía llorar a Max. La primera cuando murió su papá, la segunda cuando supo que perdió la pierna, la tercera cuando reaccionó y comprendió su situación... y por Sam. Por su leal Sam.

127. Max

u***Stayin' Alive*- Bee Gees**

—¡Max! —gritó Sam, corriendo detrás mío—. ¿Voy con ustedes? —preguntó, esperanzado. Entonces teníamos quince años.

Un grupo de chicas nos había invitado a mí y a Eric a un bar cercano. La tarde prometía mucho. Mu-cho.

Miré a Eric y a las chicas.

—¿Alguna de ustedes quiere a Sam de cita? —pregunté.

Las cuatro negaron con la cabeza, riendo.

—Ellas se lo pierden, gordo —le dije a Sam y Eric y yo nos despedimos de él, dejándole solo sobre la acera frente al instituto.

*****

—No debiste acompañarme —le susurré a Sam al oído—. Debiste dejar que me jodiera la vida yo solo.

Me había soltado a llorar como un bebé al ver en ese estado a mi amigo. Mi único amigo.

La parte superior de su cabeza se hallaba cubierta con vendas, había un tubo dentro de su boca y aparatos conectados a su pecho y manos.

«¿Por qué él y no yo?» Puse atención a sus ojos y atisbé brillar dentro una luz minúscula. «Vuelve, gordo». Se veía pálido y desmejorado... delgado.

—¡No lo están alimentando bien! —regañé a Ling.

Ella me miró molesta.

—¡No puedo comer él solo!¡Lo alimentan con tubos!

Empujé con enojo la cama sobre la que se hallaba Sam y como pude me recosté encima de él conservando la mitad de mí cuerpo sobre mi silla de ruedas.

«Tiene que despertar».

Ling me explicó los criterios clínicos que confirmaban que Sam no tenía muerte cerebral, lo que mantenía nuestra esperanza, e íbamos esperar el tiempo que fuese necesario.

—Va a despertar —me aseguró Ling a mí y también a ella misma—. Va a despertar.

Aferrándome a eso, di mi atención a Sam otra vez.

«Querido Dios,

No recuerdo la última vez que me comuniqué contigo. Aunque si me comuniqué contigo, sin lugar a duda, habrá sido para reclamarte algo.

Yo sé que soy pésima persona y que no merezco tu atención, pero el gordo es diferente. Él, en comparación a mí, sí merece que mires un poco hacia acá.

Ayúdale. Que despierte, por favor. Ayúdale y te prometo que ya no seré un cabeza dura.

EVITARÉ ser cabeza dura.

O al menos trataré.

Pero no te olvides del gordo. Se llama Sam.

Y tampoco te olvides de Eric. Que se joda en su nuevo grupo, señor, por abandonarnos a mí y al gordo.

Perdón. Perdón. Borra eso último porque te prometí ya no ser cabeza dura.

Bueno, es todo. Nos vemos pronto.

Aunque eso último no lo dije literal, eh. Estoy hablando de despedirnos por el momento. Mientras estoy terminando la oración, porque yo todavía no quiero verte. Necesito un poco más de tiempo para vivir. Llévate a Aitor, si quieres.

También borra eso de Aitor.

O bueno, no...

Lo decidimos en el camino, ¿de acuerdo?

Bueno, adiós.

Amén.

Atentamente,

Max».

*****

Mi rutina cambió a partir de conocer el estado de Sam. Empecé a utilizar la silla de ruedas yo solo, sin necesidad de que la empujaran y también volví a terapia. Aunque, por supuesto, no podía desplazarme de la casa al hospital. En ese sentido todavía dependía de Suhail y mamá, pero algo es algo.

—¡Quita esa cara de limón! —cuchicheó mamá viéndome desde el espejo retrovisor de su camioneta.

«¿Cara de limón?»

Me habían acomodado sobre el asiento trasero para ir más cómodo y Suhail se hallaba sentada en el asiento del copiloto.

«¿Cara de limón?», insistí en mi mente.

Miranda decidió salir temprano de casa para evitar el tráfico, iríamos a dejar a Suhail a la universidad para después ir al hospital a mi revisión y a terapia... y para ver a Sam. De cualquier manera encontramos tráfico. Odio madrugar.

—¿Qué es con exactitud la cara de limón, Miranda?—pregunté a mamá con grandilocuencia al mismo tiempo que bostecé. ¿Ya dije que odio madrugar?—. Los-limones-no-tienen-cara.

—¿En serio? —resopló Suhail—. Gracias por aclarar.

Ella y mamá compartían *Hot Cakes* que compraron en el autoservicio del *McDonald's*. Mi estómago, contrario al suyo, no había despertado. Yo no

podía comer nada hasta después de las siete y media.

Mamá miró de Suhail a mí, sonriendo.

—Sabes a qué me refiero —dijo, guiñándome el ojo—. Desde pequeño has sido exasperante, pero empeoraste con los años, mi carita de limón.

«Exasperante».

—Empeoró mucho —agregó Suhail, que luego de meterse más en la onda hippie vestía rara. Más rara que de costumbre. Prácticamente en harapos. Vamos, parecía una indigente con mucho estilo. Me distraje viendo el pañuelo sobre su cabello.

—Qué lindo escuchar hablar así a mi madre —resoplé

Miranda se echó a reír y prendió la radio del coche para buscar algo que escuchar.

—Preferiría ir en silencio —me quejé.

—A ti te gusta la música —dijo mamá, ignorando de nuevo mi mal humor. Yo nada más quería terminar rápido mi sesión de terapia para ir a ver al gordo—. Y el tráfico va para largo.

Suhail levantó los brazos.

—¡Sí, música! —celebró, animando a Miranda a seguir buscando qué escuchar.

—Siendo el caso de que a esta hora ya hay tráfico y que madrugamos en vano —dije—, mañana saldremos más tarde...espero.

—No, señor, al contrario —mamá me miró seria—. Saldremos más temprano. —Esbocé una mueca—. Anda, quita tu cara de limón —insistió lanzándome un beso.

La música en la radio pasó de cumbia a *rock*, de *rock* a música salsa y de música salsa a *Stayin' alive* de Bee Gees. Miranda eligió dejar esa.

—Es buena —opinó Suhail.

Sonreí al recordar la vez que expliqué a Suhail la diferencia entre llamar *buena* o *genial* a una canción. Pero sí, esa era buena. Le faltaba algo para ser genial. Ser rock, por ejemplo.

—Sí, mi época —sonrió mamá, mirando con devoción la radio. Entonces temí lo peor...

Y mi peor pesadilla se hizo realidad cuando empezó a cantar. «Oh, Dios». Haré énfasis en algo: mamá no sabe hablar inglés, por lo que la mendiga canción se escuchó tipo:

Wel, yu can tel bai de wai ay yus mai walc

Ayan i womanssss man no tai tu talc
miusi las wor war...
Y a continuación: *wararatuki warss tuki weri eri*
styin alai, styin alai

Suhail echó la cabeza hacia atrás para reír mientras yo, cansado, apoyaba la cara entre mis manos. «¿Por qué, Dios?» Pero a mamá no le importó, continuó moviendo la cabeza y los hombros al mismo tiempo que cantaba a todo pulmón:

wararatuki warss tuki weri weri eri styin alai, styin alai

—¡Es *Stayin' Alive*, Miranda! —la corregí.

Pero era tarde, tanto ella como Suhail habían decidido corearla juntas:

AH, AH, AH, AH stin alai, stin alai
AH, AH, AH, AH stin alai, stin alai

Las miré estupefacto.

—¡Canta con nosotras, Max! —me rogó Suhail, viéndome como a uno de esos cachorros a los que les buscaba hogar. Negué con la cabeza—. ¡Canta! —insistió—. Canta o Miranda y yo no pararemos.

—En ese caso —aclaré la garganta—: *stin alai, stinalai* —canté con ellas, moviendo la cabeza hacia los lados. Las dos rieron.

—¡Viste que sí podías quitar esa cara de limón! —señaló mamá feliz y Suhail aplaudió.

Yo también estaba sonriendo.

Vivir ese momento con mamá y Suhail me hizo reflexionar que, de no haber tenido el accidente, ese día hubiera estado de gira y no con ellas... atesorando ese momento. Momento que años después pediría al cielo volver a vivir a cambio de lo que fuera, inclusive mi otra pierna. Y más porque ese día, en apenas unas horas, tanto Suhail como yo dejaríamos sobre la mesa las cartas que iniciaron el juego que nos llevó al holocausto que hoy estamos viviendo, y por el que hoy ella está en una iglesia a punto de casarse mientras yo me encuentro llorando en un aeropuerto.

128. Suhail

Era viernes por la noche y pedí permiso a Miranda y a papá para invitar a Aitor a cenar. Mi objetivo era presentarlo como un amigo con el que estaba saliendo y, posiblemente, iba a llegar a más. Ese era el objetivo. Repito, ERA.

—¿Vas a bajar a cenar? —escuché que le preguntó Miranda a Max.Yo salía de mi habitación y Miranda de la de Max.

—No bajo a cenar desde el accidente, Miranda —le recordó él.

—Pero hoy es un día especial —contó ella. «No le digas». Cerré los ojos —. El amigo de Suhail vendrá a cenar.

—¿Aitor?

Llevé una mano a mi cara.

—Sí, creo que él —dijo Miranda.

Hubo una pausa de al menos diez segundos antes de que Max hablara de nuevo:

—Bien, bajaré.

Primero sentí alegría, era un avance que Max aceptara bajar a cenar. No obstante, al mismo tiempo recordé cuánto detestaba a Aitor.

Tal como le expliqué a Max, para mí era difícil permitir que alguien me tocara. Aun así, aprendí a confiar en Aitor.Él, con sus atenciones y forma de ser, se ganó un lugar entre mis afectos.Teníamos muchas cosas en común.

Quizá, solo quizá, si Max no hubiera estado en mi vida yo habría llegado a más con Aitor y hoy estaría casándome con él y no con Finley.

Aitor tocó el timbre poco antes de las siete de la noche, abrí la puerta y le hice pasar a la sala. Ahí platicó amablemente con papá y con Miranda.

Papá se sentía fascinado con Aitor. Tanto él como Miranda lo abordaron con preguntas incómodas, pero él lo tomó de buena manera, siempre dándome mi lugar y dejando claro su interés por mí.

Porque sí. Aitor era un buen tipo.

Las cosas empezaron a complicarse cuando nos ubicamos en la mesa. Papá ayudó a Max a bajar y él, como todos, también ocupó su lugar en la mesa, junto a mí y frente a Aitor.

—Max —lo saludó Aitor, estrechando su mano.

—¡Aitor, amigo... hermano! —lo saludó con exagerada felicidad Max.

Le dirigí una mirada de advertencia.

Tras el accidente, el semblante de Max desmejoró un poco. Lucía pálido debido a que pasaba demasiado tiempo encerrado y se encontraba delgado

por no comer bien. Pero seguía siendo el mismo Max. En el fondo lo era. Ahí, sentado a mi lado en una silla normal y con el sobremantel de la mesa cubriendo la mitad de su cuerpo, juro que pese a su indisposición se veía como el mismo Max de siempre.

—No sabía que conoces a Aitor, cariño —dijo Miranda a Max, y pidió a todos coger del plato principal la cantidad de espagueti que quisieran.

—Tuve el gusto hace un par de semanas —Max le sonrió de forma tosca a Aitor. Lo codeé—. ¿Solo espaguetis? —preguntó—. ¿No hay salchichas o algo?

—Aitor y Suhail no comen carne, cariño —le recordó Miranda—, y por solidaridad con ellos esta noche tampoco nosotros.

—Muy amable de tu parte, Miranda —agradecí.

Max, por el contrario, dejó entrever una mueca de fastidio.

—Así que tú tampoco comes carne —le dijo a Aitor con tono burlón y cogiendo más espaguetis que el resto de nosotros.

—No —Aitor me miró con afecto—, cuando Suhail lo sugirió fui el primero en aplaudir la decisión. Ella es valiente.

Papá le agradeció a Aitor apoyarme, lo que me hizo pensar seriamente en la posibilidad de aceptar a Aitor como pareja.Esa era la idea. ERA.

—Menos mal lo aclaras, Aitor —opinó Max, sirviéndose más espaguetis pese a que su plato estaba lleno—, de lo contrario cualquiera pensaría que solo intentas quedar bien o que no tienes opiniones propias.

Miranda llamó la atención de Max.

—Tengo opiniones propias, Max —aclaró Aitor sin perder su buen humor —. Lo que sucede es que Suhail y yo tenemos tantas cosas en común, pero tantas cosas en común, que no me es difícil identificarme con sus decisiones.

Mi hermanastro suprimió una risa. De cualquier modo, el otro no había terminado:

—¿Sabías que el día de tu accidente iba a declararme? —contó a Max, mirándome.

—Lamento haberme accidentado con tal de arruinar tus planes, Aitor —dijo Max.

—Max Solatano —le volvió a llamar la atención Miranda.

Papá también pidió a Max comportarse.

Mientras tanto, yo recordé a Ling platicándome que ese día Max condujo rápido para evitar que Aitor se me declarara. ¿Qué iba a hacer o decir para evitar que yo le diera el sí a Aitor? ¿Qué cambió desde entonces que ya no mostraba interés en mí? ¿De qué forma se interesaba Max en mí que durante la cena le hizo la vida imposible a Aitor y, en caso contrario, cuando estábamos solos me trataba mal? Me confundía y me lastimaba.

—¿Y por qué no cumples tu tarea pendiente y te le declaras ahora mismo? —cuestionó Max a mi amigo sorprendiéndonos—. ¿Qué te impide hacerlo?

—No es el momento adecuado —contestó Aitor limpiándose la boca con una servilleta como señal de incomodidad, pues no había probado los espaguetis. Los ataques constantes de Max habían impedido a todos comer en paz.

—Anda, díselo —le insistió.

«Suficiente», dije a mis adentros e hice callar a Max. No obstante, Aitor me indicó que no era necesario.

—Si insistes —dijo a Max pareciendo tomar valor. Max no dejaba de mirarlo—. Suhail —me llamó y le di mi atención sintiéndome abochornada. ¿Por qué le seguía el juego a Max? Papá y Miranda igualmente lucían incómodos—, aquí, frente a tu familia, te digo que estoy interesado en ti y quiero que salgas conmigo.

Miranda y papá aplaudieron.

—Muy soso, ¿no? —dijo Max antes de que yo dijera algo—. Ahora veo por qué ibas a usar los cartelitos. No tienes imaginación con las palabras.

Aitor trató de defenderse:

—¡Yo iba a...!

—Y a Suhail le gustan las palabras —le hizo ver Max—. ¿Cómo puedes declararle tu amor sin un buen discurso?

Molesta, dejé caer mi tenedor sobre los espaguetis y me viré hacia Max.

—¡Já, pues eso fue mejor a que solo dijera que tiene interés en mis tetas! —protesté.

¿Cómo podía Max Solatano juzgar la declaración de Aitor? Era el menos indicado para hacerlo.

Me miró.

—Dije eso porque... —comenzó a explicarse, pero calló al recordar la presencia de Miranda y papá. «Cierto, no estamos solos», recordé también. Max aclaró su garganta—. Quiero decir —Me miró de forma significativa

— ...el chico que te dijo eso seguramente se sentía confundido. Fue lo primero que pensó.

—¿Ahora se siente diferente? —pregunté, molesta, girándome otra vez hacia mi plato.

—Pues es diferente —dudó Max, bajando el tono de su voz—. Recién debió reconocer que lo hacía todo mal y ahora teme perder lo que realmente le interesa.

«Lo que realmente le interesa».

Contuve el aliento unos segundos. Al mismo tiempo, a nuestro pesar, un silencio incómodo se instaló en la mesa. Miranda y papá se miraron el uno al otro. Aitor, en cambio, vigiló mis movimientos y los de Max. No era tonto. Sabía que algo pasaba.

—¿De qué chico están hablando? —se atrevió a preguntar papá.

Miranda arrugó la frente y también nos observó a mí y a Max como si tratara de reconocernos. ¿Sospechaba?

—Sam —dije yo, pensando cómo cambiar de tema.

No quise sincerarme y decir «Sam» fue lo primero que se me ocurrió. «Perdón, Sam».

—¿Sam se te declaró diciendo que le gustan tus tetas?—preguntó papá, boquiabierto.

—Eh... —Tampoco era ético poner en mal a Sam.

—Estaba nervioso —intervino Max—. Además, su intención era darle celos a Ling. Cuando despierte nos lo aclarará todo.

«Pobre Sam». Aunque respiré tranquila al darme cuenta de que Max tampoco quería ser evidente frente a Miranda y papá.

Papá aceptó la aclaración. Miranda, por otro lado, se mantuvo en silencio... dudando... sospechando.

Con la mirada traté de pedirle perdón a Aitor por hacerle sentir incómodo. Él me ignoró y, para mayor desilusión, buscó una ruta de escape: sacó del bolsillo el móvil e informó a todos que su padre intentaba contactarlo. Después, una vez hecha la supuesta llamada de emergencia, se disculpó por tener que marcharse.

—Invítalo más seguido, Suhail —habló papá al notar que nadie decía algo después de marcharse Aitor—. Me agrada.

Terminamos la cena en silencio y, triste, me propuse para lavar los platos; sin embargo Miranda rechazó mi oferta y me mandó a descansar con un

tono tibio que nunca antes había utilizado conmigo. Papá, mientras, ayudó a Max a subir al segundo piso.

—Prometo aprender a usar muletas —le aseguró, asombrándome.

Dijo que ahora era diferente. ¿Se iba a esforzar?

De todos modos, al llegar a mi habitación, cual león enjaulado caminé de un lado al otro en búsqueda de respuestas. Max arruinó mi cita con Aitor. La que quizá era mi única oportunidad con un chico que valía la pena.

Con los años aceptaría que yo también tuve la culpa, no seguí a Aitor para intentar aclarar todo; por el contrario, fui a buscar a Max.

Lo hallé recostado sobre su cama, con Gilmour echado a un lado. Parecía tranquilo.

—Ya me tiene confianza —celebró, señalando al gato de pelaje amarillo que se tensó al advertir mi presencia.

No dije nada de inmediato, ignoré el aparente buen humor de Max y continué desplazándome de un lado al otro. Me sentía molesta, frustrada y confusa. Necesitaba respuestas.

—¿Por qué, Max? —lo confronté, cruzando ambos brazos sobre el pecho.

Gilmour se incorporó al escuchar mi tono y saltó de la cama al piso para esconderse.

—Asustaste a mi gato —se quejó Max y se dispuso a maullar para que el otro volviera con él.

Negué con la cabeza.

—Responde a mi pregunta.

Max dudó. E iba a lanzarle un par de insultos por jugar al gato y al ratón conmigo, pero de pronto me miró de forma seria:

—Porque puedo hacerlo mejor —dijo finalmente.

Eso no era una respuesta clara.

—¿Qué cosa? —exigí.

—Una declaración. Lo puedo hacer mejor que Aitor y no solo decir que me gustan tus tetas.

Cambié el peso de mi cuerpo de un lado a otro, dudosa y todavía molesta.

—No estoy de broma, Max.

—Yo tampoco —aseguró—. Ven —me llamó y me aproximé a su cama. Sentí mis piernas temblar. ¿Hablaba en serio?

Utilizando los brazos, Max se empujó así mismo hacia la derecha y me pidió tomar asiento en el espacio junto a él.

Recuerdo que lo primero que dijo al conocerme fue «Las princesas no tienen pecas», y me hizo llorar. Por lo mismo, de antemano sabía que Max no era bueno con las palabras y no esperaba mucho.

—Tengo miedo —empezó y le mostré no comprender a qué se refería—. La vida me ha quitado mucho. —Sus ojos chispeaban y su boca, por cómo la apretaba al hablar, parecía estar seca—. Pero al mismo tiempo me ha dado la oportunidad de ordenar mis prioridades.

»Soy un idiota, Suhail. Te aconsejo no esperar mucho de un chico de dieciocho años sin la mitad de una pierna, porque, como ya dije, tengo miedo; mucho miedo de no ofrecerte lo necesario para que te quedes conmigo.

»Porque, bueno —miró su pierna—, no estoy en las mejores condiciones para trepar una torre y rescatarte. No todavía. —Sonreí al recordar cuando me llamaba Rapunzel. Después se acercó más y esta vez miró con interés mis ojos, no mis tetas. De nuevo contuve el aliento.

»Pero lo que sí puedo hacer es decirte que mi corazón salta cuando estás cerca, y lamenta cuando te vas... y te busca... y te extraña... y te ama. Mi accidentado corazón te necesita, Suhail Didier.

»Antes lo ignoraba. No lo escuchaba. Sin embargo, el no poder moverme y estar aquí encerrado me ha dado mucho tiempo para pensar. Eres mi meta, Suhail. Crees en mí, intentas ayudarme y estás aquí conmigo pese a que a veces soy un imbécil —arrugué la nariz—. Está bien, siempre soy un imbécil —corrigió—. Pero con eso y todo quiero pensar que pase lo que pase estarás aquí, conmigo..., y que el miedo a que te marches me hará mejorar.

»Te amo, Suhail. Y te repito, soy un idiota, no te voy a ofrecer la luna o las estrellas; ni siquiera te prometeré que mañana o más tarde no haré algo estúpido que te enojará, pero sí te prometo que puedo hacerlo mejor que como lo he hecho hasta ahora. Cada día puedo ser un poco mejor por ti y por mí.

Bajéla mirada y, dudosa, dije:

—Primero dime si tomaste ese discurso de algún libro o película.

Max soltó una risa.

—No, lo escribí yo —aclaró, sacando del bolsillo un papel arrugado con palabras escritas. Incluso tenía rayones y correcciones; y sí, ahí estaba lo

que acababa de decir y era la letra de Max—. Te juro que me llevó horas, pero si lo escri...

Sin importarme nada más, interrumpí su explicación atrayéndolo hacia mí para darle un beso en los labios.

129. Max

u***Heroes* - David Bowie**

Gilmour ya se echaba a descansar sobre el marco de la ventana, y aunque solo lo hacía cuando había sombra, pronto se animó a más. Es un gato estupendo. Con los días dejó de huir de Suhail y después también aprendió a confiar en Bill y mamá. El gato, como dije una vez, solo necesitaba paciencia y tiempo.

Muchos afirman que se puede soñar con un mundo donde todo sea diferente, en el que podamos volar si no podemos caminar. ¿Qué cambió entre Suhail y yo al alejarse Aitor y dar yo un paso adelante? Es difícil de explicar. Todo y nada cambió.

Todo porque desde entonces discutimos menos y, por el contrario, nos besamos más. Nada porque entonces todavía luchaba por mantenerme a flote.

—*I, I will be king. And you, you will be queen...* —tarareaba *Heroes* de David Bowie cuando Suhail entró a la habitación. Tan solo había pasado un día desde que me animé a dar el paso—. ¿Qué debo hacer para que nadie entre sin avisar? —agregué, gruñendo.

—Oh, lo siento —se disculpó ella, queriendo marcharse.

—Estoy de broma —reí, lo que no era del todo cierto y le pedí terminar de entrar.

Suhail no estaba segura. Le fue difícil acostumbrarse al Max no tan imbécil. Y la comprendo, para los dos se sintió raro saludarnos como dos enamorados. Aunque quizá la palabra correcta no sea *raro*, tal vez lo apropiado para decir sea *poco usual*. Era poco usual para Suhail y para mí comportarnos como un par de enamorados. Pasamos años en plan de enemigos y otro par como hermanastros, ¿de pronto estábamos enamorados?

¿Y sí notaron que me corregí a mí mismo y busqué una palabra más adecuada para aclarar de mejor manera mi punto? Eso es parte de lo mucho que cambió dentro de mí Suhail.

Tampoco es correcto decir que de pronto nos sentíamos diferente. Porque no. Lo adecuado sería decir que por fin éramos francos con nosotros mismos y aceptábamos lo que hace mucho nuestro corazón pedía a gritos.

Suhail y yo crecimos juntos. Incluso me atrevería a decir que nadie nos conoce mejor que como nos conocemos el uno al otro. Yo sé que ella puede llegar a ser cansina e intensa con las injusticias del mundo y las palabras, y ella sabe que soy un idiota.

—Es genial que estés escuchando música —dijo al verme acomodar un reproductor de música sobre mi regazo.

Arrugué la frente.

—Me quedé...

Callé al darme cuenta de que iba a decir una estupidez.

—¿Qué? —preguntó ella, sentándose a mi lado. Negué con la cabeza—. No, ahora dime —insistió, acercándose más a mí para abrazarme.

—Te vas a enojar —le advertí, dejando que sus brazos rodearan mi cuello.

—¿Max Solatano cuidando las palabras que va a decir para evitar que me lastimen? —rio, sujetándome con más fuerza, prácticamente estrujándome, y besó otra vez mis labios—. Eso sí que es nuevo.

Me abochorné. No era usual para mí cuidar mis palabras.

—No te burles.

—No, no me burlo. Me parece tierno.

Relajélos hombros y la miré a los ojos.

—Sabes, creo que una chica suele llamar tierno al hecho de que su novio le regale flores, no a que evite decirle idioteces.

—Un ramo de flores cuesta, ¿qué? ¿tres dólares? —dijo Suhail, pensativa —. Pero yo tengo claro cuánto más te cuesta a ti no decir idioteces.

«Muy cierto».

—Bueno, sí.

—Y también sé cuánto te cuesta no dejar de ir a terapia.

Lo hacía, sobre todo, para estar cerca de Sam. Al salir de la terapia mamá me llevaba con él y pasaba horas hablándole. Algo que nunca hice cuando él estaba bien.

—Confiesa qué ibas a decir, Max —insistió Suhail, mi novia...

Mi novia. ¿Escuchaste eso, Aitor? Mi novia. ¿Te quedó claro, Finley? Yo fui primero.

Y me llenó la cara de besos para convencerme.

Fue más fácil para Suhail que para mí adaptarse a las muestras de afecto. Yo todavía no podía creer que ella quisiera estar ahí... conmigo.

—No —negué, tratando de verme difícil de convencer.

—Anda.

Al instante puso cara de «No me niegues nada», lo que se sintió raro en mi estómago porque me estaba obligando a ceder y reconocí eso como una evidencia de la fuerza de mis afectos hacia ella.

—Iba a decir que... —dudé—. Promete que no te vas a enojar.

—No me voy a enojar —prometió ella, sonriente.

—Iba a decir que me quedé cojo, no sordo —terminé, dudoso de que siempre sí se molestara. Pero no, Suhail se echó a reír.

Paso 1: Dejar de negar lo que siento por Suhail.

Paso 2: Asimilarlo de tal forma que casi muero al evitar que esté con otro.

Paso3: Hundirme en la desesperación y el enojo conmigo mismo.

Paso 4: Aceptar que no hay vuelta atrás e intentar ver el lado positivo: Suhail me ama.

Paso 5: Decirle lo que siento.

Paso 6: Procurar no arruinarlo.

Y en medio de todo eso, hacer y decir cosas estúpidas que hagan dudar a mis allegados de mi cordura.

Viví parte de mi vida en negación respecto a querer a Suhail, la miraba de forma superficial: una niña extraña que incomodaba a quienes tratamos de quedar bien con todos. Todos los que me abandonaron cuando más los necesité.

No es difícil amar a Suhail. Tan fea como la vi antes, la veo hermosa ahora. No sé si como aquel cisne que se volvió bello al crecer, ella también se perfeccionó con los años, o fui yo el que cambió su percepción; el caso es que nadie más que ella me llena ni me llenará. Me volví adicto a ella.

Suhail se amolda tan perfectamente a mí que, al hablar de mis sentimientos por ella olvido dónde empiezo yo y dónde termina ella. Somos uno solo cuando estamos juntos a pesar de nuestras diferencias. Y es que si fuéramos iguales no nos necesitaríamos; nos complementamos.

Mamá no dijo nada sobre si sospechaba que estábamos juntos. Es más, al verme más anuente con mi situación tanto ella como Bill se animaron a volver a salir juntos o por separado, dejándonos a Suhail y a mí solos.

Pasamos muchas mañanas, tardes y noches hablando y recordando. Apenas teníamos dieciocho, pero ya había mucho que contar.

—¿Y... quién es el mono? —preguntó un día.

Rasqué mi frente.

—No quiero hablar de eso.

Ella de nuevo soltó una risa.

Solíamos recostarnos sobre el marco de su ventana, ubicada frente a la que alguna vez fue mi ventana; ya que mi antigua casa estaba ocupada por una pareja de ancianos. Era divertido imaginarnos llegar algún día a esa edad.

—Solo repetías frases célebres del tal mono —continuó Suhail, rememorando mi primera vez con el cánnabis.

—Era de muy mala calidad y no estaba acostumbrado —me defendí.

—Lo dices como si hubiera sido hace años. Fue hace meses, Max.

Ella continuó riendo. Sin embargo, lo mejor del día era callarnos el uno al otro con besos. Muuuuuchos besos. Los mejores besos.

¿Sí mencioné que yo le enseñé a besar? De nada por eso también, Finley.

—Relájate —empecé, situando una de mis manos en la parte baja de su espalda y otra en su cuello, a modo de guiarla hacia mis labios.

Sus ojos me miraron temerosos, pero al mismo tiempo curiosos; había una chispa de expectativa en ellos.

Esa vez nos encontrábamos en la sala de estar; uno de los tantos días que Miranda y Bill salieron con amigos, lo cual era genial... que salieran, digo, e hicieran su vida. Pero también que nos dejaran solos.

Suhail se estremeció.

—Despacio —me pidió entrelazando con miedo sus manos.

—Lo bueno de los besos es que pueden ser buenos tanto si son lentos como si son rápidos —le hice ver y suspiró. Traté de hacerla sentir más cómoda. —Te he besado antes...

Ella no estaba de acuerdo.

—La primera vez por accidente, la segunda a lo bruto... y la tercera...

—¿La tercera qué? —pregunté, acercándome más a ella. Necesitaba sentir sus labios sobre los míos... mucho.

—La tercera vez sí estuvo bien —reconoció.
Asentí de acuerdo.

OceanofPDF.com

—Y prometo que cada vez será mejor, solo danos tiempo.

—Tiempo —repitió ella, nerviosa. Adorablemente nerviosa. Sus manos inclusive sudaban.

Le sonreí y nos acercamos más.

—¿Habrá lengua? —quiso saber, alejándose otra vez unos cuantos centímetros, rompiendo irremediablemente la emoción del momento.

«Casi lo logré, Jesús. ¡Casi!»

Entorné los ojos.

—No hay beso sin lengua, Suhail.

—Claro que sí, porque...

—No de los que yo quiero darte —aclaré, dejando uno tierno sobre su barbilla.

Ella movió los hombros a modo de relajarlos y, ya menos tensa, aceptó volver a aproximarnos.

«Más cerca».

«Eso es».

«Solo un poco más cerca».

—¿Pero sí te vas a detener cuando yo ya no quiera? —preguntó, alejándose una segunda o tercera vez. Perdí la cuenta.

«Esto va a ser difícil».

—Estarás bien, lo prometo —suspiré, sintiéndome tenso yo.

—Está bien... Está bien... Esta vez sí —prometió, cogiendo aire de tal forma que su pecho aumentó y rozó el mío, lo que me impacientó más. «Jesús, en mis peores pesadillas pierdo la polla en lugar de la pierna»—. No me volveré a alejar. Seré valiente —afirmó.

—Voy a confiar —dije, acercándome yo para que no tuviera que acotar la distancia ella.

—¿Pero si...?

Esta vez no la dejé volver a hablar y atrapé con mis labios los suyos. Y así, sin más que temer, Suhail se dejó besar por mí hasta perder la vergüenza y también el miedo.

Fue revelador. Como si yo le hubiera mostrado cómo probar el amor de forma física y ella a mí cómo sentirlo en espíritu... con convicción... con ética; y de esa forma también nos complementamos.

130. Suhail

Las clases magistrales de besos ayudaron a mi confianza, Max resultó buen maestro. La primera vez que me besó (no hablo de aquel primer roce de labios en su cochera, sino del ataque de hormonas en mi habitación poco tiempo antes del accidente) me sentí abrumada.

Sin embargo, después de que aseguró quererme y prometió intentar ser mejor por ambos, yo también me esforcé. De buena gana me esforcé. Dejé de empujarlo o cortarlo cuando intentaba acercarse y hasta yo misma empecé a animarle a que me besara. Con ningún otro chico hubiera sido igual, en ninguno confiaba tanto como en Max.

—¿No te molesta que vayamos lento? —me atreví a preguntar un día. Él, mientras, acariciaba mis labios con su pulgar. Le gustaba hacer eso con mi boca y mi cabello.

—Confieso que contigo estoy aprendiendo a disfrutar de ir lento —dijo, mirándome con ternura. Nos hallábamos sobre su cama, recostados uno frente al otro—. De ser otra chica, te habría alejado hace mucho por todavía no conseguir nada de ti.

—Mientes.

—No —aseguró.

—¿En serio? ¿Y por qué conmigo sí y con otras no?

Necesitaba que me lo dijera.

—Contigo vale la pena ir lento, sin prisa, disfrutando hasta el último detalle.

—¿Qué es exactamente lo que te gusta?

Dejó de tocar mis labios para esta vez pasar su pulgar por encima de mis pestañas.

—Tus ojos pestañeando...

—¿Qué tienen?

Sonreí sintiéndome feliz de que se tomara un poco de tiempo para nuevamente escoger las palabras.

—Se ven hermosos, así con sus pestañas largas y gruesas y color verdoso —empezó.

—*Verdoso* suena feo —arrugué la nariz rechazando tal elogio—. Suena como si hablaras de algo pantanoso y en mis ojos no hay charcos o

cenagales.

—Aun así, creo que la comparación con un pantano no queda mal si tomamos en cuenta que cualquiera se queda atrapado en ellos.

Ahogué un chillido sintiéndome sonrojar.

—Hoy estás romántico.

—¿Será enfermedad? —Max me miró serio—. Toca mi frente.

Lo hice y aproveché para acercarme más a él, lo suficiente para besarle.

—¿Llamas enfermedad a ponerte romántico?

Sus ojos brillaron con humor.

—Sí. Tengo Suhail Didier.

Abrí la boca fingiendo sorpresa.

—¿Y esa enfermedad qué hace?

Max frunció el entrecejo.

—Te vuelve un poco idiota.

—¡Max! —Lo empujé.

—Es en serio. —Él, del mismo modo, se acercó más. Cada vez que uno de los dos hablaba acortábamos distancia—. Altera tus sentidos, nubla tu razonamiento y dicen... Dicen, a mí no me creas, altera tus hormonas.

Levanté las cejas.

—¿Altera?

—Sí. Suhail Didier es una enfermedad mortal y su única cura es...

«No puedo creer que le esté siguiendo el juego».

—¿Qué?

—Dejarse enloquecer por ella. Dejarte invadir completamente por Suhail Didier.

—¿Y cómo sanas? —Mi corazón latía cada vez más rápido—. ¿Te abruma tanto que algún momento te aburres y sale de tu sistema?

«No digas que sí, por favor».

—No —negó Max, haciendo saltar mi pecho—. Es enfermedad crónica, vitalicia... Suhail Didier no tiene cura. Solo te dejas llevar y abrazas para siempre la locura.

Mi sonrisa se extendió.

—Es enfermedad de la mente, entonces.

—Mente y corazón. Porque afecta sobre todo al corazón.

Max me animó a tocar su pecho para sentir cómo aumentaba su ritmo cardíaco, hizo que nuestras narices se rozaran y me besó con el mismo brete

de siempre. Primero con lentitud y dulzura, después con necesidad.

Ya no tenía dudas. Ya no quería esperar. Le empujé a modo de que se tumbara por completo sobre la cama, me coloqué a horcajadas sobre él y, mirándole de forma pícara, me acomodé lentamente sobre sus muslos, muy cerca de su bragueta.

—De haber sabido que te ibas a poner así —miró con gusto mi entrepierna, tan tentativamente cerca de la suya— hubiera comparado tus ojos con un pantano hace mucho.

—No es por eso —dije y empecé a moverme de forma circular para provocarlo.

Max abrió la boca y graznó antes de hablar, y a la vez su cuerpo se tensó por completo.

—¿Nunca te advirtieron que no debes hacer cosquillas a un dragón que duerme?

Debido a su pierna no se movía demasiado, por lo que fui yo la que eligió esa posición por ser, probablemente, la más cómoda para ambos.

Continué moviéndome.

—¡Oh, señor bendito —gimió a medida que nuestras pelvis se encontraron—, el buen Lázaro ha resucitado!

—¡No me hagas reír! —lo regañé—. Se supone que debe ser estimulante.

—Lo es, créeme —dijo con voz ronca, levantó un poco la cabeza y miró con atención mi bragueta. No tenía experiencia en el sexo, pero confiaba en que Max encontraría la forma de dar el siguiente paso y avanzar.

—¿Qué? —pregunté. No le estaba mostrando nada, aún tenía mis vaqueros puestos.

—Estás abierta sobre mí... moviéndote. —Me hizo ver como si no fuera obvio y asentí—. Es tortura.

Ladeé la cabeza hacia un lado.

—Tal vez.

Y también reí nerviosa, pues era tímida, no me animaba a decir a Max lo que quería; aunque sí estaba enviándole una señal clara. Demasiado clara.

—¿En serio? —preguntó, expectante.

Hace mucho no veía brillar tanto sus ojos. Asentí feliz y tomé de los costados mi camiseta, dispuesta a sacármela para que a él no le quedara duda sobre qué tan dispuesta me hallaba.

—¡No! —exclamó, tan fuerte que me atemorizó—. Quiero decir... —tragó saliva y señaló su armario—. Dentro hay una camiseta con la cara de Jim Morrison. ¿Puedes ponértela? —Lo miré con enfado—. Por favor —añadió —. Es una de mis fantasías.

—¿Tener sexo con una chica que lleva puesta una camiseta de Jim Morrison?

—Tener sexo contigo llevando puesta una camiseta de Jim Morrison —corrigió— mientras escuchamos *Light My Fire*. Pero eso último podemos hacerlo otro día.

Decidida a complacerlo, salí de la cama y caminé hasta el armario para buscar dentro. Entretanto, Max no dejaba de repetir «Eres genial, Suhail... de verdad, muy genial». Cuando encontré la camiseta le pedí cerrar los ojos, me saqué la mía, de color amarillo con una mandala en el centro, y me metí rápido la de color blanco con la cara de Jim Morrison en claroscuro.

Cuando Max abrió los ojos estaba de vuelta encima de él.

—Te ves preciosa —dijo, alabando la combinación Morrison-Didier.

—¿Ahora sí me puedo sacar la camiseta? —pregunté, procurando sonar sensual.

—Solo dame unos segundos para grabar la imagen de ustedes dos juntos en mi mente —dijo y reí,y tal como lo pidió, esperé.

Después suspiró con dificultad y, sin apartar la vista de mis tetas, vio cómo la camiseta de Jim Morrison cayó al piso, para esta vez mostrarle mi sujetador.

—Otra vez color piel —sonrió.

—Sí.

—Y se ve mejor que Jim Morrison.

—Eso espero.

Su mano alcanzó el encaje y lo palpó como si le diera miedo tocar más. Su tacto me hizo estremecer a pesar de que solo se trataba de la yema de sus dedos.

—Ahora el sujetador —anuncié, cogiendo aire y los ojos de Max se volvieron de golpe a los míos.

Las palabras no salían de su boca.

—¿El su-suje... sujetador?

—Sí —dije, segura de mí misma—. Quiero que demos ese paso.

Un ruidito extraño salió de la garganta de Max sin que abriera la boca. Tuve que echarme a reír.

—¿Qué? —le pregunté, sintiendo una placentera tensión en mi espalda. El ambiente se sentía vibrante, me sentía en un vórtice, como si de verdad escucháramos una canción de *The Doors*—. Pensé que querías esto.

Él tragó saliva.

—Quiero que estés segura de lo que estás haciendo —dijo, serio y atento a mis manos, yendo estas hacia mi sujetador.

—Lo estoy.

Me saqué el sujetador sin apartar la vista de Max que, para mi sorpresa, no podía cerrar la boca.

«Pensé que tenía experiencia en el tema».

Y ahí estaba yo, sentada encima del amor de mi vida, sin nada cubriendo mi pecho.

Al instante Max tuvo dos reacciones, la primera empuñar su mano izquierda y llevarla hasta su boca para morderla. Su bragueta era una bomba de tiempo, y eso me excitó. ¿Por qué no admitirlo? Nunca había sentido a Max tan cerca.

Mi voz salió trepidante.

—¿Y... qué piensas? —le pregunté.

Max, sin despegar la vista de mis tetas, apartó el puño de su boca y,tomando aire, lo único que dijo fue:

—Jamás te mueras, Suhail.

Sonreí victoriosa y, acomodando mejor mi trasero, lo cabalgué.

—Eres cruel —dijo, soltando aire.

—Es mi primera vez. Estoy nerviosa. No sé ni qué hacer.

—Vas bien... vas bien —aseguró, bajando la vista a lo que podía apreciar de mis vaqueros.

«Hora de sacármelos».

—Oh, Dios —jadeó él al verme soltar el botón y bajar el cierre.

Me levanté lo suficiente para sacármelos,a la vez que, sin querer, le daba un espectáculo de piernas abiertas. No había otra forma de sacármelos, digo.

Max ni siquiera parpadeó.

Al quedarme solo en bragas me sentí más tímida, sin embargo, ver cómo me miraba el chico que amo me volvió a dar confianza. Él disfrutaba de lo

que alcanzaban a ver sus ojos y eso me hizo sentir bien.

—Eres hermosa, Suhail —dijo, alcanzando mis pies para acomodarlos a un costado de sus caderas.

—Pensé que habías visto mujeres antes.

—Ninguna tan importante para mí... tan bella —aseguró.

—Ahora las bragas —dije, volviendo a ganar confianza y me despegué un poco de mi incómodo pero muy estimulante asiento.

Max jadeó sin dejar de ver lo que lograba cubrir de mí el encaje.

—¡Con calma —suplicó—, no puedo asimilarlo todo tan rápido!

Reí y le vi echar la cabeza hacia atrás para coger fuerza y, apoyándose en sus brazos, se acercó a mi boca para besarla. Mientras, él mismo bajó el cierre de su pantalón, haciendo que, a la vez, uno de sus dedos rozara la delgada tela de mis bragas. Nunca me había sentido tan dispuesta a lo que sea. Mi razonamiento se vio nublado debido al deseo en aumento.

Max se sacó los vaqueros y la camiseta para solo quedarse en bóxer, y tan presta y dispuesta como sentía, lo que más ansiaba era verle completo. Él se dio cuenta y me complació, consiguiendo así recuperar el control.

—¿Y a ti te gusta lo que ves? —preguntó, mostrando una sonrisa de orgullo. Asentí sin pronunciar palabra. No podía despegar mis ojos de su... de su... llamémoslo cocodrilo. Tiene sentido si tomamos en cuenta que Max llevaba puestos un bóxer de la marca Lacoste.

—Está bonito —lo felicité.

Su sonrisa se extendió tanto que llegó a sus ojos y después acarició la superficie de su...

«¡Dios!».

—Y educado —aseguró—. Mira, se paró a recibirte. Te esperaba.

Siguiéndole el juego, di un golpecito con la palma de mi mano a su amigo para también «saludarlo». Max aprovechó y colocó su mano sobre la mía, consiguiendo así que le envolviera casi por completo. Tragué saliva y le dejé guiarnos.

No podíamos dar marcha atrás, habíamos llegado lo suficiente lejos como para detenernos, por lo que me quité las bragas mientras él, sin dejar de mirarme, sujetó los extremos de la cama como si estuviéramos en medio de un temblor de escala devastadora. Me sentí una mujer nueva al darme cuenta de que podía provocar tanto a Max.

Cuando no hubo más ropa que quitar, unimos nuestros labios y nos besamos como si en la boca de uno estuviese el aire que mantenía vivo al otro. Luego no supe qué más hacer. Max me tranquilizó y me pidió volver al lugar inicial. Sus muslos.

—¿Qué hago ahora? —pregunté, nerviosa.

Él fue lo suficiente caballeroso para no burlarse de mi inexperiencia.

—Debo prepararte —dijo, y me pidió relajarme y prosiguió a acariciar con religiosidad lo que podía alcanzar de mis piernas.

«¿Prepararme? Tocarme.Oh, mi...».

Traté de contener el aliento.

—Admito que así te quería ver, Suhail Didier —dijo él, triunfante, al ver cómo yo sola intentaba obtener más de sus dedos; pues, sin pena alguna, demostraba estarlo disfrutando mucho.

Tras minutos de tortura, Max comenzó a introducirse dentro de mí causando mucho placer a ambos. Al principio no fue fácil. No pensé soportar lo suficiente, e iba a explotar en mil pedazos cuando...

—¡Caramelito! —escuché a lo lejos y abrí mucho los ojos.

Miré a Max, también se había detenido y parecía estupefacto.

—¿Quién puede...? —Era una voz que ya conocíamos.

—¡MIRANDA! —gritamos al mismo tiempo y caí de la cama al suelo al mismo tiempo que él alcanzó tan rápido como pudo su camiseta y vaqueros.

Yo hice lo mismo y, saltando de un lado a otro sobre el piso, me metí en mis propios vaqueros en tiempo récord, seguidos de la camiseta de Jim Morrison y las zapatillas. No hubo tiempo para mi cabello, Miranda entró a la habitación cargando bolsas de compras.

—¿Por qué entras sin tocar? —se quejó Max—. Suhail y yo estábamos... rezando.

—A mí también me da gusto verte —le saludó Miranda con sarcasmo. Max todavía intentaba retomar su ritmo cardíaco normal.

A continuación, ella miró de él a mí de forma sospechosa.

—Se estaba quejando de lo mal que cocino, ¿verdad? —quiso saber.

Asentí.

—Y yo te estaba defendiendo, Miranda.

—Eso pensé.

Preocupada, cuando ella viró otra vez hacia Max, froté lo más rápido que pude mis tetas para que los pezones dejaran de resaltar. A Max no le hizo

gracia que sin querer volviera a provocarle.

—Te compré almohadas nuevas y un pijama —le dijo Miranda observando en redondo la habitación—. También le traje algo al gato. ¿Dónde está?

«Gilmour». Lo empecé a buscar.

Mientras, con terror, me percaté de que mis bragas y el sujetador continuaban sobre la cama de Max a la vista de Miranda. De modo que, en lo que ella buscó dentro de las bolsas lo que compró para Gilmour, le hice señas a Max para que escondiera las pruebas. Por fortuna lo entendió rápido.

Gilmour salió de su escondite bajo la cama y Miranda le entregó un juguete con forma de ratón.

—Suhail, ¿me ayudas a guardar las compras? —me pidió y asentí disfrutando ver la cara de consternación de Max. Lo estaba dejando a medias.

Miranda salió de la habitación y la seguí una vez metí mi dedo pulgar en mi boca para enviar un mensaje en código a Max. «No tardo». Aunque creo que él entendió «Apáñatelas solo», porque no quitó su cara de enfado.

Ayudé a Miranda a sacar el resto de las bolsas de compras de la camioneta y después acomodamos cada cosa en su lugar.

—Te veo feliz —dijo.

Y es que sonreía, porque pese a haber sido interrumpidos, me sentía feliz y diferente...

Me sentía amada.

—Lo estoy.

Papá llamó a Miranda para informar de que lo invitaron a una reunión por el cumpleaños de un amigo. Ella tomó la noticia con buen humor, me dejó acomodando las compras a mí sola y corrió a su habitación a prepararse. Al terminar me senté en el sofá de la sala a ver televisión y esperé paciente a que bajara.

—Dile a Max que por hoy ganó, les doy permiso para pedir *pizza* —dijo, ya lista para alcanzar a papá.

—Seguiré defendiendo el modo que cocinas —le aseguré, aceptando seria el dinero para la *pizza*.

—Te amo, cariño —se despidió—. Por cierto —me miró con mayor atención—, linda camiseta de Jim Morrison.

Me sonrojé en cuanto dijo eso, aunque por suerte no añadió más. Aun así, estoy segura de que sospechaba. Ella sospechaba.

Besó mis mejillas, se quejó de que iba tarde y salió de la casa corriendo de vuelta a su camioneta. Por mi parte, esperé hasta escucharle virar la esquina de la calle para apagar la televisión y subir las escaleras sacándome otra vez la camiseta.

131. Max

Era verano y tanto Suhail como yo teníamos puestas lentes de sol y escuchábamos *Black Hole Sun* de Soundgarden en volumen muy bajo.

Salí con muchas chicas antes e hice cosas que me dejaron recuerdos: fui al cine, me caí dentro de una piscina, entré de incógnito a bares, me emborraché, bailé... Hice todo tipo de cosas con un sinfín de chicas hermosas, y ahí estaba ahora, armando un rompecabezas con Suhail. Un rompecabezas de 500 piezas.

Aunque en este punto ya lo saben, con Suhail Didier todo siempre es diferente.

—¿Tan aburrida sientes nuestra cita? —preguntó al verme bostezar.

—No es como si mi mente estuviera demasiado entretenida —lamenté haciendo la mejor mueca que el bostezo me permitió.

No soy del tipo «Qué divertido armar rompecabezas».

—Lo estaría si no me tocara armar a mí sola el rompecabezas —se quejó ella, viendo con enfado otro bostezo.

¿De dónde salían tantos? Las noches de amor con ella debieron darle la respuesta.

—Mi entretenimiento es verte a ti armar el rompecabezas —dije.

Suhail dudó.

—¿Eso fue un cumplido?

—De esos muy románticos que digo últimamente.

—Es que contigo nunca se sabe qué es burla o qué es halago.

Nos hallábamos en la azotea de la casa, Miranda había ayudado a Suhail a subir la silla de ruedas y a mí. Amaba que fuese un escenario diferente.

—Hace mucho que no me río de ti.

—Cierto —asintió, buscando otra pieza faltante.

Teníamos una buena vista, un rompecabezas y limonada, además de dieciocho años.

Suhail llevaba dos meses escabulléndose dentro de mi habitación a hurtadillas. Para entonces ya la conocía bien y de lo único que me arrepentía era de no haber empezado antes. Pasamos noches enteras juntos sin ser pillados y el secreto estaba en abrir los ojos antes de que sonara la alarma de Bill y Miranda. Por lo que repito, era un buen año, teníamos una buena vista, rompecabezas, limonada y dieciocho años de hormonas acumuladas.

Entre más tiempo pasaba con Suhail más cosas descubría de ella: prefiere las prendas de vestir amarillas, cuando siente ansiedad mueve hacia los lados su cabello, tiene cosquillas en la palma de la mano; en la cara tiene un total doscientas sesenta pecas y nunca, nunca, habla de inmediato. Sea cual sea la pregunta, espera unos segundos antes de responder. ¿Demasiado enrevesada para mi gusto? No. Eso y más aprendí de Suhail esa temporada y por cada cosa la amé.

—¿Temes que papá o Miranda nos descubran? —preguntó de pronto, sin apartar la vista del rompecabezas.

—Admite que sería un alivio dejar de escondernos.

—Pese a que aún no comprendo por qué nos escondemos.

—¿Porque sería incómodo explicarles cómo terminamos en esto? —le recordé, señalándonos a ambos al decir *esto*.

—Cierto.

Al verle acomodar algunas piezas cerca de mi mano la interrumpí para alcanzar la suya, besar su muñeca, sus dedos y lo que alcanzara de ella.

—No puedo estar enojada contigo si eres tierno —dijo, perdonándome por dejarle sola con el lío del rompecabezas.

—No puedes estar enojada conmigo de ninguna manera —le recordé—. Al menos no mucho tiempo.

O eso esperaba. Ella no lo afirmó ni negó.

Mi rutina continuó siendo la misma: asistir a terapia y después pasar tiempo junto al cuerpo inmóvil de Sam. Ya había perdido mucho peso y los médicos trataban de mantenerle estable. Mi temor era que de buenas a primeras dejaran de darnos esperanzas de que algún día lo veríamos recuperado. De manera que lo único que me quedaba era lamentar no

haberlo hecho todo bien antes. Porque ese era yo en aquella época, un nostálgico de «Si hubieras».

Solté la mano de Suhail cuando Miranda ingresó de forma repentina a la azotea, trayendo con ella el teléfono.

—Te llaman, cariño —avisó a Suhail entregándole el aparato.

Suhail reconoció rápido la voz al otro lado del teléfono, dio las gracias a Miranda y ella se marchó de nuevo, escuchando mis súplicas sobre traer más limonada.

—Eso es genial —dijo Suhail, sonriente. Yo solo la observé hablar con quien estuviera al otro lado de la línea. No mentí al decirle que el simple hecho de verla hacía feliz mi día.

Escuchó durante un largo rato lo que la otra persona dijo, hasta que su mirada se tornó triste, me miró de reojo y prosiguió a disculparse.

—No, no puedo...

Insinué querer una explicación. ¿Estaba negándose a ir a un lugar por mí?

Apartó el teléfono de su oído.

—No quiero ir —dijo en apariencia segura.

—Es sábado. Hoy no tienes universidad, sal a divertirte —dije yo, decidido a no arruinar el plan que tenían para ella.

—No quiero ir, Max —insistió, seria. Por lo que, pese a insistir en no ser un freno para ella, se disculpó con la persona al otro lado y colgó.

Y de la misma forma, sin decir nada o explicarme más, continuó armando el rompecabezas.

—No quiero que dejes de salir con tus amigos por mí —persistí, esperando que ella se explicara.

No iba a separarla de los *hippies*.

—Puedo estar con ellos otro día.

—Conmigo también. No me voy a ir a ningún lado... créeme.

Suhail me miró con enfado.

—No quiero que te menosprecies por necesitar de una silla —me regañó.

—Entonces no me hagas sentir culpable por quedarte.

—Tienes un punto ahí —aceptó.

Aun así, antes de que yo pudiera añadir más, se levantó y caminó con coquetería hacia mí; se acomodó sobre el muslo de mi pierna buena y acarició mi cara.

—¿De verdad quieres que me vaya? —preguntó, depositando un beso tras otro sobre mis labios.

Había aprendido a convencerme, ¡no soy de piedra!, pero en mi mente ya se había instalado una duda: ¿Hasta cuándo preferiría mi compañía en lugar de la de un chico normal?

132. Suhail

Amaba cada cosa que Max y yo hiciéramos juntos. Porque a pesar de que él no dejara de quejarse o preguntarse y preguntarme si estaba segura de querer estar juntos, lo amé. Lo amé y se lo demostré con cada diminuta parte de mi ser.

De verdad lo amé.

Sintiendo culpa, también he de admitir que no estaba segura sobre cuán mal o inseguro se sentía Max, él lo demostraba poco. Siempre dijo ser seguro de sí mismo y autosuficiente, motivo por el que, quizá, sin darnos cuenta, quienes le rodeamos no notamos cuántos cambios enfrentó en silencio, provocando estragos en él a nivel emocional. Y es que Max callaba y soportaba casi cualquier cosa con tal de no sentirse una carga.

—¿No vas a preguntar cómo me va en la universidad? —quise saber.

Negó con la cabeza.

—Sé que vas bien.

—No puedes estar seguro de eso.

—Vas bien, Suhail —dijo, seguro.

—A lo mejor todo me está saliendo mal esta semana.

Me dirigió una mirada cómplice.

—Lo dudo.

Siempre me pregunté de qué forma me veía Max.

—No soy perfecta, Max.

—Lo eres.

Quiero pensar que ese también fue un cumplido.

—Es demasiada carga para mí que digas eso.

Me obsequió con otra sonrisa y se mostró condescendiente.

—Incluso tus errores son adorables.

—Dices eso porque me quieres. —Mi corazón se estrujó. ¿Empezaba a ejercer demasiada presión sobre Max?—. Si es que me quieres...

Por suerte él no dudó en responder.

—Te quiero.

Era domingo y mirábamos fotografías sobre mi cama, Miranda nos había pedido acomodarlas en un álbum y qué bello es volver atrás. Aunque solo a veces, no siempre. Lo percibí al ver a Max muy pensativo esos días. Nostálgico.

—¿Te has dado cuenta de que los dos en algún momento dudamos sobre los sentimientos del otro?

Él levantó la vista de la fotografía en su mano y me miró confuso.

—No...

—Sí. Tú también sueles preguntarme si de verdad te quiero. ¿Tú por qué tienes dudas? —quise saber.

«¿En serio quiero saberlo?»

Su semblante se suavizó.

—No dudo que me quieras —dijo.

—¿Entonces? —Esperé unos segundos más, sin embargo, Max no contestó. No de inmediato. Parecía estar pensando—. ¿No me quieres decir el porqué?

«Dime por qué».

—Es solo que no me termino de acostumbrar a que estemos juntos —dijo, en un tono que sonó a pregunta. Y aunque en ese momento acepté su respuesta... hasta hace poco supe que mintió. Ese no era el motivo por el que Max dudaba de mi amor.

—A mí también me cuesta creerlo —sonreí—. ¿Te acuerdas cuando...?

En ese momento el teléfono sonó, interrumpiéndonos. Max me alentó a contestar. Esa temporada también odiaba contestar el teléfono.

Al percatarme de que se trataba de mi grupo de voluntariado, mi ánimo se diluyó. No me gustaba que Max se sintiera mal cada vez que llamaban.

—Suhail, te extrañamos.

Ni siquiera quería mirar a Max.

—Otro día los acompañaré, lo prometo.

Había pasado demasiado tiempo entre protestas y amigos de la naturaleza, era hora de compartir con mi novio. No obstante, sentí la atención de Max dirigirse a mí al sospechar de qué trataba la llamada.

—Hoy haremos una reunión en el parque —dijo Clara— para bloquear la tala de un bosque de coníferas. Estará genial, una empresa constructora llegará y nos pondremos a bailar y a mostrar rótulos de «Amamos a los árboles» frente a su maquinaria.

Sí, ese tipo de actividades tenía yo con mis amigos.

Aunque entonces sentía que debía encontrar la manera de rechazarla.

—Clara, no estoy segu...

De pronto sentí un tirón. Era Max, alcanzando para él el teléfono.

—¿Clara? —saludó a mi compañera—. Suhail asistirá —aseguró, a pesar de mi mirada de «Eso no pasará»—. Sí, no te preocupes, se pondrá su ropa *hippie* y todo.

Negué con la cabeza y no quité mi cara de enojo ni cuando Max colgó.

—¿Qué se supone que estás haciendo?

—Irás con tus amigos, Suhail —decidió y volvió su atención a las fotos.

—Primero, ellos no son lo que se dice «amigos». No exactamente.Son un grupo que Aitor y yo frecuentábamos.

—Y hablabas todo el tiempo de ellos. Son importantes para ti.

En eso tenía razón.

—Pero quiero estar contigo —insistí.

—Estarás conmigo.

Él me miró de una forma que, aún hoy, recuerdo con amor.

—¿Irás? —le pregunté, tiñendo mis palabras de esperanza. Ese era mi ideal, integrar a Max a las actividades que disfruto.

Algo brilló en sus ojos. ¿Miedo? Lo que fuera, lo supo ocultar a tiempo, porque lo único que dijo fue:

—Iré.

Salté de mi asiento y corrí a abrazarlo. Una vez más, Max me demostraba cuánto le importo... o le importé.

133. Max

u***Words don’t come easy*** **- F. R. David**

Es importante mencionar que amo verla feliz, con todo mi corazón amo verla sonreír; por lo que durante un minuto —ese minuto que ella me

abrazó y dijo «Gracias»— olvidé cuánto me aterraba que la gente me viera. Peor aún, que me reconocieran como la joven promesa de *rock* que arruinó su carrera al quedar lisiado.

Valía la pena por ella. Pese a que no quería echar tanta carga sobre sus hombros, ella lo valía.

Con la ayuda de Bill y mamá, bajamos la silla de ruedas desde el segundo piso a la cochera conmigo sentado en ella y entre los tres me subieron con cuidado al asiento de copiloto de la camioneta de Miranda. Un bebé. Muchas veces quise preguntarles si, además de montar con protocolo la silla, me hablarían usando una vocecita empalagosa, tipo «¿Che, chente ben bebé en chu chillita?». Mamá no ayudaba al decirle a Suhail cosas como «Vigila que no le pegue el sol en la herida», «Cuidado y coge una infección», «Mejor que no baje de la silla».

«Puedo estar pendiente de eso yo solo, saben».

Para no hacer sentir mal a nadie, me controlé y solo esbocé una mueca. Por lo que Suhail, advirtiendo mi incomodidad, echó a andar rápido la camioneta y pronto nos alejamos de casa.

Libertad. La tenía a medias, pero necesitaba aire fresco con urgencia.

—Ella solo está preocupada —dijo Suhail, refiriéndose a Miranda—. Quiere verte bien.

«¿Bien es igual a caminando?»

—Es difícil tener mi propio espacio cuando dependo siempre de alguien.

Solo quería que comprendieran que odiaba sentirme asfixiado.

—Pero no siempre será así, Max —Suhail sonrió y sostuvo con fuerza mi mano. Acabábamos de detenernos en un semáforo. De igual forma, aprovechó para plantarme un par de besos en la comisura de los labios.

Las terapias con Paulo marchaban bien, aunque no avanzaban, para mi gusto, lo suficiente rápido. Paulo era firme al decirme a mí y a mamá «paso a paso». Yo ya quería correr y aún me costaba caminar en muletas. También tenía que ver el hecho de que odiaba las muletas. Prefería la silla de ruedas a apoyarme sobre dos palos.

—Falta mucho —suspiré.

Porque pese a que caminaré por mi cuenta apoyándome en una prótesis, mi médico dejó claro que no sería igual a tener una pierna. Es obvio, pero él y Paulo consideran importante recordarme eso todo el tiempo.

Suhail apretó mi mano.

—En un abrir y cerrar de ojos estarás caminando.

«¿Cuándo?» Le hice la misma pregunta a Paulo y contestó «Todo a su tiempo, Max». Eso, sumado a mi temor de no ser capaz de sostenerme sobre una prótesis, me tenían ansioso y solo el amor de Suhail me tranquilizaba.

El semáforo cambió de rojo a verde y Suhail echó a andar otra vez la camioneta. Íbamos camino a un parque nacional. La actividad sonaba más aburrida que contar uno por uno cada cabello de Gilmour, pero ella sonreía; y, como ya dije, todo vale la pena si ella es feliz.

—¿Estará Aitor? —pregunté, recordando que frecuentaban el mismo grupo.

El rostro de Suhail se tensó.

—Eso creo. ¿Importa?

—Por supuesto —dije, serio, aunque en mi cara lentamente se dibujó una sonrisa radiante.

—¿Qué? —preguntó ella.

—Nos verá besarnos.

Suhail me codeó.

—¡Max!

—¿Qué? Estaría genial que nos viera.

—Eres cruel.

—*Territorial* es la palabra adecuada, mujer.

Ella frunció el entrecejo al escucharme llamarla *mujer*, a lo cavernícola, pero me dejó disfrutar mi victoria. Por eso, todavía sonriendo, le lancé un beso para que se relajara y después alcancé el botón de la radio.

Words don’t come easy to me...

Estaba sonando *Words don’t come easy*de F. R. David y concentré toda mi atención en Suhail.

How can I find a way to make you see I love you...

«Las palabras no me vienen fácilmente. ¿Cómo puedo encontrar una manera para hacerte ver que te amo?»

Suhail la cantó feliz mientras a mí me taladraba la cabeza.

Amaba a Suhail. Aún la amo, maldita sea... pero en ese entonces, debido a mi inseguridad, me costaba demostrárselo.Palabras.Justamente ella ama las palabras y estas no salían de mí.¿Cómo explicarle que la amaba lo suficiente como para dudar si estaría bien o no conmigo? ¿Cómo explicarle

—fácilmente— que me dolía pensar que sería un peso muerto para ella? ¿Cómo decirle «Te amo, pero...»?

Words don't come easy...

Words don't come easy to me.

Por ese motivo, en parte, accedí a ir a esa actividad con ella; necesitaba desengañarme sobre si sería fácil o difícil estar con ella en público lidiando los dos con mi condición de inválido.

Al llegar, lo primero que hice fue soportar la vergüenza de que ella pidiera a sus amigos ayudarme a bajar de la camioneta y luego echarme una mano para subir a la silla. Y aunque mantuve la boca cerrada para no abochornarle frente a nadie, fue difícil, fue humillante.Soporté miradas curiosas, preguntas incómodas y lástima. Lo peor siempre era la lástima.

—Él es Max Solatano, mi novio.

Mis articulaciones dolieron al escucharle decir eso, aunque no de mala manera. Dolieron como si me recordaran de qué estoy hecho. Y aunque entonces no sabía exactamente de qué, sí tenía claro que era algo que se volvía frágil ante las muestras de amor de Suhail.

Ella se inclinó para besar mi mejilla y sus amigos los *hippies* estrecharon mi mano y me saludaron de forma más casual.Aitor no asistió, pero sabía que el mensaje llegaría a él si besaba a Suhail frente a las personas adecuadas.

Por otro lado, la actividad no estuvo tan mal. Incluso fui de ayuda.En los periódicos del día siguiente el encabezado diría: «Empresa intentó echar a andar maquinaria pese a que tenían en su camino a un joven en silla de ruedas». Haciéndole caso a Suhail, hasta posé con mis mejores caras de tristeza cuando los reporteros se acercaron a mí para sacarme fotos.

Como sea, talaron el bosque. Estuvimos allí seis horas hasta que la policía nos sacó, pero me conmovió ver a los *hippies* sintiendo satisfacción por haber intentado que la tala no sucediera. Hasta les dejé colocar un pañuelo de colores sobre mi cabeza y canté con ellos. Sí, lo pasé bien; y Suhail estaba feliz de verme animado.

Todo marchaba bien hasta que su teléfono sonó.

—Es Ling —dijo, al ver en la pantalla quién estaba llamando.

—Contesta —me apresuré a decir.

El rostro pecoso de Suhail palideció al escuchar a Ling hablar.

—¿Estás segura? —preguntó a los pocos segundos, sonando alarmada.

Y, por supuesto, una sola palabra vino a mi mente: Sam.

—¿Qué pasa? —pregunté, sintiendo mi boca secarse. Un día antes había visitado a Sam y parecía estable. Sam debía estar bien. Tenía que estar bien, maldita sea.

Suhail apartó el teléfono de su oído y me miró.

—Dice que llegó al hospital y no pudo entrar a la habitación de Sam porque dentro hay enfermeras y médicos. Algo pasó o está pasando, Max. Ling tiene miedo.

Miedo. Sí, yo también empecé a sentirlo.

Sujeté con fuerza las ruedas de mi silla y yo solo las eché a andar en dirección a la camioneta. Debíamos llegar pronto al hospital.

—¡Ayuda aquí! —Suhail hizo que sus amigos me ayudasen a subir de nuevo al asiento del copiloto.

Una vez acomodada la silla de ruedas en el maletero, salimos a toda prisa del parque y debido a la tensión no hablamos de camino al hospital. Temí que algo malo se avecinara. Y lo peor que me podía pasar en ese momento, para agravar mi situación, era perder a Sam.

Y no quería perder a Sam.

*****

Meses antes salí de ese mismo hospital con la silla de ruedas siendo empujada por Miranda; pero ese día, sintiendo miedo por el gordo, entré haciéndola mover a toda prisa y con Suhail corriendo detrás.

Pronto, cuando llegamos a la puerta de la habitación de Sam, Ling corrió a abrazarnos.

—¡Ayúdenme a averiguar qué pasa! —rogó, y Suhail la consoló.

Miré hacia la puerta. «Debo entrar», pensé. «Caminando, sentado o arrastrándome, pero debo entrar a ver qué sucede con Sam».

—¡No pueden estar aquí! —nos regañó una enfermera indicando que ya le había dicho a Ling que debía esperar afuera, e intentó coger mi silla para empujarme de regreso a la sala de espera de Cuidados Intensivos.

—Si yo fuera usted no trataría mal a un inválido —la regañé.

Ella me miró con cara de estarle acusando injustamente y, molesta, me ignoró para concentrar su atención en echar a Ling y a Suhail. Aproveché para girar la manivela de la puerta de Sam y entré empujando la puerta con

la silla. Había entrado a esa habitación innumerable cantidad de veces, pero algo en el ambiente cambió de un día para otro. «Que esté bien el gordo».

Lo primero que vi fue batas blancas, por lo menos cuatro, rodeando la cama de Sam. A él no lo vi de inmediato, pero temí lo peor al notar tranquilos a los médicos. ¿Lo tomaban como caso perdido? Estos solo intercambiaban comentarios sin intentar hacer algo por el gordo. Molesto, me abrí paso entre dos de ellos.

—¡Usted no puede estar aquí! —me regañó al verme, pero no me importó.

Eso y más valió la pena soportar al ver a Sam tratando de esbozar una sonrisa.

—Mash —dijo, hablando con dificultad debido a un tubo que aún tenía dentro de su boca—. ¿Cómo lesh fe a Raptor en el concherto?

¿Se estaba muriendo y le importaba más el estúpido concierto?

No le respondí, o cuando menos no de inmediato. Lo único que hice fue reír mientras apartaba lágrimas de felicidad de mi cara.Tenía a mi Ballena bebé de vuelta.

134. Suhail

El diagnóstico de Sam fue traumatismo craneoencefálico, y desde el primer día recibió tratamiento de estimulación cognitiva, fisioterapia y algunos fármacos que fue dejando de forma gradual. Su recuperación tardó años y le cambió la vida para siempre, pero vamos, es Sam y todo el tiempo contó con Ling, con Max y conmigo.

Los primeros días no habló con fluidez, pasaba gran parte del día somnoliento y, paulatinamente, tuvo que ordenar sus períodos de sueño. Se sintió desorientado, no recordaba mucho del día del accidente o del tiempo que estuvo en coma. De esa manera pasó tres meses en una clínica de rehabilitación y, tras ser dado por fin de alta, le autorizaron a continuar su recuperación en casa bajo la supervisión de su familia.

—¡Él no puede comer eso! —regañé a Max al verlo entrar a casa de Sam una cubeta de KFC y Cheetos de contrabando. Todo escondido en la parte baja de su silla de ruedas.

—¡Está en los huesos! —se quejó él, ocultándolo mejor todo.

Yo venía de la universidad y Ling, para facilitarme la ruta, pasó a traer a Max a nuestra casa, pues quedamos de juntarnos en casa de Sam los cuatro para celebrar que llevaba cinco meses despierto.

Su mamá y su hermana nos recibieron y, como ya era costumbre durante nuestras visitas, nos enviaron al jardín trasero. Ahí se mantenía Sam intentando resolver él solo cubos de Rubik, jugando al ajedrez, armando rompecabezas y leyendo. Todo por recomendación de su médico y fisioterapeuta.

La primera en saludar a Sam fue Ling, y lo hizo dándole un beso en los labios, llevaban tres meses saliendo. Sam no tuvo que hacer nada, al final fue Ling la que le pidió estar con él.

La segunda en saludar fui yo, aunque no tardé mucho cerca porque era el turno de Max y él, al ver a su amigo, se aferraba a él como una garrapata.

—¡Lo acaparas todo! —lo regañó Ling. Max prácticamente estaba sobre las piernas de Sam y no parecía querer salir de ahí pronto.

—Yo lo conocí primero —se defendió él—. Es mi gordo.

Sam dedicó a todos una sonrisa media. Cabe aclarar que esa es su única forma de sonreír en la actualidad, pues el accidente le dejó una lesión del nervio facial y tiene inmovilidad en la cuarta parte de su cara.

—Admítelo, gordo, te ves con más personalidad —lo animó Max, apretujando sus mejillas.

—¿Tú crees? ¿No me veo raro?

—Te ves muy guapo —enfatizó Ling, plantándole otro beso en lo que Max se aferraba al cuello de Sam para que Ling no se aproximara tanto.

—Raro te verías si te faltara una de tus extremidades —señaló Max, a la vez, recibiendo un codazo mío.

—Tú no eres raro —lo regañé.

Sam estuvo de acuerdo:

—Puedes usar una pata de palo al estilo pirata. Te verías genial —sugirió.

—Esa es la actitud que necesito, gordo —dijo Max y le plantó otro beso tronador a Sam en la mejilla.

—Antes no me besabas —le hizo ver Sam, abochornado.

—Antes, tú lo dijiste. Cuando se marchen Ling y Suhail te doy otro beso, pero esta vez en la boca.

—Eso se oyó raro —gruñó Ling y yo asentí.

Max me guiñó un ojo.

—Sigo sin creer que ustedes dos estén saliendo —dijo Sam, mirando de uno al otro. Él todavía no se acostumbraba a nuestro arreglo.

—«Saliendo». No de forma literal, pero sí —dijo Max.

—Aunque es necesario agregar que últimamente te besa más a ti que a mí —añadí yo.

—¡Oh, mi *goshdito*! —suspiró Max con exageración y le plantó otro beso a Sam. Esta vez en la frente.

Me sentí feliz de que recuperar a Sam animara a Max. Ni siquiera lo tenía que forzar a visitar a su amigo; Max, por sí mismo, se animaba a salir más de la casa.

—Aunque ya no es gordito —dije, al retomar la conversación anterior y mirar de forma curiosa lo holgadas que le quedaban a Sam las camisetas.

—Y hoy mismo solucionaré eso —dijo Max sacando de la parte baja de su silla la cubeta de KFC y los Cheetos.

Viré mi atención a la ventana trasera de la casa, pero no había nadie. Por fortuna, la mamá y la hermana de Sam se encontraban lejos, de lo contrario nos hubieran echado. ¡Sam no podía comer comida chatarra!

—¡Mis favoritos! —saltó, mostrándonos una vez más su sonrisa media.

Al menos se veía feliz. Por lo que Max prosiguió a meter dentro de su boca un ala de pollo.

—Hay mucho por recuperar, gordo —dijo, serio, apretujando el abdomen de Sam—. Aquí, por ejemplo, había cinco tripas colgando, no dos. Necesito de vuelta a mi michelín.

—Max —empecé.

—¿Qué? Es mi Ballena bebé, no jirafita.

Y aunque Ling y yo le dirigimos otras miradas de regaño, nos dio gusto ver y escuchar a Sam riendo. Le hacía bien pasar el rato con el cabeza dura de Max.

—¡Anda, gordo —continuó—, cómete todo ese pollo que luego siguen los Cheetos y dos bolsas de M&M’s!

Intenté alcanzar para mí una pierna de pollo, sin embargo, Max palmeó mi mano.

—Son del gordo.

—Que ya no es gordo —le recordé.

—Por eso mismo se lo tiene que comer todo él solo.

—A tu novia no vas a decirle que no.

Tras decir eso, me lancé sobre Max de tal forma que los dos terminamos en el piso, en medio de varias piezas de pollo.

—¡A tu novia no vas a decirle que no! —insistí, besándolo y reímos.

Mientras, para aprovechar que lo tenía entretenido con mis labios, le saqué del bolsillo las bolsas de M&M's y me quedé una yo y le entregué la otra a Ling. Aun así, Max y Sam, en venganza, se comieron ellos dos solos el resto de las piezas de pollo y los Cheetos.

—Juguemos a Verdad o Reto —propuso Ling luego de un rato.

—Bien. ¿Verdad o reto? —empezó Max, mirándola. Los cuatro nos encontrábamos sentados alrededor de una mesa de jardín. Era una tarde agradable.

—Verdad —dijo ella y levantó con honor su barbilla.

—¿Amas a Sam?

«¿Pregunta incómoda?»

—Mucho —dijo ella y miró con ternura a quien hoy es su esposo—. Tuve que perderlo un rato para darme cuenta de cuánto lo necesito conmigo.

Después de decir eso ella y Sam se dieron un beso. No me quedó duda de que estarían juntos lo que les quedara de vida.

—Mi turno—dijo Ling y me vio a mí—. ¿Verdad o reto?

—Verdad —dije, tras pensarlo unos segundos. «Sé buena, Ling».

—¿Max es bueno en la cama?

Mi boca cayó hasta el piso y dejé salir a través de mis dientes unos cuantos dulces de M&M's. No podía creer que Ling me preguntara eso frente a los chicos.

—Buenísimo —respondió Max por mí.

—Le pregunté a Suhail —lo regañó Ling.

—Li priginti i sihiil.

Me relajé y asentí.

—Como una vez dijo él mismo: esa parte de su cuerpo sigue funcionando bastante bien.

—¿Lo hacen en una sola posición? —continuó Ling—. Mi pregunta va encaminada a saber si se les dificulta... ya saben, por lo de la pierna.

—Solo tenías derecho a una pregunta —le recordé y miré con bochorno de ella a Max.

—Anda, contéstale —me alentó Max, engreído.

—Somos bastante creativos y... digamos que Max está recuperando fuerza.

—Fuerza de Hulk —enfatizó él—. Últimamente Suhail grita tanto que debemos poner música de Kiss para que Miranda y Bill no nos escuchen.

—¡Tampoco exageres! —lo regañé, sintiendo quemar mis orejas y mi cuello.

Sam tragó saliva.

—No puedo creer que ustedes dos hagan «cositas» cuando antes peleaban tanto.

—He ahí la magia —contestó Max por los dos—. Había demasiada tensión sexual acumulada y hay que liberarla.

—Mi turno —dije, interrumpiendo tan incómoda conversación y miré a Sam—. ¿Verdad o reto?

—Verdad.

—¿Tienes resentimientos contra Max debido a lo que pasó? —pregunté de forma directa, para sorpresa de Max.

Ling, Sam y yo lo teníamos planeado. Empezamos a jugar a Verdad o reto para que así se diera la oportunidad de que Sam respondiera a eso y liberara a Max de culpas y carga emocional.

—No —dijo Sam sin dudarlo y miró de forma amistosa a Max—. No es como si él hubiera deseado que yo pasara por esto... y nuestra amistad de años pesa más que nada. Pesa los kilos que yo ya no tengo.

Max dejó escapar aire y apretó con fuerza su mandíbula. Pensé que iba a llorar, sin embargo, aguantó las ganas y solo sonrió. En el fondo supe que lo habíamos logrado, lo liberamos de la culpa.

—Bueno, basta de tonterías —añadió, desviando así la atención de su momento incómodo—. Me toca y elijo reto.

Sam y él se vieron de forma divertida.

—No vas a hacerlo —le dijo Sam.

Max levantó las cejas.

—Rétame.

Ling y yo nos preguntábamos de qué hablaban.

Sam cogió aire y habló:

—Reto a Max a comerse una buena ración de Cheetos que yo mastique.

—¿Qué? —solté, asqueada, y sin dudarlo Ling también los miró con repugnancia.

Sam y Max se soltaron a reír sin importarles nuestras caras y lo que siguió es uno de los momentos más asquerosos que he vivido en mi vida: Sam tomó una gran cantidad de Cheetos directo de la bolsa, se los metió en la boca, los masticó cuatro veces y prosiguió a sacarla con sus dedos, ya por completo anaranjados, para después meterla dentro de la boca de Max, que la recibió gustoso.

«Por amor a Jesús».

Yo no podía cerrar la boca al ver a Max masticar y saborear lo que salió de la boca de Sam. Pero no terminaron ahí, tras masticar Max tres veces los Cheetos, sacó la mitad de su propia boca y se la pasó de vuelta a Sam. Ling y yo empezamos a regurgitar los M&M's mientras los dos continuaron riendo.

¡Aunque ahí no terminó todo!

Sam y Max se miraron y dijeron:

—¿Piensas lo mismo que yo?

Y se lanzaron sobre nosotras y nos besaron. ¡NOS BESARON!

Más tarde explicaron que se trataba de una iniciación. Que lo mismo habían hecho años atrás con Eric. ¡Vaya pretexto!

135. Max

u***Wait* - M83**

Como el médico aconsejó a Sam no incorporarse de golpe a las actividades cotidianas, y yo, por otro lado, prefería evitar salir en público, las primeras semanas nos portamos bien dividiendo nuestro tiempo entre su casa y la mía. Él quería pasar tiempo con Ling y yo con Suhail, por lo que, además de estar el rato juntos, convivimos con ellas.

Suhail era perfecta. Incontable cantidad de veces se escabulló en mi habitación para quedarse allí por horas. Vistió camisetas de The Beatles, Led Zeppelin, The Rolling Stones, Dead purple, AC/DC, Guns N' Roses, Nirvana, Ramones, Queen, The Doors, Pink Floyd, Iron Maiden, Kiss, Sex Pistols, Scorpions, Radiohead, Oasis... Tantas. Dios... y le hice el amor con todas.

—Luego Paulo me pregunta por qué no tengo suficientes fuerzas durante la terapia —murmuré a su oído una noche, con ella descansando sobre mí.

—Dile la verdad.

—¡No!

Habíamos terminado nuestro segundo *round* de esa noche y yo, necio y hambriento por más, continuaba dentro de ella. Porque, diablos, entre más cerca estoy de Suhail más completo y dichoso me siento. Más tarde, con cuidado, anudé su cabello rojo alrededor de mi mano derecha y con la otra sujeté su barbilla para besarla.

La mantuve cerca de mí hasta que mis labios dolieron.

Los primeros días que estuvimos juntos Suhail visitó a una ginecóloga que le aconsejó sobre métodos anticonceptivos. Con eso y nuestras ganas de estar juntos, nos sentíamos completos. No le pedíamos más a la vida que tiempo para conocernos mejor... y disfrutarnos... y amarnos. Yo amo de muchas formas a Suhail, y la forma física es una de mis favoritas.

Ese verano también fuimos a la playa en compañía de Ling y el gordo, Suhail le había prestado a su mamá un coche deportivo, y con la radio a todo lo que da, viajamos trescientos kilómetros turnándonos para dormir y manejar. El lugar era Playa Margarita. En el camino hablamos, cantamos imitándonos y de paso nos arrojamos agua y comida chatarra unos a otros.

—¿Qué vienen haciendo esos dos? —escuché que preguntó Suhail, arrugando su entrecejo. Yo era copiloto mientras ella conducía.

Acomodé el espejo retrovisor y eché un vistazo al asiento trasero.

—¡Cuidado, se comen! —regañé a Sam y a Ling, que prácticamente venían comiéndose en el sillón atrás de nosotros.

Debería estar prohibido ver a tu amigo intentando tener sexo.

Suhail me codeó para que la mirara a ella y me sonrió de forma traviesa.

—Hacemos lo mismo cada vez que voy por ti a terapia —me recordó y esa era una de las razones por las que iba más seguido a terapia.

Devolví mi atención al gordo y a Ling.

—Y lo hacemos mejor —dije, fanfarrón.

—¡Claro que no lo hacen mejor! —nos regañó Ling, arrojándonos Doritos.

—Es pecado desperdiciar Doritos —la regañé.

Suhail, de cualquiera manera, cogió uno que cayó sobre su regazo, lo masticó y después se acercó a mí para besarme.

«Oh, sí, besos sabor a Doritos».

Eso hacíamos cuando la canción que escuchábamos en la radio fue silenciándose para dar entrada a la voz del locutor.

—*Sin más que decir*, segundo gran éxito de la banda Son Tres, de Rey Leone, Alex Leone y Eric Parisi.

Despegué mis labios de los de Suhail al escuchar Eric Parisi y me viré hacia el gordo, él también había reconocido el nombre de la rata traidora. Nos vimos unos segundos, esbozamos una mueca tipo «Bah», levantamos nuestros hombros con indiferencia y continuamos besando a las chicas.

Unos días después investigué: Eric se había unido a dos hermanos que tenían una banda y al parecer le iba bien. Al parecer.

Ya no lo odiaba. Me sentía triste y desanimado por la idea de ya no poder ser una estrella de *rock*, sin embargo, Suhail me llenaba de tanto amor que lo superaba rápido. Con el tiempo aprendí a disfrutar de pasar el rato platicando y demás. Aprendí a disfrutar de momentos en lugar de desvivirme por planes a largo plazo.

Al llegar a la playa, Suhail estacionó el coche a un lado de la carretera; instalamos un pequeño campamento en un área privada y encendimos una fogata. Desde donde nos encontrábamos podíamos ver el mar, un sinfín de kilómetros de playa, áreas rocosas y el balcón de un hotel en el que, al parecer, se estaba llevando a cabo la recepción de una boda. Era la puesta de sol, el momento más bello de la tarde.

Sentados uno al lado del otro alrededor de la fogata, vimos a los novios salir al balcón del hotel para bailar una canción lenta; ella acomodó su cabeza sobre el hombro de él. Ling y Suhail suspiraron mientras el gordo y yo hicimos una arcada a escondidas de ellas. Aun así, al estar en su naturaleza, el gordo se puso de pie e invitó a bailar a Ling.

La música que oíamos en ese momento no era la adecuada, por lo que Suhail alcanzó su móvil y buscó otra cosa. Mi piel se enchinó al darme cuenta de lo que eligió: *Wait* de M83. Esa canción propiciaba un ambiente aún más emotivo y perfecto.

Yo me hallaba sentado sobre mi silla de ruedas mientras Suhail, Sam y Ling tenían sus dedos llenos de arena. Me sentí... fuera de lugar. También quería incorporarme y bailar con Suhail, quería darle lo mismo que el novio del balcón a su esposa y Sam a Ling: un momento romántico.

Advirtiendo mi incomodidad, Suhail sacó un recipiente de pompas de jabón, lo abrió y sopló. Al instante muchas pompas nos rodearon. Me miró y nos sonreímos. ¿Había preparado esto?

No se veía triste o molesta porque no estuviéramos bailando, solo parecía feliz de estar ahí con Sam, con Ling... y conmigo.

—¿No quieres bailar? —le pregunté, sintiendo mi corazón doler un poco.

—Nunca he sido de las que mueren por bailar y lo sabes.

—Pero Sam y Ling están bailando —señalé a los novios en el balcón—. Ellos también.

Suhail, sin dejar de sonreír, se puso de pie, se apoyó en mi silla y enseguida se acomodó sobre mi regazo. Mi regazo.

—¿Pero cuántos están haciendo esto? —nos señaló—. Puede que haya muchas parejas bailando, pero ninguna chica está sentada sobre el chico más guapo de todos; frente al mar, con una puesta de sol mientras les rodean pompas de jabón.

Volvió a sacar de su bolsillo el recipiente plástico y me hizo hacer más pompas. Seguidamente la abracé por la cintura y la atraje hacia mí para juntar nuestras frentes. «TE AMO, SUHAIL», dije para mis adentros. Después acerqué mi boca a sus labios para besarla. Tenía como novia a la mujer más dulce, comprensiva y perfecta...

... y, por idiota, estaba a punto de perderla.

136. Suhail

No dormimos en ningún hotel, decidimos quedarnos bajo el cielo estrellado, teniendo como cama la suave arena blanca. Creo que ese uno de los momentos más románticos que he vivido hasta ahora... y fue con Max. La mayor parte de los recuerdos de mi vida incluyen a Max. ¿Cómo iba a ser fácil olvidarlo? ¿Cómo si muchas partes de mí aún lo anhelan un poco?

Hicimos el amor sobre la arena con el frasco de pompas de jabón derramándose a un costado; sin testigos, pues Sam y Ling avisaron que irían a caminar por ahí para dejarnos solos. Eso son amigos.

Al terminar, ayudé a Max a acomodarse sobre la silla de ruedas y lo empujé hasta donde golpeaban las olas. Él se sacó el zapato y hundió los

dedos de su pie en el agua. Ahí estuvimos un rato, sentados viendo el mar y las constelaciones hasta que Ling y Sam regresaron y cenamos.

Fue un día hermoso, una noche hermosa... un novio hermoso. Tanto, que duele recordarlo.

137. Max

—¡Vas bien, Max! —Escuché los aplausos de Paulo a la vez que sentí gotas de sudor caer sobre mi frente—. En tu primer día no podías sostenerte solo y hoy ya aguantas caminar con muletas.

—Aunque esto no es exactamente caminar —dije, tambaleándome.

—Con todo y eso, es un logro magnífico. Aprende a reconocer tu esfuerzo.

Pese a mis quejas, sabía que Paulo llevaba la razón, caminar correctamente en muletas una distancia larga era un gran avance para alguien en mi situación. Alguien que debió pasar por un largo proceso de recuperación de su pierna y brazos. ¿Lo mejor? Suhail y Miranda estaban ahí para verme, las dos me acompañaron ese día a terapia.

—Estoy tan orgulloso de ti —cuchicheó Miranda, haciendo que esbozara una mueca.

«No me digas “bebé” frente a Paulo y Suhail».

Los ojos de Suhail se iluminaron. Supuse que tenía ganas de echarse a llorar y saltar sobre mí para abrazarme, pero se contuvo. Sería demasiado extraño hacer eso frente a mamá. Sin embargo, por el rabillo del ojo alcancé a atisbar que murmuró un «Te amo» en mi dirección. Lo que me hizo tambalear más y tropezar.

Miranda y Suhail gritaron asustadas. Paulo y yo, por otro lado, reímos y él me ayudó a incorporarme. No era la primera vez que me caía durante la terapia.

—Eso es, amigo —me animó—, cada vez que te caigas debes volver a levantarte. Tan simple como eso.

Le di las gracias y volví a empezar.

El ejercicio de ese día era caminar de una esquina a otra en el salón. El mismo salón en el que meses atrás me dolía levantar el brazo.

Lo hice todo una vez más sin mayor esfuerzo, pese a que de vuelta mis brazos empezaron a temblar.

—¡Tú puedes, Max! —Escuché a Suhail animarme, pero con eso y todo caí.

—Te falta fuerza en los brazos —dijo Paulo—, además de confianza y práctica. Mi recomendación es que empieces a ejercitarte con pesas. El nivel de dificultad, como ya has experimentado, debe ir de menos a más de forma gradual.

—¿Oyeron? —pregunté, mirando con humor a Suhail y a Miranda—. Seré un tipo musculoso.

—Si te esfuerzas —añadió Paulo, y esta vez se dirigió a Miranda—. ¿Es posible instalarle un gimnasio en casa?

—Eso veremos —dijo Miranda, viéndome suspicaz—. Primero debe demostrar que sí se aplicará. Además, hay un gimnasio cerca de casa. Si Max asiste por lo menos tres veces por semana lo hablaré con Bill y puede que llevemos uno a casa.

Era un buen incentivo, sin duda. Acepté el reto.

Mi vida, en general, marchaba mejor. Los primeros días tras salir del hospital no quería dejar mi cama. Miranda colocaba un banco debajo de la ducha, me ayudaba a sentarme sobre este, protegía las vendas y, después de insistir, me dejaba solo para lavarme. Casi lo mismo a la hora de ir al baño, y ni hablar sobre vestirme solo. Los primeros días no lo pude hacer y permitir que alguien me ayudara fue molesto y vergonzoso. No obstante, con el tiempo empecé a encargarme yo solo de todo. Yo mismo salía de la cama y alcanzaba la silla para acomodarme sobre ella. Parecía algo sencillo, pero para mí, que al inicio me veía como un caso perdido, también era un gran avance.

Fue difícil, y quien lo ponga en duda es que no ha pasado por eso.

La terapia es superación personal. Ahora que lo pienso, y si alguien me pide un consejo, le diría que avanzar depende de la actitud y de la constancia. Eso es. Actitud positiva, confianza en quien tiene la experiencia, más esfuerzo y valentía.

En aquel entonces me faltaba mucho para llegar a la cima, y es que todo se ve fácil cuando llegas a la cima. Sin embargo, el Max de dieciocho años aún debía pasar por mucho, todavía estaba en medio de un proceso en el que debía ejercitar la confianza en sí mismo además de en su pierna.

Miranda y Suhail me acompañaron a inscribirme en el gimnasio ese mismo día. Yo ya me imaginaba tan musculoso como Dwayne Johnson, pero vamos, también me faltaba mucho.

Todo marchaba bien hasta que Suhail y yo fuimos a dejar a Miranda a casa y recogimos a Sam y a Ling en la casa de él para ir a ver una película. Al llegar, sintiéndome motivado, le pedí dejar en el maletero del coche la silla de ruedas e ir hasta la sala de cine en muletas. Según yo eso nos facilitaría la tarde a todos. Suhail accedió. No obstante, por encontrarse el cine dentro de un centro comercial, y tener que pasar por muchos espacios irregulares, a mitad de camino sentí temblar mis brazos. Aún no tenía la práctica ni la condición física para avanzar en muletas al mismo paso que mi novia y mis amigos. A su vez, la ausencia de mi pierna era más notable al estar yo de pie, por lo que muchas miradas curiosas se detuvieron en mí. Algunos inclusive me reconocieron como el chico que meses atrás tenía una banda, y pasar por eso fue... humillante.

Traté de mantener la espalda erguida, sin embargo, tropecé y caí frente a muchos. De ese modo, mirando el suelo lo único que dije a mis amigos fue:

—Por lo que más quieran, no me miren con ojos de lástima.

La distancia entre el estacionamiento del centro comercial y la sala de cine era considerable y no lo advertí a tiempo. Sumado a eso, el lugar no contaba con suficientes rampas que facilitaran mi paso, por lo que Suhail pidió hablar con uno de los encargados para levantar una queja formal ahí mismo.

Esas cosas, pequeñas y en apariencia insignificantes, son las que uno no toma en cuenta hasta que nos son necesarias.

—Ya vamos tarde por mi culpa —dije a todos.

—No pasa nada —me calmó Suhail. Yo debía detener mi avance cada diez metros para no cansarme y tropezar de nuevo.

—Dicen que esa película ni está tan buena —dijo Sam, haciéndome reír.

—Tampoco exageremos —añadí, disculpándome por arruinar nuestra tarde.

—Vayamos a comer algo y entremos a la siguiente función —sugirió Ling, y el plan nos gustó a todos.

Eso fue importante, saben... contar con personas que no me dejaron desanimar ni me hicieron sentir una carga.

Ya más calmado por no ir compitiendo con el reloj, avanzamos despacio hasta un restaurante de comida rápida. Ahí pedimos *pizza*. Eso más novia y amigos era lo mejor.

—Aquí estamos cerca de la sala de cine —dijo Suhail, buscando con su mirada un camino para que yo pudiera desplazarme—. A la siguiente función llegaremos a tiempo.

Nos pusimos a recordar anécdotas de la primaria, escuchamos a Sam contar chistes malos y recibimos un discurso de Suhail sobre por qué es mejor la *pizza* vegetariana. Lo pasábamos bien, realmente bien, hasta que la mirada de Suhail cambió de risueña a temerosa. Ling y Sam no se habían dado cuenta porque hablaban entre sí. Yo, por el contrario, que casi nunca despegaba los ojos de Suhail, lo noté al instante.

—¿Qué pasa? —le pregunté, llamando la atención de nuestros amigos y, preocupado, seguí la dirección de su mirada.

Suhail veía a un tipo sentado solo a seis mesas de nosotros; este vestía botas militares, vaqueros, camiseta blanca y una cazadora de cuero con epígrafes chinos. Se veía viejo para llevar ese tipo de vestuario, algo así como un tipo malo en su peor momento.

Sin esperarlo, al sentir nuestra atención encima, el tipo dejó caer su hamburguesa y se volvió sobre su hombro para mirarnos.

Escuché a Suhail contener el aliento y, molesto, la miré demandando saber ya qué estaba pasando. Acto seguido, sus ojos se llenaron de lágrimas y lo único que alcanzó a decir entre palabras entrecortadas fue:

—El fantasma.

Sam y Ling no comprendieron y se miraron el uno al otro mostrando confusión; yo, en cambio, no esperé a escuchar más, cogí mis muletas y avancé lo más rápido que pude hacia el tipo.

Y avanzaba rápido, quizá debido a mi adrenalina y enojo. ¡Quería matarlo! ¡Quería golpearlo y apretujar su cuello hasta romperlo! Sea como sea, advirtiendo la cantidad de problemas que se avecinaban, el tipo sacó su cartera, dejó caer un billete sobre la mesa y se marchó corriendo.

Corriendo.

Lo seguí hasta llegar a una escalera y desde ahí no pude más. Sam me alcanzó para preguntarme qué pasaba, pero no le quise explicar, no era el momento ni yo la persona adecuada para hacerlo.

Me sentí furioso con el tipo, pero me sentí aún más furioso conmigo mismo. Si el muy miserable se hubiera topado con el Max de antes, el que tenía sus piernas, lo hubiera podido alcanzar y cogerlo del cuello para desmembrarlo. Pero en lugar de eso se topó con un inútil en muletas.

Un inútil en muletas que al ver a Suhail llorar sintió su corazón romperse por no haberlo podido evitar.

138. Suhail

No entramos al cine. Fuimos a dejar a Sam y a Ling y después Max y yo regresamos a casa en absoluto silencio. Él se mostró molesto, pensativo y hasta cierto punto ausente e insistía en mantenerse en silencio y responder solo con monosílabos. No le reproché nada, también había sido un día duro para mí y supuse que ambos necesitábamos llegar a casa, recostarnos, relajarnos y dejar el tiempo pasar. Y eso fue lo que hicimos.

Me encerré en mi habitación el resto del día y no quise cenar. Papá y Miranda se preocuparon e intentaron indagar, pero yo, como siempre, solo necesitaba volver a olvidar. De niña fui a terapia y recibí comprensión, pero eso no significaba que al poner bajo el sol las cicatrices todavía no dolieran un poco.

Max también se mantuvo en su propio espacio y no me buscó. No sabía cómo sentirme al respecto. Es decir, tenía claro que también había vivido un momento desalentador, pero esperaba más de su parte... Esperaba que me abrazara y susurrara a mi oído que lo superaríamos. Esperaba mucho, quizá.

De cualquier modo, convencida de que no tenía nada de malo tomar la iniciativa, a medianoche abrí su puerta, entré a su habitación a hurtadillas como tantas noches antes, palpé su cama buscando lugar y me recosté a su lado.

Él notó mi intrusión; se acomodó de mejor entre sus sábanas, me permitió apoyar mi cabeza sobre su hombro y me abrazó. Pero no habló. Continuó en silencio.

¿Pensaría que no quería hablar? ¿Era él quien no quería hablar?

Nunca lo platicamos, pues esa fue la última noche que estuvimos juntos.

139. Max

El reloj a mi derecha marcaba la 1:02 a. m. Suhail dormía recostada a mi izquierda, muy cómoda, descansando su cabeza sobre mi hombro. La rodeaba con mis brazos, posición que me permitía leer una parte de mi tatuaje «¿Quién es la estrella de *rock*?»

Pocas horas antes había vivido un momento importante de mi existencia; el saberme humillado, derrotado y cansado... por lo que esa noche tenía muchas emociones a flor de piel.

La casa estaba en silencio; éramos yo, mis pensamientos y Suhail dormida sobre mi pecho, cerca del lugar en el que tengo mi corazón. La miré dormir y rocé con las yemas de mis dedos su frente, su nariz y sus pestañas. Dormía tranquila; pese a todo lo que pasó esa tarde, ella sonreía, confiaba en mí. Dormía plácidamente, esperando que sin importar lo que pasara yo estaría ahí. Y no era así.

Medité el hecho de que yo era el único chico con el que se había permitido llegar a más. Suhail tenía miedo de dejarse tocar, pero ahí estaba, conmigo, confiando... esperando... Haría lo que le pidiera sin dudar, y eso es bueno para mí. Entonces, ¿por qué me sentía mal? ¿Por qué me sentía canalla y egoísta?

Esa noche, sin poder dormir, reflexioné, quizá por primera vez, qué significaba tener la confianza de Suhail. Qué significaba, siendo más claro, tener el amor incondicional de Suhail.

Aquellos eran... sentimientos extraños y nuevos, sin duda alguna, para un chico de dieciocho años. La amaba... La amaba y deseaba tenerla para siempre en mi vida. Sin embargo, ¿de qué manera? ¿De qué manera, si no podía protegerla? ¿Cómo respondería al tipo de confianza que ella depositaba en mí si no era capaz de hacer algo más que envolverla en mis brazos? Por lo que esa noche descubrí que la amaba tanto que tenía claro que no era lo mejor para ella.

Suhail merecía a un hombre completo, a un hombre que fuera de ayuda y no una jodida carga.

*****

Eran los primeros días de clases y el bus escolar viró en la esquina para a continuación estacionarse frente a la casa de los Didier. Suhail, Sam y yo nos pusimos de pie cansados y sucios tras un largo día de colegio.

—¡Apúrate a bajar, gordo! —empujé a mi amigo y lo forcé a echarse hacia adelante.

Él se tambaleó.

—Tengo que esperar a que camine, Suhail.

Molesto, estiré lo más que pude mi cuello para ver a la persona frente a Sam y, en efecto, se trataba de Suhail Didier, que iba lenta por tener que recoger cosas que caían de su mochila rota.

—¡Nos estamos volviendo viejos, pecosa! —le grité y al instante un coro de risas estalló en cada asiento.

Suhail me miró con tristeza durante un segundo, se veía avergonzada y más exhausta que el resto de nosotros. Aun así, sin soltar ningún reproche, escondió su mirada de mí y avanzó el resto del camino lo más rápido que pudo mientras continuaba dejando caer cosas de su mochila rota.

Sospeché que la mochila pudo haber estado rota debido a alguna broma, pero no era algo que me preocupara. Harto por tener que esperar, seguí con el entrecejo arrugado a Sam, que también iba lento por ir recogiendo las cosas que dejaba atrás Suhail.

«Ah, estúpido gordo caballeroso».

—¡Ni que fueras un palillo de dientes, gordo! —Me burlé de él por no dejarme avanzar más rápido y las risas volvieron.

Sam se limitó a sonreír de forma tímida y continuó avanzando lento, no podía ir más rápido al traer encima sus cosas y las de Suhail.

Al bajar, igualmente tuve que esperarlo varios minutos, pues había perseguido a Suhail hasta para entregarle lo que dejó tirado. Ella le dio las gracias y dirigió su mirada hacia mí durante otro segundo. Sus ojos todavía se veían tristes. Me pregunté por qué no entraba a su casa, hacía días que cuando llegábamos se rehusaba a abandonar su pórtico y esperaba afuera hasta que su mamá llegaba.

Me lo pregunté, pero dejé de darle importancia cuando el gordo estuvo de regreso. Teníamos preparada una tarde de juegos y Suhail, olvidada frente a la puerta de su casa, no era algo que me quitara el sueño. Hasta esa noche. La noche en la que me di cuenta de que nunca la cuidé y que, si era lo

suficiente hombre como para reconocerlo, renunciaría a ella porque por esa y más razones no la merezco.

*****

Eso pasaba por mi mente, aunque alejarme todavía no era una decisión tomada, no hasta que al día siguiente escuché a Miranda y a Bill hablar sobre lo preocupados que se sentían por el bajón de ánimo de Suhail;de modo que, para animarla, tomaron la decisión que cambiaría el curso de todo: llamaron a la «honorable juez Jacquie».

Yo, por supuesto, tenía mis reservas; mis experiencias con la madre de Suhail no eran buenas.

Cuando Jacqueline llegó hizo estacionar su lujoso coche frente a nuestra no tan lujosa casa; la mujer incluso había contratado a un chófer para que le condujera y abriera la puerta. Bajó vistiendo, oliendo y vomitando dinero y caminó con actitud altiva hasta nuestra puerta. Yo me encontraba sentado sobre las escaleras frente a la puerta principal en compañía de Sam. Ese día le tocaba a él visitarme. Al principio Jacqueline nos ignoró y vio hacia su izquierda como si buscara algo.

—¿Dónde está? —preguntó, al fin.

—¿Suhail? —dije yo, en respuesta.

—No, amor —respondió Jacqueline, acomodando sus gafas de sol sobre su cabeza—, dónde está el Porsche.

—¿El que nos prestó para ir a la playa? —preguntó Sam, inocente.

Jacqueline soltó una risita.

—¿Prestar? No, amor, yo le obsequié ese coche a Suhail.

«¿Qué?»

En lo que veía a Jacqueline deambular por nuestro jardín buscando el Porsche como si este fuera del tamaño de una nuez, me pregunté por qué Suhail no me dijo nada.

—¿Crees que le dé pena? —cuestionó Sam.

Resoplé.

—¿Decir que tiene un Porsche?

Me pareció ridículo.

Suhail no estaba en casa, había acompañado a Bill a un seminario. No podía decirnos por qué tenía un coche deportivo o, de hecho, explicar por

qué no está por ningún lado en el caso de Jacqueline.

Finalmente, cansados de soportar las ínfulas de la estrella de *Talk show*, el gordo y yo nos incorporamos; cogí mis muletas, Sam abrió la puerta y entramos a la casa.

Apenas había terminado de cerrar la puerta cuando escuché estacionar el coche de Bill. Sintiendo curiosidad, no lo pensé mucho y me desplacé hasta una ventana para ver fuera.

—Papá dijo que venías —saludó Suhail a su madre, bajando ella sola del coche.

—No está bien escuchar una conversación ajena —me regañó Sam, pero yo quería oír que respondería Suhail sobre el Porsche.

—Me pidió visitarte porque te notó triste. Hemos pasado tiempo juntas y te llamo a diario, no es válido quejarse.

Suhail miró hacia abajo.

—No tiene que ver contigo, mamá.

—¿Max?

Salté y me acomodé de mejor manera al escuchar mi nombre. Hasta el gordo dejó de reprocharme estar escuchando a hurtadillas.

—No debí hablarte de Max—dijo Suhail con reproche, en apariencia preocupada de que alguien escuchara—. No queremos que Miranda y papá sepan. No todavía.

Le había platicado de lo nuestro a esa bruja.

—Mujer que no se pone lista termina sometida.

—Para todo lo que hago pones de motivo a Max —protestó Suhail, cruzándose de brazos—. Si no quiero hablar contigo se debe a Max; si no me quiero poner el vestido escotado que me enviaste, es porque, según tú, se enojará Max; si bajé mis notas en la universidad, también es por Max... Aunque esto último, admito, sí es un poco cierto.

—Lo pones de pretexto—dijo Jacqueline.

—¡No!

—Sí. —La señora estaba molesta—. Te ofrezco viajar por Europa y contestas que no porque debes cuidar a Max. Te ofrezco pagar para que estudies en Londres y dices que no porque estarías lejos de Max.

No podía creerlo.

—Y ahora escondes tu coche para que él no se sienta menos.

Un gancho a mi estómago.

Suhail negó con la cabeza.

—No. Lo hice guardar en otro lugar porque un Porsche es un coche demasiado costoso.

—Tonterías.

—Te pedí algo menos apabullante.

—Para no hacer sentir mal a Max.

—¡Mamá!

Mi pecho dolió.

—Es el mismo problema que con tu papá, se veía mal que yo fuera una abogada exitosa estando casada con un profesor de bachillerato. No juegues a la abnegada con tal de no hacer sentir mal a Max, amor, porque un día te vas a cansar y... ¡Pam! Es tarde, estás casada con alguien que no está a tu altura.

—¡Papá estaba a tu altura!

El tono de voz de Suhail se elevaba entre más discutía con Jacqueline.

—Pero sí era un ancla. Yo necesitaba viajar para hacer contactos, ¡Pam! Saltaba como el cavernícola que es y me recordaba que debía cuidarte.

—¡Ay, perdón por ser también yo un ancla!

—No fue tu culpa, amor. Era tu papá. Y no quiero ser negativa, y Dios sabe que soy la primera en aplaudirle a Max estar saliendo adelante, pero nunca será lo mismo que con un chico normal, hija. Me encanta que lo apoyes, pero eso no te desafía, te ANCLA.

Cerré los ojos al ver a Suhail limpiar de su rostro lágrimas.

—No entiendes nada. No me dejas hablar.

—Soy exitosa porque digo la verdad, y por favor no me pidas dulcificarlo para ti. Daño te haría al permitir que te engañes a ti misma. Tener en tu vida a un discapacitado te limita. ¡Estarías en Londres si no fuera por...!

—¡Ya, mamá!

—Cierto. No quiero que acabemos discutiendo.

—¡Ya estamos discutiendo!

Al no escuchar más, abrí de vuelta mis ojos y vi a Jacqueline susurrar un sinfín de cosas a Suhail, intentando hacerla reaccionar.

—No eres su madre, su esposa o su niñera.

Por supuesto que no lo era.

—No tienes idea de lo fuerte que es lo que Max y yo tenemos.

—Eso dicen todas las parejas al inicio.

—Venderé por él Porsche. ¿Eso también lo haría alguien que solo tiene un enamoramiento?

—¿Vender el Porsche?

—Max necesita un gimnasio en casa y Miranda y papá no pueden pagarlo.

—Dios mío, Suhail, ¿lo vas a mantener? —El tono de voz de Jacqueline era de horror.

—¡No, mamá...!

—Ya te veo tratando de conservar dos trabajos porque a Max no le dan nada por ser discapacitado.

—¡No lo llames de esa manera!

—Es como es, hija. Ahora no lo ves de esa forma porque lo amas. Pero como decía tu abuela, cuando el hambre entra por la puerta el amor sale por la ventana.

No quise escuchar más, le pedí al gordo seguirme y me alejé de la ventana rápido.

Claro, tenía que ser Jacqueline quien nos abriera los ojos a todos.

140. Suhail

Mamá es una mujer difícil de tratar, siempre lo ha sido. Su etapa gay había terminado y estaba por casarse con un ejecutivo de la cadena de televisión para la que trabaja. En ningún momento dejó de repetir que su intención siempre es y será buscar lo mejor para mí, sin embargo, me ha lastimado muchas veces. Años atrás, tratando de ascender en su carrera, me dejó en manos de un hombre malo, asumiendo que nada pasaría porque ella confiaba en él. Pero es mi mamá y la amo, de modo que, tratando de comprender su manera de ver las cosas, le prometí que hablaría con papá y con Max sobre lo de estudiar en Inglaterra.

No quería alejarme de Max, amaba celebrar con él sus progresos y amaba aún más tenerle cerca, pero al mismo tiempo quería darle su importancia a mamá.

«Tal vez si mejoro mis notas en la universidad».

Todavía me hallaba en compañía de mamá cuando vi a la hermana de Sam llegar por él y por... *¿Max?* Me sorprendió ver a Max subir al coche con

ellos, pero se hubiera visto mal ir a preguntarle a dónde iba estando yo con mamá. La idea era darle a mamá la impresión de estar en una relación que me permitía ser libre.

—¿Para qué necesita Max un gimnasio? —preguntó mamá, confundida. No conectaba con la idea de que Max hiciera algo más que no salir de la cama.

—Su fisioterapeuta le recomendó ejercitarse para evitar dolores en articulaciones, reducir estrés y obtener más flexibilidad, resistencia y fuerza. Algo así dijo. Pronto empezará entrenamiento de equilibrio. Debe estar en mejores condiciones y sentirse cómodo a la hora de utilizar una prótesis.

Mamá se mostró entusiasmada al escuchar sobre los progresos de Max.

—Oye, eso es bueno.

—También necesita ayuda con su autoestima —sonreí. Me alegraba que por fin comprendiera—. Paulo considera que ejercitarse le beneficiará con eso. Lo hará más disciplinado... lo motivará...

Mamá arqueó una ceja.

—Siendo ese el caso, creo que lo puedo ayudar.

—¿En serio? —Quería saltar y abrazarla—. ¿Cómo?

—Le puedo obsequiar el gimnasio en mi *Talk show*. Hasta lo podemos televisar.

Me espanté al instante.

—No, no, no. Ni hablar. Max es muy orgulloso, se sentiría humillado; si le cuesta trabajo salir y que lo reconozcan. Imagina un programa televisado. El gimnasio tiene que llegar a él de forma casual.

—¿Casual?

—Hablé con Miranda y la convencí de aceptar el dinero por la venta del coche, le dirá a Max que está pagando el gimnasio a plazos.

—Ay, Suhail. —Mamá frunció sus labios—. Lo único que no me gusta es que te sacrifiques.

—No lo hago —Me molestaba no convencerla.

—Está bien que te preocupes por él, amor; pero haz planes propios y sin miedo a que él se sienta menos.

—Los hago.

—Sabes que no. Porque si te ama... —Mamá levantó su dedo índice—. Si realmente te ama, no le ofenderá que salgas, te independices y tengas

logros. De lo contrario, esté discapacitado o no, déjalo.

—Max me ama... yo sé que me ama —recalqué y mamá me abrazó.

No veía venir lágrimas de tristeza, eran de felicidad. A pesar de todo, mi relación con mamá mejoraba, Sam había despertado, Max se independizaba...

—¿Ves que sí podemos entendernos?

Todo volvía a su lugar.

—Difiero de la palabra *entendernos* —refunfuñó, sin perder su inusitado buen humor—, más bien cedo confiando en que sabes lo que haces. Solo prométeme una cosa. —Ella me pidió verla a los ojos y ser seria con esto—. Pensarás con la cabeza y no con el corazón lo de aceptar mi ofrecimiento de estudiar en Inglaterra. Apenas estás en el primer año de universidad, estás a tiempo, princesa... No me mires así. Antes de lo que pasó con Max, ese era tu plan. Te esforzaste por aquella beca, Suhail. Yo puedo darte eso ahora. Tú amas leer, deletrear... Inglaterra es la cuna de Shakespeare, Dickens, Austen, Woolf, Wilde... Piénsalo.

No niego que la idea siempre me emocionó, Mamá lo dijo: «Ese era tu sueño, tu plan», pero no quería separarme de Max tanto tiempo. Sentía un apego especial a él tras pasar tantos momentos increíbles juntos.

Al marcharse mamá entré a la casa, revisé el móvil esperando tener algún aviso de Max y al no ver nada busqué a Miranda.

—¿Max...?

Ella no me dejó terminar la pregunta.

—Me pidió permiso para pasar una semana en casa de Sam, ¿puedes creerlo? —Miranda estaba sonriente—. Antes del accidente iba con él todo el tiempo. Lo estamos recuperando, cariño.

Las palabras «Lo estamos recuperando, cariño» aún retumban en mi mente.

Antes del accidente, Max no iba exactamente a pasar la noche en casa de Sam. Más bien le decía a Miranda que estaría con Sam cuando en realidad iba a meterse en líos con Eric Parisi y otros músicos alcohólicos. Yo, que le cubría, tenía claro eso. Sin embargo...

«No hay nada de qué preocuparse», pensé. «Max ha cambiado. Ha crecido espiritualmente durante los últimos meses».

Esa noche le envié un mensaje de texto al móvil:

Suhail: *Miranda dijo que pasarás el resto de la semana en casa de Sam :)*

Max: *Sí, el gordo quiere celebrar con drogas y prostitutas que ya puedo caminar con muletas.*

Suhail: *Ja, ja.*

Max: *Es mala influencia para mí, Suhail :(*

Suhail: *Ja, ja... de nuevo.*

Max: *Te escribo al rato. X*

«¿Te escribo al rato?» Max no me cortaba en seco, prefería platicar conmigo sobre cualquier otra persona. «Es porque Sam está de vuelta, quiere tiempo de chicos», supuse y esperé a que él me escribiera más tarde.

No lo hizo.

Al día siguiente, al no saber nada de él, volví a escribirle.

Suhail: *Hoy no me deseaste buenos días :)*

Suhail: *Bueno, siempre soy yo la que te desea buenos días primero :p, pero pensé que esta vez lo harías tú por estar separados.*

Nada. Ninguna respuesta.

Suhail: *¿Max?*

Las mañanas en la universidad se me hacían largas por no saber nada. Casi no me escribía y cuando lo hacía era cortante.

Suhail: *Te extraño.*

Suhail: *Hablé con Ling y me propuso salir de vuelta los cuatro juntos. ¿Qué les parece si es el sábado vamos de día de campo?*

Suhail: *Hablo en plural porque sé que estás con Sam :)*

Suhail: *Prometo que no irán mis amigos* hippies.

Al no obtener respuesta las siguientes horas, sintiéndome preocupada, le escribí a Sam:

Suhail: *¿Max está bien? Me preocupa que no responda mis mensajes. Sospecho que quizá se siente deprimido por lo que pasó en el centro comercial.*

Suhail: *¿Sam?*

Sam fue tajante:

Sam: *Suhail, Max no está conmigo.*

Suhail: *¿Está en el baño o algo?*

Sam: *Se marchó de mi casa el segundo día aquí.*

Sam: *Lo lamento. No sabía si decírtelo o no. Pensé que habían hablado.*

Sam: *En verdad lo lamento.*

Las interminables disculpas de Sam lo empeoraron todo. Miré la pantalla del móvil durante una hora sin poder creerlo. ¿A dónde fue Max? Debía untar una crema especial sobre su herida cicatrizada todas las noches. Andaba en muletas. ¿Hasta dónde podía llegar de esa manera? Insistí en enviarle mensajes, pero no los respondió.

Temiendo lo peor, hablé con Miranda y le dije la verdad: Max no estaba en casa de Sam. Preocupados, tanto ella como papá empezaron a llamar a hospitales, estaciones de bomberos, de policía y a la familia. Nada. Max no aparecía por ninguna parte.

Obligamos a Sam a darnos información y lo único que dijo saber era que Max se había marchado en un coche color azul marino y que le había pedido no preocuparse por él, pues nosotros, supuestamente, sabíamos a dónde iría.

«¿Dónde estás, Max?».

Mi preocupación llegó al punto de que le pedí a mamá mostrar la fotografía de Max durante su programa de televisión. Prometió que lo haría siempre y cuando pasaran 48horas desde su desaparición. Lo mismo informó la policía cuando les pedimos buscarlo.

Me sentí tan confundida y desesperada por noticias que yo misma salí a buscarle en coche y a pie por Ontiva. No lo encontré.

Lo único que me quedó hacer fue recostarme sobre su cama con Gilmour estirado a un costado mío. Los dos esperando noticias y pidiéndole al cielo que Max estuviera bien.

*****

El reloj digital de Max marcaba las 2:05 a.m. cuando abrí los ojos de golpe tras escuchar risas y un coche estacionándose afuera. Salí de la cama y me aproximé a la ventana para ver. Max bajaba de ese mismo coche, acompañado de Lucía, quien fue la presidenta de su club de admiradoras cuando aún tocaba con Raptor. Sentí quemar mi estómago.

Antes de ver la escena de ellos saliendo del coche tambaleándose, besándose... yo creí, realmente creí, que a Max le había pasado algo malo; pero no, ¡estaba con Lucía!

¿Cómo demonios se lidia con el sentimiento de alegrarte porque alguien esté a salvo, pero al mismo tiempo decepcionarte?

Salí de la habitación y bajé las escaleras al mismo tiempo que papá y Miranda.

—¡Ya llegó el rey de la casa! —anunció Max cuando Miranda abrió la puerta.

Entró en muletas, con Lucía siguiéndole. Los dos apestaban a licor y cigarrillo. ¡Alguien me tenía que decir que estaba soñando!

Miranda se cruzó de brazos.

—¿Dónde estabas, Max?

—Con Lucía —Max hizo un ademán hacia la chica a modo de presentarla —. Lucía, la de la buena compañía —bromeó, soltando carcajadas—. ¡Hasta rimó! ¿No la recuerdan? Es la presidenta de mi club de admiradoras.

Miré a Lucía, ella no dejaba de contonear sus caderas mientras miraba a Max de forma juguetona. No cabía duda de que entre ellos había pasado algo.

—Nos tenías preocupados, Max —le hizo ver papá.

Max dejó caer una muleta y también se cruzó de brazos.

—¿Quién los entiende? Primero, dale que dale con que recuperara mi vida. Eso estoy haciendo.

Miranda, papá y yo nos quedamos sin palabras. ¿Recuperar su vida? ¿Su antigua vida? ¿La que lo llevó a esa condición? Sin poder disimular más tiempo mi dolor y decepción me solté a llorar. Sentía mi corazón roto, muy roto.

Era imposible que Max no me escuchara llorar, hasta papá se había acercado a consolarme. No obstante, sin importarle, parpadeó algunas veces y continuó dirigiéndose solo a Miranda. ¿Por qué me ignoraba?

—Paulo dijo que si todo marcha bien podré usar prótesis. ¡Tendrán de vuelta a la estrella!

¿Al irresponsable? ¿Al fanfarrón? ¿Al odioso? ¿Al Max autodestructivo? Negué con la cabeza, me solté de los brazos de papá y subí corriendo las escaleras a la vez que escuchaba a Max gritar:

—¡Max Solatano, la estrella de Raptor volverá a brillar y conquistará a millones de admiradoras!

Lo que siguió fueron gritos y regaños por parte de Miranda y papá. Max se había pasado. Ni siquiera antes del accidente había sido tan cínico.

Eran tantos sentimientos encontrados. ¿Por qué ese afán de lastimar a todos a su alrededor? ¿Por qué no anunciar sus planes de forma sana? ¿Por

qué despertar una vez más lo peor de él y preocuparnos? Me encerré en mi habitación y cubrí mis oídos para no escuchar los regaños de Miranda y las altanerías de Max en respuesta. ¿Eso realmente estaba pasando? Parecía un infierno irreal después de tantos días en el paraíso. ¿Que Max se recuperara implicaba traer lo malo de él de vuelta?

Esperé a que Lucía se marchara y el ambiente en general se calmara. Tenía que haber una explicación, Max no podía echar por la ventana tantos meses juntos. ¿Fue por lo que pasó en el centro comercial? ¿Max estaba viviendo un momento de rotura? Tenía que explicármelo.

Esperé a que Miranda y papá se encerraran en su habitación para enfrentarlo. Salí yo misma de mi habitación y recorrí nuestro pasillo repitiéndome «Calmada, calmada...», toqué la puerta de Max y entré pidiendo a Dios ser paciente.

Max estaba sentado en la orilla de su cama prendiendo un cigarrillo. ¡Un cigarrillo!

—Justo a quien esperaba —dijo, abriendo para mí sus brazos—. Ven y recíbeme con un beso, amor.

Me acerqué hasta él, le tumbé el cigarrillo y lo abofeteé.

—¿Dónde diablos estuviste? —siseé, enfadada. Estaba temblando del coraje. ¡Yo estaba preocupada por él!

—Menos mal que preguntas dónde y no qué estuve haciendo, porque si no —Max resopló de forma burlona.

Me quedé boquiabierta. ¿Quién había intercambiado a Max y nos envió otra vez al bestia y altanero?

Quise obligarme a no llorar, pero no pude, era demasiado el daño.

—¿Te estás oyendo, Max? —Negué con la cabeza sin poder creerlo.

Él me mostró una sonrisa de lado e intentó abrazarme.

—No te pongas fea. Ya sabes que detesto a las celositas.

Agité mis brazos hacia arriba y miré el techo sintiendo que me ahogaría pronto con mis propias lágrimas.

—Me entregué a ti, Max.

¿Y ahora eso significaba nada? ¿En qué momento pasé de su novia a otro polvo?

—Y nadie está hablando de arrepentimientos. —Él se incorporó sosteniéndose únicamente sobre su pierna buena e intentó consolarme muy a su antigua manera—. Debes comprender, así en muy

buena onda, que yo soy una estrella. Debo quedar bien con la presidenta de mi club de admiradoras si quiero recuperar lo poco que queda de Raptor y Max Solatano.

—¿HIRIÉNDOME?

—Ese es el problema contigo, Suhail —continuó—. Uno no puede darte un poco de atención porque en tu mente ya haces hasta planes de boda. ¿Qué edad tenemos? Dieciocho. —Su tono de voz conciliador me enfureció el doble—. No esperabas formalizar lo nuestro tan pronto, ¿cierto?

Cubrí mis ojos sintiéndome increíblemente estúpida. ¡Él me hizo sentir estúpida!

—Estás exagerando —insistió, utilizando el mismo tono de «No pasa nada»—. Lucía es... Lucía. Con que la tenga contenta basta. Tú me tendrás la mayoría de las noches. Ese privilegio nadie te lo quitará.

¿Cómo podía ser tan cínico? Aparté las manos de mi cara, empuñé mis dedos y lo empujé, haciéndolo caer sobre la cama.

—¡¿POR QUÉ ME HACES ESTO?! —grité, sintiendo lastimar mi garganta cuando esas palabras salieron—. ¡¿POR QUÉ?! ¡¿POR QUÉÉÉÉ?!

Los ojos de Max brillaron un segundo, mostrándome un poco de dolor, pero esa luz se marchó tan rápido como vino.

—Solo estoy siendo honesto —zanjó, conservando la mirada fría—. Ya lo habíamos platicado, Suhail. Te advertí no esperar mucho de un chico de dieciocho años sin mayor cosa que ofrecer. Lo dije en aquella cena con Aitor, ¿recuerdas? Yo no te prometí...

—¡BASTA, YA NO TE QUIERO ESCUCHAR!

Me di la vuelta y salí de la habitación golpeando con fuerza la puerta.

Por otro lado, era imposible no alertar a papá y a Miranda sobre que algo pasaba, de modo que pronto la tuve a ella tocando mi puerta. Me encontró llorando desconsoladamente mientras, para mi dolor, empacaba mis maletas.

141. Max

¿Había una mejor manera de hacerlo? ¡Claro! Aunque Suhail no se hubiera marchado con solo pedírselo. Ella tenía como objetivo de vida mejorar la mía. Algo genial para mí, pero, ¿y ella?

Suhail es bondadosa, servicial, abnegada, la tenía a mis pies para hacer lo que quisiera con ella. Y. No. Era. Justo. Ella es tan generosa que no me hubiera dejado, aunque, además de la mitad de mi pierna, también hubiera perdido ambos brazos o hasta mi cabeza. Ella, pasara lo que pasara, siempre iba a estar ahí para mí... sin tener yo nada para darle.

¿Amor? Sí. ¿Gratitud? Sí, también agreguemos eso. Pero no sabía cómo expresarlo. Mi público estimado, por favor, recordemos que yo apenas tenía dieciocho años...

...y tenía miedo. Mucho miedo. Me sentía ansioso ante la idea de tener que enfrentar un futuro diferente al que había planeado. Me sentía pequeño, humillado, inútil, fracasado... ¡Me sentía fuera de lugar y diferente al resto! ¿Qué haría si no conseguía adaptarme a alguna prótesis? Le tenía terror a eso. Y ni hablar de retomar la banda. Eso y lo de Lucía fue mentira. Yo... solo era un chico aterrado. No sabía qué pasaría conmigo al día siguiente y no quería arrastrar a Suhail a eso. Deseaba que ella tuviera otra oportunidad. No quise ser egoísta y atarla a mí solo porque me amaba como nadie me amará jamás.

¿Se puede decir que fui cobarde? Por supuesto que sí. Pero en ese momento lo consideré necesario. Sentía que debía pensar por ambos.

¿Me arrepiento? No sé... A veces no. A veces sí. La veo feliz. La extraño, pero al menos sé que es feliz.Tal vez, al fin y al cabo, lo mejor fue separarnos.

Desde mi habitación escuché a Suhail decirle a Miranda que no se quedaría a ver cómo yo mismo acababa conmigo. Me llamó inmaduro, irresponsable, idiota, estúpido, imbécil, etcétera... Suhail sí que conoce muchas palabras.

No dormí bien esa madrugada ni las que siguieron; y entretanto dolor, incertidumbre y remordimiento, hasta compuse mi primera canción.

Hoy no amanece
Hoy yo no abriré mi ventana
No saldré de mi cama. Me quedaré entre mis sábanas platicándole
a mi gato lo que duele salir a vivir sabiendo que mañana y el día

que sigue a ese estarás lejos de mí.
Hoy no amanece...
Hoy no amanece...
Hoy no vale la pena ver el atardecer. El cielo rojo me recuerda
a tu cabello y los rayos del sol a lo que quema tu recuerdo.
Hoy no amanece...
Hoy no amanece... en mí.

Lleva por nombre *Hoy no amanece*, porque ese fui yo durante mucho tiempo, un alma en tinieblas y un pobre tonto al que solo le quedaba recordar. Como sea, considero que, de haberse quedado Suhail, también hubiera escrito muchas otras canciones para ella, pero estas hablarían sobre confusión y miedo a perderla.

Para mí cualquier panorama era terrorífico hasta no tener claro quién era y hacia dónde iba a caminar o volar.

No volví a hablar con ella después de la disputa en mi habitación. Escuché que llamó a Jacqueline para aceptar la propuesta de estudiar en Inglaterra y eso fue todo. Dos días después me acerqué a la ventana para verla despedirse de Miranda y de Bill. El chófer de Jacqueline había ido a recogerla, el vuelo con destino a Londres salía esa misma noche.

No vio hacia mi ventana.

No intentó decir más.

Nos separamos como si entre nosotros nunca hubiera pasado nada.

Más tarde escuché a alguien tocar mi puerta y le di el visto bueno de entrar. En tanto, de pie frente a mi ventana, yo aún miraba la calle como si esperara que Suhail volviera.

—Max.

Era mamá.

Me volví para mirarla y esperé a que dijera algo más que mi nombre. No sabía si Suhail había hablado con mamá poniéndola al tanto de todo, aunque lo que dijo enseguida aclaró eso.

—¿Ustedes dos creen que yo soy tonta?

Parpadeé sin tener idea de qué responder. No, no pensábamos que fuese tonta, solo confiábamos en que nosotros seríamos lo suficiente discretos. Al parecer no.

Dejé caer mis hombros.

—Miranda...

—¿La amas?

Su pregunta me tomó de sorpresa, sin embargo con la misma rapidez respondí.

—Tanto que estoy por tirarme de esta ventana. Lo juro.

—¿Entonces por qué no la sigues?

Por un lado, me alegró que mamá nos apoyara, por otro no pude evitar reír, aunque esta fue una risa triste.

—¿En muletas?

—Max.

—Separarnos es lo mejor, mamá.

—Créeme que quiero entenderte.

—Solo mírame.

¿Había que explicar más?

—Para mí no eres diferente a cualquier otro chico.

—No soy diferente para ti o para Suhail porque me aman. —Dolía decir eso—. Pero yo no me siento así.

Mamá se echó a llorar.

—Maxi...

Me quería de manera incondicional pese a tener miedo.

—Me siento prisionero de esta condición. Me siento inútil.

—No eres un inútil.

—¿Entonces por qué me siento así? Tú no sabes lo que duele hacer pasar un mal día a otros. Obligarles a caminar más lento para que no te dejen atrás, pedirles madrugar para que te den un aventón o hacerles soportar miradas incómodas de otros... También pedirles que no se sientan mal por ti, que no cuiden sus comentarios por ti. ¡Todo el tiempo temo incomodar! No puedo vivir de esa manera.

Ella negó con la cabeza y caminó hacia mí para abrazarme.

—Yo sé que puedes salir de esto y más.

—No con Suhail atada a mí o yo a ella. Cree que debe ayudarme y yo ya no quiero que esa sea la razón que la mantenga cerca.

—Max...

—Tenía que alejarla —expliqué.

—¿Lastimándola tanto?

Mamá se sentó en la cama y yo hice lo mismo. Ella sabía que necesitaba consuelo.

—¿Por qué prefieres alejar a las personas lastimándolas?

Sí, ¿por qué? Lo medité un momento.

—Porque prefiero que me odien a que me tengan compasión.

Tan fácil como eso.

—Hijo...

Ella no sabía qué decir.

—Y Suhail no se hubiera alejado de otra manera.

—Tal vez nunca la recuperes.

Cierto, ¿cuál era mi plan? ¿Dejar ir a Suhail, recuperarme y volver con ella? No lo tenía claro. En ese momento no tenía claro nada excepto mi miedo e inseguridad. Eso y que amaba a Suhail lo suficiente como para renunciar a ella.

OceanofPDF.com

SEIS AÑOS DESPUÉS

142. Suhail

—Dime que no llevaste trabajo a casa.

Me sonrojé al instante.

—No exactamente...

—Suhail.

—¡Me entretuve mucho!

—No te pagarán extra.

—Ya lo sé.

Vivo para agradecer a Laura y a Gavin su preocupación. Desde que empecé a trabajar en la editorial hemos hecho buen equipo, pero sobre todo hemos hecho buena amistad. Ella, además de su calidad humana y ansia sobrehumana por la maternidad, es una excelente jefa y él el mejor colega.

Cuando el teléfono de la oficina suena Gavin me lo pasa de inmediato. Él siempre es puntual.

—¿Lista, cariño? —me pregunta al otro lado de la línea.

Quiere saber si estoy lista.

—Te veo en cinco minutos —digo y cuelgo luego de hacer sonar un beso. Cada día es la misma mecánica entre nosotros.

—Ese chico es un amor —suele felicitarme Laura—. Continúa tu trabajo mañana. Ve con él.

Miro hacia mi derecha buscando la aprobación de Gavin para irme ya y él asiente. Le doy las gracias, me pongo de pie y cojo mi abrigo para salir del edificio. Es lo mismo desde hace varios meses.

No fue fácil adaptarme a esta vida. Primero estuve en casa de una amiga de mamá y después me mudé a un apartamento a pocas calles de la universidad. Como cosa rara hice amigos fácilmente, pero me costó adaptarme a costumbres nuevas.

Pasa que entre más lejos estás de lo que sientes tuyo más te aferras a eso. O por lo menos eso me pasó a mí.

Este es el momento en el que debería decir que siempre fui la mejor alumna de la clase y destaqué por encima de otros, pero no. Vamos, me hallaba estudiando Filología en el extranjero. Eso me sirvió para distraerme y no pensar en... ya saben quién. O por lo menos no pensar tanto en él.

Con el tiempo salí por la ciudad y visité sus alrededores. Estos años he reído, llorado, enojado... viví. Y el tiempo, como todo, pasó rápido.

¿Chicos? Ninguno al principio. Me mantuve soltera hasta que conocí a... él. Mientras, comencé en la editorial como pasante y llevaba seis meses dentro cuando una tarde lluviosa, al salir del edificio, un coche pasó a toda prisa frente a mí, atravesando sin cuidado un charco y, por ende, me mojó toda. Me quedé boquiabierta sobre la acera, viendo con enojo mis zapatos, falda, blusa, cara y cabello, todo asquerosamente mojado; pues el agua que vino hacia mí no estaba precisamente limpia.

—¡Imbécil! —protesté al ver que se trataba de un chico.

El dueño del coche lo estacionó cerca, bajó dando largas zancadas y comenzó a disculparse.

—Lo siento... Lo siento tanto. —Miró con vergüenza mi situación—. Oh, Dios, en verdad lo siento muchísimo.

No sabía dónde esconder su cara y giró muchas veces como si buscara algún tipo de solución cerca.

—¿Dónde está el incendio? —continué, enfadada.

—No es exactamente un incendio, pero sí llevo prisa —admitió, obligándose a mirarme a los ojos.

—No me diga —le reproché, intentando limpiar un poco de humedad de mí.

—Mi perro cayó de un segundo piso y el veterinario me está esperando —explicó.

Mi semblante cambió al instante. ¿Un perro herido?

—¿Perro? Yo... lo lamento —Pasé de estar enojada a sentirme culpable por interrumpirle.

—No puede estar de pie, creo que se lastimó la cadera —continuó explicando y miró con preocupación de mí al coche, era obvio que debía continuar su camino.

—¿Puedo verlo? —pregunté, caminando hasta el coche—. Hace algunos años colaboré con un grupo que rescata mascotas.

—Claro.

Agradecido, abrió la puerta trasera del vehículo y dentro estaba el perro, un Beagle hermoso y cariñoso pese a estar adolorido.

—Llora a ratos —señaló él— y no puedo conducir y sostenerlo al mismo tiempo. Por eso iba rápido... Quiero que lo anestesien o... qué sé yo, algo hará el veterinario.

Miré con tristeza al Beagle, su carita de «Ayúdame, Suhail» ablandó mi corazón, suspiré y devolví mi atención al infame patrocinador de mi próximo resfriado.

—Yo puedo mantenerlo quieto mientras tú conduces.

Él apenas podía creer que me ofreciera a ayudarle.

—Eso... Eso me sería de mucha ayuda.

—Conste que lo hago por el perro —aclaré, subiendo al coche para sentarme junto a él—. Además, después de lo que hiciste —señalé mi ropa —, por lo menos puedes acercarme a mi casa.

—Claro. —Él asintió feliz—. Te llevaré a donde quieras si me ayudas con Max.

¿Acaso era mi inconsciente traicionándome?

—¿Ma-Max? —repetí, titubeando.

—Sí, ese es el nombre de mi perro.

¿Era una maldita broma?

Le di otra vez mi atención al Beagle que, claro, no tenía la culpa de ser portador de un nombre malévolo. Entorné mis ojos y, resignada a lidiar con otra ironía de la vida, le pedí al chico apresurarnos por el bien del perro. De esa manera, mientras él ocupó su lugar frente al volante, yo acaricié a Max...

Sin embargo, durante esta narración, optaré mejorpor llamarle Beagle. Le conforté y rodeé con mis brazos para que se moviera lo menos posible.

—En serio, gracias —dijo él, echando a andar el coche.

—No hay de qué —dije, viéndole a través del espejo retrovisor. Se trataba de un hombre rubio, de ojos celestes y un tanto corpulento, pero con alma de niño. Algo así como un enorme trozo de carne muy adorable.

—¿Puedo saber tu nombre? —preguntó.

—Suhail.

—Hola, Suhail —se presentó—, mi nombre es Finley.

143. Max

—¡Estás tardando, Sam!

—¡Es inhumano que corras tan rápido! —se quejó el gordo tratando de seguirme el ritmo.

Me solté a reír y continué corriendo cuesta arriba. Sí, ¡cuesta arriba! Ya me acostumbré a la prótesis. La domino a tal punto que ahora es una extensión de mí. ¿Fue fácil? No, pero un ángel guardián de nombre Paulo fue de mucha ayuda. Aunque, entre nosotros, me resulta más difícil vivir sin Suhail. Quién diría que la extrañaría más que a mi pierna.

Sam no es tan voluminoso como antes, pero sigue alimentándose bien y, por ende, aún le sobran varios kilos de amor (palabras de Ling, no mías). Yo, por el contrario, me apliqué. Verán... Todo comenzó dos meses después de marcharse Suhail. Era sábado y aún me sentía deprimido; no obstante, mamá, para distraerme, me envió a mí y a Sam por las compras de la semana. Ahí estábamos el gordo y yo empujando a lo bruto una carretilla repleta de comestibles cuando en la caja, ya listos para pagar por todo, vimos a un niño con una guitarra. Era un enano de ocho años dejando sordo a todo el mundo, pues tocaba mal.

—No debí comprarte ese aparato —repetía su mamá con insistencia, pero el niño no le hacía el menor caso. Y es que se veía emocionado... Pero tocaba mal.

Las personas en la fila, incluyéndome, estábamos hartos de escucharlo; por lo que, para sorpresa de su mamá, de Sam y de mí mismo, me acerqué a él. Todavía me movía en muletas, dejé caer una al piso y le dije al enano:

—Deja, que te muestro cómo se hace.

El niño, mitad admirado mitad acobardado, me entregó la guitarra. No era una Gibson Les Paul, a la mamá nadie la orientó a la hora de comprar, pero en ese momento nos sirvió.

—La acomodas de esta forma —lo ilustré, acuclillándome y colocando sobre el regazo la caja de la guitarra—, pon tus manos acá... y tocas. Se empieza con algo sencillo, ¿de acuerdo? No esperes tocar el solo

de *Comfortably numb* en tu primer día.—El niño asintió conforme, y aunque deduje que no entendió lo que dije, me miró con ilusión... como todo niño—. Primero las notas musicales... —señalé y las repasé rápidamente con él— y después una canción sencilla —expliqué, mirando con acusación a su mamá.

«Una canción sencilla». Resultó inevitable no recordar a mi padre.

—*Got to write a classic* —empecé a cantar y tocar, sintiendo un nudo en la garganta—. *Got to write it in an attic. Baby, I'm an addict now. An addict for your love...*

No obstante, pese a todo, no aparté la sonrisa de mi rostro. Estando tan reciente la partida de Suhail, tocar nuestra canción me hizo sentir cerca de ella. De alguna manera, cerca de ella.

No pasó mucho tiempo cuando uno de los dependientes se acercó a nosotros para pedirme detenernos.

—Este no es el lugar para hacer eso —señaló.

De cualquier modo, para mi sorpresa, las personas a mi alrededor, incluyendo a Sam y a la mamá del niño, alegaron el permitirme continuar. El dependiente se vio obligado a decir que sí y entre aplausos seguí mi breve concierto en el supermercado.

—¿Imparte clases de guitarra? —me preguntó la señora al terminar.

Las personas de nuestro alrededor también me veían como al héroe que calló al niño.

—¿Yo?

—Sí. Mi hijo está emocionado con esa cosa, pero no tiene quien le enseñe a tocar. Lo intenté matricular en una academia aquí cerca, pero no le tienen paciencia por ser niño.

—Comprendo —dije, pensativo, sospechando que el profesor de música, como fue en mi caso,da prioridad a los alumnos que sobresalen.

—Entonces, ¿imparte clases? —insistió en preguntar la señora. Pronto sería nuestro turno para pagar lo que compramos.

—Sí—respondió por mí el gordo, codeándome—, justamente andamos promocionando nuestra academia.

Lo miré con cara de «¿Me estás jodiendo?». Aunque él no había terminado de decir eso cuando otros clientes del supermercado también demostraron estar poniendo atención y anotaron el número de teléfono y dirección que Sam les dio a todos.

—¿Mi casa? —le pregunté cuando nos alejamos.

Fui al supermercado por comestibles y salí con clientes.

—Sí, podemos comenzar en tu cochera.

—¿Mi cochera?

Ahí tocaba con papá.

—¿En dónde está tu espíritu emprendedor?

¿El gordo había enloquecido?

—Tú y yo nunca hemos dado clases de nada. De nada.

Sin contar que había enseñado a besar a Suhail.

Sam y yo caminamos hasta el aparcadero y él abrió el maletero del coche para meter las compras dentro.

—Pues te acaba de ir bien en tu primera experiencia.

«Y una mierda».

—Sam, no vamos a instalar una academia de música para niños.

El gordo no dejaba de sonreír.

—Sí lo haremos.

—No.

—Sí.

—¡No!

Y lo hicimos.

Esa tarde Ariel —ese era el nombre del niño— y su mamá, junto con el primito de este, llegaron a mi casa en punto de las dos; Sam y yo estábamos terminando de acomodar todo en la cochera. Y tal como hizo conmigo mi papá años atrás, haciendo uso de toda mi paciencia, empecé a enseñar a tocar la guitarra a niños.

Primero fueron dos, después cuatro, seis, ocho, doce, veinte... Sam y yo primero los separamos en dos horarios. Aunque, más tarde, al ver que eran demasiados, los separamos en tres, cuatro, cinco y hasta seis grupos.

Llegó el momento en el que tuvimos cupo lleno tanto en jornada matutina como vespertina y ya no solo atendíamos a niños, la demanda fue tal que abrimos un día especial para jóvenes y otro para adultos. Estábamos tan llenos de trabajo que durante un tiempo ahorramos y rentamos un local pequeño en el centro de la ciudad. Eso nos atrajo mayor atención y, por consiguiente, más clientes. Por lo que ahí abrimos de forma oficial nuestra academia de música Solatano & Delvecchio.

Sam toca la guitarra, la batería y el piano; yo la guitarra, la batería y el bajo. Por tanto, para compensar y cubrir de mejor manera todos los horarios, contratamos a otros maestros. Uno de violín, uno de canto... y así. Todo eso sucedió en un período de cinco años.

Pasé de ser un imbécil sin una pierna que no sabía qué hacer con su vida a un profesor de música y empresario en cinco difíciles años.

Cuando no estaba en la academia me entretenía en el gimnasio. Paulo empezó dándome ejercicios de estimulación, movilización y estabilización. Hacía énfasis en prepararme para lo que llamaba la reeducación de la marcha, pues la intención era volver a caminar. Cuando estuve listo me entregó la primera prótesis, me mostró cómo colocarla, quitarla... y tolerarla. Le siguieron ejercicios de equilibrio. Tuve que aprender a adiestrar mi peso sobre mis miembros inferiores.

Los ejercicios me ayudaron tanto a liberar tensión y distraerme, que los adapté a mi rutina. Posteriormente también empecé con las pesas, cardio, caminatas, carreras... Hasta llegar al punto en el que estoy: ser la reencarnación de Arnold Schwarzenegger en su mejor momento.

De acuerdo, no, pero me veo bien y, lo más importante: sano.

—Estaba pensando en que desaprovechamos el sótano de la academia —dijo el gordo al recuperar su respiración. Ambos salimos a correr los sábados.

—¿El sótano?

—Sí, el que utilizamos como bodega.

—Eso no es desaprovechar.

Nos quitamos del paso y nos sentamos sobre el césped de un parque, era temprano en Ontiva y más personas corrían por los alrededores.

—Claro que sí —jadeó y me arrebató mi botella de agua para beber como si estuviéramos en medio del Sahara—. Guardemos todo en otro lado y ahí montemos un estudio, contratamos a un ingeniero en audio y rentamos el lugar a músicos novatos que quieran grabar demos.

De acuerdo, me atraparon, yo era el profesor de música con complejo de Schwarzenegger, Sam era el empresario.

—Eres un ambicioso de mierda, gordo —bromeé, quitándole la botella para rociar con agua mi cuello y hombros—. ¿No te basta el dinero que te deja la academia?

—No dejemos ir oportunidades si podemos invertir más.

—Bien, lo dejo todo en tus manos.

Me sentía orgulloso. Gente como Jacqueline Didier no daba un centavo por mí y ahora dedico mi vida a algo. ¿Lamento haber dejado ir a Suhail? A veces. Sin embargo, puede que eso me motivara. Yo quería ser mejor para Suhail, si ella se hubiera quedado... No lo sé. Tampoco me hubiera perdonado que con los años se arrepintiera de dejar pasar la oportunidad de estudiar en Londres. Me sentía triste pero aliviado de no ser una carga para ella ni para nadie.

En eso estaba pensando cuando una de las dos chicas que corrían cerca me guiñó un ojo e intercambió comentarios con su compañera.

—Qué tal, ¿eh? —saludó de vuelta Sam.

—¿Tanto te urge que le encuentre un lugar a mi polla? —le gruñí en voz baja.

El gordo amaba buscarme con quién follar.

—No sales formalmente con nadie desde lo de Suhail.

—Voy a ser sacerdote.

Sam me miró serio.

—Max... —empezó.

—¿Qué? Quién quita que un día hasta logre ser Papa.

«El Papa Max I».

—Y yo voy a adelgazar. Anda saluda de forma amable a las chicas —dijo cuando ellas, sintiéndose en confianza, se acercaron.

—No todas se alejan al ver mi pierna —volví a gruñir.

Porque era la verdad. Siempre pensé que no tener la mitad de una pierna me haría poco atractivo para las chicas, pero resulta que con muchas es lo contrario.

—Hola —saludó una de ellas, la que me guiñóel ojo—. ¿Corren seguido por aquí?

Era una rubia esbelta, más o menos de mi edad.

—Los sábados —respondió Sam por ambos—. Aunque Max a veces viene solo.

Y de esa forma me las ponía en bandeja de plata.

—¿Max? Lindo nombre —dijo la rubia, mirándome con coquetería—. Mi nombre es Jennifer y ella es Lidia —se presentaron.

—Sí —asentí, pensativo—. Mi nombre es Max y... él es mi novio. Sam.

El gordo intentó mantener su sonrisa en lo que yo le señalaba con mi quijada.

—¿Tu novio? —preguntó Lidia, mirándonos con curiosidad a los dos.

—Sí. Me gustan gorditos.

Después acomodé mi mano sobre la de Sam.

—Oh. —Ellas volvieron al camino rápido—. Lamentamos interrumpirlos —dijeron, disculpándose y sin saber qué más decir, puesto que era obvio que se acercaron para flirtear.

Al marcharse ellas, Sam apartó con enojo mi mano de la suya.

—¡Te he dicho mil veces que no hagas eso! —me regañó.

—¿No soy tu tipo?

—¡Max!

Hice rodar los ojos.

—No quiero salir con nadie por el momento.

—A Ling tampoco le está gustando que por la calle algunos le llamen «la otra» y a mí bisexual —continuó Sam, protestando.

Me incorporé y extendí mi mano hacia él para ayudarle a levantarse. Aún nos faltaba atravesar la mitad del parque.

—Sabes, recién leí en una revista que entre más se ofende un hombre al ser considerado gay, menos cómodo se siente con su sexualidad. Por eso ahora yo coqueteo con todos.

—No es gracioso, Max —dijo Sam, todavía enfadado—. El señor que nos lleva la paquetería siempre espera a que tú lo atiendas.

—¡Lo sabía! —dije, chasqueando mis dedos.

—No sé cuál es tu problema —dijo Sam—, Suhail tiene pareja. A veces se escribe con Ling y le platica todo. Le va bien.

—Merece tener a alguien —admití—. Aquí la pregunta es si ese alguien merece tenerla a ella.

—Es un buen tipo —continuó el gordo, defendiéndole—, según contó ella, claro. Es un empresario joven, sano, atleta...

—¿Por qué no vas a Inglaterra y follas tú mismo con él? —protesté.

—No me gustan los ingleses —dijo Sam, fingiendo indiferencia.

—Pero puedo ver en tus ojos que la idea te excita.

—Lo he visto en fotos, no está tan atractivo, créeme... Te aseguro que Suhail está con él por su inteligencia.

—¿Por consiguiente, estás insinuando que estaba conmigo solo por ser atractivo?

El gordo levantó sus manos.

—Tú lo dijiste, eh.

—¿Ah, sí? Pues prefiero ser guapo que inteligente.

—La belleza se acaba, Max.

—Eso es lo que dicen los feos para consolarse entre ustedes.

—¡Ya!

Nos empujamos mutuamente y, de la misma forma que corrimos desde mi casa hasta el parque, regresamos. Aunque esta vez platicando sobre el señor perfección.

—No me importa si el tipo es el mismísimo príncipe William, yo tengo una regla —zanjé—: Si folla con Suhail, no quiero saber de él.

¡Hasta rimó! Sin embargo lo tendría frente a mi nariz más pronto de lo que imaginaba.

144. Suhail

Tal como le prometí, acompañé a Finley hasta la clínica veterinaria. Entretanto, como el médico vio necesario intervenir quirúrgicamente al Beagle, me quedé más tiempo con ellos. Ya había anochecido cuando Finley me llevó hasta la puerta de mi edificio y todo marchaba bien y casual hasta que llegó la hora de despedirnos:

—Una vez más lamento el accidente.

Él es del tipo que no se toma a la ligera una falta.

—*Accidente* es una palabra demasiado fuerte, llamémoslo *percance* —dije, apenada por haber exagerado.

—La ropa se secó en ti. Enfermarás.

Su preocupación me conmovió e hizo despertar mi lado romántico.

—Sí, lo más seguro es que termine resfriada.

—Oh, Dios.

Él exclamó ese «Oh, Dios» de forma tan dramática que cualquiera pensaría que se puede morir por un resfrío.

—Está bien —resté importancia—. Es invierno. La constipación nasal tarde o temprano iba a llegar.

—Usted es demasiado amable.

—Agradézcale al perro que bajé la guardia —acepté, sacando de mi bolso mis llaves como señal de «Es hora de que te marches»—, es sumamente adorable. No puedo odiar al dueño de un Beagle enfermo.

—Le haré llegar su saludo a Max.

En serio tenía que dejar de mencionar el nombre del perro.

Hice sonar mis llaves y miré mi puerta.

—Bien... tengo que irme. Manténgame informada sobre la salud de... el can.

No lo iba a llamar Max, claro está.

—¿Me facilitará algún número de teléfono o correo?

Y como no buscaba llegar a más, solo le di mi correo. Darle mi número hubiera enviado la señal «Estoy interesada en ti» y yo me había acostumbrado a estar sola. Pasa, saben. Te acomodas tanto a tu libertad que resulta difícil darle cabida a alguien.

Finley anotó con demasiado entusiasmo mi correo y esperó a que entrara al edificio para marcharse. Siendo honesta, pensé que hasta ahí llegaríamos. No nos veía platicando sobre algo que no fuera el Beagle o un resfrío. Entré al apartamento, me puse cómoda, me preparé la cena y saqué mi *laptop* para adelantar trabajo.

Por esa razón Laura y Gavin no me reprochan salir temprano, llevo trabajo a casa. Y no me molesta, antes de Finley solo ponía atención a la vida laboral. No obstante, la mañana siguiente, hallándome medianamente ocupada, recibí su primer correo.

De: *Finley Becher*
Asunto: *Max*
Fecha: *17 de noviembre de 2015*
Para: *Suhail Didier*
Max amaneció bien :) El médico lo dará de alta en algunos días.

De: *Suhail Didier*
Asunto: *Max*
Fecha: *17 de noviembre de 2015*

Para: *Finley Becher*
Me alegro :)

Pensé que ese sería su primer y último correo, solo le pedí saber del Beagle, no tenía porqué escribirme más.

De: *Finley Becher*
Asunto: *Max*
Fecha: *17 de noviembre de 2015*
Para: *Suhail Didier*
Aseguró que, si seguimos al pie de la letra el tratamiento, Max se repondrá y volverá a caminar.

Releí muchas veces ese mensaje maldiciendo mi suerte. Max. Max. Max. Max. ¡MAX!
—¿Estás bien, Suhail? —me preguntó Gavin—. Tu cara es de...
¿Algo entre enojo, dolor y hastío?
—Estoy bien —aseguré.

De: *Suhail Didier*
Asunto: *Max*
Fecha: *17 de noviembre de 2015*
Para: *Finley Becher*
Me alegro :)

De: *Finley Becher*
Asunto: *Max*
Fecha: *17 de noviembre de 2015*
Para: *Suhail Didier*
Es cosa de paciencia y tiempo. ¿Tú cómo estás? Consejo:dicen que por las calles de Londres conducen imbéciles que atraviesan con descuido charcos y empapan a mujeres. Cuidado, eh.

Por educación y porque fue gracioso también le contesté eso.

De: *Suhail Didier*

Asunto: *Max*
Fecha: *17 de noviembre de 2015*
Para: *Finley Becher*
Jajaja

De no responderle quizá ahí hubiera terminado todo, pero insistió.

De: *Finley Becher*
Asunto: *Max*
Fecha: *17 de noviembre de 2015*
Para: *Suhail Didier*
Al menos te hice reír. ¿No te quito mucho tu tiempo? Aunque no sé en qué trabajas.

De: *Suhail Didier*
Asunto: *Mi trabajo*
Fecha: *17 de noviembre de 2015*
Para: *Finley Becher*
Asistente de editor. Corrijo textos.

De: *Finley Becher*
Asunto: *Wow*
Fecha: *17 de noviembre de 2015*
Para: *Suhail Didier*
Increíble. ¿También escribes?

De: *Suhail Didier*
Asunto: *Algo así*
Fecha: *17 de noviembre de 2015*
Para: *Finley Becher*
Tengo un blog. Nada importante, solo ocio.

De: *Finley Becher*
Asunto: *Max*
Fecha: *17 de noviembre de 2015*
Para: *Suhail Didier*

La mejor manera de conocer a alguien es preguntarle qué hace en sus momentos de ocio. ¿Cuál es el nombre de tu blog?

Y ahí empezó todo.

Entró a mi blog, opinó sobre artículos que escribí para la universidad, leyó mis experiencias en el campo de la edición, supo de mi interés por la oratoria, deletreo y demás cosas que tienen que ver con letras; leyó mis críticas sobre libros y películas, vio fotos de mis viajes... Leyendo ese blog Finley descubrió a Suhail Didier y, de acuerdo con sus palabras, se enamoró. No lo expresó de esa manera al principio, pero fue insistente al pedir volver a vernos. Según él, para enmendar cualquier daño en caso de un posible resfriado. Para comenzar, la excusa fue el resfriado.

De: *Finley Becher*
Asunto: *Max*
Fecha: *17 de noviembre de 2015*
Para: *Suhail Didier*
Tienes que dejarme invitarte a un café.

Traté de «sacarle la vuelta» como toda persona que no tiene intención de llegar a más, pero insistió. A su manera, caballerosa, Finley empujó un poco, puede que lo suficiente, y acepté verle de nuevo.

Durante nuestra primera cita me platicó que se dedica al negocio del calzado. Su familia es propietaria de Calzados Becher, una zapatería de prestigio.

Me hizo sentir cómoda escuchar que creció en el campo. Puedo parecer prejuiciosa, pero me siento más cómoda con personas que no derivan de ciudades grandes. Puede que se deba a que los asocie a costumbres más hogareñas.

Finley me dejó hablar libremente. Nos sentamos a tomar café y en cuestión de horas lo puse al tanto de mis experiencias en la universidad, lo que significa vivir en otro país y ser empleada de una editorial. Gran estrategia de su parte, porque al dejarme hablar, cuando el momento llegó, supo qué preguntar y qué no. Por ejemplo, percibió que mi familia era un tema que era mejor evitar y no pidió saber de ellos hasta que formalizamos.

Fuimos amigos un mes y, cual resfriado, Finley Becher primero me dio dolor de cabeza y escalofríos, después dolor de garganta y fiebre... para, más tarde, llevarme a la cama.

No fue difícil estar con Finley, él supo llegar hasta mí con paciencia y caballerosidad. Además, vino a mi vida cuando por fin me obligaba a dejar de darle importancia al recuerdo de Max Solatano. Finley es ese amor que llega con la madurez y necesidad de tener algo estable. Y lo amo. Lo amo. Me da atención, paz, consistencia... Es ese tipo de amor que te hace sentir seguro.

¿Finley es el adecuado?

145. Max

—Se oye bien. A ver, cuenta.

Estaba bajando las escaleras de casa rumbo a la academia de música cuando noté que mamá hablaba por teléfono con Suhail.

Suhail y yo, aclaremos, no nos vimos para nada todo ese tiempo. Las veces que vino a Ontiva a visitar a Miranda y a Bill yo, para no incomodarla, salía de viaje con Sam o por mi cuenta. Fui a la playa, hice montañismo, visité a mis abuelos, fui a la ciudad por cosas que «necesitábamos» Sam y yo en Solatano & Delvecchio. El objetivo, claro está, era evitarla.

Ella tampoco preguntó por mí. Cada vez que hablaba por teléfono con Bill o mamá cambiaba de tema cuando ellos me mencionaban. No la culpo. En su lugar tampoco querría saber de mí.

—Como lo describes, lo imagino tipo... ¿Cómo se llama el protagonista de esa de novela de Jane Austen? Señor Darcy... Sí, él.

Hice rodar los ojos y terminé de bajar las escaleras.Al percatarse de que, para variar, la pillé hablando maravillas del novio de Suhail, Miranda me dedicó una mirada de «Lo siento, cariño, pero tú te lo buscaste».

Esperé en silencio hasta que terminaran de hablar. Contrariamente a Suhail, yo sí quería saber de ella.

—Aunque físicamente lo imagino tipo Henry Cavill —continuó mamá—. Ese actor es británico, ¿no? Ah, es rubio... Entonces como Jude Law. —

Volví a girarlos ojos—. Ah, es más rellenito... Sí, mándame una foto... Ve a almorzar, sí. Hablamos luego. Besos.

—El tal Darcy es un grano en el culo —le hice ver a mamá cuando colgó.

Ella se cruzó de brazos.

—No sabía que habías leído *Orgullo y Prejuicio*.

—No lo leí. Ling nos obligó a Sam y a mí a ver la película. Una hora de «Ay, qué odioso es el señor Darcy», «Ay, no, ¿y ahora con quién bailo?», «¿Y yo con quién me caso o caso a Lady Sutanita?», seguido de otra de «Ay, no, mentira, Darcy es bello es solo que nadie lo entiende». Al terminar tuve que ver mi entrepierna para corroborar que no me había salido una sensual y hermosa vagina.

—El señor Darcy es el héroe de la literatura romántica —lo defendió Miranda—. En caso contrario, deberías leer lo que comenta Suhail en su blog sobre esas películas o novelas que tú prefieres.

Me acomodé de mejor manera mi chaqueta de cuero antes de caminar hacia la salida.

—Ver a Rocky Balboa pelear o a Neo en la Matrix es más entretenido que Darcy bailando como si tuviera algo atravesado.

Miranda entrecerró sus ojos.

—Jamás en tu vida digas eso frente a Suhail.

—Yo sé hasta dónde empujar mi suerte —la tranquilicé—. Lo que trato de decir es que si el nuevo novio de Suhail es como el tal Darcy...

—Lo dices como si Suhail saliera seguido con chicos. Finley es su primer novio después de...

«Después de ti». Miranda dejó la afirmación al aire al percibir que se trataba de un tema delicado.

Tenía sentimientos encontrados. Por un lado, me alegraba que Suhail fuese feliz. Por otro, me entristecía. Nadie dijo que sería fácil renunciar a ella.

Sam pasó por mí para ir a la academia. De lunes a viernes abrimos a las nueve, pero el fin de semana, cuando hay más clientes, abrimos a las siete.

Ling nos apoyó desde que comenzamos, por lo que la dejamos a cargo de la recepción. Ella es la encargada de recibir alumnos nuevos, ubicarlos en horarios que les resulten cómodos y atender el teléfono. Sam lleva la contabilidad, pagos y demás. Yo coordino a los profesores y, por qué no decirlo, doy ambiente al lugar.

Al ser capaces de contratar a más profesores, Sam y yo nos relajamos más y turnamos para dar clases. Aunque ese sábado en particular me tocaba atender a un grupo de niños entre las edades de ocho y doce años. La mañana iba normal hasta que dos mujeres, que advertí eran clientas nuevas, pidieron a Ling ver las instalaciones y una clase, y entraron al salón en el que practicaba con las niñas y niños. Estos, al ver entrar a las mujeres, se distrajeron.

—Oigan, acá estoy —los llamé, para que me devolvieran su atención y las visitantes se disculparon por interrumpirnos—. No pasa nada. Bienvenidas.

Luego de decir eso, continué practicando con los alumnos una canción de AC/DC, lo que hizo reír a las mujeres.

—¿Qué? —pregunté.

—Asumí que, por tratarse de niños y niñas, practicaban... qué se yo... —La que respondió parecía avergonzada—... Canciones de Disney.

Los niños rieron, y yo con ellos.

—Perdón —dije, dejando de tocar—, pero con Max Solatano como profesor, ellos aprenden *rock*. Lo mejor del *rock*.

—Es bueno saberlo —sonrió la mujer, tendiéndome su mano para presentarse—. Mi nombre es Eunice y ella es Paola.

Dirigí mi atención a Paola, quien aún miraba con asombro a los niños.

—¿Qué edades tienen? —preguntó.

—Entre ocho y doce y son un grupo avanzado —dije, para que no pensaran que en la primera clase ya enseñaba a tocar canciones de AC/DC.

—Increíble.

Después, al virar su atención a mí y mi guitarra acomodada sobre mi regazo, y verme de pies a cabeza, inevitablemente alcanzó a ver mi prótesis. Y aunque Paola intentó ocultarlo, su asombro respecto a mí fue mayor. Traté de ignorarla y continué mi clase.

Pensé que tanto Eunice como Paola se marcharían, pero se quedaron el resto de la clase. Tengo una costumbre: al concluir permito a los niños y niñas tocar cualquier canción de su elección mientras esperan a sus padres, y estaba felicitando a uno de ellos por su avance cuando Paola se instaló a mi costado.

—Increíble —repitió a modo de felicitarme.

—Un día normal en Solatano & Delvecchio.

Ambos vimos a Eunice sentarse al lado de uno de los niños para verle de cerca tocar una guitarra acústica.

—¿Vendrán a clases ustedes? —pregunté—. La jornada para adultos empieza después de mediodía.

—No —respondió ella, ruborizada. ¿Pensó que la estaba echando?—. Yo ni siquiera vivo aquí. Mi prima Eunice acaba de matricular a su hija. Ella aspira a ser la siguiente Hannah Montana o algo así.

—Sí. Aquí tengo a Kurt Cobain, Madonna, Mick Jagger, Miley Cyrus y más. ¿Ella vendrá a clases de canto entonces?

—Así es. Y realmente nos gusta el lugar... el ambiente... —Ella se giró para esta vez verme de frente—. Y usted... realmente es admirable. Los inspira. Estoy segura de que los inspira —dijo, viendo otra vez de mí a los niños.

—No puede estar segura de eso —dije, viendo con duda mis pies. Hace mucho no recibía un halago de ese tipo.

—Confíe en mí. Yo trabajo con niños y adolescentes.

—¿En serio?

—Sí. Soy psicóloga. Trabajo como consejera en el instituto de Deya.

—Bastante interesante.

—¡No! Usted es el interesante.

—¿Por no tener la mitad de una pierna? —pregunté sin rodeos y Paola me miró como si no esperara que fuese directo.

—Supongo que no es del todo consciente de cuánta presencia tiene —dijo, cruzando los brazos sobre su pecho. Pronto advertí que intentaba confrontarme—. Le diré una cosa, Max Solatano —continuó—. Ese dijo que es su nombre, ¿no? —Asentí—. Quiera o no, usted es un modelo a seguir. Más si trabaja con niños... Vi el tatuaje en su brazo, sabe. Es imposible no hacerlo.

Miré mis brazos. Al sacarme la chaqueta y quedarme solo en camiseta se leí perfectamente «¿Quién es la estrella de *rock*?».

Sentí vergüenza.

—Es una aspiración que tenía de niño.

—¿Qué?

—Ser estrella de *rock*.

Paola me miró seria.

—¿Tenía? Max Solatano, usted es una estrella.

Tuve que reír.

—No, yo soy profesor de música.

—¡Lo ve! —dijo, satisfecha, como si le estuviera dando la razón—. No es consciente del impacto que tiene en otros. Mire a esos niños —pidió, y eso hice—. Cuando toca ellos ven la guitarra y sus manos, pero, de forma inevitable, también la prótesis. Los niños no son tontos, Max. Los adultos tampoco lo somos tanto y reconocemos a un líder cuando lo vemos. Usted es admirado, usted es un ejemplo, usted es inspiración. Usted, lo crea o no, Max, para esos niños... es una estrella de *rock*.

¿De dónde había salido esa mujer?

—Señorita...

—¿No me cree? —Negué con la cabeza—. ¿A qué tipo de personas les ponen el mote de «estrella de *rock*»? A quienes son objeto de admiración, a quienes influyen en muchos lo quieran o no. A las voces que sobresalen por ser únicas. Las estrellas de *rock*, Max, son seres humanos excepcionales.

—Se nota a todas luces que trabaja como motivadora —la felicité.

—Hay una estrella de *rock* en cada uno de nosotros —continuó—, pero no todos la hacemos brillar, lo que es lamentable. Por eso créame que cuando le digo que cualquiera que le vea continuar su vida a pesar de su aparente discapacidad, le admira.

Aún miraba a los niños cuando sentí la mano de Paola en mi hombro y me volví hacia ella.

—¿Quién es usted? —pregunté.

En mi mente podía escuchar a mi papá preguntándome «¿Quién es la estrella de *rock*?»

—Alguien que desea hacerle una invitación, en realidad —admitió Paola —.Creo que podemos hacer algo importante.

—La escucho.

—¿Aceptaría tocar para mis alumnos en el instituto de Deya?

—¿Tocar para adolescentes?

Miré mi prótesis e imaginé las burlas. Para entonces incluso podía correr, pero aún me sentía inseguro. Más al tratarse de adolescentes. Las indiscreciones de los niños suelen ser tiernas, las de adultos y adolescentes... no.

—¿Quiere confirmar que es una estrella? Acepte —me retó Paola—. Allá tengo jóvenes de todo tipo, la mayoría atrapados en el mundo de la

tecnología. No viven, Max.Quiero que lo conozcan y se den cuenta de que no hay motivo para temerle a la vida. Quiero que usted los inspire.

—¿Yo? —sudé, nervioso.

—Sí, usted, la estrella de *rock*.

146. Suhail

—¡Max! —escuché gritar a Finley en lo que caminábamos por la calle—. ¡Max, ven acá!

El Beagle, ansioso por recuperar el tiempo perdido, corría a toda prisa dejándonos atrás a ambos. Pasó meses en recuperación, los mismos meses que Finley y yo nos dimos tiempo para conocernos. El Beagle era algo así como el símbolo de nuestro avance.

Caminar nos despejaba.

—Hoy cumplimos seis meses saliendo —me hizo ver él, tomando mi mano.

—Lo sé.

Lo que siguió fue un beso. Se siente lindo tener un novio como Finley, un novio cuya formalidad no asuste.

—¿Estás bien? —me preguntó al notar que dejé de caminar. Yo miraba hacia arriba, directamente hacia una valla publicitaria—. ¿Qué pasa? ¿Te gusta esa banda?

«Esa banda». Mi corazón se detuvo un segundo.

En la valla publicitaria había una fotografía de Max sujetando una guitarra y abajo se leía «12 y 13 de junio, Max Solatano. GRAN CONCIERTO»

«Concierto».

—¿Suhail? —insistió Finley, yo no podía apartar mi mirada de la valla—. ¿Suhail, estás bien?

—Yo... —Sentí que el aire me faltaba.

—Suhail, te ves pálida.

No me extrañaba.

—Yo...

Lo último que escuché gritar a Finley fue:

—¡Suhail! ¡OH, DIOS! ¡Alguien, ayúdeme...!

Max volvía a mi vida.

147. Max

Acepté la invitación de Paola. A pesar de que aún tenía mis dudas, tocaría en el instituto de Deya en una semana.

Le di la noticia al gordo, le encantó la idea y entre los dos preparamos material.

Ensayamos seis canciones: *Yesterday* de The Beatles, *Heroes* de David Bowie, I Was Made for Lovin' You de Kiss y tres propias; una escrita por Sam y… dos escritas por mí. Por lo demás, la presentación sería sencilla: mi voz y dos guitarras.

No me sentía listo para algo de esa magnitud. Es decir, ¿qué es un instituto de mil estudiantes comparado a los conciertos que alguna vez soñé dar? Sin duda me encontraba fuera de juego, oxidado y acobardado, porque un instituto es cosa de niños... literalmente. ¡Y llevaba años tocando solo para niños! Por otro lado, no hay público pequeño y alguien una vez me dijo —y creo que también fue Paola— que, si hay un público difícil, son los niños.

Aun así, me sentía nervioso. Imaginaba a los adolescentes riendo, lanzándome tomatazos y llamándome discapacitado a modo de burla. Por ello, para no flaquear, una noche antes de partir a Deya, en mi cama, con Gilmour recostado sobre mi regazo, repasé una de mis canciones, una entre tantas que escribí pensando en Suhail. Ella me inspira. Siempre me inspira.

VERDAD

Tus ojos son un espejo, en ellos noto la diferencia entre el hombre
que era y el que ahora soy.
Tu boca es un confesionario, con mis labios en ella
solo puede decir la verdad.
Verdad.
¿Qué verdad?
Que so... so... soy, el que aún te ama soy, el que finges no recordar
por miedo a que su recuerdo haga sombra en tu habitación.

So... so... soy, el que está en medio de los dos, el que te hace
sentir nostalgia.
No digas que no me amas.
No digas que no me amas.
Tus manos son un mapa, saben dónde tocar, encuentran mi debilidad.
Tu voz diciendo mi nombre es mi canción favorita.
Tu voz preguntándome la verdad es todo lo que quiero escuchar.
Verdad.
¿Qué verdad?
Que so... so... soy, el que aún te ama soy, el que finges no recordar
por miedo a que su recuerdo haga sombra en tu habitación.
So... so... soy, el que está en medio de los dos, el que te hace
sentir nostalgia.
No digas que no me amas.
No digas que no me amas.
En la distancia he cambiado, he reído, he llorado y he descubierto
que tengo la habilidad de sobrevivir con el corazón roto.
Te fallé, te dejé marchar, yo mismo te abrí la puerta.
Temí hacerte más daño estando cerca de mí que en la distancia.
Tus ojos son un espejo. Tu boca es un confesionario.
Tus manos son un mapa. Tu voz toca mi alma. Mírame, bésame,
tócame y di mi nombre para que confiese todo.
Que so... so... soy, el que aún te ama soy, el que finges no recordar
por miedo a que su recuerdo haga sombra en tu habitación.
So... so... soy, el que está en medio de los dos,
el que te hace sentir nostalgia.
No digas que no me amas.
No digas que no me amas.

Creo que ni Sam en la época que aún estaba separado de Ling escribía canciones tan... ¿melosas? Él me lo dijo: «Ni yo era tan cursi, Max». Pero no me importaba. Todavía no me importa. Pensar, escribir y cantar sobre es Suhail es... dar voz a mi alma.

—¿A ti te gusta cómo escribo, Gilmour? —le pregunté a mi gato y ronroneó. «Perfecto, el primer fan de Max Solatano en mucho tiempo».

La cicatriz en el rostro de Gilmour ya casi no se veía y él ya no huía o se escondía de la gente. El gato había superado su trauma. Los dos salimos adelante juntos.

Al día siguiente, Sam pasó por mí de madrugada; salimos de la ciudad temprano en coche. Podíamos ir en avión hasta Deya, pero quisimos tener tiempo para relajarnos y asimilar lo que estaba pasando. El viaje, el paisaje y ambiente nuevo apaciguó un poco los nervios.

Hicimos paradas obligadas en gasolineras y a comer. El coche de Sam es un Chevrolet Camaro del año 1969 renovado. Fue revitalizante pasar tiempo sobre él en la carretera. Platicamos sobre la academia de música, sobre Suhail, Ling, Eric...

Tanto tiempo sin saber de Eric.

—No puedo creer que lo ayudes —le reclamé a Sam por octava o décima vez. Tampoco intentaba llevar la cuenta.

—Es nuestro amigo.

—Es tu amigo —protesté y luego quise cambiar de tema.

Ya conocíamos la historia de Eric: músico relativamente famoso. Su banda fue exitosa durante tres años por alardear un solo *hit*. No obstante, todo marchaba bien hasta que los dos hermanos que lideraban el proyecto comenzaron, de forma pública, un duelo de egos; se enojaron y cada uno decidió hacer carrera en solitario, dejando a Eric solo. Porque ese es el problema con Eric: no canta, no compone, solo es bajista. Para sobresalir necesita de una banda.

El fracaso lo echó abajo y fue presa fácil de muchos vicios; y de ese modo, al no tener más ingresos, perdió «amigos», con el tiempo empeñó posesiones para continuar siendo un yonqui y terminó en bancarrota.

Sam lo contactó después de enterarnos de lo que pasó y lo convenció de ir a rehabilitación, pagándolo todo NUESTRA academia.

Caes mal a veces, gordo.

—Puedo reembolsarte tu mitad.

Y es que la rehabilitación la pagamos entre los dos. Un día Sam me recibió con una factura en la mano y dijo: «Estamos ayudando a Eric». Hice girar los ojos y continué mi camino sin preguntar más.

—El problema no es el dinero, Sam —le hice ver tiempo después.

—Comprendo que no quieras saber de Eric.

—Ya te platiqué lo que me gritó la última vez que nos vimos.

—Recuerdo más lo que tú le gritaste a él.

—Y tenía razón, ¿no? —Me crucé de brazos. Sam iba conduciendo mientras yo prefería admirar el paisaje—. Necesita de una banda —agregué a regañadientes.

—Se portaron mal los dos, y de todas formas Eric no tiene una banda. Ya no.

Alcé y dejé caer mis hombros con indiferencia.

—Te mentiría si digo que lo lamento.

Seguí viendo la ventana hasta cansarme de sentir sobre mi nuca la mirada de Sam; era de auxilio, intentaba despertar compasión.

—No —empecé.

—Pero vamos a reactivar Raptor.

—No —volví a sentenciar, empuñando mis manos. ¿En qué cabeza cabía tal cosa?—. No estamos reactivando Raptor, Sam. Tocar en un instituto no es echar a andar otra vez Raptor. Tocamos hoy y pasó. Nuestra prioridad es la academia de música, no Raptor.

—Pero...

—No, Sam.

—Pensé que habías dejado de lado tu negatividad.

Tenía miedo.

—No soy negativo. Soy realista.

Llegamos a Deya a las seis de la tarde,un día antes de la presentación; buscamos un hotel, cenamos y descansamos para estar en las mejores condiciones la mañana siguiente. Paola nos invitó a una actividad para festejar el fin de curso antes de las vacaciones de Navidad y había otras actividades extracurriculares además de nuestro concierto; sin embargo, con eso y todo, se encargó de convencer al director para ser nosotros el acto principal.

Con instrumentos en mano, ingresamos al instituto a las siete de la mañana.

—Apenas puedo creer que estén aquí. —Paola nos recibió con una sonrisa.

Luego nos hizo pasar, explicó de qué iba la actividad y nos dio un recorrido por las instalaciones.

El instituto de Deya es una fachada de ladrillo para mil estudiantes, aunque con un patio grande. Enorme, en realidad. Paola nos mostró el

escenario que montaron y enseguida nos pidió seguirla hasta el salón de profesores; ahí esperaríamos hasta salir a tocar. En el escenario ya estaba instalado un equipo de audio que cumplía con nuestros requerimientos, por lo que solo nos quedaba esperar.

—¿Fueron niños estudiosos o problema? —nos preguntó Paola para hacer plática, y sirvió agua y una merienda en el salón de profesores.

—Yo era estudioso —contesté, viendo de reojo a Sam hacer una mueca de «Ajá, claro»—, Sam sí dio mucho problema.

El salón se encontraba vacío. Paola, para nuestra comodidad, nos pidió esperar dentro o fuera; según nuestra preferencia. La actividad iniciaría a las nueve.

—Dentro —dije yo, al ver a Sam señalar la puerta. Él quería esperar fuera. Y no. No. No. No.

—Fuera —insistió.

—Los dejo solos para que decidan —resolvió Paola y salió cerrando la puerta del salón tras ella.

Aproveché ese momento para liberar aire. También necesitaba esbozar una mueca de «¿Realmente acepté hacer esto?».

—No puedo creer que tendremos una presentación después de tantos años —dijo Sam, caminando por el salón. Yo prefería estar sentado.

—Tocar en un instituto, sin duda mi sueño dorado —bromeé.

—Paola se ve entusiasmada.

—Lo sé. Sabes que digo idioteces cuando estoy nervioso.

Necesitaba terminar con todo ya.

—Dices idioteces aunque no estés nervioso, Max. Créeme.

El festival comenzó en punto de las nueve. Desde donde nos encontrábamos escuchamos a los alumnos hacer escándalo. Los imaginamos cual ganado en medio del enorme patio, berreando y empujándose los unos a los otros.

—No debí dejar de fumar —le dije a Sam, pensando qué hacer con mis manos; de manera que, para calmar mi ansiedad, cogí la guitarra y practiqué. Me irritaba escuchar a tanta gente afuera.

—Yo como cuando me siento ansioso —dijo Sam sacando chocolate de su bolsillo.

—Pues pasas demasiado tiempo ansioso, gordo.

Escuchamos al director dirigirse a los alumnos para inaugurar la festividad. Empezó con la presentación de dos bandas conformadas por ellos y le siguió una obra de teatro. Sam se acercó a la ventana para ver en lo que yo continuaba ensayando.

—No sé por qué no quieres salir —dijo—. El ambiente afuera parece divertido.

Miré mi prótesis. Paola me había pedido dejarla al descubierto, por lo que me sentía fuera de mi zona de confort. Quizá si se tratara de adultos tomándome en cuenta con seriedad o niños; pero eran adolescentes, y yo, en particular, sabía lo crueles pueden ser los adolescentes. ¡Yo fui un adolescente hijo de...!

—Ve tú.

—No. No quiero parecer estúpido por no conocer a nadie.

—Te ves estúpido solo o acompañado, gordo —reí y él me enseñó su dedo medio.

—No sé por qué no puedes decirme cosas bonitas —gruñó después.

—Somos amigos, no una pareja gay —destaqué. Él asintió—. Aunque...

—No te atrevas a hacer uno de tus números aquí —amenazó—. Un día de estos Ling te va a golpear, lo juro.

Al final, y porque la verdad es que ya estaba aburrido, Sam me convenció de salir.

Primero nos vimos rodeados por muchas niñas. Y les llamo «niñas» porque tendrían entre trece, catorce y quince años. La mayoría se reunía cerca del salón de profesores.

—Qué guapo —le dijo una a otra al oído, viéndome; y lo dijo lo suficiente alto como para que la escuchara.

Sam me codeó.

—¿Tendrá *insta*? —preguntó otra a dos de sus amigas, igualmente mirándome.

—¿*Insta*? —le pregunté a Sam, bajando el tono de mi voz. Tenía sobre mí muchos pares de ojos curiosos.

—Instagram—dijo Sam y negué con la cabeza, no sabía del tema, yo evitaba las redes sociales—. Red social de moda —aclaró—. Suhail tiene una cuenta. Publica fotos de Inglaterra, del perro de Finley y algunas frases de novelas.

—Me gustó lo de «publica fotos del perro de Finley» —reí, sintiendo más ojos en dirección a mí. Cada vez llamaba más la atención.

Los alumnos y alumnas se hallaban distribuidos en grupos a lo largo de un patio y pasillos alrededor de este, todos vistiendo uniforme color azul marino con gris, lo que me hizo sentir todavía más incómodo. Eran un todo mientras Sam y yo, vistiendo casi por completo de negro, destacamos en medio de todos.

—Tiene un Beagle muy lindo —continuó el gordo. Aún hablaba de Finley.

—¿Por qué no le armas un club de fans al tal Finley, Sam? —sugerí hastiado de escuchar maravillas de Finley. Primero Miranda y ahora Sam.

¿Qué tan especial podría ser Finley? ¿Tenía un lanzallamas en el trasero?

—El perro estuvo enfermo —continuó Sam—, Suhail estuvo publicando su progreso.

—«Lamiendo las bolas de Finley» puedes llamar al club.

—En lo personal me alegra que se haya recuperado.

—«Lamiendo las bolas gordas y peludas de Finley».

—Soy amante de los animales, lo sabes.

—«Lamiendo las bolas gordas y orgullosamente británicas de Finley». Quizá suene mejor así.

—Ese Beagle en particular es bastante tierno.

No sabía ni qué demonios es un Beagle.

—«Lamiendo las bolas gordas y peludas y británicas de Finley. Fan Club oficial». Ya lo tenemos.

Sam negó con la cabeza.

—Mejor ayudo a ese grupo de chicas a organizarte un fan club a ti —dijo, señalando a un grupo de alumnas que igualmente me veían.

—Tómale una foto de cintura para arriba —opinaron entre sí. Porque claro, a muchas les desilusionó ver mi prótesis.

—No las llames «chicas» —bufé, buscando a Paola entre los alumnos—, se oye raro, llámalas «niñas». Llama «chicas» a lo que nos podamos comer.

—¿Ya te animaste a buscar pareja?

—Solo si es pelirroja y muy pecosa.

—Te puedo conseguir una así.

—¿Cuál es tu necesidad de conseguir donde meter mi polla?

Al instante que terminé de decir eso, Paola se acercó y nos miró mostrándose incómoda.

—Teníamos una plática educativa —intenté aclarar, sintiendo vergüenza.

—Claro —suspiró ella. Debía estar acostumbrada a tratar con idiotas—. ¿Están listos? —preguntó para cambiar de tema y Sam y yo asentimos—. Han creado mucha expectativa y ni siquiera han subido al escenario.

Nos pidió seguirla y Sam y yo caminamos tras ella en medio del bloque de alumnos, tanto niños como niñas.

La mayoría nos miró con curiosidad.

«¿Quiénes son?»

«No tiene una pierna»

«¿La pierna será lo único que le amputaron?» rio un niño y sentí la necesidad de volverme para golpearlo.

El director, un señor anciano y notoriamente agotado de la vida, subió al escenario y nos presentó como Max Solatano y Sam Delvecchio.

Mis manos sudaban al subir al escenario. Instalamos lo más rápido que pudimos los instrumentos, yo mi guitarra y Sam un bajo, y después nos sentamos uno al lado del otro para ver con terror al público adolescente. Se escuchaban murmullos, risas y comentarios del tipo «¿Qué mierda es esto?». Tragué saliva y acomodé el micrófono con pedestal cerca de mi boca. Todos esperaban que dijera algo. Lo que fuera, pero algo.

—Nos va a cantar un inválido. —Tambiénse escuchó a lo lejos y sentí mis orejas arder; y a eso le siguieron risas.

Mi peor pesadilla vuelta realidad.

Muchos comenzaron a callarse los unos a los otros, no para ayudar; por el contrario, para hacer más ruido, y el descontrol empezó. Tenía que decir algo... ya.

Mi guitarra resbalaba debido al sudor en mis manos y mi voz tembló.

«Solo di algo».

—Perdón por llegar tarde. —Me animé, por fin, sin mirar a nadie en particular. Los alumnos callaron—. Íbamos a venir en avión, pero el control de rayos X que detecta metales en el aeropuerto no me dejó pasar —bromeé, señalando yo mismo mi prótesis.

Un coro de risas explotó y a eso le siguieron aplausos. Miré a Sam y este alzó con humor sus cejas.

«Así es, niños, me puedo reír de mi condición». Dejé salir aire.

—Lo primero que cantaremos será *Yesterday* de The Beatles —anuncié.

—*¡Mejor una de Los hijos del fracaso!* —gritó a los lejos un chico.

—The Beatles son el papá de tus hijos del fracaso, amiguito —contesté, haciéndole ganar al chico muchos abucheos, seguidos de más aplausos para mí.

Reí y empecé a tocar acompañado por Sam, aunque todavía sintiéndome nervioso.

Yesterday all my troubles seemed so far away.
Now it looks as though they're here to stay.
Oh, I believe in yesterday.

Procurando contener mi asombro para no parecer del todo un novato, vi cómo tanto chicos como chicas comenzaron a sacar sus móviles para colocarlos en mi dirección. Me estaban... grabando. Uno en particular se situó frente a mí para tener la mejor toma de mi prótesis.

No tenía idea de cómo iba a terminar eso.

148. Suhail

u Y***esterday* – The Beatles**

Admiración.

Fascinación.

Sorpresa.

Arrobo.

Desconcierto.

Cinco palabras que son sinónimos y que no son suficientes para explicar todo.

Sabía que es famoso. Lo que me sorprendió fue darme cuenta de que el mundo no es lo bastante grande como para huir de él. Max Solatano está en todos lados.

Una tarde, mientras estaba en un café con Finley, con admiración noté que la chica sentada de espaldas en la mesa frente a la nuestra leía el artículo de una revista: «¿Qué integrante de Raptor eres? Llena este test para que te lo

digamos». En las páginas había fotografías de Sam, Eric... y Max, a quien la chica veía lo suficiente atractivo como para babear la revista.

Asimismo, veía a Max en anuncios de gaseosas; él es imagen de una y también de una marca de rastrillos para afeitar. Aparece en la publicidad del internet, radio, televisión, aplicaciones. Ya lo dije, Max está en todos lugares. Porque, si bien es cierto que Raptor es él y los chicos, Max, por ser la voz, es el más popular.

De igual forma me preguntaba cómo estaría sobrellevando esto. No cualquiera obtiene tanto protagonismo de la noche a la mañana. ¿De nuevo se le había subido la fama a la cabeza? ¿Tenía buena relación con Sam y con Eric? Desde el fondo de mi corazón esperaba que sí, que por su bien hubiera madurado; pues a pesar de que él y yo terminamos mal, lo quería ver bien. A él, a Sam, a Eric. A cada uno. Porque al final, ver bien a Max, feliz, exitoso y motivado, también es una forma de superarlo.

—Suhail... Suhail... Suhail, por favor, despierta...

Sentí algo húmedo y esponjoso recorrer mi boca. Abrí los ojos y vi a Max lamiéndome.

A Max el Beagle, por supuesto.

—¿Suhail, estás bien? —En mi campo de visión apareció Finley. Se veía preocupado—. Te desmayaste.

Junto a él se hallaba de pie una anciana y un *runner* que, recuerdo, iba delante de nosotros antes de que yo cayera. Los dos preguntaban a Finley qué me pasó.

Aparté a Max y me apoyé sobre el brazo de Finley para poder incorporarme. Vi de vuelta la valla publicitaria. «Max Solatano en Londres». El *runner* me ofreció la botella deagua que llevaba con él, bebí y tanto a él como a la anciana les di las gracias por preocuparse.

—Deberías hacerte una prueba de embarazo —sugirió ella. Vi de reojo a Finley, que ahora lucía feliz—. Uno nunca sabe, linda.

—No estoy embarazada —aclaré, sonrojándome—. Nos cuidamos.

Escucharme decir eso desinfló a Finley. «¿Quiere un bebé?»

—Yo también me cuidaba —continuó la anciana—. Y dos de mis hijos se colaron como si nada. Anda, nada pierdes haciéndote una prueba.

Sonreí de forma obligada y devolví la botella de agua al *runner*.

—También puede ser estrés —sugirió él—, o anemia.

O el efecto Max Solatano.

Cuando la anciana y el *runner* se marcharon, Finley y yo buscamos un lugar en el que pudiera sentarme. Yo se lo pedí. Necesitábamos hablar.

—Sería genial tener un bebé —dijo, sonriente, al encontrar donde sentarnos. Una tienda de donas—. Aunque, claro, es muy pronto —añadió al verme dejar caer mis hombros.

«¿Un bebé?»

—Demasiado pronto —dije, consciente de no saber si quiera cómo cambiar pañales—. Oye, no pongas esa cara. —Le consolé al verle desanimado—. Hagamos las cosas despacio. No corramos.

Algo brilló en sus ojos al escucharme decir «Hagamos las cosas despacio». Se sentó a mi lado e hizo que entrelazáramos nuestros dedos.

—Te amo, Suhail —dijo, frotando su nariz contra mi mejilla—. Haremos todo bien, lo prometo.

—Gracias.

—Ahora explícame qué pasó allá afuera. No sabía que fueras seguidora de una banda.

Medité unos segundos si decirle la verdad o no. ¿Qué sería lo mejor para ambos?

—No es solo una banda.

—Okey —dijo, pausadamente—, eso suena a algo que diría una seguidora de una banda.

Sonreí y negué con la cabeza.

—Me refiero a que lo conozco a él. El vocalista.

—¿Max Solatano? —preguntó, sorprendido, y asentí—. No me lo creo. Ese tipo está por todos lados. ¿De dónde...?

—Es mi hermanastro.

Finley apenas podía con tanta información de golpe.

—No mencionaste una banda al hablar de tu hermanastro.

Era un tema que habíamos tocado hace poco.

—Estamos distanciados —aclaré, evitando verle—. Solo te hablé superficialmente de él.

—¿Qué pasó? ¿Problemas de hermanastros?

Suspiré y volví la vista hacia el menú de donas antes de responder. Necesitaba azúcar. Mucho azúcar.

—Algo así.

Era consciente de que Max salió adelante. Al hablar por teléfono con Miranda ella decía cosas como «Max está bien», «Le está dando clases de guitarra a un grupo de niños», «Hoy tiene cita con Paulo para probar la nueva prótesis, deséale suerte», «Sam y él abrieron una academia de música, ¿puedes creerlo?», «En serio alguien tiene que decirle que nunca será tan musculoso como Arnold Schwarzenegger».

Y me alegraba. Le pedía a Miranda no darme detalles y cambiaba de tema, pero siempre me ha alegrado saber que está bien.

Aunque lo de Max volviéndose famoso lo supe de diferente modo. Quizá del modo que tenía que ser. Me hallaba ocupada corrigiendo el texto de una novela cuando escuché a Laura subir el volumen de la canción que escuchaba en su *laptop*. *Yesterday* de The Beatles.

—¡Esa no es la voz de Paul! —se quejó Gavin desde su lugar. Era un día ajetreado.

—La está cantando otro chico —informó Laura, asomando la cabeza por la puerta de su oficina. Era extraño que estuviera conectada a YouTube en lugar de estar viendo cosas para bebés—. Ven a verlo. Tú también, Suhail.

¿Por qué no reconocí su voz al principio? Quizá pensé que lo estaba imaginando. Siempre escuchaba a Max en todos lados.

Gavin aceptó la invitación al instante. Yo, en cambio, intenté concentrarme en mi trabajo. La autora que corregía mezclaba párrafos con diálogos.

—*¡Suhail, ven!* —insistió Laura, dejando abierta la puerta de su oficina —. *¡A que te encanta Max Solatano!*

Levanté la vista y miré la puerta asumiendo que, como ya dije, imaginé lo último.

—¿Qui-quién? —pregunté lo suficiente alto para que me escucharan y me saqué los anteojos para leer. Quizá también necesitaba un aparato para la sordera.

—Max Solatano. No tiene la mitad de una pierna, pero está guapísimo. ¡Anda, ven!

Sentí dar vueltas en mi cabeza cuando despegué mi trasero del asiento, escuchando al mismo tiempo a la voz de Max cantar:

Why she had to go, I don't know, she wouldn't say.I said something wrong, now I long for yesterday.

Sí, era su voz. Sin duda lo era.

Caminé hasta la oficina de Laura como quien teme averiguar qué hay detrás, sintiendo la boca seca, hormigueos en la espalda y mis pies pesados.

«¿Max?»

Entré. Laura estaba sentada en su silla y Gavin de pie junto a ella, ambos veían la pantalla de la *laptop*.

Al notarme, Gavin se hizo a un lado para dejarme ver. Era un vídeo. Un vídeo de él cantando. Mi cuerpo dolió al verle. También mi corazón.

Yesterday love was such an easy game to play.Now I need a place to hide away. Oh, I believe in yesterday.

Era Max con guitarra en mano, acompañado por Sam. Y aunque quien lo grabó se empeñó más en mostrar la prótesis, Max, como era su costumbre, destacaba.

Me estaba derrumbando por dentro.

Él. Él otra vez y tan… diferente.

Tantas noches lo lloré.

Tantas noches lo soñé.

Tantas noches lo amé en mi mente, aferrándome a recuerdos que aún duelen.

—¿Suhail, estás llorando? —escuché que preguntó Laura y me apresuré a apartar las lágrimas de mi cara y mirar en otra dirección.

—Yo... Me gustan mucho las canciones de The Beatles —mentí, más o menos, porque sí las amo.

El día que Max me hizo el amor vistiendo la camiseta de The Beatles lo hizo lento. Esa noche en particular fue especial. No tan alocado como cuando vestí la de The Rolling Stones.

Max se veía diferente, quedaba poco del adolescente idiota que dejé años atrás en Ontiva; su apariencia ahora era la de un hombre que, estaba segura, me sacaba varios centímetros estando los dos de pie juntos. Tenía la espalda más ancha, la quijada más marcada y un poco de barba y músculos. Miranda había mencionado que Paulo retó a Max a aplicarse con los deportes y eso le favoreció, le había vuelto más disciplinado y seguro de sí mismo.

Además...

Sí. Como afirmó Laura, en el vídeo se veía guapísimo. No lo iba a negar. A cualquier mujer heterosexual le alborotaría las hormonas.

—El gordito que está a la par también está mono —dijo Gavin, pasándome un pañuelo—. ¿Cuál será su nombre?

—Sam —dije, sin pensarlo, secando de mi cara más lágrimas.

Gavin y Laura me miraron con sorpresa.

—¿Los conoces?

—¿Ya habías visto el vídeo?

—Son... —Mi voz titubeó—. Es... —Opté por una verdad a medias—. Pertenecen a una banda de mi ciudad natal. Ontiva.

—Oye, eso es genial. —Laura se hallaba tan emocionada con Max que al finalizar el vídeo lo volvía a regresar—. El vídeo es viral. El chico está por todos lados.

Sentí mi estómago quemar.

—¿En serio?

—Sí. Este me lo envió mi hijo, pero ya lo había visto en los adelantos del noticiero de la mañana.

No tenía idea de qué estaba pasando. ¿Por qué Max era noticia? ¿Por qué era viral?

OceanofPDF.com

—Estoy leyendo los comentarios de la gente viendo el vídeo —dijo Gavin, acercando su cara a la pantalla de la *laptop*—. Dicen que estará en el *show* de Hendry Jones la próxima semana.

—¿Max? —insistí en saber. Ese programa de televisión es un *Late show* famoso.

—Sí, lo van a entrevistar —confirmó Gavin.

Entrevistar.

Regresé a mi lugar y busqué por mi cuenta el vídeo. El original estaba colgado en YouTube bajo el nombre de «Discapacitado cantando», y aunque el nombre me enfadó, la molestia se convirtió en asombro al ver que tenía millones de visualizaciones. Inclusive lo habían adaptado y vuelto a subir muchas veces más. Investigué y la fascinación por Max se debía a que se salía de lo normal. Era un chico guapo y talentoso como muchos otros, sí; pero no tener la mitad de una pierna, por alguna razón, lo volvía especial y, de algún modo, objeto de culto.

«Es una inspiración».

«¿En dónde está escrito que se debe estar completo para saber tocar y cantar? Me declaro fan de Max».

«Mientras lo de arriba le funcione, yo feliz. ¡Max, hazme un hijo!».

«No queremos más artistas luciendo perfectos, queremos ver sobre el escenario a gente real… Alguien que represente a las minorías».

«¿Sabían que tiene una academia de música? La iré a visitar».

«¿Por qué ninguna disquera ha visto este vídeo? Queremos discos y giras de Max».

«Max, mi hermana acaba de tener un accidente, perdió un brazo; ver tu vídeo le dio ánimos. Gracias. Ambas te amamos».

«¿Alguien sabe cómo lo encuentro en redes sociales?».

Llamé por teléfono a Miranda y ella misma me lo confirmó todo.

—Esto es una locura, amor—dijo—.Medios de comunicación llaman y llaman queriendo entrevistar a Max. Hay gente haciendo fila afuera de la academia de música para entrar y conocerlo.

Es mucho más de lo que alguna vez pensé que lograría Max luego de perder su pierna. Era mucho más de lo que él mismo imaginó lograr.

Sola en mi apartamento, sentada en un sofá frente a la tele, esperé ansiosa el día de la entrevista; y, al igual que millones de personas, me emocioné cuando Max apareció en pantalla.

—Bienvenido, Max —le saludó Hendry Jones,y Max agitó su mano en dirección al público—. Me atrevería a decir que en este momento eres más famoso que yo y que todos.

Max rascó su nariz y rio.

—Quiero pensar que eso es bueno.

Escucharlo me obligó a contener el aliento.

—Pediste venir acompañado. Explícanos el porqué de eso.

Max se acomodó de mejor manera en el asiento y continuó mirando en dirección al público.

—Tengo una banda —explicó—. No soy solo yo. Max Solatano —se señaló— es parte de Raptor.

—Pero tú eres la estrella —insistió Hendry.

—Alguien una vez me dijo —contestó Max, pensativo— que todos, de alguna manera, somos estrellas, y tiene sentido, porque si lo piensas bien, Hendry, las estrellas no brillan con luz propia. Yo necesité y necesito de muchas personas para brillar.

Definitivamente, no era el mismo Max.

—¿Quiénes, Max?

—Mi amigo Sam, él es el corazón de la banda. —Me conmovió mucho escucharlo hablar así—. También está su novia Ling, que es decidida y está negociando nuestro contrato discográfico en este momento —rio y el público aplaudió eufórico—. También mi madre, sin ella llevándome a terapia no hubiera superado muchos obstáculos. Paulo, mi fisioterapeuta...

¿Acaso mencionaría? ¿O soy demasiado ilusa para pensar que fui importante para Max?

—¿Qué te parece si nos hablas del contrato discográfico, Max? —lo interrumpió Hendry—. Cuéntanos cómo pasó. ¿Cómo se hizo popular alguien que solo fue a tocar a un instituto?

Max se encogió de hombros.

—Pues todo empezó cuando...

149. Max

Sam y yo terminamos de tocar y bajamos del escenario en medio de una lluvia de ovaciones. A los chicos y chicas del instituto les había gustado nuestra presentación. Incluso se animaron a acercarse para pedir fotos y autógrafos.

—¿Esa chica acaba de tocarte una nalga? —me preguntó Sam, viendo a una niña hacer su camino de vuelta al que parecía su grupo de amigas.

Levanté mis cejas.

—Eso creo.

Estaba terminando de firmar otro autógrafo, los chicos a nuestro alrededor bromeaban y comentaban que les gustaría vernos tocar más veces.

—¿Cómo perdiste tu pierna? —preguntó uno de ellos.

—Accidente de coche —expliqué y señalé a Sam con mi quijada—. Mi amigo terminó en coma y yo perdí la mitad de mi pierna por conducir rápido, así que... cuidado.

Eso, por alguna razón, pasó de parecerles ridículo a genial en cuestión de horas. Cuando llegamos se burlaron y ahora querían saber todo sobre nosotros.

—Yo casi pierdo la yema de mi dedo al intentar rebanar una salchicha —nos platicó uno, mostrándome su dedo.

—¿Tu salchicha? —lo albureó uno de sus compañeros y todos reímos.

Todos excepto un chico que guardaba su distancia del resto y que, por alguna razón, aún me grababa con el teléfono móvil.

—¿También quieres un autógrafo? —le pregunté, pero negó con la cabeza.

—No le hagas caso, es raro —dijo otro.

Los chicos nos siguieron a Sam y a mí para hacernos más preguntas sobre cómo y dónde aprendidos a tocar. Nos platicaron anécdotas graciosas y ya, entrando en confianza, hasta me pidieron permiso para tocar mi prótesis. La estábamos pasando bien; sin embargo, Paola se acercó a recordarles que debían regresar a clases, por lo que todos, excepto el chico que continuaba grabando con el móvil, se marcharon.

—Benjamín, tú también —lo llamó Paola.

—El profesor de álgebra me castigó —dijo el chico, sin dejar de grabarnos a Sam y a mí—, no puedo entrar a su salón hasta mañana.

—¿Ahora por qué fue? —quiso saber Paola, mostrándose enfadada.

—Algo sobre poner más atención a mi teléfono que a su clase.

—Me estoy cansando de quitarte ese teléfono, Benjamín —lo regañó Paola, mientras Sam y yo intercambiamos miradas incómodas—. Esta vez hablaré con tu abuela.

Benjamín levantó y dejó caer sus hombros a modo de dar a entender «Me da igual» y yo reí por lo bajo. Paola se disculpó por la intromisión y avisó que iría por bebidas y comida para agradecernos la presentación.

—Me doy por bien pagado con eso —le agradeció Sam.

—Mucho mejor que los millones de dólares que soñé ganar por presentación —bufé cuando se marchó Paola.

—Lo hubieras logrado de no ser por el accidente —intentó animarme Sam y yo miré la pared considerando no estar tan seguro de eso.

¿Lo hubiera logrado? ¿Un imbécil de dieciocho años, arrogante y que creía tener la razón en todo hubiera logrado ser estrella de *rock* o ese mundo me hubiera tragado y escupido tal como lo hizo con Eric? Nunca lo sabré. De hecho, pienso en eso y me doy cuenta de que, de haber ido de gira con la Bombilla, no hubiera tenido una oportunidad con Suhail, y eso vale más que cualquier otra cosa.

Sam golpeó mi hombro para sacarme de la ensoñación y le miré de vuelta, entonces me señaló al chico frente a nosotros. El tal Benjamín continuaba grabándonos.

—¿Te gusto? —cuestioné, mirando con enfado su teléfono.

—Ya quisieras.

«No olvides que es un niño», me recordé. «Es solo un adolescente sin nada mejor que hacer».

—Mi amigo y yo no estamos haciendo nada interesante para que nos grabes —le advertí.

El chico arqueó una ceja y no apartó el móvil. Parecía tener como reto personal hincharme las pelotas.

Cuando Paola regresó con la comida y las bebidas siguió intercambiando regaños con él, pero este también siguió retándola.

—Me puedo ir a mi casa si quiere, porque a clases no me dejarán entrar —repitió.

Notablemente cansada, prefiriendo llevar su atención a otra parte, Paola nos agradeció haber aceptado visitar el instituto.

—No tienen idea de lo que han hecho por estos chicos —agradeció, mirando de reojo al otro—. Incluido Benjamín.

Benjamín hizo girar sus ojos. Algo me dijo que el chico pronto recibiría un buen castigo.

Una vez se marchó Paola, el gordo y yo comimos y bebimos lo que nos llevó y platicamos cosas referentes a la academia. Todo iba bien hasta que me percaté de que el mocoso continuaba cerca y aún nos grababa con el teléfono. Pasé una mano sobre mi cara y después le miré con hastío.

—Tienes que parar. —Él sonrió al verme enojado—. Lo digo en serio, niño.

—No le hagas caso —dijo Sam, lo suficiente alto para que el otro escuchara—. A lo mejor quiere enojarte para así tener algo que mostrar.

¡Bingo! El chico maldijo por lo bajo y guardó el teléfono.

—¡Arruinaste mi vídeo! —le reclamó a Sam.

—No vas a hacerte popular en YouTube o Facebook a costa nuestra —le hizo ver el gordo, orgulloso de anticipar sus intenciones.

—¿No sería al revés? —le retó el otro.

Sam echó su cabeza hacia atrás para reír y yo le seguí antes de atragantarme con mi bebida. Lo que nos faltaba, un mocoso con aires de grandeza.

—¿Crees que te necesitamos a ti para ser populares? —se burló Sam.

—Pues una banda famosa no toca en institutos.

—Ahí tiene un punto —dije yo, disfrutando ver al gordo reñir con el chico. No cualquiera saca de sus casillas a Sam.

—¿Y un niño al que sacan de Álgebra y tiene mala relación con una psicóloga sabe cómo funciona YouTube y la fama? —le preguntó Sam, con sorna.

—Pues... —El chico sacó de vuelta el teléfono, le echó un vistazo rápido y después nos lo mostró—. El vídeo «Discapacitado cantando» ya tiene ochocientas visitas.

«¿Perdón?»

—¿Cómo le pusiste al vídeo? —exigí, molesto. Iba a matar a ese niño. Incluso me puse de pie y comencé a acorralarlo.

—Discapacitado cantando —repitió él dando dos pasos hacia atrás para evitar que lo cogiera del cuello.

—¿Sabes dónde va a terminar mi prótesis, mocoso? —Acobardé al chico hasta ponerlo contra la pared y Sam aprovechó para quitarle el teléfono—. En tu trasero. En-tu-tra-se-ro —repetí.

—No le hagan nada a mi teléfono —lloriqueó—. Mi hermano es abogado, eh.

—Mi hirmini is ibigidi —me burlé.

—Trabaja en una firma importante. —El chico casi se orinaba encima.

—Oye, es cierto —dijo Sam, viendo el teléfono con asombro.

—¿Que el hermano es abogado? —pregunté, a punto de golpear al mocoso.

—No, que el vídeo tiene más de ochocientas visitas... y contando.

—Y no tendría tantas si se llamara «Tipo cantando» —se defendió el niño —, lo de *discapacitado* genera curiosidad.

—Oh, estoy tratando con un experto en *marketing* —continué burlándome sin dar un paso atrás.

Benjamín enderezó su espalda.

—¡Tú sabrás de música, pero yo sé de redes sociales!

«Ajá, claro».

—¿El Moco? —escuché que preguntó Sam, mirando al chico.

—Sí, así me conocen —dijo este, orgulloso.

Resoplé y caminé de vuelta a mi asiento. No iba a descargar mi enfado con un «niño rata».

—¿Cuánto alcance consiguen tus vídeos? —escuché que le preguntó Sam al chico, negándose a devolverle el teléfono.

—Cien mil vistas aproximadamente —se defendió este, fanfarrón.

—¿Y ganas dinero con esto? —continuó el gordo.

—No tanto como quisiera, pero sí algo.

—Hagamos algo —le dijo Sam, adoptando la actitud de negociador—. Si consigues que este vídeo llegue a medio millón, te pagaré una comisión. Una generosa comisión.

Los ojos del chico brillaron. Sin embargo…

—¿Cómo sé que puedo confiar? —preguntó, procurando no verse tan interesado. Yo miré boquiabierto a Sam.

—Te voy a dar mi tarjeta —dijo el gordo, sacando una de su bolsillo—. Tendrás que confiar.

—Solatano & Delvecchio —leyó el mocoso, todavía dudando.

—Y aunque no te pagara, tú no pierdes; ganas dinero con cada visita, ¿no?

—Eh... mmm, sí. Algo así —dijo el chico, mirando de Sam a mí con renovado interés.

—No puedo creer que estés haciendo tratos con un chico que todavía tiene acné en la jeta —me quejé.

El denominado «Moco» me mostró su dedo medio.

—Te arrepentirás de haberme subestimado —me amenazó. Después Sam le entregó de vuelta el teléfono y por fin nos dejó solos.

—No va a poder —le dije a Sam.

—No sé —rio mi amigo—. Yo le vi demasiadas ganas de obtener dinero y, de paso, callarnos la boca a ambos.

Pasamos una semana más o menos tranquila, pues salvo por los apuros que se generaban ocasionalmente en Solatano & Delvecchio, nada cambiaba nuestra rutina. Ya había olvidado al instituto, al chico y el dichoso vídeo cuando Ling, desde la recepción, me llamó para que atendiera una llamada.

—¿Quién es? —le pregunté.

—No entendí muy bien. Atiende.

Y eso hice.

—Hola.

—¿Hola? ¿Max Solatano? —dijo la voz al otro lado.

—Sí, él habla.

—El Moco me dio este número. Soy Steve y tengo un blog dedicado a la música. Te llamo para saber si puedo entrevistarte.

—Eh... —Me alejé del teléfono para pedirle a Ling que llamara a Sam y continué hablando—. Te escucho, amigo.

Y aunque no me sentía seguro, Steve me entrevistó por teléfono. Al terminar colgué y le hice una sola pregunta al gordo:

—¿Cuántas visitas tiene el vídeo?

Este había detenido su clase de música y fue corriendo a recepción para ver qué estaba pasando.

Sam buscó en el teléfono y dijo:

—Doscientas mil y contando.

—El maldito mocoso lo está haciendo —dije, mirando de Sam a Ling sin poderlo creer.

Y por supuesto que ahí no terminó todo.

A la llamada de Steve le siguió otra de un *youtuber* dedicado a hablar de música en su canal, la de otro blog y, posteriormente, comenzaron las invitaciones para tocar en más institutos. El teléfono de Solatano & Delvecchio sonó más de lo usual durante un mes. No obstante, el verdadero alboroto comenzó cuando el vocalista de otra banda compartió el vídeo en su página de Facebook. Desde entonces más gente nos vio, compartió el vídeo y hasta se apropiaron de este para sacarle provecho en sus respectivas redes. De pronto yo, Max Solatano, estaba por todos lados.

—Max, tienes que contestar esta llamada —me dijo Ling un día, en todo momento tomando en cuenta que yo ya no quería dar entrevistas. Me daba pavor que todo eso se me saliera de las manos.

—¿Quién es? —le pregunté, tomando una vez más el teléfono de la recepción.

Ling negó con la cabeza, las palabras simplemente no salían fácil de su boca.

—¿Hola? —saludé, dudoso de la buena voluntad de quien estuviera al otro lado.

—Señor Solatano, buen día, mi nombre es Vince Lettera, soy ejecutivo de Wanda Records y quisiera que concertáramos una reunión para platicar sobre usted y su futuro.

Otra vez me alejé del teléfono y de inmediato busqué a Sam con la mirada. Lo tenía detrás de mí.

—¿Cuántas visitas tiene el vídeo? —Fue lo único que quise saber antes de continuar hablando con Vince.

El gordo ni siquiera se atrevió a sacar el móvil.

—¿La última vez lo que vi? —Suspiró y yo asentí—. Dios, Max…, cuéntalas por millones.

«Millones».

—¿Señor Lettera?—dije al tipo en el teléfono procurando no titubear.*«Millones»*—.Primero debe saber que yo formo parte de una banda. No soy solista.

—Sí, no hay problema. Nos sentaremos a platicar.

—Bien —dije, cerrando los ojos. ¿Qué, si todo salía mal? Lo pensé: aún tendría al gordo y la academia de música—. Anote mi dirección.

*****

La reunión con Lettera sirvió para exponer nuestras inquietudes. Sam y yo, en compañía de un abogado, firmaríamos un contrato para grabar dos discos con Wanda Records bajo el nombre de Raptor. Igualmente acordamos que daría una entrevista a un reconocido *show* de televisión y ahí anunciaríamos que Max Solatano era más que un producto viral que pasa cual estrella fugaz por internet.

—No soy un improvisado —dije a Lettera—. Mi amigo y yo tenemos una propuesta musical sólida. Los dos tocamos, componemos... somos músicos con experiencia.

—No te preocupes por eso —prometió Lettera y me agradó su seriedad—. No estoy aquí para aprovecharme de ti un par de meses. Haremos esto bien. Te presentarás en el *show* de Hendry Jones y los haremos despegar. A eso le seguirá la grabación del primer disco, el lanzamiento de dos *hits* y una gira.

—Suena bien —dijo Sam, animándome.

Lettera sueña en grande. Entre sus planes siempre estuvo un concierto en las ciudades más importantes.

El plan era aprovechar el movimiento en redes sociales para lanzar a Raptor, haciéndonos participar en programas de radios y televisión, y presentarnos en escenarios grandes o pequeños de, ya lo dije, ciudades clave.

—¿Ustedes dos son los únicos miembros de la banda? —agregó.

Sam y yo nos miramos las caras y él fue quien habló por ambos.

—Falta alguien más. Eric —dijo a Lettera.

—Habrá que contactarlo.

Y estaba haciéndome la idea de tener que toparme otra vez con Eric Parisi cuando Sam, para mi sorpresa, añadió:

—De hecho, lo invité a la reunión.

—¿Tú qué? —dije al gordo, boquiabierto.

Miré hacia mi izquierda y derecha y no había nadie. Sam, Lettera y yo nos encontrábamos en uno de los salones de Solatano & Delvecchio. «¿Dónde demonios...?» Entonces Sam miró sobre su hombro e hizo un gesto con la mano. Yo no quería ver. Simplemente... no.

—Hola —escuché que saludó Eric y sentí que me faltaba la respiración; sin embargo, tanto Lettera como Sam le veían directamente.

Un instante después cerré mis ojos al sentir una mano sobre mi espalda. Era solo una mano, pero se sentía pesada.

—¿Nos puede dejar un momento solos? —pidió Sam a Lettera y este asintió, retirándose al pasillo de en frente para hacer unas llamadas.

Sam me miró serio.

—No te lo estoy imponiendo —empezó, señalando que Eric se encontraba detrás mío.

Me puse de pie y caminé de un lado al otro por el salón, negándome a ver directamente a Eric. Las últimas palabras que escuché de él aún retumbaban dentro de mi cabeza.

«Al menos yo sí volveré a tocar, porque lo lamento, pero, quién va a querer a un maldito inválido. Porque entérate de que la Bombilla ya no quiere hacer ningún trato contigo. Ya no le sirves. Ahora yo soy su prioridad».

—Puedo irme... si quieres —dijo Eric al advertir mi incomodidad.

De cualquier manera, por algún motivo en ese momento pensé en mi padre y en su insistencia en que no diera problemas. Aun así, ¿quería a Eric cerca? ¿Estaba preparado para hacer las paces con él?

¡Ni siquiera me sentía preparado para los planes de Lettera! Era tanto. Aunque también ya había pasado por mucho y lo había superado.

—Te agradezco haberme invitado, Sam —escuché que se despedía Eric caminando devuelta hacia la puerta.

—¿A dónde vas? —dije sin mirarlo.

—Ah... no sé —contestó. Parecía temer hablar conmigo—. No quiero incomodar.

—Pero esta reunión es para los miembros de Raptor —continué.

—¿Aún soy parte de Raptor? —preguntó Eric.

—¿Alguien te echó? —demandé—. Yo no. ¿Tú lo echaste, Sam? —le pregunté al gordo, todavía sin mirar a Eric.

—Para nada —sonrió el otro.

Luego miré a Eric. Parecía... diferente. Muy diferente al amigo de juergas y peleas que tuve durante mi alocada adolescencia. Se veía... deteriorado. Eric en definitiva era una persona que yo no podía odiar; más cuando yo mismo de alguna manera, lo orillé a alejarse. No lo había echado de Raptor, pero sí me había negado a recibir su compasión.

O lo que yo creí compasión.

Él, ya más relajado, miró mi prótesis y sonrió.

—Sabía que ibas a encontrar la manera de demostrar que sí eres una estrella —dijo sin sarcasmo en su voz—. Otra vez te superaste. Tienes una academia exitosa, las disqueras te buscan...

—No lo hubiera hecho sin Sam —le detuve—. La academia fue su idea, él también persuadió al chico que subió el vídeo a YouTube.

—Yo tampoco estaría aquí de no ser por Sam —añadió Eric.

Los dos miramos a Sam, que empezó a pedirnos abrazarnos.

—Tampoco seas marica, gordo —le gruñí, haciendo reír a Eric—. Con un apretón de manos es suficiente.

Pero el mismo Sam se acercó para hacernos darese abrazo... de tres...

—Te odio —le dije.

—No, me amas —contestó él—. Los dos me aman.

Y sí. Porque sin duda alguna, sin Sam no habría Raptor.

150. Suhail

El camión con la mudanza llegó a las cuatro de la tarde de un sábado. Finley no tiene muchas cosas, pero la mayoría, por ser delicadas, debían trasladarse con precaución.

Pedirle que se mudara conmigo fue... una garantía. Max llegaría en dos semanas a Londres y no quería sentirme insegura, necia o débil. Max era mi pasado y ahí había que dejarlo.

Él fue ese amor apasionado, precipitado e incauto. Finley es mi refugio y, si no me quiero ahogar, debo aferrarme a él como si fuera un flotador en medio del mar.

¿Qué garantía me ofrece Max Solatano si, volviendo mi mirada atrás, con tristeza encuentro que cada vez que tuvo la oportunidad de lastimarme lo hizo? Llega el día en el que todo ser humano dice «Basta, ahora debo hacer las cosas bien». Para eso nos sirve la escuela de la experiencia.

Finley me pidió no bajar y desde la ventana del apartamento lo miré bajar del camión sus cosas para después subirlas a mi piso. En mi mano, mientras, tenía el teléfono móvil que mostraba un mensaje de Laura.

«El concierto es en junio :D ¿A cuál fecha vamos?»

Tenía que inventar alguna excusa. No podía ver a Max.

Suspiré y con teléfono en mano caminé hasta la puerta. Ahí escuché a Finley acercarse, abrí y le dejé entrar a él y a los dos muchachos que cargaban con más cajas y objetos resguardados en plástico de burbuja y papel.

—Perdón por tener muchas cosas —se disculpó Finley y le sonreí para evitar que se sintiera juzgado.

Más tarde acomodaríamos todo.

Era una nueva etapa, era el comienzo de la vida adulta. Lo que siempre soñé tener: estabilidad.

Al terminar de bajar y subir todo, Finley despidió agradecido a los muchachos, después abrió una caja y sacó de esta más plástico de burbujas.

—Hay mucho de esto por si también quieres —dijo haciéndome reír. Me entregó el plástico que tenía en sus manos y sacó de la misma caja otro para entretenerse él.

Yo aún no sabía qué decir a Laura.

Nos sentamos sobre un par de cajas y comenzamos a aplastar cientos de burbujas.

Finley sabe cómo disfrutar de las cosas pequeñas de la vida: pasear con el perro o nosotros dos solos, cenar, cocinar, conversar... Por eso sé que estaremos bien.

Estaremos bien.

—Estas últimas semanas has estado muy callada —hizo notar, mientras yo aún ponía atención a las burbujas—. ¿Problemas en la editorial?

Negué con la cabeza.

—Ahí todo marcha bien.

—¿Entonces qué...?

Le di mi atención. Su mirada, su tono de voz y su interés eran legítimos, pero no quería hablar con él. La noche anterior había llorado hasta quedarme dormida y hay cosas en mi cabeza y en mi corazón a las que no sé cómo nombrar. Yo, Suhail Didier, apasionada de las palabras, no sé qué nombre poner a cómo me siento respecto a Max viniendo a la misma ciudad que yo. ¿Le tengo miedo? Porque lo que siento se asemeja mucho a eso.

«Max».

No era justo que volviera para desordenar mi vida, para robar mi estabilidad. Dolía no saber qué pensar o cómo actuar.

Y pasa que cuando no sabes qué nombre poner a lo que sientes la única forma que encuentras para explicarlo a la hora de hablar con alguien es... llorar.

—Ahora estoy asustado —dijo Finley al ver caer mis lágrimas.

—Es... —Tenía que decir algo—. Es sobre mi hermanastro. Yo...

—Tenías una mala relación con él —recordó, debido a mis anteriores comentarios.

—Es complicado.

¿Mala relación? Lo nuestro era una calamidad. Sin duda estábamos mejor separados.

—¿Eso fue cuando vivías en Ontiva? —Asentí y Finley siguió intentando deducir qué pasa—. Tenías diecisiete años entonces. Eras más joven. ¿Él...?

—Tenía dieciocho.

—Pasaron muchos años, Suhail. Yo ni siquiera soy igual a como era el año pasado. Deberían hablar.

«Deberían hablar». No lo culpo por pedir eso. No sabe qué hay detrás.

—No lo sé.

No quería ver a Max Solatano.

—No huyas de tu pasado.

—Es que Max...—Volví a negar con la cabeza.

¡Las palabras no salían ni salen! ¡No puedo explicarlo!

—Es tu familia —insistió Finley, tomando mi mano.

No. Miranda, papá y mamá son mi familia. Max, más bien, es como... como...

—¡Max! —gritó de pronto Finley, asustándome, y miró hacia todos lados buscando—. ¡Rayos, lo olvidé en casa! —brincó, desesperado al recordar al Beagle e inmediatamente salió corriendo hacia la puerta, la abrió y salió del apartamento dando largas zancadas.

No obstante, llegó hasta al corredor y regresó para darme un beso y decir:

—Hasta luego. Ya vuelvo, amor.

—A... Aquí te espero —lamenté, pues me sentía más tranquila estando él cerca.

Al quedarme sola vi en redondo la sala de estar. En un rincón había cajas sin desempacar y justo así me sentía yo por dentro.

—Vamos a desempacar, Suhail —me desafié.

Debía sacar todo y enfrentar la realidad para, de verdad, poder empezar de nuevo.

Tomé la decisión de pedirle a Finley que viva conmigo y lo mejor que podía hacer por ambos es dejar atrás mi pasado; por lo que cogí de vuelta mi teléfono para leer otra vez el mensaje de Laura, esta vez decidida a contestarlo.

Laura:

«Olvídalo. La primera fecha está agotada :(Igual creo que nos queda mejor la siguiente».

Yo:

«Sí, esa está bien :)».

Laura:

«¡Genial! ¡Raptor, allá vamos!»

Laura se sentía emocionada y yo preocupada, pues, estuviera preparada o no, vería otra vez a Max Solatano.

151. Max

Acabábamos de terminar el tercer concierto de la gira y miraba la ciudad desde una ventana del hotel. Muchas luces titilando. Mucha gente yendo demasiado lento o, peor aún, demasiado rápido. Mucho ruido que nos confunde a todos. Mucho en que pensar y últimamente me gusta estar solo para pensar.

Cuando era adolescente quería ser famoso para ser idolatrado, hoy solo quiero que cualquiera que diga admirarme comprenda por qué amo y necesito la música... o por lo menos intente comprenderlo. ¿A qué Max ven? ¿Perciben mi ansiedad, mi dolor y soledad? Porque nunca me había sentido tan solo pese a tener cerca de mí a mucha gente que aparentemente me quiere. Por lo mismo, quería que al menos uno de ellos, de mis amigos, de mi familia, de mis admiradores, pudiera reconocer el dolor detrás de una sonrisa y pidiera escucharme. Escucharme de verdad.

Estaba sufriendo. Estaba muriendo. Estaba comprendiendo qué se siente serdesdichado cuando —se supone— debes ser feliz porque en apariencia

lo tienes todo.Quería ser estrella de *rock* y lo soy. Quería valerme por mí mismo, reto conseguido. ¿Ahora qué? Tenía miedo.

¡Oh, vamos, hay que admitirlo! Tenía miedo de ir por lo único que me faltaba para sentirme completo...

Ella...

Suhail Didier.

De cualquier modo, mis pensamientos se vieron interrumpidos cuando alguien tocó mi puerta, aunque lo agradecí, porque necesitaba dejar de pensar.

Traté de poner buena cara y me apresuré a abrir creyendo que era Sam.

Era Eric.

—Ei —saludé, extrañado de verle. Desde nuestro arreglo solo habíamos pasado tiempo en grupo, nunca él y yo solos.

—¿Puedo pasar? —preguntó al notar que yo no diría nada más.

Asentí cauteloso y terminé de abrir la puerta.

Al principio me sentí incómodo. Sam era el mediador entre nosotros dos y, sin él, no tenía idea de cómo romper el hielo con Eric. Por fortuna él habló primero.

—Lettera dice que somos una banda de niños buenos.

—¿Qué?

Escuché lo que dijo, sin embargo, quería que se explicara más. Le hice una seña para que tomara asiento y le ofrecí algo de beber.

—Que le da ternura que no bebamos, fumemos o nos droguemos después de un concierto —continuó Eric—. Se queja de que ni siquiera le pedimos mujeres.

Levanté con asombro mis cejas.

—¿Preferiría lo contrario?

—Solo le sorprende.

Y no lo culpo, cualquiera pensaría que una banda en ascenso como Raptor tendría mucho que celebrar. Y es que sí hemos celebrado; la noche anterior, por ejemplo, hicimos maratón de películas de Marvel. Pero nada de alcohol, sexo o drogas...

Lo admito, somos poco menos que una banda cristiana. O puede que incluso ellos se descarrilen más.

—Al gordo le hizo un amarre Ling y no la va a traicionar —empecé, buscando un motivo a nuestro ñoño comportamiento—, tú estás en

rehabilitación, no puedes caer en excesos y yo... —Aquí vamos—. Yo solo quiero estar solo.

No pude evitar bajar la mirada al decir lo último. Por otro lado, años atrás Eric se hubiera burlado de mí y luego animado a ir por bebida y chicas, pero esa vez solo murmuró un sorpresivo:

—Te entiendo.

¿Te entiendo? Lo esperaba de todos... excepto de él.

—¿En serio?

—Cuando las cosas empezaron a salir bien en mi anterior banda, lo disfruté, sí... pero me sentía solo. No era lo mismo sin ti o Sam. Me sentía solo y quería estar solo. Es… complicado de explicar.

Exacto. Aunque era una revelación escuchar eso de... Eric.

—Pero a mí me odiabas —dije, señalándome.

Eric sonrió.

—Te quería cerca para, al menos, echártelo en cara. ¿De qué me servía ser famoso si no podía verte envidiándome?

—Tiene sentido.

No podía culpar a Eric por sentirse así.

—Nos esforzamos tanto y desde niños lo soñamos tanto que hacer todo eso yo solo fue apabullante. Muchas veces los busqué entre la multitud.

«Yo suelo hacer eso con Suhail».

Observé el semblante de Eric. Ya no se veía tan mal como la primera vez, pero sí todavía más cansado que Sam y yo juntos. Parecía como si en lugar de haber sido famoso hubiera sobrevivido a pasar un año solo en el desierto del Sáhara bebiendo solo café.

—¿Por qué...?

—¿Por qué no los llamé? —Asentí agradecido de que no le molestara mi duda—. No quería reconocer mi error. Además... tú me odiabas.

Tal señalamiento me dolió.

Yo creía que él me odiaba. Él creía que yo lo odiaba…

—No te odiaba —aclaré—. Solo quería alejarte para que no me miraras con lástima.

—¿Y fue lo mismo con Suhail? —preguntó, despacio, y el nuevo rumbo de la plática me tomó con la guardia baja. Pero no lo negué.

—Eso creo.

—Sam me lo contó todo.

Fruncí el entrecejo.

—¿Por qué no me sorprende?

—No toda la gente se queda junto a ti por lástima, Max —dijo Eric, como si llevara horas ensayando—. Muchos lo van a hacer porque te quieren. Solo eso. Sin doble cara.

—No quería ser una carga para nadie.

—También puedo entender eso. Cuando Sam me encontró y ofreció pagar por mi rehabilitación, al principio me negué. No porque no lo necesitara —aclaró—, sino porque no quise, me daba vergüenza que él supiera que lo necesitaba. ¿Me explico? No digo que sea lo mismo contigo y con Suhail, pero, de cualquier modo, lo que trato de decir es que las intenciones de Sam eran buenas. Lo malo es lo que había dentro de mí... Mi odio. Mi frustración... Mi miedo.

Eso fue una revelación.

—¿Por qué terminaste aceptando la ayuda?

Eric se encogió de hombros.

—No podía más.

Avergonzado, sin saber qué decir, golpeé amistosamente su hombro.

—Lamento no haber sido yo el que te buscó.—Las palabras apenas salieron.

—No te ofendas, pero no esperaba que lo hicieras. Tú y yo, creo, somos iguales en eso. Asumimos que podemos y cuando las cosas no salen como queremos... diablos, nos duele reconocerlo.

Cierto.

Desde mi lugar miré de nuevo mi ventana.

—Alejé... —No podía creer que iba a hablar de esto con Eric—. Alejé a Suhail por su bien —dije—. Por lo que creí que era su bien.

—Lo sé —dijo Eric, mirándome como si intentara ayudarme a descubrir algo—. Pero por el amor de Dios,esta vez no dejes que sea ella quien se acerque.

No podía ser más claro.

—¿Crees que debería buscarla?

—Sí, y explícale por qué motivo hiciste lo que hiciste. Con suerte te acepta.

—Era la única manera de que se marchara —continué, encontrando en Eric a alguien que sabe escuchar—. Estaba decidida a quedarse pese a tener

una buena oportunidad lejos... Yo no quise futuras culpas o reproches, Eric... Era joven... y era idiota... La única solución que encontré fue alejarla... lastimándola.

—Como hiciste conmigo —zanjó él.

Diablos.

—Sí. Así fue.

—Ya no lo hagas, Max.

—¿Qué cosa?

—Poner obstáculos a la gente que te quiere.

—¿Qué debí hacer entonces? Ella ya había perdido una beca por mí. No quise...

—¿Importa ahora? —Me interrumpió mi amigo—. Solo ve y dile cómo te sientes. ¿Qué en el infierno puedes perder?

Sí, ¿qué?

Aunque en mi cabeza la situación no tenía mucho sentido. «Hola, Suhail, lo eché a perder todo, pero quiero que volvamos». Sabía que esa mujer me odiaba y no quería saber de mí. ¿Qué podía hacer o decirle para que pensara distinto?

—¿Recuerdas cuando te negabas a reconocer que te gustaba? —me recordó Eric, rasqué mi cuello con incomodidad y asentí—. No tardes en reconocer que te hace falta. Te sentirás solo hasta que lo hagas. Ella es tan parte de esto como lo somos Sam y yo.

—Tengo miedo de que me rechace —acepté.

—El mismo miedo tenía yo antes de enfrentarte aquel día en Solatano & Delvecchio. Pero, ¿sabes qué me dijo Sam?

—¿Qué?

Tenía miedo de saberlo.

—Dijo: «Él no te odia, solo tienes que encontrar la manera de hacerle ver que aún le importas».

Sonaba confuso.

—¿Y cuál, en tu caso, es esa manera?

Eric dejó escapar un poco de aire.

—Bueno, por el momento intentar ayudarte con Suhail.

—De paso me hace sentir menos miserable saber que no me odias.

—Nunca te odié —aclaró—. Te admiraba y quería estar cerca de ti. Eras genial. Aún lo eres.

—¿Y...?

—Y míranos —concluyó, por los dos—. Ahora ambos sabemos que hay cosas más importantes que ser famosos.

Volví a golpear de forma amistosa a Eric.

—Bien, colega, ahora hagamos otra cosa antes de que esto se ponga más gay.

—Tienes un problema con lo gay, sabes. —Eric entrecerró los ojos.

—Llevo años sin follar. Entiéndeme... Acéptame... Solo dame amor y comprensión.

—Bien. —Luego de ponernos de pie Eric nos empujó hacia la puerta—. Entonces busquemos a Sam y hagamos otra cosa.

El gordo se encontraba en su habitación hablando vía Skype con Ling, platicándole cómo nos había ido en los programas de televisión y el concierto. Eric y yo entramos sigilosamente y, buscando cómo joder un poco a Sam, nos miramos de forma cómplice.

—¡Gordo, apúrate o se van a ir las prostitutas! —grité desde el umbral de la puerta.

Eric agregó:

—¡Te apartamos la rumana que te gustó!

Desde nuestra posición pudimos ver que las orejas de Sam enrojecieron y enseguida lo escuchamos murmurar «Hijos de puta», pero antes de que añadiera algo Ling le pidió colocar de cara a nosotros la *laptop*.

—¿Por qué no me extraña que le hagan bullying al único miembro de la banda que tiene pareja? —Nos confrontó.

—Nos vas a hacer sentir mal y vamos a llorar —dije.

Eric fingió limpiarse un par de lágrimas.

—Porque ver pornografía no es precisamente estar con una chica —continuó Ling.

—¡Yo no veo pornografía! —Se defendió Eric con un aire dramático—. La vivo, la siento... La pornografía es mi vida.

—Y en tu caso, Solatano —agregó Ling, viéndome con altivez desde la laptop—. Tener sueños húmedos con Suhail y masturbarte pensando en ella tampoco es tener actividad sexual.

«Ouch».

—Me voy a comprar una muñeca inflable y vas a tener que retirar lo dicho —me defendí.

Ling esbozó una mueca de asco.

—Aagh.

—Prometiste que nos acompañarías a Londres —le recordó Sam, siendo el caso que Suhail había sido mencionada. Ling hace mucho quería visitarla.

—Lo que nos faltaba —dije yo—. Mei Ling de un lado para otro con nosotros en su mejor papel de Yoko.

—Por supuesto —anunció Ling, cruzándose de brazos—, ¿o quién va a filmar tu miseria al intentar no respirar el mismo aire que mi amiga?

— Ja, ja, ja —gruñí y me acerqué a la laptop para cerrarla—. Sayonara, Yoko.

—¡Oye! —me reclamó Sam.

—Basta de chicas —advertí, negándome a que levantara otra vez la tapa de la *laptop*—. Hoy vamos a hacer cosas que haría una banda normal. Quiero ideas.

—¿Sexo desenfrenado con brasileñas? —sugirió Eric, acercándose a la ventana para echar otro vistazo a Río de Janeiro.

—O drogas —dije yo, fingiendo buscar en mi bolsillo—. Marihuana. Cocaína. Heroína... cualquiera cosa que termine en -*ina*.

—Pues... en el supermercado aquí cerca compré un Monopoly —dijo Sam, como parte de su propuesta y buscó dentro de su maleta—. Podemos jugar.

Eric y yo nos miramos y ponderamos el Monopoly junto a las drogas y las brasileñas.

—Seee, Monopoly está bien —dije, dejándome caer sobre la cama del gordo.

—¡Pido tirar primero! —dijo Eric, tomando los dados.

Y eso hicimos.

Como cualquier banda de *rock* en ascenso, jugamos al Monopoly hasta muy tarde y comimos nueces secas que encontramos en el minibar.

152. Suhail

No me podía concentrar. En dos días llegaba Max a Londres y por más que le hui le tuve más presente que nunca. Lo vi en afiches, vallas, revistas, anuncios en televisión y en internet. La publicidad por la visita de Raptor estaba por todos lados.

En el transporte colectivo también escuché a una chica asegurar que escribe una historia sobre ella y Max, y jura que un día van a casarse. Lo mismo más chicas. Lo idolatran con camisetas, gorras, poemas...

¿Cómo vivir así? Incluso si cierro los ojos para ya no verlo me percato de que alguien puso *Play* a alguna de sus canciones. No obstante, la prueba de fuego había llegado: ignorarlo cuando lo tenía más presente. Debía demostrarme a mí misma que tener a Max cerca no me afectaría.

En la oficina, sin poder concentrarme en algo más y, lo admito, siendo un poco masoquista, escribí «Max Solatano» en un buscador. Ahí estaba. En dibujos, en sesiones de fotos, en conciertos. Serio, riendo, callado, hablando... cantando. Se veía feliz. ¿Cómo no iba a estarlo si había conseguido todo lo que siempre quiso?

Me pregunté si aún lo amaba. Busqué dentro de mi corazón y me pregunté con toda sinceridad si aún sentía algo por él...

Miedo.

Lo que siento dentro solo lo puedo describir como miedo. Aún hay dolor. Pese a todo, también siento mucha tranquilidad al verle bien, superando obstáculos. De igual forma me pregunté si él me amaba. ¿Me quería, aunque fuera un poquito?

«No seas idiota», me regañé todavía mirando una de sus fotos. «Le estorbabas».

Sentí ganas de llorar, sí; pero me controlé. Había pasado gran parte de mi vida cerca de Max pese a su mal carácter. Era hora de ser consecuente y no dar ni un paso atrás.

—¡Positivo! —gritó Laura desde la puerta del baño, consiguiendo sobresaltarme. Nos encontrábamos solas en la oficina. Me puse de pie, caminé hacia ella y la abracé.

—Felicidades —dije con sinceridad. Ella llevaba años intentando tener un bebé y esa era la cuarta vez del día que se encerraba en el baño para comprobar que la primera prueba, la segunda y la tercera no fallaron. Mi jefa estaba embarazada.

—Y al salir me haré un examen de sangre para confirmar —dijo dando saltitos—. Con esa no hay error.

—Estás embarazada —le confirmé. No quería que dudara y sus ojos brillaron con alivio—. Es tu momento, ¿de acuerdo?

Yo iba a estar pendiente para que esta vez el embarazo progresara sin problemas.

—Lo que me hace cuestionarme: ¿Todavía quieres ir al concierto de Raptor?

—¿Estás loca? —sonrió, abriendo mucho los ojos—. Incluso quiero ir al aeropuerto a gritarle a Max Solatano que este bebé es su hijo —agregó, haciéndome reír.

«Deja de buscar excusas para no ir al concierto, Suhail», me regañé, «te prometiste enfrentarlo».

—Ahí estaremos entonces.

«Debo enfrentarlo».

—Hazme un favor —pidió mi amiga volviendo al tema del bebé y caminamos juntas de vuelta a su escritorio—. Ayúdame a organizar cómo le daré la noticia a Josh. Debe ser especial. Sabes lo mucho que esperamos a este peque.

—Peque —repetí, sintiendo ternura.

—¿Ves? —rio ella, nerviosa—. Hasta ya le tengo apodo. «Peque».

Me podía imaginar sintiendo la misma emoción al saber que tendría un hijo o hija.

—¿Qué tienes pensado?

—Para no volver a correr riesgos quiero esperar a que el embarazo esté avanzado. —Una pizca de tristeza se asomó a los ojos de Laura al recordar las pérdidas anteriores, aunque por fortuna ella la alejó rápido—. Pero debe ser inolvidable.

—Cuenta conmigo para eso.

A mediodía salimos a comer para celebrar. Incluso brindamos con jugo de manzana. Ella no podía pedir más y de regreso a la oficina, como toda madre primeriza, no se resistió y en el camino se detuvo a ver la ropa para bebé que encontró en cada vitrina. Fue como si al saberse embarazada un detector de cosas para bebé se activara en ella. Compró todo… De acuerdo, no todo, pero sí más de lo que podíamos cargar.

—¿Cómo harás para esconder todo esto de Josh? —pregunté, inocentemente. Ella no quería decir nada hasta que el embarazo estuviera avanzado, ¿recuerdan?

—¡Oh! Tú hazme el favor de esconder todo en tu apartamento —sugirió y acepté.

Lo que no imaginé en ese momento es el increíble problema que me ocasionaría hacer eso.

153. Max

El avión sobrevoló Londres de madrugada. Los chicos, Ling y yo viajamos en primera clase. Suena bien, pero ya sea avión privado o comercial, el que sufre es mi trasero.

Al echar un vistazo a los demás noté que era el único despierto. No dormí un segundo durante las horas de viaje. Tenía una sensación de incertidumbre y miedo que no me permitía pensar en algo que no fuera Suhail. Ling le había escrito para preguntarle si podíamos reunirnos con ella antes del concierto y la idea, aseguró Ling, le emocionó y ofreció su apartamento. Le pregunté si aceptó que yo también asista y dijo que sí, que Suhail afirmó que no había problema.

«¿Qué es peor? ¿Que quiera verme o que no quiera verme?»

Pronto lo sabría.

Me sentía seguro. Ya no era aquel chico que no sabía qué hacer y ofrecer. Mi futuro, como aseguró años atrás Jacqueline Didier, ya no es el de un don Nadie. Soy dueño de una academia de música exitosa, estoy haciendo carrera en la industria de la música y tengo más planes. Muchos planes. Ya no me siento una carga.

Mis amigos despertaron cuando escucharon la voz del capitán anunciando que llegamos. Eric, babeando sobre el asiento junto al mío, despertó de golpe, frotó sus ojos y me miró como si apenas pudiera reconocerme.

—¿No dormiste nada? —preguntó y negué con la cabeza—. Sí le va a gustar, no te preocupes por eso —dijo, estirándose. Estábamos por aterrizar.

«Le va a gustar».

Cuando supe que el penúltimo destino de la gira era Londres no me sentó del todo bien. Londres = Suhail. Sin embargo, tras la plática con Eric me obligué a aceptar lo que realmente necesitaba y quería. Ella. Suhail. Miranda dijo que está bien, que es feliz con Finley y que se siente tan cómoda en Inglaterra que ni siquiera comenta la posibilidad de regresar a Ontiva. De cualquier modo, por experiencia sé que a Suhail no le gusta que se preocupen por ella. Por costumbre es abnegada y, pase lo que pase, siempre dirá que todo está bien. Es optimista por naturaleza. Por lo que decidí corroborarlo yo mismo. Si Suhail estaba bien no me metería en su vida. Por el contrario, si no era así, durante el concierto le pediría, frente al público, que regresara conmigo. Mi intención, claro está, era ser romántico.

Aún no decidía si explicarle por qué hice lo que hice antes o después. «Debe ser antes, Max», me convencí.

¿Me perdonaría? ¿Al menos me querría escuchar?

—Yo sé que no estás del todo listo o convencido, pero jamás te perdonarás si no lo intentas —insistió Eric al darse cuenta de mis dudas.

Había planeado algo especial. Cantaría *Classic* y muchos globos de colores caerían del techo del escenario mientras en una pantalla gigante se leería «Vuelve conmigo. Te amo».

Era una gran idea. En verdad era una gran idea.

Los medios de comunicación y los admiradores siempre desplazaban su atención a nosotros... y también a mi prótesis. Siempre era lo mismo, querían fotos de mí, pero de igual forma de mi prótesis, y a veces me hacían sentir como si fuera importante solo por eso. Solían recordarme que el vídeo que me dio a conocer no hubiera sido viral de no ser por eso.

Molesto, antes de salir a dar autógrafos, tomarme fotos y responder preguntas, me aseguré de no mostrar ni un centímetro de la pierna falsa.

Salvo por eso, la gira transcurría a la perfección. Aunque es increíble cómo cambian las cosas en relación con cómo las imaginamos al principio. No todo son risas, no todo es satisfacción, no todo es lujo y en definitiva no todo son buenos recuerdos. Hay tristezas, soledad... cansancio. Mucho cansancio físico y emocional. Aun así, pese a todo, ha valido la pena cada segundo. Ha valido la pena a pesar de, hasta ahora, no compartir con ella.

—No sé ni dónde estamos —dijo el gordo, queriendo seguir durmiendo en la camioneta que nos llevó al hotel. Ling había enrollado un suéter sobre su

cabeza para que la golpeara contra el vidrio de la ventana. Ella es mitad novia, mitad mamá.

—Londres —dije, viendo por la ventana.

«Es una ciudad grande», me dije. Porque mi mundo de pronto era demasiado grande, y entre más grande, en consecuencia, más solo me sentía. Pero no quería cerca a cualquiera, la necesitaba a ella.

Al llegar al hotel nos instalamos cada uno en una habitación. Los demás, hasta donde sé, durmieron. Mientras, yo esperé el amanecer tocando mi guitarra y escribiendo. Esa es mi manera de matar el tiempo. Escribía canciones. Muchas canciones.

Justo en eso estaba cuando me vi interrumpido.

Mirel: *Hola.*

Max: *Hola.*

Mirel: *¿Ya llegaron? ¿Cómo estás?*

Max: *Bn.*

Mirel: *Que“Bien” tan seco.*

Max: *Bn :)*

Mirel: *Mejor. ¿Muy temprano? ¿Te atrapé dormido?*

Max: *Algo.*

Mirel: *Escríbeme más tarde o yo te escribo.*

Max: *ok*

No tenía ganas de hablar con nadie. Guardé en mi maleta un cuaderno de notas que es como mi diario personal (ahí escribo mis canciones) y me recosté para procurar dormir algunas horas.

Fui el último en despertar y, por lo tanto, el último en desayunar; por lo que, por consiguiente, fui el último en llegar al salón del hotel en el que nos esperaban los medios de prensa. En cada conferencia eslo mismo, siempre preguntan y contestamos lo mismo. Lo que cambia a veces es el idioma.

—¿Sales con alguien, Max?

Esa es una de las primeras preguntas.

—Con mi mamá cuando la acompaño al supermercado —suelo contestar.

—¿Qué se siente tras haberte hecho famoso gracias a un vídeo?

Imaginen contestar eso mientras cientos de cámaras te enfocan, flashes te ciegan de forma simultánea y muchas miradas te supervisan. Están atentos a tus errores y aciertos.

—Aún lo estoy asimilando.

—¿Con qué banda quieren ser comparados? ¿Como quiénes desean ser?

—Queremos hacer historia como Raptor.

Nos encontrábamos sentados uno junto al otro detrás de una mesa y frente a publicidad de las marcas y radio que nos patrocinan. Además del nombre de nuestra banda y de la gira. «Raptor. *Hello*». A alguien de la disquera le pareció genial que la gira se llamara «Hola», porque nos estábamos dando a conocer. Horrible, pero firmamos un contrato para trabajar en conjunto.

—¿Cómo va tu rehabilitación, Eric? Los integrantes de la banda a la que pertenecías te suelen llamar «Traidor».

—Antes de estar en cualquier otra banda fui parte de Raptor.

Al terminar de responder Eric golpeé de forma amistosa su hombro.

—Max, se estuvo manejando que tú y Eric tuvieron mala relación durante años.

—No. Eric es como mi hermano —negué, mirando de Eric a Sam—. Los dos lo son.

Lo demás es información que solo nos incumbe a nosotros.

Sam revolvió mi cabello y chocó su pierna contra la mía.

—Eric, hay rumores de que eres gay. —Eric rio y la periodista continuó preguntando—. De hecho...

«¿De hecho qué?»

—Sí,mi amor platónico es Max —la cortó Eric, mirándome con ojos de amor y todos en la sala rieron. Más yo. Solo faltaba que me relacionaran con mi propia madre.

—Sam, ¿cómo lidias con el repentino éxito de la banda y tu peso? ¿Las chicas te buscan menos que a Eric y a Max? ¿Has hecho dieta?

—En realidad mi peso es solo problema de ustedes —dijo el gordo, consiguiendo que yo ahogara una risa—. Yo me siento cómodo así. Todos los días me miro en el espejo y me digo que acaparo más atención que Eric y Max juntos, y que, por ejemplo, ocuparé la mitad del espacio de cada foto que publiquen. Y eso está bien. Seré más famoso.

Cuando finalizaron los aplausos y risas como apoyo a Sam continuó el bombardeo. Esta vez la bala iba en mi dirección:

—Max, se te ha relacionado con la modelo ucraniana Mirel Yaroshevych. Hay fotos de ustedes juntos.

—También tengo fotos con Hendry Jones y eso no quiere decir que esté saliendo con él —contesté, viendo de forma significativa a Sam—. Aunque

es guapo. ¿Tú qué opinas, gordo?

—Bastante guapo. Inténtalo.

Los dos chocamos nuestros puños.

—También seguiste en Twitter a la actriz Tabita Popov —me cuestionó otra periodista.

—Estoy bastante seguro de que también seguí a una cuenta de productos para las hemorroides —aseveré—. Es que me están matando.

—Casi no viene a la conferencia porque no salía del baño —agregó Eric, volviendo a hacer reír a todos.

Manejamos bien a la prensa.

—Su primer sencillo, «Tiempo regresa», ocupa los primeros lugares. Ya son varias semanas. ¿No les da miedo ser una banda *One-hit wonder*? Puede que su éxito solo se deba a la emoción del momento.

—Pues nos queda disfrutar el momento.

Pase lo que pase el gordo y yo somos felices en Solatano & Delvecchio y, con el tiempo, también incluiríamos ahí a Eric.

—¿Quién es tu inspiración para componer canciones, Max?

«Oh, Dios».

—Todo lo que percibo a través de mis sentidos es fuente de inspiración.

—Max, una de las integrantes del quinteto Devona declaró que es tu admiradora y que le gustaría hacer un dueto. ¿Qué opinas?

—Sí, claro, sería genial. Hay muchos grupos y cantantes con los que nos gustaría colaborar. Estamos… abiertos a eso.

—¿Y te parecen guapas las chicas de Devona?—preguntó la reportera con tono de cotilla.

Titubeé antes de responder. ¿Por qué siempre quieren saber mi opinión sobre todo el mundo?

—Sí... son bastante talentosas y guapas... todas.

Concluimos hablando del disco, del concierto y sobre cómo nos sentíamos por casi terminar la gira. De la conferencia partimos a un programa de radio y de este a una sesión de fotos para una revista. Comimos entre una cosa y la otra y regresamos al hotel a las seis.

Ling nos esperaba para reunirnos ese mismo día con Suhail. Cenaríamos en su apartamento. «*¿Tan pronto?*» Me sentía como si todo pasara demasiado rápido.

Subimos a nuestras habitaciones para ponernos ropa cómoda y bajamos a esperar al vehículo que llegaría por nosotros al hotel.

—Debimos pedir un taxi —se quejó Eric, viendo su reloj.

—La disquera no quiere que paseen en taxi —dijo Ling haciendo rodar sus ojos—. Seguro hay tráfico. No tarda.

Yo no hablaba. Ni siquiera había comido bien. Mi estómago se sentía revuelto. Me dividía entre necesitar verla y querer huir de ella.

—Una de las admiradoras que nos esperaba afuera del programa de radio me regaló esta mascada arcoíris —dijo Eric, mostrándonosla. Prosiguió a colocarla sobre su cabeza como si fuera una pañoleta—. Han dicho tantas veces que soy gay que me lo empiezo a creer.

—Se supone que yo iba a ser el gay de la banda —me quejé—. No el «don Juan».

—Eres el líder —rio Eric, posando frente a un espejo cerca—. Te toca ser el don Juan. En cambio, yo, por mi pasado oscuro, creo, consideran justificable que ahora sea de gustos más... peculiares.

—Y yo simplemente soy «el gordo» —dijo Sam.

—No es que te esfuerces en demostrar lo contrario, Ballena bebé.

Mirel: *Perdón por cortar la llamada a mediodía. Surgió algo inesperado.*

Max: *¿Malas noticias?*

Mirel: *Algo así. ¿Tienes tiempo para hablar?*

Max: *Estoy por dar una entrevista, te llamo cuando esté en el hotel.*

Mirel: *Vale. x*

Respondí el último mensaje de Mirel y guardé mi móvil. Segundos después Eric se sentó junto a mí. Tenía claro que necesita su apoyo moral. El de todos.

—¿Y? —Fue lo único que dijo. Quería hablar de Suhail.

—No sé ni cómo me siento —dije, frotando mis ojos y acomodándome mejor sobre el asiento. «Creo que no debí jugar con lo de las hemorroides».

—Vive con su novio —me recordó para que esté preparado.

Palmeé las manos, cerré los ojos, incliné la cabeza hacia adelante y solo respondí.

—Lo sé.

«Lo sé, carajo. Lo sé».

154. Suhail

«Estamos de vuelta con la segunda hora de La Cotilla de las diez...»

—¡Súbelo, Suhail, aseguraron que después del corte hablaban de Raptor!

Suspiré con pesadez al escuchar a Laura, seleccioné en la pantalla de mi ordenador la pestaña de la radio y después deslicé el ratón hacia la derecha para dar más volumen. Yo solo quería saber lo necesario sobre Max y los chicos, pero Laura, asumiendo que soy tan fanática como ella, me persuadía para buscar fotos, entrevistas y estar pendiente de todo.

«Acaba de terminar la conferencia de prensa que dio Raptor tras su llegada a Londres», dijo uno de los locutores. «¿Qué opinas, Frank?»

«Lo más destacable es que Max Solatano volvió a negar lo de Mirel Yaroshevych», respondió con sorna el tal Frank.

«Yo opino que no lo negó. Evadió el tema».

«Tienes razón. ¿Y tomamos eso como un "Sí, estoy saliendo con ella, pero no quiero hablar de eso"? ¿Ustedes qué opinan?», preguntó, dirigiéndose a los radioescuchas. «¿Están saliendo Max Solatano y Mirel Yaroshevych?»

Por más que traté de concentrarme en el correo electrónico que escribía, no pude. ¿Salía con famosas? Sentí mi sangre recorrer con dolor por mis venas. No podía evitar recordar que para él solo fui una más y, ni siquiera, una tan extraordinaria de ser colocada junto a esas modelos rusas o ucranianas.

«¡Es un sí, vamos! ¡Es un sí!»

«Publiquemos una encuesta en redes sociales y que el público opine. ¿Salen Solatano y Yaroshevych?»

Lo más seguro es que ni siquiera pueda pronunciar el maldito apellido.

«¿En dónde fue que los vio juntos?»

«Él llegó al hotel de ella».

Bajé el volumen de la radio y salté de mi asiento para llegar cuanto antes al baño más cerca.

—¡¿Qué pasó?! ¡No oigo nada! —se quejó Laura desde su oficina y Gavin se apresuró a sentarse en mi asiento para volver a subir el volumen.

Entré al baño, aseguré la puerta, me instalé frente al espejo sobre el lavamanos y vi mi rostro: cabello color rojizo recogido

despreocupadamente en una coleta, ojos verdes, cara pálida y pecas. Muchas pecas.

—¿Qué haces? —le pregunté con actitud contendiente a la tipa frente a mí —. Eres una mujer, no una adolescente. Debes controlar tus emociones. Eres. Una. Mujer. Basta ya, ¿me escuchas? Basta. Eso ya fue. Deja tu pasado atrás. No te ama. Nunca te amó. ¡Supéralo! —Sin embargo, empecé a hipar y llorar. En el fondo me sentía débil y pequeñita. Hay cosas que nunca dejan de doler—. ¿Eres estúpida? ¿Le vas a mostrar debilidad? No lo amas, ¿me escuchas? Te explicaré qué pasa: todavía estás confundida y te duele. Lo que tienes que hacer es enfrentarlo. Cerrar el ciclo y avanzar. Tú amas a Finley. Vives con él. Max es tu pasado. Finley es tu presente. Él sí te ama.

Estaba convencida, o al menos procuraba estarlo, de que mi inestabilidad se debía a que no cerré ciclos con Max, y debía verle para demostrarme que lo había superado. No fue solo un noviazgo, entiéndanme. Me entregué a él en muchos sentidos. Había mucho para olvidar. Años. Por ello, aparté las lágrimas, lavé mi rostro y ahí mismo contesté el mensaje que Ling me envió durante la madrugada.

Ling: *¿Estás dormida? Acabamos de llegar.*

Suhail: *Hola.*

Ling: *¡Estás viva!*

Suhail: *¿Qué haces?*

Ling: *Aburrirme horrores en el hotel, los chicos están dando entrevistas. Estarán todo el día afuera.*

Suhail: *Debí escribirte antes para planear algo. Por lo menos comer juntas.*

Ling: *SIIIIIIIIIIIIIII Te extraño. ¿En serio te tengo que ver hasta el concierto?*

Suhail: *Cenemos en mi apartamento.*

Suhail:*Todos.*

Aunque puede que Max esté ocupado con su ucraniana.

Suhail: *O quizá los chicos no quieran.*

Confiaba en que por lo menos asistirían Ling y Sam.

Ling: *No te preocupes, yo mando y ellos obedecen ;)*

Suhail: *Bien :) Te daré la dirección.*

Entre más demorara en verle, peor sería. No debía darle importancia. Debía ser un acontecimiento más. Llamé a Finley para darle la noticia y, encantado, de verdad encantado, prometió pasar a comprar cosas para la cena. Yo me encargaría de limpiar.

—¿Ves? —le dije a la mujer en el espejo—. Necesitas a alguien que te apoye y haga equipo contigo y ese es Finley.

Inhalé y espiré, aunque para mi mala suerte era aire con olor a desinfectante, y salí otra vez tras darme fuerzas.

—¿Estás bien? —me preguntó Laura, saliendo de su oficina para tocar mi frente.

—Sí —dudé, caminando de vuelta a mi escritorio. Aún tenía inacabado el correo electrónico y me esperaba una larga lista de pendientes.

—¿Comiste algo que te cayó mal? —preguntó Gavin, haciendo muecas de regurgitar.

Podía responder «Sí» y dejar atrás el incidente o bien enfrentar mi destino. No podía engañarles más.

—Hoy tengo una cena importante.

—Y te comen los nervios —concluyó Laura.

Asentí y me acomodé en mi silla para sonreírles a ambos desde ahí.

—Me gustaría que vinieran.

—¿No es algo familiar?

—No. Bueno, sí. Casi. Pero quiero que conozcan a alguien.

—¿Finley? —preguntó Gavin, mirando con extrañeza a Laura—. Ya lo conocemos.

—No, no es él —dije, moviendo de un lado al otro el cuello antes de escribirle a Finley para que comprara comida para ocho personas. Me sentía tensa.

—¿Tu familia está de visita? —preguntó Laura, curiosa de que no dijera con claridad qué me traía entre manos.

—Sobre todo tú no querrás faltar —le aseguré con tono cómplice.

—¿A quién tendrás en tu casa? ¿Johnny Depp disfrazado? ¿Barack Obama? ¿El príncipe Harry? ¿El príncipe William?

No. A Max Solatano.

155. Max

Mi corazón palpitaba a un ritmo fuera de lo normal al aparcar nuestro vehículo frente al edificio de Suhail. Bajamos y Ling nos indicó por dónde. Suhail, explicó, nos estaba esperando.

El lugar me pareció agradable. Suhail, como es su costumbre, se esmeró en darle un toque hogareño haciendo a un lado el lujo. Todo era muy ella. Había libros, plantas de sombra y cosas *hippies* como atrapasueños.

—¡Suhail, llegamos! —la llamó Ling, pues al entrar no vimos a nadie por ningún lado. Mientras, los cuatro ocupamos distintos rincones de la sala.

Eric se encontraba de pie cerca del televisor queriendo encenderlo para ver un partido, Ling abría y cerraba puertas buscando a Suhail y Sam y yo, por otro lado, vimos retratos colocados a lo largo de una cómoda. La mayoría eran fotografías de Suhail en compañía de Finley. Ellos en un café, haciendo deporte, en una cena, en un cumpleaños, de vacaciones, con la familia de él, con amigos...

«Maldición».

Dolió. Aún sigue doliendo.

—Entonces sí te hace feliz —suspiré, queriendo ver esta vez fotografías de ella sin él.

—¡Voy! —escuchamos que gritó alguien por fin. «La voz de ella»—. ¡Estoy por meter algunas patatas al horno!

Mi espina dorsal hormigueó y sentí una mano caer suave sobre mi hombro. Era Sam.

—Haz lo correcto —dijo. Lo miré y asentí tres veces devolviendo mi atención a la cómoda.

Esa frase cambió por completo mis planes, mi apreciación del entorno y me dio material para pensar. «Hacer lo correcto». Por lo que una vez más vi una por una las fotografías y pensé en la incontable cantidad de veces que una estupidez mía impidió que Suhail fuera feliz. Me sentía como un destructor. Y ahí iba de nuevo a, quizá, arruinarlo todo de vuelta.

¿Qué quería? ¿Una prueba de que no debía interponerme? Ahí estaban las fotografías. Qué más.

—Hola —escuché que dijo una voz a mi espalda. Una voz que escuché por primera vez a los siete años, pero que, con el tiempo, se fue atenuando

para, paulatinamente, sonar más precisa, más segura, más afable. Era la voz de ella. Suhail. Mi canción favorita.

—¡Tonta!¡Te extrañé! —oí exclamar a Ling y las imaginé abrazarse al mismo tiempo que prometían no volver a perder comunicación.

Yo continuaba de cara a las fotos, evitando ver a todos de frente.

—¡Sam, te veo tan... alto! —continuó Suhail.

—Y ancho —dijo el gordo en respuesta.

—Solo un poco —le restó importancia ella, con su habitual amabilidad.

—Max no le deja hacer dieta —protestó Ling y sonreí.

—¡Oh, Dios, Eric! —Era el turno de Eric para ser saludado—. A ti es al que más tiempo tengo de no ver.

—Unos cuantos años.

—Muchísimos. Y no sabes el gusto que me da verte bien.

«Sabía que te alegraría ver que hice las paces con Eric».

—Con todo y tu mascada... ¿arcoíris? —preguntó ella, curiosa.

—Sí... creo que soy gay.

—Oh, ¿genial?

—Eso creo. Dame un abrazo.

Era mi turno.

Un silencio abrupto se instaló entre todos, lo único que se escuchaba a lo lejos era la sirena de un coche. Era mi turno.Dejé sobre la cómoda la foto de ella sola que sostenía en mis manos y me giré lentamente.

Ahí estaba Suhail, con rasgos mejor cincelados, cuerpo más delineado, ojos mucho más expresivos, cabello largo y... estatura más baja.

—Estás... alto —dijo, tragando saliva y conteniendo lágrimas. Su mirada era la de una persona con miedo. Miedo a qué es lo que me hubiera gustado saber.

Y claro, ella no estaba más baja, yo le había sacado algunos centímetros con los años.

Era toda una mujer. Aunque diferente a las modelos, actrices y cantantes que había visto sin parar los últimos meses. Suhail no es exuberante, es modesta y, por gusto propio, prefiere mezclarse entre la mayoría. Ya no era la adolescente *hippie* de años atrás, se veía como una adulta, una mujer segura. De cualquiera modo, estar cerca de ella siempre me hace sentir en casa. Incluso había harina sobre su pecosa nariz, prueba clara de que estaba cocinando. Sonreí. Suhail es costumbre. Es casa. Es hogar.

—Y de pie —agregó, dirigiendo su mirada hacia mis zapatos para después buscar otra vez mis ojos.

La última vez que me vio aún utilizaba muletas.

Necesitaba abrazarla.

La vi dudar si debía acercarse o no y decidí acortar yo la distancia por ambos. Me aproximé a ella, la rodeé y la acerqué hacia mí para abrazarla. Se sentía pequeña en comparación de cómo la recordaba y, en ese momento en particular, olía a mantequilla y canela. Pese a todo éramos uno. Al menos ese momento fuimos uno de nuevo.

No podía ver su rostro, pero sí sentí su corazón y respiración ir deprisa. Aun así, la solté al percatarme de que no correspondió mi abrazo. Cuando menos no de la manera que esperé.

«No me amas. Ya no me amas».

—Y también estás más ancho —dijo, al apartarme. En sus ojos todavía había dudas y ese miedo que no sabía interpretar—. Cuánto músculo. Has... Has hecho ejercicio.

No dije nada de inmediato porque no sabía qué. De haberme permitido besarla hubiera comprendido cuánto aún la amo y extraño.

Tocó uno de mis brazos con timidez y después lo apretó, como si no supiera que de mí podía tocar cuanto quisiera, pues soy suyo. Parpadeó algunas veces para continuar alejando lágrimas y yo cogí aire para armarme de valor y hablar.

—Tú... te ves bien —dije.

—¿Te parece? —preguntó, procurando acomodar de mejor forma su cabello. En respuesta acerqué mi mano a su nariz para limpiar de esta la harina, aunque no la quité del todo porque su cara se veía adorable así—. También he ido al gimnasio. El otro día fui a la playa y recibí buenas críticas.

No entendí el porqué de ese comentario, pero le creí. Sin duda le creí y me hubiera gustado verla yo mismo.

Antes de que pudiera decirle algo más, se giró hacia el resto del grupo y nos pidió tomar asiento.

Cuando nadie nos veía, Eric levantó su mano mostrando el dedo pulgar hacia arriba, dándome a entender que lo hice bien. No obstante, en mi cabeza aún hacían eco las palabras de Sam. «Haz lo correcto».

—Ahora cuenten qué se siente al ser famosos —preguntó Suhail, viéndonos. Inclusive quería saber qué opinaba Ling.

«Bueno, ya pasó. Ya estás con ella otra vez. Aunque no de la manera que quisieras».

—Es apabullante —contestó Eric, y Sam y yo asentimos—. Creo que hablo por los tres cuando digo que no nos acostumbramos.

—Pero tú ya eras famoso, Eric.

—Ni la mitad de lo que soy con Raptor, pero sí. Algo.

—A Sam ya le leí la cartilla —dijo Ling, sentada con la espalda recta en su asiento y respingando aún más su nariz.

—No puedo hacer amistad con mujeres, solo saludarlas —agregó el gordo gobernado.

Eric, Sam y Ling le platicaron a Suhail cómo resurgió Raptor. Desde cómo sucedió lo del vídeo que nos dio a conocer, la llamada de la disquera, la reunión con Eric, los ensayos, la planificación de la gira, la grabación del disco, las entrevistas, la locura en los medios de comunicación y las redes sociales, la gira en sí y los admiradores.

Yo era el único que no hablaba. Tan solo la miraba a ella. A Suhail.

—Estoy segura de que es más de lo que alguna vez imaginaron —dijo, viéndome, esperando que esta vez yo dijera algo. Parecía esperar obtener de mí algo más que no fuera silencio.

Pero, ¿qué iba a decir? Lo que tenía para explicar era a ella, solo a ella, y ya no estaba del todo seguro de querer confesarme.

—Es mucho más —estuve de acuerdo.

Me sonrío conforme y una vez más se dirigió a todos:

—Entonces... ¿les gusta el pescado rebozado? Será eso, patatas al horno y como postre tartaleta.

—Suena bien —dijo Sam.

—Hasta aquí escucho tu estómago, gordo —bromeé.

—Finley trajo el pescado y las patatas hace rato —continuó Suhail, logrando que mi estómago quemara, aunque no por el hambre—. Pero le faltaron las bebidas. Fue por ellas aquí cerca. Cuando regrese estaremos listos.

Al instante sentí la mirada de Sam sobre mí y me pregunté qué decir para no verme tan patético.

—Y... ¿cómo vas en la editorial? —pregunté.

Suhail meditó un poco antes de responder. En sus ojos y temple general percibí menos emoción al hablar nosotros dos. A diferencia de mí, concluí, tomó nuestro reencuentro de forma natural. Ya no le afectaba.

«Ya no me amas».

—Bien, supongo. Mi jefa y un compañero vendrán más tarde... si no les importa compartir con dos admiradores. Grandes admiradores, en realidad.

—No hay problema.

—¿Te relacionas con autores importantes? —le preguntó Ling.

—Como llevo poco tiempo dentro solo trato con noveles. Hoy estaba corrigiendo un cuento para niños.

—¿Algo interesante? —preguntó Sam, que ama leer casi tanto como a Yoko.

—Hilarante en realidad. Trata sobre un oso y una hormiga que se hacen amigos.

—Qué fumado —resopló Eric, haciéndonos reír.

—Más cuando tratas a la autora —estuvo de acuerdo Suhail—. Mi jefa, Laura, es la que trata con autores de renombre, pero de momento estoy bien con los novatos. Debo hacer carrera si quiero escalar más y tratar a autores celebres como Alexander Donoso.

—Me alegra que te esté yendo bien —la felicité y ella sonrió en mi dirección. Cada vez parecía sentirse más cómoda estando nosotros dos cerca.

«Lo superaste bien».

Se puso de pie y nos ofreció bebidas, y venía de la cocina con una jarra de limonada y vasos cuando la puerta principal se abrió de golpe, entrando tras esta mucho escándalo.

—¡Alto ahí! —llamó la voz de un tipo que entró cargando bolsas y sujetando una correa—. ¡Amor, por favor, sujeta a Max que se me cae todo! —pidió y Suhail entregó la jarra y vasos a Ling para ayudarle.

OceanofPDF.com

«¿Max?»

El gordo y Eric me miraron procurando no echarse a reír.

«¿MAX?»

—¡Ya están aquí! —saludó el tipo una vez estuvo desocupado. A la vez un perro saltó. Era un Beagle pequeño con cara de bobo. «Y tenía que venir hacia mí, maldición»—. ¡No lo babees, Max! —le pidió quien asumí era Finley.

—¿A cuál de los dos le hablas? —le preguntó el gordo gobernado, riendo.

Suhail rascó su frente con incomodidad y Finley se soltó a reír. Y sí, el perro me estaba babeando.

—Perdona, Max —se disculpó Finley.

—Insisto en solicitar saber a cuál de los dos te diriges —repitió Sam.

—Ling, acompáñame a dejar todo esto en la cocina —le pidió Suhail a Ling evitando mirarme y las dos se retiraron murmurando.

—Hola —saludó Finley al resto de nosotros. Estrechó las manos de los tres, aunque se detuvo conmigo. Solo conmigo—. Max Solatano —dijo, como si no me reconociera yo mismo.

«Él también tiene cara de bobo», me dije. Aunque eso no importa cuando recuerdas que también tiene a la mujer que amas.

—Sí —dije, estrechando su mano.

—Wow, en serio, hermano, te veo por... ¿Qué? ¿Todos lados?

—Me da gusto mejorar tu día.

Finley se echó a reír y bajé la guardia comprendiendo que solo me veía como el hermanastro de Suhail. No parecía tener idea de más. Ella no le habló de lo nuestro.

—Oye, en serio me caes bien. Bienvenidos sean todos a nuestra casa —dijo, mirando sucesivamente a Sam y a Eric—. Me encanta tenerles aquí.

—¿Le pusieron como yo al perro? —me atreví a preguntar.

—Pero no fue a propósito —aseguró él, apenado—. Ya tenía a Max cuando conocí a tu hermana.

—Oh.

—Y te juro que es un tocayo adorable —agregó, levantando al Beagle para al instante ponernos frente a frente—. Se pasa de simpático.

—¿Va por ahí conquistando perritas? —preguntó Eric, ganándose mi odio. Aunque no le importó, se soltó a reír junto con Finley.

—En realidad lo castramos —contó el otro.

«Oh, quién diría que sí tenemos bastante en común el perro y yo».

Lo cargué y me pregunté qué tan fuerte lo tenía que lanzar para que saliera disparado por la ventana.

—Oh, vamos, tú no tienes la culpa de nada —me disculpé con él, reconciliándonos.

—No te escuché —dijo Finley a modo de pregunta. Entendió que me dirigí a él.

—Que está linda tu casa —le aclaré.

—Ah.

—Imagino que ya se presentaron —dijo Suhail al volver, viéndonos a todos, sobre todo a mí y al Beagle. «No, no lo voy a matar».

—Sí, ya —contestó Finley—. Estos chicos son geniales.

Interpreté el suspiro de Suhail como muestra de alivio. Quizá se sentía afortunada de que no lo arruiné todo, como esa vez que me presentó a Aitor... lo cual también dolió.

—¿Desde cuándo se conocen tú y Suhail, Max? —me preguntó Finley, alcanzando la mano de Suhail para que ella tomara asiento a su lado.

—Desde los siete años —dije, evitando mirar sus dedos entrelazándose.

—Nuestros padres no se casaron hasta años después —añadió ella.

Finley asintió mostrando estar interesado en el tema hermanastros.

—Pero eran vecinos.

—Sí, vecinos —dije mirando hacia abajo. «Qué lindas manos solas y vacías tengo».

—¿Y a qué edad tuviste el accidente? Si no te incomoda el tema, claro. Es que se habla mucho de eso.

—Un día antes de cumplir dieciocho —conté, sintiéndome obligado a sonreír.

—*Wow*. Debió de ser duro.

—No tienes idea —dije, desplazando mi mirada hacia ella—. Aunque Suhail estuvo ahí para apoyarme. No lo hubiera logrado sin ella.

Finley asintió con apreciación y hubo mucho en la forma en la que Suhail me miró al terminar de decir eso. Sin embargo, no soltó la mano de Finley; se aferró a esta como si temiera de mí o de ella. Tras eso, lo único que hicimos fue mirarnos.

—Y a ustedes claramente les va bien —los felicitó Ling.

Finley se abochornó, pero contestó sin titubeos.

—Sí, tuve mucha suerte de conocer a esta mujer talentosa y sobre todo hermosa.

«Otra bala directa a mi pecho».

—¿Cómo se conocieron? —preguntó Sam.

Suhail empezó a contar todo de forma tímida, sin embargo, lentamente se soltó y de pronto todos, excepto yo, reían y comentaban aquel día lluvioso en el que la suerte tocó a la puerta de ambos.

Mi cabeza era un panal. «No debí venir. Lo ama. No debí venir. No estoy listo para esto». Abrumado, me puse de pie y pregunté por el baño. Suhail me explicó dónde encontrarlo y me alejé.

En el baño me recosté contra la puerta. «¿Por qué, Dios? No. No. No. Esto es consecuencia de una decisión que yo tomé. Nada tiene que ver una fuerza superior con mi propia estupidez». Pensé en todo un largo rato. Pensé en todo... mucho. «Lo arruiné. O quizá no...».

Porque es cierto, quizá no lo arruiné. Quizá así es como la vida debe ser. Yo por mi lado, ella con él. Porque no es un mal tipo. Finley, se lo juro, no es un mal tipo. Se merecen. Y si yo la amo, debo aceptar eso deseando lo mejor a ambos. Y ya.

Porque no quiero desearles que todo vaya mal para así yo tener una oportunidad con ella. No. Suhail no merece llorar más por mi culpa. Merece ser dichosa conmigo... o sin mí. Es hora de aceptar eso.

Y ya.

Y YA, MALDITA SEA. Y YA.

Me incorporé, me di ánimos y, pensando en marcharme pronto, abrí la puerta.

Cuál fue mi sorpresa al ver a Finley esperándome y a Eric viniendo tras él. Había todo un comité de recibimiento afuera.

—¿Todo bien? —me preguntó Finley.

«¿Quiere saber si me sentí a gusto con el olor y tamaño de papel higiénico?»

—Sí —contesté, procurando sonar casual—. Es que padezco de hemorroides.

—Oh. Sí. Sí. Algo de eso escuché.

—Ajá.

—En todo caso... Bueno, te esperaba por algo más —dijo, mirándome con emoción.

El tipo se estaba armando de valor para hablar conmigo.

—¿En qué te puedo ayudar? —le pregunté mirando con duda a Eric, que también se acercó a ver por qué no salía del baño. Debí decir que no encontraba el papel.

—Creo que puedo confiar en ti —dijo Finley, como si temiera que le dijera que no.

—Claro. Sí.

—¿Eric? —preguntó, girándose para ver a mi amigo.

—Por supuesto —contesté yo por Eric—. En él también puedes confiar.

¿Qué quería decirnos? ¿Que trabaja para el servicio secreto de la familia real británica?

Finley dejó escapar aire y nos pidió seguirlo. No fue lejos. Caminamos unos metros y abrió una puerta cerca.

Cuando entré no necesité mayor explicación para darme cuenta de que me encontraba en la habitación de ellos. Eric golpeó mi hombro para darme apoyo moral y yo, ya recuperado de la primera impresión, miré de nuevo a Finley preguntándome qué quería. ¿Para qué, en el infierno, le podía servir yo a Finley? O Eric. Más cuando lo vi poner el pestillo de la puerta.

—El otro día ordenando este armario llegué a una maleta de Suhail —empezó y procedió a abrir el armario—. Estaba mal cerrada y en consecuencia de esta salía un pedacito de prenda de algodón —continuó, bajando la maleta de la parte superior del armario—. La abrí para acomodar mejor todo y me encontré con esto —añadió, acomodando la maleta sobre el alfombrado para, un segundo después, abrirla por completo.

Que fuera droga me hubiera importado menos. Eran cosas para bebé. Cosas. Para. Bebé.

«¡MALDICIÓN!¡MIERDA! ¡MIERDA! ¡MIERDA!»

Di dos pasos hacia atrás y sentí cómo la realidad golpeaba duro y sin piedad en mi pecho.

«NO. ¡NO!»

—¿Es…? —Eric tampoco podía creerlo.

—Sí, son cosas para bebé —sonrió Finley, orgulloso—. Empecé a sospechar el día que Suhail se desmayó cuando salimos a caminar —contó y se oía feliz. Tan malditamente feliz—. Y los últimos días ha estado sensible, llora por cualquier cosa y constantemente me pide que la abrace. Se ha acercado mucho a mí.

Y terminó explicando que, conociendo a Suhail, pensaba que quería darle la noticia con una sorpresa.

Me arrodillé frente a la maleta y cogí una camisita entre tantas. Necesitaba asimilar.

—Un be-bebé —dije, sintiendo mi voz quebrarse.

«¿Por qué? Esto no. Esto no...».

—Sí, felicidades, tío —me dijo Finley como si fuera un cumplido y miró de mí a Eric esperando también una felicitación para él, el padre primerizo.

Apreté mis labios y mentalmente me obligué a ser fuerte. Felicité a Finley con un abrazo y volví a mi sitio bajo la mirada preocupada de Eric. Me quería matar. La había perdido. Ella no dejaría a un bebé sin su papá. La había perdido.

La había perdido. Perdí a la mujer que amo.

Finley volvió a cerrar la maleta y la guardó otra vez en el armario. Suspiró para volver a armarse de valor y nos miró.

—Ahora necesito su apoyo, chicos —dijo, decidido.

—Te escuchamos —dijo Eric, mientras yo veía el suelo con mi vida destrozada a su alrededor.

—Quiero hacer las cosas bien —explicó—. ¿De acuerdo, Max? No voy a permitir que tu hermana sienta mi apoyo a medias. La amo, y ella y yo ya habíamos platicado sobre querer pasar nuestra vida juntos.

—¿Le vas a pedir que se case contigo? —quise saber ya, aunque doliera.

Finley asintió mientras un par de lágrimas brotaban de sus ojos y me miró como si necesitara mi aprobación. La aprobación del hermano de Suhail.

«De verdad la amas».

Limpié mi nariz al sentir que de pronto goteaba y le demostré con un par de palmaditas en su espalda mi apoyo. Eric hizo lo mismo.

—Me parece una gran idea. Sí. Hazlo.

—Pero quiero que sea hermoso. Y pensaba que siendo tú músico...

Él tenía miedo de preguntar.

—¿Quieres que toque algo para ella cuando se lo pidas?

—Sí —dijo Finley, feliz de que yo comprendiera que necesitaba sorprenderla.

No tenía idea de que nadie mejor que yo podía entender eso.

—Puedo hacer algo mejor, Finley —dije, mirando de él a Eric que negó con la cabeza.

—Te escucho.

—¿Qué te parece sí... —volví a limpiar el agua que salía de mi nariz y le miré con decisión— digamos... durante el concierto hacemos algo especial?

Sus ojos se abrieron con sorpresa.

—¿En verdad harías eso?

—Sí —dije, asintiendo con insistencia—. Mi hermana merece lo mejor, Finley. Lo mejor.

«Ahora, si no te importa, quisiera sentarme a llorar; pues nunca imaginé que perder para siempre a alguien que amas doliera tanto».

«Tanto».

156. Suhail

u***One and Only* – Adele**

Cuando los chicos salieron de la habitación el resto ya buscábamos un lugar en la mesa y Ling me ayudaba a colocar sobre esta platos y vasos. No sería importante de no ser porque Max se veía acongojado, y me estaba preguntando por qué cuando vi a Laura correr hacia él gritando como una desquiciada.

—¡MAX SOLATANO! —Chocó de frente contra él, tirándolos al suelo cuando intentó que él la cargara. «Oh, Dios»—. ¡ERA CIERTO! ¡ERA CIERTO!

Laura abrazaba, gritaba y besaba a Max. Todo al mismo tiempo. Gavin, de pie junto a mí, tampoco salía del asombro. No pestañaba ni cerraba la boca.

—Dijiste la verdad —dijo viendo de Max a Eric y por último a Sam—. ¡Maldición, Suhail, dijiste la verdad!

Antes de aparecer en escena Max y Eric, me estaba retando a demostrar que Sam no era un doble del Sam de Raptor. En cualquier caso, viendo al resto de la banda no pudieron negar lo evidente. Suhail Didier conoce a Raptor.

—Max, Eric, ellos son Laura y Gavin. —Los presenté, sintiendo pena por Max al verle intentar salir de debajo de Laura.

—¡Yo te puedo hacer más feliz que Mirel Yaroshevych! —gritaba ella, tocando su cabello, párpados, tatuajes, nariz y boca como si los estuviera

amasando.

Me encogí de la pena.

—Eso parece —contestó Max, tratando de hablar pese a tener parte de los dedos de Laura metidos entre sus dientes.

—¡No puedo creer que sí los conozcas! —repetía Gavin caminando hacia Eric como si temiera tocarle y de esa manera hacerle desaparecer.

—Hola —saludó Eric de forma tímida al temer ser derribado de igual forma que Max.

—Bonita mascada —silbó Gavin, demostrando mucho interés y beatitud a la mascada arcoíris alrededor del cuello de Eric, quien de inmediato miró a Max buscando ayuda. Pero Max también necesitaba ayuda.

Sam se me acercó.

—¿Él...? —Pude advertir la duda entorno a Gavin.

—¿Sí es gay? —terminé la pregunta por él. Sam asintió riendo al ver a Gavin intentar hacer conversación a un muy nervioso Eric—. Sí. Sí lo es.

—Bien —bufó Sam de forma dramática y señaló con un gesto molesto a Max y a Eric—. Eso les enseñará a dejar de bromear con eso.

—¿Bromean con que son gais? —pregunté, boquiabierta.

—Sobre todo Max.

«Sobre todo Max».

—Oh.

—Max... Sam... —continuó pidiendo ayuda Eric. Gavin hacía demasiadas preguntas.

Max, por otro lado, aún estaba siendo bloqueado por Laura. Me aproximé a los dos para socorrerle.

—¿Puedo quedarme con él, Suhail? —me preguntó ella en lo que yo ayudaba a Max a incorporarse; sin embargo, como Laura no lo soltó, por tirar de él caí al suelo con ambos. Era una de esas escenas en las que empeoras algo en lugar de mejorarlo.

—¡Cuidado! —exclamó Max al instante, colocando sus manos sobre mi vientre para evitar que este golpeara de lleno el suelo.

Primero pensé que se trató de un reflejo, por lo que, aunque le vi con extrañeza, no pregunté nada.

—De acuerdo, voy a calmarme ahora —dijo Laura incorporándose ella sola y mirando a Max sin una pizca de vergüenza—. Es que eres... *Wow*.

—Usted también —rio Max, haciendo una mueca de «Creo que nunca me acostumbraré a esto» y le sonreí agradecida de que, a pesar de todo, fuera amable con mi novio y mis colegas.

—Y espera a que me veas en la víspera de mi cumpleaños.

—No se quedarán mucho tiempo en Londres, Lau —expliqué—, pero supongo que pueden darte fotos.

Cuando terminaron las presentaciones, firma de autógrafos improvisada y fotos; en la mesa, Finley tomó el lugar del anfitrión, yo a su lado y el resto ocupó los demás lugares, quedando Ling frente a mí y junto a ella Max, a quien veía constantemente. Se veía apagado, mucho más que cuando llegó. Solo hablaba o sonreía cuando la atención se dirigía a él y sus reacciones de emoción, con eso y todo, sentí eran un tanto fingidas. «¿No quiere estar aquí?»

Me pregunté qué pasaba por su mente y a qué se debía esa actitud distante. Asumí que ya todo estaba bien entre nosotros. Es decir, era yo la que debía estar molesta por cómo terminaron las cosas, ¿no? No obstante, desde nuestro saludo inicial, deduje, tomamos una postura de cordialidad y respeto, como los adultos que ahora somos.

¿Qué si hubiera hablado a solas con él? No sé.

Tal vez no había nada que decirnos, y es que hablar de algo que queremos dejar atrás no es apropiado. Max y Suhail están en el pasado. Ahora es Finley y Suhail. Max y Raptor. No siempre hay cenizas donde hubo fuego, a veces se las lleva el viento... y el tiempo.

Laura y Gavin dirigieron la conversación durante la comida, los dos bromeaban, reían y hacían todo tipo de preguntas a los chicos; evitando de esa manera, gracias a Dios, caer en silencios incómodos.

—Y... ¿cómo están papá y Miranda? —le pregunté a Max mientras los demás comentaban el último partido del Arsenal, y porque Max una vez más no se integraba a la plática.

—Bien —contestó él, sin elevar mucho su voz. Supuse que quería privacidad—. Quieren adoptar a un niño o niña.

—Tu mamá quiere hacer eso desde que la conocí —recordé, con emoción. Miranda siempre quiso dar un hermanito o hermanita a Max.

Max también ladeó su cabeza hacia un lado recordando. En aquella época él no quería ninguna hermanita, parecía haber cambiado de opinión.

—Sí. Hay muchas probabilidades de que esta vez sí lo logre.

—Papá debe amar la idea.

—Mucho.

—¿Él... cómo está?

—La próxima semana le entregarán un reconocimiento por ser docente ejemplar. Deberías hacer un esfuerzo por acompañarlo.

Mi respingo no sorprendió a Max.

—No... No lo sabía —dije, avergonzada de mí.

Max bajó su mirada.

—Supongo que no quiso molestarte.

—No me molesta —aclaré, elevando mi voz y llamando así la atención de todos que, al ver que nuestro tema no era de su interés, retomaron la conversación del Arsenal.

—Él asume que estás demasiado ocupada —aclaró Max, comprendiendo mi sorpresa y sentimiento de culpa—. Deberías llamarles y visitarles más seguido —aconsejó.

Me sentí culpable. Llamaba a papá y a Miranda una vez a la semana y no viajaba a Ontiva desde hacía dos Navidades. Debía cambiar eso ya.

—Prometo ir pronto.

—Salúdalos de mi parte —sonrió Max, sin humor.

Mi asombro iba en aumento.

—¿Ya no vives con ellos?

—Hace meses que me estoy mudando. Y hablo de meses porque Miranda casi no me deja sacar nada de la casa. No quiere que me vaya.

—Está muy unida a ti.

—Me llama a diario —contó él, haciéndome reír—. Siempre me pregunta si tengo ropa limpia o si ya comí.

«Mamá me llama una vez al mes».

Saber que Max ya no vive con papá y Miranda terminó de ayudarme a comprender que los dos habíamos crecido. Atrás habían quedado los niños que tenían su ventana frente a frente, por lo que la nostalgia tomó lugar y me serví doble ración de pescado rebozado en lo que Finley y el resto continuaban discutiendo sobre fútbol.

—¿Ahora comes carne? —me preguntó Max mirando con desconcierto mi plato. Eso por fin había llamado su atención y mi sentimiento de culpa alcanzó el nivel más alto.

—Yo... —Miré con culpa los pescados destrozados en mi plato. «Oh, pobres pescados»—... ahora soy más flexible —dije, aclarando.

Max se tomó su tiempo para opinar algo al respecto. Su rostro era serio, como si me estuviera regañando.

—Yo le hice ver que ser radical no es buena idea —se apresuró a opinar Finley, integrándose a nuestra conversación.

—¿Ya no frecuentas *hippies*? —me preguntó Max, ignorando a Finley.

—Ahora me dedico más a las letras. Ya sabes... por mi trabajo.

—Me gustaba tu faceta *hippie* —señaló él, asombrándome.

«*¿Qué?*»

—Te burlabas de mi faceta *hippie* —le recordé, y algo muy intenso brilló en sus ojos.

—Eso no quiere decir que no me gustara —aclaró, sin que yo lo comprendiera del todo—. Deberías continuar... Te gustaba... Te hacía feliz.

Después miró con tristeza la flor que había formado con mis patatas.

—Ahora me dedico solo a las letras —dije—. Eso también me hace feliz. Además, tengo un blog —le conté, recordando que Finley me quiso conocer más a raíz de leer lo que publico ahí.

Aunque es extraño que necesitara hablarle a Max de mi blog. «No, a él no le interesa», me dije pensando en cómo cambiar de tema.

—¿Cómo se llama? —preguntó él de pronto.

«¡Le interesa!»

—Ojeras por...

—Suhail sabe que puede hacer lo que quiera —interrumpió Finley con pena. Parecía necesitar aclarar que él no me está prohibiendo nada. Le miré agradecida.

—... leer —terminé de decir en voz más baja, asumiendo que la atención de Max se había desplazado a Finley—. También tengo cuenta en Instagram.

—Por otro lado, insisto, ella comprendió las ventajas de no ser tan radical —continuó explicando Finley, dirigiéndose a Max, que le veía con escepticismo.

Era comprensible la pugna, los dos conocen a una Suhail diferente.

Max susurró algo en respuesta que ni Finley ni yo conseguimos escuchar, pues la voz de Gavin se alzó preguntándome si podía servirse más patatas.

—Toma las que quieras —le contesté sin dejar de ver a Max, que ahora dirigía su atención al plato. «¿Qué intentó...»

Rápido y condescendiente con mi duda, Ling me envió un mensaje de texto. Ella, al estar junto a Max, sí había escuchado la respuesta.

Ling: *Dijo: "Yo nunca la intenté cambiar".*

Primero miré a Ling. ¿Por qué quería que lo supiera? Además, su mirada era de acusación. «¿Yo qué hice?»

—Dejé de ser vegetariana antes de conocer a Finley —aclaré a Ling, a Max y a todo el que quisiera escucharme—. Desde la universidad tuve...

—Yo recuerdo que no comías carne —me contradijo Gavin—. ¿No, Laura?

—Era más estricta, sí —opinó ella, dejando todos a un lado el tema del Arsenal—. Fue Finley quien la terminó de influenciar —bromeó por último.

Todos rieron y miré con alarma a Finley, que lucía incómodo. No le pareció gracioso que lo tacharan de intolerante.

—Si no quieres comer carne está bien, Suhail —dijo, mirándome. Había aflicción en su voz.

—¿Alguna vez te explicó por qué lo hacía? —le cuestionó Max—. ¿Nunca recibiste discursos sobre árboles, reciclaje o gluten?

—Algo leí en su blog —le contestó Finley sin confrontar. Él, en comparación con Max, es pacifista.

—¿Y por qué no hay cientos de palabras aquí? —exigió saber Max dejando caer de forma dramática su tenedor y viendo con indignación nuestro techo y paredes—. En su habitación de Ontiva había miles, lo decoró todo con ellas. ¿Cuál es la palabra favorita de Suhail, Finley?

—Max —protesté, sin dar crédito a tanta tozudez. ¿Una vez más iba a comportarse como un imbécil?

Él cerró sus ojos y, conteniéndose lo más que pudo, golpeó la mesa con su puño.

—Solo necesito estar seguro de que...

—Estoy bien —terminé por él, mirando de él al resto en la mesa. Parecía tener que aclarar eso a todos—. Muy bien.

E iba a continuar comiendo mi pescado, pero mejor lo dejé. Finley no dijo nada, él nada más miraba su plato y ya no habló ni rio tanto como al inicio.

Gracias a Laura y a Gavin el tema de conversación de nuevo fue Raptor; no obstante, Max continuó sin integrarse por completo, dejando que solo

Eric y Sam resolvieran las dudas. Tampoco había comido mucho.

—¿Qué? ¿Ahora eres tú el que no come carne? —lo cuestioné, ganándome una sonrisita estúpida—. O de plano cocino muy mal.

Mi intención era mostrarle que el ambiente cordial debía prevalecer sobre su obstinación. No debía aferrarse al recuerdo de la anterior Suhail.

Él alcanzó un pedazo de pescado con el tenedor, hizo respingar su nariz y apretó con una mano el puente de esta; después llevó el tenedor a su boca y mascó haciendo muecas de asco.

—Ja, ja —protesté y continué con mis patatas. Más tarde le daría un funeral apropiado al pescado.

Max me guiñó un ojo y otra vez nos miramos durante largos segundos sin pronunciar palabra. No hablamos a profundidad. No hubo un solo momento en el que él o yo tomáramos la iniciativa de alejarnos del resto y enfrentarnos. No lo sentimos necesario, quizá. Ya todo estaba dicho, ¿no? Al parecer, y sin buscarlo, habíamos llegamos al acuerdo tácito de dejar el pasado donde debe estar. Atrás. Olvidado.

Nos despedimos de forma cordial, yo prometí asistir al concierto y los chicos, para felicidad de Laura y Gavin, cambiaron nuestras entradas regulares por unas de primera fila. Finley no quiso aceptar una entrada, disculpándose por no poder asistir. Dijo tener ocupaciones de trabajo ese día. Me pregunté si su desinterés se debía al reclamo que le hizo Max.

Y mi duda aumentó cuando le pidió hablar a solas.

Los dos hablaron sobre la calle frente a nuestro edificio mientras los demás esperaban dentro del vehículo que los llevaría de vuelta al hotel. Desde la ventana los vi y me pregunté si estarían aclarando algo o...

La verdad no sospeché nada.

Cuando Finley regresó yo estaba recogiendo la mesa. Él se dispuso a ayudarme y entre los dos lavamos los platos. Todo en absoluto silencio pese a saber que había cosas para aclarar.

—Puedes dejar de comer carne si eso es lo que quieres —dijo, apenado. Le había dolido mucho tanto señalamiento.

—No hablemos de eso —le pedí, evitando ir por ahí tan pronto. Me sentía cansada en todos los sentidos. En todos.

Él pareció comprender y me pidió dejar para mañana los platos y vasos que aún faltaban por fregar y secar, comprometiéndose a hacerlo él mismo por la mañana.

—Te tengo una sorpresa —agregó, alcanzando mi mano y guiándome hacia la sala. «*¿Qué rayos?*» Ahí sacó su teléfono y dijo estar buscando una canción—. Sé que has tenido días difíciles y yo... —Adoptó una actitud solemne—. Yo solo quiero que tengas claro que aquí me tienes, ¿de acuerdo?

—Gracias. —Lo abracé y al instante la canción que buscó comenzó a sonar.

One and Only de Adele.

Y de esa manera, abrazados, bailamos lento durante el tiempo justo para comprender que yo estaba donde debía estar. Con Finley. Él dijo que me ama y yo... lo mismo.

Me sentía más tranquila por haber enfrentado mi pasado, había arreglado las cosas con Max, ahora sí estaba lista para limpiar el ático y dejar de sentir miedo. Estaba en lo correcto.

Estar con él era lo correcto.

...I dare you to let me be your, your one and only
I promise I'm worthy
To hold in your arms
So come on and give me the chance
To prove I am the one who can walk that mile
Until the end starts.

157. Max

u***The times they are a changin* – Bob Dylan**

Era uno de esos días en los que si ves un oso de peluche lo coges para golpearlo y sacarle todo el relleno que tiene dentro.

Estaba en el bar del hotel con Eric, los dos sentados en una mesa ubicada en una zona exclusiva. No quise que nadie nos molestara y son cosas que se puede permitir alguien que tiene dinero... y alguien que también quiera llorar.

—Te odio —dije a Eric—. Me odio... Odio a todo el mundo. Ojalá el apocalipsis fuese mañana.

Eric intentaba animarme.

—Mira...

—Te juro que si dices «No estés triste» o «Debes superarlo» te voy a matar. Déjame hundirme en la miseria un rato. No juegues al maldito optimista conmigo.

—No iba a decir eso —se defendió él.

—Solo de imaginar que... —Cerré los ojos y sentí mi alma doler.

—¿Están follando?

—Iba a decir «Están hablando sobre el bebé», pero gracias por esa imagen tan gráfica.

—Perdón.

—¡Me encanta imaginar a Suhail follando con otros! ¡Gracias, Eric, en serio gracias!

Eric pateó por debajo de la mesa mi pierna y hasta se dobló por tanto reír.

—Pero piensa que debe estar pensando «Oh, Max la tiene más grande que Finley».

—Mucho mejor —recalqué, hundiéndome en mi asiento. Me sentía emocionalmente cansado. El desgaste que deja un concierto era mínimo comparado con sufrir por Suhail.

—Aún no comprendo por qué los vas a ayudar —me echó en cara Eric. En el fondo irónicamente sonaba *The times they are a changin* de Bob Dylan como respuesta a mi dolor.

—He pasado la mitad de mi vida jodiendo a Suhail —expliqué, sintiéndome culpable—. Por lo menos quiero hacer bien esto. Ella hubiera encontrado el amor hace mucho de no entrometerme. Se lo debo. Además, no soy tan imbécil como para meterme con un bebé.

Eric se percató de que nuestros vasos se encontraban vacíos y llamó al mesero.

—¿Más jugo, señor? —preguntó este.

—Por favor.

—Y lo peor es que, por estar tú en rehabilitación, no podemos embriagarnos —resoplé, saboreando en mi boca el saludable sabor a naranja.

—En serio lo lamento.

—Está bien. —Le resté importancia—. Mesero, tráigame todo el maldito árbol de naranja. Esta noche necesito mucho zumo.

—En realidad sí suena estúpido —rio Eric, avergonzado.

—Mucho, maldición.

—Mesero, al menos mezcle con agua gasificada el jugo —pidió.

—Como gusten, señor.

—¿Tú por qué estás mal? —le pregunté a Eric al verlo mirar con un aire nostálgico el vaso vacío—. Luces mal.

—Cosas.

«¿Cosas?»

Había algo en la actitud de Eric que no me terminaba de cuadrar. E intenté hacerle confesar, pero solo divagó sin decir nada en concreto. Lo haría cuando estuviese listo.

—¿Y qué te pidió Finley cantar? —preguntó, cambiando de tema y haciéndome recordar mi conversación a solas con Finley.

«Te prometo que, si la dejo ser ella misma, le diré que si no quiere comer carne por mí está bien. No pienses que no quiero tener una buena relación con ustedes. Su familia».

—Una cursilería llamada *Truly, Madly, Deeply*.

—Ya estoy vomitando.

¿Por qué no me extrañó que algo así viniera de Finley?

—En defensa de Savage Garden diré que últimamente escribo cosas más cursis.

—Pero no dices *Baby* tantas veces. ¿La has escuchado? Es como sentir que un unicornio sale de tu trasero.

—Yo le hubiera pedido matrimonio con una canción de Marilyn Manson —expuse, agregando detalles sobre cómo luciría el escenario—: Sangre. Muerte. Tripas.

—Y te vestirías como él —agregó Eric, siguiendo el juego.

Eso me gustó de hablar con él en ese momento. No necesitaba el consuelo espiritual de Sam. No todavía. De momento solo precisaba de alguien que me escuchara maldecir y renegar.

—Exacto —aplaudí—. Imagíname cantando *Sweet dreams* sosteniendo el anillo de compromiso con mi lengua. Así lo hubiera hecho Max Solatano.

Los dos reímos y Eric buscó en su teléfono *Sweet dreams* con la versión de Marilyn Manson. Pensé en Suhail al escuchar cada nota. Siempre pensaba en Suhail sin importar qué canción fuera. Encontraba la manera de que todas hablaran de ella. Aún me pasa.

—En realidad lo hubieras hecho más cursi que Finley —zanjó Eric, haciéndome reír.

—Sí, mucho más —estuve de acuerdo y brindamos una vez el mesero llenó nuestros vasos. Necesitaba mucha vitamina C.

—¿No te dejó proponer una canción?

—Fui yo el que no quiso proponer una —aclaré. Tal cosa me parecía ridícula—. Es mejor que él elija. Es su momento, ¿no?

—¿Y qué dijo el gordo?

—¿Qué más iba a decir? Que estoy loco.

—Estoy de acuerdo. Al menos canta *Love Hurts* de Nazareth al terminar *Truly, Madly, Deeply*.

Volvimos a reír y para hundirme más en mi dolor esta vez Eric buscó la canción que pidió Finley.

—*Truly, Madly, Deeply* —resopló, aún si poder creerlo—. ¿Puedo suicidarme a la mitad del coro?

—¿Por qué siempre quieres dar un toque dramático a todo? —me quejé, pidiéndole bajar el volumen. Me bastaba imaginarla—. Y aparta esa sonrisita de tu rostro porque tú y el gordo me harán coro.

—¡¿Qué?!

—Me. Harán. Coro.

*****

Tuvimos un par de días tranquilos antes de las fechas acordadas para dar el concierto. Con los chicos y Ling salimos a conocer la ciudad por la mañana y por la tarde ensayábamos. Las noches eran caso aparte. No podía dormir por pensar en ella y tampoco quería hacerlo, porque dormir era arrebatarme su recuerdo, aunque este doliera.

En uno de los ensayos, para ser preciso durante la prueba de sonido, el asistente de audio me pidió confirmar si aún haría «lo de los globos». El resto del equipo: músicos, coristas, escenógrafos y demás, de igual forma se mostraban a la expectativa. No había pasado desapercibido mi intento de querer impresionar a una chica.

—Se trata de mi hermanastra —dije, desilusionándoles—. Los globos los pidió su novio. Él... le pedirá matrimonio.

—No te escuchas tan feliz diciendo eso —se me cuestionó. «Maldición».

—No es fácil perder a una hermana... supongo.

Nada más Sam, Eric y Ling sabían la verdad, y preferí dejarlo así. ¿De qué me hubiera servido que todo el equipo estuviera al tanto de cuánto iba a dolerme cantar *Truly, Madly, Deeply* a Suhail?

—Dijiste que la canción sería *Classic* —me recordó el encargado de audio desde la consola principal. Él tenía su propio micrófono.

Me encontraba de pie sobre el escenario con Eric, Sam y los instrumentos. Estábamos por finalizar ese ensayo. Ya solo faltaba tocar *Classic*.

—La canción ya no será *Classic* —aclaré, escuchando al instante lamentos de todos—. La cambiamos por *Truly, Madly, Deeply.*

—No me jodas.

Reí un poco y asentí. En verdad iba a ser un dolor de bolas tocar y cantar eso.

El lugar tenía forma de anfiteatro, por lo que había miles de asientos a mi alrededor, asientos aún vacíos. Todavía no llegaba a mí la energía de miles de voces gritando mi nombre; aun así, mi sola voz haciendo eco en el vacío al susurrar *Classic* también conseguía afectarme.

—Tocaremos *Classic* solo esta vez —informé y el encargado de audio asintió.

No me atreví a volverme para mirar a Sam y a Eric, que, seguramente, no darían crédito a mi nivel de masoquismo.

Triste, caminé unos pasos más hacia adelante y comencé a cantar:

—*Got to write a classic.* —Lo hice incluso antes de que los chicos estuvieran listos para tocar—. *Got to write it in an attic...*

Tan solo necesitaba escuchar mi voz en eco diciendo eso.

—*Baby, I'm an addict now* —continué—. *An addict for your love*.

Después de decir *love* mi cuerpo tembló pidiendo oxígeno y de pronto me encontré respirando fuerte.

—¿Max, estás bien? —me preguntó con preocupación Sam y lo sentí aproximarse en lo que yo abría los ojos para ver una vez más los asientos vacíos. En el lugar cabían miles de personas, aunque en ese momento se encontraba vacío...

Tan vacío como me sentía yo por todavía no poder asimilar que ya todo dejaba de tener sentido.

158. Suhail

Como el disco de los chicos aún estaba por salir, la mitad de las canciones del concierto eran *covers*. De todas formas, el público, pese a no ser ellos una banda con mucha trayectoria, les apoyan. Eran cinco mil personas en un recinto tipo domo.

—Ni siquiera tuvimos que pasar horas en fila —me dijo Laura en lo que buscábamos nuestros asientos en la primera fila.

—Sí, genial —dije, siendo consciente de mi corazón latiendo con anticipación. Ser una estrella de *rock* no solo era el sueño de Max, para mí también lo era verlo cumplir eso.

Ocupamos nuestros asientos y platicamos mientras esperábamos, a mi derecha otras dos chicas discutían sobre qué tanto conocen a Max. Hice rodar los ojos en lo que corregía mentalmente sus respuestas.

¿Cuál es la *pizza* favorita de Max? Ellas: La de queso. Yo: No, la de pepperoni.

¿Cuál es su banda favorita? Ellas: The Vans. Yo: No. The Rolling Stones.

¿A qué edad perdió su virginidad? Ellas: A los trece con una vecina.Yo: ¡Maldición, no! A los quince, aunque con una chica que no recuerda; ocurrió durante su primera borrachera.

¿Dónde dio su primer concierto? Ellas: En el bar de un tipo llamado Bob. Yo: En el gimnasio del colegio.

¿Color favorito? Ellas: Azul. Yo: ¡El rojo!

Una vez me dijo que el rojo atardecer porque le recordaba a mi cabello.

¿En serio se consideran admiradoras?

A lo lejos otras chicas vitoreaban el nombre Raptor o cantaban. Había luces de neón, pancartas con epígrafes del tipo: Max. Te amo, Max. Cásate conmigo, Max. Te aceptamos como eres, Eric. A mí me gusta el gordo, Gordo 4ever. Max, hazme un...

Ahí lo dejaré.

Al cabo de un rato, el lugar se tornó oscuro; chicas gritaron, otras hicieron titilar sus móviles y lentamente la única luz que volvió fue la del escenario dejándonos ver el nombre Raptor. Mi corazón brincó fuerte y algo me quedó claro: si hay algo que saben hacer los chicos es animar a la gente, pues lo primero que hicieron al salir a escena, antes de siquiera presentarse,

fue palmear las manos dos veces y zapatear una vez, a modo de que el público les siguiera; y lo lograron, de pronto todos cantábamos con ellos:

—*We will we will rock you!*

Max y Eric cargaban sus respectivas guitarra y bajo, Sam se instaló en la batería y, como si fuera algo natural como respirar, todos, sin excepción, saltamos de nuestros asientos para gritar junto a los chicos y demás músicos. El lugar temblaba.

—*Buddy you're a young man hard man. Shoutin' in the street gonna take on the world some day.*

Recordé tantas cosas en ese momento: Max ensayando con su papá, Max desmotivadopor no ser tan bueno con la guitarra, Max listo para su primer concierto en el gimnasio del colegio; Max emocionado por tocar en un bar o, mejor aún, feliz por conocer a la Bombilla...

El accidente.

Él perdiéndolo todo.

¡Él recuperándolo todo!

Eran muchos, demasiados, recuerdos y me sentí orgullosa de ser parte de cada uno.

Las chicas que minutos antes hablaban de Max ahora lloraban por al fin conocerle, sin embargo, yo había sido testigo de su crecimiento. Yo era algo más.

Él sonreía satisfecho, como si esa guitarra en lugar de ser un objeto fuera una extensión de su cuerpo. Estaba tan familiarizado con ella como lo estaba con la prótesis de su pierna.

Max es un ganador.

Además de las propias, tocaron canciones de Led Zeppelin, Guns N' Roses, Pink Floyd, The Rolling Stones y hasta Bon Jovi, pero el público llegó a la euforia cuando Max finalmente cantó *Yesterday*, la canción que le dio a conocer.

Y aunque en el fondo esperaba escuchar *Classic*, eso no pasó y creo que fue lo mejor.

—No me abucheen ahora que otra vez tocaré una propia, ¿de acuerdo? —les pidió desde el micrófono y se escucharon risas.

—*Tus ojos son un espejo, en ellos noto la diferencia entre el hombre que era y el que ahora soy...*

Esa canción y la que sonaba entonces en la radio me hacían sentir... ¿señalada? Pero, reí. «No, Max no pudo haber escrito eso por nosotros».

Entretanto, me daba segundos de su atención y se sintió extraño. Entre todos me elegía a mí para mirarme mientras tocaba y lo hacía de una forma que no sabría describir. ¿Hablándome? Le correspondí sonriendo y aplaudiéndole fuerte... a él... a todos.

Aunque como ustedes ya saben, fue hasta la mitad del concierto cuando en verdad me sorprendió.

—La siguiente canción es dedicada —dijo, acercándose más al público. Una chica le gritó que quería limpiar con su lengua el sudor de su frente y él dijo aceptar, consiguiendo así más gritos—. De cualquier modo, esta... —continuó—. Esta canción es... Es para ti, Suhail Didier —añadió, volviendo a hacer gritar a los presentes y robándome a mí el aliento.

Y un segundo después la banda empezó a tocar *Truly, Madly, Deeply*.

—No —fue lo primero que dije sintiendo cerrarse mi garganta, dándome cuenta de que tenía miedo; él no podía estar arruinando todo... otra vez—. No...

—¡Es para ti, Suhail! —gritó a mi oído Laura, celebrando algo tan extraño como que tu «hermano» te dedique una canción de amor.

Estuvo claro para mí entonces: No quería escuchar que me ama, no quería que me cantara. Yo solo necesitaba que no arruinara las cosas con Finley, que no se llevara mi paz.

Negué con la cabeza sintiendo picar mis ojos, Laura, por el contrario, emocionada, saltó y me abrazó. No sé qué entendía ella, pero yo solo quería parar todo.

«No lo arruines más».

Por fortuna, a diferencia de Laura, para Max fue evidente que no recibí bien la dedicatoria. Bajó la mirada al ver mi cara de enojo y, con voz lúgubre, antes de repetir el coro, dijo:

—Es de parte de Finley, Suhail.

—¡FINLEY! —saltó aún más Laura—. ¡FINLEY!

«Finley». Liberé el aire que retenía y por fin permití que lágrimas saltaran de mis ojos a mis mejillas, igualmente traté de pensar y respirar con más calma. ¿Qué sentía? ¿Alivio? Era consciente de que me quitó un gran peso de encima saber que la canción no me la dedicaba Max. Por otro lado...

—¡Es él! —gritó mi jefa y señaló una esquina del escenario. Ahí se encontraba Finley, caminando hacia mí, sujetando en su mano unas rosas y un anillo...

Un anillo de compromiso.

Mi pecho se contrajo, mis pies pesaron un poco más de pronto. Era demasiado en muy poco tiempo. Laura y alguien de seguridad me alentaron a subir al escenario, pues ahora Finley me esperaba para dar respuesta a la pregunta que apareció en la pantalla a un costado del nombre Raptor.

¿Aceptas casarte conmigo, Suhail?

Sentí palmadas de felicitación en mi espalda, era la chica del momento en ese lugar y procuré sonreír pese a la conmoción. No soy de sorpresas.

Cuando estuve frente a Finley lo primero que hice fue besarlo y abrazarlo fuerte en lo que muchos globos cayeron del techo. Lloré sintiéndome especial. Él había pedido a los chicos que hicieran eso por mí. Lloré. Fue dulce y era mucho, demasiado, para procesar.

—¿Entonces... aceptas? —preguntó él a mi oído.

—Sí —dije, correspondiendo y él hizo un gesto afirmativo al público para dar a conocer mi respuesta. Hubo gritos, aplausos y más *Truly, Madly, Deeply.*

En el fondo se escuchaba la canción, aunque ya nadie estaba cantando. Por un momento me pregunté si Max y su *staff* se habían detenido para darnos un momento a Finley y a mí hasta que, dudosa, me giré para ver; y mientras Finley me besaba observé a Eric acercarse a Max con la intención de...

¿Consolarlo? Max no estaba llorando, mas sí se veía pesaroso. La ira me invadió al instante.

—¿Quién es la estrella de *rock*? —preguntó Sam desde su propio micrófono.

—¡MAX SOLATANO! —respondió en coro el público, aplaudiendo.

Max agradeció las muestras de cariño.

—¡¿QUIÉN ES LA ESTRELLA DE *ROCK*?! —gritó con más fuerza Sam.

—¡MAX SOLATANO! —repitió su público con Eric gritando más fuerte que todos.

Eric levantaba el brazo de Max de cara al público, los dos sobre la orilla del escenario. Comencé a temblar. «Le están dando ánimos», me dije y a mi

enojo se unió la necesidad de golpearlo. ¿Qué clase de juego de mierda era ese?

—Vamos —le dije a Finley, tomando su mano para retirarnos cuanto antes.

Salimos del escenario por el mismo lugar que entró él y ahí encontramos al resto del *staff*. Todos nos felicitaban.

—¿Estás bien? —me preguntó Finley al notar mi molestia—. Ni siquiera te he puesto el anillo. Lo iba a hacer ahí.

—Lo haremos en otro momento —dije, procurando sonreír para él. No tenía la culpa de nada. Por lo mismo, decidida a poner punto final a todo de una buena vez, le pedí comprensión—. Necesito que vayas al apartamento y me esperes ahí. —Él me miró con desconcierto—. Yo... debo hacer algo.

—Pero...

—Por favor.

Se veía preocupado.

—¿Todo está bien? Suhail, yo...

—Estaré bien y continuaremos con esto a solas, ¿sí?

En donde no me hagan sentir la maldita villana.

—Suhail...

—Te amo. —Lo besé—. Gracias por todo.

No estaba muy seguro de querer hacerlo, sin embargo, pese a las dudas, mi prometido se marchó y yo me quedé ahí... esperando. La gente del *staff* me ofreció un asiento, pero no acepté. No podía estar sentada, daba vueltas en mi lugar cual bestia enjaulada decidida a morder... a vengarme.

«¿Cómo pudo?» Pensé que estaba ayudando y lo que hizo fue arruinarlo, arruinarlo como siempre lo arruina todo.

—¡Suhail! —Escuché que llamó alguien y vi a Ling correr hacia mí—. Estaba en el otro lado —explicó, señalando el final del pasillo—. Vi todo. ¡*Wow*! Me encantó.—Su sonrisa desapareció cuando se percató de mi molestia—. ¿Qué pa...?

—¿Lo sabías? —le pregunté, furiosa—. ¿Sabías que Max... que Max aparentemente me ama?

—¿Aparentemente?

—¡Sí, aparentemente! ¡Es un cretino! Solo dime si lo sabías, Ling.

—No soy su confidente, Suhail —se disculpó ella—. Nada más puedo hablar de lo que he visto y...

—¿Y?

—Creo que... sí.

¿Sí?

—¿A qué juega? —reí sin humor—. ¿Sale con la rusa, croata o búlgara esa y ahora le duele que yo me case?

—¿Hablas de Mirel?

—¡Como se llame la tipa!

—Suhail, es su amiga. Mirel no solo hizo amistad con Max, todos se llevan increíble con ella. La noticia que salió recién de que vieron a Max salir de su hotel está a medias, Eric y Sam también estuvieron allí. Se reunieron por trabajo. Mirel posiblemente sea la modelo de uno de los vídeos de la banda. Aunque de los tres se lleva más con Eric. Ella cree que le puede ayudar con... algo —añadió Ling, nerviosa—. Pero claro, para los medios resulta más atractivo decir que sale con Max.

Más para procesar.

—¿Ayudar a Eric con qué? —quise saber.

—Creo que Mirel y yo somos las únicas que nos hemos dado cuenta —titubeó Ling—. Bueno, también la prensa, aunque...

—¿Eric en realidad sí es gay? —solté sin más.

Mi amiga asintió.

—Llevo una cámara a todos lados para grabar el momento en el que se atreva a decírselo a Sam y a Max. Él es muy amigo de Mirel. Mucho más que Max. De hecho, como te decía —Ling tragó saliva—, creo que Mirel se acercó a Max porque...

«Oh, Dios».

—Es mucho para procesar —dije, cortando la explicación y me crucé de brazos. No quería sumar los problemas sentimentales de Eric a los míos. Simplemente no.

—¿Escuchaste la parte en la que dije que Max aún siente cosas por ti?

—Sí y basta... ¡Basta ya con eso!

Le expliqué a Ling mi motivo para estar ahí y para no discutir más se alejó. No necesitaba que ella o alguien más intentara convencerme de dejar las cosas así. Necesitaba maldecir, patear y golpear. Fueron demasiados años aguantando.

Cuando el concierto terminó la gente del *staff* celebró. Minutos después músicos, coristas, Eric, Sam... Todos, al salir del escenario, pasaron por

donde estaba de pie yo.

—Suhail, la chica de los globos —intentó saludarme Sam, pero lo ignoré con enfado—. Okey... —se disculpó— supongo que, bueno... Eric, vámonos —llamó al otro y continué esperando a Max.

Él fue el último en bajar y, tal como esperaba, le sorprendió verme.

Estar cerca volvió a incrementar mi furia, por lo que antes de que su mánager o asistentes se aproximaran, me situé frente a él y lo abofeteé con fuerza.

—*Wow* —bufó, riendo.

En pocos segundos tuve a mi derecha a gente de seguridad; no obstante, Max les detuvo y, acariciando con dolor su mejilla, me pidió acompañarlo a su camerino para hablar en privado.

El *staff* me miró con miedo al atravesar la sala, era la chica que abofeteó a su estrella.

—¡Eres un malnacido! ¡Cretino! ¡Egoísta! ¡Pedazo de caca! —le grité en cuanto entramos al camerino y puso pestillo a la puerta.

Él tranquilamente procedió a coger una toalla para secar el sudor de su cuello, después se sacó la chaqueta, la camiseta y hasta desabrochó y bajó sus vaqueros.

—¡No te atrevas a ignorarme mientras estoy hablando contigo, Max Solatano!

—Me estás gritando—me corrigió, cogiendo una botella de agua para a continuación beber hasta la mitad.

Sentí mi presión subir. No sé si debido al enojo o su abdomen bien trabajado, pero subió.

—¡Te-Te lo mereces! —balbuceé procurando no detenerme en sus bíceps.

—Soy todo oídos —aseguró, dejando caer agua sobre sus hombros. Tenía más tatuajes de los que recordaba, incluyendo una «S» sobre su pecho. ¿Una S de Superman? ¿De Solatano? ¿De Suhail?

—¿Qué fue eso? —exigí saber, tratando de enfocarme en lo importante.

—¿Qué cosa?

Tener que explicar me enfadó más.

—¡Tú sabes qué! —Lo siguiente no salió fácil—: ¿Tú... me amas?

Lo dije con dolor y odio. Él no lo esperaba.

—Como un loco —admitió, dejando caer la toalla ahora húmeda.

De nuevo sintiendo picar mis ojos, recordé cada cosa sobre el escenario.

—¿Me amas tanto que...?

—Sí —zanjó sin dejarme terminar.

«Sí».

Empuñé mis manos y me solté a llorar de enojo.

—¡Lo arruinaste! —le grité—. ¡Otra vez lo arruinaste!

Mis palabras le dolieron y no lo disimuló. Ni siquiera trató de detenerme.

—Yo...

—¡Fuiste tú el que nos separó y ahora te consuelan! —le recordé, agitando mis brazos. Odiaba que él o sus amigos me hicieran sentir la villana.

—Suhail...

—¡Me traicionaste!

—Todo tiene una explicación.

«Maldición. ¿Una explicación?» Cubrí mis ojos. «¿Por qué?»

—Qué me vas a dar ahora mismo —exigí.

—Te escuché hablar con tu mamá —empezó. Sus palabras eran apenas un susurro—. Ella te pidió que me dejaras para no perder la oportunidad de estudiar en Londres. —Lo miré furiosa—. Entonces...

—¿Lo que pasó lo fingiste? —demandé, queriendo ya una respuesta.

—Sí... Por ti.

—¿Por mí? No, Max ¡NO! ¡No lo hiciste por mí! ¡Lo hiciste por ti! —estallé—. ¡No querías enfrentar la situación! ¡Temías ser menos! ¡Menos!

Y cuántas veces le dije que no lo era.

—Suhail, yo...

—¡Me apartaste por inseguridad y yo te amaba! ¡TE AMABA!

Mi alma dolía tanto. Todavía duele.

—No. Aún me... —Él se negaba a creerlo.

—¡No, ya no! Tú me lastimaste. Me lastimaste a pesar de que hubiera hecho cualquier cosa por ti. ¿Me oyes? ¡Cualquier cosa!

—¡Y ese era el problema! —quiso explicar él, pasando una mano sobre su cara para, un segundo después, tomar mis manos—. ¡Tú hubieras hecho cualquier cosa por mí y yo no quería ser una carga!

—¡No eras una carga, estúpido! ¡Eras mi todo!

«Mi todo, maldición, mi jodido todo».

Giré sobre mis pies como si buscara dónde esconderme. Odiaba que me viera llorar.

—Tú también eres mi todo. Lo que hice lo hice por ambos —se justificó, tirando de su cabello con desesperación—. Yo no... En ese momento lo tenía claro, Suhail —dijo más fuerte—. No quise que...

—No me dejaste elegir —devolví, sintiendo otra vez la ira en aumento—. No me creíste capaz de...

—¡Te juro que no solo lo hice por mí! —insistió, con voz suplicante—. Solo quería verte feliz...

—¡Era feliz contigo! ¡Con todo y tus estupideces aprendí a amarte!

¿Por qué tuvo que hundirnos?

—Mi amor... —continuó.

—¡No! ¡No me digas «mi amor»! —protesté, callándole... hiriéndole—. ¿Tienes idea del tiempo que me llevó dejarte atrás? ¿Tienes idea de cuánto tardé en aceptar salir con alguien? Y ahora que las cosas marchan bien vienes otra vez a arruinarlo todo.

—No —enfatizó, juntando sus manos como si fuera a rezar—. No me voy a entrometer entre ustedes y el bebé...

—¿Bebé? —Retrocedí y mi quijada casi cayó al piso—. ¿Qué bebé?

—Estás embarazada —dijo él, limpiando su nariz y señalando con insistencia mi vientre.

«¿QUÉ?»

—Yo... —Estuve a punto de abofetearle por segunda vez—. Que esté pasada de peso no te da derecho a...

—¡Finley me mostró la ropita y los biberones!

«¡La puta que los parió a ambos!»

Max lo dijo tan seguro que, cansada de todo, coloqué mis manos sobre mi cara y maldije fuerte.

—¿No hay bebé? —preguntó él entonces.

—¡No! Pero solo entraré en detalles con Finley.

En cualquier caso, Max ahora estaba sonriendo.

—Maldito —dijo—. Me hizo ayudarle a pedirte que se casen. Pensó que...

—Y me voy a casar con él —aclaré, levantando mi barbilla con dignidad —. Que exista o no un bebé no cambia nada.

—Suhail...

—Nos amamos.

De pronto hubo silencio, ni Max ni yo dijimos algo durante largos segundos. Él solo me miró como si quisiera decir todo y nada al mismo

tiempo.

—De acuerdo.

—¿Algo más que agregar? —pregunté, mirando la puerta—. Quiero...

Fue en ese momento cuando, estando yo desprevenida, me tomó por la cintura y me estiró hacia él hasta conseguir que chocáramos; luego me hizo girar hasta quedar nariz con nariz y me plantó un beso.

Un beso que parecía tener como objetivo arrancarme los labios.

Reaccioné e intenté alejarlo, pero me sujetó más fuerte y me alzó como si no pesara nada. Lo rodeé con mis piernas y, rindiéndome, dejé de pelear.

¿Estaba mal? ¡Claro que estaba mal! Pero fuimos de menos a más necesitándolo.

Me desarmó notar su erección. Max, a diferencia de Finley, en el sexo siempre ha jugado sucio y sabe provocar. Empezó dejando besos a lo largo de mi mandíbula, mi mejilla y mi cuello... No podía más. Ahora tenía ganas de acercarlo a mí para que me besara en cualquier lugar inimaginable; y él lo intuyó, porque me llevó en volandas al sofá y me dejó caer encima para, inmediatamente, hacerse con mi cinturón y bajar sin problema mis vaqueros.

—Color piel —exhaló al ver mis bragas. Yo no dejaba de verlo. Me excitó ver su deseo. Lo admito, no quise parar.

Me colocó a modo de que mis piernas colgaran del sofá y de un tirón me sacó las bragas sin apartar su vista de lo que estas inútilmente estaban protegiendo. Enseguida aproximó lentamente su mano y me acarició; primero con las yemas de los dedos, enviando de esa forma cosquilleos a la parte baja de mi espalda y consiguiendo que me abriera más para él. Después fue más creativo, haciéndome contraerme y respirar más fuerte.

—Eres hermosa, Suhail.

Temblábamos; quizá por la conmoción, quizá porque había pasado tiempo desde la última vez. No importó. Él lamió sus labios y, acariciando mis muslos, se acercó a mi entrada y empezó a lamer, provocando que lo acercara hacia mí para que no dejara nada sin venerar.

—Max…

Me contraje y gesticulé inútilmente que parara. De esa manera, terminé para él. A continuación, se incorporó, se sacó los calzoncillos y me dejó verle completo.

—Dios, Max.

—Sí, así me llaman.

—Maldito —reí y él conmigo.

Todavía jadeante, me saqué la blusa y el sujetador mientras él acariciaba con su descomunalidad mi entrada.

Me hacía sufrir.

—Max—lo llamé, rogando detener la tortura ya. Lo necesitaba dentro sin importar nada más.No obstante, su mirada, como era su costumbre, estaba perdida entre mis tetas.Lo quería matar, lo hacía a propósito, en sus labios había una sonrisa que denotaba orgullo por todavía enloquecerme mejor que nadie.

Golpeé la mano con la que sostenía mi cadera y, luego de acariciarme una vez más, se abrió paso como solo él sabe, deliciosamente doloroso y lento.

Le recibí irguiéndome como hacía mucho no lo hacía, sintiendo el cielo y el infierno al mismo tiempo.Entonces se dejó caer sobre mí y empezó moverse de tal forma que mi pecho entero saltaba solo hacia sus labios. A eso le siguió nombres mal pronunciados y una deliciosa y pegajosa humedad.

Al llegar a la cúspide grité con vehemencia su maldito nombre una vez más y él tomó mis labios para volver a beber de ellos.

—Max. —Su nombre, tras calmarse lentamente mi corazón, salía cada vez con menos dificultad—. Max…

Él terminó la tercera vez que le llamé, haciéndome apretar con fuerza sus brazos, dejando caer su frente sobre la mía.

—Te amo —dijo, por último, tomándome con más suavidad.

*****

Me había dormido en sus brazos y al despertar ya no quedaba lugar para la insensatez, por lo que, sintiendo culpa, me liberé de él; salté del sofá y busqué entre sus cosas mi ropa. Él se encontraba despierto. No dijo nada, solo me miró ponerme todo de vuelta.

—No digas que esto no debió pasar —pidió cuando terminé de acomodar mi cabello.

Mis piernas aún temblaban. Por lo demás olía a él y a culpa.

—Considéralo una despedida y aléjate —fue lo único que dije y me marché.

Al llegar a la calle dejé caer mi cara contra la ventana de un taxi, esperando que el conductor me notara. Debía llamar a Finley... a Laura... Debía llegar a casa. Tenía que encontrar la manera de verme sin asco en un espejo.

159. Max

u***Fuck You* – Lily Allen**

Habíamos dejado Londres días antes, para entonces nos encontrábamos en Japón, el último destino de la gira. Ahí no daríamos un concierto, solo una presentación para medios de prensa y sesiones de fotos. El ambiente, admito, me tenía tenso, odiaba no entender nada cuando me hablaban y odiaba necesitar de un traductor hasta para pedir papel higiénico. Sumado a eso, como era de esperarse, aún no superaba lo sucedido con Suhail...

Ni lo pienso superar nunca.

Habíamos tenido la mejor maldita sesión de sexo hasta ahora. No la más duradera pero sí, por mucho, la más significativa; pero al terminar, sin importarle cuánto aún la deseara, me dejó solo en mi camerino, cual puta pagada y dejada; cual músico tocando solo; otro hombre más con el corazón roto.

Era jueves por la noche y estaba en la habitación de Eric, recostado en la cama con él y Sam; ellos jugaban a la *PlayStation* mientras yo ahogaba mis penas dejando caer dentro de mi boca grandes cantidades de...

—Si quieres embriagarte no te cohíbas por mí —me dijo Eric—. Es un poco extraño verte lidiar con tu dolor comiendo ositos de gomita.

—Les quito la cabeza antes de tragarlos —justifiqué, arrancando salvajemente con mis dientes la cabeza a uno de color rojo. A ese paso iba a tener diabetes antes de cumplir treinta.

—Es en serio, Max —insistió Eric—. Ve por cervezas, tequila, vodka o algo.

—No te aconsejo visitar un supermercado japonés sin una buena cámara —recomendó Sam—. Ellos empacan los huevos por unidad.

El gordo suele asombrarse de casi todo.

—Solo tiene que averiguar cómo pedir cerveza —dijo Eric, según explicando cómo hacerlo. Habían dejado de jugar por mí—. *Watashi wa ikutsu ka*. Algo así es.

No contesté.

Diablos, no quería embriagarme; éramos solo yo, el dolor y ositos de gomita sin cabeza.

—Quieren entenderme y no tienen idea de lo mucho que cuesta soportar ver a quien amas con alguien que, estás seguro, no le ama tanto como tú —demandé.

—Oye, yo tuve que esperar muchos años por Ling —me recordó el gordo —. Y soportando todo tipo de burlas.

—Bien —acepté—, tú sí sabes. ¿Eric? —Miré a mi amigo.

La boca de Eric se abrió ligeramente entornando una mirada dudosa que, en ese momento, no comprendí. Primero negó con la cabeza, después tragó saliva y por último apartó sudor de su frente utilizando como pañuelo la manga de su camisa.

—No —susurró por fin—, definitivamente... no.

—¿Estás bien? —pregunté al recordar que desde Londres se comportaba extraño—. ¿Quieres ositos? —le ofrecí, acercando a él la bolsa.

Cogió un puño y los dejó caer de golpe a su boca.

—Primero tenías que arrancarles la cabeza —me quejé, buscando más para mí. ¿De qué sirve comer ositos si no vas a hacerlos sufrir?

Luego de una hora el gordo y Eric desinstalaron la PlayStation y encendieron la televisión para ver la entrevista que grabamos horas antes.

—Los tres tenemos cara de idiota —suspiró Sam, viendo cómo mostramos incomodidad al entrevistador al no entender su idioma. Él nos hizo preguntas que alguien tradujo a través de un pinganillo en nuestro oído. Fue incómodo.

Nos preguntó lo mismo de siempre, con la diferencia de que más tarde nos puso a hacer cosas como meternos en cajas de vidrio a la vez que cosas extrañas caían dentro; lo mismo vestirnos de colores y darnos a comer alimentos con wasabi. Aún me picaba el...

Olvídenlo.

—Parecemos un trío de payasos —gruñó Eric, mirando con enojo las carcajadas del presentador cada vez que no hicimos bien algo.

—Estamos cansados —lo disculpé, cerrando mis ojos. Tenía sueño—. La buena noticia es que mañana termina todo. Adiós gira, hola de nuevo, Ontiva.

—¿Cada cuánto tenemos que salir de gira? —preguntó Sam, también agotado. Mi Ballena bebé hasta tenía ojeras.

—Por lo menos cada dos años —bostecé. Era tarde y debía regresar a mi propia habitación—. ¿Ya no quieres ser famoso, gordo?

—Por el momento solo tengo sueño.

—Yoko te está matando.

—Que no le digas Yoko.

¡Bah! En cualquier caso, yo solo quería más ositos, por lo que saqué uno color verde de la bolsa, le arranqué la cabeza y luego con estilo lo dejé caer en mi boca. En otra ocasión hablaremos sobre los beneficios de comer azúcar mientras duele todo por dentro.

De esa forma continuamos mirando sin demasiada emoción la entrevista, cuando de repente una insinuación sobre la sexualidad de Eric apareció en pantalla sin ningún tipo de filtro. Lo vi. Él bajó su mirada y, riendo un poco, pidió a Sam cambiar de canal.

—Solo ignóralos —lo regañé—. No es como si tú...

—Soy gay —soltó de pronto, provocando que abriera mis ojos como platos y casi me atragante con el osito verde.

«Gay».

El gordo también lo miró boquiabierto.

—No tienen que decir nada —añadió. Su semblante era el de una persona serena—. Solo les pido respeto... —El gordo y yo asentimos sin ocultar nuestro asombro—. Y prometan que estaremos bien.

—Yo estoy bien —dijo Sam, respirando sonoramente. Lo que me hizo reír.

Y aunque no sabía qué cosa inteligente decir a Eric, cogí aire y, así, estando los dos sentados en la cama, me acerqué más a él para golpear amistosamente su hombro. Lo único que tenía que decir era... eso. Un golpe en el hombro.

—Si quieres te regalo toda mi bolsa con ositos —ofrecí—. Si los necesitas...

—Me quedo con el jugo —sonrió él, también golpeando mi hombro—. Y estoy bien. Mucho mejor que antes. Lo único que pido es que no se porten

diferentes, ¿de acuerdo? Sigo siendo yo.

Asentí y buscando una ruta de escape al panal de abejas en mi mente, «¡Uno de mis mejores amigos es gay, joder!», miré al gordo, que aún no decía nada congruente a Eric.

—Yo... Bueno... Tú... Eric... Sí, viva Ricky Martin, Elton John, George Michael y Freddie Mercury.

—Míralo cómo protege con sus manos su culo —reí, lanzándole un osito color amarillo.

—¡Max! —me regañó Sam, viendo con vergüenza a Eric.

Sin embargo, Eric también estaba riendo.

—Está bien —dijo, apretando sus labios—. Ya les dije que no quiero que se porten distintos. Max siempre te ha molestado a ti por gordo —señaló, mirando a Sam—. No esperaba menos para mí y mi trasero. Ustedes... solo sigan siendo los mismos idiotas que conozco.

—Un gran trasero, si me permites añadir —agregué, elogiándole—. Será genial ver... ya sabes, cuántos lo disfrutarán.

—¿Qué te hace pensar que soy pasivo? —me cuestionó él, arqueando en mi dirección una ceja.

«Mierda».

—No lo dije yo —balbuceé—, fue el gordo.

—¿QUÉ? —saltó Sam.

—Ahora, si me permiten —dijo Eric, inclinándose para sacar debajo de su cama una maleta, la que colocó junto a él, abrió y de ahí extrajo la mascada arcoíris, una peluca rosa y una ridícula tiara.

—¿Qué...?

—No quiero que se cohíban cuando estén conmigo —aseguró.

—¡Que te pongas eso no ayudará, maldición!

—¿Quién dijo que yo me lo pondría? —negó él, colocando de vuelta la maleta bajo su cama. El gordo y yo nos miramos—. Ahora quiero que tú Sam uses la peluca y tú Max esta tiara.

—¿QUÉ? —soltamos Sam y yo al mismo tiempo que Eric nos arrojaba cada cosa.

—Nadie los va a ver... si es que les da vergüenza.

«Ah, el chantaje emocional».

—Maldita sea, Eric.

—¡Esto te enseñará a no hacer bromas sobre ser gay! —me recriminó Sam, molesto, y poniéndose obediente la peluca. Parecía una Katy Perry muy obesa, joder.

Me encogí de hombros y procedí a acomodar sobre mi cabeza la tiara.

—Ahora vamos a bailar —anunció Eric colocando alrededor de su cuello la mascada y sacando de su bolsillo unos lentes RayBan que añadió a lo que llamó su *outfit.*

—No... —empecé.

—Solo una canción, lo juro.

—Te pondré un apodo peor que el de Sam —lo amenacé. Estaba sudando frío.

—Sobreviviré —me advirtió, buscando la canción en el móvil. Joder —. Aquí está —dijo al instante y empezó a mover hacia un solo lado su cadera al ritmo de un ridículo *ti ti ti ti ti ti.*

—¿Qué diablos es eso? —exigí saber.

—*Look inside. Look inside your tiny mind. Now look a bit harder* — empezó a cantar Eric mirándome y sin decirme qué canción es—. *'Cause we're so uninspired, so sick and tired ofall the hatred you harbor.*—Se acercó a mí y me sacó de la cama tomándome de las manos. «Oh, no»—. *So you say It's not okay to be gay. Well I think you're just evil...*

«Maldita sea, Eric».

Negué con la cabeza rehusándome a bailar con él y miré sobre mi hombro buscando la ayuda de Sam, pero él ya estaba bailando.

—Solo relaja los hombros —pidió Eric, colocándose detrás de mí para masajearlos y, aceptando que no tendría oportunidad de escapar, también empecé a mover mis pies—. ¡Eso es! —me felicitó Eric y continuó cantando—: *Fuck you. Fuck you very, very much 'Cause we hate what you do. And we hate your whole crew So please don't stay in touch...*

Ahora me toca explicar cómo terminamos en un balcón.

Verán, Eric nos hizo colocarnos detrás de él a modo de formar los tres un triángulo. Parecíamos las The Ronettes versión travesti e hicimos una coreografía que prometió mostrar al mundo durante los próximos conciertos una vez se sintiera seguro. Me solté a reír, no obstante, callé al darme cuenta de que él... él sollozaba. ¡Sollozaba! No lloraba abiertamente, pero sí limpió de sus mejillas un par de lágrimas. Golpeé el codo de Sam y se lo hice ver. Entonces nos dimos cuenta de algo: Eric no estaba haciendo eso

por nosotros. Es decir, no solo por nosotros. A él mismo aún le costaba admitirlo, por lo que, armándome de valor, dejé de bailar y...

—El balcón —dije, mirando la ventana. Esta se hallaba cubierta con cortinas, pero lo importante es que había una puerta que daba a un balcón con vistas a Tokio.

Eric esbozó una mueca cuando dejé de bailar, pero realmente pensó que había perdido la cabeza cuando lo llevé conmigo hacia el balcón.

—¿Qué haces? —preguntó, asustado... pálido.

—Hoy mismo vas a bailar frente a todos —le advertí, abriendo la puerta de vidrio con salida al enorme balcón de cara a más edificios.

—¡Me van a ver! —se quejó Eric.

—Nos van a ver, idiota... ¡Gordo, ven acá! —llamé a la fea versión de Katy Perry.

Y aunque los dos dudaron, salimos, y al verme a mí bailando, me siguieron...

—Por Godzilla, Max.

Fuck you
Fuck you very, very much'

Los tres bailábamos uno junto al otro, moviendo coreográficamente brazos y piernas. Giramos, nos acuclillamos y volvimos a subir moviendo muy *sexy* nuestros traseritos. Como sea, todo se terminó de ir a la mierda cuando vimos cómo personas dentro de los edificios a nuestro alrededor se situaron de cara a sus ventanas sujetando teléfonos móviles y cámaras en sus manos... grabándonos.

Eric giró hasta quedar frente a mí y me dedicó una mirada de horror.

—Tú solo sigue bailando —reí, acomodando mejor mi tiara.

Entonces, más tranquilo, sonrió y acortó la distancia entre nosotros para darme un pico en los labios. «Mi pierna podrida en el más allá». De pronto había olvidado cómo tragar, babear y respirar al mismo tiempo sin atragantarme.

—Quería hacer eso desde el preescolar —confesó suspirando dramáticamente y continuó bailando sin importarle mi conmoción.

Pasé ambas manos sobre mi cara y negué con la cabeza mirando de forma ridícula el piso.

«Ay, Eric».

—Tú...

—Mirel insistió en ayudarme, pero no hace mucho dijo que no eres lo suficientemente gay —aclaró, sonriendo.

«Lo suficientemente gay». Voy a bloquear a esa mujer.

—No estaré bien hasta que también le des un pico al gordo —protesté, señalando a Sam, que nos miraba estupefacto.

Eric asintió obediente y empezó a hacer su camino hasta Sam.

—No, Ling me va a regañar —lloriqueó el otro—. Ling me va a... —Le plantó un pico mucho más sonoro que el mío—. Oh, Dios.

Los dos reímos en lo que Sam reaccionaba y después los animé a seguir bailando, mucha gente aún grababa y no podíamos dejar al público a medias.

—Saben —suspiró Sam—, hacer esto del beso fue peor que la primera vez que intercambiamos babas con Cheetos.

—Tú solo sigue bailando, Katy.

Ahora tenía una lista:

1. Tocar guitarra con mi papá ✔
2. Que mamá me hable de sexo usando peluches ✔
3. Ser el más popular del colegio ✔
4. Enamorarme de la chica fea e impopular ✔
5. Aprender a tocar guitarra ✔
6. Descubrir que soy genial. ¡Vamos, soy genial! ✔
7. Dar mi primer concierto ✔
8. Perder la virginidad con alguien que no recuerdo ✔
9. Intercambiar Cheetosasquerosamente masticados con Eric y Sam ✔
10. Fumar marihuana ✔
11. Conducir a toda velocidad ✔
12. Estar a punto de firmar un contrato discográfico ✔
13. Estrellarme en un coche ✔
14. Estrellarme también contra la realidad ✔

15. Perder una pierna en un accidente y, en consecuencia, perder el contrato discográfico ✔

16. Llorar ✔

17. Asimilarlo todo ✔

18. Adoptar a alguien que me necesitaba ✔

OceanofPDF.com

19. Volver a empezar ✔

20. Declarar mi amor a la mujer más hermosa y tierna del planeta ✔

21. Enseñarle a besar ✔

22. Hacerle el amor mientras lleva puestas camisetas de las mejores bandas de *rock* ✔

23. Perderla ✔

24. Sufrir por ella ✔

25. Mientras, armarme de valor para levantarme de una silla de ruedas y volver a caminar ✔

26. Volver a caminar ✔

27. Establecer una empresa con mi mejor amigo ✔

28. Tocar la guitarra... mucho ✔

29. Volverme famoso de la nada ✔

30. También volver a ver a la mujer que amo y hacerle el amor después de mucho tiempo ✔

De modo que bailar y ser besado en público por mi amigo gay era nada.

No había vuelto del infierno para tener miedo, y es que en ese momento no solo estaba apoyando a Eric, también me di cuenta de que yo mismo necesitaba gritarme que podía añadir más triunfos personales a mi lista. Podía tratar de olvidar a Suhail.

Fuck you, Fuck you very, very much!

160. Suhail

Mi boca se mantuvo abierta las diez veces que repetí el vídeo de los chicos, quienes ahora gozan de popularidad renovada gracias a la nueva controversia. Max bailando con una tiara. Nunca imaginé ver algo así. Eric con su mascada arcoíris y Sam... Creo que el rosa destaca sus facciones.

Lo que más me impresionó, lo juro, fue ver a Eric plantando un beso a Max y que este, en lugar de enojarse, riera. «¿Ese es Max»? Por lo que vi con más detenimiento a Max, al Max del vídeo, dejándome sorprender por su cambio. ¿Qué tanto mejoró como persona mientras estuvimos separados?

Y está contento. Quiero decir, no esperaba que sufriera por mí, pero... ¿no le afectó?

—¿Estás viendo otra vez el vídeo? —me preguntó Gavin, atrayendo mi atención. Contenía sus ganas de reír—. Amo tanto a Eric. Tanto —aseguró.

Le sonreí y me centré otra vez en el vídeo.

—Los tres se ven…

Ni siquiera tenía una palabra.

¡Yo no tenía ni una palabra para describirles! Pero me dio gusto verlos apoyarse. En general ver a Max preocupado por alguien más que no sea él mismo.

—Y hay algo mejor —me informó Gavin lanzándome una mirada cómplice.

—¿Algo mejor?

—Sí. —Él saltó de su escritorio y rodeó el mío—. ¡Este chisme, amiga querida, pondrá de cabeza a tus papás!

Tenía mis dudas debido a que, por como lo dijo Gavin, parecía estar... ¿celebrando?

Regresó a su lugar girando cual bailarina de ballet y sin decirme nada.

—¿De qué hablas?

Ocupó con estilo su asiento.

—Abre el enlace en Internet que te enviaré en un segundo.

La incertidumbre me mataba. Y es que, aunque nos hallábamos solos en la oficina, él parecía querer mantener dicha información como secreto de Estado.

Esperé ansiosa.

—¿Al correo de la oficina?

—Per-so-nal.

«Entonces sí es importante».

Sintiendo mis manos sudar, abrí en el ordenador mi bandeja de entrada, busqué el correo y cliqué sobre el enlace.

Max Solatano acepta ser la imagen de una reconocida marca de ropa interior masculina.

Mi boca colgaba abierta.

—¿Puedo manosearme viendo a tu hermano en calzoncillos, Suhail? —gimió Gavin desde su lugar en lo que yo todavía no conseguía enviar sangre a mi cerebro.

«¡Pero qué...!»

No leí la nota completa, cerré el enlace e intenté concentrarme otra vez en el manuscrito que estaba corrigiendo; entretanto Gavin enumeraba los nombres de todos los famosos que han posado para esa marca de calzoncillos.

—Mi favorito hasta ahora es David Beckham. Pero tu hermano, Suhail, Rarrrr. —Arrugué mi nariz. Necesitaba llevarme las manos a los oídos—. Sé que para ti suena asqueroso, pero la mayoría estamos viviendo un sueño.

Mi cabeza daba vueltas. «Él está bien. No le afectó que lo haya dejado. Al final es lo que pensé. Estamos mejor uno sin el otro».

«¡Hasta va a posar para todo el globo terráqueo!»

Por otra parte, y pese a que sabía estaba mal, las palabras que susurró mientras éramos uno todavía me consumían por dentro. «Te amo, Suhail». Lo había dicho al final, demostrando así que eso fue algo más que solo sexo.

Dejé escapar lo que al principio pensé sería una carcajada, pero al final sonó más como un sollozo contenido.

«¿Me ama? ¿Cuánto tiempo le llevó admitirlo? ¿Sabe Max Solatano amar sin dañar? En cualquier caso, tú no deberías estar pensando en él, Suhail», me regañé. «Por Dios, te vas a casar. TE VAS A CASAR».

¿Cómo lo hacía? ¿Cómo conseguía plantar siempre la duda? Salté de mi asiento, cogí mi bolso y le pedí a Gavin disculparme con Laura por salir temprano.

Me encontraba en medio de un ataque de ansiedad.

—Tengo que... ir a ver... las invitaciones de la boda. Eso es —me justifiqué—. Las invitaciones.

—Sí, dale. —Gavin se portó comprensivo—. Yo puedo encargarme de todo aquí.

Las invitaciones no estarían listas hasta días después y era Finley el encargado de ir por ellas. Pero sirvió.

Caminé sin rumbo por algunas calles pensando cómo, al igual que hacía Max, iba a superar aquel bochornoso momento de debilidad para poder continuar con mi vida.

No le había dicho nada a Finley. No obstante, sí me sentía culpable y deseaba ser una mejor persona para él.

—Tengo que pedirle a Laura y a Gavin que no me hablen de Max —me dije, decidida.

Fue entonces cuando, a través de una vitrina que exhibía ropa, al tratar de defender a mi cabello del viento, vi... mi reflejo. Esa era yo. Mujer de complexión física liviana con cabello pelirrojo, cara pecosa y pálida, y semblante... triste... ¿Triste?

«Debo hacer algo para cambiar», demandé. Algo que me hiciera sentir diferente y definiera esta etapa como un comienzo. Un verdadero comienzo. «Mi cabello», me dije al final. A él, a Max, le gusta que lo use largo y suelto, por lo que cambiarlo reflejaría ese cambio.

Busqué una peluquería y ahí le expliqué a la encargada que necesitaba un nuevo corte de cabello, y que confiando en su buen gusto dejaría cuál a discreción. ¡Error! No tenía experiencia eligiendo y me sentía confiada y ansiosa por este «nuevo comienzo».

No quise ver el resultado hasta que la chica giró la silla hacia el espejo. Había pasado por lo menos media hora.

Mi grito debió escucharse hasta París.

—¿Qué...? —Lo tenía por encima de los hombros.

—Usted dijo que quería algo muy diferente —justificó ella, asustada; viendo venir a su jefa y más colegas. Mi grito alertó a todo mundo ahí—. Usted... Usted...

Ella intentaba recoger los mechones pelirrojos del piso para después intentar acomodarlos de nuevo.

—No tan diferente —chillé, pretendiendo ajustar lo que quedó en una coleta. Pero fue inútil. Demasiado corto.

Me quería desmayar ahí mismo.

—Señorita, yo...

—No pasa nada —la disculpé, temiendo que le quitaran el empleo, yo fui la estúpida. Pagué y me marché sintiéndome más deprimida que cuando

llegué.

Y era culpa de Max. Caminé hasta mi apartamento pensando en eso. ¿Qué Suhail debía ser para sacarle de mí por completo?

161. Max

Era sábado por la noche en la zona más viva de Las Vegas y todos nos sentíamos un poco locos. Sam se acababa de casar con Yoko, Eric había conseguido con quien pasar el rato y yo...

Yo, a decir verdad, me sentía solo.

Estaba en una discoteca rodeado de mujeres que cuando me hablaban no me veían a los ojos, solo se acercaban para sacarnos una *selfie*. La querían para publicarla en redes sociales con una descripción tipo «Conocí a Max Solatano». Y no. Perdón, pero no. Te sacaste una *selfie* con un Max Solatano muy borracho es diferente, muy diferente, a «conocí, traté, platiqué, reí, bailé o al menos tuve la amabilidad de compartir un rato con él». Soy un ser humano, no un animal en exhibición.

Sea como sea, estaba borracho. Muy borracho.

Fue entonces cuando empecé a ver a todas esas mujeres como lo que en verdad eran: opciones. Con cualquiera de ellas podía pasar el rato sin culpa; porque, como ya expliqué, lo único que querían era presumir que coincidimos. Nada de amor.

Elegí a una pelirroja, aunque no pelirroja natural...

Había que conformarse.

Bailé con ella al mismo tiempo que nos sacaba fotos. No tardamos mucho así. Leyendo mi mente, pronto me pidió acompañarla a la parte trasera del lugar y terminamos besuqueándonos en un baño.

Ella olía a alcohol; no obstante, no tenía el mismo efecto embriagador que Suhail.

—¿Cuándo saldrán tus fotos en calzoncillos? —me preguntó, desabrochando mis vaqueros. Yo, mientras tanto, ya la veía doble.

—Larrr prorx... xima semana —contesté al mismo tiempo que se encargaba de todo.

Fue complaciente y me dejó hacer y deshacer todo lo que quise. Sin embargo, al cabo de un rato, me sentía tan intoxicado que, cansado, cabeceé y empecé a cabecear.

Al despertar ella ya no estaba ahí. Ahora me hallaba solo en un baño.

—¡Ni sssssé cómo diablos te llamas! —le grité a la pared, tratando de no caer sobre el váter. «¿Dónde estoy, maldición?» A lo lejos escuchaba música y risas.

Aunque ahora que lo pienso puede que las risas provinieran de la cabina próxima a la mía.

Sin saber qué más hacer, saqué de mi bolsillo el móvil y le marqué a la Ballena bebé recién capturada.

«No te duermas». Volví a abrir mis ojos de golpe.

—Semmmm...

—¿Max? Te escuchas...

—Hasta la pura... puta... de borracho... Sí.

Él, en caso contrario, se escuchaba asustado.

—Dios, ¿dónde…?

—Baño. Pero eso no importa. ¡No porta! —alegué, girando entre las cuatro paredes rodeándome—. Te mamo... llamo porque diferennnte ahora. No más Suhail. ¿Me oyes? No mash-sush-más Su… hail. Hasta acabo de tener sexo con alguien ¡Ajá! Mujer, creo… Espero... Cómo se llama, no sé, gordo... pero estuvo... estuvimos... dos.

—De acuerdo —Sam no se oía convencido.

—Oh, estás en tu noche de bodas —recordé rápido y me sentí un tanto culpable por interrumpir—. Oh, wow, mi gordis, gorshdis... ¡Que te trate bien esa maldita mujer! ¡Seshparo a MacCartney y a Lennon, gordo!

—Dios, Max.

—¡No me cuesslgues! —exigí, sujetando en mano el teléfono mientras con la otra intentaba orinar—. No me... tú...

—Necesitas descansar, amigo. Le pediré a un mozo del hotel que vaya por ti, ¿sí?

—Eshhhtoy bien.

—No, Max. No.

—Ya no la quiero, Seem. Ya no siento nada.

—Max...

—¡Tú me crees!

—Claro. Claro.

—Por mí Suhail puede joderse.

—Sí.

—¡Ni es tan guapa! —alegué, viendo cómo el campeón se salía de las manos para mojar mis pantalones. Había olvidado cómo orinar.

—Sí.

—Ya la olvidé. Pregúntame quién es Sushhail.

—Max.

—¡Pregúntame!

Escuché a Sam suspirar.

—¿Quién es Suhail, Max?

—No shé —dije, alzando mis hombros y presionando mi frente contra una pared—. No shé, gordo... Noss séééé.

—Sí. Mira, Ling ya está llamando a un mozo, ¿sí?

—Ahora pregúntame quéééé dad tiene.

—Max...

—¡Que me preguntes!

—De acuerdo. —Sam estaba maldiciendo por lo bajo—. ¿Qué edad tiene Suhail?

—No shé. No shé, gordo —balbuceé, casi llorando—. ¿Por qué me preguntas a mí?

—Mira...

—¿Viste que no sé?

—Sí. Sí.

«¿Eso debajo de mí es vómito?»

—Ya no la quiero, gordo.

—Claro.

—Nada.

—Por supuesto.

—Nisss siquiera un poco.

—Sí, solo no llores.

—¡No estoy llorando!

—No, claro que no.

—Ahora pregúntame a qué edad se le cayó su último diente de leche.

—Max...

—¡QUE ME PREGUNTES!

162. Suhail

Y ahí estaba, frente a un espejo, entretanto la modista ajustaba con la ayuda de pinzas mi vestido de novia. Un exclusivo vestido color marfil.

Ella intentaba sugerir algo.

—Aunque creo que no combina con su corte de...

—Solo no hable de mi cabello —le pedí.

«No lo vas a hacer crecer enojándote», recapacité y me disculpé con ella. Yo era la que se sentía tensa por la boda.

—¿Cuándo es?

—En... dos meses.

Meses que necesitaba pasaran rápido y a veces lento.

—¿Será aquí?

—No. En Ontiva.

Finley aceptó llevar a cabo la ceremonia en Ontiva luego de hacerle ver que he compartido poco con mi familia. Por fortuna es comprensivo, aunque justo ahora me estoy cuestionando qué tan comprensivo.

*****

—¡DESPEDIDA DE SOLTERA SORPRESA!

—¿Qué? —solté en lo que Laura y Gavin me colocaban un velo de novia, me entregaban un ramo y me sacaban con prisa de la oficina.

Afuera nos esperaban más compañeras de trabajo, la mamá, tías y primas de Finley. Entre todos llenamos dos limusinas y recorrimos calles gritando hasta que nuestros pulmones no pudieron más. Dentro había música, alcohol y aperitivos. Reí, bebí y comí como nunca.

Sobre todo, bebí.

Llegamos a una discoteca y ahí, también como nunca antes, me desinhibí más de la cuenta. Habían puesto en el paraíso a la que quería olvidar. Hicimos juegos, bailes y sorteos. Me disfrazaron, bailé con *stripers* y mientras mezclé dentro de mi organismo todo tipo de tragos...

Me embriagué, cielo santo. ¡Cómo olvidarlo! Tanto que asusté a mis compañeros. ¡Yo no soy de las que beben!

—Ven, vamos —me dijo Laura tras verme caer en medio de la pista, llevándome con cuidado hasta la salida—. Creo que necesitas aire.

Negué con la cabeza. ¿Aire? Lo que yo quería era seguir bebiendo. De cualquier modo, en cuanto salí empecé a vomitar los aperitivos. Por lo mismo el encargado de la puerta pidió a mi jefa alejarme de los recién llegados, por lo que avanzamos unos cuantos metros en dirección a la calle.

—Sí que estás mal —intentó consolarme Laura preguntándose a la vez cuál era el motivo—. Solo sácalo —sugirió. ¿Al vómito o a Max?—. Lo bueno es que como recortaste tu cabe...

—¡Que no mencionen mi cabello! —lloriqueé, colocando mi mano sobre la pared frente a mí para no caer de bruces, justo donde también se encontraba un panel publicitario. Mala idea porque justo ahí también se encontraba...—. ¡TÚ! —grité, mirándolo con odio.

Laura empezó a preguntarse con quién estaba hablando. De pronto era la loca que le gritaba al aire a un costado de una calle muy transitada.

Se trataba de un panel publicitario de Max en calzoncillos. Este ocupaba la mitad de una pared.En la imagen él estaba de rodillas, posición que le permitía mostrar tanto su pierna buena como la prótesis... y su paquete.

—Pero si es tu... —Laura comenzó a ver el panel de Max con coquetería — hermanastro. Grrr.

—¡Te gusta, joder... me! —empecé a reclamar al panel. Era un espectáculo andante—.Te gusssta ser el centro de atención, ¿no? ¡Te gusta ser a quien todos miren! ¡Pero sssssssi se te acabó! ¡Y no me importa que estés... Mmmmm!

—¿Suhail?

Ahora Laura me miraba con miedo y alelamiento. ¿Quién no? ¡Estaba peleando con un panel publicitario!

—No me importa... —seguí, procurando no caerme— importa... ta... que... ¡Oh, qué bueno estás! —reconocí por fin, susurrando y mordiendo mi labio inferior en lo que veía con ansia el bulto entre las piernas de Max. Luego lo empecé a acariciar—. Asssssí te gusta, ¿no?

Tantos momentos memorables dejados atrás.

—¿SUHAIL? —La voz de alarma de Laura debió detenerme, pero no; por lo que proseguí a...—. ¡No, no pongas tu lengua ahí! Oh, Dios.

Muero de la vergüenza solo de recordarlo, pero ya pasó, no puedo volver el tiempo atrás.

—¿Con la canción de qué banda haríamos esto? —Le pregunté al panel.

—Suhail, basta.

Lo que siguió pasó de lo obsceno a lo hilarante. Me incorporé y con la misma actitud comencé a frotar mi cuerpo contra el panel. Laura no daba crédito.

Y ahí estaba yo, borracha, perdida y violando a un panel publicitario.

—¿Qué ven? Ustedes sigan su camino —decía mi jefa a la gente que se detenía para verme—. Solo no te desvistas —me aconsejaba a mí—. Oh, hola, señora Becher. —Escuchar nombrar a la madre de Finley me obligó a reaccionar apenas.

Nos había seguido.

«Giro hacia la derecha, ahí no está. Ahora de regreso. Sí... Ahí está».

—¡SUEGRA! —grité con una carcajada descomunal—. ¿Ya no está bailando con los *stripers*? ¡Ah, descarada!

La madre de Finley, y lo que parecía ser una versión más borrosa de ella, estaban de pie frente a mí.

Podía ver la mueca en su frente al tratar de buscar una explicación lógica racional a lo que estaba viendo; su dulce, correcta y educada nuera... estaba ebria.

—Cruzó diferentes bebidas —me disculpó Laura obligándome a caminar lo más lejos posible del panel—. Por ser la festejada le dieron a beber de todo. Yo la estoy cuidando.

La señora Becher sacudía su cabeza con negativa:

—Pero eso no explica que… —Con un gesto señaló el panel.

¿No explicaba que estuviera teniendo sexo *frottage* con una foto de mi hermanastro? Claro que no.

—Está ebria, señora Becher —continuó justificándome Laura.

—Ni tanto —intenté «defenderme».

Obligándome a cerrar la boca, mi amiga me empujó desde la calle hasta el aparcadero de la discoteca. Todo mientras yo le mostraba mi dedo más largo a mi suegra y al panel publicitario.

Iba a ser divertido explicar todo eso a Finley.

163. Max

El timbre sonó mientras estaba recostado sobre el sofá viendo uno de esos programas de televisión en el que cocineros compiten. Gilmour estaba sentado sobre mi pecho lamiendo un recipiente que aún contenía unos cuantos Doritos. Me levanté de mala gana, ajusté al resto de mi cuerpo la prótesis y caminé hasta la puerta principal.

Cuando abrí lo primero que vi fue un paquete pequeño.

—¿Max Solatano? —preguntó alguien. Mis ojos fueron del paquete al mensajero que, emocionado, contenía una sonrisa—. ¿Pu-pu-puede firmar aquí de recibido?

—Claro. —Alcancé la pluma y la hoja que me ofreció y firmé.

—¿Ta-ta-también puede darme un autógrafo?

—¿Por qué no? —dije y firmé su camiseta.

Después cogí mi paquete, despedí con un choque de puños al chico y entré de vuelta.

—¿Qué crees que sea, Gilmour? —pregunté a mi gato sacudiendo cerca de mi oído el paquete que, noté, no pesaba mucho. Luego asentí como si de alguna manera ya lo supiera. Miranda me había avisado que a más tardar ese día llegaría... eso.

Retiré sin el menor cuidado la envoltura, la dejé caer al piso y ya solo había quedado en mis manos...

Enlace

Finley Becher y Suhail Didier
Agosto de 2016
Por fin nos casamos y esperamos tu compañía el próximo...

La invitación de su boda.

—Y tenía que ser en la víspera de mi cumpleaños, ¿no? —dije con enojo a Gilmour que, cuando me encuentro en el apartamento, me sigue a todas partes—. Pero llegó justo a tiempo, amigo —le hice saber con actitud triunfadora—. Justo a tiempo.

De ese modo, llevando el sobre color marfil conmigo, crucé la sala de estar hasta el cuarto de baño para visitas. Ahí abrí la puerta, aunque luego de entrar la dejé entreabierta por Gilmour, que continuaba siguiéndome.

Desabroché mi cinturón, liberé el botón que mantenía en su lugar mis vaqueros, los dejé caer junto con mis bóxeres y, acomodando con cuidado a mi campeón, me senté sobre el váter. Había comido mucho un día antes.

En esa posición hice lo mío mientras con recelo leía lo escrito en la invitación. Terminé y, sintiéndome descansado, proseguí a levantar del váter media nalga y dirigí la hoja con los nombres de Finley y Suhail a mi culo.

—Es suave, Gilmour —le dije al gato, terminando con la hoja para después coger el sobre. Así todo hasta que mi culo volvió a quedar rosadito —. ¿Dónde está tu apoyo moral? —Le alegué al verle huir—. Vamos, no huele tan mal.

Y estaba por levantarme del váter cuando al mirar hacia abajo noté que del sobre había caído un añadido:

Favor de presentar invitación.

«Bendita mi suerte».

—Mierda —mascullé—. Mierda... Literal.

164. Suhail

Tenía que buscar una canción para mí y Finley. Él ya tenía la de Savage Garden y era mi turno de escoger alguna otra para bailar el día de la boda. Y la quise buscar a la antigua, por lo que al salir del trabajo busqué una tienda de discos.

Todo marchaba bien salvo que la mayor parte de la publicidad era sobre el primer disco de Raptor.

Tiempo regresa de-vu-él-ve-me la paz. No me puedo enamorar de alguien que tal vez no pueda entregar el amor que quiero, que yo espero...

Hice contorsionar mi boca al escuchar la voz de Max, sin embargo, me mantuve enfocada en la búsqueda de mi propia canción, por lo que recorrí con la mirada las estanterías.

«¿Mariah Carey? No, muy cursi. ¿Celine Dion? No, lo mismo que Mariah. ¿Shakira? No, necesito algo no tan sensual. ¿Laura Pausini? También demasiada intensidad ahí. ¿Natalia Lafourcade? No para una boda. ¿Ana Torroja? Tampoco. ¿Otra de Adele? Mmm...»

Aunque no tiene que ser la voz de una chica.

Como sea, me detuve frente a un disco de Alicia Keys, lo saqué de la estantería y busqué dónde probarlo. «Veremos si Alicia es la indicada». Eso

también me ayudó a ya no escuchar cantar a Max.

Me restaban mucho por recorrer, tanto discos nuevos como de segunda mano y LP, y hubiera ido a cualquier parte de la tienda con tal de encontrar «la canción», con excepción de la sección de *rock*. Eso me traía recuerdos. Max se encargó de relacionar cualquier banda a nosotros.

Todo iba bien, insisto, hasta que tras elegir el disco me dispuse a llegar a la caja a pagar. Cuál fue mi sorpresa cuando descubrí ahí a un grupo de chicas entre trece y quince años... chicas admiradoras de Raptor; sin embargo, como no se ponían de acuerdo sobre quién de ellas pagaría su disco primero, tomé el lugar frente a la caja.

—¿Disculpa? —me preguntó con molestia una.

Me tomé mi tiempo para girarme a verle. No tanto por altanería, sino porque su pecho tenía estampada la cara de Max.

Arqueé mi ceja.

—¿Sí?

—Nosotras llegamos primero, cielo.

«Cielo».

«Ay, nena, de cualquiera manera cuando tú ibas yo ya venía».

—Pero no se ponían de acuerdo sobre quién iba a pasar —le hice ver y le entregué mi disco de Alicia al chico de la caja al mismo tiempo que volví a ignorar a la niña.

Ella, por supuesto, no lo tomó de buena manera y se giró hacia su grupo de amigas, que pronto comenzaron a reírse de mí, cosa que me importó poco.

—No hay que discutir con ella, chicas. —Escuché que le dijo otra—. Recuerden que la filosofía de Raptor es no confrontar.

Eso sí que me dio risa. Mucha risa... que no disimulé.

—¿Disculpa? —inquirió la misma chica.

—Raptor no tiene filosofía —le hice ver en lo que esperaba mi disco y mi tarjeta de crédito—, y en caso de que la tuviera no sería esa.

—Tú no sabes nada de Raptor.

«¿QUÉ?»

Me reí más alto y la volví a mirar.

—Te puedo decir hasta de qué tamaño son las pelotas de Max Solatano —contesté, confrontándola.

Hubiera sido genial que alguien hubiera ido a detenerme. Pero no pasó. Ellas se miraron la una a la otra y se echaron a reír aún más fuerte.

—Tú no conoces a Max. No personalmente.

—Fui su vecina —presumí, dejando caer mi mano en mi cintura y acercándome de forma personal a ella—. Su mamá es esposa de mi papá.

—¡*Wow*, esta sí que alucina! —gritó alguien detrás. Otra cliente de la tienda.

Y ya no solo las chicas estaban riendo, el resto de los empleados y clientes alrededor nuestro también lo hacían; además de que dos me grabaron con su teléfono móvil. Fui llamada «La loca que alucina con Max Solatano».

—No tengo porqué mentir —señalé, cogiendo mi tarjeta de crédito y mi disco de Alicia. Estaba molesta de que no me creyeran.

También me habían pedido matrimonio en su concierto, pero, por lo visto, eso tampoco era relevante.

—¡Ay, conozco a Max Solatano! ¡Fui su vecina! —siguieron burlándose. Mis venas ardían.

Crucé la tienda de discos con cientos de ojos mirándome y al llegar a la salida giré hasta chocar intencionadamente de frente con un póster de Raptor... y golpeé en la cara a Max.

—¡Eso porque no me creyeron!

Hasta en la sopa lo veía últimamente. ¡Hasta en la sopa!

165. Max

Era miércoles y me sentía como si fuera lunes, los últimos días no había dormido ni comido bien. Por ello, Miranda, como mi santa madre que es, se encontraba preocupada y lo demostró visitándome. Usaba como pretexto llevarme cosas que olvidé en casa.

—¿Ni siquiera vas a salir de tu cama? —me preguntó, acomodando ropa dentro de mi armario.

—Mmmm...

Había llegado a prepararme comida, meter parte de mi ropa a la lavadora y limpiar mi regadero y el de Gilmour. Ese tipo de cosas que suele hacer sin

que yo se lo pida.

Yo, mientras tanto, era un peso muerto sobre mi cama; lo único que quería era dormir. Odiaba imaginar a Suhail casándose. Mis pesadillas tratan sobre ella diciendo «Sí, acepto».

—Te hará daño pasar tanto tiempo recostado.

—Lo que sea, Miranda. —Coloqué una almohada sobre mi cabeza.

—Deberías estar contento por Suhail —dijo ella, repasando con su mirada mi dormitorio. Buscaba algo—. El gran día es el sábado.

«¿Tan pronto?» Se va a casar dos meses después de nuestro encuentro en Londres.

—Sí, me siento muy feliz por Suhail —dije—. Increíblemente contento, sí.

—No sé cuál es tu problema, Max —continuó regañándome Miranda, encontrando por fin lo que buscaba: el control remoto—. Tú la dejaste ir primero.

Apreté con más fuerza la almohada sobre mi cabeza para ya no escucharla. «La dejé ir, sí, pero retenerla conmigo tampoco era opción. Ya expliqué muchas veces ese punto».

—Traje algo para ti —dijo Miranda minutos después. Minutos que ocupó para colocar algo en el televisor.

—Hola, mi nombre es Suhail Didier y tengo siete años...

Aparté la almohada de mi cara y, buscando de dónde provenía eso, recorrí con mi mirada la habitación. Miranda, entretanto estaba sonriéndome, se hallaba de pie junto al televisor y en este se podía ver el vídeo de mi cumpleaños número ocho.

—Le traje un obsequio muy lindo a Max.

Justo en ese momento todos los niños y niñas que asistieron saludaban a la cámara, aunque era el turno de Suhail para presentarse.

—¿Por qué viniste al cumpleaños de Max, princesita? —Escuché que preguntó una voz. La voz de la persona que enfocaba a Suhail niña.

«La voz de papá».

—Le tengo una sorpresa a Max —sonrió ella. Una sonrisa maquiavélica.

—Recuerdo ese día —grazné, pasando una mano sobre mi cara. Todavía me sentía adormitado.

—Yo también —cuchicheó Miranda, mirando con ternura el vídeo desde su posición—. Ese día obsequiaste todos tus juguetes a las Hermanas de la

Caridad.

«Obsequiaste será la...»

La cámara aún enfocaba a Suhail: ella mostrando su vestido, ella jugando con globos, ella bailando...

Se veía tal como la vi por primera vez: fea.

Entonces todavía no despertaba ningún sentimiento de afecto en mí; sin embargo, mirándola comprendí algo: me enamoré de Suhail a medida que la fui conociendo. Con el tiempo lo físico aportó mucho, claro; pero fue más el hecho de conocernos mejor el uno al otro. Hemos pasado por tanto. Tanto.

—Tengo más vídeos así —avisó Miranda, buscando más dentro de una caja.

No, no iba a torturarme. Por lo que salí de mi cama, caminé hasta la pared que sostenía el televisor y lo arranqué...

—¡MAX! —gritó mamá, asustada, pero hice caso omiso; y, cargando con el televisor que aún mostraba a Suhail, me acerqué a una ventana y lo dejé caer. En el acto se desconectó del enchufe y también se pasó llevando un florero.

Los ojos y la boca de Miranda no podían estar más abiertos.

—¡MAX SOLATANO!

Sin nada para decir, regresé a mi cama y volví a colocar la almohada sobre mi cara preguntándome dónde estaría en ese momento de no haber conocido a Suhail Didier.

166. Suhail

Me hallaba en la mesa de comedor escribiendo una nota en mi blog hasta que decidí leer las noticias del día. No había tenido tiempo y, pese a vivir lejos, trato de estar informada de lo que sucede en Ontiva.

Terminé de actualizarme con cada cosa y, dudosa como me siento ahora, tomé el teléfono para llamar a mamá. Ella respondió después de tres intentos. Como siempre.

—Princesa —saludó, con un susurro. Con culpa.

La escuché estando de pie, deambulando de un lado a otro frente a mi *laptop* sintiéndome por demás ansiosa, tensa... En ese momento estar viva me dolía.

—Mamá.

No dije más.

—¿En qué puedo ayudarte?

La nota de dolor en su voz me confirmó que ella también lo había leído. «Lo leyó y no me llamó», de modo que a mi pesar esa llamada no sería tan breve como las demás. No sería un breve «Hola, ¿cómo estás? Adiós».

—¿Leíste? —Me costó decirlo. «No llores. No todavía»—. ¿Leíste el periódico de hoy, mamá?

—Sí.

Hubo una pausa. El infierno estaba en calma en ese momento. No obstante, conteniendo mis lágrimas, llevé una mano a mi boca y cuando estuve lista seguí hablando.

—¿Era... él?

Me coloqué frente a la *laptop* y volví a releerlo todo.

Gael Conti, de 40 años, fue encontrado muerto cerca de un río al sur de la ciudad. Años atrás había cumplido condena por intento de abuso sexual a una menor...

—Sí, Suhail, es él.

Al hombre lo habían golpeado en la cabeza hasta matarlo.

Contuve unos segundos mi respiración.

—¿Por qué, mamá? —le pregunté, sintiendo lágrimas deslizarse con dolor sobre mis mejillas. Me estaba desmoronando.

—Suhail.—Mamá también lloraba y, por lo que escuché, de una forma más dolorosa. En mí había dolor... en ella culpa.

—¿Por qué nunca te disculpaste? —le reclamé.

—Princesa...

Las lágrimas no dejaban de caer con fuerza.

—Nunca he sido tu prioridad, mamá. Creo que hasta te alegró que el juez le haya dado mi custodia a papá.

—Suhail...

—¡Te quitó una gran responsabilidad de encima, mamá! —Apreté con fuerza mis dientes.

—Suhail, Dios... —También escuché a mamá desmoronarse.

Sujeté con fuerza el teléfono y me incliné sobre la *laptop* para ver otra vez la foto del hombre ahora muerto. «Desgraciado».

—Nena...

—¡Nunca te disculpaste! ¡Nunca!

Y huyó cuando más necesitaba de ella.

Me percaté de que había agua sobre el teclado de la*laptop*. «Lágrimas». Furiosa, también golpeé el teléfono contra este y saqué ambos objetos de la mesa con un bofetón. Ahora la *laptop* y el teléfono estaban sobre el suelo...

…y yo con ellos.

La muerte hubiera sido más misericordiosa que el dolor que estaba sintiendo.

Va y viene, nunca lo superas del todo; va y viene... algunos días se siente más que otros.

—¿Suhail? —Ni siquiera escuché a Finley abrir la puerta—. ¡Suhail!

Él corrió a abrazarme, pero lo aparté. No podía más. No más.

—¿Estás bien? —Me miraba con preocupación. Mi cuerpo temblaba—. ¡Suhail, háblame!

Metí la cabeza entre mis manos y seguí llorando hasta que tuve la fuerza necesaria para que las palabras volvieran a salir.

—¿Por qué tiene que volver esto? —me pregunté en voz alta—. ¿Por qué no puedo solo poner mi mente en blanco y empezar de cero? —Lloré aún más fuerte. No había límite—. ¿Por qué tienen que quedar cicatrices? ¿Por qué?

—Dios, Suhail, solo dime qué pasó. —La voz de Finley era un ruego.

«Pasó todo, Finley. Todo».

Me incorporé, levanté del piso la *laptop*, la coloqué de nuevo sobre la mesa e hice que Finley se sentara frente a esta; luego yo hice lo mismo, colocando la silla de manera que me permitiera verle de frente a él.

Primero le pedí leer la nota que publicó el periódico de Ontiva.

—¿Qué... es esto? —Me miraba y leía, así muchas veces.

—Ese hombre puso sus manos sobre mí cuando era niña —expliqué, procurando no volver a perder la compostura.

—Lo lamento tanto, Suhail...

Quiso levantarse a abrazarme, pero lo detuve.

No iba a ser fácil.

—Lo hizo por descuido de mi mamá y ella nunca se disculpó. Nunca. Mi papá, por el contrario, sí lo hizo. Muchas veces me pidió perdón por no estar allí para impedirlo.

Finley me miró con compasión, pero iba a ser la última vez que lo haría.

—En verdad lo lamento.

—Pasé por mucho, Finley. Dejé de llamarme a mí misma «princesa», no quería verme bonita. Con los años encontré refugio en muchas cosas: los libros, la naturaleza, la oración, las letras... Sin embargo, pasó mucho tiempo hasta que me dejé tocar por alguien... La misma persona a la que le pedí que me protegiera.

Esta vez había duda en el rostro de Finley.

—Max —añadí.

—¿Max?

Cerré los ojos.

—Él... Primero ahuyentaba a mis pretendientes, era el único con el que yo me sentía segura. —Ahora las lágrimas también se alojaban en mi garganta —.Es difícil de explicar, yo... confiaba en Max. Lo amaba —continué, ahora mirándole—. Él también a mí, pero me lastimó... Y duele mucho cuando la única persona a quien te entregas te lastima.

—Suhail, no entiendo. —Ya había temor en sus ojos.

«Perdóname, Finley».

—Me lastimó en un momento importante para ambos —seguí explicando —. Nos estábamos conociendo de muchas formas... como hombre y… mujer. Y luego vino aquí y afirmó que hizo lo que hizo porque me quería... Aún me quiere... o eso dice.

—Termina de explicarte, Suhail. —La voz de Finley esta vez era una demanda. Como si tratara de reconocerme.

—Me acosté con mi hermanastro.

Él abrió su boca hasta que las palabras por fin salieron. No era él. Ya no era él.

—¿Co-co... Cuándo?

Su rostro era una lucha entre el asombro, la consternación y la repulsión. El mío era una cripta vacía.

—Cuando vivía en Ontiva y la última vez... el día que me pediste matrimonio.

Él colocó sus manos sobre su cabeza y se levantó de la mesa. Lo perdí lentamente.

—¿Por eso te has comportado tan rara? —exigió, dejando caer sus manos. Asentí con la cabeza con la misma actitud críptica—. ¡*Wow*! ¡Debieron reírse de lo lindo de mí! ¡Ambos! ¡De lo lindo!

—No, Finley.

«No».

—Es evidente que no voy a confiar en tu palabra.

—Estoy arrepentida. Realmente arrepentida.

—¿Por qué no te marchaste con él?

—Porque me lastimó. Valoro más lo que tengo contigo.

—¿Lo valoras más? ¿En serio, Suhail? ¡Mírame! —Lo hice—. Eres una traidora.

—Finley, lo lamento —musité mientras al mismo tiempo apretaba mis manos una sobre la otra—. Si quieres terminar yo lo...

—¡Suhail, las invitaciones ya fueron enviadas! —Él estaba fuera de sí—. ¿Por qué...? —Contuvo su respiración unos segundos y luego lo soltó todo —: ¿POR QUÉ NO LO DIJISTE ANTES?

—No pude —acepté, empezando a llorar de nuevo.

—¿Por esta razón has venido tarde últimamente? —demandó saber—. ¿Has estado con alguien más?

—Finley...

—¡HABLA!

Antes de responder me detuve a mirarlo un segundo, ya no era aquel hombre dulce que conocí una tarde lluviosa de Londres. Ya no.

—No, yo... voy por ahí a caminar. —Miré mis manos—. A pensar.

—A partir de hoy quiero que vengas directo para acá. ¡Para acá! —Asentí, limpiando mis lágrimas—. Yo... —Él empuñó su mano más hacia mí y cerré mis ojos esperando un golpe, aceptando ese golpe… pero no llegó—. ¡No quiero verte, Suhail! ¡No quiero!

«Iba a golpearme y se arrepintió».

Debería escribir un manual sobre cómo transformar a un hombre bueno en una bestia.

Abrí los ojos con vergüenza y temor y lo vi buscar sus llaves, las tenía en el bolsillo.

—Finley, yo quisiera...

—Necesito estar solo un rato —dijo, caminando hacia la puerta.

—¿A dónde vas? —Era tarde.

—No tienes derecho a preguntarme eso —alegó, ignorándome.

De esa forma salió del apartamento cerrando la puerta con ira y yo me encogí en mi lugar. Nunca había deseado tanto morir.

167. Max

Definitivamente no quería un coche, por lo cual Eric y yo nos reunimos con el representante de una agencia de motocicletas y cada uno eligió la que mejor se acopló a nuestras necesidades. En mi caso una Ducati Diavel que bauticé como Janis, por Janis Joplin. Me puse casco, guantes, una chaqueta de cuero y recorrí las calles de la ciudad pretendiendo olvidar.

No tengo una idea clara sobre qué hacer a partir de ahora. Supongo que, como bien me dijo Eric un día, necesitaba vivir mi luto; cosa que me parece razonable, pues me siento muerto por dentro.

Es un dolor en el pecho que no se va y se manifestó como temblor en mis manos cuando detuve la moto y busqué el móvil para contestar la llamada de Miranda.

—¿Ya estás cerca?

Ni quería llegar.

—Sí. —Me saqué un momento el casco y observé con nostalgia la interminable fila de casas que abarca nuestra calle—. ¿Suhail... ya está ahí? —Lo dije doliéndome.

—Sí. Vino hace cuatro días. Sola.

«¿Sola?»

Eso sí que llamó mi atención.

—¿Finley no llegó con ella?

—Su avión aterriza hoy por la noche.

Había algo en el tono de voz de Miranda, algo que evitaba decirme; sé cuándo mamá está preocupada. Colgué, volví a colocar el casco sobre mi cabeza y recorrí el último trayecto hasta la casa pensando en qué pudo pasar.

Al llegar aparqué a Janis, crucé el jardín delantero y entré a casa sin tocar, sorprendiendo a Miranda.

—No pensé que estuvieras tan cerca.

—Me diste una hora para llegar, ¿no?

Por alguna razón me quería allí.

—¿Ese ruido...? —Ella señaló la puerta.

«Se aproxima sermón de mamá».

—¿Una motocicleta? —Cerré un ojo esperando el ataque.

Ella suspiró cansada.

—Solo... conduce despacio, ¿quieres?

—Con lo emocionado que estoy ante la idea de perder mi otra pierna.

Mamá giró sus ojos hacia el cielo.

—Max...

—O un brazo... o la cabeza...

—Ya.

Me encogí de hombros, rindiéndome. Mamá se encontraba sentada sobre las escaleras que conducen al segundo piso, en actitud de espera, lo que me confirmó que sucedía algo. Solo me faltaba averiguar qué.

Por fortuna no tuve que insistir mucho para que empezara a hablar.

—No sale de su cama, no come... Lo único que hace es llorar.

¿Hablábamos de Suhail? ¿Mi Suhail?

Comencé a subir las escaleras y crucé parte del pasillo siendo consciente de que posiblemente ella no me quería ahí. Abrí la puerta y la vi recostada en su cama. Dormida. Parecía un ángel sin alas. Miranda pasó de mí y entró a la habitación primero, sacó una manta del armario, se acercó a Suhail y la envolvió como si se tratara de una niña. Mamá ama a Suhail como a una hija.

«No sale de su cama, no come... Lo único que hace es llorar», recordé que dijo Miranda y entré a la habitación.

Me aproximé a la cama, me arrodillé a manera de quedar la nariz de Suhail a pocos centímetros de la mía y con cuidado acaricié su cabello. «Se lo cortó». Lo noté cuando este atravesó rápido mis dedos.

«¿Qué hiciste, Suhail?»

Lucía diferente, no como la Suhail que dejé en Londres; esa misma Suhail que tampoco tenía mucho de la Suhail que yo conocí, la que amé años antes. Había cambiado... o quizá solo se engañaba a sí misma. Pero a mí no.

A mí no.

—Mi amor —susurré, rozando con mi dedo pulgar su mejilla; sin embargo, la caricia se sintió húmeda.

«Lágrimas».

Respiré sonoramente y sentí ganas de acercarme más a ella, abrazarla, besarla... consolarla. Consolarnos mutuamente. Miré a Miranda, que negó con la cabeza; no sabía qué pasó. No obstante, conociendo a Suhail, no me llevó mucho tiempo deducirlo: le dijo a Finley que estuvimos juntos. Si no era eso estaba perdido.

—¿La familia de él tampoco está aquí? —pregunté a Miranda, procurando que mi voz fuera un susurro, no quería despertar a Suhail.

—No. No que yo sepa. Ella solo trajo el vestido de novia. —Mamá señaló una percha afuera del armario que sostenía un vestido envuelto en papel—. Nada más eso.

—Es muy raro.

¿Si Finley sabía la verdad por qué diantres no había cancelado la boda?

—Sí, yo también lo creo así —suspiró mi madre, desencantada—. ¿Te... vas a quedar aquí? —preguntó, viendo mi mano repasar una por una las pecas en el rostro de Suhail.

—Solo un rato.

—Solo un rato —enfatizó, antes de marcharse. Amenazándome.

Sabe que nosotros no podemos estar «juntos» sin que el mundo se venga abajo. Aunque en el fondo sé que me llamó para averiguar qué pasa con Suhail.

Estuve con ella el tiempo que permaneció dormida, no tan cerca como quisiera, pero sí lo suficiente como para vigilar su sueño.

—Si no fueras tan malhumorada te secuestraría —dije con voz suave a su oído.

Cuando empezó a anochecer rocé la punta de su nariz contra la mía y me incorporé de nuevo. Ella despertaría pronto y mi propósito no era incomodarla. Aun así, antes de salir de la habitación, vi por el rabillo del ojo un halo dorado que despertó mi interés. Sobre un anaquel, en medio de dos retratos y libros, estaba un viejo amigo. «Kintsugi». Era el jarrón reconstruido que Suhail me mostró años antes para levantar mi ánimo, de manera que lo tomé con precaución y lo que coloqué en un lugar más visible para ella.

—Max. —Escuché que me llamó mamá al salir de la habitación. Estaba apoyada contra el marco de su propia puerta.

—¿Sí?

—Gracias por venir rápido.

—Vivo cerca —le recordé.

Ella bajó su cabeza luciendo apenada.

—Las cosas que no te dejé sacar cuando te mudaste... —Miraba al piso, no a mí.

Hice rodarlos ojos.

—¿Ajá?

—Bill las colocó en el ático.

—¿Gracias?

—Ahí están bien —prometió.

Mi recompensa era recuperar mis cosas.

—¿Gracias?

—Ya deja las ganas de sacarme canas.

Nunca.

Por otro lado, tomando en cuenta que no tenía nada más para hacer, le tomé la palabra y subí al ático.

—El bombillo está del lado derecho de la puerta —me recordó al terminar de subir las escaleras.

Mi antigua habitación estaba acondicionada para recibir huéspedes. Puesto que, contrariamente a Suhail, Bill y Miranda, que esperaban que un día regresara a Ontiva, yo me había mudado por voluntad propia, me enviaron al ático.

Al llegar empecé a mover muebles viejos y cajas.

Los áticos son espacios situados debajo de la azotea, justo en la parte más recóndita de una casa o edificio y normalmente terminan como almacenes. Por lo mismo, son el lugar perfecto para conservar recuerdos.

«En el ático guardamos todo aquello que no queremos tirar». En eso pensé cuando encontré mi vieja caja de juguetes. Estaba hasta el fondo, empolvada y cubierta con una lona. La tomé, la situé cerca de la luz del bombillo y la abrí despacio para no dañarla.

No había muchos juguetes dentro, la caja sobre todo conservaba cuadernos de escuela, ropa y álbumes de fotos. Metí todo de vuelta excepto los álbumes de fotos y cada uno lo vi sin prisa.

—El gordo y yo durante el carnaval del preescolar —sonreí. Yo me había disfrazado de Tortuga Ninja y él de Abejita—. Creo que ya sé qué foto publicaré primero en redes sociales. Y aquí está Eric…

Ver cada foto me llevó de vuelta a cada momento: el gordo y yo comiendo pizza; el gordo y yo jugando con una patineta; Mamá y yo abrazados el día de su cumpleaños número veintiocho; Eric y yo aprendiendo a montar bicicleta...

Papá y yo tocando la guitarra.

Siempre hay un recuerdo en particular que atesoras más que otros. En mi caso ese recuerdo es papá.

—Dime que no te defraudé —dije, sacando la fotografía del álbum para poder verla más de cerca. En esta yo miraba a la guitarra y él a mí sonriendo—. Lo he hecho lo mejor que he podido, hombretón. Lo mejor que he podido. Me he caído y levantado muchas veces recordando la promesa que te hice.

Di la vuelta a la fotografía y me topé con una descripción que no había visto antes.

Noviembre, 1999. Mi estrella de rock.

¿Qué tan oportuno era eso?

—Él ya me veía así —dije, rozando con mis dedos las letras que él escribió años antes.

Fue a mí mismo a quien tuve que demostrar que podía llegar lejos. Para papá ya era el mejor.

—No fue justo que te fueras tan rápido. —Me eché hacia atrás y vi la foto reparando en cada detalle—. Suhail también era tu favorita, ¿cierto? Me pregunto qué me aconsejarías. Mamá dice que interrumpir la boda no es opción.

Aún me pregunto cuál sería su respuesta.

Al terminar de ver los álbumes de fotos los metí de vuelta en la caja y volví a cerrarla. Mi reloj de pulsera marcaba las siete y veinte. Tenía que bajar a cenar. «De seguro ya vino el príncipe William». Y eso estaba por hacer cuando en mi campo de visión una caja etiquetada como «Suhail» me detuvo. No era correcto ver dentro, pero, dadas las circunstancias, elegí atesorar más recuerdos.

Dentro encontré muñecas, muchas que yo decapité durante nuestra primera guerra; pero lo más importante es que pillé una lista, una lista

escrita con letra de niña. Redonda. Con corazones en las *i*.

Razones para odiar a Max Solatano.

1. Es bajito.

—Dios, tenía siete —renegué.

2. Habla demasiado alto.

3. Se mantiene demasiado sucio.

4. Tiene amigos ruidosos.

Solo eso.

«¿Solo eso?», me pregunté, releyendo. Recuerdo que la mía tenía más razones.

Lo que me hace tremendo imbécil y solo puede significar una cosa: Suhail me «odiaba» porque yo la odiaba. Realmente no tenía razones.

«Ay, Max», resoplé, regañándome. «Te metiste en todo esto tú solo».

Seguí buscando y en la caja también encontré, hasta abajo, una hoja con la letra de *Classic*.

—¿Todavía será tu canción favorita?

Al mismo tiempo pensé en cada canción que le he escrito a Suhail, la mayoría habla sobre cuánto la extraño, pero ninguna en particular es sobre ella. Acerca de cómo es ella.

—Tú mereces tu canción, Suhail. Tu propia canción. Veamos... —Me senté y me acomodé mejor donde estaba para poder pensar—. ¿Qué tipo de canción merece Suhail?

Y aunque no tenía la guitarra en mis manos, en mi mente la escuchaba.

¿Cuántas palabras? ¿Cuántas palabras bastan para describir la belleza de la mujer que amas? Por lo menos una por cada peca en su nariz.

Después de eso me despedí del ático, pero no de los recuerdos.

Bajé las escaleras hasta el segundo piso y luego hasta el primero, y en el vestíbulo me encontré con Miranda, Suhail y... Finley. El rostro de él se endureció al verme. «La molestia es mutua, imbécil». Suhail solo bajó su mirada.

—Justo iba por ti, cariño —me dijo mamá—. Finley... acaba de llegar.

El tono de Miranda llamó mi atención. Parecía una advertencia.

—Pudiste avisarme de que él estaría aquí —susurró con tono molesto Finley a Suhail, y resoplando. Mamá me miró aterrada.

«¿Quién se cree pantalones estirados?»

—Ta-también acaba de llegar —respondió Suhail, temblorosa, llorosa, con miedo... manteniendo su cabeza baja. Eso me puso en alerta.

—Me puedo marchar si así lo quieres, Finley —le dije al borrico ese.

—No, Max, por favor, haznos el honor de quedarte.

Arqueé mi ceja decidido a coger el guante. Sin embargo…

—La cena está lista —interrumpió Miranda justo cuando iba a responder. Suhail se lo agradeció en voz baja.

Durante la cena la actitud de Finley fue la de alguien haciéndonos el honor de compartir con él pese a que de ninguna manera lo merecemos. El señorito no saludó a Bill cuando este se agregó a la mesa y todo el tiempo puso más atención a la comida en su plato que a nosotros. Quería romperle el cuello.

«Sí, follé con tu prometida. Supéralo».

¿Qué seguía? ¿Me iba a sacar la lengua?

—¿Y qué tal estuvo el vuelo, Finley? Otra vez te pido una disculpa por llegar tarde, mi trabajo como asesor estudiantil consume mi tiempo —dijo Bill tratando de aligerar el ambiente.

—Bien.

«¿Bien?»

Miré a Suhail, ella aún mantenía la cabeza baja y cerraba los ojos cada vez que Finley hacía un movimiento brusco con el tenedor.

—¿Tu familia ya está aquí? —continuó Bill, conservando la sonrisa pese a la hostilidad del otro imbécil.

—Sí.

—Podrían haberse quedado aquí.

—Están en un hotel.

Bill suspiró ante la respuesta fría y continuó comiendo en silencio.

Esa fue la primera impresión que obtuvieron Bill y Miranda de Finley, hombre del que Suhail pasó meses hablando maravillas. Fue incómodo. E iba a decir algo cuando la mirada de Suhail llamó mi atención. Procurando que solo yo la viera, negó con la cabeza y movió sus labios diciendo «No lo enojes más». Fruncí con molestia mi frente y ella añadió un «Por favor, Max».

Mi mano temblaba. Ni siquiera me atreví a mirar a Finley de inmediato. ¿Por qué se mostraba sumisa con él? ¿La había golpeado? No había hematomas en el rostro de Suhail, que otra vez mantenía su cabeza

baja, pero sí se comportaba con miedo. Era una versión blandengue de la Suhail que el resto en la mesa conocemos.

—Gracias por la cena —dijo de pronto Finley, levantándose de la mesa. Bill y mamá se miraron y Suhail se puso de pie después de Finley.

—Finley, yo... —Ahora Bill también estaba de pie. Aunque por lo menos esta vez Finley tuvo la amabilidad de mirarlo—.Te quería preguntar si podemos ayudar con algo. Suhail nos comentó que quedan algunos pendientes como el hotel para la recepción... Ni siquiera hubo un ensayo y la boda ya es mañana. No sé si...

—No se preocupe, señor —lo cortó Finley con el mismo tono que me tenía hastiado—, mi familia se hizo cargo de todo.

—¿Desde allá?

—La madre de Suhail también colaboró con algunas cosas.

Una vez más di mi atención a Suhail. Ella no miraba a Finley ni a nadie. «¿Qué te hizo?» Me levanté y los seguí hasta las escaleras, dándome cuenta mientras tanto de que Finley no esperó a Suhail. Aproveché eso y la tomé del codo, consiguiendo de esa forma que se girara para verme.

No parecía molesta, por el contrario, se veía apagada. No había luz en ella.

—Solo dime si te pegó —exigí, manteniendo mi voz baja. Si decía que sí tendríamos un funeral en lugar de una boda.

Ella negó con la cabeza.

—Si lo hubiera hecho no estaría tan molesto —musitó, mirándome con vergüenza—. Necesita tiempo.

—O que yo le dé la cara.

—No, Max.

¿Cuál era el afán de no permitir que la bomba explotara? Mi mandíbula dolía. Mi mano temblaba. Quería matarlo a él y hacerla reaccionar a ella.

No esperó a que dijera algo más y siguió al papanatas. Yo la seguí a ella.

—¿Cuál es tu habitación? —escuché que le preguntó él al terminar de subir las escaleras.

—Última puerta a la izquierda.

Intenté alcanzarla.

—Suhail, no puedes casarte así. —Mi voz era una súplica—. No con él odiándote.

Ella se volvió otra vez para mirarme en lo que Finley entraba a la habitación.

—Max, por favor. —Ahora estaba llorando.

Ni siquiera tenía fuerzas para estar molesta conmigo. ¿Por qué el ambiente era tan... extraño?

—Huye —le insistí, tomando su mano para colocarla sobre mí pecho—. Solo... huye.

Ella sonrío apenas.

—Max...

—¿Qué está pasando? —En mi voz había miedo.

—Lo que tiene que pasar.

—¿Lo que tiene que pasar? —Pasé una mano sobre mi cabello—. Él lo sabe, ¿no? Lo nuestro. —Ella asintió—. Entonces, ¿qué carajos?

Ella cerró los ojos.

—Solo vete, Max.

—No. No quiero que te lastime.

—No lo hará —dijo, tranquilizándome, acariciando con ternura mi mejilla. Eso me dolió más—. Necesita que esto pase.

—¡Suhail, no!

La quería sacudir para que despertara.

—¡Suhail, ven acá! —la llamó Finley elevando innecesariamente su voz.

Yo no solté la mano de ella.

—Max, debo ir —me dijo, mirando la puerta de su habitación. Sin embargo, al sentir que mi mano la apretó un poco se giró otra vez hacia mí —. Max...

—No quieres, Suhail.

—Max...

—Ven conmigo.

—No puedo.

—Tú y yo solos. Tendrá que entenderlo.

Ella cerró los ojos para no verme y volvió a colocar su cabeza baja. ¡Me tenía harto de esa actitud! Mi cuerpo irradiaba calor, mucho calor, y mis pulmones se contraían asfixiándome. Él tiene algo que es mío. «¡Es ahora o nunca!»

—¡Suhail, por Dios! —Ella se aproximó más y me abrazó, consiguiendo que de esa forma liberara el aire que retenía dentro. Por un momento me

sentí a salvo—. Dios...

La abracé de regreso con tanta fuerza que temí romperla. No obstante, ella se apartó un instante después, obligándome a soltarla y con tristeza acunó mi barbilla entre sus manos.

«No está aceptando marcharse conmigo... se está despidiendo».

—Suhail... —Volví a llamarla, sintiendo que mi garganta se desgarraba —. No. No. ¡NO!

—Tengo que hacerlo —dijo con un susurro débil, aún sosteniendo con delicadeza mi barbilla.

Coloqué mis manos sobre sus muñecas, aferrándome a ella.

—Ya no lo estás haciendo por amor.

—Es complicado.

—¡Suhail! —Prácticamente estaba arrodillándome y ella se soltó a llorar al verme tan doblegado—. ¡No nos hagas esto! ¡No te hagas esto a ti misma!

—¡Suhail, ven! —continuó llamándola él.

—Adiós, Max —se despidió de mí a pesar de que aún me aferraba a las hebras de su cabello, a sus manos... A todo lo que pudiera alcanzar de ella —. Adiós.

—¡Suhail! —insistí, sintiendo otra mano tomarme del brazo.

—Ven, Max —me pidió mamá, obligándome a soltar a Suhail—. Ven, cariño.

Suhail no dejaba de mirarme. Yo tampoco a ella.

—Venganza —susurré al entenderlo—. ¡Venganza! —repetí, más fuerte, señalando la puerta por la que entró Finley minutos antes—. Te está obligando a hacer esto porque nos quiere lastimar a ambos.

Suhail no lo aceptó o negó y, dándome una última mirada de consuelo, se giró para ir a la habitación con él.

—¿Va a dormir con nosotros? —le preguntó Finley en cuanto entró. No escuché que ella respondiera—. Porque le podemos hacer un espacio aquí.

Furioso, empuñé mis manos y empecé a caminar hacia...

Me detuvieron.

—No, Max —me suplicó Miranda, rodeándome por la espalda.

—Escúchalo —señalé, con frustración—. La está tratando así para provocarme. Para vengarse. Mamá, Suhail y yo...

—Puedo deducirlo yo misma —aseguró con ternura—. Esto es algo que tienen que resolver ellos. No tú, cariño.

—¡Se va a casar y le tiene miedo!

¿Por qué nadie reaccionaba?

—Suhail es inteligente. Confiemos en ella.

—¡Pero Mamá!

—Confiemos, Max.

Llevé las manos a mi cabeza.

—Le hará daño.

—Si tú entras ahí esto va a terminar mal para todos, Maxi. Deja que lo resuelvan ellos como pareja.

—Es que...

—Lo sé. Vamos. —Ella me empujó de regreso a las escaleras—. Te amo, pero creo que no es conveniente que te quedes aquí hoy.

En el camino nos topamos con la mirada desconcertada de Bill. Él era quien menos entendía todo esto.

—Cuídala —le rogué. Asintió enérgico, confuso, preocupado, sin tener idea de en qué estábamos metidos.

*****

Miranda me recomendó marcharme a mi apartamento. No lo hice. Quería estar cerca de Suhail. Por lo que, pensando cómo, caminé hasta la calle considerando si acampar en algún patio cerca era una posibilidad. Hasta que vi...

Mi casa.

Mi antigua casa, quiero decir; la que Miranda rentó años atrás. Sabía que dentro vive una pareja de ancianos, así que, confiando en mi suerte, caminé hasta la puerta y toqué el timbre.

—¿Sí? —me preguntó la mujer, entreabriendo la puerta.

—Buenos noches, soy Max Solatano...

—¿Quién?

Para ella solo era un chico llorando frente a su puerta.

—Su vecino.

—¿El hijo de Miranda?

—Ese.

Su semblante se relajó.

—¿En qué te puedo ayudar?

—Mi hermanastra se casa mañana. Hay muchos invitados en casa. Me preguntaba si...

—¿Si tengo espacio?

—Si no es molestia.

La señora terminó de abrir la puerta y me dejó entrar.

—Nosotros apreciamos mucho a Bill y a Miranda.

—Lo sé.

—¿Ya cenaste? —me preguntó de inmediato, señalando la mesa en la que ya estaba sentado su esposo—. Tenemos espaguetis.

Su amabilidad me hizo sentir un poco mejor.

—Estoy bien. Gracias.

La seguí escaleras arriba y me llevó hasta la habitación que, indicó, su esposo y ella disponen para huéspedes.

«La que era mi habitación».

Observé con añoranza cada pared, lo único que quedaba de mí ahí era un pedazo de goma de mascar adherido al techo.

—Ahí está la cama —señaló con amabilidad la señora, prendiendo una lámpara—. Te traeré otra sábana.

—Gracias.

De ese modo, cuando estuve a solas me aproximé a la ventana; ventana desde la que, si mal no recuerdan, podía observar la habitación de Suhail. La cortina protegía todo a mi pesar. Sin embargo, sí podía escucharlos a ella y a Finley discutir.

—Aquí está la sábana —avisó la señora entrando otra vez y acomodando de mejor manera todo sobre la cama. Le agradecí una vez más sus atenciones y esperé a que se marchara para volver a lo mío.

Lo que siguió fue escuchar a Finley pedir a Miranda el número de un taxi. ¿Mamá había tenido que intervenir? Esperé unos minutos y el llanto de Suhail pronto me indicó que Finley ya se había marchado.

«Llanto de Suhail».

«No».

«¡NO!»

Todavía en la misma posición, frente a la ventana, me giré y me senté sobre el alfombrado, dejando descansar mi cabeza sobre el alféizar; y así,

en silencio, la escuché...

La escuché llorar de la misma forma que años antes, cuando ni siquiera suponíamos qué tan lejos llegaría esto. Después cerré mis ojos y sentí cada extremidad de mi cuerpo doler. «¿Qué nos hicimos, Suhail?»

«Es mi culpa».

Había sido mi culpa desde el inicio. De manera que, reconociéndolo, bajé mi mirada y tragué saliva para deshacer un poco el nudo en mi garganta. «Eres un idiota, Max».

—Suhail —dije en voz baja. Aunque no lo suficiente alto. Me dolía hablar.

—Ayúdame, Dios —la escuché suplicar al otro lado e inevitablemente mi corazón dolió.

Golpeé el piso con la mano, sintiéndome molesto conmigo, ella lloraba por tristeza y yo por frustración; ambos sufriendo mucho.

—Suhail —dije, esta vez alto—. Soy yo... Max. —Ella dejó de sollozar al escucharme—. Estoy... aquí, donde siempre, frente a tu ventana... Lo lamento tanto, Suhail. Esto. Todo. —Eché la cabeza hacia atrás y miré el techo—. Tenías razón, sabes —agregué, pronto—. No solo te alejé porque creí que eso sería lo mejor para ti, también te alejé porque no me sentía suficiente... No me sentía capaz de hacerte feliz. Tú lo dijiste: me sentía una carga. —Cerré los ojos—. Un pobre infeliz. ¿Qué era yo comparado con Londres? No quise atarte. De verdad que no.

»Sé que lo arruiné. No era de los que razonaban antes de actuar, lo sabes. Pero he cambiado y quiero que tengas bien claro algo, Suhail: te amo. Te amo, maldición. Y esto me duele tanto como a ti. Me duele… Me duele ser la causa de tus lágrimas. Me duele no haber sido ese hombre que tú mereces. Perdóname por no haber estado listo. ¡No podía ni conmigo, Suhail! ¡Ni conmigo!

Esperé a que ella dijera algo, pero no habló.

—Mañana no voy a ir a tu boda, ¿de acuerdo? —continué—. Primero porque algo pasó con la invitación, segundo porque no puedo... No puedo y sé que en el fondo tú tampoco.

»Y no tengo idea de qué está pasando entre tú y Finley, pero estoy aquí. Por ti… Ahora dame un segundo —añadí, poniéndome de pie, yendo a buscar a la anciana.

Cuando regresé traía una linterna en mi mano.

—Ya volví —le dije y me arrodillé frente a la ventana, encendí la linterna y la coloqué en dirección a la ventana de ella. De inmediato comenzó a llorar otra vez... creo que recordando—. Y por lo menos esta noche me quedaré a vigilar que no te pase nada. Duerme tranquila mientras yo esté aquí.

—Max...

—Te amo.

«Te amo, Suhail».

No dije más y ella tampoco. A ustedes tampoco sé qué más decirles.

Por la mañana cuando abrí los ojos, recordando mi promesa de no ir a la boda y sabiendo que si me quedaba en la ciudad ni el mismo Superman podría detenerme de intentar algo, salí de aquella casa y conduje a Janis hasta el aeropuerto.

Y así fue como llegué aquí. En pedazos. Completamente roto.

OceanofPDF.com

ACTUALIDAD

168. Suhail

—Y así es como llegué hasta aquí —termino de contar mirando de papá a mamá y después al chófer de la limusina. A él le veo a través del espejo retrovisor, sorprendiéndole por haberle pillado escuchando.

—Perdón, señorita —se disculpa al instante.

—Pierda cuidado —lo tranquilizo—. No cambia nada que alguien más sepa.

Él me regala una sonrisa.

—¿Puedo opinar? —pregunta y hago un gesto afirmativo en lo que espero a que mamá o papá también digan algo—. Creo que debería ir con Max al aeropuerto —dice, claro—. Lo de Finley ya no tiene compostura.

—Muchas parejas han sabido sobrellevar una relación después de una infidelidad.

Mis palabras duelen.

—Felicítelos de mi parte. —El chófer es tajante.

—No voy a permitir que Finley te haga daño —dice papá luciendo aturdido. Le duele que me haya metido en esta situación—. ¡Porque si él cree que estás sola...!

—No hará nada —procuro calmarlo dejando a un lado mi ramo para sujetar su mano. Después me giro hacia mamá—. ¿Tú... no vas a decir nada? —le pregunto, ella está atenta a su teléfono móvil. Yo me encuentro en medio de ambos.

Mamá saca un auricular de su oreja al ver que intento llamar su atención.

—Estaba terminando de escuchar la versión de Max —explica.

«La versión de Max».

Hoy por la mañana cuando acomodaba sobre mi cama las piezas de mi vestido de novia, Miranda tocó la puerta de mi habitación para entregarme

su móvil. No explicó nada. Lo tomé entre mis manos y con sorpresa vi a Max rodeado de personas mientras hablaba de nosotros:

«Lo primero que sentí cuando vi por primera vez a Suhail fue decepción. Durante meses imaginé que quien se mudaría a la casa de al lado sería un niño. Por eso, cuando vi a una niña...»

Una hora después papá también entró a la habitación ofreciéndome su propio teléfono, el cual, de la misma manera, mostraba a Max, pero desde un ángulo distinto.

Max se hallaba en el aeropuerto platicando todo a un grupo de, más o menos, según calculé, quinientas personas; además de los que miraban las diversas transmisiones en vivo a través de redes sociales. Y aunque Miranda y papá se comportaron precavidos temiendo que iba a enfadarme al ver semejante cosa, lo único que hice fue apartar el vestido y sentarme en mi cama con teléfono en mano para escuchar lo que tenía que decir Max.

«Después de que golpeé a Edgar llamé a Bill y él y mamá fueron a buscarnos. Edgar era menor de edad, pero no su hermano, que fue quien le suministró la sustancia rara que echó a la bebida de Suhail; y tampoco lo eran sus papás, que debían haber estado supervisando la fiesta...»

Max Solatano nos estaba desnudando frente a millones de personas.

En muchas partes reí, en otras me enojé o lloré. Pero lo más importante es que lo comprendí mejor todo: su peculiar sentido del humor que me suele sacar de quicio, pero que también amo; y sus razones, válidas o no, para meter la pata a veces... Literal, según él.

Sus inseguridades. Sus miedos. Lo comprendí todo. El mismo Max rio, se enojó y hasta lloró al contar su historia. Era solo un muchacho esperando estarse explicando lo suficientemente bien para que al menos alguien, quien sea, lo comprendiera.

—¿De verdad vas a hacer esto a pesar de haber escuchado su versión? —me preguntó con tristeza Miranda al verme continuar preparando mi vestido.

—Debo hacerlo —dije, doliéndome, y sin explicar más; y ella, en silencio, continuó ayudándome.

Miranda me ayudó con el vestido, con mi cabello y me maquilló. Finley había cancelado la reservación del salón de belleza, el pago por los vestidos de las damas, el hotel para la recepción y yo misma pedí a Laura y a Gavin que no vinieran. Ya no era necesario.

—No sé por qué sigues adelante con esto —dice papá negando con la cabeza, molesto. Sé que teme por mí.

—Debo hacerlo, papá.

—Eso es lo único que dices desde ayer —gruñe, con frustración—. Max te ama. Es un tonto y no tiene mi completa aprobación —añade—, pero se esfuerza. Es mejor opción que Finley. Aunque no se trata de ver quién es mejor. Se trata de comprender quién te conviene a ti y Max está hecho a tu medida. Se acopla perfectamente a ti.

«Lo sé».

—¿Tú... no vas a decir nada? —cuestiono a mamá, que luce pensativa.

—Tú sabes lo que haces —contesta, acomodando ella misma un mechón de mi cabello. Aunque puedo ver en sus ojos que hay mucho más que necesita decirme.

—¿Es broma, Jacqueline? —le reprocha papá—. Va a casarse con un tipo que no es Max.

«Que no es Max». Eso me hace sonreír.

—¿Desde cuándo quieres a Max para mí? —le pregunto.

—Me gustó la parte en la que te compone canciones —acepta, viendo con pesar su teléfono—. Además, nunca voy a olvidar la forma en la que anoche me suplicó cuidarte. Lo hubieras visto —papá suspira—. No te confiaré a nadie que no sea Max.

—Él es único. —Estoy de acuerdo.

—Bien, vamos al aeropuerto entonces —dice mi padre, haciendo una seña al chófer que, por supuesto, sonríe feliz al escuchar el cambio de ruta.

—No puedo —les detengo.

—¡Por Dios, Suhail! —A papá le dará algo antes de llegar a la iglesia.

—¿Tú qué opinas de Max? —pregunto a mamá. Su opinión igualmente me interesa—. ¿Aún piensas que es una carga?

Puedo ver en su expresión una sonrisa peleando contra supuesta molestia. La relación entre mamá y Max es complicada.

—¿Sabes qué no contó aquí? —se queja con un aire teatral, entrecerrando sus ojos en mi dirección y presionando con molestia la pantalla de su móvil.

Nada viene a mi mente.

—¿Qué?

—Que cuando salió a la venta su dichoso disco me lo envió con una nota que decía «Ja, ja». ¡Una nota! ¿O lo contó, Suhail? —Mamá coloca una

mano en su cintura—. ¿Lo contó? —enfatiza.

—No, no contó eso —acepto, procurando ocultar mi sonrisa.

Mamá resopla.

—O que el señor me envía actualizaciones de sus cuentas bancarias. Cuentas. En plural. Él mismo lo remarca —añade, moviendo su mano como si sostuviera un bolígrafo.

Aprieto los labios para no reír. Mamá luce indignada.

—Porque Solatano solo cuenta lo que le conviene —insiste, acomodándose de mejor manera en su asiento—. Pero haré mi propia transmisión en vivo. Ya van a ver.

—Miranda también amenazó con hacer la suya —suspira con pesar papá.

—También soy famosa. De igual forma puedo atraer la atención de muchas personas —asegura mamá.

—Oiga, señora —escucho que la llama el chófer mirándola desde el espejo retrovisor. Ella le da su atención con actitud altiva—. ¿Y le siguen gustando las chicas? —Hasta creo que le guiña un ojo.

La cara de mamá se descompone y me dirige una mirada acusatoria por también hablar de su etapa de «autodescubrimiento», como la llama ella. Pero sabe que me lo debe.

—¿Y qué comenta la gente sobre la historia de Max? —pregunto a papá. A los tres solo nos queda la opción de hablar en lo que avanza el tráfico. Llevamos dos horas atrapados y de acuerdo con la agenda debo llegar a la iglesia en veinte minutos.

Papá desbloquea su teléfono, busca en Twitter y lee:

—Algunos se quejan de que no habló mucho sobre la boda de Sam y Ling.

—Es que es una historia divertida —me muestro de acuerdo.

—También piden más detalles sobre las primeras veces de ustedes. —Papá me mira acusador—. ¿En nuestra casa, Suhail? ¿En serio?

Siento mi cara enrojecer.

—Es que...

—Ya están grandes, Bill —le corta mamá y anima a seguir leyendo.

—Lo que me recuerda... —dice él, dedicándonos una mirada de duda a ambas—. ¿Ustedes hablaron?

Mamá hace un gesto afirmativo sin demostrar alguna emoción en particular.

—Suhail me llamó al día siguiente —dice—. Quería hablar y... hablar. Fui por ella al aeropuerto.

Papá asiente conforme. Le da gusto vernos bien.

—Me duele que no hayan tratado a Finley cuando estábamos bien —digo, procurando no detenernos en el mismo tema—. Él... no es malo. Lo juro. No es malo.

—Solo estás terminando de conocerle —asegura papá. Le molesta que Finley me haya tratado mal—. Nadie se casa con un mal hombre o mala mujer, Suhail. Todos elegimos a un príncipe o a una princesa. El tiempo es el que se encarga de revelar a ese pequeño monstruito que cada unolleva dentro —agrega, mirando de reojo a mamá que, como respuesta, le fulmina con la mirada—. El matrimonio le saca la venda de los ojos al amor, cariño —concluye—. Al menos a Max lo conoces de mejor manera. Crecieron juntos.

—Deberías sacarte ese saco y camisa y en su lugar colocarte una camiseta que diga «Yo apoyo a Max» —le aconsejo, susurrando a su oído.

—Es una posibilidad —afirma él y doy un beso a su mejilla.

—Y con Miranda te ha ido bien —le recuerdo—. No todo es malo en el matrimonio.

—Miranda... —Papá me mira como si de pronto tuviera la respuesta adecuada para todo—. Ella también tiene sus monstruitos —acepta—, pero te ama como a una hija.

—No comprendo. ¿Estás con ella por mí?

—No. Estoy con ella porque acepta todo de mí... incluyéndote. Abraza lo que soy y eso permite que nuestros monstruos convivan bien. Nos tenemos confianza y si tiene algo para reclamarme, o yo a ella, lo hacemos con respeto. ¿Es lo mismo con Finley? —pregunta ahora—. ¿Él te conoce lo suficiente como para saber cuándo no instigar a tus monstruitos o tú a los suyos y, en lugar de eso, conseguir que convivan para seguir funcionando como un equipo?

—Estoy odiando con mi alma esa metáfora de los monstruitos —dice mamá.

—Nadie te preguntó —le contesta papá ganándose otra mirada fulminante.

Yo estoy pensando.

—Creo que no he permitido a Finley conocerme del todo —acepto—. Es decir, le oculté cosas y él, creo, me idealizó. Así es ahora que lo pienso detenidamente.

La verdad es dolorosa pero necesaria.

—Primera cosa cuerda que te escucho decir en días —opina papá.

Miranda se adelantó para llegar primero a la iglesia. Yo salí de casa acompañada de papá en lo que mamá nos esperaba dentro de la limusina que rentó, para que al menos, según ella, yo contara con ese detalle. Durante el trayecto el tráfico ha dificultado nuestro avance, por lo que, ante la insistencia de mis padres de querer saber mi versión de la historia, eligiendo este como un momento oportuno para mi desahogo, lo conté todo.

No fue fácil. Al igual que Max, también omití cosas, pues cada uno es dueño o esclavo de sus palabras, pero dejé bastante claro mi punto.

—¿Te sientes más tranquila? —me pregunta mamá acariciando mi cabello. Por ser ella quien me recibió hace cinco días fue la primera en ver lo acabada que me siento.

—Sí. Eso creo —digo, dejando caer mi cabeza sobre su hombro.

—Porque compré algo.

Sin suponer de qué se trata. Curiosa, la veo buscar dentro de su bolso. De ahí saca una bolsa con ositos de gomita que abre y me entrega uno.

—Terapia avalada por Max Solatano —asegura.

Esbozo una sonrisa y cojo un osito color rojo entre mis dedos, al que observo con ternura y nostalgia. «Nos hemos lastimado tanto, Max».

—¿No hay modo de que esto avance? —pregunta mamá al chófer bajando a la mitad su ventana para ver por qué esto no avanza—. El calor comienza a hostigar.

—Puede que haya un accidente más adelante —opina el chofer haciendo sonar la bocina y prosigue a proponer en voz alta alguna otra ruta.

—No es por un accidente —dice papá mirando su teléfono.

—¿Entonces? —pregunto, preocupada. El reloj está avanzando.

Él me muestra lo que ve y leo a muchas personas comentar en un foro de internet. Muchas personas.

«Ya tapamos 5ª avenida y 8ª calle. ¿Alguien sabe si es por ahí que pasará Suhail?»

«Hay otra iglesia al sur. Vamos para allá».

«Nosotros bloqueamos la 6ª avenida».

«¡Que alguien bloquee el acceso a la iglesia!»

«Deberíamos contratar un francotirador para que le dispare a Finley #Propuesta».

«Consideremos secuestrar al cura».

«¡Todos con Max!»

«¿Él sigue en el aeropuerto?»

«Sí. Tampoco le permiten marcharse»

«¡Bien!»

«Hay que ubicar en qué se traslada Shuail».

«Se escribe SUHAIL».

«¿Y si viene en helicóptero?»

«No se pasen, la iglesia no tiene helipuerto».

«Pero creo que el edificio contiguo sí».

«¡Alguien vaya a bloquear la salida!»

«Ya tenemos un grupo allá».

—¿Esa gente está demente? —pregunto, leyendo todo boquiabierta.

—¿Qué más esperabas de los fanáticos de Max Solatano? —dice mamá con mala cara, pero intenta esconder una sonrisa. A continuación, termina de bajar la ventana que está de su lado y me pide sacar la cabeza para leer lo que dice el vidrio trasero de un coche.

«No te cases, Suhail».

—Pero... —No puedo ni cerrar la boca—. ¿Qué tan lejos llegó la transmisión en vivo?

—Mira —dice papá pidiéndome ver de nueva cuenta la pantalla de su móvil—. Ya tradujeron a ruso uno de los vídeos que circulan. Hace un momento también vi uno en japonés.

Me giro hacia mamá pidiendo respuestas. No sé... No sé qué hacer. Debo ir a la iglesia. De verdad debo.

—Y la etiqueta #NoTeCasesSuhail está circulando por todo Internet, amor —añade papá.

«Oh, Dios».

169. Max

Estoy sumergido en mis pensamientos cuando el escuchar muchos aplausos me saca de mi ensoñación. No puedo creer que tanta gente siga aquí. Conmigo.

—Ánimo, Max, todavía no llega a la iglesia —me dice la señora sentada a mi lado, la primera a la que empecé a contar la historia.

—Gracias, Silvia.

—¡Ánimo, Max, tú puedes! —grita más gente y con asentimiento de cabeza agradezco sus aplausos.

Llegué al aeropuerto antes del amanecer, esperé a que Eric recogiera a Janis y entré cauteloso para evitar que me reconocieran. Me detuve unos minutos frente a la pantalla que indica el itinerario de vuelos que salen y llegan a la ciudad, y tras no poder decidir a dónde huir caminé hasta una banca a esperar. Me senté y solo esperé a que pasara algo... o no pasara. En este punto cualquier cosa me serviría porque la incertidumbre mata.

«Se va a casar».

—A ti te conozco —me dijo una señora, acercándose. Me cayó bien al instante debido a su aspecto *hippie*. Me recordó a Suhail—. Eres el chico que salió adelante sin la mitad de una pierna.

«Sí, pero no».

Negué con la cabeza.

—Muchos han logrado más cosas con menos miembros del cuerpo —contesté.

—Igual es increíble —destacó ella, presentándose como Silvia. Luego, colocando sobre su pecho la mochila que traía en su espalda, se sentó a mi lado—. Es muy temprano —agregó.

Miré mi reloj.

—Las seis de la mañana, casi.

Ella bostezó y sacó de la mochila un recipiente *tupper* de forma cilíndrica, graciosamente etiquetado con la palabra «Desayuno». No es que eso fuese especial o noticia, pero me gustó poner atención a alguien que no fuese Suhail o yo.

—¿Quieres? Traigo otro —ofreció y acepté—. Estoy segura de que no has desayunado y no soy de las que deja a alguien con hambre.

—Gracias.

—Lo que necesites solo dilo, cielo.

—¿Qué es? —pregunté al terminar de beber un trago, el color era extraño pero el sabor agradable.

—Batido de espinaca, pepino y piña —explicó ella—. Te ayudará con las toxinas.

«Oh».

—Suena bien —agradecí de nuevo y continué bebiendo. Mientras, ella buscó algo más en su mochila. Ahí traía todo tipo de *tuppers* con comida vegana dentro. Y sí, irremediablemente me recordó a Suhail.

—Esta factura me servirá para que me regales un autógrafo —indicó, entregándomela. Su tono era de súplica—. Mi hija no me creerá a menos que lleve pruebas.

—También podemos sacarnos una foto —propuse.

—Eres un amor. —Me abrazó.

—Usted lo es. De verdad, gracias por el desayuno.

—Y... ¿cómo vas? —quiso saber, señalando mi pierna. A las personas les causa fascinación que debas aprender a vivir con limitaciones. Me incliné y levanté unos centímetros mi pantalón para que pudiera ver mi prótesis.

—Ya me acostumbré, aunque todavía hay cosas que no son fáciles de sobrellevar.

—¿Por ejemplo? —preguntó, y aclaro que me gusta la gente que me mira sin dudar que puedo hacer lo que sea.

—Me incomoda que algunos admiradores y prensa presten más atención a eso que a mí —confieso.

—¿Por qué? —me reprochó ella—. Un niño del edificio en el que vivo quiere participar en los Juegos Paralímpicos porque te vio a ti sobre un escenario.

—¿En serio?

—Bueno, no, pero seguro hay alguno por ahí —aceptó, haciéndome sonreír—. Así que no niegues a nadie la oportunidad de inspirarse gracias a ti. Yo sé lo que te digo.

Algo similar me dijo la psicóloga del instituto de Deya meses atrás. Ya me había aceptado a mí mismo, pero me faltaba asumir lo que está diciendo Silvia. Y es que resulta demasiado desgastante luchar contra la corriente, es mejor nadar con ella.

—¿Y por eso estás triste?

—¿Se nota demasiado? —Ella asintió con pesar—. No, no es por eso. Lo que me pasa es más difícil que perder la mitad de una pierna —suspiré—.El amor de mi vida está a punto de casarse con alguien que no soy yo.

La boca de Silvia cayó. A la par que yo, sin querer, lo dije alto y una pareja sentada a dos bancas de nosotros lo escuchó.

Así empezó todo.

—¿Escuchaste, amor? —le dijo ella a él—. Eso es horrible.

—Terrible —estuvo de acuerdo Silvia, mirando de ellos a mí.

—Y así se siente —dije yo, dando otro trago a mi batido.

Porque insisto en subrayar que el reto de vivir sin una pierna es nada comparado a tener que vivir sin Suhail.

—Estábamos comentando que eres Max Solatano —dijo la chica, dejando su banca e hizo que su novio también se acercara a nosotros. Ambos con rastas en lugar de cabello. De alguna manera había terminado en medio de un grupo de *hippies*.

—La fama tampoco es fácil de sobrellevar —suspiré en dirección a Silvia.

Al principio fue frustrante que me reconocieran cuando necesitaba estar solo.

—Todos quieren un pedacito de ti —dijo Silvia, golpeando su pierna contra la mía para darme apoyo.

—¿Podemos sacarnos una foto contigo? —me preguntó el chico con rastas y accedí, y la voz de que me hallaba ahí empezó a propagarse.

«Aquí está Max Solatano».

«¿Ese chico es Max?»

«¡MAX!»

«¡MAX AQUÍ EN EL AEROPUERTO!»

De modo que en minutos tuve a decenas de personas rodeándome, cada uno tomándome fotos, pidiéndome autógrafos y grabándome. Y aunque al principio me sentí aturdido, al final me sirvió para distraerme.

—Te amo, Max —dijo una chica.

—Y yo a ti —le sonreí.

—Es Max Solatano —susurraban uno tras otro en lo que echaban un vistazo a sus equipajes y ponían atención al altavoz que anuncia la llegada y salida de vuelos.

—Solo un par de autógrafos más y le damos espacio —indicó Silvia, poniéndose de pie sobre la banca y ayudándome a pasar cosas para

autografiar—. Nuestra estrella no está en su mejor momento.

«Sí, me duele el alma».

—El amor de su vida se va a casar con otro —contó a los más cercanos a ella la chica con rastas y ellos a los demás. Cualquier cosa que Silvia y yo dijéramos se volvió eco.

—¿Quién, Max? ¿Mirel? —me cuestionó una señora bien informada sobre lo último en revistas de chismes.

—No me hablen de Mirel —sonreí, queriendo olvidar el incidente con Eric.

—¿Entonces es Eric? —inquirió a tiempo otra persona—. ¿Eric es el amor de tu vida que se va a casar?

—Eric solo es mi amigo —aclaré, sintiendo mi cara enrojecer y esperando que eso no se notara en las fotos. A Parisi le divierte que gracias al beso en el balcón la prensa nos vincule—. Hablo de una chica.

—¿Es aquella modelo que...?

—No es famosa —les interrumpí, terminando así con más rumores—. A esta chica no mucha gente la conoce pese a que se trata de una persona que vale la pena conocer.

No podía decir menos de mi pecosa.

—¿Cuál es su nombre? —preguntaron, cada vez más curiosos. Miré a mi alrededor y noté a más gente acercándose. Me estaban acorralando.

—Suhail —dije, prácticamente aceptando mi destino de no poder huir de su recuerdo.

—¿Su... qué?

Volví a sonreír.

—S. U. H. A. I. L —repetí, deletreando.

Ah, deletrear. Todo me recuerda a ella. Todo.

—¿Y hoy se va a casar? —persistieron. Ellos querían la historia completa.

—Sí.

—Es una tonta si no te prefiere a ti, Max —aseguró otra chica.

Negué con la cabeza.

—Ella es todo menos tonta. —Le hice ver a ella. A todos. El grupo a mi alrededor seguía creciendo—. Y si va a casarse es porque yo no la valoré.

—Pero eres Max Solatano.

—Y a lo largo de mi vida un completo imbécil también. No supe amarla. En realidad, nunca seré capaz de amarla, no como ella se merece —zanjé—.

Pero, ¿saben qué? El tipo con el que está tampoco.

—Sigo sin comprender —dijo un chico a mi costado.

¿Cuántas personas estaban escuchando ya? ¿Setenta? ¿Cien? Por lo que, reconociendo el hecho de que mi corazón pedía a gritos desahogarse, y sin importarme nada, hice la pregunta que cambió todo en Ontiva hoy:

—¿Quieren que les cuente la historia completa?

—¡Sí! —celebraron, dándome espacio para que volviera a tomar asiento.

«La historia es larga, damas y caballeros».

—¡Cuenta, Max! —continuó la gente animándome.

Miré de reojo a Silvia y asintió; y es que, ¿por qué no? Platicaría a estas setenta personas cómo me enamoré de Suhail Didier.

—Lo primero que sentí cuando vi por primera vez a Suhail fue decepción —comencé, y de repente muchos teléfonos móviles buscaban mi mejor ángulo.

Ochenta personas.

Noventa.

Cien.

Doscientas...

Hasta un policía que se acercó a disipar a la multitud se quedó a escuchar. Lo mismo gente que llegó de otros lugares o que perdieron su vuelo; o, más increíble aún, eligieron perder su vuelo con tal de saber qué pasaría con Max y Suhail.

Yo me metí tanto en la historia que pronto dejé de prestar atención al público. Éramos solo yo y mis sentimientos.

—Lancé una última mirada de odio a Aitor. Me molestaba que Suhail se sintiera cómoda con él...»

»Parpadeé. Mi meta eran veinte minutos. Aitor quizá ya le estaba mostrando los carteles de «¿Quieres ser mi novia?» a Suhail... Y eso sí que no. Por lo que, molesto, aceleré decidido a pasar antes de que el semáforo se pintara de rojo. En la radio, de manera oportuna, sonaba *Don’t Stop Me Now* de Queen...

»Era verano y tanto Suhail como yo teníamos lentes de sol puestos y escuchábamos *Black Hole Sun* de *Soundgarden* en volumen muy bajo...

»Las terapias con Paulo marchaban bien, aunque no avanzaban, para mi gusto, lo suficientemente rápido. Paulo era firme al decirme a mí y a mamá «paso a paso»...

»Medité y me encontré con el hecho de que era el único con el que ella había hecho esto: besarle, entregarse... dormir. Suhail tenía miedo de dejarse tocar o compartir con alguien, pero ahí estaba, conmigo, confiando... Esperando... Ella haría lo que le pidiera sin dudar, y eso es bueno... Entonces, ¿por qué me sentía mal? ¿Por qué me sentía egoísta?»

Diez horas después, y pese a que ya terminé de relatarlo todo, la mayoría de las personas continúan acompañándome. Es como si sintieran necesario hacerlo.

—Están bloqueando calles —me informa Silvia, regresando a su lugar en la banca. Había ido a preguntar a las personas que difundieron mi transmisión en vivo cómo perciben el ambiente. En la ciudad todos se han vuelto locos, la gente colocó el mensaje «No te cases, Suhail» sobre ventanales de edificios, casas, coches, gorras, camisetas… en todo lo que encuentran a su paso.

Sacudo mi cabeza con negativa, no puedo creerlo, pero estoy sonriendo. No por el bloqueo de calles o cientos de mensajes, sino porque me hizo sentir bien que tantos se unieran a mí. A nosotros. Todavía hay personas que abogan por los finales felices.

—Si quiere llegar a la iglesia buscará la forma de hacerlo —explico a Silvia—. Así es Suhail y quiero que lo haga —hago ver—. No pretendo que venga aquí por obligación, necesito que ella quiera.

—¿Qué harás si no viene?

Vuelvo a suspirar.

—Marcharme.

Las personas que aún esperan conmigo se alarman al escucharme decir eso.

—Pero, Max...

Sus ojos incluso lucen más tristes que los míos.

—¿A dónde? —me pregunta Silvia, colocando una mano sobre mi hombro. Tiene una actitud maternal que me recuerda a Miranda, y que me hace extrañar a Miranda, pero ella no está aquí porque le pedí acompañar a Suhail.

—A donde sea. Ya le pedí a mamá hacerse cargo de Gilmour un tiempo.

Silvia toma una actitud pensativa.

—Aunque no te he dicho a dónde voy yo.

—Cierto —sonrió—. Ni siquiera sé por qué sigue aquí. Por favor, tome sin cargo de conciencia su vuelo —aconsejo—. Hay más gente aquí conmigo.

Ella niega con la cabeza.

—No me quiero perder el final de esto. Además, —se acerca más a mí con actitud cómplice—, mi hija quiere que te saque más detalles de la historia. No preguntes por qué, ¿de acuerdo?

—Bien —asiento—. Me hace bien hablar. Entonces... ¿a dónde es que va? —pregunto. Realmente me da curiosidad saber por qué acompaña al resto de *hippies*.

Silvia busca otra vez dentro de su mochila y saca de esta un trifoliar titulado «Sonríe».

—Soy parte de diversos grupos activistas y este es uno de ellos —explica —. Este, en particular, asiste a niños pobres. La mayoría huérfanos. —Le digo que lo lamento y ella continúa mostrándome fotos—: La pareja que estuvo aquí en la mañana, otros y yo vamos aquí —indica, sacando un mapa —, con los niños. El lugar se llama Spero. Si Suhail no viene, te invito a unirte —decide—. No tienes nada que perder si no tienes dónde ir.

Ojeo con detenimiento el trifoliar. Este muestra imágenes de niños con estómagos pronunciados, aunque no por sobrepeso porque también puedo ver sus costillas. Es increíble cómo mis problemas empiezan a parecer nada comparados con los de ellos.

—¿Sabe qué? —digo a Silvia con decisión. Mi pecho acaba de ser golpeado nuevamente—. Venga o no venga Suhail, esto me interesa.

Silvia asiente feliz.

—Sabía que eres un chico especial.

—Aprendí de alguien todavía más especial.

Porque esto es algo que Suhail haría.

Me pongo de pie y camino entre los cientos de personas que vuelven a aplaudirme, todos diciéndome con su mirada «Estoy aquí contigo». Mi duda es: ¿Ella vendrá?

170. Suhail

Nuestros problemas comenzaron desde que, sin saber aún acerca de la infidelidad, Finley se decepcionó al enterarse de que no hay bebé. Con paciencia le expliqué que solo hice un favor a Laura, sin embargo, le costó manejar el sentimiento de decepción.

Le pregunté si todavía quería continuar con los planes de boda y respondió que sí, asegurando que esa no era la única razón que lo inspiraba a pedirme ser su esposa, lo que nos lleva a nuestro problema principal: solo hemos estado juntos un año. Y aunque si bien es cierto que el tiempo que dura una relación como novios no influye en nada para que un matrimonia funcione, también es verdad que no nos conocemos. Hemos vivido en un «ideal». Hasta hoy no habíamos enfrentado ningún tipo de inconveniente. Yo no lo conocía enojado, triste o decepcionado. No ante una situación tan determinante.

Insistió en salir conmigo por lo que leyó de mí en mi blog, pero esa Suhail era una ilusión. A la verdadera nunca se la presenté. Cuando me conoció aquella tarde lluviosa ya me había acomodado a una rutina, luego me adapté a su propio estilo de vida y así, progresivamente, dejé de ser yo. Con él no era yo misma. Con él fui la que intentaba olvidar a Max y, peor aún, de la manera más estúpida: renunciando a lo que soy. Mi forma de ser, mi apariencia y hasta los amigos y la ciudad que tanto amo.

Viajé a Londres para estudiar, pero Suhail, la verdadera Suhail, se quedó en Ontiva con papá. Con mamá. Con Miranda. Con Ling. Con Max.

Quiero a Finley.

Agradezco el consuelo que me dio, que me hiciera sentir que todo estaría bien si ignoraba lo que me causaba dolor. Pero era un engaño.

No le fallé por primera vez el día que me acosté con Max estando ya comprometidos, lo utilicé desde que accedí a estar con él queriendo a otro, y al mismo tiempo, tristemente, él me idealizó.

Él amó a un espejismo.

«Lo siento tanto, Finley Becher».

Papá, mamá y yo bajamos de la limusina y recorremos a pie el último trayecto hasta la iglesia. La gente me mira.

«Es Suhail».

«¿Por qué no va al aeropuerto?»

«¿Sí se va a casar?»

«No puede ser tan tonta».

«Idiota».

«No merece a Max».

Me observan con dolor, decepción y hasta ira. No quieren que me case. Por todo lo que escucharon decir a Max saben tan bien como yo que soy de él y él es mío, y aunque a veces nos equivoquemos, así será para siempre.

Asimismo, hay quienes intentan detenerme. Me rodean sosteniendo en sus manos carteles en los que leo «No te cases, Suhail», fotografías de Max y hasta cantan a todo pulmón *Classic*. Trato de levantar más mi mentón para lucir digna y también para evitar llorar.

—Levanta un poco tu vestido cada dos pasos —me aconseja papá.

Estamos subiendo los últimos peldaños frente a la puerta de la iglesia. Hoy me voy a casar.

«¿Me voy a casar?»

Max está en el aeropuerto. Si decido entrar y darle el sí a Finley, todo habrá terminado.

—¡No olvides tu ramo, Suhail! —me recuerda mamá, corriendo hacia mí para entregármelo. Pero yo solo puedo pensar en si debo quedarme y casarme, o si debo ir a buscar a Max.

Por lo pronto, tengo claro que es mi obligación moral hacer esto. No es lo que quiero, pero es lo que debo.

Un último grupo intenta evitar que entre a la iglesia, sin embargo, alguien se interpone y recuerda a todos que Max pidió no forzarme a cambiar mi ruta, de modo que con dolor en su mirada la gente se aparta de la puerta y nos dejan entrar.

La iglesia está casi vacía, dentro solo me esperan Miranda, Ling, Sam, Eric y el sacerdote, que al verme entrar da un último vistazo a su reloj. Llego diez minutos tarde.

Finley no está, cosa que, admito, me sorprende.

Quedamos en que vendría y en el altar, frente a Dios, decidiría si darme o no darme, según él, «otra oportunidad». Yo le rogué al cielo que pese a todo en el fondo aún sea ese hombre que antes me trató con amor y recapacite.

—No ves las horas para por fin ser libre y poderte marchar con él, ¿cierto?

—Las cosas no son así —le dije.

—¿Qué platicabas con tu mamá?

La otra llamada con mamá fue al día siguiente que le dije todo. Las dos hablamos durante horas.

—Comentamos algunos errores que cometimos.

—¿Cómo cuál? —rio Finley, resignado a que le había hecho algo peor.

—Yo... estando contigo —reconocí—. Dijo que es un error. Lo que es irónico, porque también fue ella la que me aseguró que estar con Max era un error.

—¿Y siempre tienes que preguntar a tu madre qué hacer?

—De Max no me alejó ella, me alejó él —aclaré—. Yo no quería venir a Londres.

Lo siguiente que dijo Finley fue determinante.

—¿O sea que soy yo quien decide si te marchas?

—Llegaré hasta donde tú quieras llegar —decidí.

Fue así de simple. Le di la autoridad para terminar con todo porque siento que se lo debo, porque me siento culpable y porque también confío en que hará lo correcto. No por mí, por él.

Esa noche salió del apartamento y no lo vi hasta la mañana siguiente. Entonces me dijo que me adelantara en el viaje a Ontiva, pues la boda seguía en pie y eso hice.

No sé por qué motivo quiso llegar tan lejos. No sé qué tanto dolor tenga en su corazón por mi culpa. Lo único que tengo claro es que al menos le debo esto. Es su manera de sobrellevar las cosas, de preservar su dignidad; y en mi caso, pese a que no espero que lo comprendan, mi penitencia. Estoy cansada. Tengo miedo.

—¿No va a venir? —me pregunta el sacerdote cuando luego de una hora aún me encuentro frente al altar.

—¿Cuánto tiempo más nos da? —le pregunto.

—Pues… como quiero saber si después de aquí se va al aeropuerto... —acepta, avergonzado. Lo que hace reír a quienes me acompañan.

Seria, miro sobre mi hombro y me detengo en Eric y Sam, quienes al notar que mi atención está sobre ellos tratan de esconder su sonrisa para ahora lucir solemnes. Luego, ya segura de que Finley no vendrá, suspiro aliviada y doy media vuelta para salir de aquí.

«Tomaste la mejor decisión, Finley».

—¿Nos vamos? —me pregunta papá y yo asiento—. ¿Al aeropuerto? —quiere saber de inmediato conteniendo su emoción.

Niego con la cabeza.

—No. A casa.

171. Max

Querido Dios.

Soy yo. Max.

¿Sí te acuerdas?

No, no pongas esa cara.

Es que a veces pareciera que no te acuerdas. Nada más digo.

Intento aprender a comunicarme contigo de mejor forma, así que, ¿qué debo hacer primero? ¿Agradecerte por todo lo que ya tengo?

De acuerdo. Gracias por el aire, que me sirve mucho.

Gracias por YouTube.

Gracias por Janis.

Gracias por... ¿El gordo? Sí, esa Ballena bebé vale por kilo.

Gracias por Miranda, Bill, Ling, mi banda y todas las cosas buenas que haces para que todo siga marchando bien en mi vida profesional.

La PROFESIONAL.

Lo que nos lleva al siguiente punto:

Suhail. ¿La recuerdas? La pelirroja pecosa. Primero, no debiste hacerla tan terca. Segundo...

Mira, venga o no venga, solo quiero que sea feliz, ¿de acuerdo? Anoche la vi muy mal, lo suficiente como para rogarte ayuda a ti, de nuevo… así que hazlo. Ayúdala. Que sea feliz. Conmigo o con Finley… pero que sea feliz.

Creo que siente que le debe algo a él y no es así.

Igual siempre puede enviudar...

De acuerdo, borra eso. Estoy confundido, lo sabes. Auxilio. En serio. AUXILIO. Me siento dolido, quebrado... completamente desecho.

¿Me ama o no me ama lo suficiente como para estar conmigo? Me confunde. Yo la amo con locura, pero, ¿eso basta?

Y la extraño. Pero no a esta Suhail. A la que era feliz sin mí o Finley. La que hace las cosas por ella misma.

Tú solo haz eso que sabes hacer, ¿sí? Coloca todo en su lugar.
Con cariño,
Yo. Max

—No se casó —me hace saber Silvia cuando abro los ojos. ¡Y luego dicen que las oraciones no funcionan! El resto de las personas nos mira con anticipación—. No se casó —repite Silvia—, aunque dijo a todos que no viene para acá. Va camino a su casa.

—¿A casa? —pregunto, esperando que más personas me lo confirmen—. ¿Londres?

—No, Ontiva —me dice un señor del que desconozco el nombre, pero es consecuente con mi dolor. Sus palabras son las de un amigo.

«No se casó, pero tampoco vino», reflexiono. «Así se siente estar en el paraíso y en el infierno al mismo tiempo».

La gente que esperó conmigo me observa con compasión, sin embargo, trato de sonreírles para que no sientan que no valió la pena. Porque valió la pena. Ella lo vale. Es un honor que sea Suhail Didier la que rompe mi corazón. Y al final del día lo importante es que también me da la oportunidad de empezar de nuevo.

172. Suhail

u***Running* – No Doubt**

Opté por escribir. Busqué un cuaderno y en él anoto ideas, pensamientos y anécdotas. Pero es más que un diario. Es mi ático. Esto es personal, muy personal. Había olvidado cuánto me gustan las palabras pese a que, los últimos años, inclusive trabajé con ellas.

No volví a Londres. Mi lugar en el mundo es Ontiva y no volveré a autoengañarme al fingir otra cosa. Y aunque extrañaré a Laura y a Gavin, ellos comprenden mi decisión tras haber sido testigos de cómo pasé mis últimos días antes del colapso. Necesito volver a mí.

Por otro lado, lo bueno de empezar de cero es que ante ti se abre un mundo de posibilidades. Recompuse mi agenda destruyéndola: escucho música, armo rompecabezas, salgo a caminar, miro hojas caer de los

árboles, me recuesto sobre el pasto y observo el cielo como si intentara alcanzarlo. También dedico horas a acariciar el suave pelaje de Gilmour.

Volví a buscar a mis amigos *hippies*, como los llama Max, y otra vez organizamos actividades juntos. Ahí me reencuentro con Aitor, que está comprometido con una hermosa chica que vive a las afueras de la ciudad. Me alegro mucho por él. También intercambio algunos correos electrónicos con Finley. No llegó a la iglesia porque... no. Eso fue lo único que contestó y lo acepto.

Escribo palabras nuevas en mi techo, paredes y piso. Hasta encuentro mi viejo jarrón de *Kintsugi* que vuelvo a romper para armar de nuevo. Después visito la tumba de Gael Conti, lloro hasta que me duelen los ojos y dejo ahí el jarrón de *Kintsugi*.

Hablo mucho con papá y le asisto con sus tareas en el instituto. Del mismo modo hablo mucho con Miranda y le ayudo a acomodar la habitación de la niña que papá y ella adoptaron. Llega en dos semanas.

Aún mejor, me reúno con mamá para hacer cosas juntas: vamos al cine, a comer, platicamos. Ella fue por mis cosas a Londres.

También paso tiempo con Ling. Ya dije que la extrañaba. Les ayudo a ella y a Sam con la decoración de su nueva casa y estoy ahí cuando reciben la noticia de que... ¡Hay bebé!

Con Eric igualmente he hecho buena amistad, le doy mi visto bueno al presentarme a su primera pareja y luego, ya que tocamos el tema, le pregunto si todavía siente algo por Max. Él niega con la cabeza y dice que, por el contrario, no puede creer que yo aún lo quiera.

También duda que eso cambie algún día.

Tanto Eric como Sam me hablan maravillas de Max cuando paso tiempo con ellos, son excelentes amigos; solo falta que digan que puede resucitar gente y convertir el agua en vino.

«En serio tienes amigos increíbles, Max».

Hablando de Max, Miranda me pidió mostrarle las fotografías que él publica en redes sociales sobre su viaje. No sé cómo terminó Max con la asociación Sonríe, pero me da gusto de que se diera esa oportunidad.

Comenzó publicando una foto de él y Sam durante un festival del Jardín de infantes, le sigue una estando él en el avión junto a su nueva amiga: Silvia; luego una de él llegando a una nueva ciudad y después de un revuelo

trasladándose en camioneta junto a más miembros de Sonríe a un lugar remoto llamado Spero.

Y así más fotografías:

Él comiendo una comida tradicional del lugar.

Él nadando en un río.

Él aprendiendo a cocinar con uno de los lugareños.

Él recorriendo un prado junto a un hombre al que llama «jefe».

Él plantando hortalizas.

Hasta hay una fotografía suya en la que los locatarios le hacen comer un insecto.

Él jugando a Hula Hoop con un grupo de niños. A los que, para divertir aún más, colocó un Hula Hoop en su prótesis y de esa forma le dio vueltas.

Después cantó con ello, jugaron a futbol y bailaron.

Una de mis fotografías favoritas es la de Max dando de comer a un anciano que no tiene brazos, que después le reta a él a comer sin utilizar las manos. Lo mismo vestirse, lavar los dientes, trabajar el campo y ponerse zapatos.

A una anciana se le escapó una gallina de un corral y Max la siguió por muchas calles. Cuando la alcanza la nombra Usain Bolt. ¡Cómo no amar lo que publica! Los chicos y chicas de Sonríe incluso lo convencen de permitir hacerle rastas, lo que me divierte mucho, porque para mi disfrute queda grabado en vídeo.

Max luce tan feliz que se le marcan las esquinas de los ojos cuando sonríe y eso me hace sonreír a mí. No obstante, en las fotos también le veo entristecer. Publica una foto cuya descripción indica que él, Silvia y otros voluntarios tuvieron que salir de emergencia a la ciudad más cercana para llevar al hospital a un bebé con alto grado de desnutrición.

No sobrevivió.

Max pasa una semana sin publicar alguna otra fotografía y me siento preocupada por él hasta que muestra amaneceres, lluvia, animales y plantas.

La última fotografía que postea antes de anunciar su regreso a casa es la de él alimentando con un biberón a otro recién nacido.

173. Max

u ***Classic* – Adrian Gurvitz**

Estoy de vuelta en el aeropuerto meses después.

Silvia y el resto de los miembros de Sonríe se adelantan en lo que yo termino de acomodar un par de auriculares en mis oídos. Fueron meses de experiencias increíbles, pero también se siente bien volver a casa.

Tengo muchos planes, la disquera quiere un último sencillo antes de grabar el segundo disco y mientras eso sucede recorreré el continente montado en Janis. La nena tiene que estirar las piernas.

Al salir de migración paso por mi equipaje y continúo mi camino buscando la salida principal. Sin embargo, rápido me doy cuenta de que estaba tan absorto escogiendo en mi móvil otra canción para escuchar que no advertí que mucha gente está mirándome.

«Sí, ya volví».

Algunos lucen serios, otros tristes o, de igual forma, intentan ocultar una sonrisa. El resto me sonríe abiertamente. De ese modo, entre más me aproximo a la salida, más personas se reúnen entorno a mí.

«¿Qué? Ya les conté todo lo que había que saber. No hay más».

Y estoy por buscar alguna señalización que indique un camino más corto hacia la salida cuando veo a Sam esperándome. «¡Pero si dijo que estaría ocupado!»Feliz, me acerco a él para chocar nuestras manos.

—Pensé que iba a venir Miranda —digo.

—Está esperando afuera —indica Sam, señalándome por dónde continuar. Cosa que no comprendo—. Anda, sigue.

—De acuerdo —digo, no muy seguro, viéndole sin entender por qué pasa de mí. ¿Espera a alguien más?—. ¿Tú no vienes? —quiero saber.

—En un momento te alcanzo —asegura.

«¿De acuerdo?»

Le doy la espalda para ir hacia donde me señala y en el trayecto más gente me saluda.

—Bienvenido, Max.

—Gracias —sonrío amable.

«No te conozco, pero gracias».

—¡Iré al próximo concierto de Raptor! —me promete alguien desde lejos.

—Genial.

Y termino de agitar mi mano en dirección a esa persona cuando al volver a mirar hacia el frente en mi camino aparece Ling.

—Bienvenido, Solatano —me saluda arqueando una ceja.

—¿Hola? —la saludo con extrañeza y me giro esperando ver llegar a Sam. Pero ni señales de la Ballena bebé.

—Anda, sigue caminando —indica ella también señalándome por dónde debo avanzar.

«¿Qué carajos?»

Confuso, asiento y paso de ella. Aunque, en último momento, me vuelvo para decir:

—Oye, ya supe que reclamaste derechos de autoría sobre *Imagine*.

—¡Que pares con lo de Yoko! —zapatea y yo suelto una carcajada antes de seguir caminando.

Espero que el bebé herede el carácter del gordo.

Ni siquiera me detengo a ver mis costados, sé que mientras avanzo hay gente que no deja de señalarme. ¿Debería hacer otro vivo? Y estoy pensando en eso cuando esta vez me cruzo con Eric. «¡Eric!» ¿Qué rayos?

—¿Tú también? —Me acerco a él para saludarlo.

—Las llaves de Janis —dice, entregándomelas.

Cojo las llaves ansioso por echar a andar mi motocicleta, pero mi confusión continúa.

—Pensé que Miranda vendría por mí.

—Sí, está afuera —confirma él, aunque, al igual que el gordo, tampoco quiere acompañarme.

«¿Okey?»

Y aunque dudo, golpeo mi hombro contra el suyo a modo de despedida y, girando las llaves de Janis, continúo avanzando. Ni siquiera esperaba toparme aquí con mis amigos, acordé que por mí vendría mi madre; pero, vamos, tampoco hace falta ese trato.

Por eso mi rostro es de estupefacción cuando la que aparece esta vez frente a mí es Jacqueline. ¡JACQUELINE!

—No todo tenía que ser bueno —digo al tenerla a un metro de distancia.

—A mí también me da gusto verte —refunfuña y, levantando su barbilla con altivez, sin mayor trámite también indica que de igual forma debo pasar de ella.

Pero vamos, avanzo unos pasos y con una sonrisa me vuelvo a girar hacia ella.

—Jacquie —llamo su atención y me mira sobre el hombro—. Estos meses acumulé más dinero —le hago saber dando golpecitos a mi bolsillo.

Ella hace girar los ojos y, molesta, insiste en que siga caminando. «Si todo sale bien para Navidad le regalaré mi segundo disco». Vuelvo a reír y saludo a más personas que encuentro a mi paso. Cada vez capto más atención.

Bill.

Al verlo apresuro mis pies y al encontrarnos me da un abrazo. Uno fuerte. Tampoco esperaba verlo aquí como parte de mi comité de recepción.

—Me da gusto verte, hijo —saluda, ceremonioso, y de la misma forma me ofrece su mano. Hay brillo especial en sus ojos. Vaya. Nostálgico, dejo caer mis hombros y lamento en voz baja haber tardado en aceptar a este tipo —. Anda, sigue caminando —me empuja, dando palmadas amistosas a mi espalda. De todos modos, elevo mis brazos y niego con la cabeza dándole a entender que me gustaría saber qué pasa, sin embargo, él solo insiste en que debo seguir.

Eso hago.

De igual forma trato de poner mayor atención a las personas cerca de mí, las que entran o salen del aeropuerto. La mayoría se toma un par de segundos para verme. En sus ojos hay esperanza, expectativa o ilusión. Cada uno ahora es parte de mi historia.

—¡Mamá! —saludo a Miranda al verla. Y sí, como un chiquillo corro hacia ella.

—Te extrañé —contesta tratando de contener inultamente sus lágrimas. Nos abrazamos y la levanto para luego hacerla girar. Papá hacía lo mismo conmigo—. Te extrañé demasiado —asegura, llenándome de besos.

—¿Viste mis fotos? —pregunto, orgulloso. Casi espero una estrellita en la frente.

—Todas, amor. Todas —dice con emoción maternal. ¿Qué hice yo para merecer a una madre tan buena y por qué antes no la valoraba lo suficiente? Beso su mano.

Mientras, por mi vista periférica observo a Jacqueline y a Bill pasar de nosotros rumbo a la salida principal del aeropuerto. Mamá espera a que

ellos avancen para animarme a continuar, solo que esta vez a su lado, con su brazo sujeto al mío.

—¿Qué pasa? —me atrevo a preguntar en lo que un cosquilleo que no sentía hace meses aparece en mi estómago. Lo llamo anticipación. Miranda no contesta nada—. Hay gente aquí —insisto, viendo otra vez a mis costados.

Es cierto que nos encontramos en un lugar público, pero, vamos, la mayoría se comporta extraño.

—¿Te quejas de la gente que tú mismo convocaste? —pregunta mamá procurando no dejar salir más lágrimas, sin embargo, me tranquiliza que sonría.

Miro otra vez hacia el frente.

—Sí y...

Y mi respuesta se queda en el aire cuando al doblar la última esquina que nos lleva a la salida mis ojos se encuentran con los de ella.

Suhail.

¡SUHAIL!

Mi corazón late rápido. Ella está de pie al final de un pasillo hecho por personas, justo bajo el umbral de la puerta principal. Luce serena, pero presiona ligeramente sus labios al verme.

¿Soy yo o su cabello nunca antes se vio tan rojo?

Jacqueline y Bill se sitúan cada uno a un costado de ella y mamá y yo seguimos avanzando sin decir palabra, lo que es conveniente, porque no hay palabras, de mi boca no sale nada y mis ojos solo miran a Suhail.

«Estoy condenado. Si esta mujer no me acepta en su vida volverá un purgatorio la mía».

Cuando estoy a un par de metros de Suhail, mamá sujeta con fuerza mi brazo y suspira. Su emoción es tan palpable que enchina mi piel.

—Max, te quiero presentar a los nuevos vecinos —dice en voz alta, aunque un poco quebrada, consiguiendo que por un momento mi atención vuelva a ella.

Cuando estamos frente a Suhail continúa hablando:

—Mi hijo tiene veinticinco años —dice, mirando de Jacqueline a Suhail de forma amable—. ¿Qué edad tiene esta belleza?

«Déja vu».

—Mi hija también tiene veinticinco —contesta Jacqueline con voz solemne, casi teatral.

Y aunque miro de un lado al otro queriendo comprender qué pasa, pronto me percato de que la mirada de Suhail busca la mía y ahí me quedo.

Ahí me quedo.

Esta vez debo hacerlo bien. Realmente bien.

—Suhail, él es Max —nos termina de «presentar» mamá—. Y estoy segura de que quiere ser tu amigo.

—De hecho, quiero ser más que... —Mamá me codea para que me calle y continúa su línea.

—Anda, Max, dale la mano a Suhail —me anima y lo hago. Extiendo mi mano hacia Suhail y ella hace lo mismo en respuesta sin dejar de verme y mientras procura no sonreír.

Cabe destacar que en cuanto sus dedos tocan los míos dejo de moverme. Me gana la emoción. De modo que es Suhail, quien, sin dejar de verme, se apiada de mí y acorta la distancia entre nosotros para acunar mi rostro entre sus manos de la misma forma que lo hizo la última vez que nos vimos.

—¿Me aceptas, Max Solatano? —pregunta apartando la primera lágrima que roda por mi mejilla. ¿Sí está el mundo consciente de cuánto tiempo esperé por este momento?

—Toda la vida, Suhail Didier —contesto sin dudarlo un segundo—. Toda la vida.

—*Got to write a classic. Got to writeit in an attic* —escuchamos que empieza a cantar alguien a lo lejos y los dos sonreímos, pues nuestra historia, tenemos claro, pertenece a todos.

—*I was a stray boy.* —Se une más gente a la canción—. *And you was my best toy. Found it easy to annoy you, but you were different from the rest...*

—Ahora tienes competencia —digo a Suhail—. Se llama Janis y está esperándonos afuera.

—Estoy segura de que me encantará conocerla —afirma ella acercándose a mi oído y después se aparta buscando mis labios.

Pues esto, como buena historia de amor, termina con un beso y conmigo recordando una frase que escuché decir a Suhail.

«No olvides que somos Max y Suhail y para bien o para mal siempre estaremos juntos, bailando al ritmo de una canción a la que yo le pongo la letra y tú la música.»

FIN

OceanofPDF.com

Epílogo

Debido a la emoción, Daniel salta tan alto que temo ruede de la cama al suelo; pero Max es cuidadoso al vigilarlo.

—*Got to write a classic* —canta él con guitarra en mano mientras el pequeño aplaude con sus manos regordetas. Lo veo y apenas puedo creerlo, es mi hijo y tiene año y medio; sin embargo, en caso te lo preguntes, desde el reencuentro en el aeropuerto han pasado seis.

Seis hermosos años.

No haría nada diferente. De poder volver el tiempo atrás, por más pequeño detalle que sea, no cambiaría nada que alterase mi presente, pues mis chicos son lo más preciado que tengo.

Además de palabras estoy hecha de experiencias.

—C. L. A. S. S. I. C —le deletreo a Daniel y Max me sonríe.

—¿Además de tener tu color de cabello quieres que tenga tus pasatiempos? —se queja a modo de broma.

Dejo caer las lentes de leer sobre mi nariz.

—Deletrear no es solo un pasatiempo; y ahora hagan un poco de silencio que debo terminar esto.

Este manuscrito lo debí entregar hace un mes.

Max juega con la nariz del bebé.

—Podemos ir a la sala.

—¡No! —estiro el brazo hacia ellos—. Me gusta escucharlos; es solo que… —miro de ellos al manuscrito.

—Tú sabes que quieres —me intenta convencer Max.

—Está bien, lo terminaré más tarde —me rindo por tercera o cuarta vez esta semana y hago a un lado el *laptop*.

—Si tu mamá continúa ocupada aprenderás a decir *papá* antes que *mamá*, enano —le dice Max a Daniel.

—Dirá primero *mamá* porque se lo deletreo —defiendo.

—Pero yo se lo cantaré —me guiña un ojo Max y empieza a cantarle *papá* a Daniel.

El pequeño mira de él a mí y para nuestra sorpresa balbucea:

—Jilmour.

Max y yo nos volvemos hacia la ventana para mirar al viejo gato color amarillo.

—Bien. Ni tú ni yo —dice Max.

—Jilmour —continúa balbuceando Daniel mientras Max hace a un lado su guitarra para alzarlo hasta la altura de su cabeza.

Me gusta cuando lo carga como su papá lo cargaba a él.

—¿Quién es la estrella rock? —le pregunta.

—Jil… mour.

—¡Yo! —lo corrige Max, riendo. Los dos reímos. Después, con un gesto de su cabeza me indica seguirlos. Iremos a la cochera a ensayar canciones nuevas. Lo hacemos cada tarde.

Lo haremos siempre.

OceanofPDF.com

AGRADECIMIENTOS

A Dios; por hacer más llevadera la cuesta.
A Cristi Samayoa y Jacquie Solis; por siempre escucharme.
A Yayi y Grace; por levantar mi ánimo cuando lo necesito.
A Sam; por tus consejos.
A mi tía Vilma, tía Alma y tío Luisin; por apoyarme y hacerme sentir que mi mamá no se fue del todo.
A Kael, Maya, Migdalia, Emmita y Edu; por hacerme sentir bienvenida.
Al equipo de Nova Casa Editorial; por la confianza.
A mis lectores; por hacerme sentir una estrella de *rock*.

OceanofPDF.com

 NovaCasaEditorial

 novacasaeditorial

 Nova Casa Editorial

 NovaCasaEditors



NovaCasa Editorial

#novacasaeditorial #leyendoaNova

OceanofPDF.com